

SANTA MONTEFIORE

CANCIONES DE AMOR Y GUERRA

Umbriel

Canciones de amor y guerra

SANTA MONTEFIORE

CANCIONES
DE AMOR
Y GUERRA
LAS CRÓNICAS DE DEVERILL -1

Traducción de Victoria E. Horrillo



Umbriel Editores

Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *Songs of Love and War*

Editor original: First published in Great Britain by Simon & Schuster UK Ltd.

Traducción: Victoria E. Horrillo Ledesma

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1.^a edición Marzo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2015 by Santa Montefiore

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Victoria E. Horrillo Ledesma

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-17545-47-5

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para mi querido amigo Tim Kelly,
sin cuyo apoyo y consejo
nunca habría tenido la osadía
de escribir este libro.*

Is mise Peig Ni Laoghaire. A Tiarna Deverill, dhein tú éagóir orm agus ar mo shliocht trín ár dtalamh a thógáil agus ár spiorad a bhriseadh. Go dtí go gceartaíonn tú na h-éagóracha siúd, cuirim malacht ort féin agus d-oidhrí, I dtreo is go mbí sibh gan suaimhneas síoraí I ndomhan na n-anmharbh.

Soy Maggie O'Leary. Vos, lord Deverill, me habéis agraviado a mí y a mis descendientes al apoderaros de nuestras tierras y quebrantar nuestro espíritu. Hasta que remediéis esas faltas, os condeno a vos y a vuestros herederos al desasosiego eterno en el mundo de los no muertos.

Maggie O'Leary, 1662

Prólogo

Condado de Cork, Irlanda, 1925

Los dos niños, con la cara sucia y las rodillas arañadas, llegaron a la herrumbrosa verja de hierro siguiendo un sendero apenas visible que se desgajaba de la carretera principal y atravesaba el bosque describiendo un soñoliento meandro. Al otro lado de la verja, olvidadas tras unos árboles, se alzaban las ruinas calcinadas del castillo de Deverill, antigua sede de una de las familias angloirlandesas más prominentes del país, arrasado por el fuego tres años atrás. El muro de piedra que rodeaba la finca se había derrumbado a trechos debido a la desidia, el apetito voraz del bosque y los ásperos vientos invernales. El musgo se extendía con ímpetu irrefrenable, la maleza se propagaba indiscriminadamente, la hierba crecía formando mechones en lo alto del muro y la yedra desplegaba los dedos de sus hojas sobre las piedras, abarcando tramos enteros de la pared de modo que quedaba casi oculta a la vista. Los niños no se arredraron ante el gran letrero que prohibía el paso, ni ante la oscura avenida que se extendía más allá, tapizada por una capa de hojas mohosas, ramas y barro que el paso de las desoladas estaciones había depositado sobre ella. El candado y la cadena chirriaron inútilmente cuando separaron las hojas de la verja y se colaron por la abertura.

Al otro lado, en la arboleda, reinaban el silencio y la humedad, pues el verano había tocado a su fin y el otoño había irrumpido acompañado por gélidos ventarrones y frías lluvias. Antaño, la avenida estaba bordeada de arbustos de rododendros rojos, ahora tapados parcialmente por densas matas de ortigas, helechos y frondosos laureles. Los niños pasaron corriendo por ella, sin saber lo que representaban aquellos matorrales ni intuir siquiera que por aquella misma avenida habían circulado tiempo atrás los carruajes de la aristocracia del condado que acudía de visita al magnífico castillo con vistas al mar. Ahora, la avenida era poco más que una pista de tierra y el castillo yacía en ruinas. Solo los cuervos, las palomas y los chiquillos intrépidos con ansia de aventuras se atrevían a entrar allí, convencidos de que nadie les

descubriría en aquel lugar olvidado.

Los niños atravesaron alegremente la maleza para ir a jugar entre los restos de los antiguos salones. La espléndida escalera había desaparecido hacía tiempo, y las chimeneas centrales se habían desplomado y formaban ahora una montaña de cascotes por la que podían trepar. Todavía quedaba en pie una parte del tejado del ala oeste: recias vigas sostenidas por dos paredes que aún resistían, como las costillas de un animal gigantesco cuyo cadáver se pudriera al sol.

Los niños estaban demasiado distraídos para percibir la tristeza que emanaba del lugar o escuchar el eco quejumbroso del pasado. Eran demasiado jóvenes para conocer la nostalgia y el melancólico sentimiento de mortalidad que la acompaña. Los fantasmas que moraban en el castillo, llorando la pérdida de su hogar y sus vidas fugaces, eran para ellos viento que soplaba del mar. Oían el lamento de las ventanas vacías y el silbido de los conductos de las chimeneas que aún permanecían en pie, y solo sentían un escalofrío de emoción, pues aquellos ruidos espeluznantes, lejos de disminuir su deleite, lo acrecentaban. Para el caso que les hacían los niños, lo mismo habría dado que los fantasmas estuvieran solos.

Encima de la puerta principal, deslucidas por el hollín y medio ocultas en medio del dintel ennegrecido, uno de los niños distinguió unas letras en latín.

—*Castellum Deverilli est suum regnum 1662* —leyó en voz alta.

—¿Qué significa? —preguntó el más pequeño de los dos.

—Toda la gente de estos contornos sabe lo que significa. «El castillo de un Deverill es su reino.»

El niño más pequeño se echó a reír.

—Menudo reino —dijo.

A la tenue luz del ocaso, fueron de sala en sala como un par de golfillos, escarbando ilusionados allí donde la tierra estaba blanda. Su suave cháchara se mezclaba con el graznido de los cuervos y el zureo de las palomas y apaciguaba a los espectros al recordarles su propia infancia y los juegos a los que se habían entregado antaño en los suntuosos jardines del castillo. Porque, en tiempos, el castillo había sido espléndido.

A principios de siglo había allí un huerto tapiado, rebosante de toda clase de frutas y verduras, para alimentar a la familia Deverill y sus sirvientes. Había una rosaleta, un arboreto y un laberinto de setos de tejo en el que los pequeños de la familia jugaban al escondite. Había hermosos invernaderos en

los que los tomates crecían entre orquídeas e higos, y las primulas amarillas reflejaban el sol del verano en el jardín de flores silvestres en el que las señoras de la casa disfrutaban de sus almuerzos campestres y de tardes llenas de risas y chismorreos. Aquellos jardines habían sido antaño un paraíso. Ahora, en cambio, olían a podredumbre. Una sombra persistente lo cubría todo incluso cuando brillaba el sol, y año tras año, lentamente, las enredaderas habían ido asfixiando los jardines hasta matarlos. De la antigua belleza del castillo no quedaba ya nada, salvo una especie de agreste esplendor que su tragedia hacía aún más fascinante.

Al oír el traqueteo de un automóvil, los niños dejaron de cavar. El ruido fue haciéndose más fuerte a medida que el coche avanzaba por la avenida. Se miraron anonadados un instante y cruzaron atropelladamente las ruinas hasta la parte frontal, donde, al asomarse por el hueco sin cristal de una ventana, vieron que un reluciente Ford T se detenía frente a los escalones de la antigua puerta principal.

Llenos de curiosidad, se daban codazos tratando de ver más de cerca lo que ocurría, mientras procuraban mantener la cabeza oculta detrás del muro. Se quedaron boquiabiertos al ver el coche, con su capota blanda y su carrocería de suaves líneas curvas. El sol reverberaba en el liso capó verde, y los faros plateados brillaban como ojos de rana. La puerta del conductor se abrió y salió un hombre vestido con elegante abrigo beis oscuro y sombrero de fieltro marrón. Recorrió el castillo con la mirada, deteniéndose un instante para asimilar la dramática visión que se ofrecía a sus ojos. Sacudió la cabeza e hizo una mueca con la que parecía reconocer la magnitud del infortunio que había destruido un castillo tan hermoso. Luego se acercó a la puerta del copiloto y la abrió.

Extendió la mano y un guantecito negro salió del coche y la cogió. Los niños estaban tan quietos que, de no ser por sus caras coloradas y su cabello negro, podrían haber pasado por un par de estatuas de traviosos querubines. Con creciente interés, vieron salir del coche a una mujer. Llevaba un elegante vestido de color verde esmeralda, un abrigo largo y negro y un sombrero de campana, negro también, que cubría su frente por completo. Solo sus labios, cuyo llamativo color escarlata contrastaba con la palidez de su piel, eran visibles bajo el sombrero. Un gran broche de diamantes en forma de estrella brillaba sobre la solapa derecha del abrigo. Los ojos de los niños se dilataron, llenos de asombro. Aquella señora parecía surgida de otro mundo. Del mundo

que había habitado aquel hermoso castillo antes de su derrumbe.

Erguida al pie de los muros ennegrecidos, levantó la barbilla. Cogió la mano de su acompañante y se volvió para mirarlo.

—A Dios pongo por testigo —dijo, y los niños tuvieron que aguzar el oído para escucharla— de que reconstruiré este castillo. —Hizo una pausa, pero el hombre no la apremió a continuar. Por fin, volvió a fijar la mirada en el castillo y tensó la mandíbula—. A fin de cuentas, tengo tanto derecho como cualquiera de ellos.

PRIMERA PARTE

Condado de Cork, Irlanda, 1910

Kitty Deverill tenía nueve años. Para otros niños, nacidos cualquier otro día, cumplir nueve años no era un asunto de gran importancia. Pero en el caso de Kitty, nacida el noveno día del noveno mes del año 1900, cumplir nueve años había sido todo un acontecimiento. No fue su madre, la hermosa y narcisista Maud, quien metió esas ideas en la cabeza de la niña. A Maud no le interesaba Kitty. Tenía otras dos hijas que estaban a punto de alcanzar la mayoría de edad y un hijo adorado que estudiaba en Eton y que era la luz de sus ojos. En los cinco años transcurridos entre el nacimiento de Harry y el de Kitty, Maud había sufrido tres abortos causados por su afición a galopar por los montes que rodeaban Ballinakelly. No quería que un embarazo inoportuno la privara de ese placer. Sus cabalgadas desenfundadas no habían logrado, sin embargo, librarla de su cuarta hija, que resultó ser una cría debilucha y chillona, con el cabello rojo y la piel traslúcida, más parecida a un gatito enclenque que a un bebé humano. Maud volvió la cara al verla y se negó a darse por enterada de su existencia. De hecho, rechazó a la niña, se negó a que sus amigas fueran a visitarla y, enfundándose de nuevo el traje de montar, salió de cacería como si no acabara de dar a luz. Para una mujer tan fascinada como ella por su propia belleza, una hija fea era una afrenta. No, Maud jamás habría hecho creer a la niña que era en cierto modo especial, o importante.

Fue su abuela paterna, lady Adeline Deverill, quien le dijo que el año 1900 era de buen augurio y que su fecha de nacimiento era, además, notable por contener tantos nueves. Kitty era hija de Marte, le recordaba Adeline cuando se sentaban juntas en su saloncito privado del primer piso, una de las pocas estancias del castillo que siempre se mantenía bien caldeada. Eso significaba que su vida estaría marcada por el conflicto y que Dios —sin duda sabiendo que Kitty arrostraría el desafío con coraje y prudencia— le había repartido unas cartas algo difíciles de jugar. Adeline le contaba muchas más cosas, y Kitty prefería con mucho sus historias de ángeles y demonios a los áridos

cuentos que le leía su institutriz escocesa, e incluso la charla de las criadas, compuesta en su mayoría por chismorreos que Kitty era demasiado joven para entender. Adeline Deverill sabía *cosas*. Cosas que el abuelo de Kitty, con una mueca de fastidio, tildaba de «paparruchas», cosas que provocaban las burlas cariñosas de su padre y alarmaban a su madre. Maud Deverill, a la que desagradaban los cuentos de espíritus, los círculos de piedras y las maldiciones, ordenaba a la señorita Grieve, la institutriz escocesa de Kitty, que castigara a la niña si alguna vez se permitía disfrutar de lo que ella consideraba «horrendas supersticiones de campesinos». La señorita Grieve, con sus labios siempre apretados y su tensa vocalización, no tenía ningún reparo en azotar a Kitty en las palmas de las manos con una fusta de montar. La niña había aprendido, por tanto, a guardar el secreto y se había vuelto tan sigilosa como un zorro. Solo con su abuela y en el cálido saloncito que olía a fuego de turba y lilas se entregaba a su afición favorita.

Kitty no vivía en el castillo; eran sus abuelos quienes lo habitaban. Algún día su padre heredaría el castillo junto con el título de lord Deverill, que se remontaba al siglo XVII. Kitty vivía en la finca, en el antiguo pabellón de caza situado junto al río, a escasa distancia del castillo. Descuidada por su madre y demasiado astuta para su institutriz, la niña podía corretear a sus anchas por los jardines y los campos de los alrededores y jugar con los niños católicos que salían al campo con latas llenas de brasas para calentarse. Su madre, de haberlo sabido, se habría retirado a su habitación aquejada de un acceso de fiebre y habría tardado una semana en recuperarse de la impresión. Pero Maud estaba casi siempre tan distraída que parecía haber olvidado por completo que tenía una cuarta hija, y se irritaba cada vez que la señorita Grieve le recordaba la existencia de la niña.

La mejor amiga de Kitty y su mayor aliada era Bridie, la hija de la señora Doyle, la cocinera de lady Deverill, una muchacha de cabello negro como el azabache. Habían nacido el mismo año, separadas solo por un mes, y Kitty creía que eran «hermanas espirituales» debido a la proximidad de sus fechas de nacimiento y al hecho de que se habían criado juntas en el castillo de Deverill, donde Bridie ayudaba a su madre en la cocina pelando patatas y fregando mientras Kitty merodeaba alrededor de la gran mesa de madera robando alguna que otra zanahoria cuando la señora Doyle no miraba. Podían tener padres distintos —le decía a Bridie—, pero sus almas estaban unidas para toda la eternidad. Bajo su apariencia material eran criaturas de luz y entre

ellas había muy pocas diferencias. Agradecida por su amistad, Bridie la creía a pie juntillas.

Gracias a sus poco convencionales ideas sobre la vida, a Adeline no le importaba hacer la vista gorda cuando las niñas jugaban juntas. Adoraba a su extraña nietecita, que tanto se parecía a ella. En Kitty había encontrado una aliada en el seno de una familia que se mofaba de los cuentos de hadas y se echaba a temblar al oír hablar de fantasmas, a pesar de que asegurara no creer en ellos. Tenía el convencimiento de que las almas habitaban un cuerpo físico con el fin de vivir en la Tierra y adquirir conocimientos importantes para su desarrollo espiritual. De modo que la posición social y la riqueza de una persona no eran un reflejo de su valía espiritual, sino meros disfraces necesarios para representar un papel. En opinión de Adeline, un pordiosero valía tanto como un rey, de ahí que tratara a todo el mundo con igual respeto. ¿Qué había de malo en que Kitty y Bridie disfrutaran de su mutua compañía?, se preguntaba. Las hermanas de Kitty eran demasiado mayores para jugar con ella, y Celia, su prima inglesa, solo venía de visita en verano, así que la pobre chiquilla estaba sola y sin amigos. De no ser por Bridie, habría corrido el riesgo de escaparse con los duendes y los tragos y perderse para siempre.

Había una historia en particular que fascinaba a Kitty más que cualquier otra: la Maldición de Barton Deverill. Toda la familia conocía aquella historia, pero solo su abuela y la propia Kitty se la creían. Y no solo se la creían: *sabían* que era cierta. Era esa certeza la que unía firme e irreversiblemente a abuela y nieta, porque Adeline tenía un don del que nunca le había hablado a nadie, ni siquiera a su marido, y la pequeña Kitty lo había heredado.

—Deja que te cuente la historia de la maldición de Barton Deverill —le dijo Kitty a Bridie un sábado por la tarde, en invierno, mientras sostenía la vela en su oscura guarida de debajo de una escalera, un armario viejo y en desuso perteneciente a las habitaciones de servicio del castillo.

La luz de la vela iluminaba su cara pálida de tal modo que sus grandes ojos grises parecían extrañamente envejecidos, como los de una bruja, y Bridie sintió que un escalofrío rayano en el miedo recorría su piel. Había oído a su madre hablar de la Banshee y de su lamento, que auguraba una muerte inminente.

—¿Quién era Barton Deverill? —preguntó con un acento irlandés cuya musicalidad contrastaba vivamente con las cortantes vocales inglesas de Kitty.

—Fue el primer lord Deverill y construyó este castillo —contestó Kitty bajando la voz para dar un efecto dramático a sus palabras—. Era muy bruto.

—¿Qué hizo?

—Se apoderó de tierras que no eran suyas y construyó en ellas.

—¿De quién eran esas tierras?

—De los O'Leary.

—¿Los O'Leary? —Los ojos negros de Bridie se ensancharon y un rubor tiñó sus mejillas—. ¿No querrás decir de *nuestro* Jack O'Leary?

—Del mismo, sí. Te aseguro que los Deverill y los O'Leary no se tienen mucho cariño, que digamos.

—¿Qué ocurrió?

—Barton Deverill, mi antepasado, apoyaba al rey Carlos I de Inglaterra. Cuando Cromwell derrotó a sus ejércitos, huyó a Francia con el rey. Más tarde, cuando el rey Carlos II fue coronado, recompensó a Barton por su lealtad con un título nobiliario y estas tierras, donde construyó este castillo. De ahí el lema de la familia: «El castillo de un Deverill es su reino». El problema era que las tierras no eran del rey, sino de los O'Leary. Así que, cuando les obligaron a marcharse, la vieja Maggie O'Leary, que era bruja...

Bridie se rio con nerviosismo.

—¡No era bruja de verdad!

Kitty estaba muy seria.

—Sí que lo era. Tenía un caldero y un gato negro que podía convertir a una persona en piedra con solo mirarla con sus grandes ojos verdes.

—Que tuviera un caldero y un gato no significa que fuera bruja —repuso Bridie.

—Maggie O'Leary era bruja y todo el mundo lo sabía. Y lanzó una maldición contra Barton Deverill.

A Bridie se le cortó de pronto la risa.

—¿Qué maldición?

—Que ni Barton Deverill ni ninguno de sus herederos varones dejaría nunca el castillo, sino que permanecerían en el limbo entre dos mundos hasta que un O'Leary volviera a vivir en estas tierras. Es muy injusto, porque mi abuelo y mi padre tendrán que quedarse aquí como fantasmas, seguramente para toda la eternidad. Mi abuela dice que es muy improbable que un Deverill se case nunca con una O'Leary.

—Nunca se sabe. Desde entonces han progresado mucho —repuso Bridie en

tono tranquilizador, pensando en Jack O'Leary, cuyo padre era el veterinario del pueblo.

—No, están todos condenados, hasta mi hermano Harry. —Kitty suspiró—. Ellos no se lo creen, pero yo sí. Y me da mucha pena conocer su destino.

—Entonces, ¿me estás diciendo que Barton Deverill sigue aquí? —preguntó Bridie.

Kitty se mostró sorprendida.

—Claro que sí, y no le hace ninguna gracia.

—No creerás eso de verdad, ¿no?

—Lo sé —respondió Kitty con énfasis—. Puedo *verle*. —Se mordió el labio, consciente de que tal vez había hablado de más.

Bridie pareció de pronto más interesada. Sabía que su amiga no solía contar mentiras.

—¿Cómo vas a verle si es un fantasma?

Kitty se inclinó hacia ella y dijo en voz baja:

—Porque veo a los muertos.

La llama de la vela tembló extrañamente, como si quisiera corroborar sus palabras, y Bridie sintió un escalofrío.

—¿Puedes ver a los muertos?

—Puedo y los veo. Continuamente.

—Nunca me lo habías dicho.

—Porque no sabía si podía confiar en ti.

—¿Y cómo son los muertos?

—Transparentes. Algunos son claros y otros oscuros. Unos son encantadores y otros no tanto —respondió Kitty con un encogimiento de hombros—. Barton Deverill es bastante oscuro. No creo que fuera muy simpático cuando vivía.

—¿Y no te da miedo?

—Antes sí, hasta que mi abuela me enseñó a no tenerles miedo. Ella también los ve. Dice que es un don. Pero no se lo puedo contar a nadie.

Kitty se frotó inconscientemente la palma de la mano con el pulgar.

—Te encerrarán —le advirtió Bridie con un temblor en la voz—. Es lo que hacen, ¿no lo sabías? Por menos de eso encierran a la gente en ese edificio de ladrillo rojo que hay en Cork, y no vuelven a salir. Nunca.

—Pues entonces más vale que no se lo digas a nadie.

—No, claro que no.

Kitty se animó.

—¿Quieres ver uno?

—¿Un fantasma?

—A Barton Deverill.

Las mejillas de Bridie perdieron de pronto su color.

—No sé...

—Vamos, te lo presentaré.

Kitty apagó la vela de un soplido y abrió la puerta.

Recorrieron a toda prisa el pasillo. Eran muy distintas en tono de pelo y de tez, pero tan parecidas en estatura y compleción que, al verlas corretear juntas por el pasillo, podría haberse pensado que eran hermanas. Su indumentaria y su aspecto general eran, sin embargo, muy diferentes. Kitty llevaba un vestido blanco con adornos de seda y puntillas, ceñido con una cinta de color azul claro. El de Bridie, por el contrario, era de sarga áspera y rasposa, amorfo y de color marrón. Kitty calzaba botas negras de cordones que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla y, debajo, gruesas medias negras. Su amiga, en cambio, iba descalza y tenía los pies ennegrecidos por la mugre. La institutriz de Kitty le cepillaba el cabello y se lo recogía con cintas para apartárselo de la cara. Bridie, que no recibía tantos cuidados, llevaba la larga melena, que le llegaba casi hasta la cintura, enmarañada y sucia. La diferencia entre ellas no solo se hacía patente en su atuendo, sino en cómo veían el mundo. Kitty poseía la mirada firme y altanera de una muchacha nacida en el seno de la nobleza y el privilegio de casta, mientras que Bridie mostraba la mirada montaraz de una pilluela con hambre perpetua. Y, sin embargo, había en Kitty una necesidad soterrada que salvaba el abismo entre ellas. De no ser por el afecto de sus abuelos y por las atenciones esporádicas que le dispensaba su padre cuando no estaba de cacería o en las carreras, Kitty habría sufrido una carencia total de cariño. Era ese anhelo el que daba equilibrio a su amistad, pues Kitty necesitaba a Bridie en igual medida que Bridie la necesitaba a ella.

Pero, mientras que Kitty no era consciente de estas diferencias, Bridie, que oía constantemente a sus padres y a sus hermanos quejarse de su suerte, las tenía muy presentes. Sin embargo, quería demasiado a su amiga para ceder a la envidia, y se sentía demasiado halagada por su amistad para arriesgarse a perderla. Aceptaba su posición con la pasiva mansedumbre de una oveja.

Las dos niñas oyeron a la señora Doyle regañar a una de las criadas de la cocina y, sigilosas como gatitos, se escurrieron por las escaleras, sabiendo que, si las sorprendían, su tiempo de juego se habría acabado y Bridie tendría

que volver a ocuparse de fregar la vajilla y las ollas y las sartenes.

Nadie subía nunca a la torre oeste. La parte más alta del castillo era muy fría y húmeda, y la escalera de caracol estaba en mal estado. Dos de los escalones de madera se habían derrumbado y Kitty y Bridie tuvieron que superarlos de un salto. Bridie pudo por fin respirar tranquila, sabedora de que nadie la buscaría allí. Kitty empujó la pesada puerta de lo alto de la escalera y se asomó al otro lado. Luego se volvió a mirar a su amiga.

—Vamos —susurró—. No tengas miedo. No va a hacerte daño.

A Bridie se le aceleró el corazón. ¿De veras iba a ver un fantasma? Kitty parecía tan segura... Indecisa y con grandes expectativas, Bridie siguió a su amiga al interior de la habitación. Miró a Kitty, que dirigió una sonrisa a un sillón viejo y raído, como si hubiera alguien sentado en él. Pero Bridie no vio nada, aparte de la descolorida seda burdeos del sillón. Hacía allí más frío, sin embargo, que en el resto del castillo. Bridie se estremeció y se rodeó con los brazos para entrar en calor.

—Bueno, ¿le ves? —preguntó Kitty.

—Yo no veo nada —respondió Bridie, ansiosa por ver lo que le indicaba su amiga.

—¡Pero si está *ahí!* —exclamó Kitty señalando el sillón—. Fíjate bien.

Bridie miró el sillón con toda la fijeza de que fue capaz, hasta que empezaron a lagrimearle los ojos.

—No dudo de ti, Kitty, pero yo solo veo el sillón.

Kitty estaba visiblemente decepcionada. Clavó la mirada en el hombre ceñudo sentado en el sillón, con los pies apoyados en un taburete y las manos cruzadas sobre la enorme barriga, y se preguntó cómo era posible que lo viera tan claramente y que Bridie, en cambio, no viera nada.

—Pero si está delante de tus narices —insistió—. Esta es mi amiga Bridie —le dijo a Barton Deverill—. No puede verte.

Barton meneó la cabeza y puso cara de fastidio. No le sorprendía. Llevaba más de doscientos años encerrado en aquella torre, y en todo ese tiempo le habían visto muy pocas personas. La mayoría de ellas, sin proponérselo. Al principio había sido divertido ser un fantasma, pero ya estaba harto de observar el ir y venir de las sucesivas generaciones de la familia Deverill, y desencantado de los que, como él, permanecían atrapados como espectros en el castillo. No le gustaba tener compañía, y había tantos lores furiosos flotando por los corredores del castillo que no era fácil esquivarlos. Aquella

torre era el único sitio donde podía librarse de ellos y de su ira al descubrir, tras su muerte, que la Maldición de Barton Deverill no era solo una leyenda familiar, sino también una verdad inmutable. Si echaban la vista atrás, de buena gana habrían aceptado a una O'Leary como esposa, asegurándose así el eterno descanso en el paraíso, como almas libres. Pero era ya demasiado tarde. Estaban condenados y no podían hacer nada al respecto, salvo despotricar contra él por haber construido el castillo en tierras de los O'Leary.

Barton posó su mirada hastiada en la extraña niñita cuyo rostro había enrojecido de indignación, como si de algún modo fuera culpa suya que su rústica amiga no pudiera verle. Cruzó los brazos y suspiró. No estaba de humor para charlar. El hecho de que la niña fuera de vez en cuando en su busca para hablar con él no les convertía en amigos, ni le daba el derecho a exhibirle como un animal exótico en un zoológico.

Kitty le vio levantarse y atravesar la pared.

—Se ha ido —anunció dejando caer los hombros, consternada.

—¿Adónde?

—No lo sé. Tiene muy mal genio, pero yo también lo tendría si estuviera atrapada entre dos mundos.

A Bridie le castañeteaban los dientes.

—¿Nos vamos ya?

Kitty suspiró.

—Qué remedio, supongo. —Volvieron a bajar por la escalera circular—. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—Que me muera si lo hago —contestó Bridie solemnemente, y de repente se preguntó si su amiga no tendría demasiada imaginación.

En las entrañas del castillo, la señora Doyle hacía con mano experta bolas de mantequilla usando dos paletas de madera estriada mientras las criadas de la cocina, muchachas flacuchas todas ellas, se afanaban pelando patatas, batiendo huevos y desplumando aves para la cena de esa noche, a la que lady Deverill había invitado a sus dos hermanas solteras, Laurel y Hazel —conocidas cariñosamente como «las Arbolillo», por llevar nombres de árboles*—, a los padres de Kitty, Bertie y Maud, y al rector y su esposa. Lady Deverill invitaba a cenar al rector una vez al mes, lo que suponía para ella al mismo tiempo una obligación y un calvario, pues se trataba de un hombre pedante y ansioso, muy

dado a lanzar sermones desde su sitio en la mesa sin que nadie se lo pidiera. Lady Deverill no le tenía en muy alta estima, pero era su deber invitarle, como *doyenne* de Ballinakelly y miembro de la Iglesia de Irlanda, de ahí que diera instrucciones a la cocinera, trajera flores de los invernaderos e invitara —no sin cierta malicia— a sus hermanas para que le entretuvieran con su tediosa e incesante cháchara.

La señora Doyle frunció los labios al ver a Bridie.

—Bridie —dijo—, ¿qué haces haraganeando por el pasillo cuando tengo que servir un banquete? Anda, haz algo útil y despluma esta perdiz —añadió, levantando la perdiz que tenía cogida por el cuello.

Bridie le hizo una mueca a Kitty y fue a reunirse con las criadas junto a la larga mesa de roble que ocupaba el centro de la cocina. La señora Doyle dirigió una mirada a Kitty, que estaba en la puerta con su larga carita pálida y aquella boca intrigante que siempre parecía curvarse por las comisuras, como si fuera la única conocedora de un secreto de suma importancia, y se preguntó qué estaría pensando la niña. Había algo en sus ojos que le daba mala espina. No sabía explicar qué era, y no le importaba que las niñas jugaran juntas, pero estaba convencida de que de aquella amistad no saldría nada bueno cuando al hacerse mayores sus vidas tomaran caminos distintos, como era inevitable, y Bridie, al verse rechazada por su amiga, se sintiera angustiada y, en cierto modo, desamparada. La señora Doyle volvió a fijar su atención en la mantequilla. Cuando levantó de nuevo la vista, Kitty ya no estaba.

* Hazel es «avellana» (*N. de la T.*)

Kitty se había distraído al oír el estampido de un disparo. Permaneció unos instantes paralizada en la escalera de la parte trasera. El ruido parecía proceder del interior del castillo. Siguió un estallido de ladridos. Se fue corriendo al vestíbulo y vio que los tres perros lobos de su abuelo salían al galope de la biblioteca y subían por la escalera. Sin pensárselo dos veces, corrió tras ellos subiendo los escalones de dos en dos hasta llegar al rellano. Los perros enfilaron el pasillo y resbalaron sobre la alfombra al doblar la esquina. Faltó poco para que se estamparan contra la pared.

Kitty encontró a su abuelo junto a la ventana de su vestidor. El anciano vestía, como de costumbre, unos pantalones y una chaqueta de *tweed* descolorido, y apuntaba con una escopeta hacia el jardín. Efectuó alegremente otro disparo que se perdió en la húmeda neblina invernal acumulada sobre el césped.

—¡Malditos papistas! —vociferó—. ¡Así aprenderéis a no entrar en mis tierras! ¡Largaos antes de que apunte en serio y os mande al otro barrio!

Kitty lo miró horrorizada. Que Hubert Deverill disparara contra católicos no tenía nada de raro. Solía tener altercados con los cazadores furtivos y los carniceros que merodeaban por sus tierras en busca de caza. Y Kitty, apostada junto a la puerta de la biblioteca, había aguzado el oído lo suficiente para saber lo que opinaba de ellos. No entendía que su abuelo pudiera odiar tanto a aquellas personas simplemente por ser católicas; a fin de cuentas, todos los amigos de la niña eran católicos irlandeses. Los perros jadeaban a los pies de su amo cuando Hubert retiró la escopeta de la ventana y les dio unas palmadas cariñosas. Al ver a su nieta parada en el umbral como versión en miniatura de su esposa, con las cejas fruncidas en una expresión de reproche, sonrió con aire travieso.

—Hola, Kitty, querida. ¿Te apetece un poco de bizcocho?

—¿De bizcocho borracho?

—Aromatizado con brandy. Te sentará bien. Pondrá un poco de color en esas mejillas tuyas tan paliduchas.

Pulsó el timbre para llamar a su ayuda de cámara, lo que haría sonar una campanilla en un tablero situado en los aposentos del servicio, bajo el nombre de *Lord Deverill*.

—Soy pálida de nacimiento, abuelo —contestó la niña mientras lo veía abrir la escopeta y colgársela del brazo como hacía su abuela con el bolso cuando iban a Ballinakelly.

—¿Qué tal la batalla del Boyne? —preguntó su abuelo.

Kitty suspiró.

—Eso fue el año pasado, abuelo. Ahora estoy estudiando el Gran Incendio de Londres.

—Estupendo, estupendo —masculló él, pensando en otras cosas.

—¿Abuelo?

—¿Sí?

—¿A ti te gusta este castillo?

—Qué pregunta más tonta —respondió Hubert, enfurruñado.

—Quiero decir que si te molestaría pasarte encerrado aquí toda la eternidad.

—Si te estás refiriendo a la Maldición de Barton Deverill, tu institutriz debería enseñarte historia de verdad, no leyendas populares.

—La señorita Grieve no me enseña leyendas populares, me las enseña la abuela.

—Sí, bueno... —farfulló él—. Paparruchas.

—Pero tú serías feliz aquí, ¿verdad que sí? La abuela dice que le tienes mucho más cariño al castillo que todos tus ancestros.

—Ya sabes que tu abuela siempre tiene razón.

—Me preguntaba si te molestaría mucho vivir en...

Hubert la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Dónde demonios está Skiddy? Vamos a comer un poco de bizcocho antes de que se lo coman los ratones. ¿Qué te parece? ¡Skiddy!

Mientras recorrían el frío pasillo que llevaba a la escalera, se encontraron con el señor Skiddy, que llegaba jadeando. Frank Skiddy tenía sesenta y ocho años y llevaba más de cincuenta empleado en el castillo de Deverill, desde que entrara al servicio del anterior lord. Era muy flaco y de constitución débil debido a su alergia al trigo y a las secuelas de una infección pulmonar sufrida durante sus primeros años de vida, pero la idea de jubilarse era anatema para el viejo ayuda de cámara, que seguía desempeñando sus funciones pese a su

mala salud.

—Milord —dijo al ver a lord Deverill avanzando a grandes zancadas por la alfombra, seguido por su nieta y tres perros.

—Está flojeando usted, Skiddy —repuso Hubert entregándole su escopeta—. Necesita una buena limpieza. Hay demasiados conejos en el jardín.

—Sí, milord —contestó impertérrito el señor Skiddy, acostumbrado al comportamiento excéntrico de su amo.

Lord Deverill bajó por la escalera.

—¿Te apetece una partida de ajedrez con el bizcocho, jovencita?

—Sí, por favor —contestó Kitty alegremente—. Montaré el tablero y podemos jugar después del té.

—El problema es que pasas demasiado tiempo metida en tu imaginación. Y es un sitio peligroso, la imaginación de uno. Tu institutriz debería mantenerte ocupada.

—No me cae bien la señorita Grieve —respondió Kitty.

—Las institutrices no están para caerle a uno bien —replicó su abuelo con severidad, como si el hecho de que a uno pudiera gustarle su institutriz fuera una idea igual de descabellada que sentir aprecio por un católico—. Están para soportarlas.

—¿Cuándo me libraré de ella, abuelo?

—Cuando encuentres un buen marido. Al que también tendrás que soportar.

Kitty quería a sus abuelos más que a sus padres y hermanos, porque con ellos se sentía valorada. A diferencia de sus padres, le dedicaban tiempo y atención. Cuando Hubert no estaba cazando, pescando o pegando tiros por la finca con sus perros, o en Dublín, en el club de Kildare Street, o asistiendo a reuniones de la Royal Society, le enseñaba a jugar al ajedrez, al *bridge* y al *whist* con paciencia sorprendente en un hombre que, por lo general, no soportaba a los niños. Y Adeline la dejaba ayudar en los jardines. Aunque tenían jardineros de sobra, su abuela se pasaba horas trajinando en los invernaderos, con sus hermosos techados blancos como el merengue. En la atmósfera cálida y terrosa de aquellos edificios de cristal, cultivaba claveles, uvas y melocotones, así como una enorme variedad de plantas de largo nombre latino. Cultivaba hierbas y flores con fines medicinales y procuraba transmitir ese saber a su nietecita. Enebro para la artritis reumatoide, anís para el resfriado y la indigestión, perejil para la hinchazón, trébol rojo para las llagas y majuelo para el corazón. Sus preferidas eran el cannabis para la tensión

mental y el cardo mariano para las afecciones de hígado.

Cuando Hubert y Kitty llegaron a la biblioteca, Adeline apartó la mirada del cuadro de una orquídea que estaba pintando en la mesa, delante del ventanal, aprovechando la poca luz que quedaba.

—Imagino, querido, que eras tú disparando desde la ventana de tu vestidor —dijo lanzando a su marido una mirada de reproche por encima de los anteojos.

—Malditos conejos —refunfuñó él al hundirse en el sillón orejero, junto al fuego de turba que ardía alegremente en la chimenea. Un instante después, desapareció detrás del *Irish Times*.

Adeline sacudió la cabeza con indulgencia y siguió pintando.

—Si sigues así, Hubert, solo conseguirás ponerlos aún más furiosos —comentó.

—No están furiosos —repuso Hubert.

—Claro que sí. Lo están desde hace siglos...

—¿Quiénes? ¿Los conejos?

Adeline detuvo en el aire su pincel y suspiró.

—¡Qué absurdo eres, Hubert!

Kitty se sentó en el sofá y miró con avidez el bizcocho colocado junto con la tetera y las tazas de porcelana en la mesa, delante de ella. Los perros se echaron delante del fuego con un profundo suspiro. No habría bizcocho para ellos.

—Adelante, cariño, sírvete —le dijo Adeline—. ¿No te dan de comer en tu casa? —preguntó con el ceño fruncido al fijarse en los finos brazos de la niña y su estrecha cintura.

—La señora Doyle es mejor cocinera —contestó Kitty, pensando en los grasientos estofados y el repollo aguado de la señorita Gibbons.

—Eso es porque le he enseñado que la comida no solo ha de llenarle a uno la barriga, sino que ha de tener buen sabor. Te sorprendería cuánta gente come únicamente para saciarse y no por placer. Le diré a tu madre que mande aquí a vuestra cocinera para que aprenda un poco. Seguro que la señora Doyle estará encantada de enseñarle.

Kitty se sirvió un pedazo de bizcocho e intentó imaginarse a la señora Doyle encantada por cualquier cosa. Habría sido difícil encontrar una mujer más agria que ella. Un momento después, oscureció del todo y Adeline se reunió con su nieta en el sofá. O'Flynn, el viejo y achacoso mayordomo, le sirvió una

taza de té con mano temblorosa mientras una joven criada recorría en silencio la estancia encendiendo los quinqués. Poco después, un fulgor suave y dorado llenaba la habitación.

—Tengo entendido que Victoria nos dejará pronto para ir a vivir a Londres con la prima Beatrice —comentó Adeline.

—Yo no quiero ir a Londres cuando sea mayor —dijo Kitty.

—Bueno, tendrás que ir cuando cumplas dieciocho. A esa edad ya estarás harta de bailes de cacería y muchachotes irlandeses. Querrás emociones y caras nuevas. Londres es muy emocionante, y la prima Beatrice te cae bien, ¿verdad?

—Sí, es muy simpática, y Celia es divertida, pero a mí lo que más me gusta es estar aquí con *vosotros*.

Una sonrisa tierna suavizó el semblante de su abuela.

—Tú sabes que está muy bien que juegues con Bridie aquí, en el castillo, pero es importante que tengas amigas de tu posición. Celia tiene exactamente tu edad y además es tu prima, así que es lo más natural que debutéis juntas.

—Pero seguro que en Dublín también hay temporada.

—Claro que sí, pero tú eres angloirlandesa, querida.

—No, soy irlandesa, abuela. Inglaterra no me gusta nada.

—Te gustará cuando la conozcas mejor.

—Dudo que sea tan bonita como Irlanda.

—Ningún sitio es tan bonito como Irlanda, pero Inglaterra casi lo es.

—*A mí* no me importaría estar condenada a quedarme aquí para toda la eternidad.

Adeline bajó la voz.

—Yo creo que sí —dijo—. Vivir entre dos mundos no tiene nada de agradable, Kitty. Se está muy solo.

—Yo estoy acostumbrada a estar sola. Sería muy feliz si pudiera quedarme en el castillo para siempre, aunque tuviera que pasar el rato con ese viejo cascarrabias de Barton. No me molestaría en absoluto.

Tras jugar al ajedrez con su abuelo, Kitty regresó a pie a casa en medio de la oscuridad. El aire olía a humo de turba y a invierno, y una lechuza chillaba entre la niebla cada vez más espesa. Una media luna radiante iluminaba su camino mientras cruzaba alegremente aquellos jardines que conocía tan bien, siguiendo el camino de arena prensada.

Al llegar al pabellón de caza entró por la puerta de la cocina, donde la

señorita Gibbons sudaba dando vueltas a un estofado insípido. Kitty oyó el sonido del piano procedente del salón y al reconocer el toque vacilante de Elspeth, su hermana de dieciséis años, sonrió imaginándose a su madre sentada en el sofá, con una taza de té en la mano fina y blanca, sometiendo a algún pobre invitado a la chirriante interpretación de la muchacha. Entró de puntillas en el vestíbulo y se escondió detrás de un gran helecho. La música cesó bruscamente, sin el menor respeto hacia el *tempo*. Hubo algunos aplausos dispersos y un momento después Kitty oyó la voz de su madre elogiando con entusiasmo a Elspeth, seguida por los comentarios igual de entusiastas de su mejor amiga, lady Rowan-Hampton, a la sazón madrina de la joven. Kitty sintió una fugaz punzada de anhelo. Lady Rowan-Hampton, a la que sus padres llamaban Grace, era la mujer más bella que había visto nunca y la única adulta, aparte de sus abuelos, que la hacía sentirse especial. Sabedora de que tenía prohibido permanecer en la planta baja a menos que sus padres requirieran su presencia, subió de mala gana a la segunda planta por la escalera de servicio.

El pabellón de caza no era tan grande ni imponente como el castillo, pero sí lo suficientemente palaciego para servir de residencia al hijo mayor de lord Deverill y mucho más espacioso de lo que permitía suponer su modesto nombre. La laberíntica casona de piedra gris estaba cubierta en parte de hiedra, como si hubiera hecho un intento desgano de defenderse de los ásperos vientos invernales. Comparado con el castillo, cuya piedra lisa y desgastada por la intemperie prestaba cierta calidez al edificio, el pabellón de caza parecía frío y austero. Dentro reinaban el frío y la humedad incluso en verano, pese a lo cual el fuego de turba solo se encendía en las habitaciones que iban a utilizarse. Las muchas estancias deshabitadas olían a moho y humedad.

La habitación de Kitty, situada en la parte de atrás de la segunda planta, tenía vistas a los establos. Aquella era la parte de la casa a la que llamaban «el ala de los niños». Victoria, Elspeth y Harry se habían trasladado hacía tiempo a la parte elegante de la casa, cerca del salón, donde disponían de grandes habitaciones con vistas a los jardines. Kitty, que vivía allí sola con la señorita Grieve, se sentía sola y olvidada.

Mientras recorría el estrecho pasillo hacia su habitación, vio luz bajo la puerta de la señorita Grieve. Caminó de puntillas para no delatar su presencia, pero al pasar ante la puerta de la institutriz oyó un llanto suave. No creyó que

la señorita Grieve estuviera sollozando. Kitty consideraba incapaz de tal cosa a su institutriz. Se paró y aplicó el oído a la puerta. Pensó por un momento que quizá la señorita Grieve tuviera visita, pero la institutriz jamás quebrantaría las normas, y la madre de Kitty tenía prohibido que subieran visitas. De todos modos, Kitty no creía que la institutriz tuviera amigos. Nunca hablaba de nadie, aparte de su madre, que vivía en Edimburgo.

Se agachó y pegó el ojo a la cerradura. Allí, sentada en la cama con una carta sobre el regazo, estaba la señorita Grieve. Kitty se quedó perpleja al verla con el largo cabello castaño cayéndole en gruesos rizos sobre los hombros y la espalda. Su cara se veía muy pálida a la luz del quinqué, pero sus facciones se habían suavizado. No tenía ya aquel aspecto duro y rígido, como cuando se recogía el pelo hacia atrás en un moño tirante y apretaba los labios en una fina línea hasta casi hacerlos desaparecer. Parecía una joven sensible y sorprendentemente bonita.

Kitty deseó saber qué decía aquella carta. ¿Habría muerto alguien? ¿La madre de la señorita Grieve, quizá? Sintió un arrebató de compasión tan intenso que estuvo a punto de girar el pomo y entrar. Pero la señorita Grieve tenía un aspecto tan distinto que pensó que se avergonzaría si la sorprendía con la guardia baja. Se quedó un rato contemplando absorta la boca temblorosa y humedecida por las lágrimas y la piel fresca que, al relajarse, parecía separarse de los huesos que normalmente la mantenían tensa y dura. Fascinada por la aparente juventud de la señorita Grieve, se preguntó cuántos años tendría en realidad. Siempre había dado por sentado que era vieja, pero ahora no estaba tan segura. Era muy posible que tuviera la misma edad que su madre.

Pasado un rato, Kitty se retiró a su habitación. Nora, una de las criadas, había encendido su pequeña chimenea y el cuarto olía agradablemente a humo. Un quinqué brillaba sobre la cómoda arrimada a la pared, bajo un cuadro de hadas de jardín que le había pintado su abuela. Las cortinas estaban echadas, pero Kitty las abrió de par en par y se sentó en el asiento de la ventana a contemplar la luna y las estrellas, que refulgían en un hermoso cielo aterciopelado.

Kitty no reconocía la soledad porque esta estaba tan arraigada en su alma que había pasado a formar parte indisoluble de su ser. Sintió agitarse en el fondo de su corazón un sentimiento que conocía bien y que siempre la embargaba cuando contemplaba la belleza de la noche, pero, pese a ser

consciente de esa sensación de anhelo, no supo reconocerla por lo que era: un deseo de cariño. Le era tan familiar, sin embargo, que había llegado a hacérsele agradable, y esas horas que pasaba mirando las estrellas se habían convertido para ella en algo tan habitual como el aullar a la luna para un lobo en celo.

Al cabo de un rato, la señorita Grieve apareció en la puerta, rígida y severa, con el pelo recogido en un moño bien prieto, como si hubiera conseguido domeñar sus emociones por la fuerza y encerrarlas dentro del corsé. No quedaba rastro alguno de lágrimas en sus rígidas mejillas ni alrededor de sus ojos, de un gris pizarra, y Kitty se preguntó fugazmente si habrían sido imaginaciones suyas. ¿De dónde procedía esa amargura de la señorita Grieve?

—Es hora de que cenes, jovencita —le dijo a Kitty—. ¿Te has lavado las manos?

Kitty le enseñó obedientemente las manos a la institutriz, que soltó un resoplido de desaprobación.

—Ya me parecía. Ve a lavártelas inmediatamente. No me parece adecuado que una señorita como tú se dedique a corretear por el campo como un perro vagabundo. Hablaré con tu madre. Puede que tomar lecciones de piano sea una buena disciplina para ti y evite que te metas en líos.

—A Elspeth no le han servido de mucho —contestó Kitty con descaro—. Y cuando canta parece un gato que maúlla.

—No seas insolente, Kitty.

—Victoria toca el violín aún peor. Como un coro entero de gatos que maúllan. A mí me gustaría cantar.

Vertió agua fría del jarro en la jofaina y se lavó las manos con jabón carbólico. De momento no había habido clases de piano o de violín para ella, porque de la música se encargaba su madre y Kitty era invisible para Maud Deverill. Si había disfrutado de lecciones de hípica desde que tenía dos años era únicamente porque su padre era un apasionado de la caza y las carreras. Mientras él viviera, ningún hijo suyo dejaría de aprender a montar.

—Ya tienes nueve años, Kitty, es hora de que aprendas a hacerte atractiva. No veo por qué no vas a poder tomar lecciones de música, igual que tus hermanas. Hablaré con tu madre mañana y me ocuparé de organizarlo. Cuanto menos tiempo libre tengas, mejor. Cuando el diablo no tiene qué hacer, mata moscas con el rabo.

Kitty siguió a la señorita Grieve al cuarto de estudio, cuya mesa estaba ya

dispuesta para dos comensales. Dijeron sus oraciones de pie, detrás de sus sillas, y luego la institutriz tomó asiento mientras Kitty iba a buscar la fuente de estofado con patatas asadas que habían mandado desde la cocina en el montacargas.

—¿Qué es lo que pasa contigo para que tus padres no quieran verte a la hora de las comidas? —preguntó la señorita Grieve cuando Kitty se sentó—. La señorita Gibbons me ha dicho que, cuando tus hermanos eran pequeños, la familia comía siempre junta —añadió mientras se servía estofado—. Puede que sea porque no sabes comportarte. Antes, cuando trabajaba para lady Billow, yo siempre comía con la familia a mediodía, pero cenaba sola, lo que era una bendición. ¿Vamos a tener que compartir esta mesa hasta que seas mayor de edad?

Kitty estaba acostumbrada a las mezquinas pullas de su institutriz y procuraba que no le afectaran. El ingenio era su única defensa.

—Debe de ser para que disfrute usted, señorita Grieve, porque si no se sentiría muy sola.

La señorita Grieve soltó una risa amarga.

—Y supongo que tú te consideras una compañía excelente, ¿no?

—Debo de ser mejor compañía que la soledad.

—Yo no estaría tan segura. Para tener nueve años, eres muy impertinente. No me extraña que tus padres no quieran ni verte. Victoria y Elspeth son verdaderas señoritas, pero tú, Kitty, tú eres una granuja a la que hay que meter en vereda. Que esa tarea me haya correspondido a mí es un calvario, pero lo hago lo mejor que puedo, por pura bondad. Aún nos queda un largo camino por recorrer antes de que estés en situación de encontrar marido.

—Yo no quiero casarme —replicó Kitty antes de meterse un trozo de carne en la boca. La carne estaba fría por dentro.

—Claro que no quieres casarte, ahora. Eres una cría.

—¿Usted alguna vez ha querido tener marido, señorita Grieve?

Los ojos de la institutriz se alteraron fugazmente, revelando mucho más de lo que quería a la aguda mirada de la niña.

—Eso no es asunto tuyo, Kitty. Siéntate derecha. No eres un saco de patatas.

—¿Las institutrices tienen permitido casarse? —insistió Kitty, que, aunque ya conocía la respuesta, disfrutaba viendo la expresión dolorida de la señorita Grieve.

La institutriz frunció los labios.

—Claro que tienen permitido casarse. ¿Qué te ha hecho pensar que no?

—Es que ninguna se casa. —Kitty comenzó a masticar afanosamente el trozo de ternera correosa.

—Basta ya de tonterías, niña, o te vas a la cama sin cenar.

Pero la señorita Grieve se había puesto colorada de repente y Kitty vislumbró por un instante a la joven mujer a la que había visto llorar sobre una carta en su habitación. Pestañeó y aquella imagen desapareció. La señorita Grieve había fijado la vista en su plato, como si tratara de dominar sus emociones. Kitty lamentó haber sido tan malvada, pero aprovechó la oportunidad para escupir la carne en la servilleta y doblar esta sobre su regazo sin que la viera. Intentó pensar en algo bonito que decir, pero no se le ocurrió nada. Estuvieron calladas un rato.

—¿Usted toca el piano, señorita Grieve? —preguntó Kitty por fin.

—Sí, antes lo tocaba —contestó la institutriz con voz crispada.

—Y entonces, ¿por qué nunca toca?

La mujer la miró como si hubiera tocado un nervio sensible.

—Ya me he hartado de tus preguntas, jovencita. Vamos a comernos el resto de la cena en silencio.

Kitty se quedó de piedra. No esperaba una reacción tan virulenta a aquel giro de la conversación, que a ella le parecía amable e inofensivo.

—Una palabra más y te agarro de ese pelo de color zanahoria que tienes y te llevo a rastras a tu habitación.

—No es de color zanahoria, es rojo ticiano —masculló Kitty temerariamente.

—Por mí puedes usar todas las palabrejas que quieras, niña, que el rojo es rojo, y muy poco favorecedor, además.

Kitty tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo por mantenerse en silencio el resto de la cena. El rostro de la señorita Grieve se había endurecido hasta convertirse en granito. Kitty se arrepintió de haber intentado ser amable con ella y resolvió no volver a dejarse llevar por la compasión: era una tontería. Cuando acabaron, llevó obedientemente los platos al montacargas y pulsó el timbre para que lo bajaran a la cocina.

Se lavó con agua fría porque Sean Doyle, el hermano de Bridie, que se encargaba de acarrear agua caliente de la cocina a los baños, solo la llevaba al ala de los niños cada dos noches. La señorita Grieve la estuvo observando mientras rezaba sus oraciones. Kitty rezó por su padre y su madre, por sus

hermanos y sus abuelos, como era de rigor, y luego añadió una oración pensando en la señorita Grieve: «Por favor, Señor, llévatela de aquí. Es horrible, y malvada, y la odio. Si supiera maldecir como Maggie O'Leary, le echaría una maldición para que la desdicha la persiga todos los días de su vida y no se libre de ella jamás».

Maud Deverill guardaba silencio, sentada en el carruaje junto a su marido. Sus manos enguantadas descansaban sobre la manta que se había echado sobre el regazo, un chaquetón de piel cubría su pecho y su espalda, y aun así tiritaba. La noche era clara y fría, y sin embargo el aire estaba impregnado de una humedad perpetua que subía de la tierra empapada y era arrastrada hacia el interior por la brisa salobre del mar, tan punzante que calaba los huesos.

Bertie había regresado a primera hora de la tarde, como tenía por costumbre, oliendo a establo y a sudor. Pese a que había saludado con tibia cortesía a lady Rowan-Hampton, Maud no se dejaba engañar por esa pátina de respetabilidad. Había olido a menudo el perfume de Grace en el cuello de la camisa de su marido y había sorprendido las miradas seductoras que se lanzaban cuando creían que nadie les prestaba atención. ¿Por qué —cabía preguntarse— tenía una amistad tan estrecha con la amante de su marido? Porque creía, quizá desacertadamente, que era importante tener cerca a los amigos y más cerca aún a los enemigos. Por eso era uña y carne con Grace, la más peligrosa de sus enemigas.

El carruaje avanzó a sacudidas por el camino rural que circundaba la finca, pasando por encima de baches y charcos, hasta llegar por fin al castillo, con sus pasajeros vapuleados por tanto traqueteo. El lacayo abrió la puerta y ofreció la mano a la señora Deverill, que la aceptó y sacó el pie, indecisa, buscando a tientas en la oscuridad el peldaño superior. Bajó por fin y se agarró del brazo de su marido. Bertie era rubio y apuesto y tenía la cara ancha y bien proporcionada y los ojos grises, tan claros como huevos de pato. Poseía un humor sardónico y cierta debilidad por las mujeres guapas. De hecho, se le tenía en muy alta estima en todo el condado de Cork por su encanto discreto y su buen carácter, y era el caballero favorito de todas las damas, excepto — naturalmente— de Maud, que, consciente de que nunca había sido suyo en exclusiva, le guardaba rencor.

Se habían encendido faroles a ambos lados de la puerta del castillo para iluminar la entrada. Bertie y Maud Deverill eran los vecinos más próximos,

pero siempre llegaban los últimos debido a la tendencia de Maud a llegar tarde. Confiaba inconscientemente en que si vacilaba, si se entretenía y perdía el tiempo, quizá su marido se fuera sin ella.

—Si otra vez tengo que sentarme al lado del rector, me pego un tiro —siseó. Sus labios encarnados parecían negros en la semioscuridad.

—Querida mía, siempre te sientas al lado del rector y nunca te pegas un tiro —repuso Bertie en tono paciente.

—Tu madre lo hace a propósito para fastidiarme.

—¿Y por qué haría eso mi madre?

—Porque me desprecia.

—Tonterías. Mamá no desprecia a nadie. Es simplemente que sois muy distintas. No veo por qué no podéis llevaros bien.

—Me duele la cabeza. No debería haber venido.

—Pero, ya que estás aquí, procura divertirte.

—A ti todo te parece bien, Bertie. Siempre eres el alma de la fiesta. *A ti* todo el mundo te quiere. Yo solo estoy aquí para facilitaros la diversión.

—No seas absurda, Maud. Vamos, aquí vas a coger un resfriado. Necesito una copa.

Entraron en el vestíbulo y Maud se despojó de mala gana de su chaquetón de piel y sus guantes y se los entregó a O'Flynn.

Era una mujer muy bella, pero de aspecto severo. La suerte la había bendecido con unos pómulos altos, una cara simétrica en forma de corazón, grandes ojos de color azul claro y una nariz pequeña y recta. Tenía los labios carnosos y el cabello rubio, espeso y lustroso, recogido al estilo eduardiano, con ondas y tirabuzones allí donde se consideraba necesario. Su tez era blanca como la leche; sus manos y pies, delicados. De hecho, era como una encantadora estatua de mármol labrada por un escultor benévolo, pero fría y dura, y carente de toda sensualidad. La única cualidad que le confería cierto carácter era su incapacidad para ver más allá de sí misma.

Esa noche llevaba puesto un vestido azul claro, que llegaba hasta el suelo y realzaba su figura esbelta, y una gargantilla de perlas con un broche de diamantes. Cuando entró en el salón se oyó una exclamación colectiva de admiración, lo que la alegró enormemente. Sintióse mucho mejor, avanzó con paso airoso y al instante se halló rodeada por Hazel y Laurel, las excéntricas hermanas solteras de Adeline.

—Mi querida Maud, estás preciosa —dijo Hazel—. ¿Verdad que sí, Laurel?

¿Verdad que Maud está preciosa?

Laurel, que rara vez se apartaba de su hermana, sonrió plegando sus mofletes colorados.

—Ya lo creo que sí, Hazel. Ya lo creo. Sencillamente, preciosa.

Maud miró altivamente las dos caras redondas que le sonreían con avidez y esbozó una sonrisa educada antes de zafarse de ellas lo más cortésmente que pudo con la excusa de que iba a saludar al rector.

—La pobre señora Daunt está peor de lo suyo —comentó Hazel aludiendo a la esposa del rector.

—Mañana le diremos a Mary que haga un bizcocho y se lo lleve —sugirió Laurel, refiriéndose a su criada.

—Una idea espléndida, Hazel. Seguro que una pizca de brandy en el bizcocho la ayuda a recuperarse, ¿no crees?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Laurel con su entusiasmo habitual, mientras daba palmadas con sus manitas.

El rector era un hombre grueso y pagado de sí mismo, de bigote largo y áspero y grandes mofletes rojizos, que disfrutaba de los placeres de la vida como si la obligación de hacerlo fuera uno de los Mandamientos menos conocidos del Señor. Cazaba con fruición, era un buen tirador y un gran aficionado a la pesca. A menudo se le veía en las carreras, confundido entre su rebaño, y nunca perdía la ocasión de predicar, como si ese sermoneo constante justificara su presencia en aquel antro de iniquidad. Maud era una mujer muy religiosa cuando le convenía, y aborrecía al rector por su desvergonzada campechanería. El vicario de su ciudad natal en Inglaterra era un hombre sencillo y austero, como sus aficiones, y así era como Maud creía que debían ser todos los hombres de religión. Le tendió la mano y le saludó, sin embargo, disimulando sus verdaderos sentimientos tras un barniz de tibia cortesía.

—Vaya, pero si es la encantadora señora Deverill —dijo él, agarrando con su esponjosa mano la delicada mano de Maud y dándole un fuerte apretón—. ¿Recibió Victoria la lectura para el oficio de mañana? —preguntó.

—Sí, la recibió —respondió Maud—. He practicado con ella, pero ya conoce usted a los jóvenes: leen demasiado deprisa.

—Tengo entendido que pronto nos dejará para irse a Londres.

—No sé qué voy a hacer sin ella —repuso Maud, que siempre se las ingeniaba para dirigir la conversación hacia su propia persona—. Voy a sentirme muy sola con Elspeth como única compañía.

—Harry volverá pronto para las vacaciones y, naturalmente, todavía tiene a... —El rector estaba a punto de mencionar a Kitty cuando Maud le interrumpió enérgicamente.

—Se paga un precio muy alto por una buena educación —dijo con aire solemne—. Pero así es la vida, y Harry es feliz en Eton, así que no debería quejarme. Le echo terriblemente de menos. Vale por diez de mis hijas. Pero Dios no tuvo a bien darme más hijos varones —añadió en tono de reproche, como si el rector fuera en cierto modo responsable de su infortunio.

—Sus hijas cuidarán de usted en la vejez —repuso el rector solícitamente antes de apurar su copa de jerez.

—Harry cuidará de mí en la vejez. Mis hijas estarán demasiado atareadas con sus propios hijos para ocuparse de mí.

En ese momento se les unió Adeline y, al ver su sonrisa dulce y sus ojos brillantes, un cálido sentimiento de alivio embargó al rector.

—Lady Deverill —dijo—, estábamos comentando que las hijas son un gran consuelo para sus madres en la vejez.

—Lo ignoro, dado que mi hija cruzó el Atlántico sin mirar atrás —repuso Adeline no sin amabilidad—. Pero seguro que tiene usted razón. Maud está muy consentida, teniendo tres hijas.

Maud evitó su mirada. La forma que Adeline tenía de mirarla, como si pudiera ver a través de ella y percibir, con una pizca de ironía, sus flaquezas y defectos, le causaba un profundo desasosiego.

—Es muy probable que Victoria y Elspeth se casen con ingleses y se marchen de Irlanda para siempre. Yo tengo depositadas todas mis esperanzas en Harry porque, se case con quien se case, se quedará aquí.

Adeline le clavó la mirada.

—Te olvidas de Kitty, querida.

El rector, que sentía gran afecto por la pequeña de los Deverill, sonrió de oreja a oreja.

—Esa sí que no se irá de Irlanda. Kitty, no. Me apostaría cualquier cosa a que se casa con un irlandés.

Maud trató de sonreír, pero sus labios encarnados solo lograron esbozar una mueca.

Adeline sacudió la cabeza. No podía disimular el cariño que le tenía a la niña.

—Es muy osada. Seguro que hará algo sorprendente. Yo apostaría por *eso*.

Maud sintió que se esperaba de ella que aportara algo a la conversación, pero a decir verdad ignoraba cómo era su hija. Solo sabía que tenía el pelo tan rojo como Adeline y sus mismos ojos sagaces e inquisitivos.

Por fin, O'Flynn apareció en la puerta para anunciar que la cena estaba lista. Maud encontró a su marido conversando acerca de la próxima partida de caza con su padre, que ya iba por su tercera copita de jerez. Lord Deverill siempre se las ingeniaba para parecer apolillado. Tenía el cabello gris completamente revuelto, como si acabara de llegar al galope, y los codos de su levita parecían raídos por los ratones. Por más que Skiddy se esforzara en mantener la ropa de su señor limpia y bien planchada, siempre daba la impresión de que acababan de sacarla del fondo de un cajón, y lord Deverill se negaba tercamente a comprarse prendas nuevas.

—¿Puedo tener el placer de acompañarte al comedor, Maud? —preguntó Hubert, a quien agradaba su bello rostro.

Maud, que siempre podía confiar en el apoyo de su suegro, le dio el brazo y dejó que la escoltara al comedor.

Bertie acompañó a las Arbolillo, cada una de un brazo, dejando que su cháchara atolondrada se elevara por encima de él como el gorjeo tranquilizador de los pájaros. El rector entró con Adeline. La conversación entre los dos había quedado reducida a un soliloquio del rector acerca del sufragio femenino, que Adeline escuchaba solo a medias, con nulo interés.

Bendijeron la mesa en pie. Hubert ocupaba la cabecera de la mesa y Adeline el otro extremo, con el rector a su derecha, junto a Maud, que parecía furiosa. Inclinaron la cabeza y el rector habló con la voz grave y solemne que solía reservar para el púlpito. Tan pronto como concluyó la oración, se abrió de golpe la puerta y apareció Rupert, el hermano menor de Bertie, desaliñado y visiblemente borracho.

—¿Hay sitio para mí? —preguntó dirigiéndose a su madre, con las manos apoyadas en el marco de la puerta.

Adeline no pareció sorprendida de ver a su hijo mediano, que vivía en la casa que anteriormente había ocupado su difunta suegra, situada a un par de kilómetros de allí campo a través, frente al mar.

—¿Por qué no te sientas entre tus tías? —preguntó Adeline al mismo tiempo que se sentaba.

Hubert, que tenía menos paciencia con su alocado hijo y estaba convencido de que le habría ido mejor si se hubiera reunido con su hermana pequeña en

Estados Unidos y se hubiera casado y hubiera hecho algo con su vida, soltó un bufido y dijo:

—La cocinera libraba hoy, ¿eh?

Rupert sonrió con todo su encanto.

—Me he enterado de que mis queridas tías Hazel y Laurel venían a cenar y no he podido resistirme, papá.

Las Arbolillo se sonrojaron de placer, sin advertir el ligero tono burlón de su sobrino, e hicieron hueco para que O'Flynn colocara una silla entre las dos.

—¡Qué velada tan deliciosa está siendo esta! —exclamó Laurel—. ¿No te parece, Hazel?

—Desde luego que sí, Laurel. Ven a sentarte, Rupert, querido, y cuéntanos qué has estado tramando. Llevas una vida tan emocionante, ¿verdad que sí? De hecho, ayer mismo comentábamos lo que es la juventud, ¿no es cierto, Laurel?

—Sí, ya lo creo. Hazel y yo somos tan viejas que ya solo podemos disfrutar de los pequeños chismorreos que nos da Rupert, como migajas de la mesa de un ricachón.

Rupert tomó asiento y desdobló su servilleta.

—¿Qué nos tiene preparado la señora Doyle esta noche? —preguntó.

Era más de medianoche cuando Bertie y Maud volvieron al pabellón de caza. Maud desahogó su furia con su marido, que pese a su cansancio se encontraba agradablemente achispado.

—Lo de Rupert es una vergüenza, presentarse así, sin que le hayan invitado... Y, además, ebrio y mal vestido... Cualquiera pensaría que tendría la decencia de vestirse como corresponde para la cena, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que le da tu padre.

Se tambaleó hacia delante cuando el carruaje pisó un bache.

—A mis padres no les importan esas cosas —contestó Bertie con un bostezo.

—Pues deberían importarles. La civilización es cuestión de formas. Este país se hundiría en la barbarie si no fuera por personas como nosotros, que guardan las formas. Las apariencias importan, Bertie. Tus padres deberían dar ejemplo.

—¿Insinúas que ellos tampoco visten como es debido, Maud?

—La ropa de tu padre está comida por las polillas. ¿Qué daño podría

hacerle ir a Londres a visitar a su sastre de vez en cuando?

—Tiene cosas más importantes en que pensar.

—Como cazar, disparar y pescar, supongo.

—Exacto. Es mayor. Deja que haga lo que le plazca.

—Y en cuanto a tus tías, son ridículas.

—Son felices, buenas y amables. Juzgas a los demás con mucha dureza, Maud. ¿Hay alguien que te agrade?

—Rupert necesita una esposa —añadió ella cambiando de tema.

—Pues búscale una.

—Debería ir a Londres a buscar una muchacha inglesa con buenos modales y carácter fuerte que lo tenga firme como una vela.

—Cuánta amargura, Maud. ¿Tan horrible te ha parecido la velada?

—Oh, tú te lo has pasado de lo lindo en el comedor, bebiendo oporto y fumando puros mientras nosotras languidecíamos en el salón. ¿Sabes que tu madre y sus hermanas van a celebrar una sesión de espiritismo aquí, en el castillo? Son unas brujas, las tres. ¡Es absurdo!

—Bah, deja que se diviertan, querida. ¿Qué te importa a ti que quieran comunicarse con los muertos?

Maud se dio cuenta de que su argumento era endeble.

—Es poco piadoso —añadió con acritud—. No creo que al rector le haga ninguna gracia. Y, además, de eso no saldrá nada bueno, acuérdate de lo que te digo.

—Sigo sin ver en qué te afecta *a ti*, Maud.

—Tu madre es una mala influencia para Kitty —afirmó ella, sabedora de que la mención de la niña daría más peso a su argumentación.

Bertie frunció el entrecejo y se frotó la áspera barbilla.

—Ah, Kitty... —suspiró sintiendo una punzada de culpa.

—Pasa demasiado tiempo hablando de tonterías con su abuela.

—¿Será quizá porque tú no pasas ningún tiempo con ella?

Maud se quedó callada un rato, ofendida. Bertie nunca se había quejado de su patente falta de interés por la hija menor de ambos. Además, era costumbre que los hijos pequeños se mantuvieran fuera de la vista, en el cuarto de los niños, con su institutriz. Pensó entonces, con una súbita oleada de rencor, que Grace Rowan-Hampton debía de habérselo mencionado. Al tener cerca a su enemiga, había dejado entrar a una espía en su casa.

El carruaje se detuvo delante del pabellón de caza, frente a la puerta

principal. Llovía ligeramente, una «calabobos», como decían los lugareños. Un fuerte viento barría los campos, gimiendo fantasmagóricamente al azotar las ramas desnudas de los castaños. El mayordomo les esperaba en el vestíbulo con un quinqué para alumbrarles el camino hasta el piso de arriba. Sintiéndose más descontenta que nunca, Maud siguió a su marido hasta el descansillo con la esperanza de que él advirtiera su silencio y le preguntara qué le ocurría.

—Buenas noches, querida —dijo Bertie sin siquiera mirarla.

Ella lo vio desaparecer en su habitación y cerrar la puerta. Furiosa, entró en la suya, donde la esperaba una doncella para desabrocharle el vestido. Sin decir palabra, se puso de espaldas a la muchacha y esperó a que cumpliera con su obligación.

A la mañana siguiente Kitty desayunó con la señorita Grieve en el cuarto de los niños y luego se vistió para ir a la iglesia. El oficio dominical en la parroquia de Saint Patrick de Ballinakelly era la única ocasión en la que se reunía toda la familia. La única vez que Kitty veía a sus padres. La señorita Grieve le sacó un delantal blanco y limpio, le lustró las botas negras y pasó mucho más tiempo del necesario quitándole los nudos del pelo sin reparar en el dolor que le causaba. Pero Kitty fijó la mirada en las nubes grises que surcaban el cielo más allá de la ventana y se obligó a no derramar una sola lágrima.

Sus padres y sus abuelos iban en carruajes, pero Kitty y sus hermanas tomaron el birlocho tirado por un poni, con la señorita Grieve en el pescante junto al señor Mills, que llevaba las riendas. Victoria era tan guapa como su madre, con la cara ancha y en forma de corazón, la nariz larga y recta y los ojos azules y de mirada altiva. Se sentaba muy erguida, con el cabello rubio cayéndole hasta la cintura en lustrosos rizos y la cabeza bien alta, consciente de su belleza y de la admiración que despertaba. Elspeth era más modesta y menos atractiva que su hermana mayor. Su pelo era de color castaño ceniza, su nariz chata y carnosa, y su expresión tan sumisa y bobalicona como la de un perrillo faldero. Las dos hermanas mayores ignoraban por completo a Kitty y preferían hablar entre sí, pero a la niña no le importaba: estaba demasiado ocupada contemplando los prados en los que pastaban vacas y ovejas.

—Nuestra madre dice que tengo que hacerme vestidos nuevos para ir a

Londres —comentó Victoria alegremente, sujetándose el sombrero para que no se le volara con el viento—. Ya le ha mandado mis medidas a la prima Beatrice. ¡Qué ilusión! Seguro que serán diseños a la última moda.

—Qué suerte tienes —repuso Elspeth, que tenía tendencia a alargar las vocales, de modo que su voz sonaba lastimera—. Ojalá pudiera ir contigo. Pero no, tengo que quedarme aquí, sin nadie con quien hablar excepto mamá. Voy a estar aburridísima sin ti.

—Pues más vale que te acostumbres, Elspeth —dijo su hermana mayor enérgicamente—. Porque tengo intención de encontrar marido.

—Para eso vas, claro.

—Mamá me ha dicho que si una no encuentra marido es porque es fea, sosa o las dos cosas.

—Tú no eres fea ni sosa —dijo Elspeth—. Por suerte, ninguna de las dos ha heredado el pelo rojizo de la abuela.

—No es rojizo —terció Kitty desde debajo de su sombrerito—. Es rojoticiano.

Sus hermanas soltaron una risita.

—Mamá dice que es rojizo —contestó Victoria maliciosamente.

—Tener el pelo rojo es una desgracia —añadió Elspeth—. Los pescadores se vuelven a casa si ven una mujer pelirroja cuando van camino del puerto. Me lo dijo Clodagh —dijo refiriéndose a una de las criadas.

—Así que harías bien en no quitarte ese sombrerito que llevas —agregó Victoria.

Miró a su hermana pequeña y Kitty clavó con descaro en ella sus ojos grises. Victoria dejó de reírse y se pronto se asustó. Había algo pavoroso en la mirada de su hermanita, como si pudiera hechizar a alguien con solo mirarlo.

—No nos pongamos desagradables —dijo, intranquila, no queriendo incitar la ira de Kitty, por si acaso gafaba su primera temporada en Londres—. El pelo rojo está bien si va acompañado de una cara bonita, ¿verdad que sí, Elspeth? —dijo clavando el codo en las costillas de su hermana.

—Sí, claro —contestó Elspeth obedientemente.

Pero Kitty había dejado de escucharlas. Estaba mirando a los niños católicos de los alrededores, que en esos momentos volvían de misa, buscando a Bridie y Jack O'Leary.

Ballinakelly era un pueblecito pintoresco, de bonitas casas blancas apiñadas en la ladera hasta el borde del mar, como mejillones sobre una roca. Había un pequeño puerto, tres iglesias (la de Saint Patrick, de la Iglesia de Irlanda, la iglesia metodista y la iglesia católica de Todos los Santos) y una calle mayor con algunas tienditas y cuatro tabernas que siempre estaban llenas. Los niños del pueblo asistían a la escuela, que estaba junto a la iglesia católica, y casi todas las noches se reunían frente a la estatua de la Virgen María para verla balancearse, cosa que hacía muy a menudo, al parecer sin ninguna ayuda. Levantada en la ladera de la colina en 1828 para conmemorar la aparición de la Virgen a una joven muchacha, la estatua se había convertido en una especie de atracción turística en los meses de verano, cuando llegaban peregrinos de muy lejos para verla, postrándose de rodillas en el barro y santiguándose piadosamente cuando la figura se estremecía. Los niños, a los que divertía enormemente el espectáculo, huían en tropel como una panda de diablillos y ocultaban su miedo bajo un repiqueteo de risas nerviosas. Se rumoreaba que a veces los caballos se encabritaban al pasar por allí, barruntando alguna tragedia.

El birlocho atravesó lentamente el pueblo. Kitty observó ávidamente al grupo de niños católicos que caminaba hacia ella. Estaban pálidos de hambre por haber ayunado la noche anterior y amodorrados de aburrimiento por la misa. Por fin vio a Bridie, que subía trabajosamente calle arriba con su familia. Su cara, medio oculta tras una maraña de pelo enredado, tenía una expresión amarga. Kitty sabía que no le gustaba ir a misa. El padre Quinn era un cura severo e inflexible, proclive a estallidos de indignación en el púlpito y a señalar con el dedo a miembros de la congregación que, a su modo de ver, habían cometido alguna falta, aplicándose con especial dureza a sus feligreses más pobres.

Kitty fijó la mirada en su amiga hasta que Bridie levantó los ojos y la vio, en el instante en que el birlocho pasaba a su lado acompañado por el tableteo de los cascos del poni. Se le iluminó el rostro y sonrió. Kitty le devolvió la

sonrisa. Algo más atrás, Liam O'Leary, el veterinario, caminaba junto a Jack, su hijo de doce años. Kitty también le sonrió. Jack fue más discreto. Sus ojos azules brillaron bajo el espeso friso castaño de sus pestañas y las comisuras de su boca se tensaron suavemente. El poni pasó de largo. Cuando Kitty miró hacia atrás, sus ojos volvieron a encontrarse al lanzar Jack otra mirada furtiva por encima del hombro.

La iglesia de Saint Patrick estaba casi llena. Allí, la aristocracia se mezclaba con la clase trabajadora protestante: tenderos, ganaderos, costureras, el capataz del castillo de Deverill y el contable, todos ellos descendientes de hugonotes. Lord y lady Deverill ocuparon el primer banco junto con Bertie, Maud, Victoria y Elspeth. La señorita Grieve se sentó en el banco de atrás con Kitty, que, para alegría suya, se halló sentada junto a lady Rowan-Hampton, envuelta en un grueso abrigo con estola de pieles. Su marido, sir Ronald, un hombre corpulento y de cara colorada, tuvo que sentarse al lado del pasillo para salir a leer.

—Mi querida Kitty —susurró alegremente lady Rowan-Hampton al colocar su breviario en la repisa, ante sí—, cuánto tiempo sin verte. Has crecido, y te has convertido en una niña preciosa. La verdad es que has heredado el físico tu abuela. ¿Sabes que, de joven, su belleza era la comidilla de todo Dublín? Bueno, ¿cómo vamos a aguantar el oficio? Ya sé, vamos a jugar a un juego. Piensa en un animal que se parezca a cada miembro de tu familia, y al reverendo Daunt, claro, no podemos olvidarnos de él. Si tú fueras un animal, Kitty, serías un...

Entornó sus ojos castaños claros y Kitty contempló absorta sus mejillas sonrosadas, ligeramente redondeadas, su piel tersa y suave y su boca carnosa y expresiva. Pensó que, si las personas fueran dulces, lady Rowan-Hampton sería una jugosa tarta rellena de nata y mermelada, mientras que su madre sería un seco y amargo bizcocho con pasas.

—¡Eso es! ¡Serías un zorro, querida! —continuó lady Rowan-Hampton—. Serías un zorrito muy astuto y encantador.

El servicio religioso dio comienzo con el primer himno y Kitty se levantó y cantó lo mejor que pudo para impresionar a lady Rowan-Hampton. La señorita Grieve se limitaba a mover los labios, supuso Kitty, puesto que su voz no se oía. La señora Daunt, la esposa del rector, solía tocar el órgano, casi tan mal como Elspeth tocaba el piano, pero ese día estaba indispuesta y su vecino, el señor Rowe, un hombre de apariencia porcina, tocó el violín con esmero.

Kitty notó el olor dulce y floral, como a nardos, del perfume de lady Rowan-Hampton y decidió que cuando fuera mayor quería ser como ella. Naturalmente, no quería tener un marido viejo y gordo como sir Ronald, que era el maestro de cacerías de la localidad y que cuando bebía levantaba la voz, se ponía pesado y pendenciero (Kitty le había oído despotricar a menudo en el comedor después de la cena, cuando las mujeres pasaban al salón). Lady Rowan-Hampton siempre llevaba diamantes en el cuello y las muñecas y largos vestidos que susurraban cuando caminaba. Era lo más parecido a una princesa que Kitty había visto nunca. Y, ahora que estaba sentada a su lado, se sentía más subyugada que nunca por su presencia.

Sir Ronald hizo la primera lectura. Su voz retumbante resonó en las paredes. Arrojava cada sílaba a la congregación como un coronel lanzando granadas. Victoria leyó a continuación, con voz queda y un poco deprisa, tragándose el final de las frases de modo que su significado se perdía casi por completo. Cuando el reverendo Daunt se preparó para dar el sermón, lady Rowan-Hampton se inclinó y susurró una sola palabra al oído de Kitty:

—Morsa.

Kitty tuvo que sofocar la risa, porque ella había pensado en ese mismo animal mientras sir Ronald leía su pasaje de las Escrituras.

Durante el himno final se pasó el cepillo. Lady Rowan-Hampton dio a Kitty una moneda y, cuando la bandeja llegó a su altura, la niña pudo depositar la moneda entre las demás con un ligero tintineo. Al acabar la liturgia, el señor Rowe tomó su violín y tocó una jiga, lo que hizo sonreír de alegría a todos los presentes excepto a Maud, cuyos tensos labios se fruncieron un poco más en señal de desaprobación.

—Bueno, ¿qué animal crees que sería tu padre? —le preguntó lady Rowan-Hampton a Kitty.

—Un león —contestó la niña.

—Muy bien —dijo lady Rowan-Hampton, complacida—. Creo que tienes razón. Es guapo y apuesto como un león. ¿Y tu mamá?

—Una comadreja blanca.

Lady Rowan-Hampton puso cara de sorpresa.

—Cariño, ¿estás segura de saber qué aspecto tiene una comadreja?

—Claro que sí. ¿No cree usted que se parecen?

La dama dudó, sonrojándose.

—No, la verdad. Yo creo que se parece más a un precioso leopardo de las

nieves.

Kitty arrugó la nariz y pensó en el bizcocho reseco.

—¿Y tus hermanas? —preguntó lady Rowan-Hampton.

—Crías de comadreja —contestó Kitty con una sonrisa.

—¡Ay, querida, cuánta comadreja! —exclamó lady Rowan-Hampton, sonriendo a su vez—. Creo que deberíamos guardarnos este juego en secreto, ¿no te parece?

Kitty asintió en silencio y vio que las comadreas se levantaban y desfilaban por el pasillo, hacia la puerta.

Al salir al sol, la congregación aprovechó para conversar. Los angloirlandeses eran una comunidad pequeña; se conocían desde hacía generaciones y se aferraban unos a otros en busca de consuelo y seguridad. Cazaban juntos, se reunían en las carreras y disfrutaban de un inagotable circuito de bailes de caza y cenas de gala. Les unía la afición por el deporte y el entretenimiento, la lealtad a la corona, un respeto receloso hacia los irlandeses y la determinación soterrada de seguir existiendo en un mundo cambiante, como si su declive como pueblo no fuera inevitable.

Kitty encontró una telaraña tachonada de gotas de lluvia en la hierba, no muy lejos del lugar donde su padre conversaba con lady Rowan-Hampton. Intuyendo que hablaban de ella, desvió su atención de la araña para ver si alcanzaba a distinguir lo que decían. Su padre la miró una o dos veces y ella tuvo que fingir que estaba mirando a otra parte. Lady Rowan-Hampton gesticulaba con aire persuasivo pero, a juzgar por el ímpetu con que movía las manos, parecía enfadada. A Kitty le sorprendió ver a su padre tan contrito, como si estuviera siendo objeto de una reprimenda. Notó entonces que otros ojos observaban a la pareja desde el extremo contrario del jardín. Eran los ojos de su madre, y parecían más fríos que nunca.

La comida dominical siempre se celebraba en el castillo. La familia se reunía en el salón, junto a un fuego bullicioso, para entrar en calor tomando copitas de jerez y grandes vasos de whisky Jameson, después del frío pasado en la gélida iglesia y en el ventoso trayecto de vuelta. Las Arbolillo, que siempre estaban invitadas, llegaban en un carricoche, con las cintas de los sombreros agitándose al viento y las cabezas muy juntas, enfrascadas en una conversación. Rupert siempre venía solo, ya un poco achispado, y encandilaba a los invitados de sus padres, que elevaban hasta la veintena el número de personas reunidas en torno a la mesa. Ese día, sin embargo, solo estaba la

familia, y Kitty se sentó en el extremo mismo de la mesa, junto a sus hermanas, que la ignoraron. Para su sorpresa, su padre se dirigió a ella.

—Kitty, querida, ven a montar conmigo esta tarde. Quiero ver si has progresado.

Elsbeth se volvió hacia ella y la miró sorprendida. Su padre rara vez les pedía que salieran a montar a caballo con él.

—Ya va siendo hora de que montes con los mayores, ¿eh? Se acabó el languidecer en el cuarto de los niños, pequeña. ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho?

—Nueve —contestó Kitty.

—Nueve, ¿eh? ¡Cómo pasa el tiempo! Yo, cuando tenía la mitad de años que tú, ya cazaba con los Sabuesos de Ballinakelly.

—¡Qué divertido! —exclamó Hazel.

—Sí, mucho —convino Laurel—. Procura buscarle un poni bien dócil, Bertie. Yo, de pequeña, no me maté de milagro cuando mi poni, *Teasel*, que era un truhan, me tiró a una zanja. ¿Te acuerdas, Hazel?

—¡Ya lo creo que sí! —rio su hermana.

Hubert se lanzó de inmediato a contar su anécdota de caza favorita y, en medio de la súbita animación, todos volvieron a olvidarse de Kitty. Pero el corazón de la pequeña comenzó a latir de emoción al pensar que iba a salir a cabalgar con su padre. Se preguntó si su madre también los acompañaría, y se dijo que no. A fin de cuentas, aquel inesperado paseo era sin duda idea de lady Rowan-Hampton, y su madre rara vez montaba a caballo. Cuando lo hacía, estaba elegantísima con su traje de montar negro y su sombrero, con un velo negro casi transparente que le cubría el rostro hasta la barbilla.

A Kitty le encantaba cabalgar. Adoraba las colinas agrestes y accidentadas, las aves rapaces que planeaban en el cielo, los arroyos burbujeantes y el mar turbulento. Sentía curiosidad por ver cómo era la vida más allá de su aislada existencia cotidiana, y nada le agradaba más que escapar de ella cuando surgía la ocasión.

Partió con su padre a paso suave, él montado sobre su alto caballo alazán; ella, en un pequeño poni gris llamado *Thruppence*.

—¿Adónde vamos? —preguntó mientras avanzaban por la larga avenida de árboles sin hojas.

—¿Adónde te gustaría ir? —contestó su padre mirándola con ojos amables y

risueños.

—Al Anillo de las Hadas —replicó Kitty.

Bertie enarcó una ceja. Conocía bien aquel lugar, pero no tenía ningún interés para él.

—Si quieres...

—Suelo ir allí con la abuela.

—Seguro que sí —dijo él, riendo—. ¿Y bailáis entre las piedras cuando hay luna llena?

—Claro —respondió ella, muy seria—. Nos convertimos en lobos y aullamos.

Bertie la miró con asombro. Su hija le sostuvo la mirada un momento con sus desconcertantes ojos grises; luego sonrió y Bertie comprendió, aliviado, que estaba bromeando.

—¡Qué sentido del humor el tuyo, para tener ocho años!

—Nueve —puntualizó Kitty.

Él meneó la cabeza y pensó en lo extraño que era que una niña tan pequeña fuera tan madura. Grace había hecho bien al reprenderle. No estaba bien que su hija menor languidciera sola en el cuarto de los niños con su austera institutriz escocesa. Sabía perfectamente que Maud no sentía ningún interés por la niña, pero no se había molestado en averiguar hasta qué punto la tenía abandonada. Ahora se sentía culpable. Debería haber intervenido antes. «Eres un pusilánime, —le había dicho Grace en tono de reproche, y sus palabras le habían escocido—. Con esa aversión tuya por el conflicto, has permitido que Maud haga lo que se le antoje. Reacciona, Bertie, y haz algo al respecto.»

—Entonces, vamos al Anillo de las Hadas y así podrás enseñarme lo que os traéis entre manos tu abuela y tú cuando vais allí solas —dijo, y la sonrisa que le dedicó Kitty le hizo preguntarse por qué no buscaba su compañía más a menudo.

El Anillo de las Hadas era un antiguo círculo formado por diecisiete grandes piedras grises erguidas en la cima de una colina que dominaba la colorida cuadrícula de campos de labor que se extendía hasta el mar. Desde allí se veían casitas de campo retemblando a la luz del ocaso, de cuyas chimeneas se elevaban finas cintas de humo: las familias campesinas estarían apiñadas junto al hogar de turba, al amor de la lumbre.

—Todas estas tierras son de los Deverill —dijo Bertie al contemplar los extensos labrantíos—. Teníamos diez veces más antes de que la Ley Wyndham

permitiera a los arrendatarios comprar sus parcelas. Hemos vivido muy bien durante más de doscientos años, pero la vida tal y como la conocemos llegará a su fin algún día, cuando nuestros dominios, que no paran de disminuir, ya no puedan sufragar nuestro ritmo de vida. Imagino que la señorita Grieve no te ha enseñado nada al respecto.

Kitty negó con la cabeza. Su padre ignoraba cómo hablarle a una niña de nueve años.

—No, ya me lo parecía —añadió Bertie, apesadumbrado—. ¿Qué te enseña?

—Cosas sobre el Gran Incendio de Londres y la peste.

—Va siendo hora de que aprendas algo acerca de tu linaje.

—¿Sobre Barton Deverill? —preguntó ella ávidamente.

Su padre sonrió.

—Conque ya lo conoces. Naturalmente, tienes que estar informada sobre tus antepasados, pero también debes conocer la lucha nacionalista de los irlandeses por la independencia. El pueblo irlandés no quiere que lo gobiernen los británicos. Quiere gobernarse a sí mismo.

—Eso lo sé —dijo ella acordándose de lo que le había contado Bridie—. Los irlandeses odian que los británicos tengan todo el poder y que los impuestos sean tan altos.

Su padre levantó las cejas, sorprendido.

—Entonces, ¿ya sabes algo sobre ese tema?

Sabía que no debía revelar que jugaba con los niños católicos y escuchaba su charla patriótica.

—Sé que a los irlandeses no les gustamos, aunque nosotros también seamos irlandeses.

—Somos angloirlandeses, Kitty.

—Yo no —contestó ella con aire desafiante, cruzando los brazos—. No me gusta Inglaterra.

—Inglaterra ha hecho posible que vivas aquí. De no ser por Carlos II, Barton Deverill no habría conseguido estas tierras.

—Eran de los O'Leary —dijo ella osadamente.

Bertie entornó los ojos y pensó un momento antes de contestar, como si buscara la manera más delicada de hacerse entender.

—Las tierras en las que construyó el castillo eran de los O'Leary, en efecto.

—¿Y ellos quieren recuperarlas?

—Estoy seguro de que quisieron en su momento, Kitty. Pero todo eso sucedió hace más de doscientos años. Liam O’Leary es veterinario, como lo fue su padre antes que él. No cultivan la tierra desde hace varias generaciones.

—Entonces, ¿no hay rencillas?

—No, no hay rencillas.

—O sea, que sois amigos.

Él se removió inquieto en su caballo, pensando en el resentimiento de la esposa de Liam.

—Bastante, sí.

—Entonces, ¿es posible que una Deverill se case algún día con un O’Leary?

—Me parece sumamente improbable —respondió él, incómodo—. Has estado oyendo los cuentos de tu abuela, ¿eh? Cuenta unas historias muy divertidas, Kitty, pero es importante que comprendas que solo son eso, diversión. No son reales. Son como los mitos griegos y las leyendas irlandesas como *Los hijos de Lir*, historias que te hacen disfrutar, pero que no hay que tomarse al pie de la letra. Bueno, ¿qué hacéis tu abuela y tú aquí? —Señaló las piedras con la fusta.

—Este era un lugar de culto para los antiguos paganos —respondió Kitty con aplomo—. Cada una de estas piedras es una persona sobre la que pesa la maldición de transformarse en roca durante el día. Cuando se pone el sol, cobran vida.

—Muy interesante —dijo Bertie, al que no interesaba en absoluto la magia.

Pensó en la botella de ginebra y en el alegre fuego que le esperaban a su regreso.

—¿No quieres verlo? —Kitty volvió la cara hacia el sol. Ya se estaba fundiendo en el mar, en el horizonte, incendiando el cielo con llamaradas rojas y doradas.

—En otra ocasión —contestó su padre en tono paciente, comprendiendo que hasta Maud tenía parte de razón al quejarse de que Kitty pasaba demasiado tiempo hablando de tonterías con su abuela.

Comenzaron a descender por la falda de la colina. La tarde era fría, pero el denso aroma a tierra mojada y a brezo que exhalaba el suelo empapado impregnaba el aire de febrero con la promesa de la primavera. De vez en cuando, una perdiz o una liebre salían súbitamente de entre los tojos al pasar ellos, y un rebaño de vacas se acercó a observarles con sus grandes ojos marrones entre plácidos mugidos. Kitty, que disfrutaba de todo ello, deseó

poder quedarse un rato más y no tener que regresar al aburrido cuarto de los niños para cenar a solas con la señorita Grieve. Pero cuando llegó a su habitación la señorita Grieve estaba allí, con su tieso vestido, que solo dejaba ver su pálido rostro y sus manos, para informarle de que esa noche cenaría en el comedor.

—No entiendo por qué de pronto quieren que vayas —dijo en tono de reproche—. A fin de cuentas, hasta ahora apenas se han percatado de que existes.

—Es porque tengo nueve años y mi padre creía que tenía ocho —contestó Kitty—, el muy bobo.

—Espero que te portes educadamente. Yo no estaré allí para corregirte.

—No necesito que nadie me corrija, señorita Grieve. Me comportaré como una auténtica señorita.

—No te des tantos aires, niña. Todavía no eres una señorita. Bueno, ¿adónde has ido con tu padre?

Kitty sabía que no debía mencionar el Anillo de las Hadas. Una vez, en un arrebatado de entusiasmo, le había contado a la señorita Grieve que había visto cobrar vida a las piedras, y la institutriz había respondido asestándole varios golpes con la fusta en las palmas de las manos. No volvería a cometer ese error.

—Hemos ido a las colinas. Ha sido precioso.

—Pues no te hagas ilusiones. No creo que vuelva a pedírtelo. Me parece que prefiere la compañía de la señorita Victoria. Después de todo, ya es una joven dama. En primavera se irá a Londres y esa será la última vez que la veamos, no me cabe duda. Una chica tan guapa como ella encontrará un buen marido. Luego le llegará el turno a la señorita Elspeth y también se irá como el viento. En cuanto a ti... —La señorita Grieve la miró con desdén—. Una pobrecilla como tú... Tendrás suerte si corres la misma suerte que tus hermanas, teniendo tantos defectos. No me mires así. Cuando arrugas la cara estás todavía más fea.

Kitty se puso su mejor vestido y apretó los puños cuando la institutriz comenzó a desenredarle el pelo.

—Si por mí fuera, te lo cortarían —dijo la señorita Grieve, tirando de un mechón especialmente sensible de la sien de Kitty—. ¡Las molestias que tiene que tomarse una, cuando lo más sencillo sería aplicar la tijera!

Cuando Kitty estuvo lista, bajó las escaleras dejando a la institutriz que

cenara en el cuarto de los niños, con su amargura como única compañía. Se detuvo delante del espejo del descansillo y echó un vistazo a su reflejo. ¿De verdad era tan fea? ¿Lady Rowan-Hampton solo había querido ser amable al hacerle un cumplido sobre su aspecto? Y, si era tan poco atractiva, ¿importaba de verdad que lo fuera? Pensó entonces en su abuela y sonrió. Ella era una bella alma de Dios. Pero la señorita Grieve estaba demasiado ciega para verlo.

Era domingo por la noche. El fuego de la chimenea de la señora Nagle humeaba profusamente mientras la anciana fumaba una pipa de arcilla e iba pasando las cuentas de su rosario. Un perol grande y negro, lleno de sopa de patatas y nabos, colgaba sobre el fuego arrojando vapor a la atmósfera ya cargada de humo. La señora Nagle —una figura encorvada y consumida, vestida de negro— estaba sentada en su sitio de siempre junto a la lumbre, mascando con las encías, pues los dientes se le habían caído hacía tiempo. Su nieta, Bridie, removía mansamente la sopa con un cucharón de madera, y el estómago le gemía como un perro hambriento al notar el aroma rico y salado del guiso. La señora Doyle estaba sentada frente a su madre en una mecedora, escuchando a medias a su marido y a sus hijos, con la vista fija en su cesto de costura. Los dos hermanos mayores de Bridie, Michael y Sean, se hallaban sentados alrededor de la mesa de madera con su padre. Hablaban en voz baja, con los semblantes serios distorsionados por la luz temblorosa de la vela que ardía en la penumbra. Sus toscas manos de jornaleros asían jarras de peltre llenas de cerveza negra. De vez en cuando, Bridie alcanzaba a entender algo de lo que decían. Había oído aquellas mismas palabras muchas otras veces. Hablaban de los levantamientos nacionalistas contra los británicos, de su preocupación por trabajar para la aristocracia, del peligro de que los vieran como espías o traidores, ¿y qué ocurriría entonces?

Bridie había cobrado conciencia hacía tiempo de la lucha de los irlandeses por la independencia, así como del resentimiento de los británicos. A veces, mientras se quedaba dormida, oía las voces que se colaban por entre las tablas del suelo junto con el olor de la cerveza y el tabaco, cuando su padre y los amigos de su padre discutían hasta bien entrada la noche, bebiendo y jugando a las cartas, sin ningún recato de que los oyeran. Había visto ejemplares del periódico del Sinn Féin escondidos bajo la cama de Michael, pero le costaba leerlos. Su padre, Tomas Doyle, era un hombre prudente cuando estaba sobrio. Argumentaba que lord Deverill era un terrateniente benévolo, no como muchos otros, y tanto Sean como la señora Doyle trabajaban en el castillo y recibían

un buen trato. ¿Acaso no era cierto que, durante la gran hambruna de la patata, la anterior lady Deverill había montado un comedor de beneficencia en uno de los graneros y salvado así a muchos de morir de hambre? Era bien sabido que ni uno solo de los arrendatarios de los Deverill había muerto como consecuencia de la hambruna, ni se había visto obligado, gracias a Dios, a embarcarse en uno de aquellos *barcos ataúd* que partían hacia Amerikey. Sin embargo, Michael, el hermano mayor de Bridie, que tenía ya casi diecinueve años y trabajaba con su padre en las tierras, quería echar a los británicos protestantes de Irlanda, daba igual quiénes fuesen y lo bien que se portaran con sus arrendatarios. Era una cuestión de principios y de honor: Irlanda debía pertenecer a los irlandeses, aseguraba con vehemencia, y los herejes británicos tenían que volverse a su tierra, a Inglaterra. «¿Un privilegio, comprar nuestras tierras? ¿Qué privilegio veis en tener que comprar lo que nos robaron?, —decía dando puñetazos en la mesa mientras el largo cabello negro le caía sobre la frente—. No solo nos han robado las tierras. Nos han robado nuestra cultura, nuestra historia, nuestra lengua y nuestra forma de vida.» Bridie oía cómo iban alzando la voz al intentar convencerse unos a otros y se asustaba por Kitty, cuya secreta amistad apreciaba como un tesoro. Confiaba en que, si alguna vez había disturbios en Ballinakelly, los Deverill no sufrieran a manos de los rebeldes, gracias a su conocida generosidad y a la bondad con que trataban a la gente del pueblo.

Bridie se había llevado una desilusión porque Kitty no hubiera ido a verla ese día. Normalmente se la encontraba sentada en el muro que rodeaba los terrenos del castillo y se escabullían juntas para ir a jugar al tejo con los niños del pueblo. Kitty lo llamaba rayuela en vez de tejo, pero jugaba igualmente. Kitty era así: si un juego la divertía, se entregaba a él con toda su alma, sin pararse a pensar si debía mezclarse o no con los niños católicos. Y tampoco le importaba que esos niños pertenecieran o no a la familia O'Leary.

Cuando Bridie pensaba en Jack O'Leary, con su mirada serena y su halcón domesticado posado en el brazo, notaba una especie de cosquilleo en el vientre, como el leve aleteo de las alas de una mariposa. Jack era altivo y guapo y tenía el cabello castaño y espeso y los ojos de un azul acuoso, como el cielo de Irlanda en invierno. Una sonrisa arrogante se insinuaba continuamente en sus labios, y siempre había un regocijo burlón en sus ojos fríos cuando miraba a las niñas enfrascadas en sus juegos infantiles. Jack, sin embargo, tenía también un lado sensible. Amaba a todas las criaturas de Dios,

de la araña furtiva al dócil asno, y pasaba gran parte de su tiempo rodeado de animales. Se tumbaba boca abajo al atardecer, a la espera de que aparecieran los tejones; dejaba comida para los perros callejeros y observaba a las aves en la playa de Smuggler's Bay. Una tarde de enero había llevado a Kitty y Bridie a observar a una familia de ratones que vivía en el cobertizo del jardín de detrás de su casa. Habían estado allí más de una hora, quietos como estatuas, mientras los ratones se deslizaban por el suelo de madera como si fueran montados en minúsculas ruedecitas, comiendo las semillas que les había echado Jack. Aquel pequeño episodio les había unido como a compinches en una conspiración, y desde entonces habían salido muchas veces juntos a correr aventuras por el campo. Kitty era atrevida y temeraria y se interesaba por todos los animalitos que les enseñaba Jack, pero a Bridie le daban miedo los bichos y las arañas peludas, y a veces los otros dos tenían que animarla. «Todos los animales son buenos si ves la vida desde su punto de vista, hasta una rata apestosa, —decía Jack, riéndose de sus temores—. Además, todos tienen derecho a vivir en este mundo, porque así lo ha querido Dios.» Luego les hablaba de cómo era la vida desde el punto de vista de las ratas, y Bridie ponía todo su empeño en compadecerse de ellas.

Ese día tampoco había visto a Jack. Su padre, Liam O'Leary, el veterinario, había empezado a llevarle consigo cuando iba a examinar caballos con cólicos, ovejas cojas o perros heridos en peleas. Había mucho trabajo para un veterinario en un lugar lleno de animales como Ballinakelly. Así pues, Bridie se había pasado el día con los otros niños, que no le agradaban tanto como Kitty y a los que no admiraba tanto como a Jack.

Quería a Kitty como a una hermana, pero a veces se preguntaba si su amiga no era un poco rara, con tanto hablar de fantasmas. Tal vez fuera tan fantasiosa porque se sentía muy sola, encerrada en el ala de los niños con la odiosa señorita Grieve. Bridie se estremecía al pensar que esos fantasmas pudieran ser reales.

—No te olvides de remover el guiso, Bridie —le dijo su madre imperiosamente, levantando la vista de la costura.

Bridie, que no se había dado cuenta de que había dejado de mover la mano, dio un respingo, sobresaltada.

—Está en el mundo de las hadas —comentó la vieja señora Nagle meneando la cabeza.

Bridie pensó que su abuela no diría eso *de ella* si supiera las cosas que

contaba Kitty.

Después de cenar, la señora Doyle anunció que era hora de rezar y Bridie se arrodilló en el suelo con su padre y sus hermanos, como hacía todas las noches: con los codos sobre la silla, los dedos entrelazados y la cabeza agachada. La vieja señora Nagle siguió sentada en su silla, farfullando la oración con sus encías desdentadas.

—Abre mis labios, oh, Señor —dijo solemnemente la señora Doyle.

—Para que mi lengua cante tus alabanzas —respondieron los demás.

Luego, la señora Doyle recitó una plegaria que se sabía tan de corrido que parecía llevarla inscrita en el corazón. El final era muy breve: una oración apresurada por sus amigos y familiares y por lord y lady Deverill, que tan buenos y justos eran con ellos.

Después de la oración empezaron a llegar los vecinos, como ocurría todas las noches, con sus violines y el whisky irlandés clandestino —y de una calidad sorprendente— que el viejo Badger Hanratty destilaba a partir de patatas en un alambique que tenía escondido en un almiar, junto a su casa. Poco después empezaron las canciones. A Bridie le encantaba sentarse con su suero de mantequilla a escuchar las canciones irlandesas y ver llorar a los viejos sentimentales, embargados de nostalgia. A veces bailaban *El asedio de Ennis* y su madre gritaba: «¡Allá va, muchachos, dos vueltas a la cocina y, por el amor de Dios, cuidado con el aparador!» O su padre agarraba a su madre y bailaban juntos dando vueltas al son de los zapatazos y las palmadas en la mesa, hasta que a la señora Doyle se le ponía la cara roja de placer y parecía una jovencita cortejada por un pretendiente apasionado.

El padre de Bridie era un hombre rudo, de áspero cabello negro y gruesa barba negra. Bridie dudaba que pudiera reconocerle si alguna vez se presentaba en casa completamente afeitado. Era bajo pero fuerte como un toro, y ay de aquel que se atreviera a enfrentarse a él en una pelea. Había ganado numerosas broncas de taberna y roto innumerables mandíbulas y dientes. Tenía mal genio, pero enseguida se arrepentía de sus arranques de furia, y las pocas veces que había pegado a sus hijos había caído de rodillas acongojado por los remordimientos y, santiguándose una y otra vez, había hecho votos a la Virgen María por no volver a hacerlo. La bebida era su infortunio; la bondad, su bendición. Era simple cuestión de encontrar el punto medio entre ambas cosas.

De pronto, su padre cruzó la habitación y se acercó a ella. Bridie creía que iba a mandarla a la cama, pero él la tomó de la mano y dijo:

—Esta noche voy a bailar con mi Bridie.

Y la hizo ponerse en pie. Avergonzada porque todo el mundo la estuviera mirando, la niña se puso del color de las frambuesas. Pero no tenía que preocuparse por los pasos del baile: había visto bailar a las chicas mayores muchas veces. Su padre la hizo girar y girar por la cocina, igual que hacía con la señora Doyle, y mientras daba vueltas Bridie vio un sinfín de sonrisas, entre ellas la de su madre, cuya mirada tierna suavizaba los contornos desgastados de su rostro. Después, sus hermanos se turnaron para bailar con ella y Bridie, que siempre había sido una espectadora, se convirtió en el centro de sus atenciones y el corazón se le hinchó de alegría.

Estaba tan emocionada que esa noche apenas pudo dormir. Fue una noche tan deliciosa que no consiguió concentrarse cuando rezaron el rosario. No creía que Kitty disfrutara de veladas como aquella, bailando con su padre, y sabía que su amiga rara vez veía a su hermano mayor, que estaba estudiando en Inglaterra. Por un instante, se dejó llevar por ese sentimiento de superioridad. Se regodeó en él y dejó que una cálida sensación de soberbia eclipsara su envidia. Intentaba no comparar su vida con la de Kitty, pero desde hacía un tiempo tenía más presentes sus diferencias. Quizá fuera por los comentarios rencorosos de su hermano Michael, o quizá porque cada vez pasaban más tiempo juntas. Fuera por lo que fuese, el caso era que, ahora que conocía mejor la vida de Kitty, se habían ampliado sus perspectivas y a menudo se preguntaba por qué razón su amiga tenía tanto y ella tan poco.

Oyó voces abajo. Su padre y sus hermanos estaban jugando a las cartas; el señor Hanratty, borracho, roncaba sonoramente en la mecedora de su madre; y la melancólica letra de *Eileen a Roon* sonaba acompañada por la evocadora música de un violín. Era una nana reconfortante y familiar, y poco a poco Bridie se fue quedando dormida.

La despertaron bruscamente al amanecer unos golpes estruendosos en la puerta de la casa. Todavía estaba oscuro, pero una veta de rojo comenzaba a insinuarse en el horizonte, por el este. Los golpes continuaban. Bridie se incorporó, preguntándose quién estaría llamando a esas horas de la madrugada. Por fin oyó los pasos pesados de su padre bajando por la escalera y sintió que una racha de aire frío se colaba por un resquicio de la puerta, como una de las serpientes a las que san Patricio desterró de Irlanda, y se

deslizaba dentro de su habitación. Estremeciéndose, se arrebujó en la manta. Un momento después la puerta se cerró de golpe y los pasos volvieron a oírse, esta vez escalera arriba. La casa quedó en silencio otra vez, salvo por el roer de un ratón bajo las tablas del suelo y el gemido del viento, allá fuera.

—Papá, ¿quién ha llamado a la puerta esta madrugada? —le preguntó a su padre cuando bajó a desayunar.

—Nadie —contestó él antes de beber un sonoro trago de té.

La vieja señora Nagle se santiguó.

—Dios nos proteja, era la vieja Banshee con el primero de los tres avisos —dijo lúgubrementemente.

La señora Doyle palideció y, tras hacer el signo de la cruz, esparció gotas de agua bendita por la habitación usando la botella que había junto a la puerta, una vieja botella de limonada Norah que usaba para ese fin.

—¡Qué va! Seguro que era un gitano, un hojalatero —dijo Sean, riendo.

—Fuera quien fuese, se largó antes de que abriera la puerta —explicó Tomas Doyle.

Bridie cortó un pedazo de pan sobre el que untar una gruesa capa de mantequilla. No le gustaba la expresión asustada de su madre y prefería no mirarla.

—Era la Banshee —insistió la vieja señora Nagle persignándose otra vez.

—¡Dios nos proteja de la Banshee! —masculló la señora Doyle.

—Mujer, te digo que no había nadie en la puerta. Sean tiene razón. Debía de ser un hojalatero que quería resguardarse del frío. Vamos, o llegaremos tarde a misa. —Su padre se levantó.

Bridie hizo caso omiso de aquellos lúgubres pensamientos sobre la Banshee, que según la leyenda era un hada cuyos lamentos se dejaban oír cuando alguien estaba a punto de morir. Ella, desde luego, no había oído ningún lamento, así que su madre y su abuela debían de estar exagerando. Mientras bajaba por la calle camino de la escuela, vio con alivio un viejo jamelgo que tiraba de un carro lleno de niños de cara mugrienta. Había varias cabras esqueléticas atadas detrás, y uno o dos cabritillos montados en el carro. Los niños harapientos la miraron con sus desconfiados ojos negros cuando pasó de largo, pero la madre, que estaba increpando a gritos al marido, no reparó en ella. Hojalateros, pensó Bridie alegremente. Su padre tenía razón. Seguramente se habían pasado la mitad de la noche llamando a puertas en busca de un lugar donde dormir a resguardo del frío. Bridie apuró el paso. Su

padre le había dicho que nunca se fiara de un hojalatero y que jamás lo mirara directamente a los ojos.

La escuela de Nuestra Señora de Ballinakelly lindaba con la iglesia, pero afortunadamente el padre Quinn apenas intervenía en las enseñanzas que se impartían en ella a diario. La maestra de Bridie era sor Hannah, una monja de Cork City, amable y de hablar suave. «A través del aprendizaje es como todos mejoramos, —le había dicho una vez a la clase de Bridie—. El único modo de salir de la pobreza es aprender, así que prestad mucha atención a lo que os enseño. Os pueden quitar todo lo que tenéis, pero nadie puede quitaros vuestro espíritu, o vuestra mente, o vuestro amor por Dios. Esas son las únicas cosas que de verdad importan.» Bridie se concentraba con todas sus fuerzas, pero Jack O’Leary, que estaba en la clase de chicos de al lado, se limitaba a mirar por la ventana observando a los pájaros.

Al final del día, Bridie y Jack encontraron a Kitty en el lugar de costumbre, en el muro. Esta vez, sin embargo, estaba de pie a la pata coja, muy quieta, como una garza.

—¿Qué haces? —preguntó Jack.

—Mantener el equilibrio —contestó ella.

—¿Por qué?

—Por nada. Para divertirme, supongo. Es un reto. ¿Y vosotros qué hacéis?

—Jack tiene que dar una clase sobre pájaros en la escuela, mañana —dijo Bridie—. Le han castigado por mirar por la ventana durante la lección.

—Eso no es ningún reto —dijo Kitty—. ¡No hay nada que Jack no sepa sobre chorlitos y cormoranes!

—Sí, y voy a darle a sor Margaret una lección que nunca olvidará —repuso él riendo.

—¿No sabe que eres un experto? —preguntó Kitty.

—Lo sabrá mañana —dijo Bridie, sonrojándose de admiración por Jack.

—Venid a hacer equilibrios conmigo —los animó Kitty—. Es mucho más difícil de lo que parece. ¡Venga!

Jack se subió al muro como un mono mientras Bridie intentaba encontrar un apoyo para el pie. Pasado un rato, Jack le tendió la mano y la ayudó a subir.

—No vayas a caerte ahora —le dijo, y ella miró hacia abajo con nerviosismo.

—No sé si puedo hacerlo —dijo.

—Claro que puedes. Es así. —Él levantó un pie—. Es fácil —añadió—.

Ahora, hazlo tú.

Pero, justo cuando Bridie estaba a punto de levantar la pierna, oyeron voces entre los árboles, a su espalda. Se bajaron los tres de un salto—incluso Bridie, que tenía miedo a las alturas— y se agacharon para que no los vieran.

—¿Quién es? —preguntó Jack en voz baja—. ¿Habéis visto a alguien?

Kitty y Jack se incorporaron un poco para mirar por encima de la pared. Allí, serpenteando entre los árboles, había un grupo de gente desharrapada que se internaba en las tierras de lord Deverill. Jack tiró de Kitty para que se agachara.

—Gitanos, hojalateros —gruñó—. Estaban en el pueblo esta mañana.

—Yo también los vi —dijo Bridie, contenta de poder aportar algo a la conversación—. ¿Qué estarán haciendo aquí?

—Querrán cazar —dijo Kitty sombríamente—. Buscan cualquier cosa que puedan comer.

—Yo diría que buscan algo más. Tenemos que avisar a lord Deverill —dijo Jack, nervioso.

—Seguidme —dijo Kitty—. Conozco un atajo para llegar al castillo.

Los tres niños bordearon el muro hasta llegar a un portillo que era fácil de saltar. Siguieron a toda prisa el camino de tierra que conducía a los establos de la parte de atrás del pabellón de caza.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo vosotros tres? ¿Huis del diablo o qué? —preguntó el señor Mills, que estaba atareado en el patio de los establos con el birlocho en el que lady Deverill acababa de llegar del pueblo.

—Hay hojalateros en el bosque —respondió Kitty casi sin aliento.

—Están tramando algo, señor Mills —añadió Jack.

—Hemos venido a avisar a lord Deverill —dijo Bridie ansiosamente.

—Calma, calma. ¿Hojalateros en el bosque, decís?

—Sí. Tenemos que decírselo al abuelo —insistió Kitty, confiando en que su abuelo sacara su escopeta y les disparara desde la ventana del vestidor.

—No hace falta molestar a lord Deverill —dijo el señor Mills—. Voy a buscar a algunos de los muchachos. Nosotros nos encargaremos de ellos. A ver, ¿dónde están?

—Se lo enseñaremos —dijo Kitty brincando de emoción—. ¡Dese prisa, antes de que se escapen!

—Será mejor que usted se quede aquí, señorita Kitty. Podría ser peligroso —dijo el señor Mills.

—¡Entonces tengo que ir! —exclamó la niña—. No me dan miedo unos cuantos hojalateros.

—Su abuelo se enfadaría conmigo si le pasara a usted algo.

Kitty hizo un mohín, enojada.

—Pero yo quiero ir.

—Estará más segura aquí —contestó el señor Mills con firmeza, y a Kitty no le quedó otro remedio que ver a Jack, Bridie y al señor Mills alejarse hacia el bosque acompañados por Sean Doyle, el hermano de Bridie, y algunos otros mozos y batidores armados con palos y horquillas.

Bridie se sentía más animosa teniendo a su hermano mayor a su lado. Al igual que su padre, Sean era bajo pero fuerte, temerario y profundamente leal a los Deverill. Si había algún ladrón en las tierras de lord Deverill, sin duda lo ahuyentaría y le daría tal susto que no volvería a pisar por allí. Cruzaron el huerto tapiado, dejaron atrás los invernaderos de lady Deverill y salieron al otro lado del prado, donde algunos caballos pastaban sosegadamente a la luz del atardecer. Llegaron así al bosque por el lado este y avanzaron hacia el lugar donde los niños habían visto a los gitanos. Estaba oscuro entre los árboles y el aire se había vuelto frío y húmedo. Caminaban tan sigilosamente como gatos, atentos a cualquier ruido.

De pronto se dieron de bruces con ellos. Eran un grupo de vagabundos harapientos, sucios y de aspecto feroz. La mujer llevaba dos faisanes y una perdiz cogidos por el cuello y los hombres estaban mirando fijamente un matorral en el que seguramente habían visto algo comestible. Bridie advirtió que uno de los faisanes que sostenía la mujer parecía estar vivo aún: de vez en cuando se movía en un vano intento de escapar. La niña miró a Jack y vio que su rostro se crispaba de rabia. Al advertir la presencia del señor Mills y sus hombres, los gitanos se giraron en redondo y se quedaron paralizados como animales atrapados, sin ningún sitio al que escapar. Era absurdo intentar ocultar sus presas; sabían que los habían pillado con las manos en la masa. Dos hombres enclenques y una mujer no eran rivales para el señor Mills y sus rudos muchachos.

—Han entrado ustedes sin permiso en las tierras de lord Deverill —dijo severamente el señor Mills.

—Las tierras de lord Deverill... —dijo uno de los hombres, esbozando una

sonrisa desdentada—. Bueno, nosotros no lo sabíamos.

—Les pido amablemente que dejen esas aves y se marchen de inmediato.

Los hombres entornaron los ojos y miraron de arriba abajo al señor Mills, como sopesando el riesgo de una confrontación. Sean levantó su horquilla y, al ver la expresión de su rostro, a los intrusos no les quedó ninguna duda de que tenían las de perder. Torcieron el gesto y ordenaron a la mujer que dejara las aves.

—¡Maldito sea! —le gritó ella al señor Mills, que no se dejó arredrar por las palabras de una hojalatera.

—Lárguense antes de que llamemos al alguacil y los encierren a los tres — contestó con la autoridad de quien se sabía respaldado por lord Deverill.

La mujer tiró de mala gana las aves al suelo y se alejaron los tres lentamente.

El señor Mills dio unas palmadas a Jack en la cabeza.

—Bien hecho, muchacho —dijo—. Pero ¿y Bridie? ¿Dónde se ha metido? —El señor Mills escrutó la penumbra en busca de la pequeña. Al verla escondida detrás de su hermano, asintió complacido—. Tú también te has portado muy bien, Bridie. Se lo diré a lord Deverill. Estoy seguro de que querrá recompensaros. —Bridie puso unos ojos como platos y miró a Jack—. Ahora, marchaos o se hará tan de noche que no os veréis ni la punta de la nariz.

Caía la noche, trayendo consigo un viento frío y áspero. Jack y Bridie regresaron a Ballinakelly con paso casi saltarín. Habían corrido toda una aventura y pensaban con ilusión en la recompensa que recibirían de lord Deverill. Al llegar al pueblo, se quedaron horrorizados al encontrarse cara a cara con los gitanos, que estaban preparando sus cabalgaduras para marcharse. Mirando a su alrededor, vieron que la calle estaba desierta y a oscuras, salvo por la luz dorada del interior de la taberna de O'Donovan, situada enfrente. Al ver a los niños, la mujer les señaló con dedo acusador y gritó algo en un dialecto que ni Jack ni Bridie entendieron. Antes de que Jack pudiera comprender lo que ocurría, sintió un golpe en la mandíbula y cayó hacia atrás en el barro. Uno de los hombres le había asestado un puñetazo con todas sus fuerzas. Bridie soltó un grito tan fuerte y penetrante que la puerta de la taberna se abrió, arrojando luz sobre el lugar en el que Jack yacía inerte. Un momento

después, Tomas, el padre de Bridie, se lanzó a la calle. Justo cuando uno de los hojalateros echaba el brazo hacia atrás para propinar otro golpe a Bridie, Tomas lo agarró por el hombro y le propinó un puñetazo en la nariz. Brotó un chorro de sangre de la cara del hojalatero, que retrocedió y cayó de culo en el barro. Pero el otro hombre se arrojó sobre Tomas por la espalda, armado con un cuchillo. Con un súbito ademán, hundió la hoja entre las costillas de Tomas.

En lo profundo del bosque se oyó el chillido distante de la Banshee, arrastrado por el viento fantasmal que se había alzado de pronto.

El pueblo de Ballinakelly se vio sacudido hasta los cimientos por el horrible asesinato de Tomas Doyle. Los alaridos de dolor de la señora Doyle podrían haber acallado los de la mismísima Banshee.

—Cuando yo era pequeña, en una regata en Bantry —dijo, acercándose el pañuelo a la nariz—, una vieja gitana me leyó la buenaventura y me dijo que mi vida sería un valle de lágrimas. ¡Cuánta razón tenía, Dios nos asista!

Bridie estaba destrozada. No solo había perdido a su querido papá, sino que creía que ella tenía la culpa. Si no hubiera acompañado al señor Mills y a los chicos, los hojalateros no la habrían visto. Si no hubiera gritado tan fuerte, tal vez su padre no habría salido de la taberna de O'Donovan. ¡Ay, si no hubiera ido a buscar a Kitty al muro, nada de aquello habría pasado y su padre seguiría con vida! Sean intentaba tranquilizarla lo mejor que podía, pero no había consuelo para la niña.

Michael los acusó a ambos de ser unos imprudentes.

—¡Sois unos necios, los dos! ¡Unos cuantos faisanes por la vida de tu padre! —gritaba con la cara congestionada por la rabia—. ¿Valió la pena? ¿No decía papá que nunca hay que mirar a los ojos a un hojalatero?

Los ojos de la vieja señora Nagle estaban secos: había visto morir a tanta gente durante la gran hambruna que se había quedado sin lágrimas. Sin embargo, bajo su escuálido pecho, su corazón sufría por su hija y por la pérdida que había sufrido. Quería saber si alguien había susurrado el acto de contrición al oído de Tomas antes de que se quedara frío para asegurarse de que sorteaba el purgatorio en su camino hacia el cielo, pero nadie pudo sacarla de dudas.

El hojalatero responsable del asesinato había sido detenido en el lugar de los hechos y probablemente sería sentenciado a la horca. Pero eso no servía de consuelo a la señora Doyle.

—La horca es poca cosa para los de su ralea —dijo con voz ronca y temblorosa—. Ojalá el diablo se lleve su alma y arda en el infierno para toda la eternidad. ¡Que Dios nos guarde!

El cadáver de Tomas Doyle estuvo dos días expuesto en la mesa de la cocina. La señora Doyle había abierto la ventana para dejar salir su espíritu. Dos ancianas conocidas como las dos Nellies, la señorita Nellie Clifford y la señorita Nellie Moxley, llegaron ataviadas con vestidos blancos y velos azules para lavar el cuerpo, y se mandó recado al padre Quinn para que le aplicara los santos óleos. El cura llegó vestido con sus gruesos ropajes, el cabello gris alborotado por el viento y la cara enrojecida de indignación porque uno de los miembros de su rebaño hubiera muerto a manos de un ladrón borracho. Como era muy alto, tuvo que agachar la cabeza al entrar en la casa.

—Era un buen hombre —le dijo a la señora Doyle al arrodillarse junto a la mecedora en la que ella lloraba junto al hogar, aferrada a las cuentas de su rosario—. Ya está con el Señor, Mariah. Ten por seguro que el hombre que lo hizo se pudrirá para toda la eternidad en el fuego del infierno.

Su voz sonaba extrañamente suave y tierna. A Bridie le sorprendió tanto que dejó de llorar. Vio que su madre miraba al cura con ojos dilatados y brillantes y que su cara se aflojaba en una sonrisa beatífica, como si las palabras del cura hubieran extraído literalmente la pena de su corazón, reemplazándola por la certeza de que su querido Tomas estaba con la Virgen María y los ángeles. Si el padre Quinn lo decía, tenía que ser cierto, porque el padre Quinn conocía los designios de Dios.

—Michael —dijo el sacerdote, levantándose y cerniéndose sobre los hijos de Tomas—, ahora eres el cabeza de familia. Sean, tienes que ayudarlo en las tierras. Eres necesario aquí. Y, Bridie... —Posó su poderosa mirada en la niña, que se sintió temblar—. Tú ayudarás a tu abuela en la casa hasta que tengas edad suficiente para trabajar en el castillo con tu madre.

—Sí, padre —contestó ella con voz queda.

El cura le puso pesadamente la mano en el hombro.

—Y no es culpa tuya. ¿Entendido?

—Sí, padre —respondió la niña, incapaz de impedir que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Has de ser fuerte, por tu madre. Y, Michael... —añadió, adoptando de nuevo su acostumbrado tono severo e inflexible.

—¿Sí, padre?

—No culpes a nadie. Todo acto tiene una consecuencia y nunca sabemos cuál va a ser esa consecuencia. Con todo, es la voluntad de Dios y no debemos cuestionarla.

—Sí, padre —contestó Michael obedientemente, ocultando su deseo de venganza tras sus impenetrables ojos oscuros.

Lady Deverill fue a verlos llevando una cesta de comida. Presentó sus respetos a Tomas Doyle y se sentó con la señora Doyle y la vieja señora Nagle, consolándolas lo mejor que pudo.

—¿Sabe, señora Doyle? —dijo, mirando amablemente a la viuda por entre el humo de la pipa de la anciana señora Nagle—, no somos seres humanos que estén teniendo una experiencia espiritual, sino espíritus que tienen una experiencia humana. Su Tomas siempre estará con usted. Que no pueda verle no significa que no esté aquí. Ahora está hecho de luz, como un arcoíris, y se encuentra en un lugar mucho mejor.

—Así es. Tomas está con el Señor, lady Deverill, y yo estoy en paz —contestó la señora Doyle.

Adeline le dio a Bridie una caja de zapatos.

—Esto es de lord Deverill. Es tu recompensa por haber sido tan valiente, Bridie. Sé que no te devolverá a tu padre, pero espero que te brinde algún consuelo.

Después de que lady Deverill se marchara, Bridie abrió la caja y encontró dentro un par de relucientes zapatos de baile de charol negro con grandes hebillas de plata. Sofocó una exclamación de asombro. Hasta entonces nunca había tenido zapatos, y las plantas de sus pies eran tan duras como el cuero. Casi sin respiración, se los calzó de inmediato.

—Son unos zapatos muy bonitos, Bridie —dijo Sean con ternura, confiando en que Michael no estropeará aquel momento acusándola de sacar provecho de un incidente que había conducido a la muerte de su padre.

Pero Michael había hecho caso al padre Quinn y se hallaba sentado en una silla, con aire solemne, mordiéndose la lengua.

El corazón de Bridie tembló ligeramente, como si la emoción de su primer par de zapatos lo devolviera momentáneamente a la vida con un sobresalto. Los zapatos le quedaban un poco grandes, lo que era una suerte porque así le durarían más. Caminó torpemente por la cocina como un caballito de tiro, tratando de acostumbrarse al peso del cuero tras haber andado siempre descalza, con pies ligeros. No podía apartar la mirada de los zapatos: eran lo más maravilloso que había tenido nunca.

Al poco rato empezaron a llegar vecinos y amigos para darles el pésame y la señora Doyle les ofreció rapé, whisky y el contenido de la generosa cesta

de comida de lord y lady Deverill. Liam O'Leary llegó con su mujer, Julia, y con Jack, que lucía un moratón en el pómulo. Se quitó la gorra y meneó la cabeza apesadumbrado al ver al pobre Tomas Doyle. Julia, que se creía demasiado noble para entrar en una morada tan humilde, se llevó el pañuelo a la nariz e hizo una mueca al ver el cadáver, ceroso a la luz de las velas.

Liam O'Leary no se quedó mucho tiempo, lo justo para beber algo y dar el pésame. Al marcharse, se persignó usando la botella de agua bendita que la señora Doyle tenía siempre junto a la puerta, junto con el ramo de palma del último Domingo de Ramos. Julia hizo caso omiso del agua bendita. Estaba deseando alejarse todo lo posible de aquella choza miserable y del cadáver que guardaba dentro.

Bridie, que se alegró de ver a Jack, se mostró más compasiva con él por el moratón que su propia madre. Jack se fijó enseguida en sus zapatos.

—A mí lord Deverill me ha regalado un perro de caza —le dijo—. Mi madre quiere que lo devuelva.

—¿Por qué? —preguntó ella, asombrada.

—No sé, pero no le gustan los Deverill.

—¿Vas a devolverlo?

Él sonrió con expresión pícara.

—Ni soñarlo, Bridie. Un premio es un premio, y yo me lo he ganado —dijo pasándose los dedos ásperos por la cara.

—¿Te duele? —preguntó la niña.

—Claro que sí. —Miró a Tomas, tendido sobre la mesa, y sacudió la cabeza—. Pero tengo suerte de estar vivo, Bridie. Tu pobre papá... Que Dios le tenga en la gloria.

Al día siguiente, todo el pueblo acudió al entierro y brilló el sol como si el propio Tomas lo hubiera dispuesto así.

—Feliz el muerto sobre el que brilla el sol —dijeron todos al entrar en la iglesia de Todos los Santos.

Se ocuparon todos los asientos y apenas quedó libre una baldosa del suelo sobre la que poner los pies. La señora Doyle se sentó delante, con su familia, ataviada con su vestido y su mantón negro, entre sus dos hijos varones. Bridie tomó asiento junto a Sean, con sus zapatos nuevos bien abrillantados. El padre Quinn pronunció una homilía conmovedora, alabando a Tomas por su buen

corazón, por su duro esfuerzo y por ser un ejemplo para el resto de sus vecinos. No mencionó, en cambio, su mal genio y su amor por la bebida.

—Dios siempre se lleva a los buenos —comentó la señorita Nellie Moxley en voz baja.

—Desde luego. Yo misma estoy esperando que me llame a su lado en cualquier momento —respondió en un susurro la señorita Nellie Clifford—. Ya no puede tardar mucho. Tengo un pie en la tumba y el otro en una pastilla de jabón.

Tomas recibió sepultura en el cementerio de la iglesia, donde estaban enterrados los vecinos del pueblo que le habían precedido en el camino hacia la muerte. A Bridie le costaba creer que su padre estuviera de pronto bajo tierra, que no fuera a presentarse ante ella nunca más, con sus ojos bondadosos y su presencia tranquilizadora. Aunque Michael era ya un hombre y podía hacer el trabajo de su padre, Bridie sentía que un pilar muy sólido de su existencia acababa de derrumbarse. Echaría de menos la reconfortante certeza de su cariño. Se le humedecieron los ojos al acordarse de las veces que iba con él en el carro a llevar la mantequilla al mercado de Cork. *Mantequilla irlandesa*, le decía su padre con orgullo, *para alimentar al Imperio*. Oyó su voz como si le estuviera susurrando al oído *No te asustes de los truenos, Bridie. Solo son barriles que ruedan por el cielo*. Y empezó a llorar calladamente.

Cuando Adeline le dio a Kitty la triste noticia de la muerte de Tomas Doyle, la niña ahogó una exclamación de horror y se llevó la mano a la boca abierta.

—Le he regalado a Bridie un par de zapatos como recompensa por alertarnos de que estaban aquí esos ladrones, pero será para ella un regalo agrisulce, teniendo en cuenta la tragedia que lo propició —comentó lady Deverill.

Sentada a su lado en el sofá del cómodo cuarto de estar de su abuela, Kitty pensó en su amiga.

—El entierro ha sido hoy —prosiguió Adeline—. Tengo entendido que ha acudido todo Ballinakelly. Era un hombre muy querido —añadió.

—Me habría gustado ir —dijo Kitty.

—Cariño mío, eso no podía ser. Hay que tener tacto.

—Pero Bridie es amiga mía.

—Claro que sí, pero hay mucha gente que pensaría mal de ella si supiera que se relaciona con personas como nosotros.

—¿Y eso por qué, abuela?

—Porque hay mucho resentimiento, Kitty. Un pueblo conquistado siempre siente rencor contra los conquistadores. Es natural, ¿no? A muchos católicos irlandeses les quitaron sus tierras para dárselas a los ingleses...

—Como a los O’Leary —la interrumpió Kitty.

—Exacto, querida, como a los O’Leary. —Su abuela suspiró, cansada de tanta amargura—. Así que quieren que les devuelvan su país, echar a los ingleses y ser independientes. Y, claro, sospechan de todo aquel que se relacione con los ingleses. O sea, con nosotros, Kitty. Y a Bridie no le gustaría que su familia y sus amigos desconfiaran de ella, ¿verdad?

—Yo también querría que me devolvieran mis tierras si alguien me las hubiera quitado.

—Por supuesto que sí. —Adeline sonrió con indulgencia, y también con una pizca de orgullo debido a la aguda inteligencia de su nieta—. Pero, aunque los O’Leary recuperaran sus tierras, no tendrían el castillo de Deverill y todo lo que lo acompaña. Lo que está hecho no puede deshacerse sin que las consecuencias sean terribles. Es mejor que vivamos todos en el presente, sin pensar demasiado en las atrocidades del pasado. A fin de cuentas, tenemos que vivir juntos y llevarnos bien.

—¡Pobre Bridie! —suspiró Kitty.

—Sí, lo sé, su vida es dura. Perder a un ser querido ya es bastante terrible, pero resulta intolerable cuando no se es consciente de que en realidad nunca nos dejan. Solo se difuminan hasta hacerse invisibles.

—Tú nunca me dejarás, ¿verdad que no, abuela? —preguntó Kitty con vehemencia.

Adeline le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—Ya sabes que no, tesoro. Y además sabrás que sigo contigo porque podrás verme. Ese es un don raro y maravilloso.

Kitty salió al jardín sin poder quitarse de la cabeza a Bridie. El sol caldeaba su piel y el aire estaba impregnado de un olor dulce y cremoso a sarcococa y *Daphne bholua*. Conocía cada palmo de los jardines de su abuela. Buscó un arbusto de hamamelis, cuyas flores amarillas exhalaban una fragancia sedante y medicinal. Arrancó suficientes para hacer un ramillete y lo ató con un cordel que encontró en uno de los invernaderos. Cuando hubo

acabado, fue a los establos en busca del señor Mills.

—¡Señor Mills! ¡Señor Mills! —gritó por el patio.

El señor Mills apareció bajo el arco de piedra del establo, con un trapo en una mano y un bote de cera en el otro.

—¿Qué se le ofrece, señorita Kitty?

Ella corrió por el empedrado y levantó su ramo.

—Quiero que le dé esto a Bridie. La señora Doyle y Sean no han venido, y *tiene* que recibirlo hoy.

El caballero sacudió la cabeza, consternado.

—Un asunto terrible. Pobrecilla Bridie, perder a su padre tan pequeña...

Volvió a entrar y Kitty le siguió. Los establos olían a caballos, a heno y a estiércol. Sentados en taburetes, un par de mozos sacaban brillo a los arreos. Sus mangas enrolladas dejaban ver unos brazos fuertes mientras frotaban vigorosamente el cuero. Interrumpieron un momento su trabajo para mirarlos. Si Kitty hubiera sido lady Deverill o cualquier otra mujer de la familia, se habrían puesto en pie de un salto, pero, como Kitty era una niña y normalmente se la veía corretear por la finca con Bridie Doyle, permanecieron en sus taburetes.

El señor Mills dejó el trapo y la cera y sacó un tarro polvoriento del cuarto de arreos. Lo hundió en un barril de agua y cogió las flores de Kitty.

—Pasaré por su casa para darles el pésame esta tarde —dijo—. Así se mantendrán frescas. Seguro que Bridie se lo agradecerá, señorita Kitty.

—Es lo menos que puedo hacer. Es amiga mía, señor Mills —dijo Kitty osadamente, ofendida porque a él le sorprendiera su regalo—. Mi *mejor* amiga.

Desde el día que saliera a cabalgar con su padre, Kitty tenía permitido salir del ala de niños y comer con su familia. Maud la observaba con desconfianza desde el extremo de la mesa. Había en la mirada audaz de la niña un algo de inquietante que la hacía sentirse culpable. Sus ojos eran demasiado grandes y tenían un extraño tono gris, como los de un lobo o algún otro animal salvaje de cuyo nombre no se acordaba Maud. Eran, además, horriblemente impertinentes, como si Kitty, al igual que Adeline, pudiera ver los rincones más recónditos de su alma y conociera todos sus secretos. Ante ella, Maud se ponía siempre a la defensiva, a pesar de que la niña era demasiado joven para

entender la frialdad de su madre. Intentaba hablar con su hija menor como hablaba con Victoria y Elspeth, pero aquellos ojos parecían mofarse de sus intentos de trabar conversación, como si a Kitty le divirtiera que su madre luchara por encontrar algún punto en común cuando era evidente que entre ellas no podía haber ni un ápice de comprensión.

—Señorita Grieve, me gustaría que le enseñara a Kitty un poco de humildad —ordenó a la institutriz tras un almuerzo especialmente incómodo—. Tiene una manera muy descarada de mirar a la gente. Francamente, es una grosería. Una niña de su edad debería aprender a bajar los ojos y a no mirar a nadie tan fijamente.

—Me encargaré de ello, señora Deverill —dijo la señorita Grieve.

—Hágalo, se lo ruego, o Kitty tendrá que volver a comer en el cuarto de los niños.

Para ella fue un alivio que, al día siguiente, Kitty fijara tenazmente la mirada en su plato durante la comida. La niña, demasiado astuta para dejarse acobardar, aprendió pronto que a los demás podía mirarlos con franqueza. Era únicamente su madre quien daba un respingo cada vez que sorprendía a su hija observándola. Pero, por inteligente y fuerte que fuera la niña, no era tan dura como para que no le afectara la hostilidad de su madre. La hería en lo más vivo.

El señor Mills apoyó su bicicleta contra la pared encalada de la casita de los Doyle y empujó la puerta. Sentada en su sitio de siempre, la anciana señora Nagle mantenía vivas las ascuas quemando palitos mientras se ahumaba el pescado colgado de la chimenea. La señora Doyle estaba en su mecedora, cosiendo un rombo negro en la codera de la chaqueta de Michael como símbolo de luto. La casa estaba en penumbra pero caldeada, y el olor a comida hizo que al señor Mills le sonaran las tripas.

—Buenos días, señora Nagle, señora Doyle —dijo quitándose la gorra e inclinando solemnemente la cabeza.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó la señora Doyle—. Bridie puede servirle un poco. El cazo todavía está caliente.

El señor Mills se volvió y vio aparecer entre las sombras la cara pálida de la niña. Sus grandes ojos oscuros hacían que su rostro pareciera pequeño y desdichado. Las hebillas de sus zapatos de baile relucían a la luz del fuego.

—Qué zapatos tan preciosos, Bridie —dijo el señor Mills.

La pequeña sonrió, mirando con arrobo sus zapatos nuevos, y su cara recuperó por un instante el color.

—Son un regalo de lady Deverill —dijo en voz baja.

—Un regalo bien merecido. —Él le tendió el ramillete—. Esto es para ti, de la señorita Kitty.

Bridie tomó las flores, agradecida, y se las llevó a la nariz. Aquella pequeña muestra de bondad hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas y que se quedara muda un instante.

—Dijo que era importante que te las trajera hoy. —Al señor Mills se le encogió el corazón al ver la expresión infeliz de la chiquilla—. Dijo que eres su mejor amiga.

Bridie sonrió, indecisa, y asintió en silencio. El señor Mills advirtió cómo se le tensaba el cuello al intentar contener sus emociones.

—¿Qué te parece si me preparas una taza de té? —dijo amablemente para darle tiempo a reponerse.

Bridie asintió enérgicamente y se puso a servir el té.

—La vida sigue —dijo la señora Doyle junto a la chimenea—. El señor Doyle está con nuestro Señor y nosotros tenemos que seguir como antes. Él no querría que nos viniéramos abajo, ¿verdad?

—Desde luego que no, señora Doyle —dijo el señor Mills.

—Bien, entonces se acabaron las lágrimas. —La mujer frunció los labios y siguió cosiendo.

Bridie dio su té al señor Mills y se acercó a su abuela para darle otra taza.

—Tengo a mi Bridie y a mis chicos para consolarme —dijo la señora Doyle, sonriendo a su hija con una ternura que el señor Mills no había visto nunca en su rostro—. El señor Doyle estaba muy orgulloso de sus hijos, señor Mills. Michael y Sean son dos muchachos muy trabajadores y Bridie tendrá dentro de poco edad suficiente para trabajar para lady Deverill. Saldremos adelante, ¿verdad que sí, Bridie? Tenemos muchas cosas por las que estar agradecidos. Tenemos un techo y un amo generoso. Pocos pueden decir lo mismo.

Bridie se sentó a la mesa y puso el tarro con el ramillete de hamamelis en el centro. Sintió que aquellas flores, que irradiaban amistad y comprensión con la misma intensidad con que exhalaban su perfume en medio de la atmósfera sofocante de la habitación, aliviaban su corazón afligido. Pensó en Kitty y vio

su cara como si estuviera sentada delante de ella, los ojos brillantes y misteriosos a la luz de las velas. Oyó su voz con tanta claridad como si le estuviera hablando en ese preciso instante. *Tu padre sigue contigo, Bridie. Tienes que creer que está a tu lado. Las personas queridas a las que perdemos están siempre con nosotros.* Y Bridie, que había dudado de que Barton Deverill estuviera de veras sentado en el sillón de la torre del castillo, deseó con todas sus fuerzas que su padre muerto simplemente se hubiera desdibujado hasta hacerse invisible a sus ojos. Deseó tener la certeza de Kitty y su don de ver a los muertos. Pero, sobre todo, deseó más que nada en el mundo poder dar marcha atrás al reloj y hacer que su padre volviera a casa.

Michael no era un hombre capaz de quedarse sentado en silencio, entregado a sus oraciones. Quería venganza y la sed de venganza lo consumía. Para vengar la muerte de Tomas Doyle, no bastaba con que se ahorcara a su asesino. El poblado entero pagaría por su crimen, resolvió al mismo tiempo que apuraba una taza de whisky de Hanratty que le quemó el gaznate. *Ojo por ojo, diente por diente*, pensó sombríamente. El odio y la pena no eran ya dos emociones separadas, sino una sola potencia malévola alimentada por el alcohol. Mientras avanzaba con sigilo entre la maleza, hacia las destartadas caravanas y los carros apiñados en medio de un campo, se alegró de que las nubes cubrieran el ojo de la luna, pues quizás incluso Dios había decidido hacer la vista gorda y permitirle hacer justicia.

Llegó hasta donde se hallaban congregadas las sencillas moradas de los gitanos, contento de que no se hubieran trasladado aún. Tal vez se habían quedado con la esperanza de que el hombre sentenciado a la horca fuera absuelto en el último momento. A Michael no le importó, en cualquier caso. Sin hacer ruido, desató a los caballos. Las dóciles bestias relincharon suavemente, pero permanecieron donde estaban. Michael encendió su antorcha y, con la llama, prendió las otras cuatro que llevaba consigo. Acercándose con cautela a las caravanas, lanzó las antorchas allá donde vio un hueco. El fuego se extendió rápidamente, prendiendo en los lechos de paja y devorando la gruesa tela que les servía de techo. Se oyeron gritos por entre el ruido del incendio y la gente empezó a saltar afuera, huyendo del fuego como ratas. Así aprenderán, se dijo Michael con satisfacción. Al escabullirse entre las sombras, se volvió a mirar el incendio: una hoguera inmensa en medio del

campo que arrojaba su luz dorada sobre la hierba y los setos de los alrededores. Pero, mientras se alejaba, el grito de una mujer llegó a sus oídos y le heló el corazón.

—¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Mi pequeña Noreen! ¡Mi pequeña Noreen!

En Ballinakelly nadie dudaba de que era Michael Doyle quien había provocado el incendio en el que murió la niña gitana, pero nadie se atrevió a mencionar su nombre cuando el alguacil hizo averiguaciones. Michael Doyle era violento y amenazador, capaz de fulminarlo a uno con una sola mirada de sus duros ojos negros, y no había ni un solo hombre en Ballinakelly que quisiera provocar su ira. De hecho, el pueblo cerró filas en torno a él, y la señora Doyle, la anciana señora Nagle y Badger Hanratty afirmaron que esa noche no se había movido de su casa. Sin embargo, el tormento de Michael no había hecho más que empezar. Noreen era un susurro en sus pesadillas, una mancha en su conciencia, y el sentimiento de culpa ennegreció más aún su ya encallecido corazón.

La segunda semana de agosto, tras el concurso hípico de Dublín, que tenía lugar la primera semana del mes y era una cita ineludible del calendario irlandés, el primo Digby Deverill y su familia salieron de Deverill Rising, su finca de Wiltshire, y llegaron al castillo de Deverill con suficiente equipaje para pasar un año entero. Sir Digby y su esposa, la exuberante Beatrice, pasaron un mes alojados con Maud y Bertie en el pabellón de caza, acompañados por sus cuatro hijos, a cuál más consentido y exasperante. Celia tenía la misma edad que Kitty; las gemelas Leona y Vivien eran de la edad de Elspeth, y su hijo George un poco más pequeño que Harry, de quien era compañero en Eton. Los padres de Digby, Stoke Deverill —descendiente del hermano menor de Barton Deverill— y su esposa Augusta, se alojaron en el castillo con Hubert y Adeline. Habían salido de Inglaterra, como hacían todos los años, cargados con baúles llenos de raquetas de tenis, trajes de montar, vestidos de noche y de día y zapatos de baile, dispuestos a asistir a los partidos de tenis, los bailes de verano, las cenas y los almuerzos por los que eran famosos los angloirlandeses. Los acompañaba, además, todo un séquito de doncellas y ayudas de cámara, además de la señorita Springer, la institutriz de Celia.

Aquella era la época del año favorita de Kitty, no solo porque disfrutara escapando de las garras de su institutriz, sino porque Bridie, Celia y ella formaban un club secreto y se dedicaban a espiar a los mayores. Kitty era tan observadora que no pasaba nada por alto, y su juego las mantenía entretenidas todas las vacaciones, cuyo punto culminante era el baile de verano del castillo, al que todo West Cork asistía con sus hermosos carruajes y sus vestidos de noche para bailar hasta el amanecer. Kitty y Celia tenían permiso para quedarse levantadas hasta tarde. Y, gracias a la cantidad ingente de alcohol que tomaban los adultos, podían corretear por ahí, infiltrarse y observar. A menudo, circulando por las habitaciones sin que nadie reparara en ellas, presenciaban cosas que los adultos habrían preferido que no vieran.

Maud soportaba a duras penas a Beatrice, una mujer grande y repolluda, de

pechos exuberantes y gran corazón, que tenía además una enorme colección de los mejores diamantes regalada por su marido, un empresario que había hecho fortuna en las minas de diamantes de Sudáfrica. En efecto, Digby había sido nombrado caballero por la reina Victoria por sus servicios a la Corona, lo que ponía furiosa a Maud, porque Beatrice no solo era rica, sino que además tenía título. En su opinión, Beatrice era arrogante y zafia, pero al padre de Kitty le caía bien Digby porque era muy entusiasta. Galopaba por las colinas a pesar de que apenas sabía montar, y se reía a carcajadas cada vez que se caía del caballo. No sabía lanzar el sedal, pero se pasaba horas probando suerte en el mar sin que le importara que al final del día solo hubiese pescado una vieja botella de ron de un barco pirata hundido. Traía los mejores puros habanos, y whisky y vino en grandes cajas, y Beatrice regalaba a las niñas sedas y encajes de los colores más espléndidos. Formaban una pareja extravagante, cariñosa y alborotadora, y Kitty los adoraba porque llenaban su casa de risas.

George, Leona, Vivien y Celia eran niños consentidos, bajo cuyas naricillas respingonas se adivinaba un desagradable aire de soberbia. Las niñas siempre llegaban envueltas en gruesos abrigos y sombreros, con chales de lana ceñidos sobre los hombros, y, quejándose a voz en grito del frío, corrían a acurrucarse junto al fuego como si acabaran de llegar de los trópicos. Beatrice traía mantas extra para las camas y suaves calcetines de noche para sus piecillos helados.

—Esto es una aventura —les decía a sus hijas cuando ellas se quejaban de las sábanas húmedas y del leve pero inconfundible olor a ratones de sus alcobas.

Muy pronto, sin embargo, se dejaban arrastrar por el modo de vida irlandés y se pasaban la noche bailando, jugaban al críquet en el césped impecablemente cortado y al tenis en la pista de hierba, o merendaban en la playa cuando hacía buen tiempo. Cenaban en el castillo con la pequeña nobleza local y, tapándose la boca con la mano, se reían por lo bajo del excéntrico comportamiento de sus primos y sus estrafalarios amigos. No pasó mucho tiempo antes de que los chicos irlandeses empezaran a perseguir a Leona y Vivien, que además de ser rubias y guapas eran ricas, y para una sociedad en declive como la angloirlandesa la atracción del dinero inglés resultaba irresistible. A Celia le encantaban las emociones, y el castillo de Deverill le proporcionaba toda la intriga y las aventuras que pudiera imaginar. En Kitty encontró una cómplice perfecta. Para una niña que se aburría

fácilmente y tenía tendencia a enfurruñarse, su prima Kitty era una fuente inagotable de actividad y diversión.

Victoria había disfrutado de una exitosa temporada en Londres alojada en Deverill House, el palacete de estilo italianizante que sus primos tenían en Kensington Palace Gardens. Regresó al condado de Cork con un aire de sofisticación, como si Irlanda y todo lo que representaba se le hubiera quedado pequeña y su lugar estuviera en los salones de baile de Londres, entre terratenientes y aristócratas. Suspiraba, enojada por la lluvia y la humedad, tanto como Leona y Vivien, y comenzaba casi todas sus frases diciendo «En Londres...» en un tono que daba a entender que allí todo era mucho mejor. Recibía cartas de sus pretendientes y se las leía en voz alta a su madre y a Beatrice, que sopesaban con infatigable entusiasmo qué conde o qué lord podía convenirle más como marido. Kitty ponía los ojos en blanco y se preguntaba por qué nunca se paraban a considerar si el hombre en cuestión era del agrado de su hermana.

Celia le caía bien a pesar de su petulancia. Poseía el talante retozón de su padre y la picardía de su madre, y no le importaba jugar con Bridie, a quien consideraba una especie de curiosidad debido a su extraño acento y su vocabulario extranjero. Poco después de que llegaran sus primos, Kitty, Bridie y Celia se reunieron en uno de los invernaderos de su abuela, entre tomates y uvas.

—Victoria se lo tiene muy creído desde que volvió de Londres —comentó Kitty mientras mordisqueaba un trozo de acedera silvestre.

—He oído que le decía a mi madre que ya no quiere vivir en Irlanda —dijo Celia antes de arrancar un higo de su rama y examinarlo por si tenía insectos.

—Yo me alegraría mucho de que Elspeth y ella se fueran a vivir a Londres. No las soporto. Y mi madre tampoco, en realidad. A ella solo le gusta Harry. —Kitty bajó la voz y añadió en tono sombrío—: ¿Sabíais que yo tendría que haber sido un niño?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Celia.

—Oí que mi madre se lo decía a lady Rowan-Hampton en el salón. Le dijo: «Ojalá Kitty hubiera sido un chico».

—Entonces, ¿no te quería? —preguntó Celia, asombrada, con la boca llena del higo.

—Seguro que sí —terció Bridie, que tendía a hablar menos cuando Celia estaba presente.

—No, no me quería. Fui una decepción. Algún día, cuando yo tenga una niñita, la querré muchísimo. —Kitty sonrió, porque no era muy dada a la autocompasión—. Vamos a hacer alguna trastada.

—¡Sí! —Celia se puso a batir palmas.

Con Kitty, la vida estaba siempre llena de emociones y travesuras.

—Puede que, si encontramos una rana, Victoria la bese con la esperanza de que se convierta en un príncipe. ¿Qué os parece? —Kitty se rio—. ¿Probamos a ver si encontramos alguna?

—¿Dónde podemos buscar una rana?

—Abajo, junto al río. Si vamos al estanque de los lirios podrían vernos —contestó Kitty—. ¿Qué te parece, Bridie?

—Mientras no tenga que tocarla —contestó la niña con nerviosismo—. Si tocas una rana te salen verrugas.

—Eso son cuentos de viejas, Bridie —dijo Kitty—. Vamos. ¡Tonta la última que llegue al río!

Las tres niñas echaron a correr por el jardín. Cuando llegaron al muro, Celia se quejó de que se mancharía el vestido con las piedras.

—¿No hay una cancela?

—No, si queremos que no nos vean —respondió su prima.

Celia suspiró y vio cómo Kitty trepaba como un lagarto, seguida de cerca por Bridie, cuyo vestido ya estaba sucio, así que poco importaba que se manchara o no. Cerró los puños y se mordió el labio inferior.

—¡No puedo! —exclamó—. Tendré que ir por la puerta y arriesgarme a que me vean.

—No, tienes que escalar. No es tan difícil —insistió Kitty.

Pero Celia no se movió. Cruzó los brazos y se puso colorada de indignación.

—¡No puedes obligarme!

En ese momento oyeron pasos tras ellas en el suelo cubierto de hojarasca. Kitty se volvió, esperando a medias encontrar de nuevo a los tres gitanos. Se alegró de ver la cara pecosa de Jack sonriéndole desde debajo de la gorra. El chico llevaba a su perro trotando junto a él.

—¡Ah, ahí estás! —exclamó—. Estaba buscándote.

—Pensaba que eras un gitano —dijo Kitty.

—Ningún gitano se atrevería a entrar en estos bosques después de... —Vaciló al ver a Bridie que, con su vestido marrón, estaba camuflada junto al

muro como una perdiz flacucha.

A Bridie se le iluminó la cara al verlo y, con una mano mugrienta, se echó hacia atrás el pelo enmarañado.

—Celia no quiere escalar el muro —explicó Kitty.

—Vamos, Celia. Yo te ayudo —dijo Jack.

Se subió de un salto al muro y le tendió la mano. Celia aceptó a regañadientes su ayuda y dejó que la aupara. Cuando estuvo arriba, se alisó el vestido buscando algún rastro de suciedad. Jack se rio.

—¿Qué estáis tramando, chicas?

—Vamos a buscar una rana —dijo Bridie.

—Queremos dársela a Victoria para ver si la besa y se convierte en príncipe —añadió Kitty con una risita.

—Pero trataréis bien a la rana, ¿verdad? —preguntó Jack, preocupado.

—Volveremos a dejarla donde la encontremos, te lo prometo.

—Entonces os enseñaré dónde podéis encontrar una. Seguidme. —En ese momento, el halcón adiestrado del muchacho bajó bruscamente del cielo y se posó en su grueso guante protector—. Ha estado buscando conejos y ratones —explicó Jack—. De momento no ha encontrado ninguno.

—Eso es porque mi padre ha salido con el primo Digby y los chicos y están matando todo lo que se mueve —dijo Kitty.

Jack las condujo entre la alta hierba hasta la hendidura de la falda de la colina donde el arroyo discurría hacia el mar. Estaba oscuro entre el musgo y los helechos. Kitty se agachó y Bridie se quedó tras ella. No le apetecía acercarse demasiado por si de pronto saltaba una rana. Jack se puso de pie en medio del arroyo con los brazos en jarras y miró a su alrededor, más interesado en el halcón que en la búsqueda de la rana. Celia gritaba desde el puente:

—¿Ya habéis encontrado alguna?

Por fin, Kitty vio una rana pequeña, de color marrón verdoso, entre las piedras de la orilla. Con un gemido de emoción, la recogió con delicadeza y la sostuvo entre las manos cerradas.

—¡Jack! —susurró—. ¡He encontrado una!

El chico miró entre sus dedos.

—¿Tienes una? —preguntó Celia, brincando emocionada.

—Es muy pequeña —dijo Jack—. ¿Sabes que puede cambiar de color para confundirse con el entorno?

—Entonces, ¿va a volverse rosa para confundirse con mi piel? —preguntó la niña.

—No, tarda dos horas en cambiar de color. Puede que se vuelva amarilla si le das tiempo. Deberías llevarla sobre un lecho de hojas, no sobre tu piel. Podrías hacerle daño. —Se agachó y empezó a buscar hojas adecuadas.

Bridie miró con precaución entre las manos de Kitty.

—¿Está fría y viscosa? —preguntó.

—No, es suave y húmeda —contestó su amiga alegremente. Jack la ayudó a depositar a la rana sobre las hojas—. Vas a tener que ayudarme a subir, Jack. No puedo usar las manos.

Él se rio y la cogió en brazos.

—Eres como un saco de patatas, sabes —dijo mientras subía por el talud.

Bridie los miró con envidia. Deseó que Jack también la llevara a ella en brazos. Pero subió por su propio pie y vio que Kitty le estaba enseñando la rana a Celia. Al observar a las dos primas con las cabezas casi juntas, una pelirroja y la otra rubia, tan parecidas en vestimenta y lenguaje, sintió un arrebató de orgullo porque al menos Jack fuera de *su* mundo y no del de ellas. Ellos dos estaban unidos por una cultura común, mientras que Kitty y Celia eran muy distintas, tan inglesas y aristocráticas. Jack podía tenerle cariño a Kitty, pero nunca se le permitiría pensar en ella como en una igual.

—Bridie, ¿nos buscas algo para meter dentro la rana? —preguntó Kitty cuando volvieron al castillo, intentando poner cara de inocencia cuando un lacayo pasó por su lado.

Sabía que las esperaban para comer y que seguramente sus hermanas y madres estaban ya en el salón con Adeline y Augusta, la abuela de Celia.

Bridie desapareció y volvió un momento después con la caja de bombones surtidos Fry que Beatrice había comprado en Harrods y que la familia había dejado vacía la noche anterior.

—¿Dónde vas a ponerla? —preguntó.

—No lo sé —dijo Kitty mientras depositaba a la rana sobre su lecho de hojas, dentro de la caja—. Ya lo pensaré cuando estemos arriba.

—Leona y Vivien se van a morir del susto —dijo Celia con emoción—. Estoy deseando ver la cara que ponen.

—Y yo ver la que ponen Victoria y Elspeth. Y mi madre. No nos olvidemos de mi madre —dijo Kitty riendo—. Odia los bichos como nadie. ¡La próxima vez podemos atrapar un ratón y meterlo en su cama!

Kitty y Celia se lavaron las manos y la cara y se atusaron el pelo lo mejor que pudieron antes de subir a hurtadillas por la escalera de servicio y cruzar la puerta forrada de bayeta verde que daba al pasillo. Kitty puso la caja de bombones sobre la mesa, detrás de un gran jarrón de lirios.

—Aquí estará a salvo un rato —dijo confiadamente, tomando la mano de su prima.

Entraron con aire de fingida inocencia en el salón, donde las mujeres estaban charlando mientras tomaban una copa de jerez, sentadas en sofás y sillones. Las chicas se habían agrupado en el rincón y cuchicheaban entre sí mientras los hombres fumaban junto a la chimenea.

—¡Ah, aquí están estos dos diablillos! —dijo Hubert con orgullo al ver entrar a su nieta con el bajo del vestido manchado de barro y su indomable cabellera pelirroja escapando de las cintas que la mantenían apartada de su cara—. ¿Qué habéis estado maquinando?

Kitty se detuvo delante de él.

—Nada, abuelo. Hemos estado en el invernadero —contestó.

—Conspirando, sin duda —añadió el primo Digby, riendo.

Maud, que estaba sentada en el sofá, les lanzó una mirada y una sombra de irritación cubrió su rostro al fijarse en el vestido manchado de Kitty. Pero, antes de que pudiera decir una palabra, Adeline tendió la mano a la niña.

—Kitty, cariño, ven aquí y cuéntame qué habéis estado haciendo toda la mañana. Da la impresión de que has estado cavando un hoyo en el jardín.

Kitty se acercó a su abuela y se miró los zapatos sucios, consciente de la mirada de reproche de su madre.

—La señorita Grieve está descuidando sus obligaciones —comentó Maud en tono gélido, fijándose en lo limpia que parecía Celia.

Adeline se rio.

—No creo que sea culpa de la señorita Grieve. ¡Seguro que lo pasa fatal intentando seguirle la pista a esta niña! ¿Cómo has conseguido mancharte tanto mientras que Celia está tan limpia?

—No lo sé —respondió la niña lanzando a su prima una mirada de súplica para que no dijera nada.

—Sales a tu abuelo —comentó Adeline—. ¡Él siempre se mancha de barro!

La prima Beatrice intervino con su entusiasmo de costumbre.

—Celia se convierte en una salvaje en cuanto pone un pie en el castillo de Deverill. Me sorprende que no se haya manchado el vestido. Puede que sea el

aire, pero cada verano en Irlanda es una gran aventura, ¿verdad que sí, Celia? Una aventura que todos esperamos con enorme ilusión.

—Sospecho que para mí este año será el último —terció Augusta con amargura.

La abuela de Celia era una mujer bien parecida, con el espeso cabello gris recogido en la coronilla, grandes pechos caídos ocultos detrás de metros y metros de encaje negro y verde y anchas caderas artríticas. Era alta y ancha, y a su lado su marido, que era minúsculo de estatura y compleción, con una carita dominada por un rizado bigote blanco, parecía un enano. El tema favorito de Augusta era la muerte. Especialmente, la suya propia.

—Me he pasado la vida entera pensando en los demás y ahora aquí me tienes, con una vida entera a mis espaldas llena de arrepentimientos y sueños rotos. ¡Ah, quién pudiera ser joven otra vez! —suspiró—. Cuando yo era pequeña, pensaba que la vejez nunca llegaría, y aquí estoy, a un suspiro de yacer en la tumba. —No notó que Leona y Vivien ponían cara de fastidio—. Si oís ruidos de madrugada, no os asustéis, soy yo hablando con Dios.

—Tonterías, Augusta. Tú nos sobrevivirás a todos —dijo Adeline, que en lo tocante a la prima Augusta siempre parecía encontrar una reserva extra de paciencia.

—Le he dicho a Stoke que no quiero alboroto cuando llegue la hora. Solo un funeral discreto con la familia más cercana y los amigos.

—No creo que eso vaya a importarte, Augusta —repuso Adeline—. Tú estarás ya muy lejos.

—Mi querida Adeline —dijo Augusta poniendo una mano sobre la de su prima y apretándola—. Confío en ti para que te asegures de que Stoke no gasta dinero innecesariamente. Ya sabes cómo es. Soy una mujer humilde que no necesita pompa ni ceremonia. Dejaré este mundo discretamente y en paz, como he vivido toda mi vida.

Por fin se anunció que la comida estaba servida y la familia comenzó a salir del salón. Elspeth y Victoria salieron las primeras al pasillo, seguidas de cerca por Leona y Vivien. Stoke ayudó a su esposa a incorporarse apoyándose pesadamente en el bastón y, con algo más de ligereza, en su frágil marido. Kitty sujetó a Celia del brazo y salió apresuradamente al pasillo para recuperar la caja de bombones. Pero cuando llegaron a la mesa descubrieron con horror que la caja ya no estaba.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurró a Celia—. ¡Podría estar en cualquier

parte!

—Se la habrá llevado algún sirviente —dijo Kitty con un suspiro.

—¿Crees que la habrán tirado?

—No sé. ¡Ay, Dios! ¡Qué fastidio!

—¿Vamos a preguntarle a alguien?

—Venga, niñas —dijo Beatrice al salir al pasillo—. Seguro que tenéis hambre, ¿o es que os habéis comido todo lo que había en el invernadero?

—No, mamá. Tenemos mucha hambre —contestó Celia.

Kitty entró de mala gana en el comedor con Celia y la prima Beatrice, tratando de no preocuparse por la suerte que habría corrido la pobre rana, ni por la promesa que le había hecho a Jack.

Los adultos se sentaron en un extremo de la mesa, presidida por Hubert, que ocupaba siempre la cabecera, mientras que su nieto Harry se sentaba en la otra punta rodeado por sus hermanas y primas pequeñas. Aburrido por la compañía femenina, hablaba con George en voz alta sobre sus planes para esa tarde. Kitty se puso a revolver la comida en el plato. No paraba de pensar en la rana. Victoria y Elspeth la miraban y sonreían como si supieran algo que ella ignoraba. Luego, de pronto, Kitty vio la caja. Estaba colocada justo delante de su madre. Se puso pálida al comprender que sus dos hermanas la habían descubierto al cruzar el vestíbulo. Miró a Elspeth, pero su hermana apartó la cara antes de que la niña fijara en ella una mirada furiosa.

Maud no cogió la caja de bombones hasta que llegó la hora del postre. Kitty palideció al ver que su madre miraba la caja extrañada.

—De verdad, Beatrice, nos mimas demasiado con tantos bombones deliciosos.

Y entonces abrió la caja. Kitty contuvo la respiración. Elspeth y Victoria sonrieron con expresión triunfante. Celia, que acababa de reparar en la caja, se puso colorada como un tomate. El tiempo pareció detenerse un instante sobre la mesa mientras Maud veía la rana y cobraba conciencia de lo que era. Luego dejó escapar un gemido y gritó asustada:

—¡Una rana!

Elspeth y Victoria se fingieron sorprendidas y miraron a Kitty con reproche. Harry, que no podía evitar que le hicieran gracia las travesuras de su hermana pequeña, trató de disimular una sonrisa. Maud cerró la caja de golpe y tragó saliva, intentando dominar su furia.

Bertie se había puesto en pie. Rodeó la mesa y cogió la caja.

—¿Qué significa esto? —preguntó con aspereza, mirando a las niñas.

Los ojos de Kitty comenzaron a llenarse de lágrimas. Sabía que estaba a punto de recibir una reprimenda, porque Victoria y Elspeth no tendrían ningún escrúpulo en delatarla. Cerró los puños, anticipándose al dolor que le infligiría la fusta de la señorita Grieve.

Y entonces Adeline rompió a reír, una risa ligera que atravesó el silencio horrorizado de la sala y distrajo a todo el mundo.

—¡Tonta de mí! —exclamó—. O’Flynn habrá pensado que la caja estaba llena de bombones. Encontré a esa ranita encantadora en el saloncito y pensé guardármela un tiempo. ¿Verdad que es preciosa?

Maud clavó la mirada en su suegra.

—¿La rana es tuya? —preguntó incrédula.

—Siento muchísimo que te hayas llevado un susto, Maud, querida. Dámela, Bertie. Voy a pedirle a alguno de los niños que la lleve al jardín.

Adeline miró hacia el fondo de la mesa como si pensara a quién encargarle aquella tarea. Luego sus ojos claros se posaron en Kitty, que miraba a su abuela con cariño y gratitud.

—Mi queridísima Kitty, a ti te gustan los animales. ¿Qué te parece si buscas un sitio húmedo donde dejar a la rana? La verdad es que no debería haberla metido en una caja. Es terriblemente cruel por mi parte. Celia, ¿por qué no la acompañas? Bueno, ¿quién quiere más postre?

No hay nada en el mundo como un verano irlandés. El aire humedecido por la llovizna va cargado de olor a brezo y a rosas y en él resuenan los gritos de las aves marinas que se alimentan de los copiosos frutos del mar y del pasto abundante de esta tierra fértil. Cuando brilla el sol, hace un calor sorprendente. El cielo se despeja, radiante y límpido después de la lluvia, y las nubes se dispersan dejando al descubierto un dosel azul índigo. El sol se pone con gran despliegue de tonos de rosa y púrpura encendido y en ese momento, cuando el día agonizante se funde con el horizonte convirtiendo el agua en oro líquido, podría creerse que no hay nada más hermoso en la tierra ni en el cielo.

Kitty, Celia y Bridie contemplaban el mar desde la ventana más alta del castillo. El espectáculo las había dejado mudas de asombro. La fastuosidad sobrenatural del ocaso y la sensación de que existía algo más grande que ellas y de lo que sin embargo, de un modo incomprensible, formaban parte conmovió sus tiernos corazones. Bridie pensó en su padre y se preguntó si estaría allí fuera, en alguna parte, en medio de aquella luz mágica. Le echaba de menos con un anhelo intenso y doloroso, pero, al ver cómo se hundía el sol en el mar, un sentimiento reconfortante, que no supo identificar, inundó su espíritu. Celia era demasiado joven para saber por qué el atardecer la conmovía tanto, pero se sentía cautivada por el agreste misterio de Irlanda. Se acordó del Anillo de las Hadas de Kitty y deseó con repentina vehemencia poder abandonar Inglaterra y vivir para siempre allí, en aquel lugar encantado. Kitty, cuya sensibilidad iba muy por delante de sus años, se sentía embargada de amor por su hogar. Tenía la convicción de que, sucediera lo que sucediera en un futuro, allí donde la obligaran a ir, siempre llevaría dentro el castillo de Deverill, y eso nadie podría quitárselo.

El sol desapareció y el cielo se oscureció sobre el mar. Era la noche del baile de verano del castillo, a principios de septiembre. Magníficos carruajes avanzaban traqueteando por la avenida, tirados por hermosos caballos y conducidos por lacayos con librea. A ambos lados de la avenida ardían teas

para alumbrar el camino. El castillo, símbolo airoso de la presencia británica en la isla, se alzaba majestuosamente a la luz de la luna llena, que acababa de iniciar su paulatino ascenso. Las niñas corrieron al otro lado de la torre y se detuvieron sobre la entrada principal del castillo para ver a las damas vestidas de noche y a los caballeros de esmoquin que subían por la escalinata, donde aguardaban para darles la bienvenida sus anfitriones, lord y lady Deverill.

Kitty y Celia lucían sus mejores vestidos, con anchos fajines en la cintura y zapatitos de charol en sus pies delicados. Sus institutrices les habían cepillado el cabello con tanto ímpetu que brillaba como cobre batido y oro. Bridie las miraba con una mezcla de admiración y envidia. Ella tendría que volver a la cocina para ayudar a su madre. Se había dejado convencer por Kitty y Celia para subir a la torre, pero su madre se estaría preguntando dónde se había metido, y si alguien la sorprendía allí, en el lado privado del castillo, se vería en serios apuros.

—¿Me lo contaréis por la mañana? —preguntó a las dos primas.

—Nos gustaría que pudieras venir a espiar con nosotras —dijo Kitty con sinceridad—. ¿Verdad que sí, Celia?

—Claro, Bridie. Eres como Cenicienta, que tenía que quedarse trabajando en el sótano mientras sus hermanas iban al baile.

—Ojalá yo tuviera un hada madrina con una varita mágica —dijo Bridie con una sonrisa triste, y se encogió de hombros—. Pero no la tengo.

—Pero tienes unos zapatos de baile preciosos —repuso Kitty.

Bridie se puso colorada al acordarse, con una punzada de dolor, de cómo se habían mofado de ella dos niñas de la escuela: «Uy, aquí vienen lady Deverill», había dicho una con desdén, a lo que la otra había contestado en el mismo tono: «¡Ah, no, solo es Bridie, que lleva zapatos regalados, como una gitana!» Bridie no había vuelto a ponerse los zapatos desde entonces. Los había guardado en su caja para que estuvieran a buen recaudo, como un tesoro precioso.

—No solo hacen falta unos zapatos bonitos, Kitty —comentó con voz queda.

Avanzó apresuradamente hacia el fondo del pasillo y se escurrió por la puerta que, bajando por la escalera de servicio, conducía al sótano. La cocina parecía un hormiguero: había un trasiego constante de criadas y lacayos y, en medio de la estancia, la señora Doyle, la hormiga reina, gritaba órdenes mientras daba los últimos toques a sus platos. Sean, el hermano de Bridie, iba

a pasar la noche en el castillo y en esos momentos se hallaba recorriendo las habitaciones para comprobar que los fuegos estuvieran encendidos y añadir más turba allí donde hiciera falta. Bridie, en cambio, era demasiado pequeña para ayudar en las habitaciones. Ocupó su lugar junto al fregadero y se puso a secar platos mojados.

Desde las escaleras, Kitty y Celia observaban a los adultos que iban entrando en el vestíbulo. Daban puntos a las señoras si les gustaban sus vestidos y sus joyas, y se los restaban si, en su opinión, no se habían esmerado lo suficiente. Las parejas iban entrando, una tras otra. Saludaban a lord y lady Deverill y luego pasaban al salón, cada vez más lleno de invitados. Lady Rowan-Hampton llegó del brazo de su corpulento marido, sir Ronald, ataviada con un deslumbrante vestido de seda de un azul clarísimo. Kitty le dio diez puntos por el vestido y otros diez por los diamantes y los zafiros que refulgían sobre su blanco y terso escote. Grace levantó los ojos como si intuyera que estaba siendo observada y sonrió a las dos pequeñas espías escondidas detrás de la barandilla del rellano central de la majestuosa escalera.

—Más nos vale controlarnos esta noche —le dijo a su marido—. Mira a esos dos monitos.

Sir Ronald volvió sus ojos soñolientos hacia la escalera y saludó a Kitty con la mano.

—Querida mía, *yo* siempre me controlo. Eres tú la que tira la precaución por la ventana. Tal vez esta noche tengas más cuidado y no hagas que me avergüence.

—Mira, ahí están las Arbolillo, las hermanas de Adeline. Son para morir de risa. Ven, vamos a saludarlas.

—Nunca he visto dos mujeres más bobas —comentó sir Ronald con aspereza—. Deberían arrancarlas de raíz. Ve tu a escardarlas. Yo buscaré entretenimiento en otra parte.

Y así se separaron: lady Rowan-Hampton entró en el salón y sir Ronald se fue a la biblioteca, donde Bertie estaba atendiendo a sus invitados junto a la chimenea, fumando un puro y bebiendo whisky con el primo Digby y sus amigos de las carreras.

—¿Verdad que es un baile precioso, Grace? —preguntó Laurel cuando lady Rowan-Hampton se les acercó.

—El castillo está precioso con tantas velas —contestó Grace.

—Precioso, simplemente precioso —remachó Hazel con entusiasmo.

—¿Has visto el salón de baile? Encendieron el fuego hace tres días para librarse de la humedad —le informó Laurel—. O’Flynn y un batallón de mozos han tardado tres semanas en bajar las lámparas y limpiarlas pieza por pieza. ¡Imagínate, todas esas velas! Pero el efecto es mágico.

—Entonces bailaré hasta el amanecer —dijo Grace alegremente—. ¡Ah, mi querida Maud! Estás encantadora —añadió al ver que Maud se deslizaba entre la multitud para ir a reunirse con ellas. Grace la besó en la mejilla—. ¡Dios mío, estás helada! Deberías ir a ponerte junto al fuego.

—Sí, desde luego, Maud —convino Hazel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Laurel, cuya cara redonda brillaba de sudor—. Aquí dentro hace casi demasiado calor para mí. Con esta temperatura, voy a marchitarme.

—Estoy perfectamente —contestó Maud.

—¿Dónde están las niñas? —inquirió Hazel—. No hemos visto a Victoria desde que se fue a Londres, pero nos han dicho que causó sensación. Sin duda, dentro de poco habrá boda.

—¡Uyyyy, me encantan las bodas! —exclamó Laurel, entusiasmada—. Seguro que conquistará el corazón de un aristócrata inglés.

Maud suspiró melodramáticamente.

—Y se marchará de Irlanda, como hacen todas. Acabaré sola, ya lo veréis.

—Puede que se case con un irlandés —dijo Grace en tono optimista—. Nunca se sabe. Esta noche los hay muy guapos aquí.

—Pero son pobres —repuso Maud recorriendo el salón con la mirada hasta posar los ojos en los hermanos DeCoursey, dos jóvenes de alcurnia y bien parecidos, pero carentes de lo único que podía permitirles casarse con chicas como Victoria y Elspeth: dinero.

—Tom y William DeCoursey —dijo Grace siguiendo su mirada—. Son dos de los mejores cazadores de Irlanda, y además tienen un castillo.

—Pero muy pocas tierras —repuso Maud desdeñosamente—. Y tan poco dinero que no les durará ni para la próxima generación. Tom heredará el castillo de Dunashee, William se irá a Estados Unidos o Australia y los hijos de Tom se quedarán sin nada más que un cascarón donde vivir cuando a su padre se le agote la herencia, como se le agotará sin duda. No, prefiero que mis hijas se casen con ingleses ricos.

—Pero tú te casaste con un irlandés —dijo Grace quedamente—. Y no te ha ido tan mal.

—Somos la última generación que podrá disfrutar de *esto* —replicó Maud agitando sus largos dedos en el aire. Harry será algún día lord Deverill, pero cada vez tenemos menos tierras, los arrendatarios que nos quedan rara vez pagan las rentas y Hubert es demasiado permisivo. Le toman por tonto. Es solo cuestión de tiempo que se rebelen y...

Grace se rio.

—¡Oh, son demasiado vagos para eso!

—Bertie será igual de incompetente que su padre. Le interesa más cazar y pescar que revisar las cuentas. Cree que hay un cántaro inagotable de oro al final de su arcoíris y que el sol va a brillar siempre. Por amor de Dios, está pensando en comprar otro sabueso y ya tiene una docena. A Harry no le quedará con qué vivir y yo me recostaré en mi sofá raído y diré: «Os lo dije». Pero ya será demasiado tarde. Sí, espero que mis hijas se casen con ingleses porque aquí no va a quedarles nada.

Laurel y Hazel, normalmente tan alegres y desenfadadas, la miraron con desconcierto. No sabían qué decir ni cómo reaccionar a aquel repentino estallido de amargura.

—Bueno, eso no es muy optimista —dijo Grace tratando de quitar importancia al agrio soliloquio de Maud—. Yo espero que mis hijas se casen con irlandeses porque Irlanda es el lugar más hermoso de la tierra. Yo no me marcharía de aquí ni por todo el oro del mundo.

Las Arbolillo volvieron a sonreír.

—Nosotras tampoco —trinaron al unísono.

—Ven, Maud, vamos a hablar con Roddy Fitzgerald. He oído que ha venido a pasar el verano en casa de los Claremont, y es un tipo encantador.

Grace y Maud desaparecieron entre la gente.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Laurel.

—No es muy feliz —dijo Hazel.

—Esa nació infeliz —repuso Laurel—. Siempre me ha parecido fría.

—Sí, tienes razón. *Muy* fría. —Hazel suspiró—. ¡Pobre Bertie! Espero que encuentre consuelo en otra parte.

—Querida mía, ese es el problema. Si encontrara consuelo en casa, su mujer no tendría motivos para estar tan amargada.

Kitty y Celia se estaban divirtiendo de lo lindo deambulando por los salones.

Los adultos que las conocían las saludaban alegremente, y los que no, también, pues las encontraban tan encantadoras como muñequitas. La cena se sirvió en la larga galería de arriba, donde se había dispuesto una mesa para doscientos invitados entre los grandes retratos de marco dorado de los antepasados de la familia, empezando por Barton Deverill, el primer lord Deverill de Ballinakelly. Los niños pudieron sentarse de nuevo al final de la mesa, gracias a que Adeline nunca había suscrito esa idea según la cual los pequeños debían permanecer fuera de la vista de los adultos. Victoria estaba sentada entre dos muchachos de su edad a los que conocía desde niña, pero los dos chicos se esforzaban por trabar conversación con una joven que había perdido todo interés por Irlanda y puesto sus miras en las espléndidas mansiones y castillos de Inglaterra. Sus primas Vivien y Leona estaban encantadas de contar con los apuestos hermanos DeCoursey para entretenerlas con anécdotas de caza y, al llegar el segundo plato, los cuatro jóvenes ya habían convenido en salir a cabalgar juntos a la mañana siguiente. A Elspeth, Peter MacCartain siempre le había parecido increíblemente guapo. Era un excelente jugador de tenis y un gran jinete, pero su madre le había dicho a menudo que no le permitiría casarse con un irlandés a menos que ese irlandés fuera el marqués de Waterford. George y Harry se encontraron con varios amigos del colegio que también habían vuelto a Irlanda en vacaciones y se pasaron casi toda la cena hablando de críquet.

La cena fue larga y, cuando terminó, los niños estaban inquietos. Las velas se habían consumido y los platos se habían retirado. Saltaba a la vista que O'Flynn había estado dándole a la botella, porque caminaba dando tumbos por el salón como un barco en medio de una tormenta. Por fin llegó el sonido de la música desde el salón de baile de la planta baja y, uno a uno, los adultos fueron levantándose de la mesa y alejándose, atraídos por la música como las ratas del pueblecito de Hamelín. Los hermanos DeCoursey desaparecieron con Vivien y Leona y Elspeth aceptó bailar con Peter MacCartain, pero Victoria rechazó todos los ofrecimientos que le hicieron con un bostezo de fastidio. Kitty y Celia corrieron abajo a ver el baile. El salón estaba espléndido, iluminado por centenares de velas cuyas llamas doradas se reflejaban en los paneles de espejo de las paredes. Las arañas refulgían como si no estuvieran hechas de cristal, sino de diamantes como los del primo Digby. La pequeña orquesta se hallaba colocada en una tarima elevada y tocaba un vals irresistible. Las parejas llenaron la pista de baile y empezaron a girar por el

salón como un glorioso caleidoscopio de colores. Kitty y Celia lo contemplaban todo maravilladas, ansiando tener la edad suficiente para que las llevaran en volandas por el salón.

—Elsbeth tiene los pies planos —comentó riendo mientras su hermana bailaba torpemente el vals.

—Pues Vivien no lo hace mucho mejor —repuso Celia.

—¡Pero fíjate en las Arbolillo! —exclamó Kitty señalando a sus dos tías abuelas, que estaban bailando con el tío Rupert y con sir Roland, que parecía desgano—. ¡Bailan mejor que nadie!

Estuvieron observándolos a todos un buen rato. Kitty se fijó en que Peter MacCartain tenía la mano peligrosamente cerca del trasero de Elspeth. Vio también que los adultos empezaban a dar traspies y a tambalearse. Las mujeres tenían el rostro sofocado por efecto del champán y los hombres, colorados y algo despeinados, fumaban puros llenando el aire con el olor dulzón del tabaco. Ya nadie reparaba en las niñas; podrían haber sido invisibles mientras se paseaban por ahí escuchando retazos de conversaciones y riéndose por lo bajo cuando escuchaban algo inapropiado.

Era ya pasada la medianoche cuando Kitty y Celia, cansadas de espiar a los mayores, decidieron recorrer los pasillos de la planta alta. Portando sendas velas, cruzaron las habitaciones como un par de ratones. De pronto, Kitty vio una silueta en sombras al fondo del pasillo. Se acercó, llena de curiosidad, y su prima la siguió. La música fue haciéndose más débil a medida que se adentraban en el corazón del castillo. Cada vez que creía que estaban acercándose al fantasma, este volvía a desaparecer.

—Vamos, corre.

—¿A qué viene tanta prisa? —se quejó Celia.

Justo cuando su prima empezaba a desfallecer, Kitty se detuvo. El fantasma, al que ahora veía con claridad, era Egerton Deverill, el hijo de Barton. De los Deverill atrapados en el limbo, Egerton era el que menos le gustaba. Tenía un aire malévolo y amenazador. La miraba fijamente con sus ojos oscuros y el ceño fruncido, parado junto a una puerta bajo la cual se extendía un leve charco de luz.

Celia agarró del brazo a Kitty.

—Hay alguien ahí.

Kitty le sonrió.

—¿No tienes ni un poquito de curiosidad? —preguntó.

—¡Tengo miedo!

En ese instante, Barton Deverill salió de la oscuridad. Kitty contuvo la respiración. Barton comenzó a reprender a su hijo, pero la niña no oía lo que le decía. Solo sentía la furia en el ambiente y la frialdad que envolvía a los dos espectros. Comprendió que Barton no quería que entrara allí.

Pero Kitty era más temeraria de lo que le convenía. Mientras Celia retrocedía, ella, incapaz de sobreponerse a su curiosidad, giró el pomo y empujó la puerta abriéndola el ancho de una pulgada. Lo que vio dentro era tan espantoso que apagó su osadía con la misma rapidez con que un montón de tierra apagaba una llama. Su padre estaba en la cama con dosel, con los pantalones bajados e inclinado sobre Grace, que tenía las piernas enlazadas alrededor de su cintura. Ni siquiera se había quitado los zapatos. Kitty sintió asco. Barton atravesó la pared. Un momento después estaba junto a la repisa de la chimenea. Con un ademán, tiró al suelo una pastorcilla de cerámica que se hizo añicos con estruendo.

Kitty no esperó a ver qué ocurría después. Retrocedió y corrió por el pasillo, seguida de cerca por su prima. No miró atrás. Con el estómago revuelto por lo que había visto, solo deseaba alejarse todo lo posible de aquella habitación.

Sentada en el borde de su cama, Bridie miró la luna por la ventana. Era tan redonda y gorda que parecía preñada de pequeñas lunas. La contempló un momento, hipnotizada por su misterio. Desde allá arriba, en lo alto del cielo, sin duda el astro veía la mitad del mundo. Países que Bridie nunca visitaría, gentes a las que nunca conocería, mares que nunca atravesaría. ¿Pasaría toda su vida allí, en Ballinakelly, siguiendo el camino trillado que ya antes había recorrido su madre? ¿O había otro futuro para ella si encontraba la llave que abría una puerta secreta? ¿Era simplemente cuestión de buscarla? Pero ¿por dónde podía empezar?

¿Dejaría la escuela y trabajaría para los Deverill como hacía su madre, hasta que estuviera tan vieja y desgastada como ella? ¿Eso era lo único a lo que podía aspirar? ¿Encontraría marido allí, entre su gente, en Ballinakelly, tendría familia y vería a sus hijas llevar la misma vida miserable que llevaba ella? ¿No había nada más? Parpadeó, dándose cuenta de que una lágrima se deslizaba lentamente por su mejilla. Gracias a Kitty había vislumbrado un

mundo al que jamás podría pertenecer, y ese vislumbre había restado parte de su atractivo a *su* propio mundo y sembrado en su lugar una semilla de descontento. Kitty se marcharía, igual que se había marchado Victoria. Decía que adoraba Irlanda, pero algún día se iría a Londres con Celia y se casaría con un inglés. Poco a poco, el abismo que las separaba iría agrandándose, hasta que Kitty quedara por completo fuera de su alcance. Ella, Bridie y Celia habían nacido en el año 1900, pero ninguna fecha, por más nueves que contuviera, podría cambiar *su* destino.

Abrió la caja de cartón y sacó los zapatos de charol, con sus grandes hebillas plateadas, que le había regalado lady Deverill. Apretándolos contra su pecho, se hizo una promesa. *Algún día, cuando sea mayor, me marcharé de Ballinakelly y seré algo en la vida. Encontraré la llave y me marcharé. Y cuando regrese me pondré mis zapatos de baile y nadie me llamará gitana. A Dios pongo por testigo de que nadie me mirará con desprecio, porque seré una dama.*

SEGUNDA PARTE

Condado de Cork, Irlanda, noviembre de 1914

Al estallar la guerra, Maud se metió en la cama aquejada por una dolencia misteriosa y no volvió a levantarse hasta pasadas varias semanas. Privada de la compañía de su marido y de su queridísimo hijo, que estaban combatiendo a los alemanes en Francia, se encontró sola en el pabellón de caza con la única compañía de Elspeth, que a sus veintiún años seguía soltera pese a que había cosechado un éxito relativo durante su primera temporada londinense, y Kitty, que tenía catorce años y era casi intratable. Victoria era ahora condesa de Elmrod; se había casado con Eric —un aristócrata aburrido y de notoria papada que le sacaba dieciocho años y tenía una pequeña mansión solariega en Kent y una casa de estuco blanco en Belgravia— y llevaba la vida con la que Maud había soñado en su juventud. No podía negar que envidiaba a su hija, a pesar de que Victoria también se había visto privada temporalmente de su marido y temía perderlo a él y, de paso, todas las comodidades materiales que comportaba su matrimonio. De momento, además, no había tenido hijos, lo que, al tratarse de la mujer de un conde, era muy preocupante.

Además de la angustia que le producía el conflicto con Alemania, Maud se sentía insegura en un país cuyas gentes libraban una guerra particular contra sus opresores ingleses. Los pequeños atentados que se producían aquí y allá contra el Estado británico, obra de los nacionalistas radicales irlandeses, daban al país una atmósfera de desasosiego e inestabilidad que la hacía desear hundirse bajo sus colchas y recordar los buenos tiempos en que el gran Imperio británico ejercía un dominio absoluto. Confiaba en que esa absurda fiebre independentista se fuera disipando. A fin de cuentas, los irlandeses eran gentes bárbaras, necesitadas de mano firme. ¿Acaso no sabían lo que les convenía? ¡Cuánto deseaba que Bertie estuviera allí para tranquilizarla! Su suegro no le servía de nada, con sus diatribas irracionales acerca de los «condenados papistas» y su creciente obsesión de que acechaban en el bosque, aguardando la ocasión de escalar los muros del castillo y liquidarlos a todos.

El ruido de sus disparos retumbando en la finca no la hacía sentirse más segura. Por el contrario, agudizaba su desesperación.

Y luego estaba Kitty. A pesar de los esfuerzos de la señorita Grieve, Kitty seguía teniendo un carácter indomable. Por más que lo había intentado, Maud no había conseguido sobreponerse al temor que la invadía cada vez que Kitty la miraba con aquellos ojos grandes y extraños —los ojos de una desconocida—, ni a la mala conciencia de saber que su falta de cariño por su hija era antinatural. El hecho de que Kitty fuera, desde hacía mucho tiempo, consciente de los sentimientos de su madre, aunque no de sus motivos, solo contribuía a aumentar el bochorno que sentía Maud. Mientras yacía en la cama, dando vueltas acongojada, la fiebre y los delirios empezaron a apoderarse de ella. Llamaba a voces a Eddie, lo que desconcertaba a los sirvientes, que no sabían quién era ese Eddie, y gritaba «¡No quiero el bebé!», lo que alimentaba los chismorreos entre el servicio. Se decía a sí misma que, si no hubiera sentido el dolor y el malestar del parto, habría jurado que Kitty no era hija suya. Kitty era sin duda hija de Adeline, razonaba, lo que, en su estado de confusión mental, le parecía perfectamente lógico: de una manera u otra, su suegra se había replicado a sí misma sirviéndose de la brujería.

Cuando se halló lo bastante restablecida para viajar, se fue con Elspeth a Inglaterra, a casa de Victoria, y dejó a Kitty con sus abuelos en el castillo que tanto amaba la niña, y con la temible señorita Grieve. Kitty estaba encantada. En ausencia de su madre, la vida podía continuar sin estorbo alguno. Ya no tendría que andar de puntillas por la casa por miedo a molestar a Maud, ni hablar en voz baja, ni habría tensión en el aire mientras los sirvientes subían y bajaban a toda prisa por la escalera cargados con té hirviendo, agua caliente, compresas, mantas, aceites, sales de olor, y con la continua ansiedad de que sus esfuerzos fueran considerados insuficientes y merecieran una reprimenda de su ama, cuya lengua, en su estado de postración, se había vuelto más venenosa que nunca.

El castillo se regía conforme al ritmo lento y pausado de una época ya obsoleta. Los sirvientes eran ancianos temblequeantes, y los abuelos de Kitty, personas de costumbres cuya inflexibilidad se había acrecentado con el paso de los años. El tictac constante del reloj del vestíbulo era un pulso reconfortante que traspasaba el silencio como el golpeteo suave de un atizador sobre un suelo polvoriento. La presencia invisible de los fantasmas daba al castillo un aire de intemporalidad, como si también sus muros estuvieran

apartados del mundo, y Kitty se acomodó a aquella atmósfera con el regocijo de un gato al hundirse en un lecho de plumas tras sentir la dureza de un suelo de piedra.

Extrañaba a su padre, pero su abuelo era una presencia masculina reconfortante, y el afecto evidente que sentía por la muchacha, así como la indulgencia con que la trataba, hacían más llevadera la ausencia de Bertie. Hubert y Adeline eran muy sociables y la casa se llenaba casi todas las noches, no solo con las Arbolillo, que venían a sentarse en torno a la mesa de bayeta verde a beber jerez y jugar al *whist*, sino también con la visita de diversas vecinas cuyos maridos eran tan ancianos que habían combatido en la Guerra de los Bóeres. Los hombres debatían acerca de la guerra fumando puros y bebiendo whisky, y todos estaban de acuerdo en que el conflicto habría acabado para Navidad o, como mucho, cuando llegara la primavera. En cuanto a las reclamaciones independentistas, la Cámara de los Lores jamás aprobaría la ley de gobierno autónomo; esa era, al menos, su opinión unánime. Por tanto, si la guerra no sepultaba el conflicto irlandés, lo harían los lores de una vez por todas. Doscientos irlandeses se habían unido a los regimientos de Irlanda para combatir en las filas de Gran Bretaña. El pueblo irlandés apoyaba en su mayoría la guerra, del mismo modo que la apoyaban los ingleses, y el reverendo Daunt había convencido a las Arbolillo de que, por deplorable que fuera la guerra, traería consigo la unificación definitiva de Irlanda e Inglaterra y el desvanecimiento de la quimera independentista, que, en su opinión, era desde el principio un sueño irrealizable.

A Kitty le gustaba jugar al *whist*. Era una excelente jugadora de *bridge* y le faltaba poco para ganar a su abuelo al ajedrez. Pintaba con su abuela, que, con paciencia y buen humor, le enseñó también a tocar el piano; trajinaba en los invernaderos y participaba en las cacerías de Ballinakelly, saliendo a montar hasta dos veces por semana con el mismo brío y la misma indiferencia por el mal tiempo que cualquier joven varón. La señorita Grieve seguía dándole clases, pero hacía tiempo que se había dado por vencida en sus intentos de domeñar la rebeldía de Kitty. La niña se había convertido en una joven temeraria, y la intitutriz tenía tan poco poder para empuñar contra ella la fusta de castigo como para convencerla de que era inglesa.

Kitty se sentía irlandesa y lo proclamaba con orgullo desafiante. Por más que quisiera a su abuelo, era incapaz de entender, y de perdonar, el desprecio que Hubert profesaba por los católicos. Había pasado demasiado tiempo con

Bridie y Jack para ignorar el estado en que vivían las clases humildes de Irlanda y los motivos, perfectamente comprensibles, que esgrimían los nacionalistas para reclamar un gobierno independiente.

Kitty no estaba sola en su defensa de los irlandeses. Su aliada en esa causa, sin embargo, era una mujer a la que ahora despreciaba y a la que había sorprendido en la cama con su padre la noche del baile de verano. En otro tiempo Grace Rowan-Hampton había sido la mujer a la que más admiraba, después de su abuela Adeline. La maravillaba su belleza, se sentía fascinada por su encanto y halagada por sus atenciones. Pero, al mirar por la rendija de la puerta de aquella alcoba y verla en una posición tan comprometida —por no decir tan indigna—, se había sentido irrevocablemente agraviada y dolida. La decepción había sido tremenda. Aunque no sabía nada de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, había visto el apareamiento de los animales suficientes veces como para comprender lo que estaban haciendo, y había sentido al mismo tiempo rechazo y miedo. Sin embargo, en ningún momento se le ocurrió culpar a su padre. La culpa era por completo de Grace, que le había seducido y atraído hasta un rincón recóndito del castillo para aprovecharse de él a su antojo.

Y no solo había seducido a su padre, sino que había traicionado a su madre, que era supuestamente su amiga..., y Kitty sabía mucho de amistad. A pesar de que sentía poco afecto por Maud, tenía muy arraigado el sentimiento de lealtad. A fin de cuentas, le gustara o no, era su madre. Demasiado joven para comprender la complicada maraña de la amargura de Maud, sabía sin embargo lo que era la traición. La traición olía fuertemente a cebollas, y Kitty percibía aquel olor cada vez que lady Rowan-Hampton venía de visita, lo que, antes de que su madre cayera en la depresión y se metiera en la cama, ocurría hasta tres veces por semana. Ahora que Bertie estaba en Flandes y Maud recuperándose en Inglaterra, Grace no venía tan a menudo, pero Kitty seguía coincidiendo con ella en las cacerías y procuraba escabullirse cada vez que se le acercaba. Sir Ronald también se había ido a la guerra, junto con sus hijos varones, y Grace sobrellevaba bien su infelicidad. El traje de montar negro realzaba su piel clara y sus mejillas sonrosadas, y el velo negro, que le llegaba por debajo de la nariz, dejaba al descubierto su boca ancha y sensual, en la que se dibujaba una sonrisa valerosa frente a la adversidad.

Kitty estaba ya acostumbrada a tragarse sus buenos recuerdos de Grace, como comida regurgitada impregnada de hiel. Se preguntaba si su amabilidad

para con ella no habría sido una simple estratagema para ganarse el cariño de su padre. ¿Había sentido alguna vez verdadero afecto por ella? Desde aquel baile de verano, cuatro años antes, Kitty procuraba evitarla, lo que no le había resultado difícil teniendo en cuenta el deseo de su madre de mantenerla fuera de su vista. Cuando coincidían en cenas familiares, cacerías o partidos de críquet o de tenis, Kitty la saludaba educadamente y se alejaba de ella lo antes posible. Ignoraba si Grace había notado su distanciamiento, pero esta fría mañana de finales de noviembre, cuando los Sabuesos de Ballinakelly —así se llamaba la partida de caza— se reunieron frente al castillo para tomar una copa de licor de endrinas u oporto, se halló junto a Grace antes de que le diera tiempo de arrear a su caballo.

—¡Querida mía, cuánto has crecido! —exclamó Grace, recorriendo con sus suaves ojos castaños el rostro de Kitty con un afecto que Kitty tachó de inmediato de hipócrita—. Dime, ¿tienes noticias de Harry?

Kitty levantó la barbilla.

—Harry no escribe, lo que pone furiosa a mamá, pero mi padre sí. Echa de menos nuestra casa, y a mamá —mintió confiando en atormentar a Grace, pero el semblante de la mujer no se alteró lo más mínimo.

—Yo extraño horriblemente a Ronald y a mis hijos. Dicen que la guerra habrá acabado en Navidad, pero yo no estoy tan segura. Intuyo que va a durar mucho más de lo que pensamos. Rezo por ellos y trato de vivir con toda la normalidad que es posible. El truco está en mantenerse ocupada.

Kitty advirtió la delgadez de su rostro por detrás del velo. Sus pómulos sobresalían más que de costumbre, sus mejillas parecían enflaquecidas. Había perdido parte de su brillo.

—Dime, ¿cómo está tu querida mamá?

—Mejor, gracias —contestó Kitty secamente.

—Me alegro. A ella también la echo de menos —dijo Grace, y sonrió—. ¿Te acuerdas de aquel día, en la iglesia, cuando dijiste que se parecía a una comadreja?

Aquel intento de traspasar su frialdad hizo que Kitty se envarara.

—Bueno, supongo que he madurado desde entonces —replicó con aspereza, a pesar de que detestaba mostrarse tan grosera. En el fondo, una parte de ella todavía ansiaba el cariño de Grace.

Grace arrugó el ceño.

—¡Esta guerra bestial! —exclamó de repente, volviendo la cara—. Nos está

pasando factura a todos. ¿Qué hay más importante que nuestros seres queridos? —Suspiró y, cuando volvió a mirar a Kitty, sus ojos marrones brillaron con una intensidad que sorprendió a la muchacha—. ¡El amor por nuestro país, eso! Sí, Irlanda. Vamos y venimos sin dejar nada, salvo recuerdos en la mente de nuestros hijos, pero esos recuerdos también se borran y con el tiempo desaparecen, como si nunca hubiéramos existido. Pero Irlanda permanece, con toda su belleza y su infortunio. Confío en que ganemos la guerra, pero no olvidemos que en nuestro propio suelo se está librando un conflicto que no puede dejarse de lado. Sé que estás de acuerdo, Kitty. En eso somos hermanas, ¿no es cierto?

Kitty estaba tan sorprendida por el súbito arrebató de Grace que no supo qué decir. Ella, que normalmente era tan rápida de ingenio, se quedó sin palabras.

—Eres fría conmigo, querida mía, y no sé qué he hecho para ofenderte.

Kitty la miró fijamente y su ingenio volvió a manifestarse como el restallido de un látigo.

—¿Y cómo sabe usted que estoy de acuerdo con sus opiniones políticas, lady Rowan-Hampton?

—Tu querido padre me habló de ellas, con desesperación, desde luego, dado que es leal al rey y al país. —Dejó escapar una risa indulgente que desvelaba el cariño firme y diáfano que sentía por Bertie.

—En ese caso, debería saber perfectamente en qué me ha ofendido —replicó Kitty con un leve soplo—. Confío en que disfrute de la cacería, lady Rowan-Hampton. Hace suficiente frío para que los perros encuentren algún rastro, pero el suelo está tan duro que habremos de tener cuidado para no sufrir una caída.

—Por favor, Kitty, llámame Grace...

Pero Kitty ya había espoleado suavemente a su caballo y se había alejado.

Más tarde fue a sentarse a la biblioteca de su padre en el pabellón de caza, que, desde la partida de su madre un par de meses antes, estaba cerrada y cubierta con sábanas para evitar que se acumulara el polvo. Aun así, olía a humo de tabaco y humedad. Kitty había encendido el fuego, que chisporroteaba débilmente en la gélida estancia, y se había echado una manta sobre los hombros mientras esperaba que Bridie y Jack vinieran a reunirse con ella, como habían prometido hacer después del té. Allí nadie los encontraría.

Se sentía abatida. Su enfrentamiento con Grace Rowan-Hampton le había

dolido y tenía que recordarse continuamente la escena que había contemplado en aquella alcoba, durante el baile de verano, para impedir que su corazón se ablandara y la invadieran los remordimientos. No estaba sola; tenía a Bridie y a Jack, y Celia le escribía con la suficiente frecuencia para mantener viva su amistad. Tampoco se aburría. Y, sin embargo, le faltaba algo. Sus días estaban plenos de actividad, pero por las noches, especialmente cuando brillaban las estrellas, ansiaba algo que era incapaz de identificar; experimentaba un anhelo extraño que ensombrecía su ánimo y la llenaba de inquietud.

Se abrió la puerta y entraron Jack y Bridie, trayendo consigo una ráfaga de aire helado. Ocuparon sus sitios de costumbre: Jack, en el sillón de piel de Bertie; Bridie, en el sofá, al lado de Kitty, pulcramente ataviada con un vestido negro y un delantal blanco, y con el pelo recogido y sujeto en un moño sobre la coronilla, ahora que trabajaba en el castillo como criada de las cocinas. Jack fumaba distraídamente junto al fuego. Tenía ya dieciséis años; era alto y guapo y desprendía una energía rebelde y pendenciera, inflamado como estaba por las diatribas patrióticas de los muchachos de más edad que escuchaba en la taberna de O'Donovan. Aunque era todavía demasiado joven para luchar en la guerra, se habría resistido al alistamiento y estaba resentido con su padre por haberse enrolado en los Reales Fusileros de Irlanda.

—¿Te apetece un trago de licor de endrinas? —preguntó Kitty, pasándole la petaca que usaba su padre cuando salía de caza.

—No me vendrá mal —contestó Jack con una sonrisa. Echó un vistazo a la petaca de plata y admiró el blasón de los Deverill, grabado en la parte delantera, junto a las iniciales de Bertie—. Muy bonita —comentó inclinando la cabeza en señal de admiración.

—Lo de dentro está todavía mejor —bromeó Kitty, y le vio dar un trago.

Jack le ofreció la petaca a Bridie, que negó con la cabeza vigorosamente.

—¡Venga! Solo un poco. Está muy dulce —insistió él.

Bridie era incapaz de negarle nada a Jack, a quien admiraba por encima de todas las cosas. Tomó la petaca, en cuyo cuello se habían posado los labios de Jack un momento antes, y se la llevó a la boca. Tragó el licor de endrinas y tosió.

—¡Quema! —exclamó, poniéndose colorada.

Kitty y Jack se rieron.

—Ya te acostumbrarás —dijo el chico y, agarrando de nuevo la petaca, bebió otro trago—. Bueno, cuéntame, ¿qué tal está la encantadora señorita

Grieve? —preguntó a Kitty.

—Tan simpática como siempre, gracias, Jack.

—¿Por qué no te libras de ella? ¿Cuánto tiempo más debes tener una institutriz?

—Hasta que sea mayor de edad.

—Para eso falta mucho todavía.

—Sí, pero a ella puedo manejarla. Creo que me tiene un poco de miedo.

—Bueno, es que eres una chica muy atrevida —dijo Jack, y sus ojos claros brillaron al mirarla.

—Si el castillo está encantado, como dicen —comentó Bridie, orgullosa de ser partícipe del secreto de Kitty—, ¿cómo es que los fantasmas no la han hecho huir espantada? Yo, desde luego, me marcharía si viera uno.

Kitty miró a su amiga con el ceño fruncido, acordándose de que había sido Egerton, el hijo de Barton, quien la había llevado a aquella alcoba la noche del baile de verano. No le había contado a Bridie, ni tampoco a Celia, lo que vio allí. Desde entonces no tenía muchas ganas de juntarse con espíritus. Pero Bridie tenía razón. Era lo menos que podía hacer Barton para compensar la mala pasada que le había jugado su hijo.

—Porque duerme como un tronco —contestó Kitty maliciosamente—. Nada puede despertarla, ni siquiera un fantasma ruidoso.

—Si quieres puedo escalar por el muro y darle un buen susto —dijo Jack, expulsando humo por la boca—. Dime cuál es su dormitorio y yo me encargo del resto.

Kitty entornó los párpados. Era muy buena idea.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa—. Con tal de que no hagas ninguna tontería... —Le describió la ventana que daba al laberinto de setos—. Si mi abuelo te ve, te pegará un tiro, y no bromeo.

Bridie se puso pálida.

—No creo que sea buena idea, Jack.

—Es un buen entrenamiento —contestó él.

—¿Para qué? —preguntó Kitty.

—Voy a unirme a los Voluntarios para luchar por nuestra libertad.

Kitty le miró con sorpresa.

Bridie pareció sobresaltada.

—Has estado escuchando a Michael, ¿verdad? —preguntó—. Imagino que es de lo que hablan todos en la taberna por las noches. La independencia del

dominio británico. En casa no oigo hablar de otra cosa.

—Seguro que eres demasiado joven para unirme a los Voluntarios —objetó Kitty.

—Puedo ayudar.

—¿Qué dirá tu padre? —preguntó Bridie.

—No va a enterarse. Está en el frente occidental, luchando por Inglaterra. — Jack meneó la cabeza con desdén—. No debería ser carne de cañón de los británicos. Debería estar luchando por Irlanda.

—Ya está luchando por Irlanda, Jack —terció Kitty—. La guerra de Inglaterra contra Alemania también incumbe a Irlanda. Los alemanes son nuestro enemigo común. Es lo que dice mi abuelo.

—¡Qué va a decir tu abuelo! Bueno, pues yo no pienso quedarme de brazos cruzados ni permitir que los ingleses pisoteen nuestra identidad nacional.

Estaba claro que eso se lo había oído decir a otra persona, se dijo Kitty.

—Voy a unirme a mis hermanos para luchar por nuestra libertad —añadió el joven—. Por el gobierno autónomo.

—Mi abuelo dice que la Cámara de los Lores jamás aprobará la ley.

—¡Entonces habrá que obligarles a que la acepten! —Jack se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Sus ojos brillaban a la luz del fuego—. Tenemos que hacer que nos escuchen.

—Por la fuerza —dijo Kitty.

—Si es la única manera...

—Primero tenemos que sobrevivir a esta guerra —dijo Bridie.

—Te equivocas, Bridie. Mientras los ingleses están distraídos combatiendo a los alemanes, podemos aprovechar la oportunidad que se nos ofrece aquí.

—¿Y qué será de Kitty? —preguntó Bridie con nerviosismo, pensando también en sí misma y en su madre, que trabajaban para los Deverill.

—Nosotros cuidaremos de ella. A fin de cuentas, es de los nuestros, ¿verdad que sí, Kitty?

Sonrió a la muchacha y Kitty le devolvió la sonrisa. Irradiaban ambos una confianza en sí mismos que inquietó más aún a Bridie.

—En Ballinakelly se le tiene mucho aprecio a lord Deverill —dijo esperanzada—. Siempre se ha portado bien con la gente de aquí. No hay razón para que le hagan daño, ¿verdad, Jack?

El joven asintió, dándose importancia ante las chicas.

—No hay razón, no —convino, pero la verdad era que no estaba seguro.

A ojos de los nacionalistas, lord Deverill era un usurpador inglés, leal al bando contrario. Si Michael se salía con la suya, la familia al completo sería deportada a Inglaterra, que era su sitio, y el castillo, arrasado hasta los cimientos.

Esa noche, Kitty subió por la escalera de madera a la torre oeste del castillo. Encontró a Barton en su sillón de siempre, con los pies apoyados en un escabel, mirando meditabundo a lo lejos, como si soñara con su vida pasada. Levantó los ojos al entrar ella y, al verla, puso cara de sorpresa.

—Ya sé que hace mucho tiempo —dijo Kitty, arrebuñándose en su chal, pese a saber que los cuatro años transcurridos desde su última conversación no eran nada para Barton, para quien el tiempo carecía de significado.

—Intenté detenerte —dijo él de mala gana—. Pero no me hiciste caso.

—Tenía curiosidad y lo he pagado muy caro —contestó ella solemnemente—. Necesito tu ayuda.

—¿Otra vez?

—Esta vez la aceptaré.

—No estoy en situación de ayudar a nadie, ni siquiera a mí mismo.

—Claro que sí. Te vi tirar un adorno de la repisa de la chimenea. Si te lo propones, estoy segura de que puedes aterrorizar a mi institutriz para que se marche del castillo.

Barton sonrió. La idea le agradaba.

—Si es lo que quieres.

—Me sorprende que Egerton no la haya ahuyentado ya.

—Egerton es un holgazán, Kitty. Era un inútil en vida, y muerto lo es aún más. Para hacer el mal hay que esforzarse.

—Entonces, te agradezco de antemano tu esfuerzo.

Barton concentró en una sonrisa toda su malevolencia y su frustración.

—Dalo por hecho, amiguita.

Kitty vigilaba a la señorita Grieve como un leopardo a su presa. La mujer parecía avejentada. Sus labios pálidos se habían adelgazado hasta casi desaparecer, sus pómulos sobresalían y su cutis había adquirido una tonalidad cetrina. La joven a la que Kitty había espiado por la ranura de la puerta, a la que había visto llorar mientras leía una carta, ya no existía. Kitty se preguntaba por qué la suave llovizna irlandesa parecía beneficiar a las mujeres como su madre y lady Rowan-Hampton y en cambio había curtido la tez de la señorita Grieve hasta darle la apariencia del cuero viejo. En algún momento había pensado que la institutriz tenía aproximadamente la misma edad que su madre; ahora, en cambio, parecía incluso más vieja que su abuela, cuyo rostro vivaz conservaba aún su lozanía.

La señorita Grieve levantó la mirada del libro que estaba leyendo y sorprendió a Kitty mirándola fijamente.

—Kitty, en mi cara no vas a encontrar las respuestas.

—¿Qué edad tiene, señorita Grieve? —preguntó Kitty con descaro.

La institutriz se envaró.

—Qué grosería.

—Vamos, señorita Grieve. Nos conocemos desde hace muchos años y ya no soy una niña. ¿No podemos ser amigas?

—No sé por qué crees que si fuéramos amigas tendrías que conocer mi edad —replicó ella con un acento escocés que ahogaba las vocales.

Kitty sonrió. El paso de los años había empujado a la señorita Grieve y le había dado un aspecto vulnerable, y Kitty se descubrió compadeciéndose de aquella mujer que antaño la había hecho tan desgraciada. Entornó los párpados.

—Yo le echo cincuenta años —dijo, creyendo que le hacía un gran cumplido.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de la institutriz y empezaron a extenderse por su piel como tinta derramada.

—¿Eso crees? —preguntó mirándola con incredulidad—. Tengo treinta y

ocho años —replicó con voz ahogada.

Kitty no supo qué decir. Vio horrorizada que la señorita Grieve empujaba su silla y se levantaba. La institutriz le dio la espalda, pero al ver el escalofrío que sacudía sus hombros Kitty comprendió que la había ofendido profundamente.

—Acaba el ejercicio. Estaré en mi habitación y no quiero que se me moleste.

Kitty acabó el ejercicio, que de todos modos era muy fácil, y bajó en busca de su abuela. Al oír el piano, dedujo que estaba en el salón. Cuando entró, Adeline dejó de tocar.

—Kitty, querida, ¿la señorita Grieve ya te ha dejado marchar?

—Me temo que la he ofendido —dijo Kitty con un suspiro, pasando la mano por la superficie reluciente del piano—. Le he dicho que le echaba cincuenta años, y tiene treinta y ocho. No los aparenta, ¿verdad?

—Un error fácil de cometer —contestó su abuela—. Aunque lo cierto es que no me parece prudente preguntarle a una mujer por su edad en ninguna circunstancia.

—Nunca hemos congeniado —declaró Kitty—. Es la persona con menos sentido del humor que he conocido nunca.

—Yo no recuerdo que me gustara mucho mi institutriz. Son una raza extraña.

—¿Por qué son tan raras?

—Porque son mujeres educadas que por una razón o por otra no se han casado. No les queda otro remedio que ganarse la vida como institutrices o damas de compañía. Yo las compadezco. Debe de ser muy insatisfactorio no tener nunca un hogar propio.

—La señorita Grieve es la mujer más mezquina que he conocido nunca —se quejó Kitty.

Adeline miró a su nieta reflexivamente.

—Querida mía, debes compadecerte de ella. Las personas mezquinas son personas infelices, y creo que la señorita Grieve es profundamente desdichada.

—No creo que la desdicha justifique la crueldad, abuela.

—No, pero, desde luego, la explica. La señorita Grieve tiene que haber sufrido terribles desengaños en algún momento de su vida. Imagino que tu felicidad, Kitty, le recuerda su propia desdicha. Por difícil que resulte comprender y perdonar, creo que hay que intentarlo.

En ese momento, O'Flynn entró arrastrando los pies, portando una bandeja de plata con una carta.

—Señora —dijo.

Adeline cogió la carta y observó la letra.

—Es de Rupert. ¡Qué maravilla!

Abrió el sobre con un abrecartas de plata, leyó un momento en silencio y luego sonrió melancólicamente, apretando la carta contra su pecho.

—Mi querido Rupert no está hecho para la guerra. Hubert cree que no está hecho para nada, pero yo creo que esta experiencia le vendrá bien.

—¿Dice algo de papá? —preguntó Kitty ansiosamente.

—Sí, dice que le fastidia que el uniforme le sienta mejor a tu padre que a él —contestó su abuela, riendo—. Muy típico de él, ver siempre el lado divertido de las cosas. —Suspiró—. ¡Ah, espero que ya estén en casa por Navidad!

Esa noche, cuando se fue a la cama, Kitty se había olvidado por completo de que le había pedido a Barton que asustara a la señorita Grieve. Había cenado con sus abuelos y las Arbolillo, que estaban siempre presentes en la mesa del comedor desde que Rupert y Bertie se habían incorporado a filas. Gorjeaban como gorriones y hablaban de todo tipo de bobadas con la esperanza de hacer que su hermana —y, de paso, ellas mismas— se olvidara de los telegramas que ahora llegaban en un goteo constante a Irlanda dando noticia de los desaparecidos, los heridos y los muertos en combate. La realidad de la guerra comenzaba a traspasar el barniz de petulancia y bravuconería, extendiéndose como una mancha.

Al ir hacia su habitación, Kitty pasó ante la puerta de la señorita Grieve. Notó que estaba cerrada y que no se veía luz bajo ella. Kitty no había visto a la institutriz desde que se había marchado de la sala, llorosa. Se detuvo un momento frente a la puerta, presa de un repentino ataque de remordimientos. El pasillo estaba en silencio. Solo se oía el ruido del viento que soplaba del mar, restallando en torno a las chimeneas. Kitty entró con sigilo en su habitación, contigua a la de la institutriz, y descorrió un poco las cortinas para contemplar la desapacible noche invernal. Nubes espesas como gachas surcaban el cielo, abriéndose de vez en cuando para dejar entrever la luna y el laberinto de setos de abajo, envuelto en una luz plateada y fantasmal. Pensó en

la señorita Grieve y la embargó la compasión. Era una mujer avejentada, sin más perspectivas que la de dar clases a jóvenes como ella. Se preguntó si de veras era la desdicha lo que la había hecho tan cruel. Si se hubiera casado con un hombre que la hiciera feliz, ¿habría sido más bondadosa?

Kitty estuvo largo rato mirando por la ventana hasta que el sueño empezó a amodorrarla. Por fin corrió las cortinas y se desvistió, dejando su vestido sobre la silla. Le gustaba su cuarto en el castillo. La cama con dosel era muy ancha, y podía correr las cortinas para protegerse del frío. Las ascuas de un fuego ardían sordamente en la chimenea, y el traqueteo del viento en los cristales la adormeció como una nana.

Se despertó bruscamente, sobresaltada por un grito. Tardó un momento en comprender que no estaba soñando y que el grito procedía de la habitación de la señorita Grieve. Se bajó de la cama y buscó a tientas las cerillas para encender el quinqué de la mesilla. Entornando los ojos, deslumbrada por el resplandor de la lámpara, sacudió la cabeza embotada por el sueño, se puso la bata de lana y se calzó las pantuflas. El pasillo permanecía a oscuras y en silencio, pero la puerta de la alcoba de la señorita Grieve estaba abierta. Kitty entró apresuradamente. Esperaba encontrar a su institutriz sentada en la cama, pero la colcha estaba retirada y no había ni rastro de la señorita Grieve. Entonces algo llamó su atención, y al volverse creyó ver una figura fantasmal junto a la ventana, pero parpadeó y aquella sombra desapareció. Sintió que se le helaba el corazón. Cruzó la habitación como si vadeara una masa de agua. Contuvo el aliento, temiéndose lo peor, y miró hacia el jardín, allá abajo. El viento rasgó las nubes y la luna iluminó súbitamente la figura de su amigo Jack, que se retorcía, atrapado entre los setos, bajo la escalerilla que solía usarse para podar las rosas.

—¡Dios mío! —susurró, aliviada porque fuera Jack y porque la señorita Grieve no se hubiera caído por la ventana—. ¿Qué ha hecho?

Corrió escalera abajo y salió a toda prisa por la puerta de la cocina. Se lanzó a la oscuridad, ciñéndose la bata cuando el viento trató de arrebatársela y, al no conseguirlo, se enredó en su pelo, liberándolo de sus cintas y alborotándose en una maraña. Con la cabeza gacha, encogida para protegerse del frío, dobló la esquina del castillo, camino del jardín de setos. La escarcha empezaba a cristalizar en la hierba. Se estremeció violentamente cuando la humedad caló sus vestiduras y le llegó a la piel. Cuando llegó al seto, Jack había conseguido zafarse. Al verla, el alivio se reflejó en su rostro.

—¡Por el Sagrado Corazón de Jesús, Kitty! ¡He visto un fantasma en la ventana, te lo juro! —dijo tartamudeando, con el semblante ceniciento y los ojos claros dilatados por el miedo—. Que Dios nos asista...

—No pasa nada, Jack. Solo es un fantasma —contestó ella poniéndole las manos en los hombros temblorosos. Notó que él levantaba un pie del suelo y se apoyaba pesadamente en el otro—. ¿Te has hecho daño?

—Solo quería asustarla, pero soy yo quien se ha llevado un susto de muerte.

De pronto, un chillido desgarrador traspasó el viento. Se volvieron los dos hacia el bosque.

—¡La Banshee! —susurró Jack lúgubrementemente.

Kitty oyó un ruido sordo, como el de un saco de patatas que cayera desde gran altura.

—No era la Banshee, Jack. —De repente fue ella quien palideció—. ¡Dios mío! —Se tambaleó ligeramente, y Jack alargó la mano para sostenerla.

—¿Qué ocurre?

—Tienes que irte, Jack. ¡Enseguida! —Le empujó, apremiante—. Por favor.

—Pero...

Kitty le miró aterrorizada.

—¡Vete, Jack! Antes de que se enteren de que estas aquí. ¡Vete!

Él se alejó cojeando y desapareció en la oscuridad. Kitty avanzó lentamente hacia la parte de atrás del castillo, sobrecogida por un mal presentimiento. El corazón le latía violentamente contra las costillas y sentía un nudo en la garganta porque ya sabía lo que iba a encontrar. Lo notaba en la boca del estómago, en la bilis que empezaba a subirle a la boca. Y no se equivocaba. Allí, tendida como un guiñapo sobre la tierra escarchada, estaba la señorita Grieve.

Kitty cayó de rodillas junto al cadáver. Temblando, le buscó el pulso sin encontrarlo. Parecía una muñeca rota y abandonada en el suelo del cuarto de los niños. Una oleada de culpabilidad y remordimientos embargó a Kitty. Sintió el ardor de las lágrimas en las mejillas y deseó estrechar a la señorita Grieve entre sus brazos, pero no pudo hacerlo porque nunca habían sido amigas, de modo que se abrazó a sí misma y sollozó. En ese breve instante, antes de que pidiera auxilio a gritos, no se acordó de la crueldad de la señorita Grieve, sino de su rostro juvenil y de las lágrimas que había vertido quedamente sobre aquella carta abierta sobre su regazo.

La Real Policía de Irlanda llegó al castillo a la mañana siguiente y una

ambulancia se llevó el cuerpo de la señorita Grieve. Kitty se encerró en la biblioteca, acompañada por su abuela. La policía encontró la escalera tirada junto al seto y acordonó el lugar para proceder a su inspección. Kitty le explicó al agente O’Duggan que había oído un grito pero que, al llegar a la habitación de la señorita Grieve, la institutriz no estaba allí. Se acercó a la ventana y vio el rostro de un hombre. Debió de asustarle, porque la escalera se tambaleó y cayó hacia atrás y el hombre cayó sobre los setos. Luego corrió al jardín, pero al llegar el hombre había desaparecido. Fue entonces cuando oyó el grito y el ruido que hizo la señorita Grieve al caer.

—¿Consiguió verle la cara a ese hombre, señorita Deverill? —preguntó el policía.

—No —respondió ella—. Me asusté mucho al ver a alguien ahí. Y, cuando volví a mirar, ya no estaba. Solo puedo decirle que era un hombre. Por lo demás, estaba demasiado oscuro para distinguir nada.

—Me temo que todo indica que la señorita Grieve se arrojó desde el tejado.

—¿Cómo pudo llegar hasta allí? —preguntó Adeline.

—Subió al desván, lady Deverill, y salió por un ventanuco.

—Dios mío, debía de tener muchas ganas de morir si se tomó tantas molestias.

—¿Por qué no pidió socorro, me pregunto yo? —terció Hubert con los brazos en jarras—. Siempre tengo mi escopeta a mano. De buena gana le habría dado su merecido a ese canalla. ¡Lástima que no eligiera la ventana de *mi* habitación!

—¿Le encontrarán? —preguntó Kitty acongojada.

El agente O’Duggan meneó la cabeza.

—Me temo que es poco probable. No hay ninguna pista, y en Ballinakelly nadie dirá nada. Pero haremos todo lo que podamos.

—Gracias, agente —dijo Adeline.

El policía se rascó las patillas con expresión de perplejidad.

—El caso es, lord Deverill, que no me explico cuál puede ser el móvil. Verá, si ese sujeto pretendía robarles, ¿por qué intentó entrar por una ventana del primer piso, para lo que tenía que usar una escalera? Si quería perjudicarles de alguna manera, ¿por qué escogió esa ventana en particular? No estaba abierta, ni entornada. ¿Y por qué subió la señorita Grieve hasta el desván para arrojarse desde el tejado? ¿Tenía un pretendiente, quizá? ¿Había alguien que la acosara?

Adeline pareció sorprendida.

—No lo había pensado —dijo, y se volvió hacia su nieta—. Kitty lo sabría.

—La señorita Grieve no tenía a nadie en el mundo, excepto a su madre — contestó la muchacha, tomando la decisión de no hablar de la carta que había conseguido sustraer del cuarto de la institutriz antes de que llegara la policía para registrarla exhaustivamente—. Nunca hablaba con nadie de Ballinakelly, ni nadie se dirigía a ella. Era una mujer muy seria y reservada.

El agente O'Duggan asintió solemnemente.

—Bien, gracias por su tiempo. Una cosa más, señorita Deverill...

Kitty sintió que un calor nervioso se extendía por su piel.

—Intente no perseguir a ese tipo de individuos. Van armados y son peligrosos. Es arriesgado.

—No volveré a hacerlo, agente. No sé en qué estaba pensando. —Bajó los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. A partir de ahora, no seré tan impulsiva.

Cuando por fin estuvo a solas, Kitty cerró la puerta de su dormitorio y sacó la carta que había escondido bajo la almohada. Se sentó en la cama a leerla.

18 de enero de 1910

Queridísima Lottie:

Sé que me dijiste que no te escribiera hasta que estuviera en situación de cumplir mi promesa, y así tenía intención de hacerlo. Juro por Dios que es la verdad. Pero no puedo dejar de pensar en ti, mi querida Lottie. Llevo tu rostro grabado en el corazón y tu voz, tu hermosa voz cantarina, suena continuamente en mis oídos. La oigo al despertar por las mañanas y al dormirme por las noches, y mis sueños me atormentan porque en ellos puedo abrazarte, solo para perderte de nuevo al amanecer. Cada vez que toco el piano pienso en ti, y siento tal congoja que no puedo continuar.

No consigo entender por qué el destino tiene designios tan crueles.

¿Por qué no pudimos conocernos unos años antes, cuando yo era libre? No dejo de darle vueltas a esa pregunta.

«Ojalá.» La palabra más triste jamás escrita.

Escribo con el corazón lleno de abatimiento. Soy un hombre honorable, pero temo no poder cumplir mi promesa a pesar de los muchos años que llevas esperando. Sé por qué huiste a Irlanda. Porque estabas exasperada por mis constantes promesas y las creías falsas. Pero te juro, amor mío, que no lo eran, que nunca llegó el momento oportuno. Tú sabes que habría dejado a Edwina si hubiera podido. Creía sinceramente que llegaría ese momento. Pero ahora nunca sucederá. Solo puedo concluir que Dios no ha hecho planes para nosotros.

Mi alegría por ser padre solo se ve empañada por el hecho de que tú no seas la madre.

Mi amada Lottie, mi corazón sufre por ti, pero ahora debes renunciar a mí del mismo modo que yo he de renunciar a ti.

Te he fallado y me he fallado a mí mismo. Viviré, para siempre con esa pena.

Tu amigo, que te quiere

Jonnie

Dobló la carta y la guardó en el sobre. Luego se enjugó los ojos y la arrojó al fuego. La vio arder hasta que quedó reducida a cenizas.

Siguió mirando las llamas hasta que le lagrimearon los ojos. ¿Se había

suicidio la señorita Grieve porque afrontaba una vida sin amor? No parecía probable, dado que había recibido la carta cuatro años antes. ¿Lo había hecho porque Kitty le había dicho que aparentaba cincuenta años y había comprendido de pronto que se había convertido en una anciana prematura? ¿Había estado desesperada todos esos años? Y ella, Kitty, ¿solo había pensado en sí misma? ¿Era culpa suya? Empezó a temblar, pese a que hacía calor delante de la chimenea.

La policía registró la habitación de la señorita Grieve y examinó la zona de debajo de su ventana, pero concluyó que era un caso de suicidio acaecido tras un intento de robo. Nadie confiaba en que encontraran al culpable. El agente O'Duggan era consciente de que, si alguien tenía el más leve indicio, él sería el último en enterarse.

Esa tarde, Kitty fue a Ballinakelly a caballo en busca de Jack. El joven vivía en una casa blanca, pequeña pero bien cuidada, con vistas al puerto. Desde que su padre se había incorporado a filas, Jack había asumido sus responsabilidades como veterinario del pueblo. Kitty confiaba en que estuviera en casa. Desmontó y llamó a la puerta. Un momento después abrió la madre de Jack. Al ver a Kitty pareció contrariada.

—Señorita Deverill, ¿a qué debo el placer?

—Estoy buscando a Jack —contestó ella amablemente—. Es por mi yegua.

La señora O'Leary llamó a su hijo. Luego miró la yegua gris, que estaba atada a un poste.

—¿La yegua está bien? —preguntó.

—Sí. Es un asunto sin importancia. Nada grave.

Kitty se sintió como una tonta: sabía que no había un caballo más sano que aquel en todo Ballinakelly.

—¡Jack! —llamó de nuevo la señora O'Leary.

Un minuto después apareció Jack.

—Señorita Deverill —dijo, tan sorprendido de verla como su madre.

—Espero no haber interrumpido tu cena.

—No, nada de eso. Anoche me torcí un tobillo en la escalera y llevo todo el día echado. —Meneó la cabeza y puso cara de pena—. Ha sido mala pata.

Su madre se retiró al interior de la casa y Jack salió a la calle y cerró la puerta.

—Tenía que verte —dijo ella en voz baja.

El joven se acercó cojeando a la yegua y fingió echarle un vistazo.

—Me he enterado de lo que pasó.

—Es horrible, Jack. Ha muerto por mi culpa —susurró ella, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Por culpa *nuestra* —repuso él con énfasis.

—Creen que fue un intento de robo.

—Mejor así.

—Pero yo sé lo que pasó, y nunca me lo perdonaré.

—Estamos en esto juntos —dijo Jack con solemnidad—. Me llevaré este secreto a la tumba, Kitty. No temas por eso.

—Creía que no lo harías.

Jack miró furtivamente a uno y otro lado de la calle mientras acariciaba el flanco de la yegua.

—Quería impresionarte —contestó, abatido—. No esperaba ver una cara mirándome desde la ventana. —Se irguió y la miró fijamente—. ¿Qué es eso de los fantasmas?

—Puedo verlos —contestó ella en voz baja—. Desde siempre. Es un don.

Jack la observó un momento.

—Bueno, no puedo decir que no me lo creo, ¿verdad?

—Ya no.

—Me llevé un susto de muerte.

—Tuviste suerte. Si no hubieras caído encima del seto, tal vez ahora tendríamos que lamentar dos muertes.

Jack inspeccionó los cascos de la yegua, uno por uno, mientras Kitty le seguía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Mi abuelo me advirtió que no debía contárselo a nadie. Pero a Bridie sí se lo conté. Me dijo que a la gente la encierran por menos.

—Entonces, lady Deverill también los ve, ¿no?

—Sí.

—¿Y no os asustan?

—No.

Jack le sonrió y ella se sintió agradecida por su buen humor.

—Qué rara eres, Kitty Deverill.

Ella también sonrió.

—Lo sé. Pero seguirás siendo amigo mío, ¿verdad?

—Yo siempre seré tu amigo —contestó él soltando uno de los cascos de la yegua e incorporándose—. Ahora estamos unidos por nuestro secreto, para siempre. Así es, y habremos de llevárnoslo a la tumba.

—A la tumba.

—A tu yegua no le pasa nada. —Jack dio una fuerte palmada en el cuello al animal—. Es un caballo estupendo.

—Será mejor que me vaya. —Kitty montó con agilidad—. ¿Tu tobillo curará?

—Sí, curará. ¿Y tú? ¿Tendrás una nueva institutriz?

—No si de mí depende —respondió Kitty mientras se alejaba.

Esa noche, Kitty encontró a Barton en su sitio de costumbre, en el sillón de seda, con los pies sobre el escabel.

—Vaya, hola, Kitty, pequeña —dijo el fantasma.

A Kitty le sorprendió encontrarlo de tan buen humor, pero era posible que la desgracia de los demás resultara estimulante para su carácter sombrío.

—He venido a hablar de la señorita Grieve —dijo Kitty—. Siento haberte pedido eso. No volveré a hacerlo mientras viva. Fue un error terrible del que me arrepiento amargamente.

Barton arrugó el ceño.

—¿Crees que yo tuve algo que ver con eso? —preguntó.

Kitty pareció desconcertada.

—¿Acaso no es así?

—No —contestó él—. Pero de todos modos conseguiste lo que querías.

—¡Yo no quería que muriera la señorita Grieve! —protestó ella, indignada. Luego se mordió el labio y bajó la voz—. No quería que muriera de terror.

—Oh, no murió de terror. Al contrario.

—¿Qué dices?

—El hombre que apareció en su habitación era un tipo bastante simpático, aunque excesivamente sentimental para mi gusto...

—¿Quién era?

—Un soldado. Murió en la guerra, el pobre diablo.

Kitty sintió que unos tentáculos helados recorrían su piel.

—Llevaba ya algún tiempo intentando llamar la atención de la señorita

Grieve —prosiguió Barton—. Lo que puede ser muy frustrante para nosotros los muertos.

—¿Cómo se llamaba, Barton?

Él se rascó la barba.

—A ver si me acuerdo...

—Inténtalo —dijo Kitty.

—Jonnie Wilson. Eso es. Jonnie Wilson.

Tras la trágica muerte de la señorita Grieve, lady Deverill recibió una carta de Maud advirtiéndole de que había que encontrar de inmediato otra institutriz para Kitty. No quería que su hija pequeña se pasara los días holgazaneando y haciendo travesuras. Maud recurrió a la prima Beatrice en busca de consejo. Al parecer, Celia ya no tenía institutriz, sino un tutor, lo que parecía más adecuado para una señorita de catorce años. La prima Beatrice le recomendó enseguida a un joven licenciado en Cambridge de veinticuatro años llamado Robert Trench, que era el hijo de unos grandes amigos suyos de Londres. Era un hombre inteligente y sensato que sin duda procuraría a Kitty una educación esmerada, además de ponerle los límites necesarios. Había quedado exento del servicio militar debido a una infección sufrida durante la infancia que le había dejado cojo de una pierna, de modo que aceptaría encantado el puesto en el castillo de Deverill. Maud aceptó de inmediato —en realidad no le importaba cómo fuera el tutor, con tal de que guardara el debido decoro—, y envió recado a su suegra de que el joven llegaría pasadas las Navidades.

Otro cambio en la vida de Kitty fue el súbito ascenso de su amiga Bridie, que pasó de trabajar en el fregadero de la cocina a desempeñar sus funciones en el lado privado del castillo como doncella de Kitty. Ello, evidentemente, no obedeció a un deseo de su madre sino a la intervención de su abuela, que se compadecía de la muchacha tras la muerte de la señorita Grieve. Teniendo a Bridie como doncella personal, su nieta al menos podría hablar con una chica de su edad y no tendría que escabullirse por los corredores del castillo para ocultar su amistad.

Al asumir su nueva posición, Bridie comenzó a compartir un cuartito en lo alto del castillo, en los aposentos del servicio, con una joven criada de Bandon llamada Molly Seymour. Para ella fue un alivio no tener que dormir sola. De noche, el viento gemía en torno a los torreones del castillo y los vetustos suelos de madera crujían como si los fantasmas de Kitty caminaran sin descanso por ellos. Al principio echó de menos su cama. Extrañaba el olor familiar de los guisos, del tabaco de sus hermanos, del fuego de turba y del

ganado. Echaba de menos oír a Michael y Sean jugando a las cartas en la mesa con sus amigos. El castillo era tan silencioso y lúgubre... Le preocupaba, además, que su madre no pudiera arreglárselas sin ella. Pero Michael era ahora el cabeza de familia y le había dicho que no podía rechazar un empleo por el que iban a pagarle treinta libras al año. No tardó en adaptarse a su nuevo entorno. Le costó, en cambio, acostumbrarse a las normas que regían en los pisos superiores del castillo, después de llevar tantos años siendo amiga de Kitty y habiendo estado confinada previamente en la cocina.

Los sirvientes no debían dejar que las damas y los caballeros del castillo oyeran sus voces. Debían «ceder el paso» siempre que se encontraran con un miembro de la familia o un invitado en las escaleras. Debían permanecer inmóviles cuando un señor o una señora se dirigiera a ellos, y jamás iniciar una conversación o dar una opinión. Ni siquiera podían decir buenas noches. Debían ser como espectros, cumplir sus tareas sin que los vieran, como duendes silenciosos. Todo esto, claro, estaba muy bien para los criados que no tenían relación alguna con la familia, pero no para Bridie, que tuvo que convertirse en una maestra del engaño. Solo en el cuarto de Kitty podía ser ella misma. Podía tumbarse en la cama de su amiga y contarle los chismorreos del personal de servicio. En el cuarto de Kitty podían ser amigas. Pero en el resto del castillo debía cumplir las normas, como los demás sirvientes. O'Flynn, el mayordomo, era el que mandaba en todos ellos, dado que actuaba como enlace entre lord y lady Deverill y el servicio. Como había trabajado, además, para el anterior lord Deverill, tenía un estatus superior a la mayoría de los mayordomos.

Bridie tenía mucho que aprender y la señorita Lindsay, la doncella de lady Deverill, la instruyó encantada. Creía firmemente que había que mantener cierto prurito de excelencia, pese a que muchos de los miembros del servicio eran demasiado ancianos para hacer su trabajo adecuadamente. Como doncella, Bridie empezaba el día levantándose temprano para llevar a su señora una primera taza de té. A continuación pedía que subieran agua en grandes latas y preparaba el baño. Disponía todo lo necesario para que Kitty se aseara y se vistiera. Luego tomaba el desayuno en el cuarto del ama de llaves y esperaba a que sonara la campanilla, lo que, puesto que era Kitty quien la tocaba, sucedía casi inmediatamente. Bridie tenía que entender de peinados y ropa, de costura, de cómo hacer las maletas y del cuidado de los vestidos, las botas, los zapatos, los guantes, los sombreros, los bonetes, los

trajes de montar y los de gala, además de saber zurcir. Aprendió a lavar el encaje y la ropa delicada, a pegar botones en botines y a reemplazar las plumas de los sombreros de montar de Kitty. La señorita Lindsay se preciaba de ser sumamente exigente, pero Bridie descubrió que ella también podía ser muy meticulosa. Sus puntos eran tan pequeños y pulcros que dejaba muda de asombro a la señorita Lindsay, y el esmero con que cuidaba la ropa de Kitty resultaba impresionante en una muchacha de catorce años que hasta entonces nunca había manejado tejidos caros. Era obediente, responsable, concienzuda y capaz.

Mientras que Kitty era proclive al desorden y la indisciplina a pesar de la severidad con que la había educado la difunta señorita Grieve, Bridie era por naturaleza pulcra y ordenada. Aprendía con sorprendente rapidez, lamentaba sus errores y se esforzaba siempre por mejorar. La señorita Lindsay achacaba su entusiasmo a que había trabajado en la cocina como fregona, pero a decir verdad era la ambición lo que alimentaba su diligencia. Veía a Kitty y el privilegiado mundo de Arriba y se daba cuenta de que ansiaba algo más que lo que podía ofrecerle su humilde posición en Ballinakelly. Tal vez Kitty la llevara a Londres cuando se fuera, al cumplir dieciocho años. Una vez allí, estaba segura de que las oportunidades serían infinitas. Kitty podía casarse con un gran hombre, un duque o incluso un príncipe, y entonces ella ascendería a lo más alto del servicio doméstico. Kitty era su amiga, pero también su billete hacia una vida mejor, y Bridie la observaba y la imitaba, porque Kitty era un ejemplar excelente de dama, tan buena como la que más.

El nuevo tutor llegó después de Navidad. Era alto, de cabello rubio, rostro alargado y expresivo e inteligentes ojos castaños que lo observaban todo con solemnidad a través de unos anteojos de montura redonda. Serio y quizás un tanto tímido, no sonrió cuando le presentaron a Kitty, pero le estrechó la mano e hizo una leve reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Deverill. Estoy deseando ser su preceptor y enseñarle con todo el esmero y la dedicación que me permitan mis facultades.

La formalidad del tutor le provocó ganas de reír a Kitty, pero, como estaban delante sus abuelos y no quería abochornarle, se limitó a contestar que ella también estaba encantada de conocerlo y le preguntó, con cierta indelicadeza,

si cazaba, a lo que el pobre hombre respondió que no. Ella intentó no mirar su pierna izquierda, que no se doblaba por la rodilla, pero cedió a su curiosidad cuando O'Flynn le acompañó al piso de arriba.

—Querida mía, verás lesiones peores que esa antes de que acabe la guerra —dijo Adeline con tristeza.

—Decían que ya habría acabado en Navidad —contestó Kitty, sintiendo una súbita punzada de congoja al pensar en su padre.

—Y se equivocaban.

—Pero acabará pronto, ¿verdad?

—Eso espero —dijo su abuela, pero Kitty comprendió por la nube que ensombreció su semblante que aquella era una esperanza vana.

—Ojalá papá fuera cojo.

—¡Kitty!

—Así no habría tenido que ir a luchar.

—Tu padre quiere luchar, querida mía. —Adeline volvió los ojos hacia la escalera—. Y estoy segura de que el señor Trench también querría.

El señor Trench era un hombre sumamente serio. Kitty probó toda clase de travesuras para hacerle sonreír, pero nada parecía funcionar. Probó a gastar bromas, a halagarle, a reírse de sí misma y a hacer alarde de ingenio, pero todo fue en vano.

—Es tan serio... —se quejó a Bridie una tarde, mientras estaban tumbadas en su cama, después de que volviera helada y empapada de una dura jornada de caza—. Nada le hace gracia. ¿Qué crees que hace en su tiempo libre?

—Lee —le informó Bridie.

—¿Qué clase de libros lee?

—¡Unos con muchas páginas, al parecer!

Las dos muchachas rompieron a reír.

—Bueno, es muy listo, ¿verdad? —dijo Kitty—. Es una pena que sea tan soso. ¿Qué sentido tiene ser listo si careces de ingenio?

—Por lo menos no es antipático —le recordó Bridie.

—No, no es antipático.

—Pobre señorita Grieve.

Kitty cambió de tema. Oír mencionar el nombre de la señorita Grieve la hacía sentirse decididamente incómoda.

—La prima Beatrice debería haber mandado a alguien que supiera montar, no a un lisiado. ¿Para qué viene uno a Irlanda si no sabe cazar?

—Él no ha venido a cazar, Kitty, ha venido a enseñar.

—Sí, y le he pedido que me enseñe historia de Irlanda. Quiero conocer la historia del país en el que vivo y al que amo, no la de un país que para mí es extranjero y por el que no siento ningún afecto.

—Deberías hablar con mi hermano Michael. Se opone a luchar por Inglaterra. Dice que los irlandeses deberían gobernarse a sí mismos. Se pone fuera de sí cuando habla de ese tema.

—Jack me cuenta todo lo que necesito saber sobre *eso* —replicó Kitty—. Es él quien me recuerda a quién tengo que serle leal.

—¿Y el señor Trench va a enseñarte historia de Irlanda o no? —preguntó Bridie.

—No le queda más remedio. Crucé los brazos y me puse a cantar en cuanto se puso a hablar de Oliver Cromwell desde el punto de vista de los ingleses. Ni siquiera sonrió. Al final, se dio por vencido. Estoy estudiando la historia de este país desde los patriotas irlandeses como Robert Emmet, que luchó por impedir la conquista británica. Los irlandeses llevan setecientos años sufriendo a manos de los británicos. Mi familia descende de los primeros conquistadores. Empujaron a los lugareños hacia los pantanos y los bosques, al otro lado del río Shannon, les obligaron a refugiarse en Connaught y se apropiaron de las mejores tierras. ¡Hasta qué punto ignoraba mi propia historia, Bridie! Ignoraba lo que ocurrió aquí, en el castillo de Deverill.

Suspiró profundamente, como si sus nuevos saberes fuesen una carga que pesaba sobre su conciencia.

—El señor Trench me ha pedido que no se lo diga a mi abuelo —añadió, y se echó a reír—. Todo el mundo teme al abuelo. ¡Quizá sea porque tiene una escopeta y no le da miedo usarla!

A medida que avanzaba el año 1915, parecía haber cada vez menos esperanzas de que la guerra llegara a su fin. La gente aprendió a temer al chico de librea azul y roja que entregaba los telegramas. Los familiares de soldados muertos llevaban bandas negras en el brazo y la pena indeleblemente grabada en el rostro. En todas las iglesias de Irlanda se entonaban plegarias de esperanza, y católicos y protestantes lloraban con idéntica aflicción a sus seres queridos.

Bertie, el tío Rupert y Harry volvieron a casa de permiso y se esforzaron por mostrarse gallardos y valerosos, pero Kitty oía llorar a Harry en su

habitación de madrugada y veía el resplandor de la luz debajo de su puerta porque había empezado a darle miedo la oscuridad. Maud regresó con Victoria y Elspeth y se alojó en el castillo, pues no merecía la pena abrir el pabellón de caza para un par de semanas. A Kitty, sus hermanas le parecieron insoportables, siempre hablando de Londres y quejándose de la humedad de Irlanda. Hablaban como sus primos ingleses, y eso era justamente lo que querían. Pero ella era una chica osada y replicaba con comentarios hirientes.

—¿No fue Victoria quien dijo que si una no encuentra marido en su primera temporada es porque es fea, sosa o ambas cosas? Ah, perdona, Elspeth, fue mamá quien lo dijo.

Y a Victoria le decía:

—¿A estas alturas no deberías tener ya un heredero y su reemplazo? He oído decir a quienes saben de esto que la esposa de un conde pierde la cabeza si no da a luz un hijo varón.

Sus hermanas la evitaban cuanto podían, lo cual a ella le parecía de perlas. Eran muchachas frívolas e ignorantes cuya conversación estaba repleta de bobadas, y ninguna de las dos poseía el ingenio necesario para replicar a sus pullas. Kitty prefería hablar con Jack y Bridie. Por lo menos, a ellos les interesaban la historia de Irlanda y los progresos de la ley de autogobierno (o su falta).

Maud había confiado en que, después de su experiencia bélica, Bertie valorara más su hogar. A fin de cuentas, la ausencia enternecía el corazón, o eso decían. Tal vez fuera cierto y el corazón de su marido no se enternecía por *ella*, sino por Grace. Bertie montaba en su caballo y desaparecía todas las mañanas y regresaba cuando ya había anochecido. Maud sabía que iba a ver a Grace porque todas las mañanas se marchaba contento y vigoroso y regresaba lleno de pesar y reticencia. Por si no fuera suficiente con que llevara el cuello de la camisa impregnado con su perfume, sus ojos tenían una mirada melancólica que ni siquiera se esforzaba en ocultar. Maud exigía su atención, pero él era sordo a sus quejas.

La primera vez que vio a Kitty a su regreso, a Maud la asombró descubrir que su hija menor se estaba convirtiendo en una belleza. Había crecido mucho durante los seis meses que su madre había pasado en Inglaterra, se le había afinado el rostro y había adquirido un porte del que antes carecía. Su contribución a la charla de sobremesa evidenciaba los progresos asombrosos de su educación. Debatía la cuestión irlandesa con su abuelo exponiendo

sólidos argumentos. Incluso a Bertie y al tío Rupert les sorprendieron su elocuencia y el aplomo con que hablaba. Aquellos ojos suyos, tan peculiares, habían adquirido una inteligencia que los hacía formidables. Daba la impresión de que, en ausencia de Maud, Kitty había crecido hasta escapar por completo a su control.

Solo cuando le presentaron al señor Trench comprendió Maud a qué se debía el florecimiento intelectual de su hija y se dio cuenta de que el daño ya estaba hecho. El nuevo tutor había desatado en Kitty un poder que resultaba fascinador, y había muy poco que ella pudiera hacer al respecto. Cuando la comparaba con Victoria y Elspeth, cuya educación era muy pobre, sentía rencor hacia su hija pequeña por haber sacado tanto provecho en muy poco tiempo de las enseñanzas del señor Trench. La niña a la que había procurado por todos los medios mantener apartada del mundo se hallaba ahora a la vista de todos y, para colmo, con gran éxito. Si una sola persona más le decía lo brillante que era Kitty, se pondría a gritar. Laurel le había dicho que Kitty jugaba a las cartas con maestría deslumbrante. Hubert había comentado con entusiasmo lo osada que era como amazona. Hazel había reconocido que Kitty bailaba de maravilla, tras confesar que le había enseñado a bailar ella misma. Maud había respondido haciendo caso omiso de sus comentarios y procurando poner el foco de atención sobre sus otras hijas. Elspeth estaba teniendo muchísimo éxito en Londres, le dijo a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharla. Tenía tantos pretendientes que había perdido la cuenta. No mencionó, sin embargo, que el único joven que había mostrado verdadero interés por la muchacha era el tercer hijo de un simple baronet que, para colmo, se hallaba ahora en el frente, como los demás jóvenes solteros del país.

Kitty estaba preocupada por Harry. Su hermano se mostraba retraído, nervioso y asustadizo, y estaba tan pálido como unas gachas. No podía estarse quieto. Parecía tener los nervios a flor de piel, y el más leve movimiento le sobresaltaba. Maud, que nunca había disimulado el lugar de honor que ocupaba su hijo en sus afectos, le atosigaba constantemente, lo que desquiciaba aún más al joven. Ponía en duda sus deseos, le preguntaba veinte veces al día si estaba bien y le presionaba para que le contara cosas de la guerra. Insistía tontamente en que saliera a cazar, cosa que él detestaba debido a su falta de valor, pero cualquier cosa era preferible a quedarse en casa con su madre. Si se sinceraba con su padre, Maud nunca lo supo, porque salían los

dos solos con sus escopetas y los perros a cazar liebres, y Bertie nunca le contaba a su mujer de qué hablaban durante esas salidas. A ella la ponía furiosa pensar que quizá sí se lo contaba a Grace. Le dolía profundamente que su amiga supiera más de su querido hijo que ella.

La noche anterior a la partida de Harry hacia el frente, Kitty decidió hablar con él. No soportaba quedarse tumbada en la cama, despierta, sabiendo que su hermano estaba sollozando contra la almohada sin nadie que le reconfortase. ¿Quién cuidaría de él allí lejos, en Francia? ¿Moriría como habían muerto tantos otros? ¿No volverían a verse? Se puso su bata, cogió una palmatoria y avanzó de puntillas por el pasillo. Hacía frío, pero apretó el paso, decidida a reconfortar a su hermano en la medida que le fuera posible.

Cuando llegó a la puerta del cuarto de Harry descubrió que estaba cerrada, pero bajo ella se veía una luz tenue. Aplicó el oído a la puerta de madera. Al principio no oyó nada; después le pareció distinguir un sollozo ahogado y no necesitó nuevas pruebas de su aflicción; giró el pomo y abrió la puerta sin hacer ruido. Las cortinas estaban corridas alrededor de la cama. Las ascuas del fuego se estaban apagando. Fuera, el viento aullaba como una manada de lobos. Kitty se acercó con sigilo a la cama y retiró la cortina. No una, sino dos caras la miraron con horror y sorpresa. Ella se quedó boquiabierta. Harry se incorporó bruscamente.

—¡Kitty! —exclamó en voz baja—. ¿Qué demonios haces aquí?

Ella miró a su hermano y a Joseph, el lacayo jefe. Los dos jóvenes eran muy guapos, estaban desnudos y tenían cara de sentirse culpables. Esparcidas sobre la cama había hojas sueltas llenas de versos, escritos de puño y letra de Harry.

—Te he oído llorar. Pensaba que necesitabas consuelo. —Sonrió; estaba tan atónita que sentía ganas de reír a carcajadas—. Pero ya veo que se me ha adelantado Joseph.

Harry enrojeció. El miedo que sentía se reflejaba en sus ojos.

—No se lo dirás a nadie —replicó.

—Claro que no. Tengo más secretos de los que puedes imaginar, Harry.

—Prométemelo. Aunque muera en Francia, júrame que no se lo dirás a nadie.

—Te lo juro.

—Ahora, vete. No volveremos a hablar de este asunto. ¿Entendido?

—Entendido.

Kitty dejó caer la cortina y salió de la habitación. Cuando llegó a la suya se dejó caer en la cama, temblando. Sabía lo que estaba haciendo su padre con lady Rowan-Hampton en el baile de verano, pero ¿era posible que Harry y Joseph estuvieran haciendo lo mismo? No lo creía. Solo se estaban abrazando. ¿Y por qué no iba a dejarse Harry consolar por un sirviente leal? Pero, al meterse bajo las mantas y apagar la vela, comprendió instintivamente que lo que estaban haciendo Harry y Joseph era reprobable; a fin de cuentas, estaban desnudos, y el terror de su mirada así lo revelaba. Ella era, no obstante, una maestra en el arte de guardar secretos. Guardaría aquel celosamente, igual que guardaba los otros. Le producía una sensación de poder saber tantas cosas.

Al día siguiente, Harry se marchó para reincorporarse a filas. Su hermano le dio un abrazo, lo que era impropio de él, y la miró implorante a los ojos, como suplicándole que cumpliera su palabra. Bertie se marchó un par de días después. Su padre ignoraba el secreto que Kitty le guardaba, pero la abrazó de todos modos. El tío Rupert se marchó al frente como si fuera a una fiesta. Saludó con aspavientos y riendo a carcajadas, y solo él supo hasta qué punto tuvo que fingir para ocultar el miedo paralizador que sentía en realidad.

Antes de partir de nuevo hacia Inglaterra, Maud consiguió llevarse al señor Trench a un aparte con la excusa de hablar con él acerca de la educación de su hija pequeña. Una vez solos, no se anduvo con rodeos.

—Señor Trench —dijo—, soy consciente de que le está usted dando a Kitty una educación estupenda y mi marido y yo le estamos muy agradecidos. No obstante, tengo la sensación de que sería usted más feliz en Inglaterra. Irlanda es un país muy húmedo y frío, y este viejo castillo está casi en ruinas. —Miró la pierna del joven—. Además, no sé qué interés puede verle usted a un país que está obsesionado con los caballos. Señor Trench, ¿le atraería la idea de ser tutor de mi hija Elspeth? Es una muchacha inteligente y estoy segura de que no tardará en casarse, pero toda joven debe poseer una buena educación, ¿no le parece?

Estaba segura de que el señor Trench aprovecharía de inmediato la oportunidad de abandonar Irlanda. Pero él contestó con idéntica franqueza, pues pertenecía a la misma clase social que la señora Deverill y no se arredraba en absoluto ante ella.

—Señora Deverill, me halaga que me ofrezca usted un puesto en Inglaterra, y lamento tener que decepcionarla. Es muy gratificante tener una alumna como Kitty y disfruto inmensamente dándole clase. En cuanto a Irlanda y este

castillo, les he tomado gran cariño a ambos. Haría falta mucho más de lo que podría ofrecerme para convencerme de que regrese a Inglaterra.

Enojada, Maud probó otra táctica.

—La vida es terriblemente injusta —dijo poniendo cara de pena—. Kitty tiene todas las ventajas, y mi pobre Elspeth...

—Yo no soy único en mi especie, señora Deverill —contestó el señor Trench—. De hecho, estoy seguro de que hay muchos como yo en Londres que aceptarían encantados esa trabajo.

—No hay nadie como usted en Londres —repuso Maud, crispada—. Están todos luchando en la guerra. Bien, aunque no pueda convencerlo ahora, mi oferta sigue en pie. Cuando se canse de Irlanda, y le aseguro que se cansará, quizá cambie de idea.

Maud se marchó a Inglaterra con Victoria y Elspeth, y Kitty tuvo de nuevo el castillo para ella sola. Retomó sus lecciones con el señor Trench y, cuanto más aprendía sobre la historia de Irlanda, más se avivaba su pasión patriótica. Veía mucho a Jack, puesto que estando su padre fuera, luchando en el frente, él era el único veterinario de Ballinakelly y en el castillo de Deverill había muchos animales. Cuando no venía él al castillo, Kitty iba en su busca, y a veces quedaban en encontrarse en las colinas, donde daban un paseo a caballo por los brezales y el viento arrastraba sus risas junto con el graznido lastimero de las gaviotas. Cuando los días se hicieron más largos y las florecillas de color malva del tomillo empezaron a abrirse al sol, se tumbaban a charlar en la hierba. A menudo se reunían en el Anillo de las Hadas para ver ponerse el sol tras las piedras, que parecían cobrar vida al alargarse sus sombras.

Fue en la primavera de 1915 cuando Jack empezó a mirarla con otros ojos y Kitty, que se sentía unida a él por el secreto que compartían y por su amor compartido por Irlanda, empezó a experimentar una creciente ternura por su joven amigo. Aguardaba con impaciencia sus encuentros, y la expresión apasionada con que la miraba ejercía sobre ella un poder irresistible que convertía su estómago en gelatina. Cuando no estaban juntos, se sorprendía mirando por la ventana, pensando en él, y la idea de su patriotismo compartido adquirió tintes aún más románticos.

Al llegar 1916 se desvaneció toda esperanza de que la guerra tuviera un pronto final. Se luchaba encarnizadamente en Europa y Oriente Próximo, con enorme coste de vidas humanas en ambos bandos. Los soldados cavaban trincheras y se arrastraban por ellas como roedores, y lo único que parecía progresar era el número de bajas mortales. En Ballinakelly cada vez se veían más bandas negras en el brazo de madres y esposas de luto, pero la sombra de la muerte aún no había alcanzado el castillo de Deverill. Los Deverill rezaban por que sus seres queridos siguieran escapando a la desgracia y trataban de llevar una vida normal, porque, a fin de cuentas, ¿qué otra cosa podía hacerse?

El año anterior, sus primos ingleses vinieron a pasar el verano, como de costumbre, pero Digby y George estaban en el frente, igual que Bertie, Harry y Rupert, de modo que solo quedaban Hubert y Stoke para entretener a las damas. Victoria seguía sin quedarse embarazada a pesar de que Eric había vuelto de permiso, y Elspeth aún no había encontrado marido. Kitty se apresuró a decirle a su hermana que debería buscarse un buen irlandés, dado que había muchos que no habían ido a la guerra, a lo que Elspeth respondió que solo a Kitty se le ocurriría tal cosa, lo que sin duda mandaría a su querida madre a la tumba.

Hicieron pícnicos en la playa, jugaron al críquet y al tenis, celebraron cenas y almuerzos de gala, pero debajo de tanta alegría alentaba una congoja rayana en la desesperación, a medida que la prensa informaba, casi veladamente, de los horrores de la batalla y de los miles de muertos. Una noche, Beatrice se achispó más de la cuenta y rompió a llorar al describir la horrenda imagen de los soldados heridos que veía en Londres, tan malheridos que no podían reincorporarse a sus regimientos.

—Son como muertos en vida —sollozó—. Y yo no paro de pensar en George y en Digby y en nuestros muchachos.

Augusta puso a prueba la paciencia de todos al declarar que de buena gana aceptaría morir si con ello pudiera evitarles a su hijo y su nieto las terribles penalidades por las que estaban pasando.

Pero en abril de 1916 Irlanda sufrió su propia tragedia durante la semana de Pascua. Un levantamiento de republicanos irlandeses con intención de poner fin al dominio británico sobre Irlanda llevó los enfrentamientos armados a las calles de Dublín.

—¡Condenados matarifes! —exclamó Hubert, furioso, arrojando al suelo el *Irish Times*—. ¡Por si no había ya suficientes matanzas en el mundo!

Kitty, en cambio, estaba emocionada, aunque procurara disimularlo. Las fuerzas rebeldes irlandesas se habían apoderado de lugares clave en Dublín y proclamado la independencia de la República de Irlanda del Reino Unido. Durante seis días gloriosos, pareció que iban a ganar. Luego, sin embargo, el ejército británico reprimió la revuelta haciendo uso de su artillería y segó a los insurgentes como a espigas de cebada.

En nombre de Dios y de las generaciones pretéritas de las que recibe su acendrada tradición nacional, Irlanda, a través de nosotros, llama a sus hijos a enarbolar su bandera y a luchar por su libertad, leyó Kitty en el manifiesto que le dio Jack, firmado por los siete líderes del Levantamiento de Pascua en la Oficina General de Correos de Dublín al instituirse como gobierno provisional de la República de Irlanda.

—Han fusilado a tres de ellos —le comentó él, cariacontecido, arrancando una ramita de brezo y haciéndola girar entre los dedos.

—Lo siento —contestó Kitty con sinceridad—. ¿Crees que van a fusilarlos a todos?

—A los líderes que firmaron ese trozo de papel y a alguno más, supongo. Puede que los fusilen a todos.

—Ha de ser horrible morir así —dijo Kitty con voz queda.

—Yo preferiría morir luchando a morir con los ojos vendados, ejecutado por un pelotón de fusilamiento, con un trapo rojo clavado en la pechera para indicarles dónde tengo el corazón.

Kitty dio un respingo.

—¿Eso hacen?

—El Ejército Ciudadano Irlandés no era rival para el ejército británico, Kitty. Solo eran doscientos, frente a veinte mil soldados. ¡Santo Dios, no tenían nada que hacer!

—Pero si los alemanes les hubieran ayudado, ¿podrían haber tenido alguna oportunidad?

—Si hubieran recibido las armas enviadas por los alemanes, quizá. Pero no

las recibieron.

—¿Qué va a pasar ahora?

Jack la miró con fijeza.

—Tenemos que volver a reunirnos, entrenarnos, mantener la presión. No podemos rendirnos.

—Jack...

—¿Crees que ejecutar a centenares de rebeldes fusilándolos o mandándolos a la horca va a arrancar de raíz el deseo de independencia? No, Kitty, solo nos hará más fuertes. No hay un solo hombre, una sola mujer ni un solo niño en toda Irlanda que no quiera verse libre del dominio británico. El Levantamiento se ha asegurado de ello.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Me he unido a los Voluntarios, Kitty. Somos unos cincuenta en Ballinakelly, pero, como decía Napoleón, «en la guerra no son los hombres los que cuentan, sino el individuo».

—¿Cómo es que sabes lo que dijo Napoleón? —preguntó Kitty con una sonrisa.

—Lo he oído decir —contestó él a la defensiva—. No todos son tan incultos como yo.

—Yo también quiero ayudar.

Jack la miró con asombro.

—Eres inglesa, Kitty. Eres de ellos.

Kitty se volvió hacia él, furiosa.

—Soy irlandesa, Jack, y tú lo sabes. ¿Crees que sería amiga tuya si estuviera de su parte? ¿Lo crees?

—Eres muy joven.

—Cumplo dieciséis en septiembre.

—Eres una niña.

Ella se incorporó y contempló el mar.

—Soy más madura de lo que aparento por mi edad, y tú sabes mejor que nadie lo bien que se me da guardar un secreto.

—Esto no es un juego, Kitty. Mira lo que le ha pasado a la condesa Markievicz. Es de los tuyos, por si no lo sabías, y van a fusilarla como a todos los demás.

Kitty se quedó de piedra.

—No se atreverán a fusilar a una mujer.

—Renunció a su posición como mujer al unirse a los rebeldes, ¿no crees? La someterán a un juicio sumarísimo como a todos los demás, ya lo verás. — Jack le sonrió con cariño—. Tú quieres que Irlanda sea independiente, igual que nosotros. Quieres poner fin a la pobreza y a la explotación del pueblo irlandés a manos de los británicos, igual que nosotros. Pero no te has parado a pensar qué ocurrirá después, ¿verdad? Qué será del castillo de Deverill y de tus abuelos. Tendréis que marcharos, todos vosotros. Será demasiado peligroso para los ingleses seguir viviendo aquí. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿Estás dispuesta a renunciar a todo por tu causa?

—No voy a renunciar a nada. Los Deverill son irlandeses. Vivimos aquí desde 1661...

—En *nuestras* tierras —dijo Jack con una sonrisa.

Kitty bajó la mirada.

—Lo que sucedió hace más de doscientos años ya no tiene remedio, Jack.

—Pero esa es justamente la cuestión, ¿no crees? Vosotros los angloirlandeses no podéis sacudiros el estigma de ser partícipes del poder de los conquistadores, de haber disfrutado de unas tierras que no eran vuestras.

—¿Y qué quieres que haga, Jack? ¿Devolverlas?

—Eso ya es imposible.

—¿Lo ves? Ahí lo tienes. No puede hacerse nada al respecto.

—De todos modos, querrán que os marchéis, Kitty.

—No si yo lucho por los rebeldes.

Jack se rio de su ingenuidad.

—Tú no vas a luchar por nadie —dijo con suavidad.

Ella lo miró con sus ojos grises, llenos de sabiduría.

—Algún día vas a necesitarme, Jack O’Leary, y cuando llegue ese día te recordaré que te reíste de mí.

—¡Cientos de detenidos y solo catorce rebeldes ajusticiados! —se lamentó Hubert durante el desayuno, cerrando bruscamente el periódico—. ¡Habrase visto! ¡Condenados rebeldes! Deberían haberlos fusilado a todos.

Resoplando indignado, abandonó el comedor. Se colgó la escopeta al hombro y salió del castillo con sus perros. Mientras avanzaba por el camino de grava, vio que un muchacho vestido con uniforme azul venía en bicicleta hacia él. Se paró de golpe. Los perros se sentaron a sus pies mientras el

muchacho se acercaba.

En el portaequipajes de la bicicleta había un paquete marrón atado con un cordel. Hubert se quedó sin aliento. Su bravuconería se evaporó de un plumazo, y la mano helada del miedo estrujó su corazón.

—Muy buenos días tenga usted, lord Deverill —dijo el chico.

Hubert no acertó a responder. Se quedó allí, a la expectativa. Pareció pasar largo rato antes de que el paquete fuera depositado en sus manos junto con un telegrama con ribete negro. El chico se marchó pedaleando. Había sido portador de malas noticias tantas veces que ya no le afectaba desempeñar ese papel. Hubert permaneció clavado en el camino, incapaz de moverse. Uno de los perros gimió y le lanzó una mirada suplicante. Había agachadizas en las marismas y liebres en los brezales, pero Hubert era consciente de la trascendencia del paquete y lloraba.

Adeline, atraída por un mal presentimiento, llegó junto a él en el instante en que los gruesos nubarrones dejaban caer sobre ellos una ligera llovizna. Miró el paquete que sostenía su marido, vio su cara cenicienta y sus labios blancos y leyó el telegrama con los ojos velados por las lágrimas. Rupert había muerto en Galípoli.

Dio el brazo a su marido y lo condujo lentamente de vuelta al castillo. Los ojos viejos y cansados de O'Flynn se posaron en el paquete y en el rostro de sus amos, y sus hombros se encorvaron todavía un poco más. Una vez en la biblioteca, sirvió a su señor un whisky bien cargado y, percibiendo la aflicción de lady Deverill, le sirvió también uno a ella. Bebieron el whisky de un trago, agradecidos, pero nada podía atenuar la pena de haber perdido a un hijo.

Exhalando un profundo suspiro, Adeline desató el cordel y abrió el paquete. Contenía el uniforme de Rupert, su cartilla militar, un fajo de cartas atado con una cinta y una petaca de plata que su padre le había regalado cuando cumplió dieciocho años. Adeline se enjugó las mejillas con dedos temblorosos. Ya nada la diferenciaba de las otras madres de luto de Ballinakelly, porque la muerte no hacía distingos.

Interrumpieron la clase de Kitty con el señor Trench para darle la noticia. Por algún motivo inexplicable, ella había creído hasta entonces que su familia estaba exenta de morir en el campo de batalla. Se había dicho a sí misma muchas veces que los Deverill no luchaban en primera línea del frente. Siempre habían sido especiales. Pero en la guerra nadie era especial.

Corrió a su cuarto y llamó a Bridie por la campanilla.

—El tío Rupert ha muerto —sollozó cuando entró su amiga—. Le han matado. ¿Será mi padre el siguiente?

Bridie la abrazó y sintió cómo las lágrimas de su amiga empapaban su uniforme.

—Sé que tú lo entiendes porque perdiste a tu padre.

—Sí, lo entiendo —dijo Bridie quedamente.

—¿Cuándo acabará esto? ¿Cuándo volverán a casa Harry y mi padre? ¡Es horrible! ¡Horrible!

—La guerra acabará algún día y el señorito Harry y tu padre volverán a casa. Seguro que volverán. Esto no puede durar siempre, ¿verdad?

—No lo sé. Puede que sí. —Kitty cogió las manos de su amiga—. Echas de menos a tu padre.

—Sí. No pasa un día sin que piense en él, Dios lo tenga en su gloria.

—Poco importa que yo sepa que el tío Rupert está ahora en el cielo, porque no está aquí, y es aquí donde debería estar. Mi abuela estaba llorando desconsoladamente, aunque sabe que está en el cielo y no muerto en ese campo de batalla. Un fantasma no es lo mismo que un vivo. No puedes tocar a un fantasma, y un fantasma no puede abrazarte. —Kitty cerró los ojos con fuerza—. ¡Dios mío, por favor, no te lleves a papá!

Lo más duro de la muerte de Rupert fue que no hubiera cuerpo que enterrar. Cerraron su casa a cal y canto, como una tumba, porque formaba parte de la finca de los Deverill y Adeline no soportaba sacar sus cosas, o que otra persona viviera en ella. Organizó un discreto funeral en su honor en la iglesia de Saint Patrick de Ballinakelly, en cuyo exterior se congregaron numerosos vecinos y arrendatarios para darles el pésame. Fue allí donde Adeline se percató de lo hambrientos que parecían todos. Miró horrorizada los cuerpos enflaquecidos y los rostros demacrados de los niños y se preguntó por qué no se había dado cuenta antes. Aquella imagen la sacó bruscamente de su abatimiento y la hizo ponerse en marcha. A la mañana siguiente, acompañada por Kitty, llevó al pueblo un carro lleno de cestas de comida para los arrendatarios. Con ayuda de los jardineros, recolectaron verduras de los invernaderos y pidieron a la señora Doyle que se pusiera a hornear hogazas de pan de soda.

Su caridad fue acogida con tales muestras de agradecimiento que Adeline se impuso desde entonces la misión de velar por los pobres. Era una forma de

sofocar su pena enterrándola bajo la distracción de una actividad incesante y un propósito definido. En los jardines había espacio de sobra para plantar más verduras, dijo, y dio orden de que se sembraran más semillas y se cuidara y recogiera la cosecha.

—No podemos quedárnoslo todo, estaría muy mal.

Hubert resoplaba como una vieja locomotora, quejándose de que la obsesión de su esposa por salvar a los pobres acabaría llevándolos a la bancarrota.

Cuando en verano se reunió la familia, Adeline puso a trabajar a las mujeres. Los días del críquet y el tenis, de las cenas y los almuerzos de gala habían quedado atrás, igual que las tardes ociosas jugando a las cartas al sol, bajo las sombrillas. El pueblo las necesitaba y ellas acudirían en su auxilio y lo salvarían del hambre, como había hecho su suegra con su sopa de pollo durante la gran hambruna.

Maud se quejaba de que Adeline se había vuelto loca de pena. Beatrice se arremangó y se puso a trabajar con ahínco, porque aquello era como el Petit Trianon de María Antonieta, ¿verdad que sí? Un juego delicioso al que podía jugar todo el verano, antes de regresar a la civilización, a Deverill Rising, su casa solariega en Wiltshire, donde nadie le pedía que arrancara patatas de la tierra y se las llevara a los pobres. Victoria, Elspeth y las gemelas se lamentaban amargamente mientras cosechaban las habas y recogían incontables cestos de frambuesas, pero Kitty y Celia disfrutaban con la tarea, seguramente porque esta repugnaba a sus hermanas.

No hubo baile de gala en el castillo al acabar el verano. No había jóvenes caballeros a los que invitar y tampoco parecía de recibo celebrar una fiesta cuando la mitad de los invitados estaban arriesgando sus vidas en el frente. Cuando los primos regresaron a Wiltshire y Maud a Kent con Victoria y Elspeth, el castillo quedó de nuevo en silencio y el velo del luto que se había levantado temporalmente durante los meses de estío volvió a caer sobre la familia.

Adeline se sumió en una especie de estupor. Parecía haber agotado todas sus energías con tanto plantar y cosechar. Los jornaleros llegaron, como de costumbre, en septiembre para recoger la fruta. Había manzanas, higos, peras y ciruelas, moras rojas, fresas y grosellas, y Adeline hacía la vista gorda aunque

sabía que muchos se comían la fruta a escondidas mientras la recolectaban y que algunos añadían piedras a sus sacos cuando llegaba la hora de pesarlos para calcular la paga.

Se sentaba en su salita de estar de la primera planta y escuchaba música en el gramófono, bebiendo infusiones hechas con el cannabis que cultivaba para calmar sus nervios. Allí era donde la encontraba Kitty por las tardes, cuando Hubert estaba todavía fuera. Su abuela parecía más frágil y envejecida, acurrucada en el gran butacón, con la vista fija en las llamas como si esperara encontrar allí alguna respuesta. El olor dulce a humo de turba y a infusión daba a la habitación un aire reconfortante, y a Kitty le gustaba sentarse allí con ella a leer. Disfrutaba del sonido sedante de la música clásica y de la presencia familiar de su abuela. Era aquella una habitación acogedora y reposada, alejada de la incertidumbre que turbaba un mundo en guerra.

—Rupert era un alma atormentada —dijo un día Adeline en voz baja, mirando el fuego—. Fingía ser un hombre mundano y frívolo para ocultar al muchacho inseguro que llevaba dentro. Siempre fue así, incluso de niño, siempre pavoneándose para disimular sus inseguridades. Bertie, en cambio, era seguro de sí mismo desde su nacimiento, supongo que por ser el hijo mayor. Él sabe adónde va. Si sobrevive a la guerra, heredará el castillo de Deverill cuando muera Hubert y después de él lo heredará Harry. Está todo escrito, es todo muy predecible.

—Pero ¿qué ocurrirá si Irlanda consigue la independencia? —preguntó Kitty—. ¿Tendremos que marcharnos, irnos a vivir a Inglaterra?

—Por supuesto que no. Que haya una revolución no significa que no podamos seguir viviendo aquí. Esos caballos salvajes no nos arrastrarán fuera de nuestra casa. Nuestro sitio es este, y bien sabe Dios que merecemos quedarnos. Cuidamos de nuestros arrendatarios y respetamos a quienes quieren liberarse...

—El abuelo no.

Adeline posó la mirada en su nieta, que estaba sentada en el sofá, y depositó su taza en el platillo con un ligero tintineo.

—El abuelo... —dijo con una risa soñolienta—. Hubert cree que por decirlo no va a ocurrir, que de algún modo va a impedir que ocurra. Fue educado en la fe en el poder y el dominio de la Corona. Eran las creencias de sus padres. —Se encogió de hombros—. Leal al rey y a su país, sencillamente, es incapaz de verlo desde otro punto de vista. Claro que la muerte de Rupert le

ha hecho dudar de la infalibilidad del ejército británico. Los Deverill no son distintos a los demás. Pueden matarnos como a cualquiera. Temo que Irlanda se precipite en la violencia, Kitty. El pueblo irlandés nunca perdonará a los ingleses que ejecutaran a esos hombres después del Levantamiento de Pascua. A ojos del pueblo irlandés son mártires, y no hay nada más peligroso que un mártir. Viven en Tir na nÓg, la Tierra de la Eterna Juventud. Esto traerá represalias, estoy segura.

—¿Cuándo acabará esta guerra? —se preguntó Kitty con un suspiro—. Ya dura dos años. Sin duda, alguien tiene que ganar.

—Primero tienen que matarse todos unos a otros —repuso Adeline con un pesimismo impropio de ella—. La raíz del mal en el mundo es el ego del ser humano. Si los hombres pudieran elevarse por encima de sus malditos egos, el mundo sería un lugar apacible. Pero no pueden. Son peores que bestias.

Kitty vio que su abuela cerraba los ojos y daba una cabezada. Se levantó, se acercó al sillón y recogió la taza y el platillo antes de que cayeran a la alfombra, a los pies de Adeline. Intrigada por aquella hierba de olor dulzón que embriagaba a su abuela, se sirvió las pocas gotas que quedaban en la tetera y bebió un sorbo. Sabía bien, empalagoso incluso, y Kitty se preguntó si su abuela le había puesto miel para mejorar el sabor. Pronto empezó a darle vueltas la cabeza y apenas consiguió llegar al sofá antes de desplomarse sobre los cojines. Enseguida empezó a sentirse más tranquila respecto al estado del mundo. Nada importaba. Ni la independencia, ni Jack, ni Irlanda. Bebió otro trago y sonrió. Su abuela era de verdad una bruja, y aquel era su brebaje.

En la primavera de 1917, Harry regresó de la guerra, con una herida en el hombro. Pero no volvió al castillo de Deverill. Maud juzgó demasiado peligroso que un soldado británico se dejara ver en un país en el que cada vez había más violencia contra los ingleses y le ordenó ir a Kent. Kitty no le preocupaba, y no tenía intención de pedirle que fuera a reunirse con ellos. No sabría qué hacer con ella una vez estuviera allí, y en el fondo sabía que Kitty se estaba convirtiendo en una joven muy bella, culta e inteligente que eclipsaría con toda facilidad a Elspeth. Los solteros convenientes escaseaban, y no iba a mermar las posibilidades de Elspeth de encontrar marido invitando a Kitty a entrar en el terreno de juego.

Hubert intentó animarse comprándose un automóvil marca Daimler de color

rojo brillante. Llegó de Inglaterra, nuevo y reluciente, y causó sensación cuando llevó a Adeline y Kitty a Ballinakelly y de vuelta al castillo. Grupos de niños corrían tras él, las ancianas lo miraban como si estuvieran viendo algo sobrenatural y los hombres se reían, meneando la cabeza ante la extravagancia de lord Deverill, al que le importaba un bledo lo que pensarán los demás. Los sirvientes del castillo salieron al camino para ver el coche. Bridie no había visto nada tan mágico en toda su vida. La señora Doyle sacudió la cabeza, convencida de que aquel artilugio era obra del diablo, pero O'Flynn pasó los dedos por la capota, acordándose con cariño del tren de juguete que le regalaron de niño, pintado de aquel mismo tono de rojo. Cuando Hubert se ofreció a llevarle a dar una vuelta por la finca, O'Flynn se convirtió de nuevo en ese niño y corrió a sentarse en el asiento delantero como si no tuviera ochenta años y estuviera decrepito.

Por el camino se cruzaron con Jack O'Leary, que iba a caballo hacia el castillo para ver a una yegua coja. El joven se llevó la mano a la gorra y vio pasar el coche a toda velocidad por el camino embarrado. Lord Deverill lo saludó con la mano al pasar y Jack se preguntó qué sentido tenía malgastar dinero en un juguete tan caro.

Al llegar al castillo, fue a ver a la yegua. No era nada grave, solo un tirón que exigía unos días de descanso en el establo. Mientras estaba cerrando la puerta de la caballeriza, apareció Kitty vestida con su traje de montar.

—Te acompaño a casa —dijo, pero él sabía que se refería a acercarse al Anillo de las Hadas para hablar de política, de la guerra y de sus pequeñas bobadas de costumbre.

Kitty montaba a mujeriegas. Con su traje negro, tenía un aspecto elegante y distinguido. Bajo el sombrero a juego, llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. En contraste con el vestido negro y el cuello blanco, su piel se veía tan impecable como la lisa superficie de la crema de leche. En sus labios carnosos se dibujaba una sonrisa traviesa, y sus ojos grises tenían, irremediabilmente, una mirada inteligente y seria. Jack la admiró sobre su cabalgadura. Montaba con el aplomo que daban los años de práctica y un corazón valeroso. Jack montó en su caballo y partieron por el camino, bajo los árboles de la avenida, cuyas hojas empezaban a despuntar.

En las colinas galoparon uno junto al otro por los brezales, riendo por el puro placer de estar al aire libre, contemplando el magnífico panorama del mar. Llegaron al Anillo de las Hadas, desmontaron y dejaron sus caballos sin

atar.

—Recuerdo haberle dicho a mi padre alguna vez que estas piedras cobraban vida cuando se ponía el sol —comentó Kitty—. Pensó que estaba loca, claro. Me acuerdo de su mirada. Nunca tuve ocasión de explicarle que solo al anochecer, cuando se alargan las sombras, *parecen* moverse. Imagino que, dado que se crio con mi abuela, habrá oído toda clase de historias sobrenaturales y debió de pensar que era una más de esas historias. ¡Pobre papá! Es tan paciente... —Miró hacia la playa, sobre cuya ancha franja de arena blanca rodaban las olas—. Rezo por él, Jack. Rezo por que vuelva con nosotros, no herido como Harry, sino igual que cuando se marchó.

Jack se situó a su lado y contempló el horizonte.

—Tú que ves espíritus y todo eso, ¿qué ocurre cuando morimos?

—Abandonamos nuestros cuerpos y vamos flotando a un lugar en el que no hay guerra, ni violencia, ni pobreza.

—Lo crees de veras, ¿verdad?

—Lo sé, Jack. Y tú también lo sabes, ¿recuerdas?

—Esa cara que vi en la ventana era la de un fantasma. Es distinto.

—No, no lo es. Es lo mismo. Era Jonnie Wilson, que murió en la guerra y volvió en busca de la mujer que amaba. Es romántico, ¿no crees?

—Sí, es romántico —convino él—. ¿Y crees que la señorita Grieve se suicidó para estar con él?

—Eso creo, sí.

Jack se volvió para mirarla. El sol, que empezaba a ponerse, bañaba sus facciones con un cálido resplandor ambarino.

—Si yo muriera, volvería para estar con la mujer que amo. Si pudiera.

Kitty sonrió.

—¿Por quién volverías, Jack?

Pero las palabras se le atascaron en la garganta al decirlas, pues vio la ternura con que la miraba él. Se sonrojó de repente y entreabrió los labios, sorprendida.

Jack se puso de pronto muy serio. Parecía un poco nervioso. La miró fijamente, pero Kitty lo observaba con una mirada asombrada y cautelosa, y él se sintió impelido a desviar los ojos y no logró interpretar el sentido de su mirada. Suspiró profundamente, como si estuviera a punto de correr un gran riesgo. Luego tomó su mano enguantada y la apretó suavemente.

—Volvería por ti, eso haría —dijo quedamente.

A ella le brillaron los ojos.

—¿Me quieres, Jack? —preguntó.

—Sí, Kitty, con todo mi corazón.

Kitty sintió que algo cálido y dulce inundaba el doloroso vacío de su corazón, ese anhelo palpitante que se adueñaba de ella cada vez que contemplaba la noche estrellada y la luna llena, y al fin comprendió que aquel sentimiento era pura y simple soledad.

—Creo que yo también te quiero, Jack —contestó con voz ronca, y sus labios, ahora pálidos y sin el menor asomo de malicia, esbozaron una sonrisa tímida.

Jack la tomó en sus brazos y la besó en la boca. Kitty dejó que entreabriera sus labios y la besara profundamente. Sintió el olor a caballo de su piel y a humo de turba de su pelo, y aquel aroma tan reconocible para ella le dio ganas de llorar. Se abrazó a su cuello y, aferrándose a él, cerró los ojos y bajó la guardia, permitiéndose disfrutar de los extraños sentimientos que empezaban a apoderarse de ella. Mientras se alargaban las sombras y las piedras comenzaban a danzar, comprendió que pertenecía a Jack O'Leary con la misma certeza con que pertenecía a Irlanda.

Bridie advirtió un cambio en Kitty. Estaba distraída, pensativa y extrañamente abúlica. Sus ojos penetrantes se habían suavizado y se dirigían con frecuencia hacia la ventana, junto a la que pasaba largos ratos contemplando, abstraída, las hojas otoñales y el mar tempestuoso. Ya no se tumbaba en la cama con ella y se reía del señor Trench, sino que miraba fijamente la seda fruncida del dosel y lanzaba profundos suspiros, como las heroínas románticas de las revistas que leía Bridie, quien llegó a la conclusión de que su amiga se había enamorado de su tutor, porque ¿quién, sino él, podía hacer languidecer de ese modo a una joven tan enérgica y desafiante?

Ciertamente, el señor Trench era muy guapo. Detrás de las gafas, sus ojos eran de un suave color castaño. A pesar de su seriedad, tenía unas facciones regulares y agradables, la nariz recta, la barbilla angulosa y la mandíbula y los pómulos bien definidos. A Bridie le parecía extremadamente cortés. Siempre decía buenos días y la saludaba educadamente, que era mucho más de lo que podía decirse de los invitados de los Deverill. La mayoría ni siquiera miraban a los sirvientes a no ser que quisieran algo, y las expresiones «por favor» y «gracias» no parecían formar parte de su vocabulario. Bridie ignoraba qué sucedía dentro del cuarto de estudio y, a diferencia de Kitty, no tenía vocación de espía, de modo que mirar por el hueco de la cerradura estaba descartado. Solo podía aguardar a que Kitty se sincerara con ella, lo que estaba segura de que ocurriría en algún momento. A fin de cuentas, se lo contaban todo.

La guerra seguía ardiendo como un incendio incontrolado, consumiendo hombres indiscriminadamente. George Deverill, el hijo de Digby y Beatrice, el que solía jugar con Harry todos los veranos, murió en el mar y el propio Digby fue dado por muerto en el campo de batalla, bajo un montón de cadáveres. Afortunadamente, al día siguiente lo encontraron, herido en la pierna pero vivo. Regresó a Inglaterra para restablecerse, pero nada podía reparar el daño que sufrió su corazón al perder a su único hijo varón. Kitty lloró la muerte de George y rezó aún con mayor fervor por su padre. Bridie la consolaba lo mejor que podía.

El salario que ganaba Bridie era recibido como agua de mayo en su casa. Michael y Sean trabajaban con ahínco en las tierras para pagar la renta y poder comer. La señora Doyle se afanaba en la cocina del castillo, la vieja señora Nagle cocinaba para la familia y ninguno de ellos llegaba nunca tarde a misa. Allí donde estuvieran, se quitaban la gorra, agachaban la cabeza y rezaban dos veces al día al oír el Ángelus. Dos veces al día, Bridie se acordaba de su padre y, por más que se decía que el tiempo curaría su pena, no la curaba. Seguía echándole de menos tanto como el primer día. *Angelus Domini nuntiavit Mariae...* y ella tenía que reprimir las lágrimas al acordarse de Tomas, cuya imagen se amplificaba en su recuerdo, y le prometía para sus adentros que sería algo en la vida y le daría motivos para estar orgulloso de ella.

Veía a Jack en misa todos los domingos por la mañana. Su sonrisa pícaro y su mirada intensa hacían que le diera un vuelco el corazón; el miedo y la angustia que inundaban su espíritu de oscuridad se evaporaban de pronto, y todo su ser se expandía lleno de luz. Él la acompañaba a casa y ella le entretenía contándole anécdotas del castillo. A Jack le gustaban, sobre todo, las que tenían a Kitty por protagonista. Echaba la cabeza hacia atrás y se reía a carcajadas con las travesuras de su amiga, de modo que Bridie siempre tenía alguna lista para referírsela.

—Kitty está enamorada, ¿sabes? —le dijo un domingo de octubre mientras subían lentamente por la calle.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Jack.

—Está muy soñadora.

—Kitty *siempre* ha sido soñadora —contestó él, sonriendo con ternura.

—Pero esto es muy distinto. No para de suspirar y de poner ojitos de cordero.

—¿Y de quién está enamorada, entonces?

—Creo que del señor Trench.

El semblante de Jack se ensombreció por un instante.

—¿El señor Trench? —preguntó.

—Su tutor. —Bridie se encogió de hombros—. ¿De quién, si no?

—¿No habrás estado espiando, Bridie?

Bridie se sintió ofendida.

—Yo no voy figoneando por ahí, Jack, y tú lo sabes. Kitty pasa toda la mañana con él y la verdad es que es un joven muy apuesto.

—No lo dudo, Bridie —dijo Jack con un suspiro—. Es solo que me sorprende.

—Pues a mí no. ¿Por qué no iba a enamorarse del señor Trench? Su cojera le hace aún más romántico.

—Da la impresión de que quien está enamorada eres tú.

—Yo, no —replicó ella sonrojándose, y lamentó no poder ser sincera y confesarle lo enamorada que estaba de él.

—¡Me parece que te has puesto colorada, Bridie Doyle! —rio Jack. Al ver que ella no contestaba, añadió con ternura—: Era una broma.

—Pues no bromees. No es un asunto como para reírse.

—Hablas con mucha finura últimamente, Bridie. Creo que te codeas demasiado con los del castillo.

—Allí tengo que hablar bien —repuso ella, complacida por que se hubiera fijado—. Soy doncella.

—Es estupendo, Bridie.

Ella observó su perfil y se preguntó qué había sido del chico al que ella había conocido, porque no había duda de que Jack era ya un hombre.

—Michael no quiere que mi madre y yo trabajemos para los Deverill, pero no puede prescindir de nuestro salario.

—Son generosos, eso hay que reconocerlo.

—¿Y tú, Jack? ¿Cómo estás? No te vemos mucho últimamente.

Él exhaló un fuerte suspiro, el suspiro de un hombre abrumado por el trabajo y la incertidumbre.

—Mucho trabajo y nada de diversión, Bridie. Como mi padre está en la guerra...

—Rezo por él, Jack.

—Yo también —dijo él en voz baja.

Cuando se despidieron al llegar al cabo de la calle, donde acababa el pueblo y empezaba el campo, Bridie se volvió hacia él.

—No se lo dirás a Kitty, ¿verdad, Jack?

—Que me lleve el diablo si se lo digo —contestó él, quitándose la gorra y saludándola con ella—. Salúdala de mi parte.

Bridie se rio.

—¡Para lo que va a servir! ¡Kitty solo tiene ojos para el señor Trench!

Y volvió al castillo con paso saltarín.

Kitty cruzó a toda prisa el jardín, ciñéndose el chal para que no se le volara con el viento. Miró a su alrededor una o dos veces para asegurarse de que nadie la seguía ni la veía. Las hojas marrones se amontonaban en el suelo, desechadas por el viento, pudriéndose junto al follaje del estío. Los parterres, antes cuajados de flores, estaban ahora yermos y descompuestos, pues los viejos jardineros no tenían tiempo ni energías para escardarlos y despejarlos. Kitty apretó el paso exhalando nubecillas de vaho por los labios entreabiertos, con el cabello rojo, suelto y rebelde, ensortijado en gruesos rizos por la humedad.

Se detuvo al llegar al muro. Mirando en derredor como una raposa a punto de cazar una gallina, se cercioró de que estaba sola. Al comprobar que solo los grajos la espían desde las copas de los árboles, se agachó y apartó una piedra suelta, recubierta por una mullida capa de musgo verde. Detrás, en un agujero seco, había un trozo de papel blanco cuidadosamente doblado en un cuadrado. Jack siempre doblaba el papel así, plegándolo sobre sí mismo de tal modo que, una vez abierto, era imposible volver a doblarlo. Kitty sacó del bolsillo de la falda la nota que había escrito y la metió en el agujero, que volvió a tapar con la piedra.

Corrió emocionada a uno de los invernaderos y se sentó en el banco de hierro en el que solía sentarse con Celia y Bridie en verano a tramar sus aventuras. Ahora estaba sola. Respiró hondo y abrió la nota.

Mi preciosa Kitty, hoy he visto una raposa cuando iba a caballo a Morgan's Point. Tenía una mirada precavida y brillante. Me acordé de ti y pensé en nosotros, y el corazón se me llenó de alegría. Pase lo que pase, siempre daré gracias a Dios por ti, Kitty, mi raposilla. Soy el hombre más afortunado de toda Irlanda. Mientras escribo esto, me doy cuenta de que me equivocaba al acusarte de ser inglesa. Para mí, tú eres Irlanda, Kitty, en todos los sentidos. Nos vemos en el Anillo de las Hadas al ponerse el sol, si puedes escaparte. Espero que puedas. Añoro tus besos.

Tu enamorado,

Jack

Kitty leyó de nuevo la nota y la apretó contra su corazón con un profundo suspiro de satisfacción. Nunca se le ocurría pensar que su futuro con Jack no estaba en absoluto garantizado. Pertenecían a lados opuestos del espectro social y religioso, y era muy consciente de que se esperaba de ella que se casara con un inglés. Pero ella amaba a Jack y, a su modo de ver, el amor que se tenían era tan fuerte que podía superar todas las barreras. Tenían el convencimiento de que nada los separaría, ni su madre, ni su padre, y estaba segura de que su abuela se pondría de su lado.

No perdió tiempo en ponerse el traje de montar. Corrió a los establos a ensillar a su yegua y montó tal y como estaba, con sus botines negros, su vestido y su chal. El señor Mills no andaba por allí, pero uno de los mozos la miró con curiosidad mientras se limpiaba las manos sucias con un trapo viejo.

Kitty experimentó un sentimiento de rebeldía y libertad. Nadie podía decirle lo que tenía que hacer, ni cuándo hacerlo. Tenía ya diecisiete años y los mozos de cuadra se ponían en pie cuando la veían aparecer. Su madre estaba en Inglaterra, su padre en el frente y su abuelo en Dublín, donde cada vez pasaba más tiempo. Si su abuela la veía montar así vestida, se limitaría a sonreír y a sacudir la cabeza, porque Adeline admiraba el temperamento de su nieta. En cuanto al señor Trench, era su tutor, no su niñera, y no estaba en situación de cuestionar sus idas y venidas. Sin embargo, cuando Kitty echó a galopar por la avenida arbolada, su tutor volvía de dar un largo paseo por la finca. Ella no le

vio cruzar el prado donde jugaban al críquet en los meses de verano; no oyó sus pasos, amortiguados por la hierba húmeda, ni observó la expresión melancólica de su rostro cuando se quitó las gafas y la miró. Estaba demasiado distraída mirando el sol poniente.

Al llegar al Anillo de las Hadas, desmontó y se lanzó en brazos de Jack. Soplaban un viento salobre y frío, y él la estrechó entre sus brazos para resguardarla. Sus labios se encontraron entre el pelo enmarañado de Kitty, que se agitaba en torno a su cabeza en largos mechones rojos, como la cabellera de una sirena en el mar. Kitty se apretó contra él de tal forma que ni siquiera el viento pudiera interponerse entre ellos. El cuerpo de Jack era cálido, firme y familiar, y ella inhaló su olor como un alcohólico que oliera el whisky tras un día de abstinencia. Jack besó sus mejillas heladas y su cuello suave; luego, tomó su cara entre las manos y la miró.

—Eres una mujer preciosa, Kitty Deverill.

—Y tú eres un hombre muy guapo, Jack O’Leary.

Se rio, mirándole a los ojos, mucho más viejos y sabios de lo que cabía suponer por su edad.

—Amo tus huesos.

—Y yo los tuyos. Todos y cada uno de ellos.

—¿Me quieres más que al señor Trench? —preguntó Jack en tono ligero, aunque sus ojos delataban su ansiedad.

Kitty frunció el entrecejo.

—¿A qué viene eso? Yo no quiero al señor Trench, nada de nada.

—Me alegro.

—¿De dónde has sacado esa idea, Jack?

—Soy un hombre celoso, Kitty.

—Pues no tienes motivos para serlo. Soy tuya en cuerpo y alma. No lo dudes nunca.

Él volvió a besarla, profunda y apasionadamente, como si en el fondo supiera que algún día, pronto, la besaría por última vez. Que Kitty nunca sería suya. Y ella, ignorante de su profundo temor, se rio de su vehemencia y levantó la barbilla para que Jack pudiera acercar la cara a su garganta.

Maud regresó al castillo de Deverill con Victoria, Elspeth y Harry por Navidad. Harry había insistido en venir. Seguía recuperándose de la herida

del hombro. Al verlo, Kitty se quedó atónita por lo cambiado que parecía. El joven despreocupado había desaparecido y en su lugar había surgido un hombre atormentado por lo que había visto y vivido. Maud le atosigaba más que nunca con sus mimos y, en vez de tolerarla, Harry perdía los nervios y la hacía callar con repentinos estallidos de cólera. Se empeñó en que Joseph fuera su ayuda de cámara y solo Kitty supo el motivo. No se atrevió a entrar en el cuarto de su hermano por si volvía a encontrárselos en la cama, pero algo le decía que a Harry no le molestaría. Ya no parecía importarle que ella conociera su secreto. Por el contrario, ello pareció unirlos. Harry buscaba su compañía para dar largos paseos por la playa y salir a remar al mar en la barca de pesca de su padre y, aunque nunca lo mencionaban ni hacían alusión alguna a ese asunto, Harry se sentía más a gusto con su hermana pequeña que con cualquier otro miembro de la familia.

Bridie escuchaba los chismorreos de la cocina. Molly, la doncella con la que compartía cuarto, era una chismosa de cuidado. Asignada al servicio de la madre y las hermanas de Kitty, contaba que Maud solía gritar a sus hijas y que estas le tenían miedo, a pesar de que la mayor era condesa. Se mostraba especialmente irritable con Elspeth, a la que le recordaba a cada paso que se estaba haciendo mayor y que, si no encontraba marido pronto, se quedaría acumulando polvo en la estantería. Elspeth contestaba en su defensa que había muy pocos hombres disponibles, a lo que Maud replicaba: «Pues, si no encuentras un duque, búscate un duque lisiado, pero, por el amor de Dios, no me avergüences. No quiero ser la madre de una solterona». Bridie se quedó de piedra al enterarse. No le cabía en la cabeza que una madre fuera tan cruel, pero Maud era, desde luego, una mujer vanidosa y egocéntrica. Solo por Harry se olvidaba de sí misma. «Él sí que encontrará una buena esposa», contaba Molly que les decía a sus hijas. «Es guapo, un héroe de guerra, y heredero de una gran hacienda. Tendrá que quitárselas de encima. Es una grandísima lástima que no seáis todas chicos.»

Kitty solo hablaba con su madre cuando no le quedaba más remedio. Era siempre educada, abreviaba todo lo posible y procuraba hablar de cosas que incumbían a su progenitora.

—En Londres no habrá temporada la próxima primavera —le dijo su madre durante la comida, la víspera de Navidad—. Así que da igual que te quedes aquí.

—¿Cómo va Kitty a encontrar marido, entonces? —preguntó Victoria

altivamente—. La pobre Elspeth no ha tenido mucha suerte.

—¿Eso es lo único que te preocupa, Victoria? ¿El matrimonio? —preguntó Kitty.

—¿Qué otra cosa hay? —repuso su hermana.

—Si es la única alternativa para una mujer, preferiría haber nacido hombre —contestó Kitty.

Elspeth puso cara de fastidio.

—Hablas como una sufragista.

—Las sufragistas no quieren ser hombres, Elspeth, solo quieren igualdad —replicó Kitty, hastiada de la ignorancia de sus hermanas.

—El sitio de una mujer está en casa —terció Hubert—. La política no es lugar para el bello sexo.

—Me dan lástima las jóvenes de hoy en día —dijo Adeline—. La guerra está aniquilando a toda una generación.

—Entonces tendremos que casarnos con irlandeses —afirmó Kitty en tono provocativo.

Sus palabras suscitaron la reacción que esperaba.

Maud frunció los labios, furiosa.

—¡Es una idea ridícula, Kitty! —exclamó.

—Cuando hay hambre no hay pan duro —comentó Elspeth, pensando en Peter MacCartain, que siempre le había parecido muy guapo.

—Las Deverill no pasan hambre —replicó Hubert—. Mis nietas se casarán con los mejores hombres que pueda ofrecer Inglaterra.

—A esos hombres los están matando por millares —dijo Harry de repente—. Madre, me parece repugnante que solo pienses en casar a tus hijas. Están muriendo muchos hombres, y los que no mueran nunca volverán a ser los de antes. Discúlpame si tus cuitas no me dan ninguna lástima.

Maud palideció. Hubert se limpió la boca con la servilleta. O'Flynn siguió en posición de firmes, como si no hubiera oído nada.

—Ya basta, Harry —dijo el abuelo con severidad—. Efectivamente, la guerra está despojando a la nación de sus jóvenes, pero la vida ha de continuar y tus hermanas deben casarse. Es la preocupación natural de una madre.

—No creas que no me preocupo por tu padre, Harry —dijo Maud en tono crispado, con la mandíbula rígida de tensión—. No creas que no lamento la muerte de Rupert y George y de todos los muchachos que conocemos que han perdido la vida en la guerra. No creas que no lloro por ti y me pregunto qué ha

sido del dulce niño al que crie.

Harry la miró fijamente.

—Murió en el campo de batalla, madre. Ese no es lugar para un niño.

A Maud le brillaron los ojos.

Adeline indicó a O'Flynn con una seña que retirara los platos.

—Brindemos por Bertie —dijo—. Y recemos por que vuelva a casa sano y salvo de esta horrible guerra.

Levantaron todos sus copas de vino. En eso, al menos, eran unánimes.

Al día siguiente la familia al completo fue a la iglesia. Hubert llevó a Adeline, Harry, Maud y Victoria en el Daimler mientras las demás iban en el birlocho con el señor Mills. Kitty y Elspeth se sentaron juntas bajo una manta y durante un rato guardaron silencio. Ensimismadas, miraban por debajo de sus sombreros los campos sombríos y las gaviotas que giraban en círculos, como cometas, en medio de un cielo gélido. Luego, finalmente, Elspeth rompió el silencio:

—Detesto a mamá —dijo.

Kitty se quedó perpleja. Se volvió para mirar a su hermana y advirtió lo pálida y delgada que estaba.

—¿Te encuentras mal?

—Me pone enferma —respondió Elspeth amargamente—. Te envidio, Kitty. Estás aquí, con los abuelos, y puedes hacer lo que te apetezca. ¿Por qué tengo yo que vivir con ella en Kent? Es como estar prisionera.

—Seguro que no es para tanto.

—Eric es un tostón —dijo Elspeth, y dejó escapar una risa algo culpable—. Es el hombre más aburrido de Inglaterra.

Kitty se llevó la mano enguantada a la boca.

—¡Elspeth! Victoria te mataría si te oyera criticar a su marido.

—Victoria no le quiere. Ni siquiera estoy segura de que le guste. Pero es rico y eso es lo único que importa. —Miró a su hermana con tristeza—. ¿No hay nada más que eso? ¿No es posible sentir algo por el hombre con el que te casas?

—La abuela quiere al abuelo, estoy segura —dijo Kitty.

Pensó en Jack y sintió que una cálida oleada envolvía su corazón como un guante de piel.

—¿Crees que mamá quiere a papá? —preguntó Elspeth.

—A su manera, sí —respondió Kitty sinceramente—. No creo que mamá quiera de verdad a nadie, salvo a sí misma.

Elsbeth desvió la mirada y suspiró.

—Tú nunca le has gustado. ¿Por qué será?

Kitty se encogió de hombros. Aunque no le agradaba su madre, el rechazo de Maud seguía doliéndole.

—No lo sé.

—Creo que te tiene miedo. Lo veo en sus ojos. A ti no puede controlarte. Es por eso. Tú tienes temperamento. Ojalá lo tuviera yo.

—Yo no soy como ella —dijo Kitty.

—Pero tampoco eres como papá. Te pareces a la abuela. La verdad es que sois como madre e hija.

—La abuela ha sido mi madre como no lo será nunca mamá.

Elsbeth la cogió de la mano de repente y se la apretó.

—Quiero que seamos amigas, Kitty —dijo fervientemente—. Siento haberme portado mal contigo. Lo siento muchísimo. He sido una bruta.

—A mí también me gustaría que fuéramos amigas —respondió Kitty. Sonrió a su hermana y se dio cuenta de que una persona no es nunca del todo buena o del todo mala, sino una complicada mezcla de ambas cosas—. Pero me temo que no puedo salvarte de mamá.

—Entonces, ¿quién puede? —preguntó Elspeth con pesadumbre.

—Un hombre —contestó Kitty—. Tienes que enamorarte y casarte y así, al menos, le pertenecerás a otra persona.

—Cambiar un amo por otro —dijo su hermana, abatida.

—No, cambiar un amo por un compañero y un igual. No tienes por qué casarte con un Eric, Elspeth. Puedes casarte con quien quieras. —Kitty cruzó las manos sobre el regazo y enderezó la espalda—. Te aseguro que es lo que pienso hacer yo.

Maud se quedó hasta Año Nuevo, cuando se marchó con Victoria, Elspeth y Harry en el barco que salía hacia Inglaterra, envuelta en un exquisito abrigo de piel. De todos ellos, Harry fue el que más lamentó marcharse. Kitty era consciente de que su hermano estaba enamorado. Su amor no era convencional, pero ella sabía que, a su modo, Harry amaba a Joseph igual que ella amaba a Jack, y se compadecía de él. Le abrazó con fuerza y le vio partir con los ojos llenos de pesar. En enero tenía que volver al frente, y se preguntaba si viviría para tomar posesión de su herencia.

Kitty se preocupaba constantemente por su padre y su hermano, pero encontraba consuelo en Jack, sabiendo que, pasara lo que pasase, él no iría a la guerra. Hasta que David Lloyd-George, el primer ministro británico, decidió hacer extensiva la leva forzosa a los territorios de Irlanda.

—¡Una idea estupenda! —exclamó Hubert, soltando una bocanada de humo de su cigarro y levantando los ojos de los naipes que sostenía en la mano—. Irlanda es parte de Gran Bretaña y tenemos que luchar juntos.

A Kitty se le heló el corazón.

—¿Eso significa que tendrán que ir a la guerra todos los jóvenes de Irlanda? —musitó.

—Desde luego que sí.

Las Arbolillo, que habían venido a cenar y a echar una partida de *whist*, no estaban tan convencidas de que fuera buena idea.

—No soporto pensar que vayan a mandar a más jóvenes a morir —dijo Hazel—. ¿No te parece, Laurel?

—Yo creo que deberíamos rendirnos de inmediato y detener esta matanza —contestó su hermana.

—¡Santo cielo, mujer! ¿Qué tienes dentro de la cabeza? ¿Serrín? —farfulló Hubert indignado.

—Si nos rendimos, esos jóvenes habrán muerto para nada —dijo Adeline desde el sillón donde estaba bebiendo su infusión de cannabis.

—Pero no pueden obligar a los irlandeses a luchar, ¿verdad que no? —

preguntó Kitty con calma fingida.

—Claro que pueden, y lo harán —respondió su abuelo—. ¡Hay que ganar la guerra, maldita sea! Y ahora mismo vamos perdiendo. Necesitamos más hombres. Aquí hay muchos. Así podrán encauzar sus violentas intenciones en la dirección correcta. Les vendrá bien saber cuál es el verdadero enemigo. —Volvió a fijar la mirada en las cartas—. Bueno, ¿por dónde íbamos?

Kitty se sintió desfallecer.

—Creo que necesito tomar un poco el aire —dijo levantándose de la silla.

—¡Vaya! —exclamó Hubert, contrariado—. Me estaba divirtiendo. No tardes mucho.

Kitty salió a la puerta, se sentó en los escalones y se abrazó las rodillas. No creía que pudiera soportar que Jack se fuese a la guerra. Miró las estrellas, que titilaban, brillantes, y se preguntó qué pensaría Dios del lío en el que los seres humanos habían metido al mundo. Añoraba a Jack. Deseaba que la abrazara, que le asegurara que jamás iría al frente. Que, aunque el alistamiento fuese obligatorio, se negaría a ir. Sin duda, no podrían obligarle. Apoyó la cara en las manos e intentó contener las lágrimas. A lo lejos ululó un búho, y Kitty se preguntó si Jack lo habría oído también en su casa de Ballinakelly y si estaría pensando en ella.

Pasado un rato, cuando consiguió serenarse, regresó a la biblioteca. Al principio pensó que estaban todos borrachos, pero luego comprendió que era el cannabis de su abuela, que Adeline había compartido generosamente con sus hermanas. Las Arbolillo habían ocupado el sofá y, arrellanadas cómodamente sobre los cojines, se reían por lo bajo.

—¡Oh, era un adonis! —estaba diciendo Laurel con voz pastosa—. Hazel, dile a Adeline lo que me dijiste.

—No puedo —contestó Hazel, y rompió a reír estruendosamente—. De verdad que no puedo. Nuestra querida madre se revolvería en su tumba.

—Tienes que decírselo. Estamos en familia. —Laurel se llevó la mano a la cabeza—. Me noto mareada.

—¿Cómo es que ya no viene a cazar? —preguntó Hazel—. Hubert solía invitarle. Era tan guapo y valiente... Como un caballero antiguo.

—¿Quién? —preguntó Kitty desde la puerta.

—El duque de Rothmeade —contestó Hazel—. Estaba siempre aquí en los viejos tiempos. Era tan permanente como este sofá.

—Y además era un joven guapísimo —añadió Laurel—. Pero de pronto dejó

de venir. ¿Por qué será?

—¿No estaba enamorado de Maud? —preguntó Hazel, riéndose de nuevo—. Recuerdo que eran inseparables, y la cara que ponía Maud...

—Creo que te estás pasando de la raya —dijo Adeline rápidamente, interrumpiendo a su hermana.

—¿Qué hemos tomado, Adeline? Era muy fuerte.

—Cannabis —contestó Adeline, soñolienta—. Es una hierba que cultivo para mis nervios.

—Es una bruja —dijo Hubert desde la mesa de naipes, donde empezaba a achisparse con un tercer vaso de whisky.

Kitty miró a su alrededor, pasmada. Estaban todos ebrios, los cuatro.

—Oh, eso ya lo sabemos —dijo Laurel—. Somos las tres brujas, ¿verdad que sí, chicas?

—¿Por qué a ti no te pusieron nombre de árbol, Adeline? —preguntó Hubert.

—No lo sé —contestó Adeline—. Nuestra madre no era muy aficionada a la jardinería. Puede que no se le ocurriera ninguno.

Rompieron de nuevo las tres a reír.

Adeline llenó su taza y le pasó la tetera de plata a Laurel, que se sirvió con avidez antes de pasársela a su hermana.

—Toma un poquito, Kitty. Es increíblemente agradable —dijo Hazel.

Ella suspiró, resignada. Si Jack se iba a la guerra, no tendría sentido vivir, pensó.

—Está bien, ya que estoy... —dijo, recordando la exquisita sensación de bienestar que le había producido la infusión.

—¿Y qué hay de nuestra partida? —dijo Hubert desde la mesa.

Kitty bebió un sorbo y miró a las Arbolillo. Ellas le devolvieron la mirada y luego, cuando la hierba se apoderó de los sentidos de Kitty, rompieron las tres a reír en un estallido de carcajadas desinhibidas y deliciosas.

A la mañana siguiente, Kitty se negó a levantarse de la cama. Mandó a Bridie a decirle al señor Trench que no se encontraba bien. Bridie se preguntó si se habrían peleado, pero el señor Trench pareció preocupado, no despechado.

—Espero que más tarde se encuentre mejor —le dijo a Bridie—. Si esta tarde le apetece dar un paseo tranquilo por los jardines, estoy a su

disposición.

Bridie pensó que era un caballero encantador y envidió a Kitty por ser objeto de las atenciones de un hombre tan apuesto y amable.

—Dicen que los irlandeses van a tener que luchar —dijo Kitty con pesar desde la cama, cuando volvió su amiga—. Eso significa que tus hermanos tendrán que ir a la guerra.

—Michael preferirá morir a luchar por los ingleses —contestó Bridie enérgicamente.

—Igual que Jack, estoy segura.

Bridie se alarmó al pensar que Jack podía irse a la guerra.

—Jack no se irá. Ninguno de ellos se irá. Los británicos tendrán que vérselas con otra guerra, aquí, en Irlanda.

—Eso ya está pasando —dijo Kitty, incorporándose para tomar el té que le había traído Bridie.

Miró por la ventana. El sol de primavera brillaba con fuerza y una brisa dulcemente perfumada arrastraba el canto de los pájaros.

—¿Crees que Jack se habrá enterado ya?

—Claro que sí. Ya lo saben todos. No hablan de otra cosa.

—¿Y qué dicen?

—Que no van a luchar. Que tendrán que encarcelar a toda la población masculina del país. —Bridie se sentó en la cama—. Michael dice que los británicos se están tendiendo una trampa a si mismos. Eso es bueno para la causa, ¿verdad?

—Sí que lo es. No lo había pensado así —dijo Kitty, animándose de repente. Se levantó de la cama y empezó a vestirse.

—Creía que estabas enferma —dijo Bridie, sorprendida.

—Ya me siento mucho mejor —contestó su amiga alegremente—. Será algo que has puesto en el té.

—No he puesto nada en el té —dijo Bridie con inocencia—. ¿Quieres que le diga al señor Trench que ya estás mejor?

—¡Santo cielo, no! —exclamó Kitty riendo.

—Dice que, si te encuentras mejor, podéis salir a dar un paseo por el jardín. Kitty sonrió.

—No me apetece mucho. Además, no quiero contagiarle. No, voy a salir sola a dar un paseo.

Bridie la miró desconcertada. Ese no era un comportamiento propio de una

mujer enamorada, ni de una enferma.

Cuando Kitty llegó al comedor para desayunar, le sorprendió ver a su abuela y a las Arbolillo sentadas alrededor de la mesa.

—Nos hemos quedado a dormir —dijo Hazel con una sonrisa—. No nos apetecía irnos a casa, ¿verdad, Laurel?

—No. No sé qué nos pasó, pero fue delicioso.

—Tu abuelo se ha ido a pescar —dijo Adeline—. Creo que ya no nos soportaba más.

—No acabamos la partida —comentó Hazel.

—Creo que íbamos ganando, Kitty. Dime, ¿por qué rayos dejamos de jugar?

Kitty se sentó y se sirvió una taza de té. O'Flynn rodeó la mesa arrastrando los pies.

—¿Le apetecen unos huevos, señorita Kitty? —preguntó.

—Claro, O'Flynn. Hace un día precioso. Puede que salga a montar.

—¿Qué hay del señor Trench? —preguntó Adeline.

Kitty suspiró.

—Tengo jaqueca —mintió—. Hoy no podría concentrarme.

Adeline sonrió.

—Debo decir que el señor Trench es un santo. Estoy seguro de que se divertiría más en Inglaterra.

—Pero seguro que no encontraría una pupila tan guapa como Kitty —comentó Laurel.

—Por supuesto que no —convino su hermana—. Me parece que está un poquito enamorado de ti.

—Tonterías —dijo Kitty—. Es el hombre más serio que conozco.

—Pero no es nada aburrido —dijo Adeline—. Es un joven muy inteligente.

—¿Qué hace todo el día, cuando no te da clases? —preguntó Laurel—. Con esa pierna, no puede montar.

—Lee —respondió Kitty—. Lee y lee y lee y, cuando ha acabado de leer, lee un poco más. —Sonrió por encima de su taza de té—. He intentado hacerle reír. Ya lo creo que lo he intentado. Pero apenas sonrío.

—Pues si *tú* no puedes hacerle sonreír, Kitty, es que nadie puede —repuso Adeline.

—Dale a probar tu cannabis y seguro que se abre como un mejillón hervido —dijo Laurel.

Hazel asintió riendo.

—Como un mejillón hervido —repitió.

Kitty se dirigió al muro. Sacó la carta de Jack y se fue a leerla al invernadero. Al sentarse en el banco oyó voces. Voces sigilosas y furtivas como ratones. Se levantó y se guardó la carta en la pechera del vestido. Escondida detrás de un gran helecho, aguzó el oído, pero no distinguió lo que decían. Hablaban atropelladamente, a saltos. Con cuidado de no ser vista, oteó entre las hojas. Allí, mascando rábanos, había dos niños famélicos. Kitty se quedó atónita. No esperaba ver niños. Miró más atentamente y llegó a la conclusión de que no eran gitanos, sino golfillos de Ballinakelly. Tenían el pelo apelmazado y sucio, la ropa raída y deshilachada, los pies descalzos. Kitty procuró no hacer ruido mientras los veía engullir hojas de lechuga, zanahorias y nabos crudos. Quería decirles que les iba a dar una indigestión espantosa si no cocían los nabos antes de comérselos. Pero esperó a que se hartaran y huyeran corriendo. Después, regresó al banco de hierro y a su carta.

Tras leer el mensaje de Jack, decidió sacar algo de comida para los niños, por si volvían al día siguiente. Un poco de pan con mantequilla y unas lonchas de jamón los dejarían más satisfechos que un puñado de verduras. Estaba mal que los niños pasaran hambre, se dijo, cuando en el castillo de Deverill tenían tantas cosas. La señora Doyle no hizo preguntas cuando le pidió la comida, ni pareció sorprendida cuando Kitty se la llevó al jardín. Estaba acostumbrada a que lady Deverill preparara cestas de provisiones para los pobres. Kitty colocó la comida sobre la mesa, debajo de una campana de malla, donde la vieran los niños. A sus pies, esparcidos por el suelo, los restos de rábano mordisqueado atestiguaban su merendola.

Al volver del jardín se tropezó con el señor Trench, que salía.

—Ah, Kitty, me alegra ver que se encuentra mejor —dijo el tutor, aunque Kitty se preguntó por qué no sonreía para demostrarle cuánto se alegraba.

—Sí, gracias —contestó, procurando no parecer culpable.

—Me voy con el birlocho a Ballinakelly. Hoy es día de mercado. ¿Por qué no me acompaña? Está claro que el aire fresco le sienta bien.

A ella no se le ocurrió una excusa conveniente y no tuvo más remedio que aceptar.

—Me encantaría —dijo educadamente, pensando que tal vez tuviera suerte y se encontrara con Jack—. Voy a por mi sombrero.

Al echar a andar en dirección a los establos, levantó los ojos hacia una de las ventanas de las habitaciones y vio la cara de Bridie observándola a través del cristal. Su amiga la saludó con la mano y estuvo mirándolos hasta que se perdieron de vista. Bridie sonreía de oreja a oreja. Era evidente que Kitty había urdido toda aquella estratagema para poder pasar un rato en el jardín con el señor Trench. Pero ¿por qué no se lo había contado?

Era un día caluroso. La primavera llenaba el aire con el trino de los pájaros y el aroma fértil de la renovación. Las yemas de los árboles empezaban a verdecer y a abrirse al sol, y el campo había perdido su aspecto sombrío. Costaba creer que en un día tan hermoso pudiera haber discordia en el mundo.

El señor Mills ya tenía preparado el birlocho y esperaba en el patio de las cuadras. Al ver a Kitty se quitó la gorra.

—Muy buenos días, señorita Kitty.

—Buenos días señor Mills. ¿Verdad que hace una mañana estupenda? —contestó ella.

—Ya lo creo, señorita Kitty. —El señor Mills miró muy serio al señor Trench—. Tenga cuidado ahí fuera —le advirtió—. Hay mucha gente enfadada ahora mismo.

—Lo tendré, señor Mills —contestó el tutor al montar en el birlocho y coger la riendas.

El señor Mills dio la mano a Kitty y la ayudó a subir para que se sentara al lado de su tutor. El señor Trench sacudió las riendas y el poni echó a andar con un trote suave.

Durante un rato, ninguno de los dos habló. Kitty, que no estaba acostumbrada a tratar con su tutor fuera del cuarto de estudio, no sabía qué decirle, y el señor Trench mantenía los ojos fijos en el camino. Una racha de viento estuvo a punto de arrancarle a Kitty el sombrero, lo que le dio ocasión de romper el incómodo silencio.

—Ha faltado poco —dijo, sujetándose el sombrero con la mano.

—El viento es algo impredecible —comentó el señor Trench.

—Es verdad —convino ella—. ¿En Inglaterra hace tanto viento como aquí?

—Depende del lugar. En la costa puede haber auténticos vendavales. En invierno, hay vientos que tumban árboles.

—¿Qué ha querido decir el señor Mills con eso de que había mucha gente enfadada? ¿Es que tienen hambre? —preguntó Kitty acordándose de los niños a los que había visto esa mañana en el invernadero.

—Nadie quiere que le obliguen a luchar en una guerra, Kitty.

—Ah, el reclutamiento forzoso —suspiró ella—. Lo sé. Y no tendrían por qué luchar.

—Irlanda forma parte del Reino Unido, como Gales y Escocia. Es justo que los irlandeses cumplan también con su parte.

—Muchos *ya* lo están haciendo, que Dios les proteja.

—No son suficientes.

—¿Usted desearía estar en el frente, señor Trench? —preguntó Kitty.

El tutor estaba acostumbrado a su franqueza.

—Sí, lo desearía —contestó con idéntica sinceridad.

—Yo desearía que papá fuera cojo y no hubiera tenido que irse.

—No, no lo desearía. No se lo desearía usted a nadie. Uno se siente un fracasado.

Kitty le miró y arrugó el entrecejo. Era la primera vez que el señor Trench hacía una declaración tan personal.

—Usted no es un fracasado, señor Trench. Es posible que al final sea el único hombre que quede en pie. En ese caso, todas las muchachas se arrojarán en sus brazos. Su pierna podría convertirle en el hombre más afortunado de Inglaterra.

—Lo dudo —contestó él, avergonzado.

Kitty sonrió.

—Lo que Dios quita con una mano, lo da con la otra.

—¿Ah, sí?

—Según mi abuela, sí. Y ya sabe usted que ella siempre tiene razón en todo.

Por fin llegaron a Ballinakelly. Como era día de mercado, no había escuela. Algunos niños cuidaban del ganado por unos pocos peniques mientras los granjeros iban a emborracharse a la taberna de O'Donovan, y otros jugaban a perseguirse por la calle como una manada de perrillos callejeros. Grupos de mujeres, ataviadas con mantos de Bandon y cargadas con cestas de mimbre, charlaban y chismorreaban. No era raro encontrarse con alguna vaca suelta deambulando por la calle, cuando los niños que tenían que vigilarlas se aburrían de su tarea y corrían a sumarse a la diversión. El primer viernes de cada mes, la plaza se llenaba de gallinas y ovejas, de cerdos y caballos. Los vecinos del pueblo se mezclaban con los que llegaban de las poblaciones cercanas, y las gitanas se movían entre la gente vendiendo estampas y pidiendo limosna. Había mucho alboroto, y Kitty oía, elevándose por encima del

zumbido monocorde de las voces, el sonido de la música del trío de violinistas que tocaba en el rincón más apartado de la plaza.

Le gustaba mucho la feria. Levantó la barbilla y buscó a Jack entre la gente. Donde hubiera animales, allí estaría él. El señor Trench ató el poni a un poste y rodeó el birlocho para ayudarla a apearse, pero ella ya se había bajado de un salto y caminaba por el barro, adentrándose entre el gentío.

—¡Kitty! —la llamó el señor Trench corriendo tras ella.

La encontró mirando un tenderete que exhibía conejos colgados, todavía sin desollar.

—Pobrecillos —dijo Kitty sin apartar la vista de los conejos—. Hace poco estaban triscando tranquilamente y ahora aquí están, colgando de las patas traseras, destinados a la cazuela. —Suspiró—. Supongo que la gente tiene que comer, pero aun así...

—¡Vaya, hola, Kitty! —exclamó una voz conocida.

Kitty levantó los ojos y vio a lady Rowan-Hampton, tocada con un sombrero azul claro, que le sonreía.

—Hola, lady Rowan-Hampton —replicó Kitty con frialdad. Luego, acordándose de sus buenos modales, añadió—: Creo que no conoce al señor Trench.

Grace extendió su mano enguantada. El señor Trench se la estrechó y se inclinó cortésmente.

—Es un placer conocerle —dijo ella con su afabilidad de siempre.

—Es mi tutor —dijo Kitty.

—Sí, tu padre me habló de la excelente educación que te está dando este joven.

Kitty frunció el ceño.

—¿Qué más le dijo? —preguntó con sequedad.

—Lo orgulloso que está de tener una hija tan decidida e inteligente.

—No creo que el mérito de eso sea mío —comentó el señor Trench.

—No, supongo que no. Kitty siempre ha tenido su propio criterio —repuso Grace con una sonrisa—. Imagino que te irás pronto a Londres.

—Por supuesto que no —contestó ella—. Voy a quedarme aquí, donde está mi sitio.

—Bueno, eso es algo que tú y yo tenemos en común —dijo Grace—. Nuestro firme amor por Irlanda.

—Además de otras cosas —repuso Kitty deliberadamente.

Grace la miró extrañada.

—Buenos días, lady Rowan-Hampton —dijo Kitty.

El señor Trench tuvo que apretar el paso para alcanzarla.

—¿Era necesario que fuera tan grosera? —preguntó.

Kitty se volvió y vio su cara enrojecida de indignación.

—Vaya, señor Trench, creo que por una vez está mostrando usted alguna emoción.

Él ignoró el comentario.

—Parecía una señora perfectamente encantadora.

—Oh, lo es, perfectamente encantadora. Pero usted no sabe ni la mitad.

—Con razones o sin ellas, siempre hay que intentar ser educado.

Kitty se volvió y le miró con furia.

—¿Por qué? ¿Porque, si no somos educados, quizá revelemos nuestros verdaderos sentimientos? ¿Y entonces qué? ¡No quiera Dios que mostremos nuestras emociones!

—Lo que dice es una insensatez.

—Señor Trench, es usted mi tutor. Tiene que enseñarme historia, matemáticas, geografía y francés. No le pagan para que me enseñe buenos modales. Ya me los enseñó la señorita Grieve, y por Dios que me los inculcó a machamartillo. He sido grosera con lady Rowan-Hampton porque ha hecho algo imperdonable que no olvidaré mientras viva. No espero que usted lo entienda, pero lo menos que puede hacer es guardar silencio al respecto. Ahora me voy a ver los caballos. Estaré en el birlocho dentro de media hora. ¿Le dará tiempo suficiente para hacer lo que tenga que hacer?

El señor Trench suspiró.

—Sí.

—Bien.

Kitty se alejó hecha una furia y desapareció entre la marea de gente.

Fue en busca de Jack, pero, para su desilusión, no había ni rastro de él. Vio a su madre conversando con Robin Nash, que regentaba el mejor picadero de Irlanda, pero no se atrevió a preguntarle dónde estaba Jack. Intuía que la señora O'Leary no le tenía mucha simpatía, aunque no entendía por qué. Entre la gente había varios agentes de la Real Policía Irlandesa, con sus uniformes negros y sus gorras de plato. El padre Quinn, con su larga sotana, y el reverendo Daunt, el rector, vestido con traje de *tweed* y alzacuellos blanco, también andaban por allí. Kitty se las ingenió para esquivar al rector y al

señor Trench, al que vio paseando sin rumbo entre las ovejas, con aspecto de estar despistado.

Pasada media hora regresó al birlocho, insatisfecha. Su tutor estaba esperándola bajo la atenta mirada de un grupo de jóvenes de aspecto hosco que, vestidos con gorras y chaquetas, fumaban en la calle, frente a la taberna. Él le ofreció su mano y ella la aceptó, se levantó un poco la falda y subió al birlocho. Luego, el señor Trench rodeó el coche y se sentó a su lado. Justo cuando se disponían a emprender la marcha, algo vino volando hacia Kitty y se estrelló contra su ojo. Ella soltó un grito de dolor y se inclinó hacia delante, tapándose el ojo con la mano. El señor Trench comenzó a increpar a un joven a gritos, pero fue Jack quien apareció de pronto y rodeó a Kitty con el brazo. Al verle, ella lloró aún con más fuerza, temerosa de apartar la mano. Con un poco de cariñosa persuasión por su parte, Jack consiguió levantar sus dedos trémulos y Kitty se dio cuenta, aliviada, de que no se había quedado tuerta al fin y al cabo. Solo tenía el ojo amoratado.

Jack se bajó de un salto dispuesto a encararse con el hombre que había arrojado la patata, pero un policía se abrió paso entre las personas que, como vacas curiosas, se habían congregado alrededor del birlocho para ver la pelea y se interpuso entre ellos. Tras una breve discusión, quedó claro que un tal señor Murphy había arrojado la patata porque Kitty simbolizaba a Inglaterra y el señor Murphy estaba enfadado porque las autoridades británicas amenazaban con enviarle al frente en contra de su voluntad.

—¿Va usted a presentar una denuncia, señorita Deverill? —preguntó el policía, agarrando del brazo al envalentonado señor Murphy.

Kitty habría querido que mandaran a prisión a aquel individuo por su maldad, pero miró a Jack y comprendió que, de no ser porque la conocía y la quería, tal vez habría sido él quien le lanzara la patata.

—No, no voy a presentar denuncia —contestó—. Pero sepa usted, señor Murphy, que soy tan contraria a la leva forzosa como pueda serlo usted. Que quede muy claro. Y arrojar patatas a jóvenes indefensas no va a hacer cambiar de opinión al señor Lloyd-George.

El policía soltó al hombre, que se internó entre el gentío y entró en la taberna con su cuadrilla de amigos.

—¿Estás bien? —susurró Jack, encaramándose al escalón del birlocho para hablar un momento con ella.

—Voy a estar horrible, se me va a poner el ojo morado —contestó Kitty con

una tenue sonrisa.

—Por lo menos tienes ojo.

Ella se rio.

—¿Seguirías queriéndome si no lo tuviera?

—Ya sabes que sí.

—¿Cuándo podemos vernos?

—¿Mañana? ¿En Smuggler's Bay, a las cuatro?

—Allí estaré.

Él acarició su rostro herido con la mirada.

—Cuídate mucho. Las cosas se están poniendo feas.

—Dile a ese tal señor Murphy que tiene buena puntería —dijo ella en voz alta, acordándose de que el señor Trench estaba sentado a su lado—. ¿Por qué no la usa para algo útil?

Jack se bajó del birlocho.

—Estoy seguro de que lo hará. Ahora, vete.

El señor Trench sacudió las riendas y Kitty apartó los ojos de Jack, que se metió las manos en los bolsillos y vio alejarse el birlocho calle abajo. Durante el trayecto de vuelta al castillo, el señor Trench se mostró muy hablador. El incidente parecía haberle enardecido. Le dio a Kitty su pañuelo para que se limpiara la cara llorosa y el ojo hinchado y se puso a despotricar contra aquella banda de menesterosos que, evidentemente, no tramaban nada bueno.

—He visto cómo me miraban —le dijo— y enseguida me he dado cuenta de que iba a pasar algo.

Kitty sintió el impulso de explicarle que ella estaba de parte de aquellos hombres, que contaban con su simpatía y su apoyo, pero solo alcanzó a decir:

—Pandilla de idiotas... Tirando patatas no llegarán a ninguna parte.

A la mañana siguiente tenía el ojo izquierdo del tamaño de una pelota de golf. Cuando sus abuelos lo vieron, Hubert amenazó con ir en persona a vérselas con el lanzador de patatas, hasta que su esposa le convenció de que ese comportamiento cerril solo conseguiría empeorar las cosas. Le dijo a Kitty que descansara y le aplicó en el ojo una cataplasma fría de consuelda. Kitty, con todo, salió a hurtadillas del castillo para ir al muro en busca de la nota de Jack. Él le había dejado también un ramito de madreselva silvestre atado con un trozo de hilo. Kitty se acercó las flores a la nariz y, al aspirar su dulce perfume y pensar que Jack le pertenecía, su corazón se colmó de felicidad. Cuando entró en el invernadero para leer la carta, reparó enseguida en los

platos vacíos. Los niños habían vuelto y se lo habían comido todo. Sonrió al pensar en sus barriguitas satisfechas. Pero ¿y si se corría la voz y al día siguiente traían a sus amigos? ¿Acabaría dando de comer a todos los niños de Ballinakelly?

En el verano de 1918, la crisis provocada por el reclutamiento forzoso había tocado a su fin, pero la guerra continuaba en el continente y el número de muertos crecía. Los primos volvieron una vez más al castillo de Deverill, pero su llegada, normalmente tan espléndida, estuvo empañada por la tristeza. Beatrice, antes tan vivaracha, había engordado a causa de la aflicción, como si blindándose de grasa pudiera de algún modo proteger su corazón maltrecho, y se movía majestuosamente por los jardines del castillo como un galeón de velas negras, sin rumbo fijo. Augusta se lamentaba de que Dios no se la hubiera llevado a ella en vez de a George.

—Tenía toda la vida por delante —decía—. Mientras que yo ya no sirvo para nada. Solo espero que Dios proteja a nuestro queridísimo Digby y me lleve a mí en su lugar. Estoy presta para marchar en cuanto llegue el momento.

Stoke, el padre de Digby, y Hubert salían a pescar como de costumbre, pero demoraban su vuelta mucho más que antes: la compañía de mujeres entristecidas era demasiado sentimental para su gusto. Ellos preferían no hablar de sus penas y roerlas en privado, como perros con un hueso amargo.

Maud regresó con Victoria y Elspeth, pero se peleaba con Elspeth y atormentaba a Vivien y Leona, que estaban prometidas con sendos oficiales del ejército y planeaban casarse en cuanto terminase la guerra. Sus comentarios envidiosos pasaban inadvertidos a oídos de Beatrice, cuyas emociones estaban abotargadas por una mezcla de dolor y cannabis de Adeline. Elspeth, en cambio, las captaba todas, y le confesó en secreto a Kitty que estaba pensando en recluirse en un convento, «el único lugar del mundo donde puedo verme libre de nuestra madre y de la horrible obligación de casarme».

Kitty, Celia y Bridie se reunían en la torre de Barton, el único rincón del castillo donde estaban a salvo de intromisiones. Kitty y Celia se quejaban de sus hermanas y Bridie les refería los chismorreos de la cocina, y les contó que Victoria le había preguntado a su madre si conocía a alguna anciana de Ballinakelly que pudiera ayudarla a concebir. Incluso añadió riendo que de

buena gana ella misma se haría pasar por anciana si le daba seis peniques. Barton Deverill escuchaba desde su sillón y, esbozando una sonrisa con la comisura de la boca, se desprendía de su habitual hosquedad para intercalar comentarios que solo Kitty podía oír.

En noviembre, la guerra acabó por fin. Cesó la lucha. Las armas guardaron silencio. Pero su eco trémulo seguiría vibrando en la tierra violada por la artillería y en las mentes de quienes habían atravesado el Infierno y sobrevivido. La euforia de la victoria se vio pronto reemplazada por la pavorosa certidumbre de que casi una generación entera había perecido en la guerra. Todas las familias tenían sus muertos. El Imperio británico había vencido, pero algo del viejo mundo se había roto para siempre.

Bertie, Digby y Harry volvieron a casa con sus familias, que los recibieron con los brazos abiertos. Por fuera parecían ser los mismos hombres que se habían marchado cuatro años antes, aunque estuvieran algo más flacos y un poco avejentados, pero por dentro habían cambiado irreversiblemente. Como era tradición entre los Deverill, bebían para borrar las imágenes grabadas en su retina y sonreían para ocultar una verdad que nunca compartían con nadie, porque expresarla en palabras solo insuflaría vida a los recuerdos que ansiaban olvidar.

En diciembre, los irlandeses votaron en las elecciones generales, que arrojaron como resultado una victoria arrolladora del Sinn Féin, el partido radical independentista, frente al Partido Parlamentario Irlandés, la formación nacionalista que dominaba la política irlandesa desde la década de 1880. La mayoría de los ciento cinco diputados electos habían luchado en el Levantamiento de Pascua.

—¡Por Júpiter! ¿Quién iba a decir que los condenados independentistas ganarían así? ¿Eh? —resopló Hubert al leer el periódico.

—Yo creo que era absolutamente predecible, querido —dijo Adeline en tono paciente—. Si los británicos no hubieran demostrado tanta torpeza al tratar con los rebeldes después del Levantamiento, el Sinn Féin no habría conseguido el apoyo de todo el país. Sospecho que está a punto de subir la marea y que su corriente barrerá a los británicos.

Maud regresó a Cork en Navidad y el pabellón de caza volvió a estar habitado. Se retiraron las sábanas que cubrían los muebles, se abrieron las

ventanas y los sirvientes ocuparon de nuevo sus puestos para fregar y sacar brillo, desempolvar y limpiar. Maud despidió al señor Trench. Kitty tenía ya dieciocho años, le dijo, y necesitaba un marido, no un profesor particular, aunque no creía que fuera tan fácil encontrarle esposo teniendo en cuenta que la mayoría de los jóvenes solteros de su clase social habían muerto en el campo de batalla. El semblante del señor Trench se ensombreció de pesar y, por un momento, pareció que iba a echarse a llorar. Maud se quedó de piedra. No se explicaba cómo aquel joven podía haberse encariñado hasta ese punto con una chiquilla tan obstinada y huraña como Kitty. Pero, antes de que pudiera postularse, Maud agregó que sin duda habría en Londres caballeros aristocráticos que no hubieran perecido en el frente.

—Pronto regresaremos a Londres, y estoy segura de que la cuestión se resolverá rápidamente.

Al despedirse de Kitty, el señor Trench parecía derrotado. Kitty le dio las gracias amablemente por todo lo que le había enseñado.

—Es usted una joven muy inteligente —le dijo él—. Espero que no desperdicie su intelecto, sino que le dé un buen uso.

—Lo haré, señor Trench. Le deseo que tenga un buen viaje de regreso a Inglaterra.

Él bajó la guardia un instante. Sus labios palidieron, sus mejillas perdieron el color y sus ojos marrones parecieron oscurecerse como la piel de ante cuando se moja.

—Cúidese —dijo, y su voz, normalmente tan clara y firme, se quebró—. Irlanda es un lugar peligroso, Kitty. No quisiera que su integridad física se viera amenazada.

—Yo estoy a salvo —le aseguró ella con firmeza—. Soy irlandesa. *A mí* nadie me hará daño.

—No era eso lo que pensaba el señor Murphy cuando arrojó esa patata.

Kitty dejó escapar un suspiro. No le apetecía explicarse, y deseaba que el señor Trench acabara de una vez de despedirse.

—Puede que la patata fuera dirigida a usted, señor Trench. ¿No lo había pensado?

Él no supo qué responder.

—Bueno, ya no importa, ¿verdad?, en vista de que va a dejarnos —añadió ella—. Confío en que volvamos a vernos algún día. Será mejor que se dé prisa o perderá su tren.

Le ofreció la mano y él se la estrechó dócilmente. Abatido, subió al Daimler, que ahora conducía un chófer, y dijo adiós a la mujer a la que había llegado a querer.

Bertie y Harry retomaron su rutina de siempre: salían al campo a disparar a liebres y agachadizas, a pescar al mar y a cazar con los Sabuesos de Ballinakelly. Harry, al que nunca le había gustado mucho cazar, ahora salía a cabalgar con toda la frecuencia que le era posible porque la emoción del galope le obligaba a centrarse en el instante presente, el único lugar donde se veía libre de sus pensamientos. Y luego estaba su ayuda de cámara, Joseph, que se metía en su cama para abrazarlo cuando las pesadillas surgían de la oscuridad para agarrarlo por el pescuezo.

Bertie desaparecía durante horas y regresaba tarde, apestando al perfume de nardos de Grace, que ya no se molestaba en disimular. Rara vez hablaba con su esposa, de ahí que ella montara pequeñas escenas para llamar su atención. Bertie bebía aún más para olvidarse del alboroto que montaba su esposa, y poco a poco Grace empezó a cansarse de su descenso al alcoholismo. Sir Ronald había tolerado sus devaneos amorosos en el pasado, siempre y cuando se efectuaran con discreción —a fin de cuentas, él también tenía amantes tanto en Dublín como en Londres—, pero Bertie se estaba volviendo cada vez más temerario y amenazaba con manchar su reputación.

—Si no puede controlar su afición por la bebida —le dijo sir Ronald a su mujer—, tendrás que buscarte otro hombre que te divierta, porque no pienso permitir que mancillen nuestro buen nombre.

Grace dio un ultimátum a Bertie. Debía elegir entre ella y la botella. Pero Bertie no creía que pudiera prescindir de ninguna de las dos.

Después de Navidad hubo las partidas de caza y los bailes de costumbre, las veladas y las reuniones habituales que daban estructura y sentido a las vidas de los angloirlandeses. Reinaba en el país un espíritu de celebración, y aquellos cuyos hijos, hermanos y padres habían vuelto vivos de la guerra tenían mucho por lo que estar agradecidos. Sin embargo, mientras en el castillo de Deverill resonaba el eco de la música y las risas, la lucha de los irlandeses por la libertad rebasó una nueva frontera.

El 22 de enero de 1919, Hubert estaba leyendo el *Irish Times* a la hora del

desayuno cuando empezó a temblarle el bigote de indignación.

—«La Asamblea notificó formalmente al gobierno británico que debía renunciar a ejercer sus funciones y proclamó la completa independencia del país» —leyó con incredulidad—. ¡Qué vergüenza! —exclamó—. Pero no se saldrán con la suya, os lo garantizo.

—Temo que hagan cosas terribles para salirse con la suya —comentó Adeline con calma.

—Cualquiera pensaría que habrían aprendido la lección después del Levantamiento —dijo Hubert—. Los británicos no accederán.

—Querido mío —repuso su mujer—, los Voluntarios están creciendo en número gracias al absurdo intento del gobierno británico de imponerles el reclutamiento forzoso para luchar en la guerra. Están ganando apoyos en toda Irlanda. Aquí mismo, en Ballinakelly. Me temo que habrá una guerra civil...

Hubert la interrumpió diciendo:

—Yo mismo me encargaría de los traidores si me enterara que alguien empleado a mi servicio les presta su apoyo. Exijo lealtad a nuestro país y a nuestro rey. —Su rostro había adquirido de pronto la tonalidad de una remolacha.

—Puedes levantar los puños y patalear todo lo que quieras, querido, que no podrás impedir que los irlandeses quieran gobernarse a sí mismos.

—Son bolcheviques —añadió él con un gruñido—. ¿Es que no ven lo que esos condenados idiotas han hecho en Rusia? Ese no es modo de gobernar un país. Es la manera de llevarlo a la *ruina*.

—Son idealistas, Hubert.

—Soñadores inmaduros, más bien. Cualquier tonto puede ver en qué se convertirá Irlanda si se salen con la suya. Destruirán la agricultura, la industria, la religión, la ley y el orden. Viviremos en un cenagal de papismo y desgobierno. Es una vergüenza. ¡Una condenada vergüenza!

Adeline salió al jardín. Estaba harta de oír resoplar y quejarse a su marido. Hacía mucho frío, pero el cielo, de un azul acuoso, estaba despejado. Respiró el aire fresco del mar y estuvo observando a un petirrojo que, posado en la mesita de los pájaros, se comía las semillas que ella misma les sacaba. Se metió las manos en los bolsillos y echó a andar por la hierba, pisando la escarcha, que crujía bajo sus pies. Su aguda mirada se fijaba en los setos de tejo y los arbustos, que parecían rociados con una fina capa de azúcar glas. Amaba Irlanda con todo su corazón y le dolía pensar en la violencia que podía

enseñorearse del país en nombre del nacionalismo. Entendía el deseo de independencia de los irlandeses, pero ¿por qué tenían que recurrir al derramamiento de sangre para lograr sus fines? A veces pensaba que sería más seguro marcharse, pero eso sería una muestra de derrotismo. Su sitio estaba en el castillo de Deverill. El amor les uniría siempre a aquel lugar.

Al acercarse a uno de los invernaderos, vio a un grupo de chiquillos desharrapados en la puerta. Se estaban metiendo cosas en la boca a toda prisa. Al principio pensó que estaban comiendo plantas, porque ¿qué otra cosa podía haber allí en esa época del año? Pero entonces vio los mendrugos de pan que tenían en las manos. Apretó el paso, temiendo que fueran gitanos y acordándose de lo que le había sucedido al pobre Tomas Doyle. Cuando se acercó, uno de los chiquillos la vio y avisó a sus amigos. Un instante después habían huido como conejos asustados, y desaparecieron tras saltar el muro del huerto. Con el corazón latiendo frenéticamente, Adeline se asomó a la puerta del invernadero. Una hilera de platos vacíos servía de evidencia de su festín. Apenas quedaba una migaja. Pero ¿quién les había dado aquella comida? No tardó mucho en descubrirlo. Solo había otra persona en la familia que se preocupara por los pobres tanto como ella.

—Kitty, creo que has estado alimentando a niños en el invernadero —dijo más tarde, cuando su nieta fue al castillo a tomar el té.

Kitty pareció compungida un instante.

—Sí —confesó—. Creía que no te importaría. Los pobrecillos tienen tanta hambre... No soporto ver a un niño hambriento.

Adeline sonrió con indulgencia.

—Deberías habérmelo dicho. ¿Qué te parece si organizamos algo en uno de los establos, en lugar de animar a los chiquillos a colarse en los terrenos del castillo? Ya sabes cómo es tu abuelo. Si se entera, no puedo garantizar que no vaya a dispararles como a ratas, y no queremos que *eso* pese sobre nuestras conciencias.

—Podríamos hablar con la escuela. ¿Organizar quizá el reparto de sopa caliente una o dos veces por semana?

—Y podríamos pedir ayuda a las Arbolillo. Así tendrían algo que hacer —sugirió Adeline.

—Es una idea estupenda, abuela.

—Y a Grace Rowan-Hampton. Ya está dando clases de lengua gratis a niños. Creo que deberíamos reclutar a las señoras de Ballinakelly. Es nuestro

deber velar por quienes no tienen medios para alimentarse. Grace es una fuerza de la naturaleza. Necesitamos mujeres como ella. Mujeres que hagan cosas.

Kitty se puso tensa. No había visto a Grace desde su encuentro en el mercado, la primavera anterior.

—Sí, abuela —dijo—. Desde luego, es una mujer que consigue lo que quiere.

Adeline, que estaba pensando ya en otras damas a las que pedir ayuda, no entendió su comentario.

—Debemos ser útiles —dijo con determinación—. Y que sea de dominio público —añadió astutamente.

Kitty regresó al pabellón de caza con el corazón apesadumbrado. No quería que Grace participara en el comedor benéfico. Su abuela era una mujer sumamente perspicaz. ¿Cómo es que no había notado lo taimada que era Grace? ¿Que, bajo su aparente dulzura, se escondía una seductora manipuladora y desleal? Al llegar a la casa, subió a la planta de arriba y se arrojó en su cama con un suspiro. Un momento después tocaron levemente a la puerta. Sabía, por costumbre, que era Bridie.

—Entra —dijo.

Bridie abrió la puerta. No tenía mucho tiempo para chismorrear con Kitty ahora que Elspeth había vuelto a Cork, porque tenía que servirles a ambas.

—Tengo noticias —dijo en voz baja mientras se acercaba a toda prisa a la cama.

—¿Cuáles? —preguntó Kitty, apoyándose en los codos.

—La señorita Elspeth... El señor MacCartain la está cortejando.

—¿Peter MacCartain?

—Sí, ese.

Kitty se sentó.

—Santo cielo. ¿Cómo te has enterado?

Bridie se puso colorada.

—Ha venido a la puerta de atrás preguntando por ella.

—¿A la puerta *de atrás*?

—La señorita Elspeth me ha guiñado un ojo y se ha llevado el dedo a los labios.

—Mi madre la matará si se entera —dijo Kitty, y sonrió—. Bueno, me alegro por ella. No me parecía que tuviera madera de monja.

—Creo que está enamorada, Kitty. Estaba toda sonriente y colorada. Creo que nunca la había visto tan feliz.

—Me sorprende que haya conseguido ocultárselo a nuestra madre.

Kitty se tumbó de nuevo en la cama y exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué ocurre, Kitty? —preguntó Bridie, sentándose a los pies de la cama—. No echarás de menos al señor Trench, ¿verdad?

—¿Al señor Trench? ¡Por Dios, Bridie! ¿De dónde has sacado esa idea?

—Entonces, ¿no estás enamorada de él?

—¿Enamorada de él? ¿Del señor Trench? —Kitty volvió a incorporarse—. No podría estarlo menos. Es el hombre más soso que he conocido nunca.

Bridie arrugó el entrecejo.

—Entonces, ¿a qué vienen tantos suspiros?

Su amiga se rio.

—¿Pensabas que suspiraba por el señor Trench?

—Bueno, es que últimamente suspiras mucho.

—Creo que tendría que estar desesperada para querer casarme con el señor Trench.

Bridie la miró muy seria.

—¿Alguna vez piensas en casarte, Kitty?

—A veces —dijo Kitty desdeñosamente, como si aquello no tuviera ninguna importancia—. ¿Y tú?

Bridie sonrió con timidez.

—A veces.

—¿Con quién te gustaría casarte, Bridie?

Bridie se miró los dedos con nerviosismo. Kitty entornó los ojos.

—Hay alguien, ¿verdad? —preguntó, asombrada por no haberse dado cuenta antes—. Dime, ¿quién es? ¿Él te corresponde?

Bridie arrugó la frente.

—No creo que me corresponda, Kitty. Pero sé que le agrado, y eso es un comienzo, ¿verdad?

—¿Es uno de los sirvientes? ¿John McGivern? —preguntó Kitty, refiriéndose al segundo lacayo.

—¡No! —Bridie arrugó la nariz—. Es Jack.

Kitty la miró pasmada. Era tan hábil guardando secretos que su semblante no reveló ni un atisbo del horror que se apoderó de ella al escuchar la confesión de su amiga.

—¿Jack O’Leary? —preguntó.

—El mismo.

—¿Desde cuándo lo quieres?

—Desde hace años y años —contestó Bridie, y una sonrisa soñadora se dibujó en su rostro—. Quería contártelo, pero pensaba que te reirías.

—¿Por qué iba a reírme?

—Porque yo no estoy a la altura de alguien como él. Su madre querrá a alguien mejor para Jack.

—¿Te ha dado él alguna esperanza? —preguntó Kitty, desviando la mirada porque se sentía mal por preguntar lo que ya sabía.

Bridie bajó los ojos.

—No, pero somos amigos, así que... —Se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

—¡Ay, Bridie! —suspiró Kitty, volviendo a sentarse—. ¿Crees que es sensato poner tus esperanzas en alguien a quien tal vez no consigas?

—No hay nadie más, Kitty. Nadie como Jack. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Le seguiría al fin del mundo.

—¿Él lo sabe?

—No.

—¿Lo sabe alguien más?

—No.

Kitty respiró hondo, tratando de pensar qué consejo le daría a su amiga si ella misma no estuviera enamorada de Jack.

—Seguro que tiene que haber alguien más en Ballinakelly.

Bridie negó con la cabeza.

—Jack no es como los otros.

—No, supongo que no —dijo Kitty.

Bridie posó la mano en la rodilla de su amiga.

—Algún día sabrás lo que es querer a un hombre como yo quiero a Jack. Espero que tengas más suerte que yo, Kitty.

Cuando Bridie se marchó, Kitty se tumbó de nuevo sobre las almohadas, desalentada. Se llevó la mano a la frente y gruñó. ¡Qué lío! Lo irónico del caso era que ninguna de las dos podía tener a Jack. Bridie ocupaba una posición demasiado baja en la escala social, y ella, una demasiado alta. Si a su madre le horrorizaba la idea de que Elspeth se casara con Peter MacCartain, ¿qué opinaría de que ella contrajera matrimonio con Jack O’Leary? Maud no se

interesaba por sus hijas por sí mismas, sino por cómo repercutían en *ella*. Victoria era la condesa de Elmrod, lo que le permitía pasearse con la cabeza bien alta entre la alta sociedad londinense. Elspeth MacCartain solo le traería vergüenza. Y Kitty O'Leary la llevaría a la tumba. Kitty se rio en voz alta al pensarlo. Pero era una risa hueca y amarga. ¿Y su padre? Dejó de reír bruscamente. Estaba demasiado ocupado ahogando sus recuerdos en alcohol en brazos de lady Rowan-Hampton para fijarse en lo que hacían sus hijas.

Pasaron unos días antes de que Kitty volviera a ver a Jack. Se escondieron en el invernadero, al resguardo de la lluvia. Él la tomó de las manos.

—Las cosas van a ponerse muy feas, Kitty —le advirtió—. Han declarado la guerra a los británicos. Habrá violencia porque los británicos no van a ceder tan fácilmente. Creo que es peligroso que te quedes en Irlanda.

—Soy irlandesa —protestó ella con aire desafiante.

—Decirlo no va a cambiar nada, Kitty. Eres angloirlandesa, que es distinto. A sus ojos eres el enemigo y no estás a salvo. No voy a permitir que te quedes cuando podrías irte tranquilamente a Londres y esperar allí a que se calmen los ánimos.

—¡No voy a ir a ninguna parte! —replicó ella—. No voy a dejarte y no voy a dejar el castillo de Deverill. Es mi hogar y me encanta. Y te quiero, Jack O'Leary, hasta la médula de los huesos —añadió dedicándole una sonrisa enternecedora.

Jack tomó su cara entre las manos.

—Y yo a ti, Kitty, por eso quiero que estés a salvo donde no tenga que preocuparme por ti —dijo, y la besó.

Ella cerró los ojos y saboreó el beso.

—Quiero ayudar —dijo.

—Kitty...

—*Puedo* ayudar —insistió ella—. Tiene que haber algún modo de que sea útil.

—No voy a dejar que te impliqués en esto.

Ella cruzó los brazos.

—Pues no pienso ir a ninguna parte, y no se hable más.

—Eres terca como una mula.

—Pero mucho más guapa —añadió ella con una sonrisa.

—Me preocupas, Kitty.

—Eso no es problema *mío* —contestó ella con brusquedad.

—Lo será cuando descubras que hasta salir de la verja del castillo es peligroso.

Su expresión acongojada puso nerviosa a Kitty.

—Pero *tú* también podrías meterte en líos, Jack. —Cogió su mano y la apretó contra su mejilla—. Por favor, ten cuidado.

—Pondremos a los ingleses de rodillas, ya lo verás —contestó él, pero sus palabras no consiguieron aflojar la garra que de pronto se había apoderado de sus entrañas y las estrujaba con fuerza.

Era noche cerrada cuando Michael y Sean Doyle, Jack O’Leary y otros seis hombres de la Tercera Brigada del Oeste de Cork del Ejército Republicano Irlandés emprendieron el camino hacia el cuartel de la policía en Ballinakelly. Negros nubarrones surcaban el cielo y el viento restallaba como un látigo frío e implacable, soplando del mar. Arrimados a las paredes, avanzaron sin hacer ruido por las callejuelas del pueblo, como perros furtivos, con las caras ocultas detrás de máscaras, las gorras bien caladas y la respiración agitada y llena de tensión. Se habían entrenado para ese tipo de ataques en uno de los graneros de Hanratty escondido entre las colinas, así como para interpretar mapas, tender emboscadas y luchar en las calles. Rebosaban celo patriótico y sentimiento de camaradería, unidos por una causa común y sabedores de que gran parte del Condado de Cork estaba de su parte. Solo Michael llevaba pistola, y muy poca munición. No quería malgastar balas innecesariamente.

Se detuvieron al ver aparecer el austero edificio gris del cuartel de la policía. Pequeño y anodino, antaño había sido un hotel mediocre. Las grandes guarniciones británicas estaban acuarteladas en Bandon, Clonakilty, Dunmanway, Skibbereen, Bantry y Castletownbere, pero sus agentes secretos les habían informado de que allí, en el sótano de aquel cuartel insignificante, había escondida una cantidad desproporcionada de artillería que los rebeldes podían robar con facilidad si conseguían forzar la entrada.

Michael hizo una seña a sus compañeros y dos miembros del grupo se apartaron y avanzaron sigilosamente hacia la plaza en la que se celebraba el mercado el primer viernes de cada mes. La plaza estaba ahora en silencio, de madrugada; el barro se había helado sobre el suelo y lo único que se movía

era el viento que barría velozmente la calle. Un momento después, el estallido de una granada rompió el silencio y Jack sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes. Se preparó para lo que sucedería a continuación. De no ser por la adrenalina que corría por sus venas, sin duda habría sentido la mano helada del miedo apretándole el corazón. Se hizo un silencio ominoso, como si el pueblo contuviera la respiración; después, de pronto, brilló la luz en las ventanas del cuartel y empezaron a salir hombres a la noche fría, abrochándose las camisas y los cinturones y apuntando con sus armas a un enemigo invisible. Su confusión era palpable.

Michael levantó la mano mientras los policías corrían hacia la plaza, dejando el cuartel prácticamente desprotegido. Sus hombres temblaban como purasangres en la línea de salida, ansiosos por comenzar, esperando a que la mano indicara el comienzo de la acción. Por fin, Michael dio la orden y echaron a correr. Entraron precipitadamente en el edificio, donde los guardias, sorprendidos, echaron mano a sus armas, pero los rebeldes los redujeron implacablemente, a punta de bayoneta y sirviéndose de sus puños.

De pronto la habitación empezó a arder. Jack montó guardia en lo alto de la escalera mientras sus compañeros bajaban corriendo a apoderarse de las armas. Un momento después se oyeron sus pasos precipitados en los escalones y salieron triunfantes, cargados con revólveres, rifles y munición. Mientras las llamas envolvían el edificio, devorando los papeles de los archivos y los muebles de madera como si fueran estopa, los rebeldes salieron por la ventana de atrás y, como estaba previsto, se dispersaron en distintas direcciones, lo que confundió más aún al enemigo.

Jack tiró por un callejón, pero pronto se dio cuenta de que le seguían. Miro hacia atrás y vio que dos policías corrían tras él. Saltó la valla de un jardín, cruzó un trecho de hierba que rielaba, cubierto de escarcha, a la luz de la luna, y saltando otra valla se coló en un patio vecino. Con el corazón batiendo como un tambor militar, corrió con todas sus fuerzas para salvar el pellejo.

Al cabo de un rato llegó a una casona de color rosa algo apartada de la calle, con una verja de hierro y un jardín bien cuidado. Viendo que la ventana de la planta baja estaba entornada, saltó el muro, subió a la ventana y se lanzó dentro. Cayó con un ruido sordo, pero logró estirar el brazo y cerrar la ventana justo cuando los dos policías doblaban corriendo la esquina.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —contestó el otro.

Jack se agazapó, pegado al suelo.

En el piso de arriba, Hazel despertó al oír el golpe y voces en la calle. Asustada, encendió su vela y entró de puntillas en el cuarto de Laurel, contiguo al suyo.

—Laurel, despierta —dijo en voz baja, zarandeando a su hermana por el hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Laurel, alarmada.

—¿Has oído un ruido? Un golpe. Abajo.

—No, no he oído nada.

—Se oyen voces fuera.

Hazel se acercó deprisa a la ventana y retiró la cortina. Los dos policías seguían mirando a un lado y otro de la calle, desconcertados.

—¿Qué ves? —preguntó Laurel.

—Policías.

—¿Qué hacen?

—Están buscando algo.

—¿A estas horas de la noche?

—Eso parece. Ya se van. Creo que no lo han encontrado.

—Bueno.

—No parecen muy contentos.

—Mañana podemos preguntarles qué era y ofrecerles nuestra ayuda. Se nos da bastante bien encontrar cosas.

—¿Te acuerdas de las gafas de leer de Hubert? —dijo Hazel dejando caer la cortina.

—Claro que sí. Estaban en la parte de atrás del sofá, abajo. ¿Y el collar de Adeline?

—El collar de Adeline no lo encontramos —puntualizó Hazel.

—Es verdad, se me olvidaba. —Laurel suspiró—. Tendremos que mirar otra vez.

—Buenas noches, Laurel —dijo su hermana.

—Buenas noches, Hazel —dijo Laurel.

Jack esperó a que los policías se marcharan. Luego, con mucho sigilo para no despertar a la persona que dormía arriba, levantó la ventana y salió a hurtadillas, como un ladrón. Cuando pensó que no corría peligro, salió por la cancela y se dirigió a casa.

Hacia finales de 1919 el sentimiento antibritánico se estaba extendiendo por todo el país como una mancha, y las Arbolillo, ocupadas en Ballinakelly con el comedor benéfico que habían montado con Adeline en la escuela, fueron las primeras en advertir los desaires: los vecinos que no se quitaban la gorra, los colegiales que se mofaban de ellas, los granjeros que se negaban a cederles el paso en la puerta, la dependienta que se negaba a atenderlas. Cada nueva muestra de desdén las hería en lo más vivo y era comentada con avidez a la hora del té en el castillo.

—Os juro que un chiquillo me tiró una piedra esta mañana cuando salí de la carnicería —dijo Laurel indignada, sosteniendo su taza con mano temblorosa—. No creo que fueran imaginaciones mías. Cuando le reprendí, me miró con desprecio. Sí, esa es la palabra, con desprecio. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¡Qué desvergüenza! —exclamó Hazel—. Claro que sabe que nadie va a darle una paliza por eso. Veréis, es una cosa que pasa de padres a hijos. Creen que está bien insultar a una anciana...

—A una anciana *inglesa* —añadió Laurel con las aletas de la nariz dilatadas.

—Hoy es una piedra, mañana será una roca —agregó Hazel lúgubrememente.

—Pero lo que más me llamó la atención fue la mirada del chico. Era la mirada de un rebelde. Dentro de poco cambiará las piedras por una pistola, acordaos de lo que os digo.

Adeline, que estaba pintando tranquilamente junto a la ventana, levantó la vista.

—Es increíble, teniendo en cuenta que estamos alimentando a sus hijos.

—Alimentándolos o no, somos el enemigo, Adeline —dijo Laurel—. El pan ya comido se olvida fácilmente.

—Les encantaría vernos marchar —convino Hazel frunciendo los labios.

—¿Sabéis que, ahora que lo pienso, el señor O'Callaghan no me saludó esta mañana cuando entré en su tienda? —añadió Laurel, y dejó su taza de té en el

platillo—. Me ignoró hasta que yo le dije buenos días *a él*. Y luego se limitó a inclinar la cabeza.

—¿A inclinar la cabeza? —preguntó Hazel.

—Como te lo digo. —Laurel entornó los ojos y su boca se endureció de indignación—. ¡Oh, qué insolencia, Hazel! Me temo que la situación es verdaderamente muy mala.

Con el paso de los meses, los desaires fueron haciéndose cada vez más ofensivos hasta que alguien arrojó una piedra contra la ventana de su casa, lo que les causó una enorme congoja. Adeline las invitó a trasladarse al castillo inmediatamente.

—Aquí tenemos habitaciones de sobra —dijo alegremente—. Y si alguien se atreve a lanzar piedras contra nuestras ventanas, se llevará una bala en el trasero antes de que le dé tiempo a gritar «Jesús, ayúdanos».

Sin embargo, cuando les llegó la noticia de que la casa de sus amigos, los Goodes, había ardió en Bandon, su nerviosismo se convirtió en auténtico temor.

—Los siguientes seremos nosotros —dijo Laurel, y, cogiendo su copita de jerez, le dio un sonoro trago—. Esos rebeldes no se detendrán ante nada.

—El pobre Arthur y la pobre Lizzie escaparon con lo puesto. La casa entera quedó reducida a cenizas. Por lo visto, ardió como una tea —dijo Adeline.

—¿Cómo vamos a protegernos de hombres como esos? —preguntó Hazel, acongojada—. Ya no estamos a salvo en nuestra propia casa. ¿Creéis que deberíamos hacer las maletas y marcharnos? Muchos lo han hecho.

Adeline le lanzó una mirada feroz.

—¡Nosotros no vamos a marcharnos! —exclamó—. No tenemos nada que temer de los rebeldes. Es bien sabido que tratamos bien a nuestros arrendatarios y que siempre lo hemos hecho. La gente de Ballinakelly le tiene mucho cariño a Hubert. Nadie se atrevería a ponerle un dedo encima, ni a él ni a su casa.

Aquello pareció tranquilizar a las Arbolillo.

Laurel se acercó a la mesa de naipes y pasó los dedos por su superficie aterciopelada.

—Por lo menos aquí estamos todos juntos —comentó—. La unión hace la fuerza. Y una partidita de *bridge* nos distraerá de nuestras penas.

Desde septiembre, cuando Kitty cumplió diecinueve años, Maud comenzó a fijar su atención, que antes le había negado tan obstinadamente, en su hija menor. Era hora de que se casara, pero ¿con quién? En Irlanda no había jóvenes que le convinieran: eran todos o muy pobres o muy plebeyos. No, solo había un lugar al que recurrir, y era Londres. Pero cuando una noche sacó el tema a la hora de la cena, Kitty no reaccionó como ella esperaba.

—No voy a ir a Londres —dijo con calma, mirando a su madre con la frialdad de quien sabe sin duda alguna que lleva las de ganar.

Maud se volvió a Bertie en busca de apoyo.

—Aquí, en Cork, no vamos a encontrarle un marido conveniente —dijo—. La prima Beatrice estará encantada de recibirnos en su casa si Victoria está en Broadmere. Kitty no ha pasado ninguna temporada en Londres por culpa de la guerra, pero todavía estamos a tiempo.

Los ojos soñolientos de Bertie parecieron zozobrar un instante al mirar de su esposa a su hija y viceversa.

—¿Kitty quiere encontrar marido?

—No es cuestión de lo que quiera, sino de lo que debe hacer. Si espera demasiado, se quedará soltera, como Elspeth.

Elspeth tensó los labios, guardando su secreto. Harry miró su comida. Odiaba la confrontación.

—No quiero ir a Londres —insistió Kitty—. Voy a quedarme aquí, en el castillo de Deverill. Si quieres que me vaya, tendrás que llevarme a rastras por el pelo.

—¡Kitty! ¡Cómo te atreves a hablarme así! —exclamó Maud, enrojeciendo.

—¿Cómo, madre? ¿Con franqueza?

—¡No seas insolente! Creía que la señorita Grieve te había enseñado buenos modales.

Kitty extendió las palmas de las manos y miró a su madre con tal acritud que Maud se quedó helada.

—La señorita Grieve era una tirana y una abusona. Me enseñó a ser fuerte.

Maud desvió la mirada. Era más fácil hacer oídos sordos que aceptar la responsabilidad por las cosas desagradables que habían sucedido en el pasado. Apeló a Bertie.

—Di algo, por amor de Dios. ¿Cómo puedes quedarte ahí sentado, oyendo la insolencia con que me habla, y no hacer nada?

Bertie bebió un sorbo de vino.

—Si no quiere ir, querida mía, yo no voy a obligarla. No sería muy decoroso.

Maud se encrespó como un gato.

—Siempre estoy sola. Nadie me respalda. Soy la única que piensa en el futuro de nuestras hijas. Podría quedarme tranquilamente sentada y dejar que hagan lo que se les antoje, pero no me darás las gracias cuando se casen con hombres indignos que arrastren el nombre de la familia por el fango.

—¿Victoria es feliz? —preguntó Bertie.

—¿Qué tiene que ver la felicidad con esto? —replicó Maud.

—Verás, ese es el fallo de tu plan, querida. Si antepusieras su felicidad a tus ambiciones, dudo que se mostraran tan reacias a consentir en tus planes.

—El matrimonio no tiene nada que ver con la felicidad. Tú deberías saberlo mejor que nadie. —Se volvió hacia Kitty—. Entonces, ¿no vendrás conmigo y con Elspeth?

Elspeth dejó lentamente su cuchillo y su tenedor.

—Yo tampoco voy —dijo con menos desfachatez que su hermana.

Las dos jóvenes se miraron con tácita camaradería. Harry se quedó boquiabierto de asombro. Elspeth siempre había sido una muchacha muy dócil.

Las orejas de Maud se tiñeron de color escarlata.

—¿Elspeth?

Elspeth miró un momento a Kitty, buscando darse ánimos.

—Lo siento, mamá, pero no quiero ir a Londres.

Maud sonrió como si acabara de descubrir quién estaba detrás de aquel acto de subversión.

—Muy bien —contestó con calma—. No voy a forzaros. ¡No quiera Dios que anteponga mi felicidad a la vuestra! En todo caso, no tiene sentido si no cuento con el apoyo de vuestro padre. Pero no creáis que aquí encontraréis maridos convenientes.

—¿Y tú? ¿Te quedarás, querida mía? —le preguntó Bertie a su esposa.

—Me quedaré por Harry —contestó ella levantando la barbilla.

Harry pareció abochornado cuando el peso de su mirada cayó sobre él.

—Cuando aquí dejemos de estar a salvo, te persuadiré para que vengas a Londres. En Cork no vas a encontrar una heredera, y necesitas una heredera si vas a heredar el castillo. Si no, sabe Dios de dónde saldrá el dinero. —Se volvió hacia sus hijas—. Si vosotras sois tan tontas como para quedaros aquí esperando, por mí podéis hacerlo, pero no os echéis a llorar de

arrepentimiento cuando os diga que ya os lo advertí.

Con esas, dejó su servilleta sobre la mesa y salió de la habitación. Kitty sonrió a Elspeth, que empezó a temblar.

Su padre esperó a que la puerta se cerrara de un portazo; luego, se comportó como si nada hubiera pasado.

—Dime, Harry, ¿qué opinas de la perra de caza nueva? Es buena, ¿verdad?

La semana siguiente, Peter MacCartain solicitó ver al padre de Kitty. Conversaron una hora entera en la biblioteca mientras Kitty y Elspeth trataban de escuchar junto a la puerta, pero hablaban tan bajo que solo oyeron murmullos confusos. Cuando por fin se abrió la puerta, Peter salió al pasillo y encontró a Elspeth esperándole.

—¿Qué ha dicho? —siseó al acompañarle fuera.

—Tiene que consultarlo con tu madre.

Elsbeth puso mala cara.

—Ella no accederá jamás.

Peter le apretó la mano.

—Puede que no, pero tu padre valora tu felicidad.

—Entonces, ¿hay esperanzas?

Peter sonrió.

—Muchas, cariño mío —dijo, y la besó enérgicamente en la mejilla.

Después, hubo una discusión espantosa entre Bertie y Maud. Kitty y Elspeth escucharon a hurtadillas la conversación en la habitación de encima de la biblioteca, valiéndose de un vaso colocado sobre la tarima del suelo. Maud gritaba a su marido, su voz subía y bajaba y la palabra «yo» jalonaba cada frase a medida que hacía girar la discusión en torno a sí misma.

—Yo he pasado un año horrible —se quejó—. ¡Y ahora esto! ¿Qué más tengo que soportar? —Un momento después, añadió—: ¡Después de todo lo que he hecho por esa niña! La vida de una madre es solo sacrificio. ¡Lo menos que podíais hacer todos vosotros es agradecerme lo que hago!

Elsbeth empezó a dudar de que hubiera alguna esperanza y las lágrimas se acumularon en sus ojos castaños cuando declaró solemnemente que, si no podía casarse con Peter, se casaría con Jesucristo y se haría monja.

La casa quedó en silencio y Elspeth fue convocada a la biblioteca. Kitty se quedó en el cuarto de arriba, con el oído pegado al vaso. Hablaban en voz

baja, pero aun así oyó cada palabra que dijo su padre. Bertie daría su consentimiento si era lo que quería Elspeth.

—Si algo me ha enseñado la guerra, Elspeth —dijo con solemnidad—, es el valor del amor. El amor por los compañeros de armas, el amor por los hijos y el amor por la vida. Cuando estaba en el frente, era lo único que importaba. Así que, si crees que Peter puede hacerte feliz, tienes mi bendición.

—¡Oh, papá! —exclamó Elspeth sollozando, y Kitty se los imaginó abrazándose.

Su madre guardó silencio: ya había expresado sus objeciones con toda claridad. Kitty sabía que a ella su padre nunca le daría permiso para casarse con Jack, aunque Jack la hiciera feliz. Su bondad tenía un límite. Jack no solo pertenecía a otra clase social y a otra religión, sino que además era irlandés. Su padre no admitiría como yerno a un simpatizante del Sinn Féin.

Un rato después, Elspeth subió los peldaños de las escaleras de dos en dos e irrumpió en la habitación donde la esperaba su hermana.

—¡Ha dicho que sí! —exclamó arrojándose en sus brazos—. Si no hubiera sido por ti, no habría tenido fuerzas para desafiar a mamá —añadió temblorosa—. Pero lo he hecho y papá dice que puedo casarme con Peter si me hace feliz.

—¿Y mamá? —preguntó Kitty.

—Salió de la habitación blanca como una sábana.

Maud cerró con llave la puerta de su alcoba y se dejó caer en la silla del tocador. Apoyó la cara en las manos y miró su reflejo. ¿En qué momento se habían torcido las cosas?, se preguntó. ¿No había educado a Elspeth guiándose por una buena brújula moral? Su hija sabía dónde estaba el norte. ¿Tan difícil era seguirlo? Ahora insistía en casarse con un angloirlandés sin dinero. MacCartain tenía fama de ser uno de los mejores cazadores del país, pero eso no le serviría para costear su tren de vida. ¿Qué sería de Elspeth en un país que se estaba deshaciendo a su alrededor? ¿No se daba cuenta de que su futuro estaba en Inglaterra, donde había estabilidad? Victoria había escogido bien, era condesa de un gran dominio, no una señora cualquiera. Maud se frotó las sienes. Hubert moriría algún día y *ella* se convertiría en lady Deverill, pero ¿de qué sería señora? ¿De un castillo que antaño había sido uno de los más grandes de Irlanda, pero que ahora no era más que un montón de piedras con

muy pocas tierras en propiedad, rodeado de rebeldes dispuestos a echarlos a todos a la calle? ¿De qué servía un castillo de Irlanda? Se maldijo a sí misma por lo mal que había elegido esposo. En cuanto a la felicidad, ¿cuánto tiempo hacía que no se sentía dichosa? Se mordió el labio. No lo sabía. Hacía tantos años... Ya que una no podía esperar ser feliz en su matrimonio, lo menos que podía hacer era casarse con un aristócrata dueño de vastos dominios, montones de dinero y un gran título perteneciente al mayor imperio del planeta. ¿Acaso no entendía Elspeth que *eso* era un consuelo?

A principios del año siguiente los británicos mandaron una fuerza especial a Irlanda para reforzar a la policía. Debido a que escaseaban los tradicionales uniformes de color verde botella, sus miembros recibieron pantalones de color pardo y boinas negras, una combinación de colores que inspiró su apodo: los *black and tans*. Poco después de su llegada, Hubert invitó al coronel al mando a cenar en el castillo. Alto y untuoso, de reluciente cabello castaño y grueso bigote cuidadosamente recortado sobre unos labios carnosos y rosas, el coronel Manley había regresado de la guerra con reputación de héroe y un altísimo concepto de su propia valía. Hubert le recibió calurosamente, dándole palmaditas en la espalda, y le ofreció una copa de whisky.

—Es magnífico que hayan venido, coronel Manley —dijo el anciano mientras le hacía entrar en el salón—. Estamos en estado de emergencia. Este tipo de comportamiento bárbaro no puede continuar.

—Descuide, lord Deverill, que nosotros nos encargaremos de ponerle coto —contestó el coronel con convicción—. ¡Pondremos a los irlandeses en su lugar!

—Cuánto me alegra oírlo —dijo Hubert—. Las señoras se sentirán más seguras teniéndolos a ustedes aquí.

Cuando las Arbolillo y Adeline bajaron a cenar, el coronel Manley las saludó con una reverencia —y *no* con una inclinación de cabeza, como comentó Laurel más tarde— y les besó las manos, haciéndoles unas cosquillitas deliciosas con el bigote. Se sentó a la derecha de Adeline, con Hazel a su derecha y Laurel enfrente, y las tres hermanas observaron con avidez sus ojos azules claros, que brillaban con idéntico fulgor al posarse en una u otra.

—Qué hombre tan encantador —dijo Hazel cuando las damas se retiraron al

salón después de la cena, dejando a los hombres con sus cigarros y su oporto.

—Es un hombre en el que se puede confiar, ¿no os parece? —añadió Laurel.

—No sé —dijo Adeline—. A mí me parece que sus ojos tienen un brillo cruel.

—¿Crees que se estaba burlando de nosotras? —preguntó Hazel.

—Bueno, sabe cómo halagar a una dama —dijo Laurel—. Es un caballero. Y solo un *auténtico* caballero conoce el equilibrio perfecto entre el coqueteo y los buenos modales.

—Si sus ojos tienen un brillo cruel, Adeline, puede que eso sea justo lo que necesita esta gente para volver al redil. He de informar al coronel de que ayer mismo las dependientas de Flanagan's me miraron con desdén —dijo Hazel, y se dejó caer en el sofá para contárselo todo a sus hermanas.

A medida que el deshielo invernal daba paso a la primavera, Bertie fue viendo cada vez menos a Grace a pesar de que se esforzaba por empujar menos el codo y en llevar su idilio con suma discreción, como había hecho antes de la guerra. Ella alegaba que tenía asuntos que atender en Dublín y se ausentaba durante semanas enteras, dejándole tan abatido como un colegial enamorado. Bertie veía a sir Ronald en las cacerías y las carreras, pero Grace, que siempre había sido tan aficionada a montar, solía estar ausente, y la echaba muchísimo de menos. Habían sido *sus* cartas y *sus* palabras de aliento las que le habían permitido sostenerse durante la guerra, igual que el viento sostiene las alas de un águila, pensaba afligido. Sin ella no tenía fuerzas para volar, sino que se quedaba pegado a tierra y desesperado, como un infeliz polluelo.

Maud ya ni siquiera le dirigía la palabra. Bertie prefería su silencio, pero detestaba la atmósfera desagradable que generaba a su alrededor. Su esposa era grosera con los sirvientes y aún más grosera con sus hijas. Solo Harry escapaba a su deseo de escarnecer a todos cuantos la rodeaban. Mientras que sus hijas procuraban esquivarla, Harry se mantenía a su lado, movido por un sentimiento de culpa y de lealtad. Maud manipulaba a su hijo mediante una mezcla de chantaje emocional y favoritismo y estaba decidido a no perderle como, evidentemente, había perdido a Elspeth. Si Kitty era quien, con su influencia, había promovido la sorprendente rebelión de Elspeth, no estaba dispuesta a permitir que Harry escapara también a su control.

Una mañana, Bridie salía del cuarto de Kitty con la ropa sucia cuando vio al

señor Deverill sentado en el suelo, al fondo del pasillo. Al principio pensó que debía fingir que no le había visto y desaparecer detrás de la puerta de gamuza verde. Pero la compasión se impuso a la cautela y, dejando la ropa, se acercó a él.

—Señor Deverill, ¿se encuentra bien, señor? —preguntó.

Bertie la miró con ojos empañados y extraviados.

—¿Quiere que avise a alguien para que le ayude? ¿Al señor O’Lynch, o a la señora Deverill?

Al oír mencionar a su esposa, él pareció cobrar vida.

—No, no... —balbució tratando de levantarse.

Al verlo así, revolviéndose en el suelo, Bridie sintió el impulso de ayudarlo. Le agarró del brazo y dejó que se apoyara en ella para incorporarse. Al ver que se tambaleaba, Bridie le sujetó con más fuerza.

—¿Se encuentra bien? —repitió absurdamente, dado que era evidente que no se encontraba bien.

—Llévame a mi habitación —dijo Bertie apoyándose en ella.

Avanzaron despacio por el pasillo. Una vez en su dormitorio, Bridie hizo intento de marcharse, pero él se sentó en la cama y sacudió la cabeza.

—Siento que me hayas visto así, Bridget.

—Soy Bridie, señor —le corrigió ella—. Soy la doncella de la señorita Kitty.

—Bridie —repitió él.

De pronto, Bridie reparó en que una gota de sangre le bajaba por la cara desde la frente.

—Está sangrando, señor.

—¿Sí? —Él se llevó los dedos temblorosos a la herida.

Bridie corrió al cuarto de baño y regresó con una toalla.

—¿Me permite, señor? —preguntó.

Bertie asintió en silencio y frunció el ceño como si no estuviera seguro de por qué sangraba. Mientras le enjugaba la herida, Bridie notó el olor a alcohol que exudaban sus poros.

—Creo que será mejor que avise al señor O’Lynch, señor —dijo refiriéndose a su ayuda de cámara.

—Debo de haberme caído y golpeado la cabeza —masculló él—. Eso es. Me he dado un golpe en la cabeza. Tonto de mí.

—Creo que debería llamar al señor O’Lynch, señor —repitió ella.

—Si es necesario...

Ella tocó el timbre que había junto a la cama.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Se acercó a la cómoda, sobre la que había una jarra de agua y un vaso.

—Gracias, Bridget —dijo él al aceptar el vaso.

—Bridie, señor.

—Para mí es Bridget, Bridget. —Bertie cogió la toalla y miró con pasmo las manchas de sangre. Luego se la acercó de nuevo a la cabeza. Bridie notó que le temblaban las manos—. Eres una buena chica, Bridget, y muy bonita, además. Que esto quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

Bridie sonrió.

—Claro, señor. Gracias, señor.

Hizo una reverencia y salió de la habitación. Recogió la ropa sucia que había dejado en el suelo y al recorrer el pasillo se cruzó con el señor O'Lynch.

—¿Qué haces aquí, Bridie? —preguntó él.

—Estaba recogiendo la ropa de cama de la señorita Kitty, señor O'Lynch.

—Pues date prisa —replicó él sin detenerse.

Bridie se puso a canturrear mientras lavaba la ropa. Era la primera vez que alguien le decía que era bonita.

Las Arbolillo denunciaban ofensas a diario, y hacían innecesarios viajes a Ballinakelly para poder regresar cargadas con munición para el coronel Manley. Todas las mañanas, a la hora del desayuno, Hubert refería «atrocidades de violencia» perpetrados por los «condenados insurgentes». Metía la nariz en el *Irish Times* y gruñía y resoplaba como una vieja morsa al leer acerca de los asesinatos y los incendios cometidos contra el ejército británico y sus propiedades.

—Es hora de que el coronel Manley y sus hombres hagan una demostración de fuerza —decía antes de lanzarse a describirles los disturbios mientras las mujeres tomaban el té y untaban con mantequilla el pan de soda.

Los *black and tans* respondieron a los ataques con rapidez y contundencia. Cundió el rumor de que estaban llevando a cabo actos de represalia por toda Irlanda; entre ellos, asesinatos y abusos contra personas inocentes. Destruían tiendas y graneros, hogares y comercios. Paraban y registraban a hombres

aleatoriamente, les disparaban, los asaltaban, los detenían y torturaban, los amenazaban y deportaban. Daba la impresión de que los *black and tans* podían actuar a su antojo, sin freno alguno.

—Están por encima de la ley —le dijo Jack a Kitty cuando pudieron verse en el Anillo de las hadas—. El coronel Manley es el hombre más odiado de Ballinakelly. No tiene reparos en matar a hombres inocentes si cree que de ese modo consigue aterrorizar a la gente y doblegarla.

—Ten cuidado, Jack —dijo ella, acongojada—. Agacha la cabeza. Procura que no sospechen de ti.

—No me gusta decir esto, Kitty, pero tu abuelo debe andarse con cuidado. Yo que él, no me codearía con sujetos como Manley.

—Solo vino a cenar.

—Lo sé, pero se ha corrido la voz y va a meterse en un lío.

—Mi abuelo es muy mayor.

—Y no queremos que muera antes de tiempo.

Kitty palideció.

—La gente de Ballinakelly le tiene lealtad...

—No, Kitty, eso no es verdad —dijo Jack a regañadientes, y la agarró de los brazos como si quisiera zarandearla—. Esto es una guerra. No se trata de organizar comedores sociales y alimentar a los pobres. De todos modos, os guardan rencor. Fusilar a esos hombres después del Levantamiento de Pascua no ha favorecido a los ingleses. Oprimiendo al pueblo con actos de violencia solo van a conseguir que se ahonde su odio y que se unan en la determinación de ser libres.

La soltó un instante y acto seguido la estrechó entre sus brazos, apretándola contra él con una vehemencia que sorprendió a Kitty.

—Ojalá te marcharas —dijo.

—No digas eso, Jack.

—Temo por tu seguridad.

—Tú me protegerás.

Él le apretó la mano.

—No puedo. La única manera de que estés a salvo es irte a Londres...

—Te quiero, Jack.

—Ahora mismo desearía que no me quisieras. —Hundió la cara en su cuello—. ¡Y ojalá no te quisiera yo! Es una bendición y una desgracia.

Debido a la violencia reinante en Irlanda, Digby y Beatrice decidieron romper años de tradición y pasar los meses de verano en Deverill Rising, su casa de campo en Wiltshire. Los periódicos británicos estaban repletos de atrocidades perpetradas en nombre del nacionalismo irlandés, y Digby y Beatrice temían por el bienestar de sus primos angloirlandeses. Hubert y Adeline, sin embargo, confiaban en el gobierno británico y estaban convencidos de que, gracias a la actuación rápida y decidida de hombres como el coronel Manley, pronto se restablecería la paz.

—Necesita nuestro apoyo, Kitty —explicó Hubert cuando su nieta trató de disuadirle de que invitara al coronel al castillo.

—Pero es importante que parezcas estar *por encima* del conflicto, abuelo —argumentaba ella.

—Si fuera más joven, cogería mi escopeta e iría yo mismo a patrullar por las calles —respondía Hubert—. Manley es nuestra única garantía de paz en este condado y debemos dejar claro que apoyamos su labor. No fue precisamente con un corazón pusilánime como Barton Deverill, el primer lord Deverill, consiguió su título y sus dominios, sino mostrando lealtad a su rey. Nosotros hemos de hacer lo mismo para mantener el honor de la familia.

Kitty suspiró, apesadumbrada. Era absurdo discutir con su abuelo. Hubert había nacido en otro siglo, cuando el Imperio británico se hallaba en la cúspide de su poder. De modo que, para desesperación de Kitty, el coronel Manley se convirtió en un invitado asiduo a las cenas del castillo de Deverill, y ella tuvo que soportar su falso encanto y su condescendencia, pues a su modo de ver todas las mujeres eran como mariposas con las que jugar y a las que podía admirar o aplastar conforme a su capricho. Una de sus favoritas era Grace Rowan-Hampton, que, cuando no estaba en Dublín, venía con frecuencia de visita en compañía de su marido, sir Ronald. Kitty también tenía que sufrirla a ella, y soportar que su padre la mirara con ojos de cordero desde el otro lado de la mesa, mientras su madre era el vivo retrato del rencor.

Mientras los señores del castillo permanecían atrincherados en el pasado, temerosos de cualquier cambio, Ballinakelly avanzaba hacia un futuro distinto. El pueblo rebosaba espíritu antibritánico y abundaban en él los conspiradores, que brotaban como setas en cada rincón oscuro. La lucha por la libertad continuaba. Bridie tenía las tardes libres mientras Kitty cenaba en el comedor de la planta baja del pabellón, o en el castillo con sus abuelos. Aquellas cenas de cinco platos duraban horas, y Bridie corría a su casa tomando el atajo que cruzaba el bosque y encontraba a sus hermanos reunidos en torno a la mesa con sus amigos, hablando en voz baja y bebiendo cerveza negra. Cuando levantaba el pestillo de la puerta, la habitación quedaba inmediatamente en silencio y los hombres clavaban la mirada en la puerta temiendo que fueran los *black and tans*. Cuando comprobaban que solo era Bridie volvían a acercar las cabezas y a cuchichear, urdiendo planes como una panda de ladrones, con una baraja de cartas lista para disimular en caso de que hubiera una redada.

Jack solía estar presente. Sonreía a Bridie al verla entrar y ella le devolvía la sonrisa, animada por el cariño que reflejaban sus ojos. Se preparaba un cuenco de leche caliente, pan y azúcar, se sentaba en la mecedora de su madre y aplastaba el pan hasta hacerlo puré mientras los hombres hablaban de robar armas, de tender emboscadas a los Auxiliares y de asesinar al coronel Manley. Durante esas horas crepusculares, Bridie oía historias acerca de la brutalidad del coronel. Acerca de hombres detenidos, torturados y hasta asesinados cuando el coronel recorría el condado en busca de información, como un dragón que arrojara su fuego indiscriminadamente. En Ballinakelly, nadie suscitaba más odio que el coronel Manley.

En respuesta al creciente derramamiento de sangre, el gobierno británico declaró la ley marcial en la mayor parte del sur de Irlanda, reconociendo así al Ejército Republicano Irlandés como un ejército en guerra, y no como una banda de rebeldes asesinos. El domingo 21 de noviembre, catorce soldados británicos fueron asesinados en Dublín y, como represalia, la Real Policía Irlandesa abrió fuego contra los espectadores de un partido de fútbol, matando a catorce personas e hiriendo a muchas otras. Ese mes de diciembre, la violencia llegó a Cork con la quema de la ciudad por parte de las fuerzas británicas. Hubert leyó el *Irish Times*, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se le había agotado el vapor como a una vieja locomotora que hubiera llegado al final de la línea. Era todo demasiado horrible de contemplar y estaba sucediendo demasiado cerca de casa como para no

resultar preocupante, pues la ciudad de Cork se encontraba a ochenta kilómetros escasos de Ballinakelly. Después de aquello, Hubert se replegó en su mundo, donde abundaban las agachadizas, los conejos y los zorros que cazar y hacía buen tiempo para salir al campo con los perros. Hablaba de caballos, de carreras y de los buenos tiempos de su niñez, cuando la gente del pueblo sentía respeto por la familia y lealtad a la Corona, pero saltaba a la vista que la Guerra de Independencia había hecho al fin mella en él.

Adeline derrochaba paciencia con Hubert, pero las Arbolillo empezaban a ponerse ansiosas. Si Hubert estaba asustado, ¿qué esperanza había para *ellas*? Bebían la infusión de cannabis de Adeline, jugaban al *whist* y rezaban, porque solo Dios podía sacarlas de *ese* atolladero.

En enero de 1921 llegó al castillo la noticia de que el coronel Manley había sido asesinado justo a las afueras de Ballinakelly.

—¡Santo Dios! —exclamó Hubert al colgar el teléfono del vestíbulo y entrar en el comedor, donde Adeline y las Arbolillo estaban tomando el desayuno—. Era el teniente Driscoll. El coronel Manley ha sido asesinado.

Las mujeres ahogaron un grito de horror. Laurel dejó caer su taza, derramando el té.

—En una vieja granja de la carretera de Dunashee, ayer noche. No han encontrado su cadáver hasta esta mañana. El condenado idiota salió sin escolta. ¿Por qué creéis que haría tal cosa? ¿Eh? —Se sentó. De pronto parecían haberle caído encima sus setenta y cuatro años—. Dios mío, hace solo dos días estaba sentado aquí, a nuestra mesa.

Adeline meneó la cabeza.

—Las consecuencias serán terribles para Ballinakelly —dijo acongojada, pensando en los civiles inocentes que sufrirían las represalias.

—Es un revés muy desafortunado —dijo Hubert sacudiendo la cabeza—. Manley era un buen hombre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Laurel, pálida como la clara de un huevo.

—Sí, cuéntenos los detalles, Hubert —le imploró Hazel.

—Driscoll no tenía mucha información. Dice que Manley salió por la carretera de Dunashee ayer noche con uno de sus hombres... —Hubert miró a Adeline y arrugó el entrecejo—. ¡Él, que sabía mejor que nadie lo peligrosas que son esas carreteras aisladas!

—¿Qué ha sido del hombre que iba con él?

—Muerto a tiros.

—¡Qué espanto! —gimió Hazel.

—Bueno, ¿y qué le pasó al coronel? —insistió Laurel.

—Le apuñalaron en el costado.

—¡Qué espanto! —repitió Hazel.

—¿Con quién iría a reunirse en esa granja? —se preguntó Adeline en voz alta.

—El día es para los vivos, la noche para los muertos —comentó Laurel.

—¿Qué creéis que se traía entre manos? —Adeline entornó los ojos—. Me apostaría algo a que había una mujer de por medio.

—Una mujer con la que no quería que lo vieran —añadió Hazel, emocionada—. ¡Una católica!

—¿En la carretera de Dunashee? Lo dudo mucho —dijo Hubert—. Driscoll dijo que quería venir a hablar conmigo esta misma mañana.

—¿Te dijo por qué? —preguntó Adeline.

—No.

—No veo cómo puedes serles de ayuda.

—Yo tampoco —replicó Hubert.

—¡Ay, Señor! —exclamó Hazel—. ¡Un hombre tan encantador!

—Y tan guapo —agregó Laurel.

—Era un caballero. ¡Qué pena! Vamos a echar de menos su compañía —anunció Hazel, y sonrió—. Puede que me equivoque, pero habría jurado que estaba un poco prendado de nosotras.

Kitty estaba tumbada en la cama de Elspeth, hablando de la inminente boda de su hermana, cuando Bridie llamó a la puerta.

—Tengo una nota para usted, señorita Kitty —dijo, acordándose de que cuando no estaban solas tenía que tratar a su amiga con el debido respeto—. Han asesinado al coronel Manley —anunció, y vio que las dos jóvenes se incorporaban, sobresaltadas.

—¿Que lo han asesinado? ¿Cuándo? —preguntó Kitty.

—Anoche. Dicen que fue una emboscada.

—¡Santo cielo, qué horror! —exclamó Elspeth—. ¿Lo sabe nuestro padre?

—Creo que ya lo sabe todo Ballinakelly, señorita Elspeth —dijo Bridie.

—¡Y pensar que podría haberle pasado cuando venía para acá a cenar con el abuelo! —dijo Elspeth.

—No creo que la carretera de Ballinakelly sea muy idónea para una emboscada —repuso Kitty.

Miró el sobre que le había entregado Bridie y reconoció al instante la letra de Jack.

—¿De quién es la nota? —preguntó Elspeth.

—No lo sé. La leeré luego —dijo Kitty desdeñosamente mientras se guardaba el sobre en el bolsillo—. Creo que prefiero el encaje, Elspeth. A fin de cuentas, será primavera, y el encaje es tan bonito...

Bridie salió de la habitación preguntándose de quién sería la nota. El recadero que la había traído había preguntado expresamente por *ella* y le había dado instrucciones de que se la llevara a Kitty sin demora. Bridie tenía la horrible sensación de que Michael y Sean estaban implicados en el asesinato. Los había oído debatir ese asunto muchas veces. Si los cogían, los fusilarían, no había duda. Aunque solo sospecharan de ellos, los detendrían y torturarían. Su única esperanza era que todo el condado de Cork deseaba la muerte de Manley, y la policía no podía detener a todo el mundo.

Más tarde, cuando estuvo a solas, Kitty abrió la nota de Jack. *Estuviste con lady Rowan-Hampton anoche en su casa. Cenasteis solas. Ternera con patatas. Llegaste a las ocho y te marchaste a las once. J.* La asombró tanto que Jack tuviera algo que ver con el asesinato del coronel Manley que leyó la nota otra vez. ¿Por qué tenía que fingir que había cenado en casa de Grace? ¿Sospechaban de *ella*? Para el caso, lo mismo daría que dijera la verdad: que había cenado en casa con Elspeth y Harry mientras sus padres cenaban en el castillo con el reverendo Daunt y su esposa. Y, de todos modos, ¿por qué iban a sospechar de *ella*? En cuanto a Jack, se le aceleró el corazón al pensar en el peligro que corría. Matar al coronel Manley era un acto de traición. No había duda de que los implicados serían fusilados, en caso de que las autoridades dieran con ellos. Kitty sabía lo difícil que era encontrar a los rebeldes teniendo en cuenta que toda la población irlandesa los protegía. Pero ¿cómo vengarían los *black and tans* la muerte de su coronel?

Esa misma mañana, algo más tarde, el teniente Driscoll llegó en un coche, acompañado por dos vehículos del ejército llenos de Auxiliares y *tans*. No querían correr riesgos. Mientras sus hombres montaban guardia frente a la puerta y patrullaban los jardines, Driscoll fue conducido a la biblioteca, donde lo esperaba Hubert.

—Buenos días, lord Deverill —dijo el teniente.

—Buenos días, teniente Driscoll. ¡Vaya asunto! Tome asiento, por favor.

O’Flynn cerró la puerta y los dos hombres se quedaron a solas. Driscoll se sentó frente a Hubert, que sujetó un puro entre los dientes y procedió a encenderlo.

—Sí, en efecto, es un ejemplo repugnante de lo que es capaz de hacer esta gente. El coronel Manley era un hombre honrado, volcado en su trabajo. Hemos perdido a uno de los buenos, lord Deverill.

—Desde luego que sí. Como sabe, solía venir aquí a cenar. Bien, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Confío en que estemos solos —dijo Driscoll mirando a su alrededor con desconfianza.

—Lo estamos, en efecto.

—Entonces permítame hablar con franqueza. —El teniente se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrecruzó los dedos—. Tenemos motivos para creer que el coronel Manley se había citado con una mujer ayer noche.

Hubert levantó las cejas: Adeline estaba en lo cierto.

—Continúe.

—Llevamos algún tiempo sospechando de dicha mujer. La vigilamos estrechamente. Baste decir que se la ha visto con simpatizantes del Sinn Féin en Dublín. El coronel Manley quería tenerla cerca. Creemos que salió con intención de reunirse con ella, los dos solos, para una... —Titubeó, buscando la palabra adecuada—. Para una cita *amorosa*. Por eso salió sin escolta. Tenemos motivos para creer que ella hizo de cebo, pero asegura que ayer noche no se movió de casa.

—Y bien, ¿en qué puedo serle de ayuda?

—Usted tiene amistad con esa mujer, lord Deverill, y ella asegura que su marido estaba en Londres y que anoche cenó en casa, en compañía de su nieta, la señorita Kitty.

—Bueno, ¿y quién es esa mujer misteriosa? —preguntó Hubert con una risa socarrona mientras seguía fumando.

—Lady Rowan-Hampton.

Hubert se atragantó con el humo y empezó a toser.

—¡Santo cielo, hombre! ¡No es ninguna rebelde! ¡Valiente idea! ¡Una paparrucha, eso es lo que es! Pero, si quiere usted hablar con mi nieta, de buena gana mandaré a buscarla.

—Si es tan amable. Me gustaría aclarar este asunto lo antes posible.

Cuando mandaron a buscarla, Kitty cruzó los jardines del castillo con el corazón en un puño. Había quemado la nota de Jack, pero la había leído tantas veces que se la sabía de memoria. ¿Por qué necesitaba una coartada, si ya tenía una? Ella no era culpable de nada. ¿Y por qué tenía que decir que había estado con Grace? La sola mención de su nombre le revolvía el estómago.

Le sorprendió la cantidad de Auxiliares que había en torno al castillo. Nerviosos y alerta, con el dedo en el gatillo, parecían haber puesto sitio al castillo. La dejaron pasar y cruzó el pasillo hasta la biblioteca, donde la esperaban su abuelo y el teniente Driscoll.

Estrechó la gruesa mano del teniente y se sentó en el sofá.

—El teniente Driscoll quiere hacerte unas preguntas —dijo Hubert—. Sabes que el coronel Manley fue asesinado anoche, ¿verdad?

—Sí, abuelo —contestó ella, procurando que su voz sonara firme.

—Le pido disculpas por esta intrusión, señorita Deverill. Solo estoy cumpliendo órdenes. Lo único que necesito saber es dónde estuvo anoche.

—No creerá que tengo algo que ver con la muerte del coronel Manley, ¿verdad? —preguntó ella, alarmada.

Miró a Driscoll. El teniente tenía la cara redonda, lisa y sonrosada como la de un colegial, y el cabello rubio engrasado y peinado hacia atrás. Mientras le observaba, Kitty adivinó, horrorizada, que no era ella de quien sospechaban, sino de Grace. Era ella, Grace, quien necesitaba una coartada. En ese instante, el tiempo se detuvo. Kitty vio a su padre a través de la rendija de la puerta de aquella alcoba, vio moverse sus caderas adelante y atrás como las de un animal, mientras tomaba a la mujer a la que ella siempre había admirado. Sintió que el odio se agitaba en su estómago y le quemaba la garganta, y experimentó a continuación una intensa sensación de poder. Comprendió entonces que tenía la oportunidad de librarse de una vez por todas de Grace Rowan-Hampton. Si estaba involucrada en la muerte del coronel Manley, iría a la cárcel como mínimo. Pero Kitty miró a los ojos al teniente Driscoll y respondió:

—Estuve con lady Rowan-Hampton.

Tenía la sensación de estar dentro de un sueño, desconectada de su cuerpo, flotando sobre él, ajena a todo, impasible.

—¿En casa de ella?

—Sí, en efecto. ¿Por qué? ¿Me he metido en algún lío? —Miró a su abuelo

aparentando inocencia.

—No, en absoluto, querida mía. —Hubert se volvió al teniente Driscoll—. ¿Eso es todo?

El teniente Driscoll asintió con una inclinación de cabeza y suspiró como si le decepcionara que el interrogatorio no hubiera dado el fruto deseado.

—Sí, eso es todo. Gracias por su tiempo, señorita Deverill —dijo, y volvió a calarse la gorra.

—Siento muchísimo lo del coronel Manley —dijo Kitty—. Era un hombre encantador.

—Sí, lo era —dijo el teniente Driscoll al ponerse en pie. Se acercó a la puerta, pero al girar el pomo pareció acordarse de algo—. Señorita Deverill, una cosa más. ¿Qué cenaron?

Kitty le sostuvo la mirada con firmeza.

—Ternera. Odio la ternera. Estaba demasiado hecha y correosa.

Aquello pareció satisfacer y desalentar al teniente Driscoll en igual medida.

Cuando se hubo ido, Kitty se volvió hacia su abuelo.

—¿A qué viene todo esto?

—Ya sé que es ridículo. Le he dicho que Grace no tiene nada que ver con ese asunto.

—¿De qué la acusan?

—De haber hecho de cebo. La han visto codeándose con el enemigo en Dublín, o eso dicen. Por lo visto llevan algún tiempo vigilándola. Creen que anoche se había citado con Manley en esa vieja granja de la carretera de Dunashee y que, cuando él se presentó, ella o sus cómplices lo apuñalaron. Es lo más ridículo que he oído en mi vida. Grace es una dama, una dama inglesa, no una rebelde. Ya verás cuando Ronald se entere de esto.

Una imagen asaltó la mente de Kitty: la del coronel Manley penetrando a Grace en lugar de su padre. De pronto se sintió mareada y tuvo que volver a sentarse. A esa imagen siguió otra: la de Grace en aquella granja de la carretera de Dunashee, con un cuchillo oculto en la falda.

Kitty regresó al pabellón de caza y se puso rápidamente su traje de montar.

—¿Adónde vas? —le preguntó Elspeth, entrando en su cuarto.

—Necesito tomar un poco el aire.

Su hermana pareció decepcionada. Quería seguir hablando de su boda.

—¿Qué quería el abuelo?

—Está preocupado por las Arbolillo —contestó Kitty, improvisando.

—¿Por qué?

—No quieren salir de casa porque les dan miedo los rebeldes. Creen que van a asesinarlas, como al coronel Manley.

—No creo que nadie vaya a matar a dos ancianas indefensas.

—Eso le he dicho yo —mintió Kitty mientras se sujetaba el sombrero con un alfiler.

—Supongo que podríamos llevarlas a Ballinakelly una tarde. Si vamos con ellas, no tendrán tanto miedo.

—Claro —contestó Kitty con aspereza, harta de aquella mentira—. Hasta luego.

Elsbeth pareció preocupada.

—No pensarás ir sola a Ballinakelly, ¿verdad?

—No, voy a las colinas.

—¿Seguro que no es peligroso que vayas sola? ¿No deberías llevarte a Harry?

—Segurísimo. Que Dios ayude al rebelde que se atreva conmigo —dijo riendo, y salió de la habitación.

Kitty galopó por las colinas hasta llegar a casa de Grace. Ovejas y vacas pastaban apaciblemente en la espesa hierba de los prados, indiferentes al frío. Mientras cabalgaba, sintió que el viento la despojaba de su ira como si tuviera dedos y, adueñándose de su rencor, lo arrojara lejos de ella. Sintió que el amor por Irlanda henchía su corazón como un globo. Cuanto más miraba a su alrededor el campo agreste y rocoso, más grande se hacía el globo, hasta que tuvo que echarse a reír de puro gozo. Espoleando a su caballo, saltó un muro de piedra. Gozaba del riesgo, y se consideraba demasiado diestra para caerse del caballo.

Cuando llegó a la gran mansión de piedra gris en la que vivía Grace, desmontó en el establo y dejó su caballo en manos del mozo. Se quitó los guantes y entró en la casa por la puerta principal.

—Vengo a ver a lady Rowan-Hampton —le dijo al mayordomo, que pareció sorprendido y un poco incómodo cuando Kitty pasó por su lado sin esperar en el vestíbulo, como era costumbre.

—Iré a informar a la señora —dijo el mayordomo, apretando el paso tras ella.

—¡Grace! —gritó Kitty.

Antes de que el mayordomo llegara a la sala de estar, Grace apareció en la puerta. Estaba pálida y ojerosa, pero su vestido de color carmesí y su chaqueta verde reflejaban su gusto habitual por los colores brillantes. Kitty no creía que tuviera valor para apuñalar a un hombre.

—No pasa nada, Brennan. ¿Podría traernos té?

—Sí, señora —contestó el mayordomo, frunciendo los labios y lanzando a Kitty una mirada de desaprobación.

—Pasa, Kitty. —Sonrió cuando Kitty entró tras ella en la estancia—. Así que por fin me llamas Grace —dijo con satisfacción.

—Resultaría extraño que te llamara lady Rowan-Hampton en vista de que somos tan amigas. Tengo entendido que anoche cenamos juntas.

Grace se volvió y la miró con solemnidad.

—Te doy las gracias por ello, Kitty —dijo con voz queda.

Kitty pasó a su lado y se sentó en el guardafuegos, delante de la chimenea.

—Bueno, ¿vas a decirme qué está pasando?

Grace se sentó a su lado. Bajó la voz, aunque sus ojos brillaban febrilmente.

—Yo estaba allí anoche —dijo—. Con Michael y los chicos...

Kitty se quedó boquiabierta.

—¿Tú lo mataste?

Grace la miró fijamente.

—No —dijo—. Fue Jack.

—¿Jack?

—*Tu* Jack.

Kitty se quedó de piedra. Creía que nadie sabía lo suyo con Jack, y menos aún Grace.

—No entiendo. ¿Cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas, Kitty. Sé que eres de los nuestros, por eso decidí convertirte en mi coartada.

—No tenías elección. Mi madre no habría mentido por ti. Y dudo que algún otro de sus amigos ingleses lo hubiera hecho.

—Pero yo sabía que tú sí lo harías.

—¿A pesar de saber que no me agradas?

—Sabía que lo harías, no por mí, sino por Jack. —Grace bajó los ojos, apesadumbrada—. Sé por qué te desagradó, pero no voy a disculparme por eso.

—Qué valor tienes, Grace.

—Confío en mi instinto.

—Entonces, ¿era una prueba?

—En cierto modo, sí.

—¿Y no has sido quizás un poco temeraria? Una palabra mía y podrías haber acabado en la horca.

Los labios de Grace dibujaron una pequeña sonrisa.

—Pero no has dicho nada, ¿verdad? Me arriesgué y acerté.

—Te he procurado una coartada y te he salvado la vida, lo que significa que estás en deuda conmigo.

—No, significa que ahora eres de los nuestros.

Kitty levantó una ceja. Aquello la alegraba.

—¿Estoy implicada, le guste a Jack o no?

—En efecto, que es lo que siempre has querido. ¿Me equivoco?

—Bien, ¿y qué hago ahora? —preguntó Kitty.

Grace volvió los ojos hacia la puerta. Brennan acababa de entrar con el té, seguido por una joven doncella cargada con un pastel en una bandeja.

—¡Ah, el té! Creo que esto va a ser el principio de una amistad muy interesante.

Al regresar al pabellón de caza, Kitty mandó llamar a Harry y Elspeth a su habitación. Cuando llegaron, cerró la puerta y se apoyó contra ella como si temiera que alguien los oyera o les espíara. Había mirado tantas veces por el ojo de las cerraduras que siempre sospechaba de los demás.

—Necesito vuestra ayuda —dijo, muy seria.

Elspeth miró a Harry.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Estás metida en un lío? —inquirió su hermano.

—No, pero tal vez me meta en uno si decidís no ayudarme.

—Te ayudaremos, ¿verdad que sí, Harry?

—Claro —convino él—. ¿Cuál es el problema?

Kitty respiró hondo.

—No puedo explicaros el motivo, pero necesito que finjáis que no estuve con vosotros anoche. Que no cenamos juntos. Fui a cenar con lady Rowan-Hampton.

Harry arrugó el ceño.

—¿Por qué?

—Ya os he dicho que no puedo explicároslo. Tenéis que hacerme ese favor.

Es complicado.

—¿Por eso te mandó llamar el abuelo esta mañana? —preguntó Elspeth.

—Sí —reconoció Kitty—. Por eso.

Elspeth sonrió.

—Parecías un poco preocupada.

—Bueno, ¿vais a hacer eso por mí? Si alguien pregunta, quien sea, *no* estuve con vosotros.

Harry asintió en silencio. Teniendo en cuenta el secreto que le guardaba Kitty, era lo menos que podía hacer por ella. Elspeth también dijo que sí, aunque ansiaba conocer el motivo.

—Te doy mi palabra —dijo.

—Gracias. —Kitty sonrió—. Antes pensaba que nunca seríamos amigas.

Harry también sonrió.

—No hay nada que una más a la gente que guardar un secreto.

Elspeth estuvo de acuerdo, aunque ignoraba que Kitty guardara un secreto relativo a su hermano.

—Y no hay nada que una más a dos hermanas que una madre egoísta.

Bridie se equivocaba al pensar que los *black and tans* no podrían detener a todo el mundo. Llegaron con sus vehículos del ejército, sus armas y su sed de venganza y reunieron a todos los hombres jóvenes de Ballinakelly mientras las mujeres lloraban y se aferraban a ellos, temiendo no volver a verlos. Entre ellos estaban Michael, Sean y Jack. Se los llevaron a todos, Dios sabía dónde. Bridie sollozaba en la cama de Kitty mientras su amiga la abrazaba con fuerza, tratando de no dejarse llevar por el sentimiento y dar rienda suelta a sus propias lágrimas. La señora Doyle echó a perder el almuerzo y cuajó la crema en exceso, lo que era muy mala señal. Pidió el día libre, a lo que Adeline accedió enseguida, y pasó la tarde en la iglesia con su madre y las demás mujeres del pueblo, encendiendo velas, rezando rosarios y novenas y haciendo pactos con Dios.

Bertie, que se enteró por su padre de que Grace era sospechosa, fue a verla en coche de inmediato. Aparcó el Daimler delante de la casa y llamó a la puerta. El mayordomo lo condujo a la sala de estar, donde su señora estaba sentada al escritorio, escribiendo cartas.

—¡Bertie! —exclamó alegremente al ver que estaba sobrio y preocupado. Dejó su pluma y se levantó—. ¿Qué ocurre?

El mayordomo cerró discretamente la puerta, como tenía por costumbre, y los dejó solos.

—Me he enterado de que intentan implicarte en el asesinato de Manley. No he...

—¡Ah, eso! —dijo ella desdeñosamente, interrumpiéndole en mitad de la frase—. Bueno, solo están haciendo su trabajo. No sé por qué habrá salido mi nombre a relucir. Pero así ha sido.

Bertie trató de abrazarla, pero ella le esquivó y se acomodó en el sillón, junto al fuego.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tú? —preguntó él mientras se paseaba por la habitación, agitado.

Grace suspiró.

—Imagino que tiene algo que ver con el hecho de que enseñe inglés a los niños del pueblo. Sus hermanos mayores y sus padres también vienen, y hablamos. Sospechan de la gente que se reúne, ¿no es cierto? Es natural. Por lo visto, creen que me reúno con gente del Sinn Féin en Dublín. —Soltó una risa ligera, como si fuera una idea absurda—. ¡Yo no soy la condesa Markievicz! —añadió refiriéndose a la célebre rebelde encarcelada tras el Levantamiento de Pascua.

—Pero ¿por qué te han relacionado con Manley? —insistió Bertie. El ardor de sus mejillas revelaba sus celos.

—Porque Manley se había encaprichado de mí.

—¿Manley?

Ella se rio otra vez.

—Era un donjuán incorregible. Seguro que lo sabías. No me dejaba en paz. Era muy pesado, la verdad.

—¡Pero eres una mujer casada!

Ella enarcó una ceja.

—Eso *a ti* no te detuvo.

—Lo mío es distinto. Nosotros somos de la nobleza. ¡Él no es más que un soldado profesional!

—Fuera lo que fuese, ha dejado de serlo —puntualizó ella.

—¿Por qué rayos creen que te habías citado con él?

—Porque están desesperados y se agarran a cualquier cosa, mi queridísimo Bertie. —Entornó los ojos y sonrió con indulgencia, como si él fuera un niño petulante—. No creerás que estuve allí, ¿verdad?

—¡Claro que no! Es absolutamente ridículo que tu nombre haya salido a relucir en relación con Manley. Es ridículo, y así se lo he dicho a ellos.

—Estuve con Kitty —añadió ella, y observó atentamente su reacción.

Bertie pareció incómodo.

—Ya me lo ha dicho mi padre.

—Nos hemos hecho amigas —dijo Grace con calma.

Los ojos de Bertie se ensombrecieron, llenos de temor, cuando advirtió el tono de su voz.

—Lo que va a tener consecuencias para nosotros —dijo, adivinando sus intenciones.

—Sí. Me temo que nuestra aventura tiene que acabar.

Bertie palideció.

—¿Acabar? ¿Por qué? He dejado la bebida por ti, ¿acaso no es cierto?
Grace se levantó y tomó sus manos.

—Ella sabe lo nuestro. No sé cómo, pero lo sabe y eso ha impedido que fuéramos amigas todos estos años. He sido una idiota por no haberme dado cuenta antes. —Miró su rostro compungido—. Lo siento, Bertie, pero esto ha llegado a su fin.

—¿Grace, por favor! Nuestra aventura no tiene nada que ver con Kitty. ¡Te quiero!

—Y yo a ti, querido Bertie.

—Maud nunca te ha importado.

—Maud es el motivo por el que te arrojaste en mis brazos. Ella se ha forjado su propio destino. Kitty, en cambio, solo es una chiquilla inocente.

—No es ninguna chiquilla. Es una joven de veinte años, por amor de Dios.

—Es amiga mía. Me ha demostrado lealtad, y yo quiero corresponderle de la misma forma —dijo ella con decisión.

Bertie frunció el entrecejo.

—¿Lealtad? ¿Qué tiene que ver la lealtad con esto?

Grace suspiró.

—No puedo explicártelo. Es un asunto de mujeres. Kitty ha hecho algo por mí y no puedo pagarle siendo la amante de su padre por más tiempo. No sería honorable.

—¿Desde cuándo te preocupa el honor? ¡Antes nunca te había importado!

—Antes nunca había estado en entredicho.

Bertie se sonrojó, iracundo.

—No te entiendo, Grace. Creía que me querías.

—Te quería y sigo queriéndote, pero no se puede tener todo en la vida. A veces uno tiene que hacer, sencillamente, lo correcto, aunque le rompa el corazón.

Bertie se acercó a la ventana y contempló los jardines en silencio. Permaneció allí un rato, ensimismado. Por fin giró sobre sus talones.

—No voy a renunciar a ti, Grace. Te daré tiempo para que recapacites. —Se dirigió a la puerta—. No creo que puedas despedirme sin más, después de lo mucho que hemos significado el uno para el otro. No voy a aceptarlo.

Con esas, abrió la puerta y salió, cerrando de un portazo que reverberó en la sala. Grace se apoyó en el respaldo del sillón para sostenerse en pie y dejó escapar un suspiro melancólico. Estaba dispuesta a sacrificar todo lo que

amaba por la libertad de Irlanda.

—Deberían colgarlos a todos —dijo Hubert esa noche mientras volvía a llenar de whisky su vaso en la bandeja de los licores.

Adeline y las Arbolillo estaban sentadas en el sofá y Maud apoyada rígidamente en el guardafuegos mientras su marido se paseaba por la sala, distraído.

—Se han llevado a los hijos de la señora Doyle, Hubert —dijo Adeline—. No creo que formen parte del complot.

—Estoy segura de que os son leales —afirmó Laurel.

—¡Oh, sí! Muy leales —convino Hazel.

—No le son leales a nadie, excepto a sí mismos —terció Maud—. Yo estoy de acuerdo con Hubert. Deberían colgarlos a todos, hasta el último.

—El problema es que son muy escurridizos. Dificiles de atrapar —comentó Hubert.

—Bueno, han detenido a muchos hombres de Ballinakelly, ¿no? —preguntó Maud.

—Y de otros sitios también —añadió Adeline—. No pueden ser todos culpables.

—Pero los tratarán como si lo fueran —añadió Maud—. Tendrán que pagar justos por pecadores, pero si de paso consiguen atrapar a unos cuantos culpables yo diría que habrá valido la pena. Son unos brutos. Veo cómo me miran con esos ojos llenos de odio cada vez que voy a Ballinakelly, cosa que procuro no hacer, como no sea para ir a la iglesia. No me fío de ninguno de ellos. Ni siquiera de los que trabajan para nosotros.

—Por favor, Maud... Estás llevando las cosas demasiado lejos —dijo Adeline con una sonrisa.

Maud se encrespó. Adeline la trataba como si fuera risible, como si todas sus opiniones fueran frívolas y egoístas.

—Hazel y Laurel opinan lo mismo, ¿verdad que sí? —preguntó apelando a las Arbolillo.

—Bueno, yo estoy un poquitín asustada —respondió Laurel.

—Sí, desde el incidente de la piedra —añadió Hazel—. Pero aquí me siento segura. El servicio es de fiar, no me cabe duda.

—Lo es —afirmó Hubert—. Indudablemente.

—Lo será hasta que los suyos les aprieten las tuercas para que nos traicionen —dijo Maud en tono sombrío, con las manos metidas en los bolsillos y una expresión amarga—. ¿Vas a participar en la conversación, Bertie, o vas a seguir mareándonos a todos con tu ir y venir por la sala? Me estás dando dolor de cabeza, la verdad.

Bertie levantó la vista, sorprendido.

—Estaba pensando que, si encarcelan a todos los muchachos que se han llevado, no quedará nadie en Ballinakelly para trabajar —mintió, tratando de apartar sus pensamientos de Grace.

—Igual que en Inglaterra durante la guerra —dijo Maud—. Las mujeres tendrán que arremangarse.

—Que es lo que hacen ya —repuso Adeline—. ¿Dónde está Harry y las chicas? ¿No quieren cenar?

Cuando Elspeth, Kitty y Harry llegaron, sofocados de la cacería, la conversación derivó rápidamente hacia la inminente boda de Elspeth. Maud, como de costumbre, se las había ingeniado para que todo girara en torno a ella, dando su opinión sobre la lista de invitados, el atuendo de las damas de honor y los pajes y la organización del servicio religioso.

—Va a ser alegre y lujosa, lo que espera la gente de una boda de los Deverill, aunque el novio quizá no esté a la altura para algunos. Es justamente lo que necesitamos para alegrarnos un poco. Algo positivo de lo que hablar, para variar.

—¡Ay, sí! —exclamó Hazel emocionada—. Será agradable leer algo positivo sobre Irlanda en los periódicos británicos.

—La boda de Victoria salió en el *Tatler* —añadió Laurel con orgullo.

—Porque se celebró en Londres —dijo Elspeth—. No creo que *mi* boda vaya a interesarle a nadie especialmente. —Sonrió de oreja a oreja—. De buena gana me casaría en un pajar.

—A fin de cuentas, en un pajar se refugiaron María y José —dijo Harry lacónicamente.

Adeline se rio.

—¡De veras, Harry, a veces dices unas cosas preciosísimas!

—¿Cuándo vas a casarte *tú*? —preguntó Hazel.

—¡Ah, sí! *Esa* sí que será una ocasión espléndida —comentó Laurel.

—Harry todavía no ha encontrado novia —dijo Maud enfáticamente.

—No hay prisa —terció Hubert—. Tómame tu tiempo, Harry. Explora el

terreno. Hay muchas chicas entre las que elegir.

—En Irlanda, no —añadió Maud apresuradamente—. Deberías ir a Londres. Allí podrás escoger entre lo mejorcito. —Miró a Bertie, que no estaba escuchando.

—Estoy bien aquí —dijo Harry, y el modo en que estaba arrellanado en los cojines del sillón daba a entender que no tenía intención de marcharse *nunca*.

—Muy bien, Harry —convino Hubert—. No hay nada como el hogar, ¿eh?

—Nada, en efecto —repuso Harry. Miró a Kitty a los ojos y ella le dedicó una sonrisa cómplice—. Si quieres que me vaya, mamá, tendrás que arrancarme del suelo irlandés como si fuera una lapa pegada a una roca.

Dos larguísimos días después, los hombres fueron liberados. Kitty encontró al fin una nota en el muro con un lugar y una hora de encuentro. Se la guardó en el bolsillo de la falda y, llena de felicidad, volvió corriendo al pabellón de caza para ponerse el traje de montar. Tocó el timbre para que subiera Bridie.

—¡Los han soltado! —exclamó cuando su amiga apareció en la puerta.

—Lo sé, me lo ha dicho mi madre. Pero ¿en qué estado? Michael tiene un ojo hinchado. Los han molido a palos.

—Pero ¿no han acusado a nadie?

—No.

Kitty se quitó la falda y la dejó en el suelo, a sus pies.

—¿Los han soltado a todos?

—A todos. —Bridie sonrió—. El padre Quinn acudió en su auxilio. Dijo que estaban en misa.

—¿Toda la noche?

—Dijo que los obligó a quedarse porque quería hacerles entrar en razón.

—Pero no es cierto, evidentemente.

—Nadie discute con el padre Quinn.

—Dame mi traje de montar. Voy a salir.

—¿Sola?

—¿Acaso no salgo siempre sola y vuelvo de una pieza?

—No tientes al destino, Kitty —dijo Bridie, alarmada—. Es peligroso que una chica inglesa como tú salga por ahí sola.

Kitty se volvió hacia ella, enfadada.

—¡Soy tan irlandesa como tú, Bridie, y estoy harta de decirlo! Lo que

importa es lo que llevas en el corazón.

—Prueba a decirle eso a Michael.

—Díselo tú en mi lugar, entonces —replicó Kitty, convencida de que Michael y los demás sabrían muy pronto hasta qué punto era irlandesa.

Una vez vestida, salió de la habitación sin mirar atrás. Solo pensaba en ver a Jack y en curar sus heridas con besos tiernos. Bridie recogió su ropa y la puso sobre la cama. Colgó la blusa en una percha y la guardó en el ropero. Luego recogió la falda y la sacudió. Al hacerlo, oyó un crujido de papel en el bolsillo. Metió la mano dentro y sacó la nota. Normalmente no se le habría ocurrido leer una carta privada, pero esta tenía algo de irresistible. Era pequeña y estaba arrugada como si la hubieran plegado una y otra vez hasta convertirla en un cuadrado pequeñísimo. Incapaz de resistirse a su influjo misterioso y sabiendo instintivamente que tenía algo que ver con la precipitada partida de Kitty, la abrió.

Al leerla, su cara enrojeció hasta la punta de las orejas. No necesitó leer la *J* del final porque supo enseguida que era de Jack. Oyó su voz como si pronunciara las palabras en voz alta. Se dejó caer en la cama y se echó a llorar como una niña. Luego apretó la nota contra su corazón y ahogó un alarido. Jack había puesto fin a la nota diciendo: *Mi amor sigue, como siempre, intacto, J.*

Todo ese tiempo, Kitty se había estado escabullendo a sus espaldas para ver a Jack. Las veces en que miraba por la ventana distraídamente, las sonrisas soñadoras que arrebolaban su rostro, las súbitas prisas con que ensillaba su caballo y salía a montar por las colinas, todo era por Jack. Y ella había creído que estaba enamorada del señor Trench. ¡Qué estúpida era! Todo ese tiempo, Kitty había querido a Jack y, lo que era más importante, Jack la había querido a *ella*. Con mano trémula, volvió a guardar la nota en el bolsillo de la falda. Kitty no debía enterarse de que la había leído. No debía saber que acababa de romperle el corazón. Que se lo había roto en mil pedazos, pensó Bridie, desesperada. Tan roto estaba que no habría forma de recomponerlo.

Kitty llegó al Anillo de las Hadas. Jack estaba esperándola. Cuando se aseguró de que venía sola, salió de detrás de una de las rocas. La alegría de Kitty se borró de un plumazo cuando vio su cara ensangrentada y su brazo izquierdo, vendado y sujeto por un cabestrillo.

—¿Qué te han hecho? —gimió, descabalgando de un salto y corriendo hacia él.

—Tranquila, estoy bien.

—¡Te han herido! —Sus ojos brillaron. Después, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Acarició su cara magullada con los dedos. Jack tenía un ojo completamente cerrado—. Mataré al que te ha hecho esto, Jack —musitó.

—No, si yo me adelanto —contestó él con una sonrisa, y luego hizo una mueca de dolor—. También me han roto un par de costillas.

—¡Jack! —Ella besó suavemente su boca—. ¡Qué tonto eres!

—Pero tú me quieres aunque sea tonto, ¿verdad?

Ella se rio.

—Claro que te quiero, tontuelo mío. No pensé que el padre Quinn fuera a dar la cara por vosotros.

—¿El padre Quinn? Es de los nuestros, Kitty.

Ella arrugó el ceño.

—¿De los vuestros?

—Nos esconde las armas en la sacristía.

—¡Dios nos proteja! —exclamó ella.

—Nos protegerá. Dios está de nuestra parte, eso es seguro. —Jack deslizó la mano buena por el cuello de Kitty, bajo su pelo—. Gracias por proporcionarle una coartada a Grace.

—Lo hice por ti, no por ella.

—Lo sé.

De pronto, una oleada de emoción embargó a Kitty.

—Sedujo a mi padre, Jack. Es su amante desde hace años. —Dejó escapar un suspiro trémulo—. La odio desde que los vi... en la cama... en el baile de verano... —dijo apoyando la frente sobre el hombro de Jack.

—No pasa nada, Kitty. Él sigue siendo tu padre, haga lo que haga. Es una vergüenza que tuvieras que ver eso, nada más.

—Me ha atormentado durante años.

—Ya basta, entonces. Basta de odio. Grace es una buena mujer.

Kitty levantó la cara y le miró con fijeza.

—Le he dado una coartada. Ahora estoy implicada.

Jack negó con la cabeza.

—No, no lo estás.

—Sí —dijo ella con más firmeza—. Tú me has implicado. Ya no hay vuelta

atrás. Voy a unirme a la lucha, Jack. Estamos juntos en esto.

—No quiero que sufras.

—Entonces deberías haberlo pensado mejor antes de utilizarme. Seré útil, Jack, ya lo verás. No te arrepentirás. Algún día celebraremos juntos la independencia de Irlanda.

—Brindaría por eso —dijo Jack acariciando su barbilla con el pulgar.

—Ya que no podemos brindar, bésame.

Kitty levantó la cara y cerró los ojos, aferrándose a esa idea con cada fibra de su ser.

Bridie necesitaba aire. Se enjugó los ojos con la manga y se dirigió a la puerta. Pero, justo cuando echaba a andar por el pasillo, las lágrimas se le agolparon en los ojos y volvieron a correr por sus mejillas sin que pudiera hacer nada por retenerlas. Bajó la cabeza y siguió adelante con la vista nublada y el pecho oprimido por el peso de la pena. De pronto chocó de bruces con el señor Deverill. Reconoció sus zapatos de inmediato y ahogó un grito de horror por haber sido tan descuidada. Retrocedió con la cabeza agachada y masculló una disculpa.

—¿Estás llorando, Bridget?

Ella no tuvo fuerzas para corregirle.

—No, señor Deverill. Es que se me ha metido algo en el ojo. Siento haberme puesto en su camino.

—No te has puesto en mi camino —respondió él, trabándose un poco, y Bridie notó el olor a whisky que exhalaba su aliento. No era del todo desagradable.

—Sí, estás llorando. Veo lágrimas. Muchas, además. Esto no puede ser, Bridget. Una chica tan bonita como tú, llorando. Espero que no sea por un hombre. No valen la pena, ¿sabes? La mayoría son una panda de sinvergüenzas.

Bridie empezó a llorar.

—Lo siento... —farfulló ocultando la cara.

—Ven, no te quedes en el pasillo. —La condujo hasta sus aposentos privados—. Siéntate en la cama y deja que te seque esas lágrimas.

Ella hizo lo que le decía.

—Es usted muy amable, señor.

—Es lo que haría cualquier caballero. —Abrió el cajón de arriba de su cómoda y sacó un pañuelo limpio. Se arrodilló delante de ella y le enjugó suavemente los ojos—. Así, eso está mejor. No se puede permitir que las lágrimas estropeen una cara tan bonita.

Cada vez que la llamaba «bonita», a Bridie se le encogía el corazón de anhelo.

—No creo que yo sea bonita —dijo con tristeza, hipando.

—Eres bonita, muy bonita. —Él se tambaleó un poco—. Y joven. Demasiado joven para haber tenido tiempo de romperle el corazón a un hombre. Pero lo harás, ¿sabes? Todas lo hacéis.

Bridie levantó los ojos y le miró desconcertada. Él la miraba con una expresión extraña. Bridie no había visto nunca esa mirada, pero la reconoció instintivamente. Era deseo. Sintió un súbito anhelo de complacerle y alargó la mano para tocar su cara. Le temblaban los dedos y por un momento pensó horrorizada que él iba a agarrarle la mano y a gritarle. Pero no lo hizo. Deslizó la mano por su cuello y la atrajo hacia sí para poder besarla. Era la primera vez que la besaba un hombre, pero la humedad de su lengua introduciéndose entre sus labios y rodeando la suya y su sabor a whisky eran profundamente embriagadores, y Bridie se rindió a esa sensación y dejó que sus párpados se cerrasen.

Un momento después estaba tendida en la cama y el señor Deverill besaba su cuello. Se le agitó la respiración y el sudor comenzó a acumularse en gotas en su nariz. Él le desabrochó los botones de la blusa y deslizó la mano dentro, palpó la suave elevación de su seno y su pezón erecto y duro. Bridie dejó de pensar. Consciente únicamente de aquellas sensaciones extrañas y desconocidas que la embargaban, cedió al irrefrenable despertar de sus terminaciones nerviosas. Él besó su pecho, lo acarició con la lengua, y un estado de excitación que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Bridie. Luego, él le subió la falda y acarició su muslo, y ella apenas pudo evitar retorcerse de placer. Oía la respiración del señor Deverill, profunda, agitada, urgente, mientras sus dedos se deslizaban hacia lo alto de su muslo, donde no pudieron avanzar más, y el placer de sus caricias aumentó más aún, dejando a Bridie aturdida y ajena al dolor que le oprimía el corazón.

Salió momentáneamente de su estupor al sentir que algo duro se introducía dentro de ella. Sintió una punzada de dolor que desapareció enseguida. Rodeó al señor Deverill con los brazos, cerró los ojos de nuevo y le dejó hacer lo

que quisiera. El señor Deverill creía que era bonita. La estaba besando y amándola como si fuera la única mujer que le importaba en el mundo. La imagen de Kitty apareció un instante en la mente de Bridie haciéndola esbozar una sonrisa vengativa, pero esa sonrisa fue fugaz, pues al instante volvió a sumirse en el firme abrazo de un hombre que pensaba que era bonita.

Kitty le fue útil a Jack, en efecto. Dado que era una Deverill, ningún miembro de la Real Policía Irlandesa la paraba nunca ni la registraba cuando iba al pueblo. Nadie le preguntaba dónde iba ni con qué propósito. Podría atravesar Ballinakelly llevando armas en la cesta sin que nadie moviera una ceja. Era emocionante por partida doble: porque le entusiasmaba la idea de hacer algo ilegal y porque disfrutaba contribuyendo, en pequeña medida, a liberar Irlanda del dominio británico.

Después de que los hombres fueran puestos en libertad gracias a la intervención del padre Quinn, tuvieron que extremar la cautela. El cura no podría salvarlos por segunda vez. La policía sospechaba de todos y los paraba y registraba continuamente, cuando iban a misa, cuando se reunían al final de la jornada para tomar una pinta de cerveza negra en la taberna de O'Donovan o cuando compraban y vendían ganado en la feria mensual. El acoso era constante. Así pues, Kitty y Grace se volvieron más valiosas que nunca. Hasta Michael tuvo que reconocer que las necesitaban, aunque siguiera creyendo que eran inglesas.

Kitty desconfiaba de Michael Doyle. Lo conocía de vista como el hermano de Bridie, pero era mucho mayor que ella, y tan serio y hosco que le daba un poco de miedo. Era fuerte y robusto como todos los Doyle, pero carecía de la bondad de su difunto padre y de la sensibilidad de su hermano Sean. Era, no obstante, más alto y guapo que ambos y poseía un carisma amenazador que las mujeres parecían encontrar irresistible. De hecho, Bridie le había contado que las chicas de Ballinakelly estaban dispuestas a hacer cualquier cosa por su hermano, tal era su poder de atracción. A Kitty, en cambio, la asustaba. Tenía una mata de rizos negros que le caía sobre la frente y le daba el aspecto esquivo y taimado de un cazador furtivo, y sus ojos negros eran duros como el carbón, su mandíbula rígida como la madera y su mirada tan firme como el cañón de una pistola. Nadie se metía con Michael Doyle. Solo Grace parecía inspirarle respeto y admiración, a pesar de que representaba todo lo que él despreciaba.

A medida que Kitty se volvía indispensable para la causa, el resentimiento de Michael fue enconándose. Parecía detestar todo lo que tenía que ver con ella, desde sus finas ropas hasta su vida regalada y su aguda inteligencia. Hacía comentarios despectivos acerca de ella cada vez que tenía ocasión y disimulaba mal su desagrado bajo una fina capa de sarcasmo. En lo que a él respectaba, Kitty formaba parte del poder opresor contra el que luchaban.

—Puede que tenga una visión romántica de una Irlanda libre, pero lo que no ve es que aquí no hay sitio para ella —decía mientras bebía un vaso de cerveza negra—. Luche o no, sigue siendo una de ellos.

Jack la defendía apasionadamente, lo que solo hacía que Michael le despreciara también a él por haber conquistado el corazón y la estima de Kitty. Los vigilaba como un chacal a un par de corderos, y los miraba con malignidad. Pero Kitty sabía defenderse y disfrutaba dando rienda suelta a su temperamento.

—Quizá yo no haya sufrido tanto como tú, Michael, y mi familia sea originaria de Inglaterra, pero mi corazón es irlandés hasta la médula, igual que el tuyo. Estoy arriesgando mi vida yendo de acá para allá con mensajes y munición, y hasta viniendo aquí, a tu casa. Y no lo hago por diversión, ni por romanticismo, sino por Irlanda, y tú lo sabes. Intenta superar tus prejuicios, porque no te hacen ningún bien. Estamos en esto juntos y tenemos que apoyarnos mutuamente o no llegaremos a ninguna parte.

Michael clavaba en ella sus ardientes ojos negros y ella sentía su desprecio como si pudiera traspasarle la piel. Él buscaba palabras para humillarla, pero ella, que contaba con la ventaja de una educación refinada, era más elocuente, y eso parecía enfurecerlo aún más. Nadie hacía tanta mella en su hombría como Kitty Deverill.

En la primavera de 1921 Elspeth se casó con Peter MacCartain en la iglesia de Saint Patrick de Ballinakelly. La familia y unos pocos amigos que se animaron a venir desde Londres se reunieron para celebrarlo durante cuatro días, a pesar de las noticias alarmantes que difundían los periódicos. Los gruesos muros del castillo y la presencia policial en la finca tranquilizaron a los invitados. Maud estaba decidida a mostrar a sus amigos de Londres la faceta más lujosa y resplandeciente de Irlanda. No escatimó en gastos. Estaba, además, decidida a ocultar los defectos del novio con un derroche de lujo y

confiaba en que nadie notara que Peter no tenía título, ni fortuna alguna digna de mención.

El castillo se llenó de invitados ingleses. El primo Stoke y Augusta ocuparon sus habitaciones de siempre encima del vestíbulo, pero después de la primera noche se quejaron del ruido que subía del salón de abajo y fueron debidamente trasladados a la parte más retirada del castillo. Augusta, no obstante, se quejó amargamente de la humedad de las sábanas y del extraño ruido de pasos en plena noche, de modo que volvieron a instalarse en las habitaciones de encima del vestíbulo. Augusta hizo perder el tiempo a los sirvientes tratando de encontrar unos tapones para los oídos, quejándose de que, si no la mataban los rebeldes, la mataría aquella boda. Adeline tuvo que hacer acopio de paciencia.

Maud se había encargado de que Hubert tuviera ropa para la ocasión: no podía permitir que la humillara con su vestimenta andrajosa. Mandó sus medidas al sastre de Bertie en Savile Row y le regaló un frac bellamente cortado para el baile, una chaqueta de terciopelo verde para la cena y la tradicional levita para el oficio religioso. Hubert resopló con fastidio y se quejó a su mujer.

—Intenta cambiarme, la muy tonta. ¿No sabe acaso que este perro es ya demasiado viejo para aprender trucos nuevos?

Hizo caso omiso de su flamante vestuario y, refunfuñando con terquedad, volvió a ponerse su ropa raída. Maud se indignó. No solo había gastado una pequeña fortuna en aquellas prendas, sino que su suegro daría mal tono a la boda. Era bochornoso que lord Deverill, del castillo de Deverill, se presentara con agujeros en las coderas del jersey y remiendos en las chaquetas comidas por las polillas. En cambio, sir Digby Deverill, de Deverill Rising, en Wiltshire, lucía tan pulcro y brillante como uno de sus gemelos de diamantes.

Victoria se instaló en el pabellón de caza con su mofletudo marido, el conde de Elmrod. Bridie tenía que atenderla a ella, además de a Kitty y a la novia, y las constantes exigencias de la condesa apenas le dejaban tiempo para respirar. Victoria tocaba el timbre al menor capricho, sin pensar en Bridie ni en sus muchas ocupaciones. Exigía que sus sábanas se orearan durante el día y estuvieran calientes cuando se iba a la cama. Mandaba ropa a lavar cuando apenas se la había puesto y a planchar cuando casi no tenía una arruga. Las deficiencias de la fontanería del castillo la hacían arrugar la nariz, y

comentaba con fastidio que Irlanda seguía en la Edad Media comparada con Inglaterra, donde la electricidad y el agua corriente, caliente y fría, eran cosas que se daban por descontadas.

Bridie nunca le había tenido simpatía, pero ahora le gustaba menos que nunca. Elspeth, por el contrario, se había dulcificado con la edad, como una fruta madura. Era amable y considerada, y tan poco exigente como exigente era su hermana mayor. Maud casi no le prestaba atención, a pesar de que era *su* boda. En cambio, correteaba alrededor de Victoria como si fuera la reina. Le producía un enorme placer tener una hija casada con un conde, y utilizaba el título de Victoria siempre que le era posible. «Lady Elmrod quiere leche caliente para el té», decía, o «la condesa de Elmrod dará un paseo a las once, si algún invitado de lord Deverill desea acompañarla».

Kitty disfrutó aún más de los festejos de la boda debido a su doble vida. Su nuevo papel como rebelde le confería cierta soberbia, y disfrutaba de las sonrisas cómplices que intercambiaba con Grace cuando nadie las miraba. Su antiguo desprecio por lady Rowan-Hampton se había transformado en un saludable respeto por aquella mujer sorprendentemente osada y misteriosa. Ahora trabajaban juntas. Tenían una meta común y un interés compartido, y sabían demasiado la una de la otra para traicionarse. Tras pasar doce años despreciando a Grace, Kitty había descubierto que la frontera entre el amor y el odio era tan frágil y se rompía con tanta facilidad como la cáscara de un huevo. Su afecto hacia aquella mujer a la que siempre había admirado de niña floreció al calor de su secreto compartido.

Beatrice había salido del pozo de dolor en el que la había sumido la muerte de su amado George en las trincheras construyéndose una escalera de diamantes que paso a paso, afanosamente, le había permitido ascender hacia la luz. Procuró olvidarse de su maltrecho corazón y sumirse en el torbellino de la vida social londinense, con sus continuas fiestas, almuerzos y bailes, y, adornada con los diamantes de Digby, halló consuelo en la atención que suscitaba tal derroche de riquezas, cuanto más superficiales, mejor, porque cualquier cosa remotamente profunda la acercaba peligrosamente a ese lugar oscuro y doloroso que tanto se esforzaba por evitar. Se lanzó a festejar la boda con fruición. Bailó hasta que le dolieron los pies, bebió hasta que le dio vueltas la cabeza, coqueteó hasta que su marido se la llevó discretamente a

tomar el aire y se rio tan estruendosamente que ella misma se sorprendió. En sus breves momentos de reflexión, se sentía extrañamente atraída hacia Harry. La presencia del joven avivaba su temperamento maternal, tan falto de estímulos últimamente. Había en él un algo de alma extraviada. Tenía una mirada furtiva que suscitaba en Beatrice el deseo de llevarlo consigo y enseñarle los placeres de Londres. Le veía hablar con los otros jóvenes, fumar y reír con peculiar desenvoltura, y le encontraba terriblemente guapo. Tendría sin duda gran éxito en sus veladas de los martes por la noche.

Las hijas de Beatrice, Vivien y Leona, habían hecho matrimonios excelentes, lo que exacerbaba más aún la furia de Maud por la decepcionante elección de Elspeth. Observaba a Kitty bailar con su hermano Harry y se preguntaba si, con un poco más de persuasión, podría encontrar un buen partido en Londres. A fin de cuentas —reconoció de mala gana—, Kitty era con mucho la más bella e inteligente de sus hijas. En cuanto a Harry, ya era hora de que se presentara en la escena londinense. Sin duda, el heredero de un título y de un magnífico castillo irlandés conseguiría atraer a una mujer rica. Una americana estaría bien, se dijo Maud. Los americanos eran tan memos que todavía pensaban que Irlanda era un lugar romántico.

Las Arbolillo gozaron de las celebraciones de la boda como dos niñas en Navidad. El castillo nunca había estado tan hermoso. De noche estaba profusamente iluminado con faroles y de día engalanado con flores, como si el edificio fuera la novia. De hecho, la única vez que Hazel y Laurel habían visto tantas flores fue cuando, de niñas, su padre las llevó al Covent Garden de Londres. Revoloteaban emocionadas de ramo en ramo como un par de canarios, gorjeando con estrépito acerca del exquisito gusto de Maud y su derroche de lujo.

—¡No han escatimado en gastos! —exclamaban para que todos las oyeran.

Maud habría deseado que no se comportaran como un par de provincianas. Quería que sus amistades inglesas pensaran que el castillo presentaba siempre ese aspecto.

Las señoras angloirlandesas lucieron en todo su esplendor, como lirios tras un duro invierno. En su afán por no verse eclipsadas por las invitadas inglesas, lucieron sus mejores joyas y sedas, encabezadas por las dos mujeres más bellas del condado de Cork, Maud Deverill y Grace Rowan-Hampton. Aunque en el terreno de la belleza no era fácil derrotarlas, en el de la moda tenían más competencia, pues las inglesas contaban con la ventaja de los

últimos diseños de las modistas parisinas, lo que a menudo les permitía llevarse la palma. En lo que las angloirlandesas aventajaban sin duda a sus rivales británicas era en el cutis, que se había beneficiado de años y años de llovizna y aire húmedo. Ni Maud ni Grace tenían una sola arruga en la cara. Incluso Adeline y las Arbolillo aparentaban muchos menos años de los que tenían. Las inglesas solo podían mirarlas con envidia, pues por más que gastasen en cremas faciales y maquillaje no podían disimular los efectos corrosivos del aire contaminado de Londres.

A Bertie, los festejos de la boda se le hicieron difíciles de soportar, pues Grace nunca había estado tan bella. Cada vez que cambiaba de vestuario y salía a escena, lady Rowan-Hampton estaba más bella. Relucía adornada con zafiros; deslumbraba con sus ricas sedas y brillaba a la luz de las velas como si estuviera iluminada desde dentro como un farolillo chino. Bertie sufría al verla, y la brecha que se había abierto entre ellos como un precipicio solo servía para agudizar su dolor y aumentar su confusión. Grace permaneció pegada a su marido durante aquellos cuatro días, eludiendo visiblemente un incómodo encuentro con su examante.

La última noche, alcoholizado y poseído por una frustración febril, Bertie se marchó del baile y regresó al pabellón de caza en busca de Bridie. La encontró ordenando el cuarto de Victoria. Sin mediar palabra, la llevó a sus habitaciones, donde la tumbó sobre la cama y le desabrochó la camisa. Le subió las faldas y le bajó los calzones. Hundiendo la cara entre sus pechos, cerró los ojos e imaginó que era Grace. Bridie, por su parte, pensó, arrebolada de placer, que el señor Deverill había abandonado las celebraciones para estar con *ella*. Obnubilada por sus atenciones, dejó que sus caricias la hicieran olvidar la pena que sentía.

Elsbeth y Peter se marcharon de luna de miel a Roma al acabar los cuatro días de festejos. Se fueron a la estación en el Daimler, que Kitty había decorado con cintas y flores, y Harry con latas atadas con un cordel que rebotaron estrepitosamente en el suelo al ponerse en marcha el coche. Los invitados se marcharon convencidos de que, aunque Irlanda se estuviera derrumbando más allá de sus muros, el castillo de Deverill era un último bastión de civilización, fasto y riqueza, tal y como Maud quería que creyeran.

Poco después de la boda, Harry sorprendió a su madre al anunciar que

quería ir a Londres.

—La prima Beatrice me ha invitado a pasar la temporada con ella, y creo que debería ir.

Maud mostró su asombro.

—Vaya, Harry, qué noticia tan maravillosa. Te acompañaré, desde luego. Estando tú en Londres, no hay razón para que me quede aquí. Además, se está volviendo peligroso. Estamos prisioneros en nuestra propia casa.

Maud se animó enseguida al pensar en las fiestas, los almuerzos en el Ritz, la exposición floral de Chelsea, la regata de Henley y las carreras de Ascot. Pondría a orear sus mejores vestidos y sería objeto de la admiración de hombres de mundo y mujeres con clase. Allí, en Ballinakelly, nadie la admiraba, y Bertie se pasaba el día llorando por los rincones, enfermo de amor por Grace, que evidentemente le había dejado plantado. Maud levantó la barbilla. No pensaba demostrarle ni las más mínima compasión.

—Deberíamos irnos enseguida —dijo levantándose de la silla y alisándose la falda—. Ahora que Elspeth se ha ido a Italia y Victoria ha vuelto a Kent, necesito algo que me levante el ánimo. La preciosa casa de la prima Beatrice en Kensington es justo lo que me hace falta.

Kitty lamentó que su hermano se marchara. Había disfrutado teniéndole en casa. No solo era una compañía excelente, sino que actuaba como amortiguador entre su madre y ella. Cuando Harry estaba cerca, Maud solo tenía ojos para él. Kitty le estrechó con fuerza entre sus brazos y, mientras se abrazaban, sintió que la intensidad de su lazo secreto era mayor que nunca. Le soltó de mala gana.

—Escríbeme, ¿quieres, Harry? —le dijo, y él asintió con un gesto y fijó un momento la mirada tras ella, como si se resistiera a abandonar la casa.

Kitty lo saludó con la mano mientras se alejaba por la avenida para tomar el barco que lo llevaría a Gales. Al mirar hacia delante, alcanzó a ver el duro perfil y el rostro impasible de su madre. Ya no había nada que retuviera a Maud en Irlanda. Después, desaparecieron de su vista.

Al volverse para entrar en la casa, Kitty vio la cara triste de Joseph asomada a una de las ventanas del piso de arriba. Estaba muy quieto y su piel parecía traslúcida tras el cristal, como la de los fantasmas de los herederos del linaje de los Deverill cuando contemplaban el mundo que habían perdido. Kitty se preguntó si, en la inmensidad de Londres, a Harry le sería más fácil sobrellevar su secreto. Y si encontraría a otros como él. Tal vez allí, en la

metrópolis, hubiera muchos jóvenes extraviados buscando solaz y aceptación. Kitty se compadeció de la mujer que le concediera su mano, porque Harry jamás le entregaría su corazón a cambio.

Bertie sabía que Grace le estaba evitando. Ella declinaba las invitaciones para cenar en el pabellón de caza y pasaba cada vez más tiempo en Dublín. Ronald viajaba con frecuencia a Londres, lo que era motivo de frustración para Bertie porque, de haber seguido siendo amantes él y Grace, podrían haber pasado juntos esas semanas. La echaba horriblemente de menos. Echaba de menos su olor, el timbre suave de su voz, la burbujeante calidez de su risa. Al marcharse su esposa, la atmósfera opresiva que pesaba sobre el pabellón de caza se disipó instantáneamente. Fue como si el edificio hubiera estado conteniendo la respiración y al fin pudiera respirar libremente. Llegó el verano, con sus largos días soleados y sus noches perfumadas. Bertie dormía con las ventanas abiertas de par en par y el dulce olor de la rosaeda le atormentaba, pues todo lo bello le recordaba a Grace.

Kitty le servía de consuelo: le acompañaba en sus paseos a caballo, jugaba al tenis con él y echaban partidas de *whist* y *bridge* en el castillo. Su hija conseguía que se olvidara de su maltrecho corazón. Y de vez en cuando, cuando el deseo hacía presa en él, Bridie le permitía aliviar sus anhelos físicos.

Luego, a mediados de verano, Bridie apareció, muy pálida, en la puerta de la biblioteca. Llamó tan quedamente que al principio Bertie no la oyó. Al segundo intento, él se volvió y la vio allí parada, temblando, con los ojos fijos en el suelo como si le diera demasiado miedo mirarle.

—¿Qué ocurre, Bridget? —preguntó con impaciencia.

No le agradaba que la joven se presentara así ante él.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

Bertie suspiró. La chica no debía interrumpirle cuando estaba trabajando.

—Pasa —dijo sin notar que ella daba un respingo al notar su tono áspero.

—Es un asunto privado, señor.

—Entonces, cierra la puerta.

Bertie estaba irritado. Estaba muy bien acostarse con ella de vez en cuando, pero ¿que se presentara así y exigiera que le prestara atención cuando estaba trabajando en su despacho? Eso no formaba parte del acuerdo.

—¿Qué ocurre?

Notó que las mejillas de la joven enrojecían débilmente, como las últimas ascuas de un fuego antes de apagarse.

Bridie se tiró de los padrastrós de una uña.

—Yo...

—¿Tú qué? —preguntó él.

—Estoy... —Bridie titubeó y Bertie lo entendió de golpe.

Claro. Debería haberlo imaginado en cuanto la vio aparecer en la puerta. Se levantó y se acercó a la chimenea apagada. Apoyó las manos en la repisa y se quedó mirando el vacío.

—Estás encinta —susurró, pero ella oyó sus palabras como si fueran el tañido de las campanas de la iglesia.

Tragó saliva, intentando dominar su miedo.

—Sí, señor —contestó.

Bertie sintió que la cabeza le daba vueltas y se agarró a la repisa para no caerse. Apretó los dientes y cerró los ojos. ¿Por qué no había tenido más cuidado? Por fin se volvió para mirarla y se fijó en su vientre, oculto bajo el delantal blanco.

—¿Se te nota ya?

Ella meneó la cabeza.

—No.

—¿Estás segura de que estás encinta?

—Estoy segura.

—¿Cómo sabes que es mío?

Ella entreabrió los labios y sus mejillas ardieron con la luz de un fuego avivado.

—Porque es usted el único, señor —contestó, asombrada de que él pudiera pensar lo contrario.

Bertie resopló, poco convencido.

—Eso nunca se sabe.

Los ojos de Bridie se llenaron de lágrimas.

—Nunca habrá otro más que usted, señor Deverill.

—Sí, sí, bueno, eso está muy bien.

Bertie no sabía qué decir.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella, y empezó a llorar.

Bertie se sentía incómodo. Ni siquiera en circunstancias normales sabía

cómo reaccionar cuando una mujer se echaba a llorar delante de él. Y, tratándose de una mujer como Bridie, lo sabía menos aún. Las criadas no eran su fuerte.

—¿Lo sabe alguien más?

Ella negó con la cabeza enérgicamente, horrorizada por la sugerencia.

—¡No!

Bertie se sintió aliviado.

—Bien. Debe ser nuestro secreto, Bridget. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

Él deseó que el problema desapareciera sin más. Luego se le ocurrió una idea.

—Te mandaré a Dublín —sugirió, sintiéndose un poco mejor—. Sí, te buscaré un sitio donde ir en Dublín. Puedes tener el crío allí. Aquí nadie se enterará. Puedes decirle a tu familia que te he encontrado una buena colocación en la capital, trabajando para una prima mía que necesitaba una doncella. Puedes decirles que es un ascenso. Me ocuparé de que el crío sea entregado a un convento. ¿No es lo que suele hacerse con los hijos ilegítimos? Luego podrás volver. Será como si no hubiera pasado nada.

A Bridie empezaron a temblarle las piernas. No estaba segura de poner sostenerse en pie mucho más tiempo. Le miró, llena de espanto y de incredulidad. ¿Iba a deshacerse de su bebé..., del bebé de los dos? Esas palabras retumbaron en su cabeza con un sonido lejano y brutal, como el eco de una piedra arrojada a un pozo profundo.

Bertie vio que le miraba fijamente, con sus ojos oscuros, tan grandes como agujeros negros, y se preguntó qué había dicho para ofenderla.

—¿Eso es todo? —preguntó, volviendo a su escritorio.

Su frialdad le rompió el corazón a Bridie. Trató de hablar, pero de su garganta solo salió un jadeo febril y agitado. Él se sentó y empuñó su pluma. Temiendo permanecer un momento más en su presencia, Bridie huyó.

Al levantar la vista, Bertie descubrió que se había ido. Cogió una hoja de papel en blanco. Solo había una persona a la que pudiera recurrir en una situación tan delicada. Una persona en la que podía confiar por encima de todas las demás. Comenzó a escribir con su letra pulcra y enlazada. *Mi queridísima Grace...*

Kitty caminaba por la calle mayor de Ballinakelly con la cabeza bien alta y la mirada distraída. Llevaba en las manos una caja en cuyo interior había un par de zapatos, una pistola y una pequeña cantidad de munición. De vez en cuando saludaba con un gesto a un conocido, pero por lo general procuraba mirar las tiendas para dar la impresión de que no iba a ningún sitio en particular; que estaba dando un paseo sin rumbo fijo y que nada le preocupaba porque ella, Kitty Deverill, estaba por encima de toda sospecha.

Hacía viento ese día. Era una suerte que se hubiera sujetado firmemente el sombrero con un alfiler para evitar que se le volara. Sujetando con fuerza la caja, puso la mano sobre la tapa, consciente de lo que podía suceder si se revelaba su contenido. Había llegado al pueblo en el birlocho, deleitándose por el camino con las fucsias rojas que crecían silvestres en los setos, entre las enaguas encarnadas y los calzones blancos puestos a secar entre las ramas. Se había puesto a canturrear a medida que crecía su emoción. Cada misión secreta la encendía como a un tren de vapor, impulsándola hacia delante, conduciéndola a nuevas aventuras e intrigas y acercándola aún más a Jack. Tenía el convencimiento de haber nacido para *aquello*.

Mientras caminaba hacia la iglesia católica de Todos los Santos, empezó a ponerse nerviosa. Era completamente normal que se la viera paseando por la ciudad, pero ¿a qué iba una protestante a una iglesia católica? Volvió a canturrear en voz baja para disimular el sonido de su corazón, que batía tan fuerte contra sus costillas como un tambor de guerra. Pensó en la cara dulce y seria de Jack, y el miedo que reflejaban sus ojos cuando pensaba en perderla le dio ánimos para seguir adelante. Una sonrisa tenue se dibujó en la comisura de sus labios. ¿El sabor que notaba era el salitre del mar, o era el miedo, que le secaba la lengua? Había hecho esto muchas otras veces, pero nunca en una iglesia católica. Había sido idea de Michael. De pronto se preguntó si no la habría mandado a una misión peligrosa porque quería que la atraparan. Y si su propia arrogancia no la habría hecho desdeñar neciamente el peligro.

Se fijó en los dos *black and tans* que montaban guardia delante de la iglesia,

con las manos apoyadas en las pistolas. Sus ojos, achicados como los de un armiño, vigilaban con recelo a todos los lugareños. A ellos, en cambio, nadie los miraba. Los vecinos del pueblo pasaban por su lado a toda prisa, temiendo que se fijaran en ellos, les pararan y les registraran. Los soldados tenían el poder de Dios y no les importaba usarlo. Kitty sintió su mirada incisiva cernerse sobre sus hombros como el hacha de un verdugo. Contuvo la respiración pero siguió andando, y trató de continuar con su canturreo pese a que tenía la garganta cada vez más seca. Vio con el rabillo del ojo que los soldados hablaban entre sí. Luego, el más gordo de los dos la llamó.

—¿Adónde va, señorita Deverill?

Ella se paró y sonrió.

—Voy a ver al padre Quinn —dijo con dulzura—. ¿Hay algún problema?

—El padre Quinn no está aquí —contestó el otro soldado.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó el gordo.

—Unos zapatos —respondió ella—. Regalo de mi abuela, lady Deverill.

—¿Para qué viene a ver al padre Quinn?

—Es un asunto delicado —dijo y, acercándose a ellos, bajó la voz—. Es una de mis doncellas. —Puso cara de pena—. Está... Creo que sería poco delicado darles más detalles. Necesito el consejo del padre Quinn.

El gordo miró la caja de zapatos y Kitty sintió su peso en las manos.

—A mi mujer le gustan los zapatos —dijo—. Vamos a ver qué lleva ahí.

Kitty notó que la sangre se le agolpaba en la cabeza y se estrellaba en sus sienes como una ola contra las rocas.

—No creo que vayan a parecerles gran cosa —dijo haciendo amago de levantar la tapa.

En ese momento oyeron un grito estentóreo. Se volvieron a la vez y vieron que el padre Quinn caminaba hecho una furia hacia ellos, con el cabello revuelto y la sotana negra ondeando a su alrededor como la túnica de un ángel vengador. Llevaba en la mano unas enaguas blancas. Las levantó como si fueran la encarnación misma del pecado carnal.

—¡He encontrado *esto* en la playa! —vociferó—. ¡Válgame Dios!

Los soldados lo miraron con perplejidad.

—Cuando encuentre al culpable, daré a conocer a todos el horror de Dios nuestro señor ante esta muestra impía de vulgaridad y desvergüenza. ¡En la playa! ¡A plena vista de los niños que juegan allí! ¿Adónde iremos a parar cuando la gente se entrega a sus deseos carnales al aire libre? —Fijó en Kitty

una mirada furibunda—. ¿Y se puede saber qué hace *usted* en mi puerta, señorita Kitty? Creo que ha confundido *mi* iglesia con la *suya*.

Kitty palideció.

—Padre Quinn, hay una cosa que quisiera consultarle. Es un asunto delicado relativo a un miembro de su congregación. ¿Podríamos hablar en privado o prefiere que vuelva cuando...? —Titubeó y miró las enaguas—. ¿Cuando haya encontrado a la dueña de las enaguas?

El cura hizo una pelota con las enaguas y se la metió debajo del brazo.

—Ahora tengo tiempo. Venga conmigo. Buenos días, señores —añadió despidiéndose de los *black and tans*, que los vieron entrar en la iglesia sin saber qué pensar de aquella escena.

—Solo en Irlanda pasan estas cosas —dijo el gordo meneando la cabeza.

—Están todos como una puñetera cabra —comentó el otro antes de meterse un cigarrillo entre los labios.

Kitty siguió al padre Quinn por el pasillo, hasta la sacristía. El cura cerró la puerta y le quitó la caja de las manos.

—Es usted una chica valiente, señorita Kitty.

—Creía que me habían pillado —dijo ella. De pronto le flojearon las piernas y se dejó caer en una silla.

—Yo también. He pensado que no tenía salvación. —El cura miró las enaguas—. Tendré que devolvérselas a la señora O'Dwyer o pensará que se las ha robado una gaviota. ¡Aunque no sé cómo voy a explicarle por qué las tengo yo! —exclamó, tirando las enaguas sobre la mesa.

Kitty lo miró con asombro.

—¿Se ha inventado esa escena solo para distraer a los soldados?

—Claro que sí. He visto que estaba en apuros y ha sido lo primero que se me ha ocurrido. Inspiración divina —dijo él, santiguándose—. Gracias le sean dadas a Dios. —Sacó la pistola y la munición y le devolvió la caja—. Más vale que se lleve la caja, por si acaso.

—Gracias, padre Quinn.

—No hay por qué darlas, señorita Kitty. Estamos todos juntos en esta guerra y parece que Dios está de nuestra parte, ¿no cree?

—Sí, en efecto —convino ella.

—Tiene usted mucho valor, jovencita. Pero yo diría que ha sido casi suicida traer una pistola a mi iglesia. Ese Michael es un insensato. Está tan obsesionado con la meta que a menudo olvida los peligros del juego. Tendré

que hablar con él. —Sonrió a Kitty con afecto—. No vuelva a hacer algo así, ¿entendido? Es demasiado valiosa para nosotros para que la descubran por una imprudencia.

—No lo haré —contestó ella.

—Estupendo. Ahora, será mejor que se vaya por la puerta lateral. Así, por lo menos, si la paran esta vez tendrá un par de zapatos que enseñarles.

—Gracias, padre Quinn.

—Vaya con Dios, señorita Kitty.

Kitty regresó junto a su poni, que la esperaba pacientemente. Le acarició cariñosamente el hocico y montó en el birlocho. Cuando salía de Ballinakelly se cruzó con Michael, que volvía al pueblo junto a su hermano Sean, con las manos en los bolsillos y la gorra tapándole la mata de rizos rebeldes. Kitty mantuvo la mirada fija en el camino y los ignoró a ambos, lo que le costó un gran esfuerzo porque apreciaba mucho a Sean. Sacudió las riendas y el poni rompió a trotar. Al pasar junto a Michael experimentó una oleada de euforia. Había conseguido lo imposible. Con el rabillo del ojo, vio que él levantaba la barbilla y posaba en ella su mirada penetrante con un sobresalto. Pero Kitty no vaciló. Siguió por el camino sin inmutarse lo más mínimo. Solo la sonrisilla que se dibujó en sus labios delataba su alegría.

Una vez de vuelta en su habitación, tocó el timbre para que subiera Bridie. Sus misiones secretas y sus relaciones con Jack le habían impedido advertir que su amiga estaba cada vez más pálida y callada mientras seguía haciendo discretamente sus tareas en la casa. Ahora, en cambio, cuando llegó a la puerta, Bridie tenía los ojos tan enrojecidos y las mejillas tan hinchadas que Kitty no pudo menos que reparar en ellos.

—Bridie, ¿qué ocurre? —Corrió junto a su amiga y la condujo a la cama, donde Bridie se dejó caer como una muñeca de trapo.

—Me marchó, Kitty —dijo, agobiada por la pena.

—¿Cómo que te marchas? ¿Por qué ibas a querer marcharte?

—El señor Deverill dice que es una buena oportunidad. Un ascenso. Voy a prosperar, Kitty —dijo, y empezó a sollozar.

—¿Mi padre te manda fuera? —preguntó Kitty, atónita.

Bridie asintió en silencio, se sacó el pañuelo de la manga y se enjugó los ojos. Kitty vio que el pañuelo tenía las iniciales de su padre y chasqueó la lengua.

—¡Te manda fuera aunque no quieres irte! —Le quitó el pañuelo de la mano

y lo levantó—. ¡Qué crueldad! ¿Cuándo te lo ha dicho?

—Esta mañana. —Bridie volvió a coger el pañuelo y lo apretó contra su pecho. Kitty nunca sabría cuánto significaba para ella.

—¡Por lo menos te ha dado un pañuelo con el que secarte los ojos! —Kitty se levantó—. Voy a hablar con él. No puede mandarte a ninguna parte porque te necesito.

—Yo *quiero* ir —dijo Bridie quedamente—. Es una buena colocación para una chica como yo. Nunca he estado en Dublín.

Kitty se volvió bruscamente.

—¿Dublín? ¿Mi padre te manda a Dublín?

—Sí, a Dublín. —Bridie retorció el pañuelo entre las manos hasta hacer con él un nudo—. Eso he dicho.

—¡No vamos a separarnos, Bridie! Tú y yo somos como hermanas. ¡Te *necesito*!

Bridie pensó en Jack y en su amor por Kitty y su resolución se fortaleció. Miró el pañuelo con que el señor Deverill le había secado los ojos la primera vez que la besó y lo dobló entre sus manos.

—Tengo que ir, Kitty. Aquí no tengo nada, solo a ti. Si me quedo, acabaré como mi madre.

—Pero eso no es tan terrible —repuso Kitty.

—Yo quiero algo más en la vida.

—Entonces, ¿qué colocación te ha buscado mi padre en Dublín?

Bridie no se atrevió a mirarla y a mentirle sin rodeos. Clavó la mirada en su regazo.

—Voy a trabajar como doncella para una gran señora en una casa preciosa. Es lo único que sé.

—¿Y qué diferencia hay con trabajar aquí, entonces? ¿Es que yo no soy lo bastante importante para ti? —Kitty sonrió, pero Bridie notó que estaba enojada—. Yo siempre te trataré bien, Bridie. Tú lo sabes. Si es por dinero, estoy segura de que mi padre puede pagarte más...

—No es por dinero. —Bridie la miró a los ojos—. Tenía un novio, y ahora...

—Pero ¿por qué no me lo habías dicho?

—Porque se ha acabado. Ya no me quiere. —Sus hombros empezaron a temblar—. Necesito marcharme. Irme lejos de aquí.

Kitty se sentó a su lado y la abrazó.

—¡Ay, Bridie! ¡Deberías habérmelo dicho! ¿Te ha roto el corazón?

Bridie asintió en silencio.

—¡El muy cerdo! —exclamó Kitty.

—No importa. De todos modos, era demasiado bueno para mí.

Kitty se preguntó si se referiría a Jack, pero no se atrevió a preguntárselo. Era un tema demasiado delicado.

—Tonterías —dijo—. *Tú* eres demasiado buena para él, Bridie. Tienes un corazón de oro. Para cualquier hombre sería una suerte conquistarlo.

Bridie apoyó la cabeza en su amiga y sintió que una sensación cálida la envolvía como una manta.

—Pase lo que pase, siempre seremos amigas. ¿Verdad que sí? —dijo.

Kitty la abrazó con vehemencia.

—Eres mi mejor amiga en el mundo entero, Bridie. Te quiero como a una hermana. ¿Prometes que me escribirás todas las semanas?

—Te lo prometo.

—Si esa señora se porta mal contigo o eres infeliz o, simplemente, añoras este lugar, aquí habrá siempre un sitio reservado para ti. —Sintió en los ojos el picor de las lágrimas y abrazó a su amiga con más fuerza—. O, si me echas de menos, iré yo a Dublín. Sí, eso haré. Iré a visitarte. Solo tienes que decírmelo.

Bridie llegó a Dublín desconsolada por haber abandonado su hogar y asustada por lo incierto de su futuro. Su único consuelo era el bebé que crecía dentro de ella y al que ya amaba con la pasión de quien lo ha perdido todo. Cuando se llevaba la mano al vientre, sentía que una oleada de ternura la embargaba, sofocando sus miedos y llenándola de optimismo. Sin duda podría convencer a las monjas del convento de que le permitieran quedarse con su hijo. Era, sin embargo, una ingenua por creer que *sus* deseos serían tenidos en consideración.

Grace había respondido al grito de socorro de Bertie accediendo a emplear a Bridie como doncella en su casa de Dublín mientras durara el embarazo. Cuando Bertie le había contado el aprieto en que se hallaba, su examante había entendido de inmediato la situación y tomado las medidas oportunas con la eficiencia de un coronel del ejército británico. La chica tenía que desaparecer discretamente y el hijo de Bertie ser dado en adopción de inmediato. Grace

aceptó el reto. A fin de cuentas, se enorgullecía de su habilidad para hacer cosas.

—En cuanto des a luz, me ocuparé de que embarques hacia América —le dijo a Bridie—. Sir Ronald y yo tenemos muchos amigos en Nueva York y ya he empezado a buscarte colocación. Será emocionante empezar una nueva vida en una nueva ciudad. Estoy segura de que tu familia estará muy orgullosa de ti.

Titubeó al ver el rostro afligido de la muchacha. Estaba claro por la luz que se extinguía lentamente en sus ojos que Bridie había confiado en poder quedarse con el bebé. Pero no era *cualquier* bebé: era un hijo o una hija de Bertie, y era imposible que se quedara con él, de eso Grace estaba convencida. Nada en el mundo podría haberla hecho cambiar de opinión.

—Me temo que una chica en tu posición, Bridie, no puede criar a un hijo sola. De esta forma es mejor para los dos. —Grace evitó su mirada. No soportaba contemplar el abatimiento de Bridie. Era solo una niña. Tenía la misma edad que Kitty—. Algún día me lo agradecerás —dijo antes de dejar a Bridie al cuidado de su ama de llaves.

Bridie, sin embargo, se sintió como si acabaran de notificarle que estaba condenada a muerte.

Después de que Bridie se marchara, el verano se desintegró en días lluviosos y las hojas comenzaron a caer tristemente sobre el suelo empapado. Las tempestades otoñales soplaban tierra adentro arrojando violentamente las olas contra los acantilados, y el viento azotaba los muros del castillo. Kitty se reunía con Jack siempre que podía, pero era peligroso que los vieran juntos. No convenía que la vieran relacionarse con lugareños de los que ya se sospechaba que pertenecían o simpatizaban con el IRA. De lo contrario, perdería su tapadera. Así pues, se encontraban en secreto en el Anillo de las Hadas, en las calas de Smuggler's Bay o en los invernaderos de Adeline. Sus besos eran furtivos y, por tanto, más valiosos que nunca. Se habían convertido en una pequeña isla rodeada por un océano hostil, con barcos enemigos por todas partes. Se aferraban el uno al otro y vivían intensamente el momento porque ninguno de los dos se atrevía a mirar más allá. El futuro era tan negro como la noche.

En julio, ambos bandos habían acordado una tregua para poner fin a la lucha, pero la violencia continuó de todos modos, especialmente en el norte.

Cuando Hubert leyó que en Belfast habían muerto treinta personas, arrojó el periódico sobre la mesa del desayuno, asqueado, y salió con su escopeta, gritando por el pasillo que se llevaba a los perros a dar un paseo y que Dios protegiera a cualquier rebelde independentista que osara cruzarse en su camino. En diciembre, Kitty y Jack celebraron el Tratado Angloirlandés, que, firmado en Londres entre el gobierno británico y la delegación irlandesa, declaraba la independencia del sur de Irlanda, pero permitía al norte optar por seguir siendo británico si ese era su deseo. Y lo era, en efecto. Ello significaba que Irlanda quedaría desde entonces dividida en dos: el sur independiente y el norte británico. Pero era un acuerdo de compromiso, y los acuerdos de compromiso nunca satisfacen a todo el mundo. Muchos nacionalistas irlandeses lo consideraron una traición; entre ellos, Michael Doyle. Michael retó a Jack a unirse a su postura, pero Jack estaba harto de violencia. El ardor de su espíritu se estaba atemperando al hacerse más hondo su amor por Kitty. La idea de casarse con ella y fundar una familia era como un puntito de luz al final de un negro túnel, increíblemente pequeño pero visible y tentador. Cuanto más ponía sus miras en esa meta, más real le parecía. Empezó a soñar con la paz para que Kitty y él pudieran pasear por las colinas de la mano sin temor a que los vieran juntos. Michael, sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que se rindiera tan fácilmente.

La víspera de Navidad, Adeline se incorporó en la cama. Estaba todo oscuro como boca de lobo. El viento gemía en torno a los muros del castillo como un fantasma inquieto. En cambio, los fantasmas guardaban silencio. Su corazón latía frenéticamente, como si intuyera un peligro que aún no alcanzaba a entender. Se levantó de la cama y, cruzando la habitación helada, se acercó a la ventana. Al retirar las cortinas no vio más que su cara pálida y su camisón reflejados en el cristal. Sus ojos la observaban con nerviosismo. Suspiró profundamente y se preguntó si debía despertar a Hubert. Le oía roncar ruidosamente en el cuarto de al lado. Sus pulmones sonaban como fuelles cada vez que echaba el aire. De pronto la asaltó un deseo arrollador de acurrucarse a su lado, como hacían en los viejos tiempos, cuando eran jóvenes y estaban enamorados. Quería buscar refugio en su cuerpo grande y cálido, que olía a tabaco, a whisky y a perro. Pero no estaba segura de poder dormir con tanto ruido. Por fin, volvió a meterse en su cama y se acurrucó bajo las mantas.

Cerró los ojos, pero, por más que intentaba pensar en cosas agradables, su corazón no se aquietaba.

Kitty yacía en la cama, pestañeando en la oscuridad. Oyó ulular a un búho en medio del viento y le pareció que un faisán chillaba en lo profundo del bosque. Se estremeció. El estómago se le encogió, atenazado por una angustia desconocida. Se quedó mirando el techo, tratando en vano de adivinar el motivo de su desasosiego. Luego, poco a poco, cobró conciencia de que había otra presencia en la habitación. Aguzó la mirada y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que no se trataba de una persona, sino de un espíritu que había ido a visitarla. Se incorporó y miró la figura fantasmal que se hallaba ante ella. Al hacerse más nítida su imagen, Kitty comprendió que era Tomas Doyle, el padre de Bridie. Su luz era muy tenue, como si luchara por mantenerse allí, y su rostro parecía lleno de preocupación. Sostenía la gorra entre las manos y sus ojos bondadosos la miraban con intensidad. Kitty, sin embargo, no entendía qué intentaba comunicarle. Por fin, el fantasma comenzó a difuminarse, pero antes de desaparecer señaló la ventana y meneó el dedo con gesto exasperado.

Kitty se puso la bata y se acercó a la ventana. Retiró las gruesas cortinas y escudriñó la oscuridad. Vio con sorpresa que resplandecía levemente, como si hubiera empezado a romper el alba en un lugar equivocado del cielo. Miró a lo lejos, desconcertada. Estaba segura de que era plena noche. Sintió entonces un olor a humo. Llegaba denso y veloz, llevado por el viento como una niebla marina, tan densa que engullía barcos enteros. Presa de un horrible pánico, Kitty salió de su habitación y corrió por el pasillo. El olor a humo se hacía más fuerte con cada paso. Corrió hasta lo alto del pabellón de caza y miró por la ventana del desván. Allí, por encima de los árboles, se veía una intensa luminosidad amarilla. Era tan vívida que el cielo mismo parecía en llamas. Atenazada por el miedo, Kitty comprendió que el castillo estaba ardiendo.

Adeline olió el humo antes de percibir a los espíritus que se habían congregado en su habitación. Abrió los ojos y encontró su alcoba llena de fantasmas. Se habían apretujado todos en su cuarto para despertarla.

—¡El castillo está ardiendo! —exclamaron, y Adeline se levantó de un salto de la cama.

Corrió al cuarto de Hubert. Le latía tan fuerte, con tanto estruendo el corazón, que apenas oía los ronquidos de su marido. Le zarandeó.

—¡Hubert! ¡Despierta! ¡Despierta! ¡El castillo está ardiendo! ¡Tenemos que

salir de aquí!

Él gruñó y abrió los ojos. La miró con horror.

—¿Qué ocurre, mujer?

—¡El castillo! ¡Hay fuego! —gritó Adeline.

Hubert se levantó bruscamente y se puso la bata. El humo entraba por debajo de la puerta como una serpiente gris y malévolamente. Hubert cogió una toalla y la mojó en la jarra de agua que había sobre la cómoda.

—Tápate la nariz con esto, mi niña —dijo, poniendo la toalla en las manos de su mujer.

Buscó otra para él y luego abrió la puerta y salió en medio del humo. Bajaron corriendo las escaleras, entre los chasquidos de la madera en llamas y el ruido ensordecedor de las llamas, cada vez más intenso.

Después de depositar a Adeline sana y salva en el vestíbulo, Hubert le dijo que tenía que volver para salvar a las Arbolillo. Adeline le vio desaparecer escalera arriba y, al perderle de vista entre el humo, su corpachón le pareció de pronto muy pequeño y frágil.

La servidumbre al completo había salido a la explanada de grava de delante del castillo, y los sabuesos de Hubert miraban a su alrededor con nerviosismo, buscando a su amo. O'Flynn, Skiddy y las criadas miraban el edificio con las caras iluminadas por el resplandor del incendio, boquiabiertos de asombro. Con ojos llenos de lágrimas, observaban el refulgir de las llamas tras los cristales de las ventanas, como si su ama estuviera dando la fiesta más fastuosa de la historia. Adeline temblaba, impotente. No había nada que hacer. Ninguna cantidad de agua podría apagar aquel fuego. El viejísimo castillo ardía como la yesca, y lo único que podía hacer ella era rezar por Hubert y sus hermanas.

Estaba tan concentrada mirando la puerta que no advirtió que Bertie, Kitty y los sirvientes del pabellón de caza llegaban corriendo con refuerzos. Sordo a los gritos de su hija, Bertie entró a toda prisa en el castillo. De pronto aparecieron cubos de agua y hombres y mujeres leales que los vaciaban sobre los muros. Formaron una cadena, una cadena inútil e ineficaz que no pudo sofocar siquiera las llamas más débiles. Tenían que saber que era un empeño inútil, pero aun así siguieron adelante. Nadie podía quedarse de brazos cruzados, mirando, salvo Adeline, que sabía que solo Dios podía ayudarlos en esos momentos.

Durante un tiempo atrozmente largo, la puerta permaneció envuelta en humo.

Las llamas eran cada vez más altas, y el olor tan fuerte que los portadores de agua tuvieron que parar y apartarse, tosiendo y tapándose la boca con las manos empapadas. Hacía tal calor que empezaron a sudar a pesar de que la noche de diciembre era gélida. Luego, Bertie emergió entre el humo llevando a una Arbusto en cada brazo. Tosían, temblaban, estaban aterrorizadas, pero vivas. Adeline sintió una oleada de alivio. Pero, al ver que era Bertie y no Hubert, le fallaron las piernas y se desplomó. No había visto entrar a su hijo.

Kitty corrió a su lado.

—¡Abuela! —La estrechó en sus brazos, pero no había nada que pudiera decir para consolarla.

—¿Dónde está Hubert? —murmuró Adeline—. ¡Mi Hubert! ¿Dónde está? Pero lo sabía. Lo presentía. Hubert había muerto.

Cuando el alba comenzó a insinuarse por levante, los rojos y los amarillos del cielo no eran nada comparados con el lúgubre resplandor del castillo de Deverill. A esas horas, casi todos los vecinos de Ballinakelly, católicos y protestantes por igual, habían acudido a ayudar a sofocar el incendio. La policía y todas las tropas británicas disponibles se hallaban allí. La gente se arremolinaba en los terrenos del castillo, pero nadie podía entrar aún en el esqueleto del edificio en busca de Hubert. Adeline había sido trasladada al pabellón de caza. Bertie permaneció en el castillo. Kitty miró a su alrededor buscando a Jack. Sean estaba allí con la señora Doyle, pero de Jack no había ni rastro, ni tampoco de Michael.

Kitty se quedó con su abuela hasta que esta se quedó dormida en su cama. El médico le había administrado láudano para tranquilizarla y Adeline había cerrado los ojos como una niña y se había sumido en un sueño reparador. Kitty se vistió rápidamente y se fue a los establos a ensillar su caballo. Sin decirle una palabra a nadie, galopó por las colinas hasta Ballinakelly. Se acercaba una tormenta. Veía los morados nubarrones congregarse en el horizonte como una flota de navíos negros impulsada por un viento malévolo. Su instinto le decía que diera media vuelta y volviera atrás, pero su ira era tan grande que hizo oídos sordos a aquella vocecilla de advertencia que siempre le había sido tan útil y siguió cabalgando.

Al llegar a la granja de los Doyle, ató su caballo a un poste y entró en la casa.

—¡Michael Doyle! —gritó mientras cruzaba las habitaciones—. ¡Michael Doyle! ¡No seas cobarde y sal!

Pero solo el fuego de la noche anterior se agitaba suavemente, casi consumido, en la chimenea. La butaca de la anciana señora Nagle estaba vacía. De pronto se abrió una puerta y entró Michael. Su cuerpo ocupó casi por entero el estrecho vano de la puerta. Tenía la cara ennegrecida y húmeda de sudor. Kitty sintió el olor a petróleo que desprendía, y la amenaza que irradiaba de él. Michael se frotó la barbilla áspera. Tenía los dedos

manchados de carbonilla.

—Buenos días, Kitty. Qué agradable sorpresa —dijo, pero no había alegría en su voz.

—¡Asesino! —siseó ella, histérica—. ¡Has prendido fuego a mi casa! ¡Has matado a mi abuelo! ¡A mi querido y dulce abuelo! —Se tragó su pena y se dijo que debía ser fuerte—. ¡Pagarás por esto!

Michael se quitó la gorra y la arrojó sobre la mesa. Los rizos negros le cayeron sobre la frente, y se los apartó con una mano sucia.

—No era mi intención matar a nadie, pero no se puede hacer una tarta sin romper uno o dos huevos.

Kitty lo miró asqueada.

—¿Es que no tienes conciencia? ¡Has matado a un hombre inocente!

—Mi intención era quemar la herencia de tu padre —contestó él, y el desprecio ensombreció su semblante—. Si además le he asestado una puñalada en el corazón, tanto mejor. Y tu abuelo... Ese es el precio que hay que pagar en esta guerra.

—¿He arriesgado mi vida en esta lucha y así es como me lo pagas? ¿Qué tienes tú contra mi padre? ¿No se ha portado siempre bien contigo y con tu familia?

Michael se aproximó a ella y acercó tanto la cara a la de Kitty que ella notó el olor a alcohol de su boca y sintió que su ira belicosa absorbía el aire de la estancia, dejándola sin respiración.

—¿Que qué tengo contra tu padre, preguntas?

—Sí, eso te he preguntado —replicó ella, enderezándose todo lo que pudo.

—¿Quieres decir que no lo sabes? —dijo él clavándole los ojos, pero Kitty permaneció firme y le sostuvo la mirada.

—No, no lo sé, Michael, así que será mejor que me lo digas.

—Violó a mi hermana.

Sus palabras golpearon a Kitty con tal violencia que se tambaleó.

—¿Que violó a Bridie? —repitió, incrédula.

—Sí, así es.

—Estás mintiendo. Mi padre no es un violador.

—¿No? —Michael dejó escapar una risa agria—. Entonces, ¿qué hace Bridie en Dublín, preñada como una cerda?

—¡Bridie, embarazada! —Kitty se llevó las manos a la tripa como si Michael le hubiera asestado un golpe bajo las costillas.

—¿Por qué crees que la mandó tu padre a Dublín?

—Bridie dijo que le había encontrado colocación.

Pero Bridie había incumplido su promesa: no le había escrito ni una sola vez. Kitty había estado tan distraída con Jack y sus misiones clandestinas que no se había tomado la molestia de preguntarse por qué.

—La mandó a Dublín para quitársela de en medio porque la violó y, al ponerle las manos encima, insultó a mi familia y a nuestra gente. Por eso he quemado el castillo. Me he vengado en nombre de mi familia, con ayuda de Dios.

—¡No te creo! —gritó Kitty. Pero no estaba tan segura.

—Entonces pregúntale a él. —Michael se apartó y se quitó tranquilamente la chaqueta. Empezó a desabrocharse la camisa—. No creo que tengamos nada más que decirnos el uno al otro, ¿no? Será mejor que vayas a echarle un poco de agua a esa vieja fortaleza vuestra, aunque de poco va a servir.

—¡Canalla! —gritó ella—. De esta no vas a librarte. ¡Se lo contaré a la policía y te colgarán!

—Entonces también colgarán a Jack.

Kitty se puso pálida.

—¿A Jack? ¿Qué tiene que ver Jack con esto?

—Bueno, forma parte del plan, nada más. Mientras la policía está en el castillo intentando apagar el fuego, él está robando armas y llevándolas a un lugar seguro. Eso, si no le atrapan por el camino, claro. Y me da en la nariz que van a atraparlo por el camino —añadió con una ancha sonrisa.

—¡Cómo has podido! —Kitty sintió de pronto que no podía respirar—. Esto no tiene nada que ver con mi padre, ni con Bridie, ¿verdad? ¡Es por mí!

—No seas tan vanidosa, Kitty Deverill. No eres mi tipo. —Se quitó la camisa, dejando al descubierto un cuerpo pulido a base de trabajo físico—. Ahora, si me disculpas, tengo que lavarme antes de que mi abuela vuelva de misa.

—¡Le has tendido una trampa a Jack porque no puedes soportar que le quiera a él y no a ti! —Comenzó a reírse, desquiciada, presa de una locura surgida de la barbarie del amor, la guerra y el incendio—. Eres patético, Michael Doyle. ¡Jack es diez veces mejor que tú!

El semblante de Michael se endureció. Kitty comprendió entonces que la deseaba. Que, a su manera retorcida, incluso la quería.

—Matar y quemar casas no te convierte en un hombre, Michael, ni lo hará

nunca. Nunca serás ni la mitad de hombre que tu padre, y menos aún que Jack.

Comprendió al instante que había ido demasiado lejos. El aire pareció detenerse en la habitación. La luz se oscureció cuando los nubarrones se cerraron en torno a la casa. Un viento gélido se coló por debajo de la puerta. Michael la garró por el cuello con sus manos gigantescas.

—Voy a enseñarte lo hombre que soy —dijo con voz ronca y una mirada diabólica en los ojos.

La arrojó sobre la mesa, apretándole la cara contra la madera y magullándole el pómulo. Kitty forcejeó para liberarse, pero él la tenía agarrada de tal modo que no podía mover la cabeza. Con la otra mano le subió la falda hasta la cintura. El pánico se apoderó de ella. Se retorció y golpeó la mesa con los puños, pero no consiguió zafarse de él. Michael le separó las piernas con la rodilla y le rasgó los calzones, como si fueran de papel. Kitty intentó gritar, pero no le salió la voz. El miedo embargaba su mente. Un miedo espeso y sofocante que constreñía y reseca su garganta, dejándola inmóvil. Comprendió horrorizada que Michael iba a hacerle lo que su padre le había hecho, al parecer, a Bridie, y que no había nada que ella pudiera hacer para impedirselo. Paralizada por el terror, sintió que algo duro presionaba entre sus piernas y se abría paso dentro de ella con imparable brutalidad. Se clavó en sus entrañas, desgarrándola y causándole un intenso dolor. De pronto gritó, pero él no pareció oírla. Con la respiración agitada y los ojos negros desorbitados fijos en la lejanía, Michael volvió a hundirse en ella una y otra vez, más aprisa y más hondo, arremetiendo contra ella con toda la fuerza de su peso, como si creyera perversamente que ese acto de violencia la haría suya. Kitty cerró los ojos y trató de pensar en el invernadero en primavera, pero solo veía, a través de la rendija de la puerta, a su padre penetrando a Grace. Luego, Grace se convirtió en Bridie y Kitty abrió los ojos, llena de repulsión, y comenzó a llorar.

Cuando acabó, Michael se retiró y se abrochó los pantalones. Ella se apartó de la mesa. Al incorporarse, un hilillo de un fluido cálido le corrió por las piernas y estuvo a punto de desplomarse bajo una oleada repentina de angustia y agotamiento. Sin embargo, los muchos años que había pasado sofocando su sufrimiento le habían enseñado a disimular. Se alisó la falda con determinación y, sobreponiéndose a su humillación, hizo acopio de dignidad. Por fin, levantó los ojos y vio que Michael estaba tan horrorizado como ella. La miraba en silencio, clavado en el sitio, espantado por sus propios actos.

—Espero que estés satisfecho, Michael Doyle —dijo ella con voz sorprendentemente firme. Él la miró asustado, como si viera algo verdaderamente temible en su expresión—. A Dios pongo por testigo de que haré que te arrepientas de esto el resto de tus días. Deberías haberme matado. Pero en lugar de hacerlo has creado una Furia que te perseguirá hasta las puertas del infierno y más allá. No tienes ni idea de lo que es capaz de hacer una mujer herida. Sí, desearás haberme matado.

Recogió sus calzones rotos, enderezó los hombros, levantó la cabeza y salió de la casa.

Nada más cerrar de un portazo, una oleada de náuseas se apoderó de ella. Comenzó en su vientre y subió hasta su garganta, donde fue debidamente expulsada. Agarrándose el vientre, se inclinó y vomitó sobre la hierba. Temiendo que Michael viera aquella prueba de debilidad, cerró la boca con fuerza, tensó todos los músculos del cuello para sofocar su dolor y se acercó tambaleándose a su caballo. Tuvo que intentarlo tres veces antes de que sus rodillas temblorosas encontraran fuerzas para encaramarse a la silla. Sacudió las riendas y galopó por los campos tan rápido como podía su yegua, estremeciéndose de dolor cada vez que el movimiento de su cabalgadura la zarandeaba.

Solo cuando estuvo muy lejos de la granja de los Doyle liberó su pena al viento. Gritó tan fuerte y con tal ira que podría haber desafiado a la propia Banshee. Mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, deseó haber clavado una puñal en el corazón de Michael Doyle.

Cabalgó hasta el Anillo de las Hadas y desmontó. De pie en medio del círculo de piedras donde tan a menudo se había reunido con Jack, dejó que la lluvia apaciguara su espíritu atormentado. Aparte de la humillación que acababa de sufrir, de la pérdida del hogar de su familia, de la muerte de su abuelo y de la posibilidad de que su padre hubiera violado a Bridie y la hubiera dejado encinta, temía por Jack. ¿Había arruinado aquello lo que más valoraba? ¿Había quedado mancillada para Jack? ¿La aceptaría él en ese estado? Estaba deseando lavarse todo el cuerpo; al menos, así volvería a ser ella misma.

Durante una hora se paseó por el suelo empapado hasta que la hierba se convirtió en barro bajo sus pies. Calada hasta los huesos y temblando de frío, cuando ya no pudo llorar más, recobró el aliento y sintió en su fuero interno, muy en el fondo de su corazón, algo que siempre estaba allí, de la misma

forma que el océano permanece quieto y en calma bajo el tumulto de las olas. Poco a poco, se sintió reconfortada por la belleza del paisaje. Irlanda, siempre Irlanda, tan bella, tan agreste, tan constante. La lluvia suave, el grito desolado de una gaviota, el viento incesante que batía la costa y los misteriosos megalitos que llevaban siglos resistiéndose a su empuje, todas esas cosas eran sus más preciados tesoros porque nunca cambiarían, ni nadie podría arrebatárselas.

Una bruma densa pendía sobre el mar, y el fragor de las olas estrellándose contra las rocas pareció apaciguarla. Dejó de pasearse de un lado a otro y contempló la niebla mientras escuchaba los ruidos que conocía y amaba desde que era niña. Una entereza sorprendente descendió sobre ella, envolviéndola como la delicada caricia de las alas de un ángel. Rindiéndose a esa sensación, sintió que su mente se aclaraba y que su corazón se abría, y que en algún lugar más allá de sus sentidos brotaba un manantial de fortaleza.

Por fin montó en su caballo y se dirigió a casa, o a lo que quedaba de ella. Sabía, no obstante, que saldría adelante. Michael había mancillado su cuerpo, pero no había tocado su alma, y su mente era suya y la obedecía: guardaría a buen recaudo aquel recuerdo y tiraría la llave. Si su padre había violado a Bridie, ¿por qué se aferraba ella a su pañuelo como si fuera un tesoro? Bridie se había entregado a él voluntariamente, sin duda, pero Kitty jamás le perdonaría a su padre que se hubiera aprovechado de ella. En cuanto a su abuelo, estaba muerto, encerrado ya en la misma prisión que Barton y Egerton y todos los demás herederos del castillo de Deverill. Michael había quemado el castillo y matado a su señor. Pero ¿y aquello de «el castillo de un Deverill es su reino»? La familia repetía constantemente ese lema, pero de pronto Kitty dudaba que fuera cierto. ¿Qué significaba ya? Todo había quedado reducido a cenizas. Los Deverill se extinguían. Luego, repentinamente, comprendió que, a su manera repulsiva, Michael Doyle había reconocido ese espíritu en ella y, en su afán por poseerla y destruirla, la había hecho más fuerte. Ahora era digna de su apellido.

Al llegar Kitty a casa, el castillo seguía ardiendo. Cuando la lluvia apagó por fin las últimas ascuas, lo único que quedaba de él era la torre oeste y los muros de piedra exteriores. Era como si una fuerza sobrenatural hubiera protegido esa parte del edificio, pues la habitación en la que residía Barton

Deverill estaba intacta. Ni siquiera el humo la había tocado. Adeline insistió en permanecer allí: ni siquiera los «condenados rebeldes» podrían alejarla del espíritu de su marido, que ahora moraba en la torre junto con todos sus infortunados predecesores. Las Arbolillo temían que hubiera perdido la cabeza. Bertie, por su parte, temía que la torre fuera inestable y le suplicaba que volviera al pabellón de caza, donde estaría a salvo. Kitty, sin embargo, entendía a su abuela. Hallaba consuelo, como de costumbre, en la presencia de Adeline allá arriba, en la torre, donde encendía el fuego y se acomodaba en el butacón de Barton, bebía infusión de cannabis y hablaba con su marido como si estuviera allí en carne y hueso quejándose de la situación del país, solo que ahora se quejaba de los otros espíritus, que tenían la audacia de entrar en la torre que él había reclamado para sí.

Kitty pronto supo por Grace que Jack y Michael habían huido. A Jack lo habían sorprendido llevando armas robadas a un escondite a las afueras de Ballinakelly, pero había logrado dejar fuera de combate a los dos auxiliares que le dieron el alto y escapar a las colinas. En cuanto a Michael, se hallaba en busca y captura por el incendio. Grace suponía que estaban juntos y que tendrían noticias suyas en cuanto fuera posible.

—Tenemos amigos por todo el país, Kitty. Jack y Michael están a salvo, te lo prometo.

—Por mí, Michael Doyle puede pudrirse en el infierno —contestó Kitty en un tono venenoso que sobresaltó a Grace.

—Querida mía, ¿no pensarás que fue él quien prendió fuego al castillo? Seguramente...

—Es un monstruo, Grace —la interrumpió Kitty apasionadamente—. Tendió una trampa a Jack y destruyó mi hogar.

Grace se envaró. Puso la mano en el brazo de Kitty y la apretó con más fuerza de la que pretendía.

—Michael ha hecho cosas terribles —dijo suavemente, y a Kitty le sorprendió que Grace no viera a Michael como lo que era: un canalla—. Pero creo que en este caso te equivocas.

—Fue él, Grace. ¡Sé que fue él! —insistió Kitty—. Traicionó a Jack...

Los ojos de Grace se llenaron de temor.

—Te equivocas —dijo con firmeza—. Solo puedo dar por sentado que las emociones te han nublado el juicio. Michael es... salvaje, fuerte, un elefante en una cacharrería, quizá, pero absolutamente leal, Kitty. Te aseguro que,

cuando Michael descubra quién incendió el castillo, el culpable recibirá su justo castigo. Nadie tendrá más interés en que así sea que el propio Michael Doyle. En cuanto a Jack, fue simple mala suerte. Pero logró escapar y estará en un lugar seguro. Confía en mí.

Kitty, sin embargo, desconfiaba de manera instintiva. Estaba demasiado avergonzada por lo que había hecho su padre y lo que había sucedido en la granja de los Doyle para contarle la verdad a Grace y, aunque lo hiciera, dudaba de que Grace fuera a creerla. A fin de cuentas, no *quería* creerla. Defendía a Michael con tanta obstinación que Kitty comenzó a sospechar que el joven le importaba mucho más de lo debido.

El funeral de Hubert fue casi un réquiem por la sociedad angloirlandesa. *La nobleza irlandesa se ha visto sacudida por la inesperada muerte de mi querido amigo lord Deverill de Ballinakelly, conocido por todos nosotros como Hubert*, escribió el vizconde de Castlerose en su columna del *Express*. *Incluso en Londres no se habla de otra cosa, desde los salones de té del Ritz hasta los salones privados de Mayfair. Yo mismo asistí al funeral...* Maud lloró por Hubert y por la herencia arruinada de su marido. ¿Cómo se presentaría ante la sociedad londinense ahora que su castillo había quedado reducido a cenizas? Todo el mundo esperaba que Bertie, el flamante lord Deverill, abandonara su casa solariega y se instalara en Inglaterra, como habían hecho tantos otros. Maud, la nueva lady Deverill, regresó a Ballinakelly para el funeral de Hubert, pero Harry se quedó en Londres, donde no corría ningún peligro. De todos modos, no creía que pudiera soportar ver las ruinas del castillo o a Joseph, que había sido su primer y único amor duradero. Victoria, que por fin estaba embarazada de su primer hijo, mandó a su abuela una carta de pésame con sus iniciales, V. E. grabadas en oro en el membrete, pero no quiso poner en peligro su embarazo cruzando el mar de Irlanda. En cambio Elspeth, que estaba a punto de dar a luz, acudió con su marido, Peter. Tal vez no tuvieran mucho dinero, pero al menos *su* castillo seguía en pie.

Stoke y Augusta se atrevieron a hacer el viaje acompañados por Digby, Beatrice y su hija Celia. Mantuvieron la cabeza bien alta, en señal de desafío a los desmanes cometidos contra su linaje.

—Somos Deverill, mi querida Celia —dijo Digby cuando la costa de

Irlanda apareció entre la niebla—. Debemos prestar a nuestra familia todo el apoyo que necesite y demostrar a esos rebeldes que a los Deverill no pueden doblegarnos ni acobardarnos con su violencia. El castillo de un Deverill es su reino.

Beatrice contempló las verdes colinas y al acordarse de aquellos tibios veranos en el castillo de Deverill, ahora desaparecidos para siempre, se le encogió el corazón de nostalgia y sintió una repentina punzada de dolor por su queridísimo George, que adoraba aquellos veranos tanto como ella.

El funeral fue un acto solemne y gris. Hacía un día lluvioso y frío. Los vecinos de Ballinakelly se congregaron frente a la iglesia de Saint Patrick para presentar sus respetos a la familia, pues incluso los más ardientes seguidores del Sinn Féin lamentaban la muerte de lord Deverill, a pesar de que a algunos de ellos les parecía bien que el castillo —aquel bastión de la supremacía británica— hubiera quedado arrasado hasta los cimientos. La señora Doyle, la anciana señora Nagle y Sean permanecieron al fondo, pues sabían que Michael había tenido algo que ver con el incendio y se sentían abrumados por la vergüenza, así como por la incertidumbre de su futuro ahora que el medio de vida de la señora Doyle había desaparecido junto con el castillo.

Celia encontró muy cambiada a su prima Kitty. Sus ojos habían perdido aquella expresión traviesa y en su lugar había aparecido una lejanía que hizo añorar a Celia el pasado, cuando estaban tan unidas como hermanas. Daba la impresión de que se habían distanciado al madurar y de que su niñez pertenecía ya a otra vida, y a otras personas completamente distintas. Celia no entendía por qué su prima se negaba a ir a Londres con ella.

—Lo pasaríamos en grande juntas, tú y yo —dijo emocionada—. Hay un montón de fiestas, y vendrían a visitarnos hombres guapos a todas horas. Aquello es un torbellino, siempre hay algo divertido que hacer, y yo te presentaría a todo el mundo. Causarás furor en Londres, Kitty. Por favor, dime que vendrás.

Pero cuando pensaba en abandonar Irlanda, Kitty sentía que se le desgarraba el corazón.

—Mi sitio está aquí —contestó, y su expresión solemne hizo comprender a Celia que nada la haría cambiar de idea.

—¿Te lo pensarás al menos? ¿Qué te queda aquí, Kitty? El castillo está prácticamente arrasado.

Tomó la mano de su prima al notar que Kitty apretaba los dientes y que sus

mejillas palidecían. Por un momento, le pareció ver de nuevo a la Kitty de antes entre los resquicios de la armadura que ella misma se había construido.

—Solo por ir a Londres no vas a dejar de ser irlandesa —argumentó—. Además, tienes que pensar en tu futuro. Búscate un buen partido y podrás reconstruir el castillo —dijo con una sonrisa animosa.

—Me da igual si no me caso nunca, Celia. Pasaré aquí encantada el resto de mis días. Ahora mismo, la abuela me necesita. Está sola en esa torre y yo soy la única que se atreve a visitarla. Los demás piensan que la torre está a punto de desplomarse, pero la abuela no quiere ni oír hablar de ello. No le queda nadie más, solo yo. —Suspiró y Celia sintió su pesar como si fuera algo sólido—. Las Arbolillo han vuelto a su casa, pero casi no salen a la calle por miedo a que les hagan algo. Ellas sí que deberían marcharse a Inglaterra. Pero tampoco quieren. Verás, Celia, somos irlandesas. Somos todos irlandeses. Inglaterra no es nuestro hogar ni lo será nunca. Prefiero morir aquí, en suelo irlandés, a vivir en Londres languideciendo de pena por mi hogar.

—Tu madre...

—A mi madre nunca le ha gustado Irlanda —replicó Kitty, interrumpiéndola—. Yo tampoco le gusto. Solo se quiere a sí misma, lo cual es una suerte, teniendo en cuenta que no hay nadie más que la quiera. Me es indiferente no volver a verla nunca.

Celia ahogó un gemido de horror.

—¡Kitty! Seguro que eso no lo dices en...

—Tú sabes que sí, Celia. Espero que se marche a Inglaterra y que no vuelva nunca.

Celia experimentó una oleada de compasión al ver que su prima parecía de pronto abatida, a pesar de sus intentos de aparentar entereza.

—¡Ay, Kitty! Pareces tan enfadada... —dijo—. Y tan sola...

—No estoy sola, Celia. Al contrario. Tengo a Irlanda, e Irlanda es más constante que las personas.

Celia comprendió entonces que la pena había puesto a su prima fuera de su alcance. No había nada más que pudiera hacer por ayudarla.

Cuando se marcharon todos los invitados, en el castillo de Deverill solo quedaron Bertie, Adeline y Kitty, junto con un pequeño grupo de sirvientes. Bertie estaba deseando marcharse a Londres, pero tenía que pensar en su

madre, aunque estuviera loca, languideciendo en la torre del castillo, hablando consigo misma y bebiendo esa hierba embriagadora que ella llamaba su medicina. Atareado como estaba con los papeles del testamento de su padre y el salvamento de los pocos objetos que habían podido rescatarse de las ruinas del castillo, no reparó en la frialdad que le demostraba su hija. Cuando no estaba pensando en su hogar destrozado, pensaba en Grace. Ella le había prestado una enorme ayuda al hacerse cargo de la criada embarazada y del nacimiento del hijo de esta. Había guardado el secreto y se había ocupado de ambas cosas con discreción y eficacia. Bertie la había visto muchas veces desde el incendio. Como Ronald estaba ausente la mayor parte del tiempo, Grace iba a cenar con él casi todas las noches. Aunque ya no eran amantes, al menos eran amigos. Y Bertie se lo agradecía de todo corazón.

Kitty esperaba ansiosamente noticias de Jack. Iba cinco veces al día a mirar en el agujero del muro en busca de mensajes, pero solo encontraba su propia carta mojada. Nunca cedía a las lágrimas, ni renunciaba a la esperanza. Se lo imaginaba escondido en las montañas y rezaba por que la gente se estuviera portando bien con él y dándole comida para alimentarse y una cama caliente en la que dormir. Cuando por fin le bajó la regla, sintió un alivio inmenso: por fin podía intentar olvidar el horror de su calvario. Pero en el fondo le preocupaba que Jack percibiera algún cambio en ella y la rechazara. Luego, una mañana de finales de enero, descubrió no una nota, sino al propio Jack escondido detrás del muro. Le miró con incredulidad. Después, sus ojos se llenaron de lágrimas y su entereza dio paso al llanto que había reprimido tanto tiempo por pura fuerza de voluntad. Sin decir palabra, Jack saltó el muro, la estrechó entre sus brazos y la besó en la sien. En ese instante, Kitty lloró por su virginidad perdida y porque Jack no fuera a ser el primero en poseerla como mujer. Lloró, además, porque sabía que nunca se lo diría.

Jack creía que lloraba por su casa quemada y su abuelo muerto, y la abrazó con fuerza mientras esperaba a que remitiera su pena. Por fin, la sostuvo con firmeza y la miró fijamente a los ojos.

—He vuelto a buscarte, Kitty. Quiero que vengas conmigo. Podemos empezar una nueva vida juntos muy lejos de aquí, donde nadie nos encuentre. Quiero que nos casemos. Quiero que tengamos hijos. Quiero envejecer contigo.

Kitty no supo qué decir.

—Te quiero, Kitty Deverill. Te quiero más que a nada en el mundo. Pero

aquí no podemos ser felices. Tenemos que irnos donde la policía no me encuentre y donde tu familia no te encuentre a ti. Tenemos que irnos a un lugar donde podamos ser libres.

—¿Dónde? —preguntó ella.

El corazón le latía tan fuerte en el pecho que apenas oía su propia voz.

—A América.

Ella se quedó atónita.

—¿Quieres marcharte de Irlanda?

—Hasta que las cosas se calmen. Quiero que tengamos una vida juntos, Kitty. Y eso no puede ser aquí.

—Pero ¿qué pasa con Irlanda? ¿Qué pasa con la lucha?

—Se acabó, Kitty. Acepto el Tratado. No quiero seguir formando parte de esta guerra. Quiero vivir en paz, contigo.

—No puedo abandonar a mi abuela... No puedo dejar mi hogar —dijo ella, recorriendo tristemente los jardines con la mirada.

—Mírame, Kitty. —Ella obedeció—. Aquí no queda nada. El castillo ya no existe. Tenemos que marcharnos. Tengo que irme o me fusilarán.

Kitty reaccionó al imaginarse a Jack ante el pelotón de fusilamiento.

—Está bien —dijo—. Me iré contigo, siempre y cuando sea algo temporal. Siempre y cuando regresemos. Si sé que volveremos, podré marcharme. —Comenzó a llorar otra vez—. Por favor, dime que volveremos.

—Te prometo que volveremos.

—Entonces iré contigo —dijo ella en voz baja.

—Bien. Hay un barco que parte pasado mañana de Queenstown. Tenemos que irnos al alba, en el primer tren. Está todo arreglado.

—¿Cómo?

—Confía en mí. Tengo amigos en las altas esferas. Tengo dos pasajes y alguien que responderá por nosotros cuando lleguemos allí.

—Pero yo no tengo nada, Jack. Ni dinero, ni...

—Me tienes *a mí*. —Volvió a abrazarla—. Me tienes a mí, Kitty, y eso es lo único que vas a necesitar. —Le sonrió, y su confianza en el futuro disipó la angustia de Kitty—. Te estaré esperando aquí a las seis de la mañana. No llegues tarde.

Mientras regresaba a toda prisa al pabellón de caza, Kitty descubrió que estaba temblando de pies a cabeza. Jack había vuelto, pero su corazón latía de aprensión, no de alegría. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de

abandonar Irlanda. Miró las ruinas del castillo y comprendió que Celia tenía razón: allí no le quedaba nada. Pero, aun así, ignoraba si tendría fuerzas para arrancarse de aquel lugar, pues sin duda sería un desgarró. ¡Y cómo sangraría! Sin Irlanda, no sería ella misma.

Aflojó el paso y sintió una opresión tan grande en el pecho que empezó a costarle respirar. Se llevó la mano al corazón y de pronto todo el horror del último mes pareció abatirse sobre ella.

—No sé si puedo hacerlo —se dijo en voz baja mientras caminaba por la hierba describiendo pequeños círculos—. No sé si puedo marcharme. Te quiero, Jack, pero amo Irlanda. No sé si tengo valor para irme.

Crispó el rostro, presa del desaliento y la indecisión. Se llevó el puño a la boca y se mordió la carne para ahogar un sollozo.

—Dios mío, ayúdame. ¿Me estoy volviendo loca? —Luego, al fin, logró dominarse—. No, puedo hacerlo —se dijo—. Quiero a Jack. Aquí no hay nada para mí. Quiero a Jack. Quiero a Jack, le quiero con toda mi alma.

Echó a andar de nuevo hacia el pabellón de caza. Al llegar a la puerta principal vio una cesta en el porche. Al principio pensó que era una cesta de comida, pero al acercarse se dio cuenta de que era un bebé. Se agachó y miró su carita sonrosada. Un rizo rojo le caía sobre la blanca frente. Kitty dio un respingo cuando el bebé abrió los ojos y pareció mirarla fijamente. Su descaro la dejó sin aliento. Metida dentro de la manta había una nota. La abrió con mano temblorosa. «*Por favor, cuida de mí, Kitty. Soy un Deverill y te pertenezco.*» Dio la vuelta al papel confiando en que dijera algo más, pero no había nada. Indecisa, dejó que el bebé le agarrara el dedo. Era tan hermoso que no podía apartar los ojos de él. Lo adivinó enseguida: tenía que ser el hijo de Bridie. Su hermanastro.

—Hola, amiguito —dijo en voz baja, y se le empañaron los ojos—. Voy a cuidar muy bien de ti. Por Bridie. Y por mí, porque voy a necesitar a alguien a quien querer.

—¡Esto es indignante! —vociferó Bertie, apartando la mirada del bebé que Kitty acababa de llevar a la biblioteca dentro de una cesta.

—Es tu hijo, papá, y pienso quedarme con él —respondió ella mirándole con fijeza.

Él bebió un trago de whisky y clavó la mirada en el fuego.

—Así que ya lo sabes —dijo en voz baja.

—Sí, lo sé.

Se hizo un largo silencio. Kitty no quería conocer los detalles. De pronto temía que su padre hubiera violado a Bridie, después de todo. Quizás hubiera sido una ingenua al empeñarse en creer que era incapaz de semejante brutalidad. Alejó de sí el recuerdo de su padre tomando a Grace y no se atrevió a imaginar qué habría ocurrido con Bridie. Deseaba admirar a su padre. Quería, por encima de todo, que fuera un hombre honorable. Fijó los ojos en el niño, que había vuelto a dormirse.

—¿Dónde está Bridie?

—En América —contestó él.

—¿La has mandado a América? —preguntó, perpleja.

—Va a iniciar una nueva vida, Kitty. Es lo que quería.

A Kitty comenzaron a humedecerse los ojos.

—¿La has mandado allí sin su hijo? ¿Cómo has podido?

—Es lo que quería ella —repitió su padre.

—No te creo. Bridie tiene corazón. Sé que lo tiene. —Miró de nuevo la cesta—. Es mi hermano —añadió.

—Es un bastardo —replicó Bertie.

—Entonces es *mi* bastardo —dijo ella, embargada por una oleada de ternura hacia aquella criatura indefensa y de lealtad hacia su amiga.

—No lo quiero en esta casa —dijo su padre, enrojeciendo.

Cuando se volvió para mirarla, a Kitty le sorprendió ver su semblante, completamente desprovisto de compasión.

—Volverá al convento, como estaba previsto. Tú no estás en situación de

criar a un niño sola. ¿Cómo crees que vas a encontrar marido teniendo un bebé que empañe tu reputación?

—Hablas como mamá —le espetó ella con aspereza.

—Puede que tu madre tenga razón, a fin de cuentas.

—Me las arreglaré.

—¿Y qué hay de mi reputación? ¿Cómo vas a explicarle a la gente que de repente tienes un hijo?

—Diré que es un expósito al que he adoptado. Que lo dejaron en nuestra puerta. Es la verdad, ¿no? No sé cómo lo ha hecho, pero Bridie encontró la manera de traernos a su bebé. La admiro por su valentía. No voy a dejarla en la estacada. El niño tiene que estar aquí, en el castillo de Deverill.

Bertie apuró su vaso y se acercó a la bandeja de los licores para servirse otro. Le temblaba la mano cuando levantó la botella de cristal.

—Ella vino a mí voluntariamente —dijo con voz queda mientras echaba el líquido dorado en el vaso.

Kitty no respondió. La imagen del rostro moreno de Michael se alzó en su mente, inmensa. Le oyó decir con insistencia: *Violó a mi hermana*.

—Fui imprudente —añadió Bertie. Se llevó el vaso a los labios y meneó la cabeza—. Este es el resultado de mi imprudencia.

—Pero yo lo querré y lo criaré como a un Deverill. Es sangre de nuestra sangre. ¿Ves?, hasta tiene mi pelo rojo. Me da igual lo que digas, o lo que diga la gente. Se lo debo a Bridie.

—De mí no conseguirás ni un penique —dijo su padre, y Kitty sintió la fría bofetada del rechazo.

Haciendo un esfuerzo, hizo acopio de coraje.

—Nunca te pediré nada.

Salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda. Había una persona a la que sabía que podía recurrir. A fin de cuentas, ¿Grace Rowan-Hampton no le debía la vida?

Bertie apuró su segundo whisky y cerró los ojos para dejar de ver la habitación, que de pronto le daba vueltas, mareándolo. Tenía el estómago revuelto. Creía haber ocultado su desliz enviando a Bridie a América y entregando su bebé a las monjas. Grace le había asegurado que aquel desafortunado asunto se disolvería sin más. Pero no. Debido a la inevitable

marcha del destino, el niño había aparecido en su puerta. Se frotó los ojos. No soportaba pensar en ello. La mala conciencia lo había perseguido como un cazador implacable y por fin lo había atrapado. Se rindió a ella como un animal acorralado, sin ningún sitio al que escapar.

Pronto se sabría que el bastardo era hijo suyo. El bochorno sería inmenso. De pronto le preocupaba lo que diría Maud. Maud, a quien despreciaba por su mezquindad burguesa y su ambición. Si fuera una aristócrata, como Grace, probablemente aceptaría al niño y lo criaría como si fuera suyo, pero Maud no tenía abolengo ni gusto alguno por la excentricidad. Se había casado con ella por su belleza y su frialdad, que en su momento se le antojó un inmenso desafío, a él, que podía tener a cualquier. ¿Quién lo querría ahora? Incluso Grace se había apartado de él.

Se acercó a su escritorio y se sentó. Gotas de sudor se le acumulaban en la piel. Abrió el cajón de abajo y encontró su pistola escondida bajo un montón de papeles. La sacó con cuidado. La última vez que la había empuñado fue el día que le dejó Grace. El día que se la acercó a la sien. El día que no tuvo valor para disparar y se desplomó como un borracho y un cobarde, golpeándose la cabeza con un lado del escritorio. Después, Bridie lo encontró sentado en el pasillo, sangrando y derrotado. Fue entonces cuando empezó todo. Hasta ese momento, ni siquiera había reparado en ella. Pero todo acto tiene una consecuencia. Ese momento había cambiado su destino. Grace ya no lo quería, pero Bridie sí.

De nuevo, se acercó el cañón a la sien. De nuevo, cerró los ojos. De nuevo, su dedo tembló sobre el gatillo. Y de nuevo le faltó valor para acabar con su vida.

Kitty y el bebé llegaron a casa de Grace en el Daimler. El incendio no había afectado a los establos ni a las cocheras, y el chófer se alegraba de conservar su trabajo. Brennan, el mayordomo, miró al bebé con curiosidad antes de conducirla al salón y decirle con firmeza que esperara mientras iba a avisar a su señora. Kitty obedeció, rebullendo de impaciencia. Tuvo la impresión de que pasaba largo rato antes de que Grace apareciera por fin. Sus zapatos resonaron ligeramente en el suelo de mármol. Bajó la mirada hacia la cesta y una expresión preocupada ensombreció su semblante.

—¿Qué es esto? —preguntó, y por un momento Kitty se preguntó si era

pedirle demasiado que la ayudara con el hijo ilegítimo de su padre.

—¡Ah, Grace! Es una larga historia... —dijo, sintiéndose de pronto débil bajo el peso de la responsabilidad—. Siento haberlo traído aquí. No tenía dónde ir.

—Es el hijo de Bridie —dijo Grace.

—¿Lo sabes?

—No pongas esa cara de sorpresa, querida. Tu padre tampoco tenía a quién recurrir. Por lo visto soy el único puerto disponible en caso de tormenta.

—¿Sabes quién lo dejó en mi puerta? —preguntó Kitty.

—¿Lo han dejado en tu puerta?

—Con una nota.

—¿Puedo verla?

Kitty se la sacó del bolsillo. Grace la leyó y pareció aún más irritada.

—No sé quién ha escrito esto —dijo rápidamente, devolviéndole la nota—. Pero para mí está claro que o bien la propia Bridie consiguió sacar a su hijo del convento y mandarlo aquí, o bien ha sido alguien que tiene mucho interés en que *tú* críes a su hijo. Imagino que tu padre no se ha alegrado de verlo.

—Quería que lo devolviera al convento. Estaba furioso. Creo que nunca lo había visto tan enfadado.

—Dale tiempo. Se arrepentirá de su furia, no me cabe duda. Mientras tanto, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Gracias, Grace.

Kitty se dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza en las manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a temblar. La exasperación de Grace se disipó y, sentándose a su lado, la apretó contra su pecho como haría una madre con su hija.

—Todo se arreglará, Kitty —dijo—. Es una responsabilidad tremenda para una chica joven como tú, sobre todo después de todo por lo que has pasado.

Pero Kitty estaba pensando en Jack. Cerró los ojos y desahogó su angustia en brazos de Grace.

—Jack quiere que me vaya a América con él —le dijo—. Estará esperándome al amanecer, junto al muro del huerto. Pero no puedo... —Se le quebró la voz—. No puedo...

—No puedes irte ahora —concluyó Grace en su lugar—. Por supuesto que no. Tienes un deber para con el hijo de Bridie, y sería terriblemente complicado llevar a un bebé tan pequeño a América. ¿De qué vivirías, y más

aún con un bebé? Jack lo entenderá. Si os queréis, esperaréis los dos.

Kitty se sintió más tranquila.

—Jack volverá cuando haya paz, ¿verdad?

Grace le secó una lágrima con el pulgar.

—Claro que sí, querida mía.

—Eres muy buena, Grace. —Kitty miró intensamente los ojos castaños de su amiga y sintió un arrebató de gratitud—. Siento haber dudado de ti.

A la mañana siguiente, Kitty fue al muro a esperar a Jack. El alba se imponía en el firmamento, iluminando la oscuridad con brillantes franjas de índigo y oro. Kitty estaba tan nerviosa que no había pegado ojo. Sabía que pedirle a Jack que la esperase era demasiado, pero no podía hacer otra cosa. Le debía a su amiga Bridie ocuparse de su hijo. Se lo debía a los Deverill.

Jack llegó por fin con su chaqueta y su gorra, y una bolsa harapienta colgada del hombro. Sonrió a Kitty, pero su sonrisa se borró al instante al ver que no iba vestida para emprender un viaje ni llevaba equipaje. Se puso pálido.

—No vas a venir, ¿verdad? —dijo, y su evidente decepción hizo que a Kitty se le encogiera el corazón.

—No puedo.

Kitty hundió las manos en los bolsillos de su abrigo. No podía contarle lo de su padre, Bridie y el bebé; era demasiado complicado, y estaba aún demasiado fresco. Él le pediría que dejara al bebé. La convencería para que se escapara con él. Tal vez ella cediera, ¿y entonces, qué?

—No puedo dejar a mi abuela, y mi padre me necesita —dijo.

—¡Ay, Kitty...! —gruñó él.

Apoyó la mano en la cadera y se dio la vuelta. Su perfil era tan duro que parecía tallado en granito. Miró a lo lejos, ensimismado. El rictus amargo que se dibujó en su boca le recordó a Kitty al niño de antaño, cuando aquel gitano le golpeó en la mandíbula. Pensó por un momento que iba a decirle que lo suyo se había terminado. Que aquel adiós era definitivo. Pero él se quitó la gorra, fijó en ella sus intensos ojos azules y la estrechó en sus brazos con tanta fuerza que ella apenas pudo respirar.

—Entonces, juro por Dios que volveré a buscarte —dijo, y su tono apasionado no dejó ninguna duda a Kitty de que lo haría—. Cuando la paz vuelva a Irlanda, volveré y me casaré contigo.

—Y nos quedaremos aquí, en Ballinakelly —contestó ella entre lágrimas—. Tendrán que acostumbrarse. —Se sacó un sobre del bolsillo y se lo dio—. Para que te lo lleves a América y no me olvides.

—Yo nunca te olvidaré, Kitty. Llevaré tu cara grabada en el corazón mientras viva. —La besó una última vez y Kitty cerró los ojos para guardar aquel instante en su memoria.

Jack se guardó el sobre en el bolsillo de la chaqueta y desapareció en el bosque, dejándola sola en el jardín, sin más ruido que el trasiego de los cuervos, que escarbaban entre las ruinas del castillo como ladrones en un cementerio.

Dejó que su mirada vagara por los senderos de su niñez. Los invernaderos con sus tejados curvos, las ringleras de hortalizas, los muros en los que el jazmín y la clemátide crecían frondosos en verano, las praderas cuidadosamente recortadas en las que jugaban al críquet y el tenis, ahora descuidadas y cuajadas de hierbajos. Añoró su infancia perdida y a la niña que había sido antaño, rebelde, despreocupada y salvaje. No se había dado cuenta hasta entonces de lo feliz que había sido. A pesar de la crueldad de la señorita Grieve y del rechazo de su madre, había tenido muy pocas preocupaciones. Se acordó de cuando veía a los espíritus de la naturaleza, que danzaban formando pequeñas bolas de luz en torno a los lechos de flores; de los fantasmas que le hacían compañía; de las conversaciones sobre hadas que mantenía en secreto con su abuela en aquella salita de estar que olía a lilas y fuego de turba. Todo eso había desaparecido. Todo. ¿Quién era ahora, y dónde estaba su lugar? Ella misma se había convertido en un fantasma que moraba en el castillo, y el castillo había desaparecido.

Repentinamente se apoderó de ella una horrible congoja y comprendió que había cometido un error fatal. Llevándose las manos a la cabeza, soltó un gemido.

—¡¿Qué he hecho?! —gritó en medio del jardín desierto.

Con el corazón desbocado, sintiendo que la sangre le latía en las sienas, corrió hacia el muro donde se había despedido de Jack. ¿Cómo podía haber renunciado a él a sabiendas de que le sería imposible vivir sin su presencia? ¿Cómo había podido sacrificar su amor por un niño que ni siquiera era hijo suyo? ¿Cómo se le había ocurrido? ¿Por qué había estado tan dispuesta a renunciar a su propia dicha cuando nadie se lo pedía, solo por un sentido erróneo del deber?

La angustia constriñó su garganta mientras atravesaba corriendo el bosque por el atajo a Ballinakelly, donde Jack estaría esperando el tren, sumido en su propia pena. Las lágrimas empañaban sus ojos y apenas veía por dónde iba. Le daba igual no tener ninguna pertenencia, más que la ropa que llevaba puesta. Estando con Jack, tendría todo lo que necesitaba. Estando juntos, solo necesitarían aire para respirar; el amor se encargaría del resto. Corrió sin importarle que las zarzas desgarraran su vestido y las espinas arañaran su piel, y al bajar por la colina tropezó con un tocón y cayó al suelo. Tenía que alcanzar a Jack, era urgente. Temía que, una vez se marchara, no volvieran a verse.

Por fin entró en el pueblo. Tenía la cara manchada de polvo y lágrimas y el cabello alborotado. Se imaginó lanzándose en brazos de Jack y sintió que tenía esa dicha casi al alcance de la mano. Todo iba a salir bien. Pronto estarían juntos y nada volvería a separarlos.

Atravesó a toda prisa una pequeña arboleda y llegó a la estación por la parte de atrás. Allí, a la luz mortecina del día, vio el andén y el edificio de ladrillo rojo de la estación, con su toldo blanco y el endeble puentecillo que cruzaba las vías. Entonces vio a Jack. Presentaba un aspecto desolado allí solo, con la intensa mirada perdida en esa tierra de nadie entre la realidad y el reino, más luminoso, del deseo. Kitty experimentó tal alivio que se le aflojaron las piernas y estuvo a punto de caerse. Levantó la mano para saludarlo pero, cuando intentó llamarlo, solo le salió un grito desmayado que el ruido repentino de unos pasos apresurados resonando en las paredes de la estación ahogó por completo. Los *black and tans* irrumpieron de pronto en el andén y apuntaron a Jack con sus armas. Su corazón se detuvo. Cayó de rodillas. El número de soldados parecía excesivo para detener a un solo rebelde, pero estaba claro que no querían arriesgarse: Jack les había dado esquinazo en varias ocasiones.

Kitty vio, impotente, cómo dejaba caer la bolsa y levantaba las manos con expresión resignada. Los soldados le trataron sin contemplaciones, le golpearon en la cabeza y en el estómago con la culata de sus armas, y Jack se inclinó y cayó al suelo. Kitty se abrazó y dejó escapar un grito salvaje y desesperado que se confundió con el silbido del tren que entraba en ese momento en la estación como un dragón jadeante. Intentó ver lo que sucedía al otro lado mirando a través de las ventanillas, pero las lágrimas cegaban sus ojos. Cuando por fin arrancó el tren, el andén estaba vacío. Jack había

desaparecido. No había vestigio alguno de que hubiera estado allí, salvo una herida profunda en el corazón de Kitty que nunca volvería a sanar.

Presa del dolor por todo lo que había perdido, corrió al castillo y subió por la ennegrecida escalera trasera hasta la torre oeste, donde su abuela estaba leyendo y conversando con su marido como si el incendio no hubiera tenido lugar. Adeline se sobresaltó al verla irrumpir en el cuarto. Ya no estaba acostumbrada a que los vivos entraran en su habitación: Bertie insistía en que se vieran abajo, en los restos del cuartito que antes servía para guardar las botas, donde había montado una mesa para que al menos pudieran comer juntos. Como Adeline se negaba a dejar solo a Hubert, la comida se la traían a diario del pabellón de caza. Su hijo confiaba en hacerle cambiar de idea algún día.

—¡Abuela! —exclamó Kitty, cayendo a sus pies—. ¡Qué desgraciada soy! —Apoyó la cabeza en el regazo de su abuela y se echó a llorar.

Adeline dejó su libro y acarició el cabello de su nieta, dándole tiempo para que desahogara su pena.

—Mi queridísima niña —dijo por fin—, has de ser fuerte. Todos hemos de serlo. La vida está llena de cambios, pero no debemos temerlos. Debemos adaptarnos.

—¡Pero todo ha cambiado! ¡Todo! Ya no sé quién soy.

—Vamos, vamos, Kitty. Que las cosas cambien a tu alrededor no significa que *tú* seas distinta.

—Tú no lo entiendes. Necesito contártelo todo. Eres la única persona en la que puedo confiar.

Kitty le habló de Jack, de su colaboración con los rebeldes, de la indiscreción de su padre con Bridie y del bebé que había encontrado en la puerta del pabellón de caza. Cuando hubo acabado, se enderezó en el asiento y miró a su abuela con ojos dilatados y vidriosos. Adeline tenía una expresión serena, como si nada de lo que le acababa de contar su nieta fuera una sorpresa, ni siquiera mínimamente.

—Han detenido a Jack —concluyó Kitty ahogando un sollozo—. ¿Y si lo ejecutan? ¿Y si no vuelvo a verlo? Creo que no puedo vivir sin él, abuela. Creo que no puedo.

—Puedes y debes —contestó Adeline con vehemencia—. ¿Crees que Jack querría que te vinieras abajo y renunciaras a vivir? Por supuesto que no.

—Pero él no sabe que yo estaba allí. Pensaba que no iba a ir con él. Grité,

pero no me oyó.

Adeline le acarició la cabeza.

—Entonces debes escribirle y decírselo, Kitty. Cuando salga en libertad, volveréis a estar juntos.

—Pero ¿saldrá en libertad? ¿Ves *eso*, abuela? ¿Nos ves juntos? Dime lo que ves, porque yo no veo más que vacío.

Adeline miró a su nieta fijamente.

—¿No te he dicho alguna vez que eres una hija de Marte llena de valentía? La vida no es un camino de rosas ni puede serlo, está llena de baches que una misma elige. Y en tu temperamento estaba el elegir el camino más difícil. — Suspiró y pasó la mano por el cabello rojo de Kitty—. Eres mi nieta favorita, siempre lo has sido. Nos parecemos tanto, tú y yo... Y sin embargo tú eres mucho más osada de lo que yo he sido nunca. No sé a quién saliste en eso. — De pronto, se rio—. Hubert dice que saliste a él, pero no estoy de acuerdo.

Kitty levantó los ojos y vio a su abuelo sentado en el sillón de enfrente. Parecía tan real que por un instante creyó que no había perecido en el incendio, y su corazón dio un brinco.

—No, querida mía, me temo que es un espíritu, igual que los demás. Si te casaras con tu Jack, podríais venir a vivir aquí y liberarlos a todos.

—Eso sería un sueño —dijo Kitty melancólicamente.

—Ese bebé es tu destino, Kitty. Tu padre no quiere saber nada de él, lo que era previsible. Es espantosamente cobarde, me temo. Así que tendrás que ser *tú* quien cuide del pequeño.

—¿Cómo? Papá no va a darme ni un penique. El niño es mi hermano. Es el hijo de Bridie...

—Y es un Deverill. Uno de nosotros. —Adeline levantó la barbilla—. Yo te ayudaré. Hubert me dejó bien situada en su testamento y tengo más que suficiente para vivir. Ese pequeño es mi nieto. Puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

Kitty se levantó y se secó las lágrimas.

—Prepárate, niñita de Marte, porque el camino es largo y está lleno de peligros. Ahora, te aconsejo que te marches. Tengo un pálpito repentino. Tienes que abandonar Irlanda inmediatamente. Ve con Dios.

Kitty regresó al pabellón de caza, donde el chófer esperaba para llevarla de

vuelta a casa de Grace. Con el corazón apesadumbrado, subió al coche y se marchó.

Al llegar a la casa, Grace la esperaba en la puerta retorciéndose las manos. Kitty comprendió por la expresión de su cara que había ocurrido algo terrible.

—¡Gracias a Dios que has vuelto!-exclamó su amiga, bajando a toda prisa los escalones para reunirse con ella—. Tienes que entrar enseguida. Han detenido a Jack en la estación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kitty, atónita.

—Por aquí pasan pocas cosas de las que yo no me entere —contestó Grace misteriosamente mientras conducía a Kitty al vestíbulo.

Kitty la agarró del brazo.

—Yo estaba allí, Grace —murmuró—. Cambié de idea. Estaba allí y lo vi todo.

—Pero a ti no te vieron, ¿verdad? —preguntó Grace con nerviosismo.

—No, no me vieron. ¿Qué van a hacer con él? —dijo Kitty, respirando agitadamente—. No le harán daño, ¿verdad? —De pronto sintió pánico al acordarse del sobre que le había dado—. Santo Dios —sollozó, apretando el brazo de Grace—. Le di una fotografía mía... y una carta.

Grace reaccionó de inmediato.

—Entonces tienes que irte enseguida. No hay tiempo que perder.

—¿Adónde?

—A Londres, claro. ¿Dónde, si no? —La agarró de la mano y la llevó rápidamente al piso de arriba—. Tienes que llevarte al bebé. Puedes quedarte en mi casa de Mayfair todo el tiempo que quieras. Irlanda ya no es un lugar seguro para ti, querida mía. Ahora recoge tus cosas y apresúrate.

Justo antes de que llegaran al descansillo, Grace miró hacia el vestíbulo, donde un hombre acababa de salir de entre las sombras. El hombre se pasó la tosca mano por el cabello espeso y rizado y empezó a abrocharse la camisa. Los ojos de ambos se encontraron y parecieron comunicarse algo en silencio. Grace llevó a Kitty a toda prisa por el pasillo. Michael Doyle se puso su gorra y su chaqueta y se marchó.

Bridie estaba en su estrecha litera del camarote que compartía con otras tres jóvenes irlandesas cuando la despertó un alboroto procedente de la cubierta. Parpadeó un instante y, al acordarse de dónde estaba, sintió una punzada de

angustia. Las verdes colinas de su patria no habían sido más que un sueño. Se incorporó, agarrotada por la dureza del colchón y debilitada tras casi dos semanas alimentándose de minúsculas raciones de comida insípida, y aguzó el oído. El alboroto creció hasta convertirse en tumulto. Un sentimiento de terror le oprimió el corazón. ¿Se estaba hundiendo el barco? Llamó a Eileen, la chica del condado de Wicklow con la que había trabado amistad durante el viaje, pero al levantarse y mirar la litera de arriba vio que su cama estaba vacía. Se vistió a toda prisa y, cogiendo la maletita que contenía todas sus pertenencias, salió al pasillo y subió a cubierta tan rápido como se lo permitieron sus piernas temblorosas.

Daba la impresión de que todos los pasajeros habían salido a cubierta. El día había amanecido brumoso y frío, pero entre la penumbra del alba distinguió, surgiendo del mar, la majestuosa silueta de una estatua monumental. De pronto, un silencio reverencial cayó sobre la cubierta del barco. Miraron todos aquel símbolo de la libertad como si fuera una diosa benévola que les concedía un futuro nuevo y esperanzador. Los cristianos se hincaron de rodillas y se santiguaron. Los judíos comenzaron a rezar, envueltos en sus *talits*. Hombres y mujeres mayores lloraban de felicidad. Los niños sollozaban, siguiendo el ejemplo de sus padres. Bridie también se echó a llorar, no porque tuviera ante sus ojos aquella Tierra Prometida, sino por la que había dejado atrás y por el bebé al que había abandonado en ella. Permaneció allí, rodeada por aquella muchedumbre de desconocidos que buscaban, como ella, una nueva vida, y lloró por todo lo que había perdido.

TERCERA PARTE

Londres, Inglaterra, 1922

Celia estaba sentada ante su tocador mientras Marcie, su doncella, la peinaba para asistir a la velada que su madre celebraba todos los martes. Miró distraídamente el *Express* de esa mañana, en el que el vizconde de Castlerose, autor de la columna de cotilleos, había escrito: *No soporto perderme una sola de las veladas que mi querida amiga lady Deverill acoge, una vez a la semana, en el salón de su magnífica residencia de Kensington Palace Gardens, donde actores de cine norteamericanos se codean con aristócratas y políticos y se beben novedosos cócteles del otro lado del Atlántico con acompañamiento de jazz. Esta semana coincidí allí con el señor Douglas Fairbanks y su flamante esposa, Mary Pickford, que hablaban de Robin Hood, su nueva película, mientras Ivor Novello, el talentoso compositor galés, cantaba uno de sus éxitos al piano acompañado por Sax, el músico negro de Nueva Orleans que se ha granjeado multitud de admiradoras entre nuestras anfitrionas más destacadas. En otro rincón del salón, el príncipe Yusopov, un emigrado ruso, le contaba (por décima vez) al secretario de Exteriores, lord Curzon, cómo mató a Rasputín. Había también...*

Tumbado en el diván con su batín de seda, Harry fumaba uno de los cigarrillos turcos de Beatrice, que había birlado de la caja de madreperla del salón. Desde su traslado a Londres, se había hecho amigo íntimo de Celia y rara vez se separaba de ella. Con su cabello rubio y angelical, su piel de alabastro y sus ojos azules, podían haber pasado fácilmente por hermanos de no ser por el recuerdo de George, que permanecía nítido y firme en la mente de todos aquellos que habían conocido al joven. Mientras Maud sondeaba el terreno en busca de una novia adecuada para su hijo —lo que resultaba más arduo que nunca ahora que ya no tenía un castillo que usar como cebo—, Harry iba de fiesta en fiesta con su infatigable prima y con el amigo de juventud de George, el bello y lacónico Boysie Bancroft.

—¿Qué te pareció Charlotte Stalbridge? —preguntó Celia—. Tu madre se

pasó toda la noche intentando encasquetártela.

Harry dio una larga calada al cigarrillo y exhaló un anillo de humo.

—Horriblemente aburrida —contestó.

—Pero es muy guapa, ¿no?

—¿De qué sirve un escaparate atractivo si dentro de la tienda no hay nada que merezca la pena comprar?

Celia se rio por lo bajo.

—Puede que tenga dinero a montones, pero no tiene ni idea de cómo vestirse.

—Ese rosa pálido le sentaba fatal —convino Harry—. Una chica con su piel y su pelo debería evitar los colores claros. Tú, en cambio, estás divina en todos los tonos.

—¿Algún día me escribirás un poema? Me gustaría que me immortalizaran en verso. Un poema largo y musical como *La dama de Shalott*.

—La dama de Shalott tuvo muy mal fin. *Si mira hacia Camelot, ignora qué maldición le caerá, y así teje sin cesar, sin preocuparse de nada más, la dama de Shalott.*

—¡Ay, qué romántico es! ¡Y qué cabeza privilegiada la tuya por sabértelo de memoria!

Ya peinada, Celia despidió con un ademán a su doncella, que salió de la habitación y cerró la puerta.

—He visto que le has escrito un poema a Boysie.

Harry se incorporó y se llevó el cenicero a la ventana, desde la que contempló el jardín, donde un par de orondas palomas picoteaban la hierba.

—No quería fisionear —añadió apresuradamente su prima—. Lo vi por casualidad en tu mesilla de noche. No lo leí, por supuesto —dijo—. Es solo que me gustaría que me escribieras uno a mí también. Tienes muchísimo talento. Un día serás famoso, como Oscar Wilde.

A Harry no le pasó desapercibida la comparación. Dio una última calada al cigarrillo y lo apagó.

—Al pobre e infeliz Oscar Wilde no solo se le recuerda por su obra —dijo quedamente.

—Era maravillosamente escandaloso. No hay nada de malo en que un hombre ame a otro hombre, ¿verdad que no? En cierto modo es un amor fraternal, ¿no crees?

—No estoy enamorado de Boysie, si es eso lo que insinúas. Lo admiro. Es

un hombre muy inteligente. Escribo poemas sobre todo el mundo.

—Ya lo sé. Pero si estuvieras enamorado de él no habría nada de malo en ello. Es lo único que digo.

—A veces dices muchas tonterías, jovencita. —Dejó el cenicero en la repisa de la ventana—. Supongo que será mejor que me cambie. Falta poco para que empiecen a llegar los invitados.

Cuando se disponía a salir de la habitación, Beatrice abrió de golpe la puerta y entró llevando un telegrama en la mano regordeta y enojada.

—¡Celia! ¡Harry! Siéntate, traigo una noticia increíble.

Harry miró a su prima y regresó al diván.

—Tu hermana Kitty está de camino a Londres.

—¡Pero eso es maravilloso, mamá! —exclamó Celia.

El desconcierto se reflejó en el rostro de Beatrice.

—¡Pero trae un bebé!

—¡Un bebé! —repitió Harry—. ¿De quién?

—Un expósito.

—¡Dios mío, su conciencia social es la monda! —rio Celia—. ¿Os acordáis de aquel verano que tuvimos que recoger verduras para los pobres?

—¿Quién remite el telegrama? —preguntó Harry.

Beatrice se lo entregó.

—¡Ah, lady Rowan-Hampton! —exclamó él—. Imagino que mi padre no habrá querido saber nada de ese huerfanito. Si no, Kitty se habría quedado en Irlanda. Yo pensaba que no abandonaría nuestras tierras por nada del mundo.

—A mí me dijo que no pensaba marcharse cuando se lo propuse en el funeral del primo Hubert. Intenté convencerla por todos los medios, pero se negó. —Celia entornó los ojos—. Me preguntó de quién será ese bebé.

—Bueno, suyo no es —dijo Beatrice.

—¿Va a venir aquí? —preguntó Celia, ilusionada.

—No, piensa alojarse en casa de Grace, en Mayfair.

—¿Lo sabe mi madre? —preguntó Harry.

—Todavía no. El deber de decírselo ha recaído sobre mí —dijo Beatrice, malhumorada.

—Ah —dijo Harry—. Buena suerte, entonces.

—¿Qué puede importarle a ella? —preguntó Celia—. Kitty siempre la ha traído al fresco.

—Será un escándalo que su hija soltera llegue a Londres con un bebé en

brazos. Todo el mundo dará por sentado que es suyo —sentenció Harry.

—¿Y qué? —replicó Celia, que disfrutaba haciendo alarde de modernidad—. ¡Estamos en 1922, no en 1822!

—Aun así, a mi madre le importa mucho su reputación —insistió Harry.

—Porque es lo único que le queda —añadió Celia con desdén.

Al enterarse de la noticia, Maud se sentó y se llevó la mano blanca y delicada a los labios.

—¿Cómo es posible que Kitty se presente en Londres con un bebé? ¿Es que quiere ser mi ruina?

Beatrice, que había anticipado cuál sería su reacción, estaba lista para consolarla.

—Ha adoptado a un huerfanito. A mí me parece admirable.

—No es admirable, Beatrice. ¡Es un disparate! ¿Cómo va a encontrar marido cargando con un bebé? ¿Cómo ha podido permitir Bertie que se marche así? ¿No podría haberse quedado en Irlanda?

—El telegrama lo ha enviado Grace, Maud. Imagino que Bertie no quiere saber nada del tema.

—Claro que no. ¿Y de quién es el niño, además?

—No lo sé. El telegrama solo dice...

Maud se levantó bruscamente.

—¿Cómo ha podido! Ahora que por fin me iban bien las cosas. Victoria está esperando un bebé. Y creo que tal vez le haya encontrado novia a Harry. ¿Qué pensará lady Stalbridge cuando la hermana de Harry se presente aquí con un expósito? ¿Querrá que su única hija se case con él en esas circunstancias? ¡Yo creo que no! Después de todo lo que he sufrido, ¿cómo puede venir a mancillar el buen nombre de nuestra familia?

—Estoy segura de que hay una explicación. Vamos a esperar a que llegue antes de juzgarla.

—Siempre ha sido para mí una espina clavada en el costado —dijo Maud amargamente—. No sé qué he hecho para merecerlo, pero Kitty me odia. Mi propia hija me odia. No hay otra explicación. Sería preferible que el niño fuera suyo. ¡Así al menos podríamos fingir que es viuda! Sería más decoroso.

—Debe de ser de alguien muy querido para ella —sugirió Beatrice.

—Cuando llegue le exigiré una explicación.

—No va a quedarse aquí, Maud. Va a alojarse en casa de Grace.

—¿En Mayfair? ¿Y se puede saber por qué no viene aquí? —Maud sacudió la cabeza, compadeciéndose de sí misma—. Claro, qué tonta soy. Bien, un desaire más. Creo que esta noche no soportaría hablar con nadie. Voy a retirarme a mi habitación. Por favor, dile a lady Stalbridge que no me encuentre bien.

Y desapareció en su cuarto al tiempo que llegaban los primeros invitados de la noche.

Harry disfrutaba de las veladas que organizaba Beatrice en su salón. Nunca sabía uno quién iba a aparecer, ni cuánta gente asistiría. Comían, bebían, jugaban a las cartas y a las charadas, debatían y conversaban y, en general, se divertían inmensamente. Fue allí donde vio a Boysie por primera vez y donde se enamoró perdidamente de él, a pesar de que Boysie parecía ignorar que Harry le seguía con la mirada.

Boysie Bancroft era el hombre más bello que había visto nunca. Era alto y esbelto como un junco, y sus dedos largos y finos parecían acariciar las teclas cuando tocaba el piano y bailar en el aire cuando recitaba poesía. Era un esteta que poseía la voz musical de un ángel caído, enronquecida por el mucho trasnochar, el coñac y los cigarrillos. Sus ojos, profundos y soñadores, tenían el color de la turmalina verde salpicado de pintas de oro, y sus labios, pese a ser gruesos y sonrosados como los de un querubín, eran capaces de repartir pullas dignas de un demonio. Tenía veinticuatro años, pero su tez era tan tersa que aún no había empezado a afeitarse y el cabello —una lustrosa mata del color del azúcar moreno— le caía sobre la frente como la crin de un hermosísimo potro. Todo el mundo lo adoraba por su encanto, su ingenio socarrón y su capacidad para reírse de sí mismo, pero Beatrice le tenía especial afecto porque había sido el mejor amigo de George, y tenerlo cerca la hacía sentirse en cierto modo ligada a su hijo.

Boysie y Harry se habían caído bien a primera vista. Ambos eran guapos e inteligentes, fanáticos de las galerías de arte y los museos, el teatro y el ballet, y sentían gran cariño por Celia. Eran los compañeros perfectos: se reían de las mismas bromas (normalmente, de las del otro) y encontraban insoportablemente tediosas a las mismas personas. Sin embargo, en lo relativo al amor, Harry no estaba seguro de que Boysie le profesara la misma

admiración que él sentía por su amigo. Justo cuando empezaba a creer que tal vez le correspondiera, Boysie se presentó en una fiesta cogido del brazo de una linda muchacha y anunció que aquella tal Deirdre Mortimer, más bien tímida y entrada en carnes, era la joven con la que pensaba casarse.

Ahora Harry se paseaba por el vestíbulo saludando a los invitados y esperando a Boysie mientras trataba de dominar su agitación. Estaba tan enfrascado pensando en el hombre al que amaba que casi se había olvidado de su hermana y el bebé. Cuando por fin apareció Boysie acompañado por la boba de Deirdre Mortimer, vestida con un traje verde muy poco favorecedor, Harry aparentó sorpresa y fingió que pasaba casualmente por el vestíbulo en ese instante.

—¡Qué coincidencia! —exclamó palmeando a su amigo en la espalda—. Señorita Mortimer, es un placer volver a verla.

—Te has comprado una chaqueta nueva, pillín —dijo Boysie, fijándose en el atuendo impecable de su amigo—. ¿Has vuelto a pasarte por Savile Row?

—Me temo que sí —contestó Harry, cuyo corazón se había hinchado de felicidad ahora que Boysie estaba allí.

—Comparado contigo me siento un desastrado. ¡Tendré que compensarlo tocando el piano con ardor! ¿Listo para una canción?

En ese momento, cuando Harry se disponía a conducir a Boysie al salón del piso de arriba, entraron por la puerta nada menos que lady Stalbridge y su hija Charlotte.

—Mira, cariño, aquí está Harry. ¡Qué amable que hayas esperado a Charlotte! Ya sabes lo nerviosa que se pone cuando tiene que entrar en un salón lleno de gente.

Harry se quedó pasmado, y se enfureció para sus adentros.

—Es un placer —contestó mientras Charlotte le entregaba su abrigo al mayordomo—. ¿Qué os parece si subimos juntos? Creo que Boysie va a tocar el piano. ¿Qué tal cantas, Charlotte?

La joven enrojeció.

—No sé cantar —contestó.

—Yo tampoco —añadió Deirdre.

—¡Entonces Harry y yo cantaremos por vosotras, y podéis aplaudirnos y hacernos creer que tenemos un gran talento! —dijo Boysie abriendo la comitiva, y a Harry le maravilló esa habilidad suya para hacer que todo el mundo se sintiera a gusto consigo mismo.

Al poco rato, la reunión se convirtió en una juerga. Las canciones se hicieron más estruendosas, las risas más estridentes, la conducta menos decorosa, y Harry se sintió más confuso que nunca cuando Boysie lo miró con adoración por encima del piano sin dejar por ello de prodigar atenciones a Deirdre. A medianoche, Celia inauguró el baile. Se despejó el salón y otros jóvenes ocuparon la pista mientras los invitados de más edad se trasladaban a habitaciones más apacibles o se marchaban a casa. El gramófono reemplazó al piano y la música de jazz sumió a los danzarines en una fiebre de enérgico foxtrot. Boysie no era buen bailarín. Prefería mirar con un cóctel en la mano y un cigarrillo en la otra, observando a los juerguistas para poder chismorrear después. A Harry, en cambio, le encantaba bailar y cogió a Celia por la cintura para desilusión de Charlotte, que no deseaba otra cosa que girar por la pista en brazos de Harry.

En el saloncito de abajo, Beatrice jugaba al *bridge* con su círculo de amigos más íntimos, fumando con descaro cigarrillos turcos y lamentándose de la trágica situación que vivía Irlanda.

—¿Por qué no compráis *vosotros* el castillo? —sugirió una de sus amigas—. A fin de cuentas, con el dinero que tiene Digby, podría comprar diez castillos.

Beatrice dejó escapar un profundo suspiro y titubeó mirando sus cartas.

—Digby adora Irlanda, pero el dueño del castillo es Bertie, y Bertie es muy orgulloso. Si Digby comprara el castillo, suponiendo que Bertie quisiera venderlo, claro, o incluso si pagara la reconstrucción, todo se echaría a perder entre ellos. Lamento decir que Bertie tendrá que volver a levantar el castillo él solo o abandonarlo definitivamente. Me temo que los angloirlandeses ya no tienen nada que hacer allí —concluyó, y añadió con una sonrisa soñadora—: ¡Ah, pero qué buenos ratos hemos pasado!

—Es preferible volver a Inglaterra que morir asesinado en tu propia cama —comentó su amiga—. He oído decir que los irlandeses son un hatajo de bárbaros.

—Así es —convino Beatrice—. Pero no hay un país más bello. Si Bertie pierde el castillo de Deverill, será una gran desgracia.

Mientras Harry bailaba girando por el salón, sintió el peso de la mirada de Boysie, que lo seguía como una sombra. Cuando consiguió mirar a su amigo, vio que tenía una expresión seria y desolada. Harry dejó de bailar al instante, pero Celia le tiró del brazo e insistió en que continuara.

—No estás cansado, ¿verdad, Harry?

—¡Claro que no! —exclamó su primo, pero vio que Boysie abandonaba el salón—. Dame un segundo, jovencita. Vuelvo enseguida.

Salió en pos de su amigo. Una vez en el descansillo, alcanzó a ver su zapato negro en la escalera en el instante que Boysie desaparecía en el piso de arriba. Harry lo llamó pero no obtuvo respuesta. Subió los escalones de dos en dos. Al llegar arriba, no lo vio por ninguna parte. Volvió a llamarlo. Nadie respondió. Hundió las manos en los bolsillos y avanzó lentamente por el pasillo, sintiendo que el corazón se le aceleraba a cada paso. Por fin llegó a su propio dormitorio. Dudó un momento antes de girar el pomo. Una mano lo agarró de pronto y tiró de él hacia el interior.

—¿Boysie? —susurró.

Pero, antes de que pudiera decir nada más, Boysie acercó su boca a la suya y le besó apasionadamente. El corazón de Harry se colmó de dicha. Acariciando la hermosa cara de Boysie, él también le besó. Notó el sabor a jabón de su piel y aspiró ese olor intenso que era tan suyo, y ambas cosas le resultaron tan familiares que tuvo la sensación de conocerlas desde siempre.

—Pero ¿y Deirdre? —preguntó cuando se separaron para tomar aire.

—No puedo seguir engañándome, Harry. Esto me está matando. Te quiero, muchacho. Eso es todo. Y sé que tú me quieres.

—Te quiero, Boysie, claro que te quiero —contestó Harry.

La palabra «amor» nunca había sonado tan dulce.

Boysie pegó la frente a la suya.

—Entonces no hace falta decir nada más.

Kitty llegó por fin a la mansión de ladrillo rojo que Grace tenía en Mount Street. El viaje en tren entre Fishguard y Paddington había sido largo y cansado, pero Grace había mandado a una doncella con ella para que le echara una mano con el bebé. Kitty no había estado nunca en Inglaterra, y el campo, que imaginaba feo, la había sorprendido por su belleza. Las colinas de un verde intenso y los mullidos prados en los que pastaban las ovejas conservaban su encanto incluso en el mes de febrero. Gales le recordó mucho a Irlanda y procuró cierto alivio a su espíritu atormentado por la añoranza. Mientras miraba por la ventanilla del tren, se había preguntado dónde estaría Jack. Se acordó del tono apremiante de su voz cuando le dijo «Tengo que irme

o me fusilarán» y volvió a llorar por el hombre al que amaba más que a nadie en el mundo, por sí misma y por sus sueños rotos. ¿De qué le había servido su arrojo, adónde la había llevado? Había creído que era indomable. Que podía hacer cualquier cosa. Pero a fin de cuentas no era más que una mujer débil e impotente, no muy distinta de sus hermanas. Jack estaba detenido. Ella había abandonado su hogar. Su padre prácticamente la había desheredado. Solo Grace y su abuela la apoyaban. Pero no podía vivir a sus expensas eternamente. ¿Cuándo, oh, cuándo podría regresar a Irlanda? Y, cuando regresara, ¿estaría Jack allí?

Era ya tarde cuando llegó a Paddington. Un chófer había ido a recogerla a la estación y el trayecto hasta Mayfair fue corto. Kitty miró maravillada aquella ciudad desconocida. Las calles que rodeaban la estación estaban llenas de gente, coches y omnibuses entre los que de vez en cuando se veía algún caballo tirando lentamente de un carro. Cuando entraron en Mayfair, sin embargo, el bullicio quedó atrás y las calles se vaciaron de pronto, salvo por algún que otro Daimler o un Bentley que circulaban a la luz de las farolas, ocupados por parejas que salían a cenar.

La casa de Grace era una mansión palaciega de cinco plantas, con un pórtico elevado y gris y una imponente puerta negra. Varias hileras de ventanales con elegantes frontones de piedra refulgían, doradas, en la penumbra, y Kitty experimentó una sensación de alivio inmediata al cobrar conciencia de que, una vez allí dentro, estaría a salvo.

La acompañó a su habitación la señora Blythe, una mujer madura, de rostro amable y figura rolliza.

—En cuanto se haya repuesto del viaje, le serviremos la cena en la salita de abajo. Lady Rowan-Hampton suele comer allí cuando está sola. Es menos formal, y más acogedora y agradable. Nosotros cuidaremos del bebé para que usted pueda descansar un poco. Lady Rowan-Hampton nos ha dado instrucciones estrictas de hacer su estancia lo más cómoda posible.

La señora Blythe abrió la puerta de una alcoba espaciosa, con una gran cama de latón y un fuego alegre. En la mesilla de noche había un ramillete de brezo.

—Lady Rowan-Hampton pidió expresamente que fuera brezo —le explicó a Kitty con aire solemne—. Dijo que le recordaría a su hogar.

Kitty cogió el ramillete y se lo llevó a la nariz.

—Sí, me recuerda a mi hogar —dijo, aunque estaba demasiado cansada para sentir añoranza.

—¿Quiere que le prepare un baño?

—Sería estupendo, gracias —contestó Kitty, creyendo que a continuación la señora Blythe llamaría a un mozo para que subiera el agua en cubas. Vio con sorpresa que el ama de llaves entraba en el cuarto de baño. Después, oyó correr el agua. Recordó que Victoria se quejaba siempre de la falta de luz eléctrica y de un sistema de fontanería eficaz, y de pronto comprendió a qué se refería su hermana. Entró en el cuarto de baño para ver cómo se llenaba la bañera. La señora Blythe vertió un líquido verde en el agua y el sedante aroma de los pinos alivió de inmediato el espíritu vapuleado de Kitty. Se dio cuenta de lo sucia que debía de estar por el viaje, y de pronto le pesaron insoportablemente los miembros de puro cansancio.

—Usted dese un baño mientras Becky y yo nos ocupamos de su equipaje. ¿Solo ha traído una maleta? —preguntó la señora Blythe con sorpresa—. Siendo así no tardaremos mucho, ¿no?

Kitty pasó tanto rato disfrutando de su baño que la señora Blythe debió de preocuparse, porque tocó a la puerta para comprobar que no se había ahogado. Después de bañarse, se vistió para la cena y bajó. La casa era grande, pero la coquetería, el encanto y la desenvoltura de su dueña la habían dotado de una atmósfera acogedora a pesar de su tamaño. Comió a solas en la salita, con sus estanterías, su cómodo sofá y sus sillones. El fuego estaba encendido y la mesa redonda puesta para una sola persona, con un ramo de rosas rojas en el centro. La comida estaba deliciosa. Al probar el pollo y el puré de patatas, se dio cuenta de que estaba hambrienta. La carne estaba tierna y succulenta y la salsa muy sabrosa, no como las comidas que tenía que soportar en Irlanda. Con cierta mala conciencia, rebañó su plato y subió a acostarse. Al apoyar la cabeza en la almohada, estaba tan cansada que no añoró su hogar. Su agotamiento era tal que ni siquiera pensó en Jack. Cerró los ojos y dejó que la dulzura del sueño la liberara de sus preocupaciones y de la incertidumbre del porvenir.

Por la mañana, la despertó la señora Blythe al llamar a su puerta.

—Buenos días, señorita Deverill. Siento despertarla, pero lady Deverill está en el recibidor. Me ha pedido que la avisara enseguida.

—¿Qué hora es, señora Blythe? —preguntó Kitty, soñolienta.

—Las once, señorita Deverill.

—Santo cielo, he dormido toda la mañana.

—Pues sí. Hace un día precioso, muy soleado —comentó el ama de llaves

mientras corría las ventanas—. Quizá luego le apetezca dar un paseo por el parque.

—Me encantaría —dijo Kitty—, pero creo que ahora será mejor que baje a ver mi madre.

—Le he dejado el desayuno en un salón muy bonito que da al jardín. A lady Rowan-Hampton le gusta ver a los pájaros. Voy a decirle a lady Deverill que la espere allí.

—Gracias, señora Blythe —contestó Kitty con el corazón encogido al pensar que iba a tener que ver a su madre.

Se puso la ropa que le había sacado la señora Blythe y reparó en que se habían llevado su ropa de viaje para lavarla. Tendría que pedir que le enviaran el resto de su guardarropa desde Irlanda lo antes posible. Cuando estuvo presentable, salió de la habitación y bajó preguntándose qué iba a decirle a su madre sobre el bebé, porque, evidentemente, no podía decirle la verdad.

Maud la esperaba en el salón, ataviada con un vestido de color marfil y cintura baja, como mandaba la moda, y un sombrero negro. Se había cortado el cabello rubio a la altura del mentón, lo que daba a su rostro una expresión mucho más severa, pero lo más llamativo eran sus labios pintados de escarlata, que dibujaban una línea tensa y fina.

—Hola, mamá —dijo Kitty, tomando asiento a la mesa, puesta con un bonito mantelito azul y vajilla de porcelana. Se sirvió una taza de té—. ¿Quieres un té?

—No voy a quedarme mucho tiempo —contestó Maud.

—Discúlpame, pero yo estoy hambrienta.

Se sirvió una tostada y comenzó a untarla con mantequilla.

Maud estaba demasiado alterada para andarse con rodeos.

—Así que has huido de Irlanda con un bebé —dijo—. ¿De quién es el niño, y por qué has tenido que traerlo aquí? ¿No podías haberte quedado en Irlanda? ¿Te imaginas lo que va a decir la gente? Pensarán que es tuyo. Se armará un escándalo espantoso. ¿Cómo piensas casarte teniendo un niño a tu cargo? Por amor de Dios, Kitty, ¿es que solo piensas en ti misma?

Kitty dio un mordisco a su tostada.

—¿Y bien? —preguntó su madre—. ¿Qué tienes que alegar en tu defensa?

—¿Has acabado ya?

Maud pareció sobresaltarse y se sentó.

—Necesito respuestas, Kitty, y vas a dármelas.

En ese momento apareció el mayordomo.

—Buenos días, señorita Deverill. ¿Quiere huevos esta mañana?

—Sí, dos, cocidos, por favor —contestó ella, más segura de sí misma.

—¿Quiere que le traiga algo, lady Deverill? —preguntó el mayordomo a Maud.

—No, nada, no voy a quedarme —respondió ella. Cuando el mayordomo se hubo marchado, miró a Kitty, expectante—. ¿Y bien?

Su hija suspiró.

—Mamá, me he marchado de Irlanda porque papá no quiere tener al bebé en casa.

No era toda la verdad, pero no podía contarle a su madre el verdadero motivo por el que había abandonado su hogar.

—Y tiene toda la razón —dijo Maud—. Deberías haberlo mandado a un orfanato, qué sé yo. Pero no, tenías que traerlo aquí para que empañe nuestra reputación. ¿Sabes que es muy posible que tu hermano haya encontrado novia, y que esto...? —Luchó un momento por dominar sus emociones—. Esto podría echarlo todo a perder. ¿Has pensado en tu familia?

—He pensado en el niño —contestó Kitty tajantemente.

—¿De quién es? No puede ser tuyo.

—No, no es mi hijo biológico, pero es mío.

—¡Qué idiotez! No es tuyo. No puedes quedarte sin más con el hijo de otra persona y hacerlo pasar por hijo tuyo.

—No es hijo de una persona cualquiera, mamá.

Pero Maud no la escuchaba, ensimismada en calcular cómo podía librarse de aquel problema lo más rápida y discretamente posible.

—Me ocuparé de que lo lleven a alguna parte. Hay muchas instituciones en Inglaterra donde estará muy bien cuidado.

—No va a ir a ninguna parte.

Maud se volvió hacia ella, furiosa.

—¿Por qué? ¿Qué te importa ese niño?

En el instante en que volvía el mayordomo con los huevos, entró la doncella que había acompañado a Kitty desde Irlanda llevando al niño envuelto en una mantita de algodón. Maud se levantó y miró la cara del bebé. Su cabello rojo y sus ojos grises la hicieron retroceder, horrorizada. Miró a Kitty.

—¿Este niño es tuyo?

—No, no es mío.

—Pero tiene tu pelo y tus ojos.

—Tiene el pelo de la abuela y sus ojos. Igual que yo.

Maud volvió a mirar al niño, llevándose la blanca mano al pecho como si de pronto le costara respirar.

—Entonces..., entonces es...

—Sí, es hijo de papá —dijo Kitty con calma, y sintió una alegría cargada de satisfacción al ver la expresión de espanto de su madre.

Maud tragó saliva con dificultad.

—Lléveselo —siseó.

—Gracias, Hetty. Iré a verle en cuanto se marche lady Deverill.

—Disculpe, señorita Deverill, pero ¿cómo se llama el pequeño? —preguntó Hetty.

Kitty sopesó la pregunta un momento mientras su madre se dejaba caer en una silla.

—Jack —contestó con firmeza—. Se llama Jack. Jack Deverill.

Nueva York, Estados Unidos, 1922

Bridie tuvo que esperar en el barco dos días, hasta que un pequeño transbordador la llevó, junto a los demás pasajeros de tercera clase, a la isla de Ellis, donde se recibía a los inmigrantes. Los pasajeros de primera y segunda clase se habían marchado hacía tiempo y Bridie tuvo que soportar largas colas y horas de exámenes médicos y papeleo hasta que por fin pudo reunirse con la señora Bessie McGuire, ama de llaves de un amigo de lady Rowan-Hampton, haciéndose pasar por su sobrina. En la lista de pasajeros del barco que manejaban los agentes de inmigración, Bridie figuraba erróneamente con el nombre de Bridget. Era así como la llamaba el señor Deverill y, como le pareció cosa del destino, no se molestó en corregirlo. A partir de ese momento, empezaba una nueva vida con una nueva identidad. Y estaba decidida a hacer algo grande.

—¿Volveremos a vernos, Bridie? —le preguntó Eileen, la chica del condado de Wicklow.

Bridie negó con la cabeza.

—Esto es una despedida, Eileen —contestó y, saliendo de la isla de Ellis, dejó su pasado atrás.

Bessie McGuire había emigrado junto a su marido veinte años atrás y se había establecido en Nueva York, como tantos otros irlandeses que, al igual que ellos, abandonaron su país en busca de una vida mejor. Su difunto marido, Paddy, había sido albañil y trabajado en la construcción de carreteras, vías férreas y rascacielos hasta que, un día, se derrumbó un andamio y falleció como consecuencia de la caída. Sus hijos eran ya mayores y trabajaban. El mayor se había ido a Texas a trabajar en un rancho. A Bridie le agradó la señora McGuire al instante. Era una mujer cariñosa, habladora y eficiente, y no hacía demasiadas preguntas. Lo único que quería saber era si Irlanda seguía estando como siempre.

Bridie nunca había visto nada parecido a Nueva York. Ni en sus fantasías

más osadas había imaginado edificios tan imponentes como aquellos rascacielos, tan altos que sus cúspides desaparecían entre las nubes, como los picos de las montañas. En Dublín eran muchos los edificios que se hallaban deteriorados por años de violencia. Allí, en cambio, todo era majestuoso y nuevo a ojos de Bridie. Como nunca había montado en coche, se sentó envarada en la parte de atrás, al lado de la señora McGuire, y se agarró con fuerza al asiento de cuero por miedo a caerse mientras el chófer enviado por la jefa de la señora McGuire circulaba por las calles de Manhattan. Al mirar por la ventanilla, sintió que una chispa de ilusión se agitaba entre las cenizas de su pena.

—Eres una chica con suerte, Bridget. Mi jefa, la señora Hamer, te ha encontrado colocación —le dijo la señora McGuire cuando entraron en una casa alta de piedra marrón por la puerta de servicio, situada por debajo del nivel de la acera.

—¿Ya?

—Sí, así es. Empiezas mañana.

Debería haberse alegrado por la noticia, pero estaba tan cansada que le dolía todo el cuerpo. Tenía ganas de apoyar la cabeza en una almohada y dormir una semana.

—¿Para quién voy a trabajar?

La señora McGuire se detuvo en el pasillo y puso una expresión compasiva.

—Para una señora mayor, la señora Grimsby, viuda de Eliot Grimsby. Es una señora muy rica, pero no voy a engañarte, no es muy simpática.

Bridie debió de poner cara de susto, porque la señora McGuire se apresuró a tranquilizarla.

—Cambia de doncella más que mi pobre Paddy cambiaba de calcetines, pero tú eres una chica fuerte, no me cabe duda. Nosotras las irlandesas somos duras como el cuero viejo, ya lo creo que sí. Después de comer, te sentirás como nueva. Ven, vamos, tienes que comer algo y darte un baño. Ya verás como luego estarás como una rosa.

Más tarde, cuando por fin se acostó, Bridie estaba tan cansada que le costó conciliar el sueño. Oía fuertes ronquidos en la habitación de al lado. Uno de los sirvientes, al que no conocía, gruñía como un cerdo. Por un instante aquel sonido le recordó a su casa y sintió una fuerte punzada de añoranza. No veía a su madre desde el verano anterior, cuando se había despedido de ella antes de marcharse a Dublín. Le había mentado respecto al motivo de su partida, a

pesar de que estaba deseando decirle la verdad sobre su embarazo. Ansiaba el cariño y la comprensión de su madre, no la fría eficacia de lady Rowan-Hampton, que se había dedicado a hacer preparativos como si Bridie fuera un estorbo del que el señor Deverill necesitaba librarse lo antes posible. Sin embargo, había visto a su hermano Michael. La había esperado junto a la esquina de la casa de lady Rowan-Hampton en Dublín y, al ver su abultado vientre, había descubierto al instante su mentira.

—¡Putá! ¡Ya sabía yo que había algo raro! —exclamó y, arrastrándola por el pelo hasta un callejón, la empujó contra la pared con tal violencia que Bridie, asustada, le contó que el señor Deverill la había violado.

No pensó entonces en las consecuencias. Sabía de lo que era capaz Michael, pero rezaba por que dejara estar el asunto. A fin de cuentas, tenía cosas más importantes de las que preocuparse, inmerso como estaba en la lucha por la independencia de Irlanda. Michael le aseguró que iba a decirle a la familia que se había marchado a América.

—Puedes escribir a mamá desde allí —dijo—. Pero dile una sola palabra sobre el embarazo y te arrepentirás, ¿entendido? No voy a permitir que le hagas más daño con ese cuento de la violación. —Justo antes de que Bridie volviera precipitadamente a la casa, su hermano le advirtió—: Y no le digas a nadie que me has visto. Nunca he estado aquí.

Bridie se preguntó dónde estaría su hermano ahora y si estarían todos en la granja, creyéndola sana y salva, instalada en América. Tal vez su madre estuviera sentada en su mecedora, tejiendo, y su abuela alimentando con palitos el fuego para ahumar los arenques de la cena en la chimenea. Quizá Sean y Michael estuvieran sentados a la mesa con sus amigos, bebiendo cerveza negra y maquinando planes. Tal vez Jack estuviera allí también. Cerró los ojos y pensó en su rostro amable y sereno, que le sonreía animosamente. Luego retrocedió en el recuerdo hasta el día en que atraparon una rana en el río con Kitty y Celia. Pensó en sus juegos en el muro. En la ternura con que la miraba Jack durante la misa, cuando el padre Quinn amonestaba con su largo dedo a los feligreses y los amenazaba con el fuego del Infierno. Habían sido tiempos felices. Ahora, con la perspectiva que le daba su infelicidad, se daba cuenta de ello. Habían sido tiempos *verdaderamente* felices.

Pensó en Kitty, su queridísima amiga, la mujer a la que amaba de verdad Jack, y su visión se enturbió como un estanque al que hubieran arrojado una piedra. ¿La echaba de menos Kitty? ¿Pensaba alguna vez en ella? Rodó en la

cama y alejó de sí el recuerdo de Irlanda. No pensó en su bebé, ni se atrevió a preguntarse qué tal le iría en el Convento de Nuestra Señora Reina del Cielo. La congoja de haber dado a luz a dos bebés, el que había sobrevivido y el otro, el que había muerto, se le había hecho insoportable. Las monjas se habían llevado enseguida al bebé muerto antes incluso de que pudiera verlo. Solo le habían dicho que era una niña: una pobre niñita que ahora estaba en el cielo. Justo en el instante en que la pena por sus bebés perdidos se hacía intolerable, Bridie cerró esa puerta. La cerró para siempre y se prometió a sí misma que nunca miraría atrás. Escuchó su propia respiración hasta que el sueño la venció por fin y se sumió en la deliciosa inconsciencia del olvido.

A la mañana siguiente, la señora McGuire la despertó temprano. Bridie se puso el uniforme que había usado en el castillo de Deverill y más tarde en Dublín hasta que el tamaño de su barriga le impidió seguir llevándolo. Estaba arrugado por haber pasado mucho tiempo guardado al fondo de la maleta que la había dado Lady Rowan-Hampton, pero al menos estaba limpio. Tras desayunar apresuradamente gachas y té, fue caminando con Bessie hasta la casa de la señora de Eliot Grimsby en la Quinta Avenida, un agradable paseo a través de un parque muy grande y bonito en el que niñeras uniformadas empujaban carritos de bebé y señoras elegantemente vestidas paseaban a sus perros. Al ver la casa, se apoderó de ella el pánico. Era una mansión gótica y extravagante, construida en piedra de color marrón oscuro, con un torreón de aspecto amenazador que sobresalía del tejado, rematado por lo que le pareció un sombrero de bruja.

—Que no te asuste la casa —le dijo la señora McGuire mientras subían los escalones hacia las grandes puertas de entrada—. Por dentro es muy sencilla, te lo aseguro.

Bridie se detuvo a su lado, temblorosa. Aquel era su destino. Aquel iba a ser su hogar. Era Bridget Doyle, y Bridget Doyle no tenía miedo.

Un mayordomo anciano abrió la puerta y les pidió que aguardaran en el vestíbulo.

—Si no le importa, yo vuelvo a mi trabajo —le dijo la señora McGuire, y se volvió hacia Bridie—. Bueno, Bridget, tranquila. Ven a verme cuando estés instalada y cuéntame qué tal te va. Que Dios te acompañe y te tenga a salvo.

—Gracias por cuidar de mí, señora McGuire —dijo Bridie, temiendo de pronto quedarse sola en aquella lúgubre mansión.

—En mí tienes una amiga, así que no te asustes. Tú trabaja duro. No olvides

que la pobreza aguarda a la puerta del holgazán.

Diciendo esto, salió y bajó los escalones antes de que Bridie pudiera agarrarla de la manga y suplicarle que no se marchara.

Bridie esperó en el vasto recibidor, sentada en un duro sofá, mirando el reluciente suelo de damero blanco y negro y la ornamentada chimenea de mármol de enfrente, sobre la cual un retrato de un caballero de aspecto porcino, con sombrero de copa y cuello duro, la miraba desdeñosamente desde su altura vertiginosa. La casa olía a flores podridas y aire estancado. Había varias ventanas en la pared que daba a la parte de atrás de la espléndida escalera de madera situada a su derecha, pero no estaban abiertas. Oía el tictac rítmico de un reloj de péndulo y el ruido lejano de las calles de la ciudad, pero la casa misma parecía envuelta en un denso silencio, como una iglesia en la que nadie se atreviera a hablar por miedo a despertar a los muertos.

Por fin regresó el mayordomo.

—La señora Grimsby la recibirá ahora —dijo, y sus rodillas rígidas crujieron cuando comenzó a subir lentamente por la escalera.

Bridie lo siguió, pensando con nerviosismo en aquella dama que cambiaba de doncella con la misma rapidez con que el difunto señor McGuire cambiaba de calcetines. O sea, con mucha frecuencia, imaginaba.

El mayordomo la condujo por un pasillo de la parte de atrás del edificio y la hizo pasar a un solarío con el techo de cristal enrejado y enormes plantas verdes en macetas de colores vivos. En medio de aquella selva había una voluminosa señora sentada en un butacón muy ancho, acariciando a un gato gordo con unos dedos que semejaban salchichas rosas adornadas con piedras preciosas. Lucía cofia blanca de encaje y un largo vestido negro que llegaba al suelo. Su pecho era tan grande que la papada parecía brotarle directamente de él y, colgando como un montañero de un precipicio, llevaba un gran guardapelo de oro sujeto a una cadena.

—Déjame verte —dijo la señora cuando el mayordomo se retiró con discreción.

Bridie se puso ante ella e hizo una genuflexión. La señora Grimsby resopló por la nariz y miró lentamente a Bridie de arriba abajo con sus ojos entornados, como si inspeccionara un caballo.

—Date la vuelta —dijo meneando una mano enojada. Bridie obedeció—. Bien, tendremos que cambiar ese uniforme y cortarte el pelo, no vas a tener

tiempo para arreglártelo. Estás demasiado flaca. Podría zamparte entera y nadie se daría cuenta.

—Sí, milady.

—No soy una lady, así que llámame «señora». Y, como tú no eres una señora, te llamaré Bridget. —Acercó los dedos a un botón de plata que había en el brazo de su sillón y lo pulsó—. La señorita Ferrel te enseñará tu habitación y te explicará cómo me gusta que se hagan las cosas. Espero que seas más fuerte que la última, y menos sensiblera. No soporto las lágrimas. No serás una llorona, espero.

—No, señora.

—Bien. ¿Sabes leer y escribir?

—Sí, señora.

—Es imprescindible que sepas. Como ves, mi casa está llena de libros. Me gustan los libros más que nada en el mundo. Son mi tesoro y no debes tocarlos a menos que yo te lo pida. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señora.

—¿Y también sabes remendar y coser y limpiar y todas esas cosas?

—Sí, señora.

—La señora Hamer me ha dicho que fuiste la doncella de lady Deverill, del castillo de Deverill de Cork. ¿Es correcto?

Bridie no se molestó en corregir su error.

—Sí, señora.

—¿Por qué te marchaste de Irlanda? —preguntó la señora Grimsby entornando los ojos, y miró un instante el vientre de Bridie como si estuviera al tanto de su deshonra.

—Para ser algo en la vida, señora —contestó ella sin vacilar.

La anciana resopló de nuevo, pero aceptó su respuesta.

—Me alegra ver que sabes decir algo más, aparte de «sí, señora».

—Sí que sé, señora.

—«Sí, señora, sí que sé, señora.» —La señora Grimsby suspiró de tal modo que su pecho pareció engullir un pliegue de su papada—. Espero que no seas una debilucha. No soporto a los gorrioncitos asustadizos, y *Preciosa* tampoco los soporta. Es mi gata. Come pajaritos asustados. ¡Ah, señorita Ferrel!

Bridie se volvió y vio parada en la puerta a una mujer de aspecto severo, con el cuello delgado y el pelo castaño recogido en un tenso moño. Vestía un feo uniforme marrón.

—¿Le parece bien a la señora? —preguntó la señorita Ferrel.

—Ya veremos. Es muy anodina. No estaría mal tener una belleza en casa para distraer a mis invitados, ¿no le parece? Córtele el pelo y dele el uniforme de Alice, y explíquele cómo me gustan las cosas. Mi sobrino llega a las once. Que nos traiga el té a esa hora. ¿Mandó usted esas invitaciones?

La señorita Ferrel asintió.

—Sí, señora. Las entregaron en mano a primera hora de la mañana.

—Bien. Ya pueden marcharse.

La señorita Ferrel condujo a Bridie a las habitaciones del servicio en la planta baja. En cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de la señora Grimsby, el ama de llaves dejó escapar un profundo suspiro.

—Me temo que no estarás aquí mucho tiempo —dijo no sin amabilidad—. Trata fatal a las doncellas nuevas. Nadie quiere trabajar para ella. Lo que ocurre es que está muy sola. —Esbozó una sonrisa comprensiva—. Tengo entendido que acabas de llegar de Irlanda.

—Sí —contestó Bridie.

—Bueno, puede que entonces tú dures más que las otras, teniendo en cuenta que no tienes dónde ir.

—Trabajaré duro.

—Claro que sí. Como todas. Pero, al final, no lo soportan más.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí? —preguntó Bridie.

—Doce años.

—Entonces no será tan mala.

—Yo me he ganado su confianza. No confía en nadie como confía en mí. Y, además, yo no tengo que desvestirla.

Bridie palideció de pronto.

—Ah, ¿no te lo han dicho? —prosiguió el ama de llaves. También tienes que hacerle de enfermera. La señora Grimsby está mayor y necesita muchos cuidados. Espero que no te importe.

Entregó a Bridie un uniforme marrón con un delantal blanco y la hizo sentarse para cortarle el pelo.

—Es una pena tener que cortártelo. Tienes un pelo precioso —comentó mientras le levantaba la melena y pasaba los dedos por ella.

Bridie sintió deseos de llorar, pero se mordió el labio.

—Solo es pelo —contestó valientemente.

—¿Has dejado a tu novio en Irlanda?

—No —contestó Bridie mientras el cabello cortado comenzaba a caer en torno a sus hombros como plumas de grajo.

—Mejor así. Es preferible que no tengas mal de amores, además de todo lo demás. Bueno, voy a informarte de tus deberes. Tu cuarto está junto al de la señora Grimsby para que pueda llamarte de noche si te necesita. Y puedes estar segura de que te llamará. Te levantas a las seis de la mañana y enciendes el fuego de su alcoba sin despertarla. Le preparas el baño y sacas la ropa que vaya a ponerse ese día...

Mientras la señorita Ferrel enumeraba sus tareas, Bridie se repitió una y otra vez que ella podía con todo. ¿Acaso no había impresionado a la señorita Lindsay con su destreza para coser y remendar? Iba a ser mejor que todas las doncellas anteriores. No dejaría que el trabajo duro la asustase, ni tampoco los desplantes de la señora Grimsby. Había soportado cosas peores a manos de las monjas.

—Libras un día al mes y tienes permiso para ir a la iglesia los domingos. ¿Eres católica?

—Sí —contestó.

—Hay una iglesia católica a la vuelta de la esquina. Créeme, trabajando aquí vas a necesitar la ayuda de Dios, así que te aconsejo que vayas con toda la frecuencia que puedas, pero date prisa en volver. Ese cuervo viejo controlará el tiempo que pasas fuera, así que no debes quedarte charlando por ahí o se pondrá hecha una furia.

Le pasó a Bridie un espejo. Si antes era anodina, ahora era decididamente fea, se dijo Bridie sombríamente. El cabello le llegaba a la barbilla. Le devolvió el espejo a la señorita Ferrel en el instante en que un timbre resonaba en toda la casa.

—Será su sobrino, el señor Heskin —dijo el ama de llaves—. Es muy cumplidor. La visita tres veces por semana. Ven. Más vale que te presente a la señora Gottersman, la cocinera, y que subas el té enseguida. La señora Grimsby querrá que sepas lo que tienes que hacer inmediatamente, así que procura que no se te caiga la bandeja.

Bridie se tapó el pelo recién cortado con una cofia blanca de criada y subió el té. La bandeja pesaba bastante, cargada con la tetera de plata, las tazas de porcelana y un succulento bizcocho de frutas que hizo que se le hiciera la boca agua, pero tuvo cuidado de no tropezar en la escalera. La señora Grimsby no pareció prestarle atención cuando depositó la bandeja sobre la mesita y sirvió

el té. Bridie sabía cómo se hacía porque lo había visto hacer muchas veces en el castillo. Sirvió primero a la señora Grimsby y le ofreció un trozo de bizcocho. Ella lo aceptó con avidez y, cogiéndolo con sus dedos gordezuelos, se lo metió en la boca. Después, Bridie sirvió a su sobrino. Ninguno de los dos le dio las gracias, pero estaba acostumbrada a que los Deverill y sus invitados la ignoraran, de modo que no le importó.

Paul Heskin era un hombre delgado y fibroso, de mentón débil y ojos calculadores del color del nogal pulido. Estaba sentado muy cerca de su tía y parecía poner gran empeño en entretener a la dama. Bridie tuvo la clara impresión de que coqueteaba con ella, haciéndole halagos y cumplidos como si fuera una bella joven de veinte años. La señora Grimsby le escuchaba parlotear con los ojos entornados y actitud tan impasible que Bridie no alcanzó a deducir si disfrutaba de su compañía o si, por el contrario, esta la repugnaba. Entretanto, *Preciosa* yacía sobre su regazo observando a Bridie con suspicacia y ronroneando ruidosamente mientras los dedos de su ama la acariciaban el cogote.

Cuando Bridie regresó un rato después para recoger las cosas del té, el sobrino ya se había marchado y la señora Grimsby estaba sola. Estaba sentada, con los ojos cerrados y la mano posada sobre el lomo de la gata. Bridie colocó con sigilo las tazas en la bandeja y la llevó abajo. Luego pidió a la señorita Ferrel que le mostrara la alcoba de la señora Grimsby para recoger la ropa sucia y hacer la cama. Al entrar en el dormitorio de su señora, le sorprendió ver el estado en que se hallaba. La enorme cama estaba sin hacer, las gruesas cortinas todavía echadas, había ropa tirada en los respaldos de las sillas y en el suelo, y botes de crema y frascos de perfume destapados encima del tocador.

—Alice se marchó esta mañana —explicó la señorita Ferrel, refiriéndose a la doncella anterior—. Me temo que no se molestó en recoger la habitación de la señora Grimsby antes de irse. Ya no podía más.

Bridie descorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par, hizo la cama y recogió la alcoba. Recogió la ropa blanca que había que lavar y bajó deprisa a la cocina. Extraía cierta satisfacción de hacer bien su trabajo. Era una forma de vivir el presente e impedir que el pasado la arrastrara de nuevo a un lugar en el que solo había sufrimiento. Llegaron invitados para comer y Bridie ayudó al mayordomo a servir y recoger la mesa. A las cinco sirvió el té y a las seis y media lo recogió. Encendió el fuego del salón y ahuecó los cojines

después de que se marcharan los invitados. A las siete subió a ayudar a la señora Grimsby a desvestirse y bañarse. La señora McGuire le había enseñado a manejar los grifos la noche anterior, y Bridie vertió un poco de aceite en el agua usando un frasquito de cristal que había en la repisa de mármol, y el olor a rosas se extendió por todo el cuarto de baño.

La señora Grimsby le daba órdenes a gritos y Bridie corría a cumplirlas estorbándola lo menos posible. Para ella era un alivio mantenerse ocupada. De hecho, prefería que la señora Grimsby fuera de trato tan áspero. Si se hubiera mostrado amable con ella, tal vez Bridie se habría echado a llorar. De este modo, permanecía parapetada tras la acerada armadura de Bridget, su nuevo yo. Bridget soportaba todos los sinsabores mientras Bridie permanecía, a salvo y protegida, en lo más hondo de su ser, apartada del mundo que tanto daño le había hecho.

No le repugnó la obesidad grotesca de su señora, ni el tener que restregar los pliegues de su espalda en la bañera. La señora Grimsby la despertó cada par de horas durante la noche para que le diera la vuelta en la cama —lo que no era tarea fácil teniendo en cuenta lo mucho que pesaba—, le tapara con la manta los pies, que se le habían destapado sin saber cómo y se le estaban quedando fríos, o le acercara el orinal. Que su señora la despertara intempestivamente era, no obstante, una bendición inesperada porque la rescataba de sus pesadillas, en las que las monjas se abalanzaban sobre ella como en un aquelarre de brujas, humillándola por sus pecados, y le arrebatában a sus bebés.

Con el paso de los días, tuvo que cortarle las uñas de las manos y los pies a la señora Grimsby, lavarle el pelo y ponerle crema en la piel irritada, allí donde se le agrietaba, y poco a poco fue acostumbrándose al olor penetrante de la anciana señora y a sus incesantes exigencias. Era como si la señora Grimsby quisiera comprobar hasta dónde podía apretarle las tuercas, bajo la atenta mirada de *Preciosa*, que parecía esperar pacientemente, aunque Bridie ignoraba qué era lo que esperaba la gata.

El primer domingo, Bridie salió de la casa para ir a misa. La iglesia estaba a un par de manzanas de distancia. Era la primera vez que salía del edificio desde su llegada y le agradó sentir el sol de principios de primavera, que bañaba su cara con su delicioso fulgor, y la brisa cálida que acariciaba su piel. Sintió deseos de pasear por el parque y escuchar el canto de los pájaros. En casa, el campo era algo que daba por descontado. Ahora recordaba con

añoranza el sonido de las codornices y los grajos y el parloteo de los gorriones en los setos. Respiraba los olores de la ciudad y echaba en falta el perfume de la tierra mojada y el mar.

La iglesia era grande y fresca, y el olor del incienso le recordó a su patria. Junto al púlpito, en un jarrón, había un gran ramo de lirios blancos. Al verlos se sintió más animada, buscó un asiento cerca del altar y esperó a que comenzase la misa. Aquella iglesia era muy distinta a la de Ballinakelly. El cura tenía una expresión amable y hablaba con suavidad, había un coro que cantaba como los ángeles y los feligreses le sonrieron y la hicieron sentirse bienvenida. Aquello era muy distinto al miedo que se engendraba en la iglesia del padre Quimm. Al acabar la misa, encendió unas velas y rezó por su familia. Sintió un nuevo arrebató de nostalgia al pensar en su madre y en su abuela sentadas junto al fuego y en sus hermanos cuchicheando alrededor de la mesa, y el recuerdo de su padre surgió, grande y luminoso, de la penumbra de su añoranza. Luego, ese sentimiento se tornó en dolor al encender una vela por sus dos bebés abandonados en el convento, y se llevó la mano al pecho con la esperanza vana de aliviar su maltrecho corazón. Recordando que la señorita Ferrel le había dicho que la señora Grimsby contaría el tiempo que pasaba fuera, no se detuvo a hablar con nadie y regresó a toda prisa a la casa. Se alegró de no haberse entretenido cuando, nada más llegar a la cocina, sonó el timbre y tuvo que acudir enseguida al solarío.

La señora Grimsby tenía muchas visitas. Algunas veces iba a verla su abogado, el señor Williams, un hombre redondo como un tonel, con el cabello negro peinado hacia atrás y unas gafas que le daban un aire de autoridad e inteligencia. Solía vestir un terno con un reloj de oro en el bolsillo cuya leontina realzaba la redondez de globo de su panza, y un sombrero negro que se quitaba en presencia de la señora Grimsby. Pasaba largo rato con la anciana, tomando té y sacando de su maletín papeles de aspecto oficial. A veces, después de que se marchara el señor Williams, la señora Grimsby llamaba a su fiel mayordomo, el señor Gordon, que llevaba más de cuarenta años trabajando para ella. Era un hombre alto y flaco como una escoba, con la cabeza calva y reluciente y el mentón cuadrado y largo. La señora Grimsby le daba palmaditas en la mano y le hablaba en voz baja, confidencialmente, como si compartieran un secreto. Otras veces mandaba llamar a la señorita Ferrel y era a ella a quien daba palmaditas en la mano.

—¿Qué haría yo sin ti, Ferrel? ¡Señor! El mundo es un lugar terrible, pero

gracias a ti, Ferrel, veo que hay bondad en él.

Su sobrino iba a menudo a rendir homenaje a su reina. Había algo de desagradable en su expresión engreída cuando salía de la casa, pero Bridie no alcanzaba a saber qué era.

Pasaron los meses. Los días se alargaron y llegó el verano, caluroso y sofocante en la ciudad. Bridie trabajaba sin rechistar. Cosía impecablemente, sus zurcidos eran casi invisibles y lavaba y planchaba a la perfección, como una doncella veterana. Se decía a sí misma que Dios le perdonaría sus pecados si trabajaba duro. ¿Acaso no predicaba el padre Quinn que el sufrimiento purificaba el alma? Además de salvarla, quizá, de la condenación eterna, el trabajo le servía para distraerse y no pensar en su hogar, cuyo recuerdo colmaba su corazón de nostalgia y arrepentimiento. Buscaba, por tanto, solaz en sus deberes cotidianos y aprendió a anticiparse a los deseos de la señora Grimsby. Cuando la anciana le pedía que hiciera algo, descubría con sorpresa que Bridie ya lo había hecho. Era paciente, infatigable y hacendosa. La señorita Ferrel estaba asombrada, porque a la señora Grimsby nunca le había durado una doncella más allá de un mes.

En julio, el calor se hizo insoportable. La señora Grimsby anunció que la casa entera se trasladaba a su casa de veraneo en los Hamptons hasta septiembre. Bridie no quería ausentarse de Nueva York pese al bochorno que hacía porque allí había encontrado un hogar, entre la mansión gótica de la Quinta Avenida y la iglesia. La familiaridad de su rutina la reconfortaba inmensamente. Ahora tendría que aprender a desenvolverse en otra casa y a depender de nuevo de la severa señorita Ferrel para que le explicara cómo prefería la señora Grimsby que se hicieran allí las cosas.

A diferencia de la mansión de Manhattan, la casa de veraneo de la señora Grimsby era una magnífica villa de color rosa con postigos verdes y una amplia veranda con vistas al mar. Las habitaciones, espaciosas y bien ventiladas, tenían altos ventanales, suelos de madera y sofás y sillones tapizados con telas claras. El ambiente era completamente distinto al de la mansión opresiva y lúgubre de la ciudad. Al igual que en Nueva York, la señora Grimsby tenía allí toda una cohorte de invitados. Un sinfín de gente iba a visitarla y todos los días llegaban a su casa botones uniformados para entregar invitaciones. Salía a menudo de casa para visitar a sus vecinos y

amigos y regresaba tarde y a veces un poquitín achispada, aunque no parecía obtener ningún placer de sus salidas. Tenía el ceño permanentemente fruncido y seguía mostrándose tan áspera y desagradable como en Manhattan. A Bridie la conmovían la serenidad de las largas playas blancas y el azul radiante del mar, pero a la señora Grimsby no parecían afectarla lo más mínimo. Bridie se preguntaba si habría algo que hiciera feliz a su señora. Sin duda, la anciana tenía corazón. Y, si lo tenía, ¿qué hacía falta para que se abriera?

—Bridget, me has encogido el vestido —dijo la señora Grimsby en tono de reproche mientras Bridie se esforzaba por abrochar los corchetes de la espalda de su corpiño—. ¿Cómo esperas que salga así?

A Bridie le dieron ganas de contestar que no era el vestido lo que había encogido, sino su enorme corpachón el que se había ensanchado, pero guardó silencio prudentemente.

—La verdad es que no sé cómo te soportaba lady Deverill. Una doncella descuidada no sirve de nada. No tienes ningún porvenir si no puedes ni lavar un vestido sin que se encoja hasta quedar reducido al tamaño de una niña. Supongo que estarás pensando que he engordado, ¿no? Sí, sé que eso es lo que está pasando por esa horrible cabecita tuya.

Bridie dejó que siguiera despotricando. Sabía por experiencia que era preferible no decir nada, porque lo que menos le gustaba a la señora Grimsby era que la contestaran. Por fin consiguió enganchar los corchetes y el vestido quedó abrochado, aunque las costuras parecían a punto de romperse.

—Casi no puedo respirar, Bridget. ¿Es que quieres matarme? ¿Es eso? Quieres verme en la tumba, como todos los demás. —La señora Grimsby se volvió con la cara colorada y sudorosa—. Se creen que no sé lo que piensan, pero sí que lo sé. Me toman por tonta pero los tontos son ellos, porque yo sé lo que son: unos avariciosos, unos codiciosos, hipócritas y carroñeros. El dinero es una gran maldición, Bridget. Puede que creas que en eso estoy muy equivocada, pero cuando eres rica no sabes si agradas a los demás por ti misma o por lo que creen que pueden obtener de ti. A veces preferiría ser pobre, como tú, y tener un solo amigo que me quisiera por lo que soy. ¿Tú tienes algún amigo, Bridge?

—No —contestó Bridie en voz baja.

—Eso es porque no sabes parecer atractiva. Ayudaría que sonrieras un poco. —La vieja señora se rio con dificultad, embutida en su vestido como en una chaqueta de fuerza—. Supongo que ahora te quejarás y me dirás que te hago la vida imposible. Pues te diré que a quien le hacen la vida imposible es

a mí, Bridget. Cuando murió Eliot, todo cambió. Me quedé sola, como tú ahora. Tuve que valerme por mis propios medios. Al igual que yo, tú aprenderás a ser fuerte y resistente. Tal vez incluso aprendas a sonreír. Si sonrieras más quizá conseguiras marido y así podrías encogerle la ropa también a él. Vamos, ayúdame a quitarme este vestido. No puedo ponérmelo. Lo has echado a perder. Tráeme otro, el azul, ¿o ese también lo has encogido?

La señora Grimsby salió de casa con su vestido azul —cuya pechera parecía a punto de estallar por las costuras—, abanicándose vigorosamente y respirando con esfuerzo. Bridie suspiró aliviada al verla marchar. Distraída, se acordó de la primera vez que el señor Deverill la abrazó, y sintió un intenso anhelo de ser amada. Se apoyó contra la pared del vestíbulo mientras la señora Grimsby se alejaba en su coche y sintió que la cabeza le daba vueltas cuando los recuerdos se colaron sin saber cómo por los resquicios de sus barreras defensivas para evocar en ella un tiempo en el que no solo tenía una amiga, Kitty, sino también un amante, el señor Deverill. Un hombre de brazos fuertes, hermosa sonrisa y ojos que parecían traspasarle el alma y que la hacían sentirse querida. Vio ante ella el rostro de su madre, y el de su abuela, la anciana señora Nagle, sentada junto al fuego fumando su pipa de arcilla. Pero, antes de que sucumbiera a aquellas imágenes, el señor Gordon entró en el vestíbulo y tosió premeditadamente para sacarla de su ensoñación.

—¿Qué hace *usted* aquí? —preguntó imperiosamente el mayordomo, puesto que a Bridie no le correspondía estar junto a la puerta.

—He acompañado a la señora Grimsby a su coche —contestó Bridie, procurando sacudirse el recuerdo de Irlanda y la melancolía que acompañaba a ese recuerdo.

—Debería haberme llamado. Llevo cuarenta años trabajando para la señora Grimsby. Ella prefiere que sea *yo* quien la acompañe al coche y la ayude a acomodarse. ¿Se ha asegurado de que llevara una botella de agua?

—No, yo...

—¡Ay, señor! —exclamó el señor Gordon, visiblemente complacido por su descuido—. Con el calor que hace, va a tener mucha sed. Le gusta llevar siempre una botella de agua en el coche.

—He dado por sentado que el chófer... —comenzó a decir Bridie.

—No dé nada por sentado, señorita Doyle. No he llegado a ser su sirviente de más confianza dando cosas por sentado. Tiene que usar la cabeza para que ella no tenga que usar la suya. Es mayor y está delicada, aunque a usted no se

lo parezca. Yo veo su lado más amable, claro, que muy pocos tienen ocasión de ver. Cuando vuelva a casa, estará acalorada e incómoda. Más vale que le tenga preparado un baño fresco y una jarra de agua fría. ¿Le ha dicho adónde iba?

—No —contestó Bridie.

El señor Gordon esbozó una sonrisita de superioridad.

—Bien, por miedo a pecar de indiscreto, diré simplemente que ha ido a almorzar con algún pariente al que desprecia. Estará de muy mal humor cuando vuelva. Más le vale estar preparada. Es un milagro que haya durado tanto. La señorita Ferrel dice que es porque no tiene dónde ir. —Meneó la cabeza—. Debe de ser una prueba muy dura de soportar. ¿O es que cree que se va a ablandar con usted?

—No, señor Gordon, no lo creo.

—Eso sí que puede darlo por sentado, señorita Doyle. Yo tardé treinta años en ganarme su confianza. Dudo que la señora Grimsby esté entre nosotros dentro de treinta años. En cuanto a usted, me llevaré una sorpresa si dura un mes más.

Bridie salió del vestíbulo y se retiró a la planta de arriba. Se secó las lágrimas mientras se atareaba recogiendo el dormitorio de la señora Grimsby y colgando los vestidos que yacían sobre la cama, demasiado estrechos para el corpachón cada vez más ancho de la anciana. Se preguntaba por qué la señora Gottersman seguían haciéndole bizcochos y tartas. Sin duda, la cocinera era consciente de que su señora no dejaba de engordar. Se sentó un momento y apoyó la cabeza en las manos. Estaba cansada. Hacía meses que no dormía toda la noche de un tirón. La señora Grimsby la despertaba por cualquier cosa, sin ningún miramiento: para que mirara detrás de las cortinas por si había un fantasma o, simplemente, porque quería saber que no estaba sola. O para que le llevara el orinal. ¿Cómo era posible que una persona lo llenara tan a menudo y con tanta fruición?

A Bridie le habría encantado pedirle a la señora McGuire, que se había hecho cargo de ella en la isla de Ellis, que la ayudara a buscar otra colocación. Pero la señora McGuire ya había hecho suficiente por ella. De haber tenido tiempo, Bridie habría ido a verla aunque solo fuera por ver una cara amable, pero rara vez le permitían salir de la casa y tenía solo un día libre al mes. Además, no quería admitir su derrota, ni ante la señora McGuire ni ante sí misma. Había cometido un pecado a ojos de Dios al traer hijos al

mundo sin estar casada y tenía que redimirse de ese pecado mediante el sacrificio y el trabajo duro. Tenía que pedirle perdón a Dios. Tenía que ser buena.

Cuando la señora Grimsby regresó a última hora de la tarde, el señor Gordon salió a recibirla a la puerta. Bridie los vio, parapetada detrás de la pared del descansillo de arriba. Hablaron en voz baja, el mayordomo inclinándose como un junco, de tal modo que sus cabezas casi se tocaban. La señora Grimsby le dio unas palmaditas en la mano y sacudió su papada para mostrarle su agradecimiento por algo que había dicho. El señor Gordon ladeó la cabeza y escuchó atentamente, con expresión comprensiva, cuando ella le habló. La anciana esbozó una sonrisa y se abanicó la cara sudorosa, enrojecida por el calor y por el vino que había bebido, supuso Bridie, a juzgar por cómo se tambaleaba. Volvió a palmejar la mano del señor Gordon, levantó la mirada por debajo de sus pestañas pintadas e hizo una mueca que a Bridie le pareció casi de coquetería: la cara de una muchacha a la que el chico que le gusta ha dado una pizca de esperanza.

Cuando la señora Grimsby comenzó a subir las escaleras, Bridie salió a su encuentro.

—Buenas tardes, señora —dijo.

El semblante de la anciana se endureció. La muchacha sonriente que había aparecido un momento antes se esfumó sin dejar rastro, dejando paso a la vieja cascarrabias que se esforzaba por moverse, embutida en un vestido que le quedaba demasiado pequeño.

—¡Quítame esto enseguida! —le espetó mientras se dirigía a su habitación—. No deberías haber permitido que saliera con este vestido. Llevo todo el día al borde del desmayo.

Entró tambaleándose en la habitación y se apoyó en la cómoda dando la espalda a Bridie para que le desabrochara el vestido. En cuanto se vio libre de él, se acercó a la cama y se tumbó en enaguas. Su cuerpo, grande como una montaña, yacía inerte sobre las mantas, tendido como un cadáver amarillento, con los ojos cerrados y la boca abierta, respirando entrecortadamente.

—¡Abanícame! —ordenó.

Bridie encontró su abanico sobre la cómoda y lo abrió. Mientras abanicaba la cara de la señora Grimsby, algunos mechoncillos de canas se agitaron alrededor de su frente. El sudor se secó lentamente alrededor de su nariz y sobre su labio, donde brillaba entre el fino vello que le crecía allí. Bridie no

dijo nada. Escuchó la respiración de su señora y siguió abanicándola incluso después de que se quedara dormida. De vez en cuando, la anciana soltaba un ronquido y su cuerpo se estremecía. Una vez abrió los ojos y pareció sorprenderse de que su doncella siguiera allí, a su lado, y de que el aire del abanico siguiera refrescándola. A Bridie le daba demasiado miedo marcharse. Sabía que, si la señora Grimsby se despertaba y ella se había ido, se metería en un buen lío. Así que siguió allí, abanicándola, hasta que le dolieron los brazos.

Los días de verano se acortaron. La señora Grimsby tomaba el té en la veranda y se envolvía los hombros en un chal mientras el sol se ponía detrás de la casa y empezaba a refrescar. Parecía haberse cansado de la gente, salía menos y recibía menos visitas. Prefería sentarse a solas a contemplar el mar o enfrascarse en un libro con las gafas de leer apoyadas en la nariz. Luego, un domingo de finales de agosto, mandó llamar a Bridie al jardín. La señora Grimsby, vestida con un traje largo de color gris, estaba sentada en un balancín, escuchando el canto de los pájaros. Parecía absorta en sus pensamientos, con el rostro extrañamente suavizado y sereno.

—Léeme —ordenó dándole a Bridie un libro—. Y lee expresivamente. Alice tenía una voz mortecina. De hecho, parecía un pescado disecado colgado de un marco en la pared. En fin, empieza de una vez. No hacen falta más preámbulos.

Acarició a su gata y cerró los ojos, expectante.

—*Poemas escogidos de William Butler Yeats* —leyó Bridie.

—Es mi libro preferido. Es un escritor irlandés. He pensado que eso te gustaría. Quiero oírlo con acento irlandés. Hay que leerlo con autenticidad, es lo más adecuado —dijo la señora Grimsby sin abrir los ojos.

A Bridie le sorprendió la amabilidad de sus palabras. ¿O quizás había elegido a un poeta irlandés para atormentarla?

—¿Conoces a Yeats? —preguntó la anciana.

—Sí —contestó Bridie.

—Bien. No hay nada más tedioso que una mujer estúpida, es lo que solía decir mi padre. Le enseñó a mi madre todo lo que sabía. Ella era de familia humilde, pero muy despierta. Tú no eres ninguna belleza, Bridget, pero si además de no ser guapa eres estúpida ningún hombre se casará contigo. —

Abrió los ojos y miró a Bridie como un halcón que observara a su presa—. Quieres casarte, ¿verdad?

—No, no me casaré nunca —contestó Bridie con firmeza, sosteniéndole la mirada con un descaro que hasta a ella la sorprendió.

—Eso sí que es raro —dijo la señora Grimsby.

Bridie apartó los ojos de la mirada inquisitiva de su señora, cuya intensidad le parecía de pronto insoportable.

—Claro que te casarás —insistió la señora Grimsby con voz estridente—. Todas las chicas acaban por casarse porque vivimos en un mundo de hombres, Bridget, y una mujer sola es una criatura indefensa, a menos que tenga dinero. El dinero no garantiza la felicidad, yo soy un claro ejemplo de ello. Pero te da poder, Bridget. —Acarició a la gata con sus gruesos dedos—. El truco está en encontrar al hombre *adecuado*. Y esa es una apuesta arriesgada.

—Trabajo para usted, señora. No pienso más allá.

La señora Grimsby frunció el ceño.

—¿No quieres tener hijos?

Bridie contestó sin vacilar.

—No, no quiero tener hijos —resppndió.

Cerró a cal y canto su corazón y sufrió su agonía en silencio.

—A mí no se me concedió la bendición de tener hijos, pero sí la de tener dinero. Eliot era un industrial con mucho talento. No tengo a nadie, ¿sabes? Solo parásitos que se alimentan de mi fortuna como sanguijuelas. Piensa en Paul, esa hiena de mi sobrino. ¿Crees que disfruta viniendo a verme?

—¿No?

—Claro que no. Está esperando a que me muera. Todos quieren un pedazo de mi fortuna. —Resopló desdeñosamente—. En fin, ya puedes empezar. Lee *El niño robado*.

Bridie buscó el poema. Respiró hondo.

—*Donde se zambullen los pedregosos cerros del bosque de Seuth en el lago...* —Miró a la señora Grimsby, que seguía con los ojos cerrados y la papada hundida en el pecho. Tenía los dedos inmóviles hundidos en el pelaje de la gata, que dormía plácidamente en su regazo—. *¡Márchate, oh niño humano! A las aguas y a lo salvaje con un hada de la mano, que el mundo está, sin tú saberlo, lleno de llanto.*

Sin abrir los ojos, la señora Grimsby comenzó a recitar al mismo tiempo que ella.

—*Donde las ondas del claro de luna alumbran las arenas opacas y grises con su brillo, en el lejano Rosses, caminamos toda la noche...* —La voz de la anciana se apagó, y suspiró con extraña delectación—. Precioso, Bridget. Precioso —dijo.

Bridie siguió leyendo, arrebolada por aquel extraordinario cumplido y por el tono de su señora, que parecía sincero. Cuando llegó al último verso tenía los ojos llenos de lágrimas. Intentó que no le temblara la voz de emoción, pues cada línea la acercaba más a su patria.

—*Lejos con nosotros va el de los ojos solemnes; ya no oirá los mugidos de los terneros en la tibia ladera ni la tetera sobre el hornillo cantar en paz dentro de su pecho, ni verá al pardo ratón subir y bajar y dar vueltas por el arcón de la avena...*

En ese momento vio a sus padres bailando alrededor de la mesa de la cocina con los ojos brillantes de placer, sonriéndose el uno al otro espontáneamente, y le pareció oír que la brisa traía, a través del océano del tiempo y el espacio, un sonido de violines.

—Lo has leído maravillosamente —dijo la señora Grimsby en voz baja cuando Bridie hubo acabado.

Bridie levantó la mirada del libro y vio que su señora tenía las mejillas sonrosadas y brillantes como las de una niña-

—Háblame de Irlanda —dijo, y su tono amable pilló desprevenida a Bridie —. ¿De veras esta tan bonito como lo describe Yeats?

—Aún más —contestó Bridie, y sintió que se le encogía el corazón al pensar en el mugido de las terneras en la tibia ladera.

—¿De veras hay hadas?

—Mi amiga Kitty las ve constantemente —dijo Bridie quedamente, y de pronto temió haber hablado demasiado y que la señora Grimsby la reprendiera por ser tan descarada.

Pero no lo hizo. Pareció sopesar las palabras de Bridie y luego dijo:

—¿La señorita Kitty Deverill?

—Sí.

—¿Era *amiga* tuya?

—Era... —La voz de Bridie se extinguió. Kitty ya no era su amiga.

—Qué extraordinario. —La señora Grimsby abrió los ojos—. Me figuro que a su madre no le agradaba mucho vuestra amistad.

—Nunca lo supo.

La señora Grimsby enarcó las cejas.

—Claro que no. ¡Qué pillina eres! —Bridie se sintió avergonzada, pero la señora Grimsby se echó a reír—. Háblame de Kitty.

—Es muy atrevida.

—¿Y...? —insistió la señora Grimsby—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo es su carácter?

Bridie dejó el libro sobre su regazo.

—Tiene el cabello de color rojo ticiano y un carácter indómito. Además, ve fantasmas. Es un don que heredó de su abuela.

La señora Grimsby se inclinó hacia delante en su sillón.

—¿Fantasmas? ¿De qué tipo?

Bridie cerró el libro.

—Hay muchos fantasmas en el castillo Deverill.

—¿Y eso por qué?

—Es una larga historia.

—Tenemos toda la tarde. —La anciana señora se reclinó en el sillón y pareció acomodarse en él como una gallina clueca—. Empieza por el principio.

Bridie respiró hondo, desconfiando todavía del entusiasmo de la señora Grimsby.

—Entonces, deje que le cuente de la maldición de Barton Deverill...

Londres, Inglaterra, 1922

Kitty esperaba noticias de Jack. Era angustioso no saber qué había sido de él. Hallaba consuelo en el bebé al que le había puesto su nombre y en las veladas a las que Celia la llevaba casi a rastras, pero nunca se olvidaba del todo de Jack. Por fin, en marzo, recibió una carta por mediación de Grace.

15 de marzo de 1922

Mi querida Kitty:

Te escribo desde Cork, donde languidezco en prisión por mis pecados. Como seguramente ya sabrás, no pude embarcarme hacia América. Por lo menos, de esta forma estoy más cerca de ti. Puedo mirar el cielo y saber que tú estás viendo el mismo azul. Es mi único consuelo. No creo que vayan a fusilarme. ¡Es posible que los británicos hayan aprendido de los errores de 1916! Pero tampoco creo que vayan a dejarme en libertad. Así que, cariño mío, haz caso de lo que te digo, pues pudrirme aquí no me hará sufrir tanto si sé que tú has seguido adelante con tu vida y no me echas de menos. ¡No pierdas el tiempo esperándome, o te convertirás en una vieja amargada antes de que salga! Mi preciosa Kitty, búscate un hombre que te quiera y quíerelo. Te libero de tu promesa como tú has de liberarme de la mía. No estamos destinados a estar juntos. Ahora lo sé. Pero mi vida ha sido más dulce gracias a tu cariño.

Es cierto eso que dicen de que, si amas algo, debes dejarlo marchar. Te quiero más que a mí mismo, Kitty.

Jack

Las lágrimas de Kitty se estrellaron en el papel y emborronaron la tinta. Dejó la carta bruscamente y apoyó la cabeza en las manos. Esperaría a Jack. Todo el tiempo que fuera necesario. La idea de enamorarse de otro le parecía aberrante. Su corazón era y siempre sería de Jack.

Desde su llegada a Londres con el pequeño Jack, la había sorprendido agradablemente la reacción de la gente. Celia opinaba que era «la bomba» que una mujer soltera tuviera un bebé; Beatrice admiraba su «caridad»; Digby afirmaba que el niño era clavadito a ella, a lo que Maud replicó mordazmente que la mitad de los irlandeses eran pelirrojos; a Victoria no le interesó lo más mínimo; Harry, en cambio, se llevó a Kitty a un aparte y, apelando a su tradición de guardarse secretos el uno al otro, exigió saber la verdad. Cuando ella se la contó, Harry criticó a su padre por ser un idiota, pero apoyó la decisión de Kitty de criar al bebé.

—Puede que algún día dé las gracias porque exista, teniendo en cuenta las pocas oportunidades que voy a tener de engendrar un hijo —le susurró con una

sonrisa pícaro.

—Mamá se llevará una gran decepción si no continúas el linaje familiar —
dijo Kitty.

—¡Pobre mamá, cuántas decepciones! Está empezando a darme pena.

—No te dejes engañar, Harry. Mamá es como la mala hierba. Es muy resistente y extiende su influencia por los sitios más inconvenientes para uno.

Kitty escribió a su hermana Elspeth explicándole que, por caridad, había adoptado a un niño huérfano abandonado en la puerta del pabellón de caza. Le contaba además que se había marchado a Londres porque su padre se negaba a que permaneciera en casa con un bebé que no era suyo. No se atrevió a contarle más, y no quería que su hermana se enterara por chismorreos de otras gentes. Sabía que Elspeth la apoyaría. Si alguna vez necesitaba un refugio en Irlanda, podía contar con su hermana.

Si en Londres se chismorreaba sobre ella, Kitty no se enteró, ni le importó. Irlanda quedaba atrás, y se entregó a disfrutar de las fiestas de Londres con tal fruición que parecía estar intentando olvidarse de sí misma. Asistía a las veladas de los martes que organizaba Beatrice y seducía y escandalizaba a los invitados en igual medida con sus comentarios inteligentes y provocadores, debatiendo los asuntos de actualidad con la desenvoltura de un hombre. Si alguien cometía la imprudencia de llevarle la contraria respecto a los asuntos irlandeses, pronto se arrepentía de ello, pues Kitty no temía hacer explícito su apoyo al IRA y estaba mejor informada que la mayoría. Beatrice recibía gustosamente a su temeraria sobrina porque añadía una pizca de pimienta a sus tertulias. Kitty comía con Celia y su amplio círculo de amistades en los restaurantes más elegantes de la capital y pasaba las noches bailando en locales en los que se tocaba en directo música de jazz recién importada de América. Aprendió a bailar el charlestón, adoptó la nueva moda de los vestidos de cintura baja y falda corta y empezó a fumar. Visitaba museos e iba al teatro con Harry y Boysie, y fingía no advertir sus miradas cómplices y sus caricias furtivas. Era como la luz del sol para las mariposas de la alta sociedad, que rivalizaban por tenerla en sus fiestas a pesar de que las viudas entradas en años le reprochaban que fuera no solo irlandesa sino, además, «una fresca», lo que para ellas era combinación peligrosa.

Kitty se entregó sin vacilar a su nueva vida, pero no olvidó a Jack. Cada pocos días le escribía una carta que enviaba a la cárcel de Cork. Esperaba ansiosamente su contestación, pero nunca llegaba.

Si Maud temía que Kitty no encontrara marido, sus temores eran infundados. La guerra podía haber diezmando el número de jóvenes casaderos, pero los que quedaban en Londres se prendaron de inmediato de Kitty. No parecía importarles que tuviera un bebé a su cargo; a fin de cuentas, no era suyo y, además, el cariño que demostraba por el huerfanito solo acrecentaba la admiración que sentían por ella. Kitty los incitaba y se burlaba de ellos al mismo tiempo y, como el viento, se mostraba por momentos cálida y por momentos fría, pero su carácter esquivo aumentaba constantemente el interés de sus muchos admiradores.

Llegó el verano y, con él, la hija de Victoria, que recibió el pomposo nombre de lady Alexandra Mary Victoria Casselwright.

—Tenía que ponerle nombre de reina, cómo no —se quejó Kitty a Celia.

—El próximo será un niño y le pondrá George William Edward Eric —contestó Celia, riendo por lo bajo—. Habrá que encajar el Eric en alguna parte, ¡pobre chiquillo!

—Por lo menos mi madre no pasará el verano aquí, ahora que Victoria le ha dado un bebé al que hacer carantoñas —dijo Kitty—. El hijo de Elspeth no cuenta porque solo se llama John MacCartain y a mi madre no le interesa Elspeth, ni Irlanda. ¡Cómo debe de disfrutar teniendo en la familia a todo un heredero del que presumir!

Pasaron el verano en Deverill Rising, la finca de Digby en las colinas de Wiltshire. Al recorrer en coche la impresionante avenida de la casa, que discurría entre prados ondulantes llenos de flores silvestres y largas hierbas, y cruzar el puentecillo de piedra que vadeaba el arroyo Deverill, Kitty se dio cuenta de cuánto extrañaba el campo. Las colinas estaban salpicadas de ovejas que semejabán mullidos dientes de león, los pájaros salían y entraban de los setos de endrino y haya, inmensos castaños daban cobijo a los caballos a medida que el sol del verano se intensificaba y gordas moscas se posaban valerosamente en torno a los ojos y la boca de los animales, que cabeceaban para espantarlas. A Kitty se le inflamó el corazón al pensar que podría volver a montar a caballo, y contempló con anhelo las colinas de caliza.

La casa era una imponente edificación de piedra con un frontón gigantesco coronando la fachada y una llamativa balaustrada que rodeaba el tejado, adornada a intervalos por enormes jarrones. Las altas ventanas daban a los

jardines, exuberantes y cuidados con esmero. Celia se apeó de un salto en cuanto el coche se detuvo en la glorieta y tomó a Kitty de la mano para enseñarle la casa, dejando a Hetty al cuidado del bebé y el equipaje. Cruzaron la casa hasta el fondo, donde unas puertas cristaleras se abrían a un jardín en el que crecían en abundancia el tomillo, la *Alchemilla mollis* y el nomeolvides, así como grandes matas de romero plantadas en maceteros de piedra. Más allá, en el horizonte, un palomar circular de color blanco, con techo de paja, se alzaba serenamente ante una espesa arboleda.

Recorrieron los jardines de cabo a rabo, pasando bajo arcadas de rosas trepadoras y siguiendo senderos sinuosos, entre anchos parterres de campánulas y peonías, hasta llegar al huerto amurallado, donde los guisantes de olor crecían entre ringleras de espinacas y zanahorias. Celia tiraba de Kitty, ansiosa por enseñarle la pista de tenis y el campo de críquet, y la hermosa casita del árbol que su padre había encargado para ella cuando cumplió diez años. Por fin, se sentaron en un banco de madera que rodeaba un peral. Estaban las dos sin aliento y se reían emocionadas.

—¿Verdad que es precioso? —preguntó Celia.

—Yo creía que no podía haber nada más bonito que mi casa, pero Deverill Rising me ha dejado sin respiración —contestó Kitty, jadeante.

—Nos lo vamos a pasar en grande. Igual que cuando estábamos en Irlanda. Vivien y Leona van a venir con esos tostones de sus maridos y sus bebés chillones. Harry y Boysie llegan esta noche con Archie Mayberry, que creo que se me va a declarar en cualquier momento.

—¿Y qué vas a decirle? —preguntó Kitty.

Celia se encogió de hombros.

—Que sí, supongo. A fin de cuentas, con alguien tengo que casarme, y Archie es tan bueno como cualquiera. Además, está forrado. Tiene montones y montones de dinero.

—Y por lo menos es guapo —dijo Kitty, intentando apoyar a su prima.

—Sí, no es nada feo, ¿verdad? No lo quiero, pero creo que él a mí sí. Hay que ser práctica al elegir marido. Es rico, de buena familia e inteligente, lo que es muy importante, porque detesto aburrirme. Dios no quiera que me aburra. Puedo portarme muy mal si no me entretengo. Así que tendré un par de bebés y luego me enamoraré de otro. —Dejó escapar un suspiro de contento—. ¿No es así como funciona?

—La verdad es que nunca me he parado a pensarlo. Aunque sé que mi padre

le ha sido infiel a mi madre.

—Por supuesto que sí. Igual que el mío. Si mi madre ha tenido amantes, ha sido mucho más discreta que él. ¿Qué te parece si salimos a montar a caballo cuando lleguen los chicos? Seguro que lo echas de menos.

—Sí —contestó Kitty—. Muchísimo.

—En esta época del año no se puede cazar, pero podemos galopar por las colinas, y puedo enseñarte al Hombre. Es una talla gigantesca hecha en la ladera de una loma, porque debajo de la hierba hay yeso. Aunque no es tan impresionante como vuestro Anillo de las Hadas. El Hombre no cobra vida cuando se pone el sol. —Celia tomó a su prima de la mano y se la apretó—. Ojalá pudiéramos dar marcha atrás al reloj y pasar un verano más en el castillo, ¿verdad? —Al ver que a Kitty se le empañaban los ojos, cambió de tema—. Vamos, voy a enseñarte la casa.

Poco tiempo después la casa se llenó de invitados. Parecían llegar inesperadamente y se quedaban días y días, sin que a Beatrice le importara. Se sentaba en la terraza con una ancha pámela, presidiendo la reunión mientras Digby, con una chaqueta de cuadros amarillos recién estrenada y bombachos, se llevaba a los hombres a dar un paseo por la finca para enseñarles la granja. Sir Digby Deverill procedía de un antiguo linaje, pero vivía por completo como un nuevo rico, con el esplendor que le permitían sus millones amasados en las minas de diamantes de Sudáfrica. A Beatrice le encantaba rodearse de jóvenes. Llegaban en sus flamantes automóviles, las chicas con sus cortes de pelo a la moda y sus vestidos de cintura baja, sus uñas largas y rojas y su carmín a juego, y los hombres en trajes claros o chaqueta a rayas, con jersey de críquet y canotier, alegres y divertidos como si nada les preocupara. Los veía jugar al críquet y al tenis, a las charadas y al escondite, merendar en la colina, bromear, coquetear, fumar, bailar y conversar. «¡Ah, ser joven otra vez! —pensaba melancólicamente—. Estos jóvenes lo tienen todo.»

Una noche estrellada de agosto, Archie cogió a Celia de la mano y le pidió matrimonio. Celia aceptó y entraron corriendo en la casa, interrumpiendo una partida de un juego inventado por los Deverill y que con el tiempo se había hecho legendario, para anunciárselo a todos. Bridaron con champán, les dieron la enhorabuena y Celia se reunió con sus amigas para hablar del vestido y escoger a sus damas de honor.

—Tú, Kitty, serás quien coja el ramo, porque vas a ser la siguiente.

Kitty, sin embargo, sabía que solo se casaría con Jack. ¿Cuándo, oh cuándo,

saldría en libertad?

El 22 de agosto, Michael Collins, el líder irlandés que había negociado la partición de Irlanda, sufrió una emboscada a manos de nacionalistas radicales en el condado de Cork y fue asesinado. Kitty se disgustó mucho cuando leyó la noticia en el periódico.

—¿Cómo han podido matar a Michael Collins! —exclamó arrojando el *Times* sobre la mesa del desayuno y pensando en Jack, que seguía pudriéndose en prisión—. ¿Cuándo acabará la violencia?

—¿No era un terrorista irlandés como otro cualquiera? —preguntó Celia, extrañada por su reacción.

Kitty negó con la cabeza, sorprendida.

—Me sacas de quicio, Celia —respondió—. Michael Collins era un héroe. Era un rebelde, un luchador por la libertad, un hombre valiente y sacrificado. ¡Ojalá encuentren a los responsables y los cuelguen por el cuello!

Los invitados se miraron entre sí, incómodos. Ninguno de ellos, aparte de Harry, se interesaba por lo que pasaba en Irlanda. Harry cogió el periódico y lo leyó en silencio. La preocupación ensombreció el semblante de Boysie. Un silencio ominoso descendió sobre el salón.

—¡Ay, Dios! En fin, es todo muy triste, ¿verdad? ¿Sabéis qué os digo? ¿Y si hoy hacemos un picnic? Así te animarás, Kitty. Podemos jugar al pañuelo en la colina —propuso Celia.

—Una idea estupenda, cariño —convino Archie mirándola con adoración—. Nosotros haremos que te olvides de Michael Collins.

Se fijó la fecha de la boda para la siguiente primavera. El otoño estuvo repleto de fiestas de compromiso y de los festejos habituales. Kitty se mantenía en estrecho contacto con su abuela, cuyas cartas eran largas, poéticas y cada vez más estrafalarias. Adeline le escribía acerca de los duendes de los setos y de las hadas de los lechos de flores y decía que Bertie la había obligado a mudarse al pabellón de caza a causa del frío. Afirmaba que solo iba allí a comer y dormir, porque Hubert era muy exigente y se empeñaba en que pasara con él todo el día. Las Arbolillo tenían demasiado miedo para ir a visitarla y vivían prácticamente recluidas en su casa de Ballinakelly. Ella les mandaba cannabis para calmarles los nervios, pero ¿quién se enteraría si se morían en

la cama? Le preguntaba, además, si la renta que había fijado para ella era suficiente. *No quiero que vivas míseramente, mi querida Kitty, te mereces vivir bien. En cuanto a mí, necesito muy poco ahora que mi vida ha quedado reducida a la torre. Me siento como Rapunzel, excepto porque aquí no hay bruja y porque Hubert, mi príncipe, no está en situación de rescatarme. Cuidate mucho y reza porque acabe pronto la violencia para que puedas volver y traer al bebé aquí, al castillo de Deverill, donde debe estar.*

Kitty seguía escribiendo a Jack. A pesar de que él le había dicho que no le esperase, su negativa a contestar a sus cartas le dolía y no dejaba de sorprenderla. ¿Acaso no sabía Jack que lo amaba lo suficiente para esperarlo toda la vida? Luego, el 17 de diciembre de 1922, tras la creación del Estado Libre de Irlanda, las últimas tropas británicas entregaron los Cuarteles Reales de Dublín a las nuevas autoridades y se marcharon. El Sur al fin era independiente. Sin duda, Jack saldría pronto en libertad.

La liberación fue un momento tremendamente emotivo con el que Kitty llevaba mucho tiempo fantaseando. Estaba orgullosa de haber contribuido, aunque fuera en pequeña medida, a conseguir la independencia de Irlanda, y Grace y ella lo celebraron con champán y una cena suntuosa en el Ritz. Recordaron sus tiempos de insurgentes, el horrible asesinato del coronel Manley, el momento en que Kitty se dio cuenta de que Grace era una aliada y no una enemiga, y aquella vez que estuvieron a punto de descubrirla los auxiliares cuando llevaba una pistola en una caja de zapatos.

—De no ser por la rapidez de reflejos del cura, podrías haber acabado en la cárcel como la condesa Markievicz —comentó Grace, que, evidentemente, echaba de menos aquella época emocionante.

Kitty confiaba en que Jack fuera liberado de inmediato, pero fueron pasando las semanas sin noticias suyas, y su euforia se disolvió en un sentimiento de amargura y decepción.

El pequeño Jack Deverill crecía grande y fuerte. No era ya el frágil recién nacido que había aparecido en el umbral de su puerta, sino un bebé gordo y hermosísimo. Como Kitty ignoraba su fecha de nacimiento, decidió que el 1 de enero sería su cumpleaños. Le hizo una tarta e invitó a Celia y Harry a celebrarlo con ella. Al soplar la vela, se preguntó dónde estaría Bridie y si habría regresado a Ballinakelly. Quería escribirle para decirle que su hijo estaba a salvo y que lo quería con toda su alma, ya que Bridie no podía darle su cariño. A veces, cuando el niño estaba dormido, se quedaba sentada

contemplándolo y el tiempo pasaba sin que se diera cuenta. ¿Quién hubiera imaginado que aquella personita podía traerle tanta alegría? Le apenaba pensar lo que se estaba perdiendo Bridie.

Grace iba a Londres de vez en cuando, pero no traía noticias de Jack. En cuanto a Bertie, se mostraba más inflexible que nunca en su decisión de que Kitty no regresara al castillo de Deverill.

—No reconoce a su hijo —le dijo Grace a Kitty con suavidad—. A sus ojos, Jack no es un Deverill.

—Entonces no puedo volver —declaró ella levantando la barbilla para refrenar su pena—. Pero algún día Jack Deverill conocerá su hogar. Es más irlandés que yo, y pienso devolverle al lugar donde están sus raíces.

—Siempre puedes venir a vivir conmigo —le dijo Grace.

—¿Y contemplar mi casa desde lejos? Eso me destrozaría. No, mi padre tendrá que dar su brazo a torcer, por el bien de la abuela. Tienes que hacerle entrar en razón, Grace. —Posó la mano en el brazo de su amiga—. Eres la única que puede hacerlo.

Grace no le dijo que Bertie estaba completamente alcoholizado y que ya solo se veían muy de tarde en tarde. Él ya apenas salía a cazar, no se dejaba ver en las carreras y rara vez recibía visitas. Era una sombra del hombre carismático que había sido antaño. Había perdido su gallardía y su despreocupación y se había vuelto paranoico y asustadizo. Solo el whisky, que consumía en grandes cantidades, parecía aplacar su alma atormentada, y Grace temía que empezara a ver duendes y hadas, como Adeline.

—¿Se sabe algo de Bridie? —preguntó Kitty.

—Lo último que sé es que había empezado a trabajar como doncella para una señora de Manhattan. Bridie está bien y es feliz, Kitty. No tienes que preocuparte por ella —dijo Grace volviendo sus ojos hacia la ventana—. Quería empezar una nueva vida. Tu padre ha sido muy generoso. No conozco a ningún otro hombre que hubiera velado por ella como lo hizo él.

—¿Volverá alguna vez?

Grace la miró muy seria.

—¿Quieres que vuelva y reclame a su hijo?

Kitty no había pensado en eso.

—No. No, no quiero. La verdad es que quiero al pequeño Jack para mí sola. ¿Soy una mala persona?

—Si no lo quisieras, demostrarías ser una jovencita sin corazón.

—Lo quiero como si fuera mío, Grace —dijo Kitty con una amplia sonrisa—. Cuando veo su cara, me parece que todo está bien y todas mis preocupaciones se disuelven.

—Entonces no pienses más en Bridie. Ella escogió abandonar a su hijo. La persona que dejó a Jack en tu puerta sabía que cuidarías de él y que lo criarías como lo que es, un Deverill. Estoy segura de que fue la propia Bridie quien lo organizó todo. Sabía que podía confiar en ti, en su amiga, para que cuidara a su hijo.

—Sí, seguro que es así —dijo Kitty sintiéndose mejor—. Si nos cambiáramos los papeles, estoy segura de que ella haría lo mismo por mí.

A medida que se acercaba la fecha de su boda, Celia estaba cada vez más nerviosa por su noche de bodas.

—Me preguntó cómo será —le dijo a Kitty—. ¿Tú crees que duele?

La imagen de Michael Doyle apareció ante los ojos de Kitty, que hizo una mueca.

—Estoy segura de que no, si el hombre tiene cuidado —contestó.

—Preferiría hacer el amor con Lachlan —dijo Celia, refiriéndose al padrino de Archie.

La confesión de su prima distrajo un instante a Kitty de sus malos recuerdos.

—¡Celia! —exclamó.

—Sí, ya sé que no debería pensar esas cosas. Pero cuando me mira se me erizan todos los pelos del cuerpo, como soldaditos poniéndose firmes, a la espera de una orden. Y eso no me pasa cuando me mira Archie, aunque sea tan guapo.

—Celia, ¿qué estás diciendo?

—Nada, no digo nada. Me caso dentro de quince días y no hay más que hablar. Aunque quizá me enamore de Lachlan Kirkpatrick cuando le haya dado dos hijos a Archie.

La boda de Celia Deverill habría sido uno de los acontecimientos más emocionantes de la temporada de no ser por el matrimonio del príncipe George, duque de York, con lady Elizabeth Bowes-Lyon, ese mes de abril. La boda real se celebró en la abadía de Westminster en vez de en la Royal Chapel, como era tradición, lo que la convirtió en un gran acontecimiento público, seguramente para levantar el ánimo de la nación tras las penalidades

de la guerra. A Beatrice le molestó que la boda de su hija en mayo quedara eclipsada por un enlace con el que no podía competir a pesar de los millones de Digby y de su excepcional cóctel de invitados. Aun así, la boda se celebró en la iglesia de Saint Peter, en Belgravia, y la recepción en el Ritz. Celia estaba resplandeciente con su vestido de seda de color marfil y la espectacular diadema de diamantes que Digby había encargado para la boda de Leona y que posteriormente había llevado su hermana Vivien al casarse. Ambas bodas habían aparecido en la prensa, con una fotografía en el caso de *The Tatler*. Beatrice confiaba en que la boda de su hija pequeña no fuera menos.

Kitty fue dama de honor, con jazmines en el pelo y un largo vestido blanco a juego con el de Celia. Su ramito era de lirios y flores de cerezo, tan fragante que no paraba de acercárselo a la nariz para olerlo porque le recordaba, con un toque de tristeza, la primavera en el castillo de Deverill. Celia juró amar y obedecer a Archie Mayberry y el coro cantó himnos capaces de derretir el corazón más gélido. O eso pensó Kitty, hasta que vio el tenso semblante de su madre y se acordó de que lo único capaz de derretir el corazón de su madre sería su boda con un aristócrata que cumpliera sus altísimas aspiraciones. Lástima que el príncipe George acabara de casarse, pensó maliciosamente, disimulando una sonrisa.

Después de la boda, los invitados fueron al Ritz a tomar el té. Kitty se aburrió bastante, porque la lista de invitados estaba compuesta sobre todo por amigos de Digby y Beatrice, como era costumbre, y no por los de Celia o Archie. Conversó con los invitados con su taza de té en la mano y siguió la corriente a la vieja Augusta, que estuvo tan desagradable como siempre y le enumeró, con fruición mal disimulada, la larga lista de amigos que habían fallecido recientemente.

—Bunny Spencer se murió la semana pasada cuando estaba en su jardín—le dijo ávidamente—. ¡Estaba oliendo las rosas y, zas, un momento después era abono! Arthur Sillars está terriblemente enfermo. Dicen que solo es cuestión de tiempo. Fíjate en Stoke. —Señaló a su marido, que nunca había tenido un aspecto tan brioso, con su bigotazo y su cara rubicunda—. Es imposible imaginárselo muerto, ¿verdad? Pero podría pasar en cualquier momento.

Kitty logró zafarse de ella con la excusa de atender a la novia y salió a toda prisa a la terraza. Respiró hondo y se apoyó en la balaustrada para mirar a la gente que paseaba tranquilamente bajo los plataneros de Green Park.

—Vaya, pero si es la señorita Deverill—dijo una voz a su lado.

Al volverse, se encontró al señor Trench y le sorprendió lo mucho que se alegró de verlo.

—¡Señor Trench, qué sorpresa!

Él tomó su mano e inclinó cortésmente la cabeza.

—Es un gran placer verla de nuevo después de tanto tiempo. ¿Me permite decirle que está usted encantadora?

—Gracias.

Kitty sonrió. Notaba cambiado al señor Trench. Parecía menos envarado, más seguro de sí mismo, quizá. Menos solemne.

—No esperaba verlo aquí —dijo.

—¿Por qué? Si recuerda, su madre me contrató como tutor por mediación de su prima Beatrice. Digby y Beatrice son grandes amigos de mi familia.

—Entonces ¿cómo es que no nos hemos visto antes? Llevo en Londres más de un año.

—Acabo de regresar de Italia.

—¡Italia, qué maravilla! ¿Qué fue a hacer allí?

—Estoy escribiendo un libro.

—¿Un estudio académico?

Él negó con la cabeza y sonrió con timidez.

—Una novela.

—Vaya, señor Trench, qué emocionante. ¿De qué trata?

—Del amor.

—¿Del amor?

—No se sorprenda tanto. ¿Qué hay en el mundo más importante que eso?

Kitty no supo qué decir.

—Dios mío, señor Trench, no lo sé. No creo que haya nada más importante.

—Por favor, tiene que dejar de llamarme señor Trench. Ya no soy su tutor. Me llamo Robert.

—Robert, pues. Pero tú tienes que llamarme Kitty.

Él se puso serio de repente.

—Me enteré de lo del castillo y de lo tu pobre abuelo. Lo siento muchísimo.

Ella bajó los ojos.

—Sí, fue espantoso.

—¿Por eso te marchaste?

—No. —Kitty titubeó. De pronto se sentía muy cansada—. Es una larga historia —dijo—. Y triste. Creo que todavía no estoy lista para hablar de ello.

—Entiendo. Discúlpame. ¿Puedo...?

En ese momento un hombre salió a la terraza y miró alrededor con nerviosismo.

—¿Han visto a la novia? ¡Hemos mirado en todas partes!

—¡Santo Dios! —exclamó Kitty.

—Señorita Deverill, usted es dama de honor. ¿Cuánto tiempo hace que no la ve? Tendría que estar cortando la tarta.

—¿Seguro que no se está empolvando la nariz? —sugirió Kitty.

El hombre pareció desesperado.

—Hemos buscado por todas partes.

—No creerás que se ha escapado, ¿verdad? —preguntó Robert en voz baja al ver que el nerviosismo cundía por el salón y que la gente miraba a su alrededor y cuchicheaba tapándose la boca con la mano.

—No sé qué pensar —dijo Kitty, acongojada—. Pero sugiero que empecemos por buscar a Lachlan Kirkpatrick, el padrino.

Nueva York, Estados Unidos, 1922

Bridie descubrió que, bajo aquella cáscara dura, la señora Grimsby era una mujer tierna y sentimental. No sabía nada sobre el pasado de la anciana que le permitiera entender por qué arrastraba tanta amargura, pero descubrió que la poesía y las narraciones eran el único cascanueces capaz de dejar al descubierto, de tarde en tarde, su corazón vulnerable. A la señora Grimsby le encantaban las palabras hermosas. Las repetía, haciéndolas rodar por su lengua como caramelos cuyo sabor paladeara. Todas las tardes le pedía a Bridie que le leyera en la veranda con vistas al mar y que le contara historias sobre Irlanda. Las que más le gustaban eran las del castillo de Deverill. Le fascinaban los fantasmas que permanecían prisioneros entre los muros del castillo por culpa de una maldición y el extraordinario don que compartían lady Deverill y Kitty. De ese modo, Bridie se veía obligada a pensar en el pasado. La puerta que había cerrado con tanta determinación se entornó y sus recuerdos quedaron expuestos de nuevo, como los rincones recónditos de una habitación en penumbra al entrar en ella una luz repentina. De noche soñaba con su padre, con el olor a arenque ahumado, con el sonido del violín y de las viejas canciones irlandesas que habían acompañado su niñez. A veces soñaba con la Banshee, con los gitanos y con la imponente y negra figura del padre Quinn, cuyos ojos ardientes se clavaban en su alma en busca de pecado, y se despertaba con las mejillas arrasadas en lágrimas y la almohada mojada por el llanto.

En Estados Unidos, el olor del mar era muy distinto al de Irlanda, y esa diferencia era un alivio para ella. No se permitía la nostalgia. Estados Unidos era su hogar ahora y su pasado solo existía en su imaginación. Irlanda quedaba muy, muy lejos, al otro lado de un mundo cuya vastedad no llegaba a comprender del todo. No leía los periódicos, no escuchaba los chismes en la iglesia y, cuando oía retazos de conversación en el salón acerca de la guerra civil, refrenaba su curiosidad y procuraba ahogar la sensación de desaliento

que la asaltaba. El único contacto que tenía con su país natal eran las cartas que escribía con regularidad a su madre y el dinero que enviaba a casa; la única señal de rendición, las lágrimas que mojaban su almohada.

La señorita Ferrel, la señora Gottersman y el señor Gordon eran sus únicos compañeros, aunque a ninguno de ellos pudiera considerarlo un amigo. Bridie se acordaba de cuando ayudaba a su madre en la cocina del castillo, de niña. Entre los sirvientes de lord Deverill había un fuerte sentimiento de unidad y un cariño sincero hacia la familia Deverill. Recordaba a su madre riendo con las criadas de la cocina y regañándolas cuando chismorreaban, aunque en el fondo le gustara su charla animosa y descarada. Se acordaba de Skiddy, el anciano ayuda de cámara de lord Deverill, y de O'Flynn, el mayordomo, que era aún más viejo que el señor Gordon. Skiddy dejaba que lo ayudara a sacar brillo a los botones dorados de la chaqueta de caza de lord Deverill y O'Flynn la había perseguido una vez alrededor de la mesa de la cocina armado con un paño de cocina, hasta que ella se derrumbó en el suelo de baldosas, presa de un ataque de risa. Aquellos dos hombres rebosaban afecto y buen humor. Las casas de la señora Grimsby eran silenciosas y frías como tumbas y nunca se oía en ellas una risa, como no fuera el cacareo cínico que profería la señora Grimsby cada vez que hablaba de sus avariciosos parientes. A Bridie, la señora Gottersman le parecía agria como un limón; el señor Gordon, tieso como una rama de apio; y la señorita Ferrel, a pesar de su cordialidad, tan formal como una vajilla de porcelana. Suplían todas las necesidades de la señora Grimsby y, uno tras otro, eran llamados a su presencia para mantener con ella «charlas confidenciales». Sospechaban unos de otros. No confiaban en nadie. Vivían para esa palmadita en la mano y esa «charla confidencial». La señora Grimsby se sentaba en su butacón como una araña gorda que contemplara las moscas atrapadas en su red. Y Bridie observaba todo esto, bajaba la cabeza y seguía con su trabajo.

En otoño, cuando regresaron a Nueva York, Bridie hizo por fin una amiga, una intrépida chica italiana llamada Rosetta. Se conocieron en misa y, tras sonreírse indecisas varios domingos consecutivos, hablaron por fin. Rosetta había viajado desde Italia en un barco de vapor. Sus padres se habían establecido en Brooklyn, donde el padre había montado un negocio con otros italianos y la madre cuidaba de sus hijos pequeños y trabajaba en casa como costurera. Rosetta era doncella en una de las casonas que había pasado la esquina de la iglesia y su señora era una actriz casada con un productor teatral.

Según contaba Rosetta —que tenía tendencia a escuchar detrás de las puertas y a mirar por los agujeros de las cerraduras—, era muy temperamental y extremadamente nerviosa y consentida y tenía montones de amantes. A Bridie, su nueva amiga le recordaba un poco a Kitty. A medida que fue creciendo su amistad, empezaron a pasar juntas sus días libres; se sentaban a charlar en los bancos de Central Park o iban a tomar té a las cafeterías, y finalmente, a mediados del invierno, tomaron el tren para ir a Brooklyn y pasaron el día en casa de Rosetta, donde Bridie probó la mejor comida que había comido nunca. Rosetta le hizo darse cuenta de cuánto anhelaba tener una amiga y de lo sola que había estado hasta entonces.

Poco después de Navidad empezaron a suceder cosas extrañas en la mansión de la señora Grimsby. Lo primero fue que Bridie descubrió un grueso rollo de billetes de dólar atado con un cordel bajo la cama de su señora. Era más dinero del que había visto nunca, más del que creía que podría gastar en toda su vida, en caso de que le perteneciera. Lo sostuvo con manos temblorosas, mirándolo maravillada. Se acordó de cuando había leído la nota de Jack a Kitty y la asaltó la misma sensación de culpabilidad, como si Dios estuviera mirándola y esperando para ver qué hacía. Sin pensarlo dos veces, guardó el dinero en la mesita de noche de la señora Grimsby, de donde dio por sentado que se había caído, y siguió limpiando la habitación. La vez siguiente, encontró unos pendientes de diamantes que de algún modo habían ido a parar al bolsillo de un vestido de la señora Grimsby. Admiró la reluciente belleza de las valiosísimas gemas y de nuevo hizo lo correcto y los guardó en el tocador de su señora. El tercer incidente tuvo que ver con un figurilla de porcelana que había sobre la repisa de la chimenea del comedor. Cuando la levantó para limpiarla, el torso se separó de la falda. Temiendo que la reprendieran por su descuido, iba a volver a juntar las dos mitades de la figura, pues la rotura era muy limpia y la parte de arriba apoyaba perfectamente en la de abajo y nadie se enteraría, pero, movida por su conciencia, fue a informar a su señora.

—Señora —dijo haciendo una genuflexión.

La señora Grimsby estaba en el solarío, en su butaca de siempre, leyendo una carta con cierta dificultad porque estaba perdiendo vista.

—¿Qué ocurre, Bridget?

Bridie le mostró las dos mitades de la figurilla. A la señora Grimsby se le ensombreció el semblante.

—¿Vienes a confesar que la has roto?

—Estaba rota cuando la he cogido, señora —le dijo Bridie.

—No me digas —contestó la anciana con escepticismo—. ¿Sabes lo valiosa que es?

Bridie notó que le ardían las mejillas por la vergüenza.

—No, señora, no lo sé.

—Cuesta cientos de dólares. Cientos. No podrías permitirte restituir lo que cuesta ni aunque ahorraras el salario de toda tu vida. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Bridie comprendió que era absurdo proclamar su inocencia. De todos modos, la señora Grimsby no la creería.

—Lo siento mucho, señora —dijo bajando la cabeza.

Aquello pareció satisfacer a la anciana, que le tendió la carta que estaba leyendo.

—¿Sabes qué dice aquí?

—No, señora.

—Mis dos sobrinas van a venir de Boston y me preguntan si pueden alojarse aquí. ¿Crees que podrás cuidar de las tres?

Bridie se acordó de cuando lady Elmrod pasó unos días en el pabellón de caza por la boda de la señorita Elspeth y tuvo que cuidar de las tres hermanas al mismo tiempo.

—Creo que sí, señora —contestó, consciente de que no estaba en situación de negarse después de haber roto supuestamente la figurilla.

—Son increíblemente pesadas. Verás, creen que estoy al borde de la muerte y quieren asegurarse de que voy a acordarme de ellas en mi testamento. —La señora Grimsby esbozó una sonrisa altanera y suspiró—. Ya veremos cuánto se esfuerzan —concluyó riendo, y su papada tembló como gelatina.

Cuando Bridie salió de la habitación, el señor Gordon estaba fuera, entre las sombras, escuchando. Le lanzó una mirada soberbia y sacudió la cabeza cuando Bridie pasó a su lado. Bridie se acaloró, indignada. No había nadie más diligente que ella en su trabajo. Vio entrar al mayordomo en la habitación de la señora Grimsby y cerrar la puerta a su espalda.

Cuando Bridie habló a Rosetta de aquellos extraños incidentes, su amiga se olió enseguida que allí había gato encerrado.

—¿Hay alguien en la casa que pueda tener celos de ti? —preguntó.

Bridie pensó enseguida en la señorita Ferrel.

—Bueno, hay una mujer que lleva más de doce años trabajando para la señora Grimsby. No somos amigas, pero se porta bien conmigo.

—Una serpiente en la hierba —comentó Rosetta—. Yo que tú me andaría con mucho ojo. Me da la impresión de que intenta tenderte una trampa. Seguramente esperaba que robaras el dinero y los pendientes. Y probablemente fue ella quien rompió la figurita.

Bridie se quedó perpleja.

—¿De verdad lo crees?

—Ten cuidado, Bridget. No es fácil encontrar trabajo en esta ciudad.

—Ahora que lo pienso, esa mujer esperaba que no durara ni un mes en la casa. Me dijo que eso era lo máximo que había durado una doncella. Pero la señora Grimsby me trata bien. Le gusta que le lea y que le cuente cosas de Irlanda.

—¿También le gusta que esa mujer le lea?

—No.

—*Ecco!* —exclamó Rosetta jovialmente—. ¡Está celosa, es una serpiente oculta en la hierba! Ten cuidado, Bridget.

A Bridie nunca se le había ocurrido que la señorita Ferrel pudiera tenerle envidia. Pero sí que parecía un poco raro que de pronto encontrara dinero y joyas por la mansión, como si alguien tratara de demostrar que era una persona deshonesto. No podía ser el señor Gordon, el mayordomo, porque no tenía acceso a la alcoba de la señora Grimsby, aunque estaba claro que no le tenía ninguna simpatía a Bridie. La señorita Ferrel, en cambio, tenía acceso a todas las habitaciones de la casa, incluso a los cajones más íntimos de la señora Grimsby, porque Bridie la había visto sacar papeles de su escritorio y guardar estuches de terciopelo rojo en la caja fuerte al día siguiente de que la señora Grimsby asistiera a un gran baile o a la ópera. Era la sirvienta de más confianza de la señora Grimsby y, por tanto, cabía la posibilidad de que le desagradara la intimidad de esas tardes de lectura en el solarío. Bridie quería tranquilizarla, explicarle que la señora Grimsby no le tenía ningún afecto. Sencillamente, ella estaba disponible para leer en voz alta a una anciana solitaria y aburrida.

A partir de ese momento, Bridie empezó a desconfiar de la señorita Ferrel. Todas las noches, antes de irse a la cama, revisaba de arriba abajo su habitación por si acaso el ama de llaves había guardado algo de valor en su cajón o debajo de su almohada con intención de acusarla. Limpiaba el polvo

con sumo cuidado por si algún objeto estaba colocado peligrosamente cerca del borde de una mesa o de la repisa de una chimenea, y estaba atenta a cualquier objeto de valor que estuviera fuera de su sitio, y cuando encontraba alguno, volvía a ponerlo en su lugar con la satisfacción de haber vencido en ingenio a la señorita Ferrel. El ama de llaves pareció advertir su repentina frialdad y procuró mostrarse especialmente amable, pero Bridie no se dejó engañar. Mantuvo las distancias y vigiló a la mujer con desconfianza, sabedora de que su cordialidad era solo una fachada y de que la señorita Ferrel era en realidad su enemiga.

En primavera llegaron de Boston las dos sobrinas de la señora Grimsby, la señora Halloway y la señora Kesler. Eran hermanas y tenían ambas treinta y pocos años, estaban casadas y tenían hijos pequeños que habían dejado en casa y de los que casi nunca hablaban. Abrazaron a su tía con grandes muestras de afecto.

—¡Cuánto tiempo! —exclamaron.

Alabaron sus joyas y el esplendor de su casa y le hicieron regalos envueltos en exquisito papel y atados con cintas de seda de colores vivos anudadas en complicados lazos. La señora Grimsby recibió estos obsequios con placer solo aparente y los dejó a un lado para abrirlos más tarde: no le gustaban mucho los regalos.

Celebró cenas para su entretenimiento y las acompañó al ballet y a la ópera. Las sobrinas eran guapas, vestían elegantemente y no parecían tener ni una sola preocupación en el mundo, como un par de coloridos colibríes que revolotearan por la mansión luciendo su hermoso plumaje.

—Oh, en Boston todo es divino —le dijeron a su tía, y le hablaron del éxito que tenían sus maridos en los negocios y del glamur de su incesante vida social.

Hablaron de su ilustre círculo de amistades intercalando nombres famosos en la conversación y le describieron el lujo de las fiestas a las que asistían.

A Bridie le parecieron extremadamente finas, privilegiadas y bendecidas con el don de la belleza. Sin embargo, mientras se movía sigilosamente por la mansión, pasando desapercibida entre las sombras, las oyó hablar de las terribles deudas que habían acumulado al intentar seguir el tren de vida de sus amistades y de la angustia que les producían sus perpetuos apuros económicos.

—La vieja arpía tiene millones —dijo la señora Halloway cuando Bridie pasó junto a su habitación sin que se percataran de su presencia.

—Es más mala que un lobo, Evie —añadió su hermana—. Mamá dice que le va a dejar su dinero a Paul. Al parecer viene a verla tres veces por semana, como mínimo, y ella lo adora.

—Tonterías —replicó la señora Halloway—. Paul es hijo del tío Joe y, por lo visto, la tía no soporta a su hermano por su afición al juego. Dudo mucho que vaya a dejarle un penique, ni a él ni a sus hermanos.

—¿Y por qué crees que sí nos lo dejará a *nosotras*?

—Porque no tiene hijos y mamá es su hermana. A alguien tiene que dejárselo. Somos su única familia y tiene dos casas llenas de tesoros, eso por no hablar del dinero. Mamá dice que es más rica que Crespo, aunque no sé quién es ese.

—Tiene muy buen aspecto, ¿no crees?

—La gente gorda no vive mucho tiempo —repuso la señora Halloway maliciosamente.

—Espero que tengas razón, porque no puedo pedirle más dinero a papá.

—No eres la única —dijo la señora Halloway exhalando un suspiro—. Solo tenemos que darle coba unos días más. Luego podremos irnos a casa, a esperar. Puede que solo sea cuestión de meses.

—¿Verdad que es una suerte que no tenga hijos?

—Sí, mucho —convino la señora Halloway—. Ha llegado muy lejos teniendo en cuenta que su madre creció en las ciénagas de Irlanda.

—Ni lo menciones. Prefiere mantener en secreto que nuestra abuela se crio en una ciénaga.

Las dos se echaron a reír.

—¡Yo le digo a todo el mundo que nuestros antepasados llegaron en el *Mayflower*! —dijo la señora Halloway—. Y tú también deberías hacerlo, Tally. ¡Los inmigrantes irlandeses son lo más bajo!

Bridie avanzó a toda prisa por el pasillo y entró en la alcoba de la señora Grimsby para correr las cortinas y abrir la cama. ¿Había oído bien? ¿La madre de la señora Grimsby era irlandesa? Estaba asombrada. Ella no se lo había mencionado nunca, pero, ahora que lo sabía, se preguntaba si la curiosidad que demostraba la señora Grimsby por su pasado obedecía a un deseo de saber algo más sobre las raíces de su madre. Sintió pena por ella: todos esos parientes que fingían quererla cuando en realidad solo ambicionaban su

dinero... Al menos, ella sabía que Rosetta la apreciaba por su forma de ser.

Al poco tiempo las sobrinas regresaron a Boston y la señora Grimsby se quedó con su sobrino, Paul Heskin, que continuaba visitándola con regularidad, tomaba el té con ella en el solarío y le preguntaba por su salud con interés un tanto excesivo, en opinión de Bridie.

Desde que se había percatado de las estratagemas de la señorita Ferrel para desacreditarla ante su señora, no volvió a haber extraños incidentes en la mansión. Bridie, sin embargo, no bajó la guardia. Necesitaba aquel empleo, aunque la paga fuera pequeña, y no pensaba permitir que la señorita Ferrel se lo estropeará.

Ese verano hizo mucho calor en Nueva York. La señora Grimsby cerró la mansión antes de lo acostumbrado y toda la casa se trasladó a los Hamptons. El viaje fue, no obstante, muy cansado, y a la anciana pareció costarle entrar y salir del coche y trasladarse de un sitio a otro. Bridie y la señora Ferrel la sujetaron cada una de un brazo, pero les costó sostenerla y tuvieron que pedir ayuda al chófer. Cuando por fin llegaron a los Hamptons, la señora Grimsby se metió en la cama con *Preciosa* y pasó en ella todo el mes de julio. El señor Gordon y la señorita Ferrel intentaban verla, pero la anciana no estaba de humor para charlas confidenciales y solo quería ver a Bridie para que la ayudara a girarse en la cama, le arrojara los pies cuando se le salían de la sábana y le enjugara la frente cuando se acaloraba. Por fin, en agosto, se aventuró a salir a la veranda para contemplar el mar, y solo entonces se sintió a gusto.

—Léeme —le dijo a Bridie una tarde mientras el sol se ponía por detrás de la casa.

—¿Qué quiere que le lea? —preguntó ella.

—A Yeats. Quiero que me leas a Yeats.

Bridie entró en la alcoba y encontró el libro en la mesita de noche, donde a la señora Grimsby le gustaba tenerlo últimamente. Se sentó en la silla de mimbre y lo abrió.

—¿Qué poema quiere que le lea, señora?

—*La isla del lago de Innisfree* —dijo la señora Grimsby—. Ya sabes que mi madre era irlandesa.

Bridie fingió ignorarlo.

—No, señora, no lo sabía.

—Hablabas como tú. Tenía acento irlandés del sur. Suave, lírico, era como una canción. Su padre le enseñó a recitar poesía. *Al salir la luna, al salir la luna. Pues las picas han de unirse al salir la luna.* —Su mano asíó torpemente el guardapelo que siempre colgaba sobre su pecho—. Más adelante me dio esto. No vale nada, pero para mí es un tesoro. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Léeme, Bridget —dijo, y cerró los ojos, expectante.

Preciosa se sentó en el regazo de Bridie, como solía hacer últimamente, y ella comenzó a leer:

—*Me levantaré ahora e iré, iré a Innisfree, y allí haré una humilde cabaña de arcilla y junco: nueve hileras de judías tendré, y una colmena para la miel, y viviré solo en el claro entre un tropel de abejas.*

Cuando iba por la mitad, miró a la señora Grimsby. Había cerrado los pesados párpados y respiraba suavemente. Una lágrima brillaba como cristal en la comisura de uno de sus ojos. Bridie siguió leyendo. Cuando hubo acabado, no importunó a la señora Grimsby; eligió otro poema y continuó leyendo.

—*Cuando seas vieja y canosa y, vencida por el sueño, des cabezadas junto al fuego, coge este libro y léelo lentamente, y sueña con la mirada tierna que tus ojos tuvieron antaño y con su sombra profunda...*

Algo le hizo apartar la vista de la página. Puede que fuera el grito de una ave marina, o la flacidez del rostro de la señora Grimsby, o cómo resbaló su mano hacia un lado, o quizá la sensación intuitiva de que algo se había movido, como las placas invisibles bajo la corteza terrestre. Un espíritu que emprendía viaje hacia un lugar mejor. Miró a la señora Grimsby y comprendió de inmediato que había muerto.

Se levantó despacio y se santiguó, con el corazón invadido por la pena. Fue un sentimiento al mismo tiempo inesperado y hondo. De pronto se sentía muy sola, como una balsa a la deriva en el mar, sin rumbo y expuesta a las tormentas y el oleaje. La señora Grimsby era lo único que tenía, y ya no estaba.

Llamó a la señorita Ferrel, que acudió corriendo, tomó el pulso a su señora y negó con la cabeza.

—Está muerta —dijo en voz baja—. Finalmente se ha rendido. Descanse en paz. Que Dios le perdone sus pecados.

Preciosa se había enroscado en el regazo de la anciana. El señor Gordon

apareció en la puerta como un espectro e inclinó la cabeza, pero Bridie no advirtió ningún indicio de pena en su semblante. Bridie los dejó solos y fue a dar un paseo por la playa. Era el primer rato libre que tenía desde que habían llegado el mes anterior y, sin embargo, no pudo disfrutar de él. ¿Qué sería de ella? Quien heredara las casas de la señora Grimsby, ¿querría conservarla en su puesto, o sería despedida y tendría que buscarse otra colocación?

Cuando regresó a la casa ya se habían llevado el cadáver de la señora Grimsby. Su sillón estaba vacío. La casa parecía de pronto muy grande, fría e inhóspita. La señorita Ferrel le dijo a Bridie que había avisado a la familia.

—Ahora vendrán como buitres a llevarse todo lo que tenía —dijo con acritud.

Se sentó en los peldaños de la veranda y se abrazó las rodillas.

—¿Qué pasará con nosotras? —preguntó Bridie.

—No lo sé —dijo la señorita Ferrel—. Imagino que a ti querrán conservarte. En cuanto a mí, no estoy tan segura. Todo el mundo necesita una doncella. Yo soy más difícil de colocar. —Sonrió a Bridie—. Te tenía mucho cariño, ¿sabes? Todas esas veces que te pedía que le leyeras...

—Creo que le gustaba mi acento.

—La conmovía, eso seguro. Su madre era irlandesa.

—Lo sé. Me lo ha dicho hoy mismo.

—La avergonzaba ser de origen irlandés. Nunca hablaba de ello. Creo que no había abierto ese libro de poemas de Yeats hasta que llegaste tú. Alice solía leerle a otros escritores, pero no a Yeats. Tú removiste algo dentro de ella, Bridget, si me permites que te llame así. —Sonrió—. Me gusta pensar que somos amigas.

Bridie estaba confusa.

—Creía que no le caía bien.

La señorita Ferrel frunció el ceño.

—¿Y eso por qué, si se puede saber?

Bridie se puso tensa.

—Creía que estaba resentida conmigo. Usted llevaba doce años trabajando para ella y yo acababa de llegar y la señora me pedía que le leyera...

—¿Creías que estaba celosa de ti?

Bridie se encogió de hombros.

—Dejó dinero debajo de la cama para pillarme en falta, ¿no?

La señorita Ferrel se quedó de piedra.

—¿Qué dinero?

—Y los pendientes...

—¿Los pendientes? ¿Qué estás diciendo, Bridget?

—Que intentaba usted demostrarle a la señora Grimsby que yo no era de fiar.

—No sé de qué estás hablando.

Bridie empezó a sentirse incómoda.

—Los miles de dólares que encontré debajo de la cama de la señora, y un par de pendientes de diamantes que descubrí en el bolsillo de uno de sus vestidos... ¿Quién, si no, iba a dejar esas cosas ahí?

—Te juro que no fui yo, Bridget.

—Entonces, ¿quién fue?

—¿El señor Gordon? —dijo la señorita Ferrel lentamente—. ¿Es posible que fuera él?

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque él sí estaba celoso. Estaba más unido a ella que nadie, incluida yo.

—Bueno, ya no importa, ¿no? —dijo Bridie—. Ella ha muerto.

—No, no importa —dijo la señorita Ferrel con expresión pensativa.

Pero no dijo nada acerca del dinero que *ella* había encontrado en el suelo de la habitación de la señora Grimsby y que se había guardado.

Una vez de vuelta en Nueva York, las sobrinas de la señora Grimsby llegaron enseguida con su madre, como había predicho la señorita Ferrel, y recorrieron la mansión discutiendo sobre qué cuadros, adornos y muebles irían a parar a cada una de ellas.

—Esa mesa quedará preciosa en mi comedor —dijo la señora Halloway—. También tendré que llevarme las sillas.

—Pero las sillas las quiero yo —repuso la señora Kesler con un mohín, apelando a su madre.

—Las sillas tienen que ir con la mesa, Tally. Me temo que tendrás que elegir otra cosa. ¿Por qué no te quedas con su cama? Es una cama estupenda.

La señora Kesler arrugó la nariz.

—No quiero su cama. Se acostaba en ella, esa ballena. Seguro que tiene el colchón hundido.

—Puedes comprar un colchón nuevo —sugirió su hermana con una sonrisilla maliciosa.

—Con el dinero que voy a heredar, Evie, ¡puedo comprarme veinte colchones nuevos! —exclamó la señora Kesler, animándose—. Está bien, Evie, puedes quedarte las sillas y yo me quedaré la cama, sin el colchón. Quiero las alfombras persas. Todas.

—¿No te estás poniendo un poquitín avariciosa? —respondió su madre.

—Evie no las necesita. Ya tiene unas alfombras preciosas. Ella se ha reservado las sillas. Yo elijo las alfombras. Las alfombras son para mí, ¿me oís?

Bridie salió de la sala. No soportaba oír a aquellas mujeres peleándose por las posesiones de la señora Grimsby estando esta aún de cuerpo presente. Cuando habían ido a Nueva York la vez anterior, se habían confabulado para engatusar a su tía. Ahora, reñían como cuervos disputándose una carroña. Si la señora Grimsby hubiera sabido lo irrespetuosas y avarientas que eran, quizás habría preferido quemar sus casas para no dejarles nada.

—Naturalmente, no pueden llevarse nada hasta que se lea el testamento —le dijo la señorita Ferrel más tarde, cuando las tres mujeres se hubieron ido. Habían salido de la casa en silencio, furiosas las unas con las otras—. ¿Sabes?, no me sorprendería que hubiera legado toda su fortuna a la beneficencia.

—Sí, y les estaría bien empleado —convino Bridie—. No se merecen ni un dólar de su dinero.

—Ni siquiera se merecen a *Preciosa* —añadió la señorita Ferrel—. Esas mujeres la echarán a la calle a patadas.

—Un empleo es un empleo, pero creo que no me gustaría trabajar para ellas —comentó Bridie—. Nunca pensé que acabaría echando de menos a la señora Grimsby.

La señorita Ferrel levantó las cejas y sacudió la cabeza.

—Eres una chica extraña, Bridget —dijo.

Bridie y la señorita Ferrel permanecieron en la mansión una semana. Como no tuvieron noticias de la familia, siguieron haciendo su trabajo como de costumbre, a pesar de que la señora Grimsby ya no estaba allí. Bridie limpiaba el polvo y la señorita Ferrel revisó el escritorio y ordenó los papeles. Cuando acabó, bajó todos los libros de las estanterías y los colocó por orden alfabético, solo por entretenerse en algo.

Luego, al final de la semana, el señor Williams se detuvo delante de la mansión, montado en un coche flamante. Salió de él vestido con un traje y un sombrero nuevecitos y llamó al timbre. La señorita Ferrel fue a abrir y le hizo pasar al recibidor. Él pidió ver a la señorita Doyle. Tenía algo importante que decirle.

Apoyó su maletín sobre el escritorio de la señora Grimsby en el despacho y sonrió a Bridie.

—Buenos días, señorita Doyle —dijo—. Como sabe, soy el abogado de la señora Grimsby, Beaumont Williams. Le doy mi más sentido pésame.

Una vez concluidas las formalidades, el abogado se sentó y se puso las gafas con aire solemne.

—Bien, quizá sepa usted que la lectura del testamento tuvo lugar ayer en presencia de los familiares de la señora Grimsby.

Bridie se miró los dedos, que movía nerviosamente sobre el regazo.

—Todos sus parientes quedaron muy sorprendidos cuando les informé de que la señora Grimsby le dejaba a usted todas sus propiedades, señorita Doyle.

Bridie se puso pálida de la impresión.

—¿Cómo ha dicho, señor?

Los ojos del señor Williams brillaron, llenos de regocijo. Saltaba a la vista que estaba disfrutando.

—Permítame hablar sin rodeos, señorita Doyle. La señora Grimsby cambió su testamento hace apenas unos meses. Dijo que sería una sorpresa formidable para su familia, que hasta el mismísimo final de su vida nunca le había profesado ni una pizca de afecto. Si no recuerdo mal, dijo: «La señorita Doyle me ha demostrado más lealtad que nadie que yo haya conocido; de hecho, es la única persona de mi servidumbre que ha demostrado ser honesta, por lo que para mí es una inmensa satisfacción recompensarla dejándole todo lo que tengo. Pero aún más me satisface negarle a mi familia una herencia que no merece». —Abrió el maletín con sus dedos cortos y ágiles—. Ahora, permítame mostrarle el papeleo. Es una fortuna considerable, se mire por donde se mire. —Le sonrió, satisfecho—. No obstante, la señora Grimsby insistió mucho en dos cosas: pidió que conservara usted como oro en paño su libro de poemas de Yeats, y *esto*.

Sacó la cadena de oro con el guardapelo que la anciana llevaba siempre y se la pasó a Bridie. Ella la sostuvo un momento con mano trémula.

—No le dé miedo abrirlo, señorita Doyle —dijo el abogado animosamente.
Bridie abrió el guardapelo con lágrimas en los ojos. Dentro había un trébol
verde protegido por un cristal.

Londres, Inglaterra, primavera de 1923

La escandalosa huida de Celia Deverill y Lachlan Kirkpatrick a la finca del padre de él en Escocia produjo una oleada de asombro e incredulidad en los grandes salones de la alta sociedad londinense. Digby y Beatrice estaban afligidos por la incomprensible decisión de su hija de abandonar a su esposo cuando apenas se había casado con él; Vivien y Leona se enfurecieron porque su hermana deshonrase así el buen nombre de la familia; y Kitty apenas podía creer que su prima hubiera decidido escaparse tras contraer matrimonio y no antes, lo que habría sido mucho más sensato. Los encumbrados caballeros que fumaban puros y bebían oporto en los clubes más exclusivos de Londres mostraron su apoyo a Digby dándole palmaditas en la espalda y asegurándole que su hija entraría pronto en razón y volvería a Londres como un caballo escapado en cuanto se diera cuenta de que su amante no eran tan excepcional como le había parecido en un principio. Si Lachlan era tan deshonesto y engreído como su padre, Porky Kirkpatrick, Celia lamentaría amargamente su decisión y suplicaría a Archie Mayberry que volviera a aceptarla. Las señoras que envidiaban a Beatrice su riqueza y su ecléctica colección de amigos se congratularon de que sus hijas no hubieran caído de pronto en desgracia y chismorrearon maliciosamente en los salones de té de Fortnum & Mason y el Ritz, donde se había celebrado el malhadado banquete de boda. Nadie, sin embargo, disfrutó más del escándalo que Maud Deverill.

—Pobre Beatrice —suspiró hipócritamente, llevándose la delicada taza de porcelana a los labios—. La gente es tan inconstante... Dudo que sus veladas vuelvan a estar tan concurridas como antes.

—La verdad es que no me sorprende nada —comentó Victoria, sentada frente a su madre en la primorosa salita verde de su casa londinense, desde la que se veían las camelias rosas y el viburno blanco que florecían en su exquisito jardín—. Celia siempre ha tenido una vena salvaje. ¿Te acuerdas de esos veranos, cuando Kitty y ella correteaban por ahí como perros

asilvestrados, haciendo toda clase de travesuras?

—Eran tal para cual, pero Beatrice siempre ha sido demasiado indulgente. Todo lo que hacía Celia le hacía gracia. A mí, francamente, me daban ganas de abofetearla.

—Yo no estaría tan segura de que las veladas de Beatrice vayan a estar menos concurridas por este escándalo. A la gente le chiflan los dramas y todo el mundo estará deseando enterarse de lo que pasa. En mi opinión, acudirán en masa solo para estar en el meollo del asunto.

—¿De veras lo crees? —preguntó Maud, decepcionada.

—Por lo menos así la gente no se acordará del bebé de Kitty. Tendrías que estarle agradecida a Celia por eso.

Maud suspiró.

—El bebé de Kitty... No quiero hablar de eso. Es una irresponsable y una egoísta. No ha pensado en mí ni un instante. Ni en ti, ya que estamos. ¿Qué opina Eric?

—Oh, a Eric le importa un bledo. No le interesan los cotilleos y, como la mayoría de los hombres, encuentra encantadora a Kitty.

—Kitty tiene que casarse —dijo Maud con firmeza—. Un hombre de carácter fuerte la pondrá en su sitio.

Victoria no estaba tan convencida.

—Pues tendrá que encontrar a un hombre de carácter *muy* fuerte.

Tan pronto como Harry descubrió dónde estaba Celia, Boysie y él tomaron el Flying Scotsman, el tren que llevaba a Edimburgo.

—¿Quién puede querer vivir en Escocia? —dijo Boysie al acomodarse en el asiento del vagón restaurante de primera clase—. Está llena de escoceses.

Harry se rio de su irreverencia.

—Dudo que Celia cayera en eso antes de huir con Lachlan.

—Está muy bien ir al norte a pescar y a pasear, pero, después de una semana con los pies húmedos y los dedos congelados, cualquiera en su sano juicio se volvería corriendo al sur. La verdad es que no soporto esas falditas espantosas. Casi todos los hombres que las llevan tienen las pantorrillas gordas y las rodillas huesudas. Las rodillas me parecen la parte menos atractiva del cuerpo humano. No deberían enseñarse nunca.

—No quiero ni imaginarme qué parte del cuerpo preferirías que se llevara

al aire. Supongo que Lachlan lleva falda, ¿no?

—Desde luego que sí. Sin duda alguna: lleva falda y, además, ofende a la vista con ella. Nadie, excepto el rey, debería ponerse *kilt*. Los reyes tienen que vestirse de gala, para eso están, y a los turistas les encantan la pompa y el boato. Pero esos aristócratas que no paran de dar la lata con sus clanes y sus telas de cuadros y sus estúpidas danzas escocesas son una verdadera pesadez.

—Le hizo una mueca a Harry—. ¡Recuérdame por qué vamos a Escocia, muchacho!

El jefe de estación hizo sonar su silbato y un chorro de vapor se extendió por el andén formando una nube que se desvaneció rápidamente. Las ruedas chirriaron y, lentamente, el tren comenzó a salir de la estación.

—Tenemos que hacer entender a Celia que ha cometido un error —dijo Harry—. Es posible que tenga que pedírselo de rodillas, pero estoy seguro de que Archie volverá a aceptarla. A fin de cuentas, están casados. En la fortuna y en la adversidad, y todo eso.

—Puede que Lachlan sea endiabladamente guapo e irreverente, pero ¿a quién puede interesarle *eso* para la vida cotidiana? Lachlan es atrocemente egoísta. ¡Pobre Celia!

—Si hubiera pensado en *ella*, no la habría animado a huir con él. Su reputación está hecha trizas.

—Al contrario, muchacho, se ha vuelto mucho más interesante precisamente por esto. Si vuelve con Archie, serán el no va más de la ciudad. Ya lo verás, no habrá una sola anfitriona en Londres que no quiera tenerlos en su mesa, exceptuando alguna que otra viuda vieja y estirada, claro. De esas siempre hay alguna. —Boysie sacó su pitillera de plata del bolsillo de su chaqueta y la abrió—. ¿Te apetece un cigarrillo?

Harry cogió uno y se lo puso entre los labios. Boysie encendió su mechero y Harry prendió el cigarrillo.

—Espero que entre en razón —añadió Boysie antes de encender el suyo—. No voy a ir hasta Escocia para nada.

—Entonces más vale que afines tus dotes de persuasión —dijo Harry.

—Confío en que ese cerebritito suyo del tamaño de un guisante ya haya visto la luz. Quiero muchísimo a esa tontuela, pero me parece que, en la familia Deverill, la única que tiene cerebro es Kitty. No te ofendas, muchacho, pero si te quiero no es por tu inteligencia.

—No me ofendo, Boysie —contestó Harry con una sonrisa—. Pero, para

compensarme por ese desaire, ahora tienes que enumerar todos los motivos por los que, dejando el cerebro aparte, estás tan loco por mí.

Celia estaba esperándolos en uno de los fríos salones de la casa, acurrucada junto al fuego, bebiendo una taza de cacao caliente, cuando llegaron a media mañana del día siguiente tras pasar la noche en un hotelito de Edimburgo. El mayordomo los condujo a través de un austero vestíbulo cuyas paredes estaban decoradas con cornamentas de todos los tamaños. Extendida sobre el suelo de baldosas había una gigantesca piel de oso que enseñaba los dientes en un gruñido silencioso. El mayordomo anunció a Harry y Boysie en la puerta del salón mientras dos jóvenes lacayos salían a recoger su equipaje.

—¡Queridos míos! ¡Qué bien que hayáis venido a rescatarme! —exclamó Celia al correr a recibirlos con besos y abrazos.

—¿Necesitas que te rescaten, cariño? —preguntó Boysie.

—Por supuesto que sí. —Ella sonrió de oreja a oreja—. Sois mis caballeros de radiante armadura.

—Esta casa es magnífica, o lo sería si la calentaran un poco y la redecoraran —comentó Boysie mientras se frotaba las manos para calentárselas—. ¿Dónde está el ladrón de esposas?

—¡Calla, Boysie! ¡Hay espías por todas partes! —siseó Celia, entusiasmada por la escena—. Estaréis cansados. El viaje es horrible, ¿verdad?

—A mí toda Escocia me parece horrible, si te digo la verdad —contestó Boysie, recorriendo con la mirada los muebles anticuados y las tapicerías descoloridas.

—¿Cómo se te ocurrió hacer tal cosa? —preguntó Harry.

Celia pareció avergonzada.

—No lo sé, pero, fuese por lo que fuese, ya se me ha pasado —contestó—. ¿Creéis que Archie aceptará que vuelva con él, *aunque ya no esté intacta*? —susurró.

—Quizá tengas que arrastrarte —dijo Harry.

—Bueno, eso puedo hacerlo. ¿No podemos fingir simplemente que Lachlan me raptó e hizo lo que quiso conmigo? —sugirió.

—¿Te parecería justo? —preguntó Harry.

—En el amor y en la guerra no hay justicia que valga —afirmó Boysie dejándose caer en el sofá.

—Vamos a tomar el té —propuso Celia—. Patterson, traiga té para mis amigos. Ahora, sentaos y calentaos. Aquí hace un frío espantoso. Comparado con esto, el castillo de Deverill es un invernadero.

Se sentó en el guardafuegos para calentarse la espalda con el fuego.

—¿Qué vamos a hacer? A Lachlan todo le parece ideal. Le encanta que seamos la comidilla de todo Londres. Quiere casarse conmigo.

—Pues debería haberse escapado contigo *antes* de que contrajeras matrimonio —replicó Harry.

—No creo que sea muy listo, ¿y vosotros? —dijo Celia arrugando su linda nariz—. Me parece que he cometido un error terrible.

Boysie encendió un cigarrillo.

—Tienes dos opciones. Una, anular el matrimonio y casarte con Lachlan. Pero, francamente, viviendo aquí te volverás loca.

—¿Y la segunda? —preguntó Celia ansiosamente.

—Volver a Londres con nosotros, explicarle a Archie que sufriste un terrible ataque de nervios en la boda y suplicarle que te perdone.

—Naturalmente, tendrás que explicarle tu decisión a Lachlan —le recordó Harry.

Celia se quedó atónita.

—No, por Dios. Me escaparé de noche y le dejaré una nota. No podría decírselo a la cara.

Patterson les llevó enseguida el té. Puso la bandeja en la mesa baja y desapareció discretamente, cerrando la puerta al salir.

—¿Por qué huiste en la boda, Celia? ¿Por qué no después? —preguntó Boysie—. ¿De verdad tenías que humillar así a Archie? Eso, por no hablar de tu pobre madre.

—Fue por pensar en la noche de boda. No creía que pudiera pasar por eso. Veréis, Archie me deja fría. Lachlan es otra historia. Es tan endiabladamente atractivo...

—Yo pensaba que vosotras las chicas os tumbabais boca arriba y pensabais en Inglaterra. Y que luego, después de tener un heredero y un repuesto, os buscabais un hombre que de verdad os hiciera gozar en la cama. A mí me parece muy sensato. El matrimonio no es cuestión de amor, es una alianza. —Lanzó una mirada a Harry—. Yo me casaré con «el pudin» porque es mi deber como hijo único, para perpetuar el linaje familiar. Pero no voy a quererla. Si ella me quiere, será terriblemente infeliz.

—¡Pobre Deirdre! —dijo Celia sin sentirlo en realidad—. Deirdre la Triste. Suena bien, ¿verdad? —Suspiró profundamente como si todas las penalidades de la feminidad descansaran sobre sus hombros—. Supongo que tengo que volver con Archie.

—¿Dónde está Lachlan? —preguntó Boysie.

—Pescando. Estará fuera todo el día. —De pronto pareció deprimida—. Se pasa la vida pescando.

—¿Y qué espera que hagas tú mientras él se entretiene? —preguntó Harry. Celia sonrió patéticamente.

—No lo sé. ¿Qué hacen las mujeres en Escocia?

—Cepillarles la escarcela a sus maridos —contestó Boysie riendo.

—¡En serio, Boysie, lo tuyo es demasiado! —rio Celia—. ¿Cómo lo soportas, Harry?

Los tres amigos almorzaron juntos en el comedor mientras Lachlan, ajeno a los planes de Celia, permanecía sentado a la orilla del río con su guía de pesca, mirando el sedal y comiéndose la merienda que le había preparado la cocinera. Cuando regresara a casa esa noche, encontraría una nota en la mesa del vestíbulo y Celia ya se habría marchado.

Beatrice estaría eternamente agradecida a Harry y Boysie por haber traído a Celia a casa. Abrazó a su hija y lloró copiosamente, como si Celia fuera su salvadora y no la causante de su aflicción. Digby estuvo mucho menos complaciente.

—¡Nos has convertido en el hazmerreír de todo Londres! —declaró, furioso—. ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti! ¿Tienes idea de cuánto nos costó tu boda, tanto en dinero como en esfuerzo? Espero que Archie te perdone, pero no me extrañaría que se librara de ti y escogiera a otra. Más te vale suplicarle de rodillas, mi niña, porque sin Archie no creo que tengas mucho futuro.

Celia estaba estupefacta. Su padre siempre había sido un hombre indulgente, presto a reír y poco dado a castigos. Ella creía que vería el lado divertido del asunto; que su atrevimiento le haría sonreír; que, como mucho, menearía la cabeza ante su necedad como diciendo «De veras, Celia querida, qué típico de ti», pero no que montaría en cólera.

Se echó a llorar desconsoladamente.

—¿De verdad es tan grave, papá?

Digby levantó las manos y se encogió de hombros, y la luz se reflejó en su grueso sello de oro.

—Quizás haya una manera de solucionarlo —dijo.

Digby se reunió con Archie en la biblioteca de Deverill House, en Kensington Palace Gardens. Le preparó una bebida fuerte y, acto seguido, le hizo una oferta que el joven no podría rechazar.

—Solo puedo pedirte disculpas por el comportamiento deplorable de mi hija —dijo—. Los nervios de la boda pueden explicar su estupidez, pero no justificarla. Sin embargo, está casada contigo y a ojos de Dios el matrimonio es un vínculo que ningún hombre puede deshacer. Por tanto, he decidido aumentar su dote en cien mil libras como pequeña compensación por el calvario que te ha hecho pasar. Espero que tengas la bondad de perdonarla o, al menos de aceptarla de nuevo para ahorrarnos a todos un escándalo mayor. Celia ha comprendido su error y está ansiosa por hacer las paces contigo.

Digby sabía que su oferta era en realidad humillante y que ningún hombre la aceptaría a menos que su familia estuviera al borde de la ruina. A través de sus contactos en la City, había descubierto que los Mayberry tenían deudas colosales y que su castillo de naipes estaba a punto de derrumbarse.

Entrelazó los dedos y observó cómo se cubrían de rubor las mejillas de su yerno.

Archie aspiró con fuerza por la nariz mientras sopesaba sus palabras.

—Me está pidiendo usted mucho, sir Digby —dijo por fin, pero Digby sabía que su oferta era demasiado tentadora para que la rechazara—. Si hubiera huido con una amiga, podría haber entendido que se debía a los nervios de la boda. Pero escapar a Escocia con Lachlan Kirkpatrick y vivir con él en evidente adulterio... Sin embargo, estamos casados, como usted decía, y a ojos de Dios debemos seguir estándolo. Aceptaré a Celia, pero esto supone un revés muy importante para nuestra felicidad. No estoy seguro de que alguna vez sea capaz de confiar en ella, y mucho menos de quererla, pero me esforzaré por perdonarla.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Como ocurría tan a menudo, el dinero alivió los sinsabores de esas últimas semanas y proyectó una luz más favorable sobre la hija de Digby. Distendió, desde luego, el ambiente en la biblioteca de tal modo que, cuando se abrió la puerta para dar paso a Celia, los dos hombres volvían a ser tan amigos como antes y charlaban

animadamente sobre el estrepitoso arranque de la temporada londinense.

Celia entro con aire contrito. Archie le lanzó una mirada, pero no tuvo valor para mirarla a los ojos. Estrechó de nuevo la mano de Archie y salió a la plaza, donde su chófer lo esperaba junto a su reluciente Ford T, regalo de boda de su padre, comprado con dinero prestado. Celia lo siguió, sin saber muy bien qué hacer. De pronto deseaba aferrarse a su niñez y a la seguridad de su hogar. Sabía, no obstante, que había dejado atrás su infancia voluntariamente en la cama de Lachlan Kirkpatrick y que ya no podría recuperarla. Su padre no la quería en casa, Archie probablemente tampoco, y Lachlan, que la había deseado fervientemente, parecía haber perdido interés por ella al disiparse la emoción de la fuga. Todo aquel drama había sido emocionante, pero sus consecuencias la dejaban aterida de frío. Se sentó en el asiento de atrás, al lado de Archie.

—¿Vas a perdonarme? —preguntó, tratando de descubrir al Archie de siempre bajo la máscara dura e implacable que cubría su rostro.

—Creía entenderte, Celia —dijo él. Sacudió la cabeza y miró por la ventanilla mientras el coche daba la vuelta a la plaza y se encaminaba hacia Mayfair—. Pero ya no te conozco.

—Lo siento —dijo ella en voz baja—. No pretendía hacerte daño. Solo pensé en mí misma. Fui una idiota y tendré que cargar con ese peso el resto de mi vida.

—Sí, así es. —Su rostro permaneció impassible—. Y aceptarás todo lo que te exija.

Se instalaron en su nuevo hogar, en Mayfair, y Celia puso todo su empeño en ser una buena esposa. Se ocupaba de la casa, organizaba cenas y aceptaba el repentino aluvión de invitaciones que llegaban de las principales anfitrionas de Londres. Como había predicho Boysie, el escándalo los había dotado de interés como pareja y, cuando se hallaban en público, aparentaban estar muy unidos. Sin embargo, la cama de Celia permanecía vacía por las noches y su matrimonio no se había consumado. Archie no le dirigía la palabra a no ser que estuvieran en presencia de otras personas, por eso Celia procuraba que la casa estuviera llena de invitados siempre que era posible. Su puerta estaba perpetuamente abierta y las visitas eran siempre bien recibidas. Llegaban en tropel, simplemente para poder contar que habían visto a la «novia fugada» y

al pobre de su marido, el cornudo, y Celia y Archie hacían todo lo posible por mantener las apariencias.

—Es una farsa —le confesó Celia a Kitty una tarde que estaban solas en el jardín, sentadas en un banco de hierro, regalo de un invitado a la boda—. Parecemos la pareja más feliz del mundo, pero somos la más desgraciada, y es todo culpa mía.

—Ya pasará —le aseguró Kitty tomándola de la mano.

—No va a perdonarme, Kitty. Le hice daño y no va a perdonarme nunca.

—Pronto tendréis hijos y eso os unirá.

Celia soltó una risa áspera, echando la cabeza hacia atrás, y su cuello apareció blanco y vulnerable a la luz del sol.

—No nos acostamos —dijo—. Archie no ha venido a mi cama ni una sola vez. Ni una. Soy una paria.

—Ya irá.

Celia la miró fijamente, con los ojos dilatados y cargados de desesperación.

—Lo irónico es que ahora lo deseo muchísimo.

—¡Ay, Celia!

—Me muero por él, Kitty. Deseo que me abrace. Ansío que las cosas vuelvan a ser como antes de que nos casáramos. Antes, temía que me tocara. Y ahora me encantaría que lo hiciera. —Bajó la voz, tratando de dominar sus emociones—. Pero soy una mujer mancillada. He estado con otro hombre. Estoy echada a perder. Ya nadie me quiere. He oído que Lachlan está haciéndole la corte a esa horrible Annabel Whitely. No ha perdido el tiempo llorando por mí, ¿eh?

—Olvídate de Lachlan. Concéntrate en tu matrimonio. Debes tener paciencia. No puedes esperar que las heridas curen de la noche a la mañana. Archie se ablandará, estoy segura.

—Ojalá, o yo acabaré por marchitarme. La novia virgen, me llamarán. —Sonrió a su prima con tristeza—. ¿Y tú? ¿Qué me dices?

—¿Yo?

—Sí, Jack necesitará tener un padre, ya sabes. No puedes criarlo sin un padre que le sirva de modelo.

Kitty frunció el entrecejo. No había pensado en eso. Pero Celia tenía razón. Sería injusto negarle a Jack el cariño de un padre.

—Siempre creí que me casaría con un hombre al que amara —dijo—. Era una soñadora, una romántica. Pero las cosas no son así, ¿verdad?

Se abstraigo, con la mirada perdida, pensando en Irlanda y en los recuerdos que había dejado allí.

—Una ha de tener suerte —dijo Celia con un suspiro—. Yo no me daba cuenta de lo afortunada que era.

—Estaba enamorada de un hombre —le confesó Kitty de sopetón, con lágrimas en los ojos—. Lo quería con toda mi alma, Celia. Tanto que estaba dispuesta a morir por él. Pero no pude tenerle.

Celia la miró con asombro.

—¿Era irlandés?

Kitty asintió en silencio.

—¿Qué fue de él? —preguntó su prima.

—Lo encarcelaron. —Kitty desvió la mirada. No quería que nadie viera el dolor que se ocultaba en ella, ni siquiera Celia.

—¿Por qué?

—Por ser un rebelde.

—¡Oh! —exclamó Celia con voz ahogada. En realidad no entendía lo que significaba eso, pero sabía que estaba relacionado con el motivo por el que habían dejado de pasar los veranos en el castillo de Deverill.

—Le dije que lo esperaría —continuó Kitty—. Habría esperado eternamente. Pero él me rechazó. Le escribí cartas. Muchísimas cartas. Y nunca contestó. —Se encogió de hombros—. Verás, él lo sabe. Sabe que hay demasiados obstáculos en nuestro camino. Siempre los ha habido. Pero yo creía que podríamos pasar por encima de ellos de un salto. —Río amargamente—. A fin de cuentas, puedo saltar cualquier valla a caballo, ¿no

Celia abrazó a su prima.

—¡Qué pareja tan lamentable formamos! —dijo, apretándola—. Las primas Deverill y su complicada vida amorosa. ¿Crees que lo llevamos en la sangre?

—No lo sé. Nuestras hermanas se han casado, ¿no?

—¡Con los hombres más horribles de Inglaterra! Yo no querría un marido tan aburrido como los suyos. Prefiero seguir casada con Archie, aunque no me dirija la palabra.

—Yo voy a tener que casarme con un hombre al que no quiera, porque nunca volveré a querer a nadie como he querido a Jack.

Celia se apartó bruscamente.

—¿A Jack? ¿Te refieres a Jack O’Leary, aquel chico al que le encantaban las ranas?

Kitty asintió con una inclinación de cabeza.

—Puse Jack al niño por él. Es valiente, guapo, divertido, inteligente y bueno. No se me ocurría mejor nombre para él.

—No esperes volver a amar así, Kitty, o nunca serás feliz —le aconsejó Celia en un extraño alarde de sabiduría—. Tienes que encontrar a alguien a quien respetes y que te respete. Un compañero con el que compartir la vida. Está ahí, en alguna parte, Kitty. No puedes vivir de tu abuela eternamente. Tienes que darle estabilidad a Jack Deverill.

Entonces, se acabó de verdad, se dijo Kitty, y el último rescoldo de esperanza se extinguió finalmente.

Una noche, a finales de aquel verano, Archie fue al dormitorio de Celia. No dijo una palabra. Se quitó la bata y la colgó del respaldo de una silla. Se quitó las zapatillas, se desabrochó la camisa del pijama, desató la cinta del pantalón y se lo quitó. Celia lo observaba desde la cama, tan nerviosa que se sentía incapaz de hablar. El cuerpo desnudo de Archie refulgía, dorado, a la luz de la farola de la calle que entraba a raudales por una abertura de las cortinas, pero su rostro quedaba en sombras y Celia ansiaba ver si acudía a ella por amor, para estrecharla en sus brazos como ella había soñado tan a menudo, o si lo hacía con repugnancia, movido únicamente por su sentido del deber.

Él retiró tranquilamente las mantas y se metió en la cama. Celia se mordió el labio y un temblor de emoción recorrió su piel. Sintió que él deslizaba la mano por su vientre. Indecisa, puso la mano sobre la suya, sujetándola sobre su camisón. Enseguida notó que él tenía algo sedoso en la mano. Escudriñó sus ojos en la penumbra. Por fin, Archie la miró.

—Quiero que te pongas esto —dijo.

Ella arrugó el ceño.

—¿Qué es?

—Guantes blancos —contestó él, y al ver que ella se disponía a protestar dijo—: Celia, querida, el trato era que harías todo lo que te exigiera.

Ella sintió que le ardían las mejillas.

—Si solo son un par de guantes...

—Eso es, *nada más*.

Ella pareció horrorizada un instante. Luego, sin embargo, esbozó una sonrisa y se echó a reír.

—Si ese es tu único capricho, vamos a ser muy felices juntos —dijo.
Y él inclinó la cabeza para besarla.

Londres, Inglaterra, otoño de 1923

Kitty abrió los ojos. El rostro sombrío de Michael Doyle la miraba desde lo alto, sonriéndole triunfalmente mientras se abrochaba los pantalones. Su virtud era un trofeo que celebrar, igual que el asesinato del coronel Manley y de los muchos auxiliares que sin duda había matado en nombre de la independencia de Irlanda.

«Ahora me perteneces —le decía—. Te llené con mi simiente y, aunque no echara raíz, se clavó dentro de ti como una espina que nunca podrás sacarte, por más que intentes olvidar.» Kitty pestañeó en la oscuridad. Tenía el pulso acelerado y el aire le raspaba la garganta al respirar. ¿Se le había aparecido Michael muerto? Parpadeó otra vez y buscó a tientas la luz. No había nadie en la habitación. Comprendió que solo había sido un sueño, aunque le pareció sentir un olor a alcohol y humo, como si de veras hubiera estado allí, y se estremeció. Bebió un sorbo de agua. Había jurado a Michael que nunca se vería libre de ella, pero en realidad era él quien la tenía prisionera. El desgarró de su carne había curado, pero el recuerdo de aquella agresión permanecía grabado para siempre en su alma, como la marca del diablo. Si no hubiera ido a encararse con él... Si no hubiera sido tan arrogante... Si no...

El pequeño Jack Deverill tenía ya un año y medio y era el niño más adorable que Kitty había visto nunca. Ella vertía en su hermano, sin restricciones, todo el amor que guardaba para su tocayo Jack O'Leary. Harry y Boysie iban a visitarla a menudo y pasaban tiempo con el niño, arrullándole como un par de palomas, pero sus frecuentes visitas solo ponían de manifiesto el desinterés del resto de la familia. En el caso de Maud, se debía al resentimiento; en el de Victoria, a la desaprobación; y en el de su padre, a la vergüenza. Kitty asumía que Jack nunca tendría el reconocimiento de esa rama de la familia Deverill. La rama Wiltshire, en cambio, lo acogió con su aplomo habitual.

Harry se prometió con Charlotte Stalbridge al mismo tiempo que Boysie con

la Deirdre la Triste. Maud no cabía en sí de gozo. Los Stalbridge eran ricos terratenientes, dueños de una enorme finca en Norfolk, cerca del palacio real de Sandringham. De hecho, sir Charles Stalbridge era amigo personal del rey. Y, aunque Harry ya no fuera heredero de un gran castillo, los Stalbridge estaban encantados, debido al encanto de Harry. Que los rebeldes irlandeses hubieran quemado su castillo durante el levantamiento armado tenía algo de romántico y, con castillo o sin él, Harry era un Deverill, destinado a ser lord, lo cual les parecía de perlas. Además, Charlotte estaba locamente enamorada, lo que para lady Stalbridge era más importante que las vetustas paredes de piedra de un castillo y las tierras sin ningún valor.

Beatrice se ofreció a celebrar una fiesta conjunta de compromiso para las dos parejas en Deverill Rising, y se puso a organizarla para el día de Año Nuevo. Maud pasó la Navidad con Victoria. Elspeth, embarazada de su segundo hijo, invitó a su padre y a su abuela a pasar las fiestas en su casa, dado que Maud y Bertie parecían llevar vidas totalmente separadas desde hacía un tiempo. Bertie seguía viviendo en el pabellón de caza con su madre, cada vez más excéntrica, y Maud residía en Inglaterra con Victoria y en casa de Beatrice durante la temporada social. Le había suplicado a Bertie que le comprara una casa propia, explicándole que se le hacía muy duro depender de la hospitalidad de Digby y Beatrice, «como una pariente pobre». Pero Bertie le dijo que no quedaba dinero para tales lujos. Si no le gustaba, siempre podía regresar a Cork. La idea de volver *allí* horrorizaba a Maud. Sin el castillo, ya no podía darse aires en Irlanda y, además, había roto todo vínculo con el país, que de todos modos nunca había sido de su agrado. Traicionada por su mejor amiga, rechazada por su esposo, ultrajada por aquel hijo ilegítimo al que Kitty se había empeñado en criar y señora de un montón de cascotes y cenizas, tenía motivos de sobra para no querer volver a poner un pie en aquel maldito país.

Kitty, en cambio, deseaba con toda su alma regresar a Irlanda y tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para permanecer en Inglaterra. Pasó las Navidades en Deverill Rising con Digby y Beatrice. La casa se llenó otra vez de familiares y amigos, y durante un breve intervalo de tiempo, entre el ajetreo y la emoción de las fiestas, Kitty dejó de añorar su patria. Mientras se mantuviese ocupada, podía enterrar Irlanda bajo un torbellino de actividad. Podía pasear por los jardines espléndidos de Wiltshire sin echar de menos el huerto amurallado donde buscaba los mensajes de Jack, ni los invernaderos donde Celia, Bridie y ella celebraban sus conciliábulos en verano, ni el

laberinto de boj en el que tantas veces se había perdido de niña, volviendo sobre sus pasos impresos en la escarcha hasta no saber ya dónde estaba. Sofocaba su melancolía disfrutando de la belleza de Deverill Rising, que era, sencillamente, magnífica.

En la fiesta de compromiso de los chicos, el día de Año Nuevo, se descubrió hablando con Robert Trench. Se sentó a su lado durante la cena y le preguntó por su libro.

—Lo he terminado —dijo él alegremente—. Va a publicarse esta primavera.

—¡Qué maravilla! —exclamó Kitty—. Estoy deseando leerlo.

—Te mandaré un ejemplar —le prometió él—. Puedes ser la primera en tenerlo.

—Me siento halagada. Estoy segura de que va a gustarme mucho.

Él sonrió y Kitty pensó que era muy guapo cuando estaba contento. En Irlanda tenía siempre un aspecto tan solemne... Él la miró con afecto y Kitty se hizo la reflexión de que la gente podía cambiar. Había algo tranquilizador en su presencia; le recordaba a su hogar.

—En Irlanda nunca sonreías —dijo—. ¿Por qué?

—Era infeliz —le confesó Robert.

—¿Irlanda no te hacía feliz?

—Durante esos años fui más infeliz que en toda mi vida. Debería haber estado luchando en la guerra. Me sentía un fracasado. Disminuido como hombre.

Ella arrugó el entrecejo.

—Lo siento, Robert. No lo sabía.

—Tú eras muy joven. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Debería haber sido más sensible. Creo que me porté fatal.

—No te portaste fatal. Estabas distraída.

Kitty pensó en Jack, pero se apresuró a alejar ese recuerdo.

—Estaba muy preocupada por Irlanda —dijo.

—Eras muy idealista, desde luego.

—Pero conseguimos nuestro Estado Libre, ¿no?

—Sin embargo, Irlanda sigue dividida.

—Sí, pero conseguimos la independencia del sur.

—Ya, pero ¿a qué precio?

Kitty lo miró fijamente y de pronto sintió el impulso de contarle cosas que llevaba mucho tiempo callándose. Sabía que, de todas las personas que

formaban su nueva vida, Robert era el único hombre que de verdad podía entenderla.

—La Guerra de Independencia me robó todo lo que amaba —dijo quedadamente—. Era una guerra en la que creía y a la que contribuí en pequeña medida. Pero nunca pensé que me afectaría personalmente.

—Creo que te estás quedando muy corta al decir eso.

Kitty bajó los ojos con tristeza, conmovida por su tono compasivo y por las emociones que provocaba en ella.

—¡Ay, Robert! No sabes hasta qué punto tienes razón —dijo con un suspiro—. Pero Irlanda ya es independiente.

—¿Y tú?

—Yo he perdido Irlanda. —Levantó su copa de vino y extrajo entereza de esa reserva profunda con la que siempre podía contar—. Pero algún día la recuperaré. No va a ir a ninguna parte. Puede que yo haya perdido mi hogar y... —Titubeó—. Pero Irlanda sigue siendo agreste, verde y hermosa.

Se levantó de la mesa y salió precipitadamente del comedor, cruzó la casa y se dirigió a las puertas cristaleras que daban a la terraza barrida por el viento.

La fuente estaba helada, los setos brillaban, cubiertos de nieve recién caída, y una luna gélida brillaba a través de un aureola de niebla. Las estrellas titilaban como nunca y en algún lugar del bosque, más allá del palomar, un búho ululaba en la oscuridad.

—Vas a morirte de frío —dijo Robert, saliendo a la terraza para reunirse con ella. Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros—. Lo siento —dijo a su lado—, quizá no debería haberte preguntado por Irlanda.

Estremeciéndose, Kitty se ciñó la chaqueta, que aún conservaba el calor del cuerpo de Robert.

—Me esfuerzo mucho por dominarme, Robert. Lo intento constantemente, pero cada día es una lucha. Sufro por mi hogar. Lo adoro, ¿entiendes? Lo quiero más que a nada en el mundo.

—Entiendo que le tengas tanto cariño, Kitty. El castillo de Deverill era uno de los lugares más maravillosos que he visto nunca. He viajado por Italia y España, por Marruecos y Francia, y sin embargo las colinas verdes de Cork están entre los paisajes más bellos que han visto mis ojos. Lo conmueven a uno profundamente, le tocan el alma. Soy muy afortunado por haber pasado esos años allí, contigo.

—Pero eras muy infeliz.

—Sí, lo era, pero estaba rodeado de una enorme belleza. —Los ojos de Kitty brillaron a la luz de la luna y Robert los miró fijamente, y su corazón se llenó de amor—. Te daría Irlanda si pudiera —dijo en voz baja, mirándola, muy serio, a través de sus gafas redondas—. Te llevaría allí y te vería florecer como el brezo morado de las colinas. —Pasó los dedos por su mejilla húmeda—. Nada me haría más feliz que regresar al castillo de Deverill y reconstruir tu casa piedra a piedra. Vendería mi alma por ello.

—¡Ah, Robert! —suspiró ella, comprendiéndolo todo de pronto—. Eras infeliz porque...

—Sí, porque te quería —asintió él—. Cada día era una lucha, igual que lo es ahora para ti, porque añoras Irlanda. Pero sobreviví y aquí estoy, mirando a la mujer a la que amo, que tiene estrellas en los ojos. —Se rio de su propia necesidad—. Algún día volverás a Irlanda y tu lucha habrá valido la pena. Porque la ausencia solo hará más hondo tu cariño y aumentará tu admiración. Cuando vuelvas a ver tu amada Irlanda, su esplendor te parecerá más intenso que antes, más radiante, más embriagador, igual que tú me pareces aún más bella que antes.

—Vas a hacerme llorar —dijo ella—. Si tu libro es tan conmovedor como lo que acabas de decirme, no creo que sea capaz de leerlo.

Él le limpió una lágrima con el pulgar.

—Está inspirado en ti, Kitty.

—¿Tiene un final feliz?

—No —respondió él—. No lo tiene.

Kitty posó la mano sobre la suya, sujetándola contra su mejilla.

—¿Y nosotros? —preguntó.

—Eso depende de ti.

Ella levantó la barbilla y él inclinó la cabeza para posar sus labios en los suyos en un beso largo y tierno. Kitty cerró los ojos con fuerza, dejando escapar una última lágrima por Jack, pues debía cerrar ese capítulo. El libro que contenía entre sus páginas toda la tragedia y el dolor del levantamiento armado de Irlanda y el sufrimiento de Kitty debía quedar arrumbado en la estantería para que un nuevo libro diera comienzo. Un libro positivo, lleno de luz y alegría.

Comprendió que, aunque no amara a Robert, lo necesitaba. No podría soportar su exilio estando sola. Robert entendía su amor por Irlanda. La vinculaba con una época de su vida en la que había sido verdaderamente feliz.

Conocía los jardines del castillo de Deverill tan bien como ella. Apreciaba las colinas rocosas y su majestuosidad profunda y duradera. La conocía a ella mejor que nadie porque le había enseñado todo lo que sabía. Ella respetaba su intelecto superior y sabía, al mismo tiempo, que él la admiraba por tener una mente inquisitiva. No había nadie más cualificado que él para reclamar su corazón.

Kitty lo abrazó y dejó que la cobijara del frío, de los miedos que surgían de su pasado como monstruos y del futuro, que era aún tan incierto. Lo besó agradecida porque, tras haber dudado de que pudiera encontrar a alguien que la quisiera, había hallado a un hombre que la amaba desde siempre. En brazos de Robert sintió el calor y el consuelo de lo familiar, y dio gracias a Dios para sus adentros por haberle concedido una segunda oportunidad.

Grace estaba en el jardín cuando llegó el mayordomo cruzando el césped. La primavera había exhalado su aliento con olor a azúcar sobre la hierba, volviéndola de un verde brillante y luminoso, y entre las ramas de los robles antiguos, abriendo sus yemas delicadas y despertando las flores de los castaños de Indias y los saúcos, que esparcían sus pétalos al viento como confeti. Aquella época del año era la que más le gustaba, y le apenaba tener que marcharse a Londres justo cuando Irlanda florecía en todo su esplendor.

—Siento molestarla, señora, pero hay una persona en el vestíbulo. Dice que necesita hablar con usted.

Grace suspiró, irritada. Estaba disfrutando de la tranquilidad del jardín y de la vista de los pájaros que se afanaban entre las hojas nuevas, construyendo sus nidos y gorjeando alegremente. No había nada como el trino de los pájaros para levantar el ánimo.

—¿Le ha dicho su nombre? —preguntó. Tal vez pudiera pedirle que volviera más tarde.

—Sí, señora. Jack O’Leary.

Grace se sobresaltó.

—Gracias, Brennan. Enseguida voy.

Siguió al mayordomo por el césped y entró en la casa por la puerta lateral. Cuando llegó a la sala de estar, Jack estaba junto a la ventana, contemplando los jardines. Él la oyó entrar.

—Cuando estaba en prisión echaba de menos ver los pájaros, el olor de la

tierra, las yemas de los árboles. —Se volvió y se quitó la gorra—. Me alegro de estar en libertad. ¿Cómo está usted, lady Rowan-Hampton?

Inmóvil en la puerta, Grace contempló al muchacho ávido y enérgico, convertido ahora en un hombre curtido y hastiado del mundo, avejentado para su edad. La pasión que había visto en sus ojos la noche en que apuñaló al coronel Manley había desaparecido y en su lugar había una resignación y una pena que la conmovieron profundamente.

—¿Por qué han tardado tanto en soltarte? —preguntó.

—Creían que les estaba ocultando información —contestó él.

Grace estaba asombrada.

—¿Sabían lo de Kitty?

—Encontraron en mi bolsillo una carta suya. —Sonrió y Grace notó que le faltaba un diente—. Fue una suerte que se marchara a tiempo.

—Me sorprende que te hayan perdonado la vida.

—Solo gracias al padre Quinn. Le debo la vida.

—Por partida doble —añadió Grace secamente, acordándose de lo ocurrido tras el asesinato del coronel Manley.

—En efecto, y Dios siempre estuvo de nuestra parte.

Grace sabía a qué había venido Jack.

—Vamos a dar un paseo por el jardín —le propuso.

Salieron al sol. El canto de una codorniz resonaba en el prado y se mezclaba con el zumbido de las primeras abejas de la primavera, que volaban alrededor de los dientes de león cuyas flores brillaban, seductoras, entre la larga hierba.

—¿Cómo es posible que quemaran el castillo? —preguntó Jack—. Es una tragedia, eso es lo que es. Con lo que hizo Kitty por la causa. —El nombre de la joven quedó suspendido entre ellos como un peso—. Debió marcharse cuando se lo dije.

—Debisteis marcharos los dos, iros a América.

—Era demasiado tarde.

—Deberíais haberme pedido ayuda. La ventaja de tener un marido rico es que me permite ayudar a quienes no pueden ayudarse a sí mismos.

—¿Dónde está, lady Rowan-Hampton?

Grace exhaló un suspiro.

—Está en Londres, Jack.

—La liberé de nuestra promesa, pero siguió escribiéndome. Ahora que estoy libre, ¿soy un idiota por abrigar esperanzas?

—Sí, lo eres.

Jack asintió en silencio y bajó la mirada hacia el suelo. Grace casi la oyó caer sobre la hierba con un ruido seco, lastrada por la desilusión.

—Debería haberle pedido que me esperara.

—Hiciste lo correcto, Jack. Tiene un niño pequeño. —Grace posó la mano en su brazo cuando él la miró atónito—. Oh, no, no es suyo. Lo dejaron en la puerta del pabellón de caza. Kitty decidió quedarse con él. Por eso no puede volver. Su padre no la quiere en casa con un niño ilegítimo. Ha empezado una nueva vida con el niño, en Londres.

Los ojos de Jack se empañaron. Grace no soportó mirarle al asestarle el golpe final.

—Está prometida, va a casarse.

—Dios mío. —Jack meneó la cabeza como si intentara sacudirse de encima la imagen de Kitty con otro hombre.

—El niño necesita un padre, y ella necesita seguridad.

—Lucharía por ella si creyera que iba a ganar.

—Y yo financiaría tu batalla si creyera que era lo correcto. Pero no lo es. Déjala, Jack. Ha encontrado la felicidad. Después de todo lo que ha sufrido, ¿no merece ser feliz?

Cruzaron una cancela de madera y entraron en un prado de prímulas amarillas, espantando a una bandada de palomas que levantaron el vuelo, asustadas.

—Conseguimos la independencia —dijo Jack con una sonrisa amarga—. El Estado Libre de Irlanda. Saben bien, esas palabras. Pero ahora el hermano se enfrenta al hermano. Somos como una criatura horrenda que se devora a sí misma.

—El IRA no descansará hasta que Irlanda esté unida y sea completamente independiente —dijo Grace con solemnidad—. Pero yo me contento con lo que tenemos. Mis días de rebeldía han terminado. —Lo miró y sonrió con ternura—. Igual que los tuyos.

—Sienta bien llegar a Ballinakelly siendo un hombre libre. Nuestros hijos nos darán las gracias por nuestro sacrificio cuando estudien la historia de Irlanda en la escuela y en la mesa familiar.

—La historia pocas veces da las gracias a quien lo merece —comentó Grace, y a continuación preguntó—: ¿Qué piensas hacer?

Jack se encogió de hombros.

—Lo que he hecho siempre. Me iré a casa.

—¿Vas a seguir curando animales?

—Ballinakelly necesita un buen veterinario. Mi padre no está en condiciones, la guerra le afectó físicamente y ya no es lo que era. Yo recogeré lo que quede de la consulta y seguiré adelante. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Por aquí siempre encontrarás trabajo. Eso no ha cambiado.

Él la miró con tristeza.

—Pero todo lo demás sí, ¿verdad, lady Rowan-Hampton? La Guerra de Independencia nos ha robado todo lo que amábamos.

—Y también nos ha dado aquello que amamos por encima de todo: Irlanda. No lo olvides. Tu sacrificio, el de Kitty y el mío propio, porque bien sabe Dios que he hecho alguno, no fueron en balde. —Miró a su alrededor, contemplando con placer agríndice las colinas suaves y aterciopeladas—. Tenemos todo esto, Jack. Nos pertenece, y todos nosotros hemos desempeñado un papel en su liberación.

Grace regresó a Londres para asistir a la boda de Kitty, que fue discreta y modesta. Kitty no quería que su enlace se convirtiera en un gran acontecimiento social, como iba a serlo la de Harry. Su padre no la acompañaría hasta el altar, ni su madre la ayudaría a elegir el vestido y las flores para el ramo. Robert y ella se casaron en Old Church, en Chelsea, a finales del verano. Elspeth y Peter vinieron desde Cork para la boda. Beatrice insistió en pagar el banquete en un restaurante de Pavilion Road y se tomó la libertad de decorarlo con profusión de rosas blancas, confiando así en que Maud se avergonzara y se sintiera culpable por haber rechazado a su hija pequeña y al niño al que Kitty amaba como si fuera suyo. Si Kitty se hubiera casado con un duque, tal vez Maud se hubiera aplacado, pero, como se casó con el humilde señor Trench, su antiguo tutor, no hubo forma de sacarla de su enfado durante la boda. Tampoco se había alegrado de que Elspeth se casara con Peter MacCartain, pero al menos él tenía un castillo.

Al ver al pequeño Jack, Elspeth exclamó, como había hecho su madre:

—¡Pero si es tuyo!

Kitty sonrió.

—¿Verdad que se parece a mí?

—¿Cuándo lo tuviste?

—No es mío, Elspeth —dijo Kitty, riendo al ver la cara de perplejidad de su hermana.

Elspeth se sentó.

—Entonces, ¿de quién es?

Kitty estaba cansada de guardar secretos.

—De papá —dijo tranquilamente. Vio que su hermana abría la boca y sofocaba un gemido de horror—. Cometió un desliz con una de las sirvientas —explicó con cautela—. Jack es hermano nuestro de padre.

—¡Ay, Kitty! ¡No me extraña que no te deje volver a casa!

—Jack es hijo suyo. En algún momento tendrá que permitir que volvamos.

—Dios mío, Kitty. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería disgustarte.

—¿Lo has ocultado todo este tiempo?

—Harry lo sabe. Y Robert también, claro. Y también mamá.

—Con razón parecía tan disgustada en la boda.

—No soporta ver a Jack. Ve en él la prueba de la traición de papá. Eso no puedo reprochárselo.

—Es una mujer profundamente infeliz, pero no me compadezco de ella, Kitty. Se merece serlo. Tú, en cambio, te mereces toda la felicidad del mundo. Me alegro tanto de que hayas encontrado a un hombre decente y bueno... —Tomó a su hermana de las manos—. Por favor, vuelve a Irlanda. Te echo de menos, Kitty. Puedes quedarte en casa todo el tiempo que quieras. —Bajó la voz—. Y siempre está la vieja casa del tío Rupert. Está cerrada y no ha vivido nadie allí desde que él murió, pero estoy segura de que, si Robert habla con papá, dejará que se la quede. Por favor, inténtalo —le imploró—. Sé que echas de menos Irlanda. Nadie amaba más el castillo de Deverill que tú.

Kitty llevaba algún tiempo temiendo la noche de bodas. Robert había escogido un hotelito en Chelsea y lo había organizado todo para que Jack se quedara en casa con su niñera. Cuando por fin se quedaron solos, Robert la tomó de la mano y la llevó al dormitorio. Pero tras unos cuantos besos Kitty le apartó, quejándose de cansancio. Se puso el camisón detrás de un biombo, se metió pudorosamente en la cama y se arropó hasta la barbilla. Robert respetó su necesidad de dormir, se tendió a su lado, la abrazó y la besó con ternura en la frente. Si estaba desilusionado, no se lo hizo notar. A la mañana siguiente

emprendieron viaje a Italia en barco y en tren. Llegaron a Florencia en un calesín dos días después, y Kitty volvió a dar largas a Robert alegando que el viaje había sido largo y agotador.

Los olores extranjeros de la tierra cuarteada, los eucaliptos, el romero y el tomillo silvestres colmaron el olfato de Kitty y la hicieron olvidar su nostalgia. Dejó de añorar las colinas verdes y los arroyos cantarines de Ballinakelly, la llovizna y el cielo tempestuoso de Irlanda. Soltó el lastre del pasado y se entregó a disfrutar del presente, sintiéndose liberada. Gozó del esplendor de aquella ciudad antigua de edificios claros, tejados rojos, callejuelas empedradas y plazas con soportales con la emoción de una persona sedienta de cultura y de belleza. Desde su balcón veía la magnífica basílica alzándose por encima de la ciudad como un barco glorioso en un mar de tejas rojas. La cúpula gigantesca parecía desafiar las leyes de la gravedad y las limitaciones humanas. Kitty la contempló maravillada mientras el sol poniente cubría la ciudad con un velo suave, de un rosa polvoriento.

Robert la abrazó por detrás y la besó en el cuello.

—¿Verdad que es precioso? —suspiró ella, tratando de retrasar lo inevitable todo lo posible.

—Te deseo, Kitty —murmuró él—. Quiero hacer el amor con mi esposa.

Kitty se sintió casi paralizada por el miedo. Robert notó su tensión y apartó la cabeza de su cuello.

—¿Qué ocurre, cariño? —La agarró de los brazos—. ¿Tienes miedo? No voy a hacerte daño, te lo prometo. —Como ella no contestó, la hizo girarse para ver la expresión de su cara. Vio con asombro que sus ojos estaban llenos de verdadero terror—. Kitty, ¿qué ocurre?

Su palidez natural se había tornado gris y sus labios temblaban, conteniendo apenas el secreto que guardaba. No sabía, sin embargo, cómo expresar lo que le había hecho Michael Doyle en la granja. Si hablaba de ello, ¿liberarían sus palabras el recuerdo de lo ocurrido, haciendo aflorar su infelicidad? ¿La despojarían de todo lo bueno que tenía?

Robert estaba alarmado. La agarró de los brazos y la miró ansiosamente a los ojos.

—Kitty, tienes que decírmelo. Soy tu marido y te quiero. Sea lo que sea, no voy a quererte menos.

Kitty tragó saliva. La calma se apoderó de ella: una serenidad casi sobrenatural, como si estuviera flotando por encima de la celestial cúpula de

Brunelleschi.

—Me violaron —susurró con un hilo de voz, pero aun así Robert la oyó.

Y él también palideció.

—¿Quién? —preguntó horrorizado—. ¿Cuándo?

Una lágrima ardiente se deslizó despacio por su mejilla.

—En Irlanda. El día que se quemó el castillo. Yo sabía quién había sido, Robert. Así que fui a buscarlo.

—¡Oh, Kitty! —La tomó en sus brazos y la apretó con más vehemencia que nunca—. Mi queridísima, mi dulce y querida Kitty. Nadie volverá a hacerte daño. Juro por Dios que nadie volverá a hacerte daño.

Ella cerró los ojos y cedió al sufrimiento que le había infligido Michael Doyle. Con un suspiro estremecido, lo descargó sobre el pecho de Robert.

Nueva York, Estados Unidos, 1923

Bridie se sentó en el jardín de la mansión de la señora Grimsby en la Quinta Avenida y abrazó la caja de zapatos que había llevado consigo desde Ballinakelly. Era lo único que la unía a su pasado, y a sí misma. La enorme herencia que había recibido debería haberla hecho la mujer más feliz del mundo, pero tenía miedo. Se sentía apocada, perdida y muy, muy lejos de casa.

Nunca había estado al mando de su destino. Siempre había hecho lo que le decían. Había obedecido órdenes. Se había dejado llevar por la corriente de la vida, sabiendo siempre adónde iba a parar. Sin embargo, el señor Deverill había torcido su curso y ella había acabado en un país extranjero, al otro lado del mundo. A pesar de la incertidumbre, había hallado consuelo en los límites impuestos por el autoritarismo de la señora Grimsby. Ahora que la anciana había muerto y que ella gozaba de pronto de independencia, se sentía a la deriva. No había nadie que le dijera qué hacer.

Abrió despacio la caja. Dentro brillaba el par de zapatos de baile, con sus hebillas y su fino charol negro, que le había regalado lady Deverill hacía tantos años. Dejó escapar un sollozo, y una gruesa lágrima cayó sobre su mano cuando sacó uno de los zapatos y lo levantó hacia la luz. Miró la hebilla plateada, que destellaba al sol, y se acordó de su padre. Daría todo el dinero que había heredado por volver a tenerlo a su lado un solo día. Él sabría qué hacer. Trató de animarse, pero seguía teniendo el corazón apesadumbrado por la añoranza y por el vacío de su soledad, cuyo peso sentía más que nunca.

Justo cuando estaba a punto de deshacerse en llanto, vio de pronto las caras de las niñas de la escuela reflejadas en las hebillas de metal, burlándose de ella por llevar aquellos zapatos regalados, «como una gitana», y su congoja se tornó bruscamente en resentimiento. Levantó la barbilla, desafiante, y se enjugó los ojos con el dorso de la mano. Ella no era una gitana. Ahora era una mujer rica; una señora de buena posición, a sus veintitrés años. Podía comprarse un centenar de zapatos finos si quería. En ese instante, todo el

temor que la ablandaba por dentro se endureció como arcilla. Les daría una lección a todas, incluso a Kitty, que le había robado el corazón a Jack y a ella se lo había roto. De no ser por Kitty, no se habría dejado seducir por el señor Deverill. Nada de aquello habría ocurrido. Estaría aún junto al hogar, con su madre y su abuela y, quién sabe, quizá Jack estaría allí también y la querría.

Se levantó y entró en la casa. La señorita Ferrel, el señor Gordon y la señora Gottersman se habían marchado ya, con los labios fruncidos en un rictus de amargura, ardiendo íntimamente de indignación por lo que consideraban una injusticia. Bridie había comprendido que confiaban en llevarse un pedazo de la fortuna de la señora Grimsby, que incluso contaban con ello. Todas esas palmaditas y esas «charlas confidenciales» les habían inducido a creer que eran especiales a ojos de su señora. La vieja araña se había divertido manipulándolos, reflexionó Bridie, y, al final, chasqueándolos. Comprendió, además, que no habían sido ni el señor Gordon ni la señorita Ferrel quienes habían dejado aquel dinero bajo la cama, sino la propia señora Grimsby. Había sido una prueba, quizá, para saber si era digna de confianza; o un examen, para ver si era merecedora de su fortuna. En todo caso, ella se lo merecía menos que los demás. Ahora que era rica, compartiría su dinero con ellos. Sería un placer frustrar los planes de la anciana. A fin de cuentas, en vida, la señora Grimsby había hecho sufrir a su servidumbre; lo justo era que, tras su muerte, recibieran una recompensa por su sufrimiento.

Se acordó de las veces en que Kitty y Celia se habían vestido de gala para el baile de verano del castillo de Deverill mientras *ella* tenía que quedarse ayudando abajo y contemplar el esplendor de la velada por la rendija de una puerta o el hueco de una cortina. Se acordó de sus preciosos vestidos y su cabello esmeradamente trenzado, de sus botines de cuero y sus medias de seda, de sus hermosos abrigos y guantes, y un odio que no había sentido nunca antes arraigó dentro de ella como una enredadera y creció, enroscándose alrededor de su corazón hasta sofocar la ternura y la bondad, que nunca la habían llevado a ninguna parte. Se compraría zapatos y vestidos bonitos, pensó con acritud, igual que Kitty y Celia, y se casaría con el hombre más rico que pudiera encontrar porque así era como se adquiría posición social y respeto. Ahora que era rica, se había convertido en un trofeo digno de conseguir.

Decidida a ser una gran señora, Bridie se instaló en la vieja casona de la Quinta Avenida con su torre de bruja, que ya no le daba escalofríos. Había

pasado tanto tiempo observando a Kitty que sabía cómo se comportaba una dama. Sabía cómo vestirse, cómo desenvolverse en público y qué porte adoptar. Sabía hablar con menos acento irlandés, sabía caminar con la cabeza bien alta; sabía disimular. ¿No era eso lo que había querido siempre? Ser otra persona. Cualquiera, menos ella.

Primero, le pidió a Rosetta que fuera su doncella. Le satisfacía ese cambio de papeles. Ahora *ella* era la señora de la casa y Rosetta su sirvienta, como ella había sido la sirvienta de Kitty. Al principio, Rosetta declinó su oferta alegando que le resultaría violento trabajar para su amiga, pero Bridie logró persuadirla ofreciéndole un salario más generoso del que ganaría en cualquier otra casa.

—Puedes ser mi dama de compañía —le dijo—. Me da igual el nombre del puesto. Te quiero a mi lado. Es así de sencillo. Eres mi única amiga de verdad, y te necesito.

Rosetta acabó por ceder. Bridie pidió a la señora McGuire ayuda para encontrar una cocinera y un mayordomo y le pagó generosamente por sus gestiones. Abrió las ventanas de par y par y dejó que el aire se llevara el olor rancio del cuerpo envejecido de la señora Grimsby y los últimos vestigios de su amarga presencia. Llenó la casa de luz para que irradiara felicidad, igual que el castillo de Deverill en verano, cuando el sol de Irlanda entraba por las altas ventanas y teñía de oro el salón.

La noticia de que la acaudalada viuda había dejado toda su fortuna a su doncella salió en los periódicos y pronto Bridie se convirtió en la comidilla de la ciudad. Su caso despertó polémica. Algunos opinaban que era una vergüenza que la viuda hubiera negado el dinero a su familia y tachaban a Bridie de oportunista, acusándola de haber engatusado a la anciana. Otros, en cambio, creían que se merecía hasta el último penique por su arduo trabajo al servicio de la señora Grimsby. A fin de cuentas, Estados Unidos era el país de la prosperidad conseguida a fuerza de trabajo duro, y la señorita Doyle se había ganado sus riquezas, mientras que la familia de la señora Grimsby no había hecho nada por merecer su fortuna, aparte de algún que otro halago táctico durante los meses finales de la vida de la anciana. La discusión se extendió de la prensa a las residencias privadas, donde la alta sociedad de Nueva York la debatió hasta el infinito en el transcurso de magníficos almuerzos y cenas. No se ponían de acuerdo. Las grandes familias de la Quinta Avenida, las de más rancia estirpe, miraban con desdén a aquella advenediza

irlandesa que ahora era su vecina y le cerraban la puerta; en cambio, las jóvenes descaradas que llevaban plumas en el pelo y bailaban jazz en los clubes clandestinos, donde el alcohol de contrabando fluía a raudales, tenían curiosidad por conocer a la famosa señorita Doyle.

No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a llamar mujeres a su puerta, ya fuera por curiosidad, ya por deseo de recaudar fondos para sus causas benéficas, así como caballeros sin escrúpulos en busca de una esposa rica. El primer joven que la visitó era nada menos que el sobrino de la señora Grimsby, Paul Heskin, aquella hiena. A Bridie nunca le había gustado, con su barbilla hundida y sus ojos calculadores. Heskin nunca se había dignado darle las gracias cuando trabajaba como doncella de su tía. Ahora, en cambio, rebosaba simpatía y falso encanto. Bridie se sentó en la butaca de la señora Grimsby, en el solarío, y lo miró con desdén, viéndolo como lo que era: un oportunista que trataba de aprovecharse de su ingenuidad y su inexperiencia. Ella, sin embargo, no era tonta. La señora Grimsby la había enseñado a desconfiar de los motivos de los demás. Lo despidió sin contemplaciones, como creía que haría cualquier señora en su posición, y puso sus miras en encontrar a un hombre que fuera tan rico como ella. Ahora que tenía dinero, no pensaba perderlo casándose con el hombre equivocado.

Era, no obstante, una joven sin familia y ello la hacía vulnerable y la exponía a toda clase de degenerados. No podía presentarse sola en sociedad, sin una dama de compañía o una carabina a su lado. No tenía padres o hermanos que la escoltaran, ni amigos que la acogieran bajo su ala. Había, sin embargo, un hombre al que podía recurrir para que la aconsejara en una situación tan singular y delicada como la suya.

—Gracias por venir, señor Williams —dijo desde la butaca de la señora Grimsby en el solarío, por cuyos vidrios entraba la suave luz de principios de otoño, bañando a Bridie en un cálido fulgor dorado.

El abogado la miró, entre divertido y admirado. Era, en efecto, un patito feo transformado en cisne.

—¿Me permite decirle que tiene usted muy buen aspecto, señorita Doyle?

—Sí, desde luego, señor Williams. El dinero le permite a una sacarse el máximo partido.

—El dinero no resuelve nada, pero lo facilita todo. La señora Grimsby estaría orgullosa de ver que se ha convertido en una dama tan refinada.

—Le estoy agradecida por su generosidad. La señora Grimsby no sentía

afecto por sus parientes. De hecho, solía recibirlos en esta misma habitación y aguantar sus muestras de hipocresía. Sabía por qué la visitaban.

—¿Sabe?, la señora Grimsby tuvo unos orígenes parecidos a los suyos, señorita Doyle. Su madre llegó de Irlanda de niña, con sus padres y hermanos. No tenían nada más que lo puesto. Lo que la distinguía del resto de su familia era su amor por la literatura. Adoraba leer. De pequeña, leía todo lo que caía en sus manos. El señor Grimsby era un hombre culto y docto. Era mucho mayor que ella, pero su inteligencia le impresionó profundamente, o eso dicen. Se conocieron en la biblioteca, nada menos.

—¿Cómo ganó él su dinero?

—Tenía imprentas. —El señor Williams sonrió—. Era un emprendedor, uno de esos hombres brillantes que convierten en oro todo lo que tocan. Antes de que él muriera, la señora Grimsby era la reina de la alta sociedad neoyorquina. Lamentablemente, al morir su marido colgó sus galas y se volvió cada vez más misántropa y más cínica respecto al género humano. Puede usted imaginarse la cantidad de hombres que quisieron casarse con ella por su fortuna. No se fiaba de nadie. Me halaga pensar que confiaba en mí. Yo no tenía pretensiones de casarme con ella por su dinero. Como consejero y confidente, la señora Grimsby contaba siempre conmigo. Era ya anciana cuando usted la conoció, señorita Doyle, pero de joven fue una mujer guapa.

—Yo solía leerle aquí —dijo Bridie melancólicamente—. Cuando le leía, se ablandaba. Era como si las palabras traspasaran de algún modo ese caparazón detrás del que se escondía y llegaran a la persona que había debajo. Me gustaba leerle.

—Ahora tiene todos sus libros, puede elegir entre ellos.

—En efecto, así es, señor Williams. —Recorrió con la mirada las estanterías—. Seguramente para ella eran más valiosos que cualquier otra cosa.

Suspiró y volvió a concentrarse en el presente.

—Señor Williams, necesito su ayuda —dijo.

—Naturalmente, señorita Doyle. ¿En qué puedo servirla?

—Me encuentro en una posición difícil... —Titubeó, no queriendo parecer indecorosa, y entrelazó los dedos—. Estoy sola en Nueva York, sin un solo amigo en la alta sociedad...

El señor Williams sonrió, comprensivo.

—¿Me permitiría presentarle a la señora Williams? Mi esposa es una joven

muy vivaz y sociable, y nada le gustaría más que presentarle a gente. Gente variopinta, gente a la que usted puede resultarle interesante. Lo que usted necesita, señorita Doyle, es distraerse.

—En efecto, así es.

—Está muy bien tener una casa y ropa bonita, pero una joven de su posición necesita amigos.

—Una mujer de mi posición necesita un marido, señor Williams, si me permite hablar sin rodeos. Una mujer soltera no tiene predicamento ni protección alguna. Necesito un hombre que sea tan rico como yo. No voy a permitir que se aprovechen de mí.

Su sinceridad pareció sorprender al señor Williams.

—Entiendo.

Ella se levantó.

—Lo sé, señor Williams. Creo que usted lo entiende todo, por eso precisamente lo he llamado.

El abogado la siguió al pasillo.

—Nueva York es el lugar idóneo para usted, señorita Doyle —dijo al estrecharle la mano.

—Me gustaría conocer a su esposa tan pronto como sea posible.

—¿Mañana por la noche, para cenar? —sugirió él con entusiasmo.

Bridie sonrió.

—Me encantaría.

La señora Williams le agradó de inmediato. Era una mujer de poco más de treinta años, vivaz, enérgica y extrovertida, tan incansable como un pajarillo. Nunca estaba quieta, charlaba sin cesar y sus manitas blancas aleteaban en el aire al mismo tiempo que la risa parecía brotar de su garganta como un suave gorjeo. Tenía el rubio cabello corto y muy rizado, los ojos grandes, azules y rebosantes de vida, y una sonrisa fácil, cálida y traviesa.

—Beaumont dice que la mejor manera de conocer a personas convenientes —le dijo Elaine Williams— es donar dinero a obras benéficas. En las fiestas de recaudación de fondos es donde los ricos se codean con otros ricos. En esta ciudad el dinero habla, Bridget. El dinero rancio solo habla con los de su misma clase y en voz muy baja, pero el dinero nuevo es maravillosamente ruidoso. Y no hay razón para que el tuyo no hable tan alto como el que más.

Elaine la llevó de inmediato a la peluquería para que le arreglaran el pelo a la moda, con suaves ondas a la altura de las sienes. La ayudó a elegir los vestidos más sofisticados y sueltos, con faldas a la altura de la rodilla, medias de rayón, sombreros cloché, boas de plumas, diademas de lentejuelas y zapatos de tacón, y le enseñó a maquillarse en su desordenado dormitorio mientras escuchaban jazz en la radio. Bridie aprendía deprisa. Se aplicó a su nuevo papel con la misma dedicación que había demostrado años atrás en el castillo de Deverill, cuando la ascendieron a doncella. Mientras el señor Williams la aconsejaba en cuestiones financieras, su esposa se ocupaba de su vida personal. A ambos les alegraba codearse con la joven de la que parecía hablar todo Nueva York.

En compañía de Elaine, a Bridie no le daba miedo brillar. Disfrutaba de la atención que recibía en las fiestas de recaudación de fondos para obras benéficas. Los fotógrafos la fotografiaban a su llegada y, cuando entraba en la sala, se armaba cierto revuelo. A nadie, salvo a las familias más rancias de Nueva York, parecía importarles que hasta hacía muy poco tiempo hubiera sido una criada. Ninguna de aquellas personas era capaz de imaginar cómo había vivido en Ballinakelly, ni lo lejos que había llegado. Ella desempeñaba su papel como una actriz veterana, y todos lo aceptaban como si fuera cierto. Bridie también; no le quedó más remedio. Se fundió con su personaje porque era la actuación más importante de su vida. Pronto comenzó a olvidar quién era de verdad Bridie Doyle y de dónde venía. *Bridget* Doyle era guapa y fabulosa y, sobre todo, estaba muy solicitada. No tenía pasado, ni dolor, ni zozobra alguna, porque tenía dinero suficiente para comprar la felicidad. Teniendo a su disposición una fortuna tan inmensa, confiaba en no volver a ser desdichada.

Con el nuevo año, se vio arrastrada a una nueva y emocionante vida de excesos. De pronto tenía más amigos de los que era capaz de contar y un sinfín de pretendientes que rivalizaban por su mano. Había fiestas, fiestas a montones, en las que se servía alcohol ilegal pese a la Prohibición. Descubrió, para su deleite, que el alcohol la hacía sentirse más segura de sí misma. Con un cóctel de ginebra, era capaz de encarnar a Kitty Deverill a la perfección. Le gustaba quién era cuando tomaba un poco de alcohol que aflojara su lengua y liberara su risa. Con una copa, se deshacía de sus inhibiciones. Le encantaba bailar. Le encantaba sentir las manos de un hombre sobre su cintura, le encantaba saberse admirada. Pensaba en aquellas niñas mezquinas de

Ballinakelly y deseaba que pudieran ver en qué se había convertido. Se preguntaba si aquello había sido inevitable desde el principio. Si estaba verdaderamente escrito en sus astros. Si era su destino.

Los jóvenes que la cortejaban eran tan dispares como los bombones de un surtido. Los había con envoltorio sencillo. Estos tendían a ser más románticos, pero carecían de lo único que importaba a Bridie: el dinero. Los había también con envoltorio más complicado, que tenían dinero pero eran vulgares, prepotentes y pagados de sí mismos. Y luego estaban los raros, que venían envueltos en colores brillantes y tenían un sabor picante. Esos asustaban a Bridie, que no estaba acostumbrada a los europeos, aunque sus títulos rimbombantes tenían para ella cierto atractivo. Tenía mucho cuidado de contarle todas sus aventuras a Rosetta, que la esperaba pacientemente despierta todas las noches, la ayudaba a ponerse el camisón cuando había bebido demasiado y parecía disfrutar de sus anécdotas acerca de pretendientes poco afortunados. Cuando se reían juntas en el cuarto de Bridie, tumbadas en la cama, ambas se olvidaban de su nueva posición y volvían a ser simplemente amigas, como antes.

Una o dos veces Bridie se apartó de su propósito, seducida por un poeta o un escritor cuyo rostro sensible y suaves maneras le hacían pensar en Jack, pero rápidamente se recordaba su misión y los rechazaba con frialdad. Había prometido no volver a enamorarse. De nadie. El amor no le había servido de nada. Solo le había hecho un daño irreparable. Se casaría para conseguir seguridad, para tener un compañero y porque era lo que se esperaba de una mujer. Pero no volvería a amar.

En Navidad fue a misa sola. Rosetta se había ido a pasar el día con su familia. Bridie pensó en su madre y su abuela, en Sean y Michael, y tuvo que sofocar una aguda añoranza de su hogar. La iglesia estaba en silencio. Tan en silencio que podía oír la vocecilla lejana de su conciencia. Sin el ruido de la música, el baile, las voces y las risas para distraerla, se acordó de Ballinakelly. Se acordó de su casa, de la chimenea, del establo de las vacas, del frío, del barro, de la humedad, de la pobreza. Sí, se acordó de la *pobreza*. No había transcurrido tanto tiempo desde entonces, cuando no tenía más zapatos que aquel par que le regaló lady Deverill y que todavía conservaba en su caja. Contempló la escultura de mármol de Cristo en la cruz colocada sobre el altar

y se acordó de cómo rezaba dos veces al día al oír el Ángelus; de cómo se arrodillaban todos para rezar después de la cena; y de las palabras de su madre al dirigir la oración: *Abre tú mis labios, oh Señor...* ¿La echaba de menos su madre? ¿Rezaba por ella? Bridie inclinó la cabeza, avergonzada, y resolvió asistir a misa más a menudo. Podía olvidar quién era *ella*, pero no debía olvidarse de Dios.

Entonces, la idea de regresar a casa afloró a la superficie de su mente, flotando como un corcho. Por un instante fugaz, se le encogió el corazón de añoranza al pensar en la granja y en el estofado de su abuela, en el olor a tierra húmeda y vacas, en las voces de sus hermanos discutiendo la situación lamentable de Irlanda mientras bebían cerveza negra. Añoraba el sabor de la mantequilla y el pan de soda, el golpeteo de los pies al danzar, el *crescendo* conmovedor de los cánticos, el sonido estremecedor de las cuerdas de un violín solitario. El corcho, sin embargo, se hundió con la misma rapidez con que había aflorado. Volver a casa era imposible de momento. Ya no era la muchacha de antaño. En Irlanda ya no tenía vida. Lo único que quedaba allí era pena y dolor, recuerdos de Jack, del señor Deverill y del bebé al que había tenido que abandonar y del que había muerto. En Estados Unidos se había reinventado. Le gustaba cómo era. ¿Cómo iba a volver, vestida con su ropa lujosa, a dormir en su vieja cama, sobre un colchón de paja? Ahora su vida era muy distinta, y estaba acostumbrada a ciertos lujos. Por más que intentara evitarlo, su riqueza la apartaba inevitablemente de Rosetta. ¿Qué ocurriría si volvía a ver a su familia? Había dejado atrás el pasado y cerrado esa puerta tras ella, esta vez para siempre.

Cuando acabó la misa, encendió cuatro velas por su familia, dos por los niños a los que había dado a luz y una séptima por el alma de su padre, bendito fuera. Deprimida, se dispuso a salir de la iglesia y, al acercarse a la puerta, su mirada se cruzó con la de un caballero de pelo cano y pulcra barba gris que le sonrió amablemente.

—No debería tener usted esa cara tan triste en Navidad, señorita —dijo el desconocido.

—No estoy triste —contestó ella. Bajó la cabeza y salió al sol de diciembre.

—Claro que lo está —insistió él, echando a andar a su lado—. La he estado observando. Si esta es su cara de felicidad, ¿qué será cuando esté triste? —Le tendió la mano—. El señor Lockwood.

Bridie miró su lujoso abrigo, su traje caro y su sombrero, el paraguas de mango de plata con sus iniciales grabadas, y le estrechó la mano.

—La señorita Doyle —contestó.

—Ah, sé quién es —dijo él, y sonrió—. Es bastante famosa, ¿verdad? —Bridie se sonrojó—. Lo siento, no quería avergonzarla. Pero es que parece usted tan sola... No me gusta ver a una mujer sola y con cara de pena. Sobre todo, a una tan bonita como usted.

Ella sonrió, conquistada por su encanto y por el flamante coche verde que lo esperaba junto a la acera y cuyo chófer, pese a ser Navidad, se mantenía en posición de firmes, con su uniforme almidonado y su gorra de plato.

—Bien, eso está mejor —dijo el señor Lockwood—. Bueno, vive usted a una manzana de aquí, así que permítame acompañarla hasta la puerta. —Hizo una seña al chófer—. Voy a ir andando, Maxwell, así que puede volver a casa —dijo.

El chófer subió al coche y se alejó entre la nieve a medio derretir.

Bridie recorrió la calle con la mirada. Estaba desierta. Todo el mundo había vuelto a casa para la comida de Navidad. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo y echó a andar.

—Usted también parece estar solo, señor Lockwood —dijo con una sonrisa.

—Mi hijo se ha marchado hace un rato. Está hambriento. Tengo cuatro hijos, pero tres están dispersos por el mundo. Un hijo en Canadá y dos hijas, una en la costa oeste y otra en el sur. Ashley es el más pequeño.

Fijó sus brillantes ojos grises en la casa de Bridie.

—Somos casi vecinos, usted y yo —dijo—. Conocía a la señora Grimsby. Era una mujer con mucho carácter, eso seguro. Nadie la mangoneaba. A mí esta casa siempre me ha parecido un tanto lúgubre. Será por la torre. Parece un sombrero de bruja.

Bridie se rio.

—Eso pensé yo la primera vez que la vi. Pero ahora ya no me asusta.

—No creo que haya muchas cosas que la asusten, señorita Doyle. —Miró a Bridie y sonrió cordialmente—. ¿Está segura de que no se encuentra sola ahí dentro?

—Oh, no estoy sola, señor Lockwood. Tengo montones de amigos y...

—Por supuesto que sí —la interrumpió él—. Una joven guapa y rica como usted ha de tener cientos de amigos. —Se rio con hastío—. Pero ¿con quién va a pasar la Navidad? Según tengo entendido, su familia está en Irlanda.

—Sí, ellos...

—Yo soy un buen cristiano, señorita Doyle. Me gustaría invitarla a comer. No está bien que una joven como usted pase sola el día de Navidad. A mi hijo Ashley le encantará tener a una chica guapa sentada a la mesa y a mí me vendrá bien la compañía. Ashley y yo formamos una pareja muy sosa, los dos solos.

—¿No hay una señora Lockwood? —preguntó Bridie.

—Me temo que no. Soy viudo.

—Lo lamento —se disculpó Bridie.

—No es necesario que se disculpe. La vida fluye y refluye. Todos venimos y todos nos vamos. Hará feliz a un pobre anciano. ¿Qué me dice, señorita Doyle? ¿Querrá compartir con nosotros la comida de Navidad?

Había en él un toque de alborozo. Un brillo divertido en su mirada, una mueca traviesa en su sonrisa, una absoluta falta de incertidumbre. El señor Lockwood sabía quién era ella y seguramente la quería para su hijo. Bridie sintió curiosidad. Le agradaba el señor Lockwood. Le gustaban sus maneras. Tal vez le gustara también su hijo. Quizá fuera lo bastante rico para ella, aunque quizás...

Sonriendo, le enlazó del brazo.

—Es usted muy generoso, señor Lockwood. Me encantaría compartir su comida de Navidad y conocer a su hijo. Aunque ya sabe lo que decimos en Irlanda: cuanto más viejo el violín, más dulce la melodía.

Él se rio y la condujo por la calle mojada.

—Está claro que ha traído usted consigo el encanto de los irlandeses, señorita Doyle. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Y eso a todos nos viene bien.

Londres, Inglaterra, 1925

Londres parecía un reino mágico hecho de azúcar. Una gruesa capa de nieve cubría las calles y los copos seguían cayendo, formando remolinos, iluminados como plumas doradas por el resplandor anaranjado de las farolas. Se posaban en las ramas desnudas de los plátanos y los castaños de los jardines públicos y protegían con su manto los bulbos de primavera que hibernaban bajo tierra, junto con los lirios y los erizos, que pasaban durmiendo el frío invierno en sus cálidos agujeros.

Kitty miraba por la ventana de su casa de Notting Hill, en Ladbroke Square. No era aquella una calle elegante, pero a Kitty no le importaba. La urbanización de las tierras de cultivo de la familia Ladbroke a mediados del siglo XIX estaba destinada a ser, originalmente, un elegante barrio residencial de Londres, pero todavía no había atraído a los londinenses acaudalados, que preferían vivir más cerca del centro, en Mayfair y Belgravia. Atraía, en cambio, a la clase media alta, que allí podía vivir en casas tan opulentas como las de Belgravia por un módico precio. Kitty se alegraba de estar lejos de su madre, que ahora residía en la casa de Victoria en Belgravia durante la temporada y en su casa de campo en Kent el resto del año. Su padre solo visitaba Londres en ocasiones especiales, como la boda de Harry y las carreras de Ascot. El resto del tiempo permanecía en el pabellón de caza del castillo de Deverill, en el que su esposa no había vuelto a poner el pie desde el incendio. Kitty no había recibido ninguna carta suya. Ni siquiera había asistido a su boda. Su rechazo le dolía profundamente, pero estaba acostumbrada a enterrar su dolor, y tenía el cariño del pequeño Jack y de Robert para consolarla. Adeline estaba demasiado delicada de salud para viajar, pero Kitty recibía con regularidad cartas de su querida abuela, que guardaba como un tesoro.

Habían pasado cinco meses desde su viaje a Florencia. Cinco meses desde que le había contado a Robert lo de Michael Doyle. Cinco meses de paciencia,

de compasión y de autodomínio que debían de haber sido un calvario para su marido. Pero Kitty no podía permitir que la tocara. Le tranquilizaba asegurándole que ese momento llegaría, aunque no sabía decirle cuándo. A veces, mientras estaba tumbada en la cama mirando el techo, se preguntaba si llegaría alguna vez. Michael Doyle le había arrebatado algo más que su virginidad esa mañana. Le había robado su esencia.

Kitty no amaba a Robert del mismo modo que amaba a Jack, ni esperaba hacerlo. Su amor por Jack se había forjado en la inocencia de la infancia y se había hecho más hondo con cada prueba que Dios había puesto en su camino. Robert no podía competir con eso, pero era un padre devoto para el pequeño Jack y el niño lo quería sin reservas. Kitty confiaba en que, con el tiempo, ella también llegaría a quererlo.

En cuanto se despejó el día, salió a la nieve envuelta en un grueso abrigo. Los jardines estaban desiertos e intactos. Un petirrojo brincaba por el suelo en busca de comida dejando la huella suave de sus patas en la nieve y un mirlo lo observaba desde la copa de un abeto. Kitty respiró el aire frío y sintió que su ánimo se enardecía con la belleza de aquel mundo blanco y sigiloso en el corazón de la ciudad. Exhaló con fruición, liberando su ansiedad en una gruesa nube de vapor, en medio de la humedad de la atmósfera. Mientras se hallaba allí parada, en pleno parque, sintió que la tensión de sus hombros se disolvía y que la quietud eterna de la naturaleza resonaba como un eco en la quietud eterna de su yo más hondo. ¡Cuánto añoraba el campo!

De pronto, un brillo atrajo su atención. Se volvió y vio una pequeña esfera titilante que bailoteaba sobre los arbustos. La miró maravillada, comprendiendo al instante que era un espíritu de la naturaleza. No había vuelto a ver uno desde su niñez, cuando los había en abundancia retozando alrededor de las flores del castillo de Deverill. Emocionada, avanzó sigilosamente por la nieve y se agachó, sonriendo con la toda la inocencia de su niñez perdida.

Fue en ese instante de redescubrimiento de su don cuando comprendió con toda claridad y certeza que su futuro no estaba allí, en aquella metrópolis de cemento, sino en el castillo de Deverill. Sintió que su corazón se colmaba de burbujeante alegría, como el arroyo reidor que serpenteaba por Ballinakelly antes de precipitarse en el mar, y dejó escapar una risa. El mirlo comenzó a cantar desde el abeto y el petirrojo fue a posarse en los matorrales cubiertos de nieve. Kitty supo de pronto que daba igual lo que pensara su padre o que el castillo ya no fuera habitable, porque su sitio estaba allí. Amaba aquel lugar

incondicionalmente. No podría ser feliz en ninguna otra parte.

Llena de optimismo, volvió corriendo a casa, donde Robert estaba sentado a la mesa del comedor, leyendo los periódicos. Su marido levantó la vista del *Times*, sorprendido.

—¡Robert! —exclamó Kitty, rodeándolo con los brazos y obligándolo a bajar el periódico—. ¿Recuerdas que dijiste que me darías Irlanda si pudieras?

Él se quitó las gafas de leer.

—Sí —respondió.

—Bueno, pues puedes.

—¿Puedo?

Kitty se sentó en la silla de al lado.

—Quiero volver a casa. Sé que allí podemos ser felices. Tú puedes escribir. En Irlanda te sentirás mucho más inspirado que en esta horrible ciudad.

Robert sonrió y acarició su cara.

—Si es lo que quieres, Kitty, eso haremos.

—Quiero que Jack sepa de dónde proviene. Lleva en la sangre el castillo de Deverill. Pero necesito que vayas a hablar con mi padre. Sé que tú podrás persuadirlo. La casa del tío Rupert está vacía. Hace diez años que nadie vive allí. Elspeth me dijo que está condenada. La abuela no soportaba ir después de la muerte del tío Rupert, así que la dejó tal y como estaba. Pero forma parte de la heredad. Mi padre puede cedérmela, está en su mano. Y sé que lo hará si *tú* se lo pides.

Robert estaba tan deseoso de complacer a su flamante esposa que hizo de inmediato los preparativos para el viaje. Decidieron no hablarle a nadie de sus planes. Se marcharían discretamente y, más tarde, cuando estuviera todo arreglado, informarían a Harry, Beatrice y Celia. Kitty hizo el equipaje con ayuda de su doncella. Cuando estuvieron listos, Kitty y Robert salieron de Londres con el pequeño Jack, Hetty, la doncella de Kitty, y Bridgeman, el ayuda de cámara de Robert. Solo quisieron llevar a una parte del pequeño séquito de sirvientes que les permitía pagar la modesta renta que Robert recibía de su padre. Los demás se reunirían con ellos más adelante, cuando estuvieran instalados. Entretanto, se alojarían en casa de Elspeth y Peter.

Cuando Kitty desembarcó y pisó suelo irlandés, la inmensa oleada de

añoranza que había refrenado durante tanto tiempo tras un dique de contención se alzó, incontrolada, inundando sus ojos con lágrimas de alivio y alegría. Volvió la cara hacia la llovizna y sintió que su corazón se abría como una amapola que se desplegara al calor del sol. Por fin estaba en casa.

Elsbeth había mandado a su chófer a recogerlos. Bridgeman los seguiría en un coche de punto con el equipaje. Kitty se sentó en el asiento de atrás y, tomando a Robert de la mano, contempló por la ventana el verde aterciopelado de las colinas, cuyas cimas cubiertas de brezo envolvía la niebla. Las ramas desnudas y nudosas de los árboles brillaban en la llovizna. Grandes cuervos negros saltaban por el tejado de una casa de labor abandonada. Kitty estaba tan emocionada que no podía articular palabra. De vez en cuando se llevaba la mano al pecho y suspiraba, como si cada cosa que veía despertara en ella recuerdos a los que deseaba aferrarse para saborearlos mejor. A pesar de toda la violencia de la que había sido escenario, Irlanda seguía teniendo el poder de fascinarla con su infinita belleza.

El castillo de estilo neopaladiano de Peter y Elspeth MacCartain era un edificio antiguo, deteriorado por la intemperie y con escaso encanto. Sus paredes grises eran austeras y lúgubres; sus altas ventanas, turbias como los ojos de un anciano. Se alzaba en lo alto de una loma pelada, sin árboles que la cobijaran del afilado viento invernal y la dotaran de atractivo. Parecía aislada y abandonada, como un coronel abandonado por sus tropas y despojado de su antiguo lustre por el paso de los años. Antiguamente había rivalizado en esplendor con el castillo de Deverill, pero ahora no tenía jardines, ni praderas bien cuidadas, ni nada que recordara su antiguo prestigio, solo prados donde pacían ovejas. A Kitty le produjo una tristeza inmensa, como si fuera el símbolo de todo lo que habían perdido los angloirlandeses en la Guerra de Independencia.

En cuanto el coche se detuvo delante de la puerta, Elspeth bajó corriendo las escaleras para darles la bienvenida. Abrazó a su hermana, ilusionada, sin apenas detenerse a tomar aliento.

—¡Qué contenta estoy de que hayáis venido, Kitty! Es maravilloso verte y ver al pequeño Jack. Nos lo vamos a pasar en grande. Peter tiene una yegua perfecta para que montes. Te va a encantar, corre como el viento. Seguro que os apetecerá cazar. También hay perdices para ti, Robert. ¿Tú cazas? No me acuerdo. Vamos dentro. Hay un fuego estupendo en el salón.

Se rio con nerviosismo.

—Como hace tanto frío —añadió—, solo usamos algunas habitaciones. Corremos de una a otra como ratones. Pero a ti no te importará la humedad, ¿verdad, Kitty?

Entraron en el vestíbulo. Dentro hacía tanto frío como fuera, a pesar de las alfombras raídas que cubrían el suelo de baldosas. La enorme chimenea estaba apagada. Polvorientos retratos de antepasados ataviados con finas sedas y armaduras colgaban de las paredes, recordando el ilustre legado de la familia, tan astroso y apolillado ahora como el tapiz con la historia de los MacCartain que adornaba la pared de enfrente de la chimenea. La casa entera tenía un aire de pobreza que habría horrorizado a Maud. Kitty advirtió que no había mayordomo para recibirlos. Y, aunque lo hubiera habido, ella se habría resistido a despojarse de su abrigo. Una criada delgaducha salió de las sombras para conducir arriba a Hetty y al pequeño Jack. Robert le informó de que el equipaje estaba a punto de llegar, pero la muchacha se limitó a mirarlo parpadeando con expresión bovina.

El salón era sorprendentemente acogedor. Kitty tuvo la impresión de que Elspeth y Peter vivían reclusos en aquella habitación, que estaba bien caldeada gracias a un fuego de turba, y llena de fotografías familiares, libros, objetos y otros utensilios pertenecientes a un matrimonio que nunca tiraba nada. El respaldo del sofá tenía un agujero que Elspeth había tratado de ocultar con un cojín, y el terciopelo de las sillas estaba raído en la parte de los brazos y visiblemente manchado. Saltaba a la vista que no había dinero para reparaciones.

Peter apareció de inmediato, seguido por dos perrazos. Tenía la cara colorada por la intemperie y sus botas dejaron manchas de barro en las alfombras. Su chaqueta de *tweed* estaba tan desgastada como antiguamente la de Hubert. Abrazó cariñosamente a Kitty y estrechó la mano de Robert.

—Bienvenidos a Dunderry —dijo jovialmente—. ¿No os han ofrecido una copa? —Miró contrariado las manos vacías de Robert—. ¿Dónde está O'Malley?

—Aparcando el coche, cariño —contestó Elspeth, y se volvió hacia Kitty, avergonzada—. O'Malley es nuestro mayordomo y nuestro chófer, y nuestro encargado de mantenimiento. Sirve para todo, de hecho. Es una maravilla. Sabe hacer de todo.

—Menos estar en dos sitios al mismo tiempo —dijo Peter con sorna—. Bueno, ¿qué os pongo? ¿Jerez? ¿Whisky con soda?

—Seguro que Kitty querrá un jerez —contestó Robert.

—Yo os acompaño tomando una copita de whisky —añadió Peter alegremente. Dejó un reguero de huellas de barro hasta el carrito de las bebidas, que estaba colocado al otro lado del salón, cerca del desvencijado piano de cola—. ¿Qué tal la travesía en barco? Seguro que tan incómoda como siempre.

—Bastante, sí —convino Kitty—. Pero es fantástico estar aquí.

—Irlanda no cambia, ¿verdad? —preguntó Elspeth—. La gente viene y va y se hace cosas horribles, pero Irlanda siempre es la misma. Igual que hace miles de años.

Kitty se sentó cerca del fuego. Un leño había resbalado hasta el borde del hogar y su humo se introducía en la habitación, pero ni Elspeth ni Peter parecían notarlo.

—¿Has visto a papá? —inquirió Kitty agitando una mano ante su cara para despejar el humo.

—Sí. Me temo que está muy cambiado, Kitty —le respondió Elspeth, arrugando la frente—. Bebe demasiado. Tiene unos cambios de humor horribles y está, en general, muy desagradable. La abuela pasa todo el día en el castillo hablando sola. Es todo muy triste. No se parece nada a como era antes. Yo voy a ver a las Arbolillo todos los días. Tienes que venir conmigo. Se pondrán contentísimas de verte. Casi no salen de casa, así que les hago la compra y procuro que tengan todo lo que necesitan. Parecen creer que Ballinakelly está lleno de enemigos, a pesar de que les he dicho cientos de veces que la guerra ha terminado y que ahora solo hay hostilidad entre los propios irlandeses. Nosotros, los angloirlandeses, nunca hemos corrido menos peligro que ahora. Pero ellas echan de menos la presencia del ejército británico en las calles y se quejan de que hay un clima general de desconfianza e inseguridad.

—Me gustaría ir a ver a la abuela hoy mismo —dijo Kitty—. He pensado que Robert podría hablar con papá de la casa del tío Rupert. No quiero que seamos una carga para ti y para Peter.

—No sois ninguna carga —contestó su hermana—. Estábamos deseando que vinierais.

Peter les ofreció sendas copas de jerez.

—Yo puedo llevar a Kitty en el coche —sugirió.

—Prefiero que nos veamos allí —dijo Kitty, consciente de que preferiría

estar sola cuando regresara al castillo de Deverill—. Elspeth dice que tienes una yegua que seguro que va a gustarme —añadió ilusionada.

—Sí. Se llama *Tempestad* y corre como el viento —contestó Peter.

—Eso me han dicho. Parece perfecta. No se me ocurre nada más delicioso que salir a cabalgar sola, como en los viejos tiempos.

Elsbeth sonrió con timidez.

—Iría contigo, Kitty —dijo llevándose una mano a la tripa—. Pero estoy esperando otro bebé.

—¡Elsbeth! —exclamó su hermana—. ¡El tercero!

—Todavía estoy de muy poco tiempo, pero quería que fueras la primera en saberlo.

Peter levantó su copa.

—Por mi inteligentísima esposa —dijo con una sonrisa alborozada. Robert y Kitty también alzaron sus copas—. La próxima serás tú —añadió mirando a Kitty.

Kitty esbozó una tensa sonrisa.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó, apresurándose a cambiar de tema. A ese paso, solo se quedaría embarazada por intervención del espíritu santo.

—Iremos al castillo después de comer. Llevaré a Robert en el coche. Kitty se reunirá con nosotros allí y tú, amor mío, te quedarás descansando.

—Entonces, voy a enseñarle esto a Kitty antes de comer y a presentarle a sus sobrinos. —Elsbeth se volvió hacia su hermana—. El castillo está bastante deteriorado, me temo. Pero a mí me encanta. Peter y yo somos tan felices aquí, con los niños... —Volvió a tocarse el vientre—. Espero que este sea una niña. Voy a quererla muchísimo, como debe querer una madre a su hija.

—Entonces, ¿mamá no lo sabe todavía?

Elsbeth sonrió.

—Se lo diré cuando dé a luz. Cuando nacieron los niños, la única respuesta que tuve de ella fue un telegrama muy seco dándome la enhorabuena. Nunca ha mostrado el menor interés por conocerlos.

—Vamos, yo estoy deseando conocer a John y Jasper —dijo Kitty levantándose—. No quiero que nos deprimamos hablando de mamá. ¡Quiero que me lo enseñes todo!

Más tarde, vestida con pantalones, chaqueta de *tweed* y botas de montar, Kitty salió a montar por las colinas sentada a horcajadas sobre la yegua, como un hombre, en dirección al castillo de Deverill. La última vez que se había

puesto falda larga para montar a caballo fue el día que se encaró con Michael Doyle en la granja. Después, se había despojado de aquella falda como una serpiente se despoja de su muda y la había arrojado al horno del olvido, junto con todo lo sucedido esa mañana. Nunca volvería a ser esa mujer. Ahora, montar a horcajadas le producía una reconfortante sensación de poder y la desconectaba de la jovencita que había sido antaño.

Al ver las ruinas calcinadas del castillo, la emoción le constriñó la garganta. Detuvo la yegua y pasó largo rato contemplando con ojos vidriosos el que había sido su hogar. Los restos del castillo emergían lúgubrementemente de la neblina que se extendía hasta la orilla del mar. Rodeados de árboles, los ojos sin vida del castillo dominaban los jardines, en los que los recuerdos de Kitty yacían diseminados entre la maleza por la que saltaban los cuervos y los grajos. No había ni rastro de vida en aquellas ventanas ciegas, ni detrás de aquellas paredes, solo un hilillo de humo que salía de la chimenea del ala oeste y que el viento implacable arrastraba.

Descendió la loma, todo lo deprisa que pudo, y cruzó los campos. Saltó el muro sin dificultad, se detuvo en el antiguo prado de críquet y desmontó. Condujo a la yegua hasta un árbol y la ató allí. Respirando hondo para serenarse, contempló las ruinas y procuró alejar de sí los recuerdos, que salían de cada esquina del edificio como fantasmas. Con el corazón lleno de tristeza, se acercó a la antigua puerta de la cocina. Dentro, quedaban muchas cosas que el fuego había respetado. El pasillo de baldosas por el que correteaban Bridie y ella estaba como siempre. Su armarito de debajo de las escaleras seguía igual. La cocina, en la que la señora Doyle guisaba para la familia y de la que las criadas y los lacayos entraban y salían apresuradamente cargados con pesadas bandejas, solo tenía una gruesa capa de polvo. La larga mesa de roble seguía allí, las cazuelas y las sartenes colgaban de una barra del techo, como siempre, y los altos aparadores estaban intactos. El fogón, en cambio, estaba frío y salpicado de ceniza. La cocina era un pequeño oasis de normalidad. Kitty casi esperaba ver salir a la señora Doyle de la despensa y mirarla con cara de sorpresa. «¿Qué hace ahí mirándome con los ojos como platos, señorita Kitty? ¿No ve que estoy ocupada?»

Pero al subir las escaleras el olor a madera quemada impregnaba el aire. Abrió la antigua puerta de gamuza verde que daba paso al ala del castillo donde antaño vivían sus abuelos y descubrió las habitaciones ennegrecidas por el hollín, llenas de cascotes y expuestas a los elementos y a los cuervos,

que todavía encontraban tesoros entre los escombros. Entre los cascotes quedaban aquí y allá trozos de pared que el fuego no había tocado, vestigios de la antigua vida del castillo que, como recuerdos fugaces, Kitty cubría de nostalgia al contemplarlos. Aturdida por la tristeza, regresó a la escalera y subió al cuartito de la torre oeste donde tantas veces se había escondido con Celia y Bridie y donde solía hablar con Barton Deverill, sentado en su sillón de seda, con los pies apoyados en el escabel.

Oyó la voz de su abuela mucho antes de entrar en la habitación. Subía y bajaba como una canción mientras conversaba animadamente con Hubert junto al fuego, como si estuvieran aún en la biblioteca. Sofocó un sollozo y empujó la puerta. Adeline se volvió hacia ella. Sus ojos se dilataron y en su cara se dibujó una sonrisa.

—Justo ahora le estaba diciendo a Hubert que hacía mucho que no te veíamos. ¿Has estado cazando, querida mía? Hace un tiempo perfecto para cazar, o eso me han dicho. Hubert cazó unas agachadizas esta mañana. Dice que hay muchas en las marismas. Esos perros son excelentes para levantarlas.

Kitty parpadeó para contener las lágrimas, se arrodilló junto a ella y dejó que le acariciara el pelo.

—Te he echado de menos —dijo mirando aquella cara que había envejecido de golpe, como si el tiempo se hubiera acordado de ella de repente y hubiera querido compensar a toda prisa sus años de negligencia.

—Yo tenía un pelo igual de rojo y de bonito que tú cuando era joven. Claro que en mis tiempos me obligaban a recogérmelo, pero en cuanto no me veían me quitaba las cintas y me lo dejaba suelto. —Apretó la melena de Kitty entre sus dedos—. A tu madre nunca le gustó tu pelo. Le parecía horriblemente feo. No sabía que estaba hecho de oro batido y rayos de sol. A mí nunca me agradó Maud. Cuando tu padre se casó con ella me puse muy triste. Yo la veía tal cual era, pero a los hombres los ciega la belleza, ¿verdad? Estaba llena de ambición y pretensiones. Después perdió la cabeza por el duque de Rothmeade. No sé si lo quería de verdad o si solo le interesaba lo que representaba, pero creo que habría estado dispuesta a abandonar a Bertie y a huir con él de no ser por ti.

Kitty se enderezó. Recordaba vagamente haber oído a las Arbolillo hablar de Eddie Rothmeade en la biblioteca.

—¿De qué estás hablando, abuela?

—Del duque de Rothmeade. Era muy guapo. Solía venir a pasar unos días, a

cazar. Era un jinete magnífico y gran amigo de Bertie. Maud entonces también salía a cazar, a veces hasta tres veces por semana, por eso sufrió esos abortos después de Harry. Estaba tan ansiosa de estar con él que saltaba los setos sin pensar en los bebés que llevaba en su seno. Verás, el duque estaba muy enamorado de ella. Luego, se quedó embarazada de ti y, por más que salió a cazar, *a ti* no hubo forma de desalojarte de su vientre. Ya ves, solo las manzanas podridas caen del árbol. Tú eras la mejor manzana del huerto. Fue por ti por lo que la dejó Eddie Rothmeade. Yo lo oí todo, la escena completa, desde el invernadero. Él estaba furioso. Supongo que ella le había dicho que su matrimonio con Bertie era solo nominal y él la había creído. Era muy manipuladora.

Adeline entornó los párpados.

—Creo que, por cómo le brillaban los ojos, incluso habría estado dispuesta a abandonar a Harry si el duque se lo hubiera pedido. Pero él se marchó sin mirar atrás. Entre tú y yo, creo que solo estaba buscando un pretexto para dejarla, y tú le viniste de perlas.

Kitty estaba atónita. No sabía qué decir.

—¿Quieres un poco de pastel? Está buenísimo —prosiguió su abuela—. La señora Doyle hace unos pasteles deliciosos.

Kitty miró a su alrededor. No había ningún pastel a la vista.

—A Hubert le encantaría jugar una mano de *bridge*. Las Arbolillo vendrán en cuanto estén listas. Laurel tarda tanto en acicalarse... El coronel Manley viene a cenar. ¿Crees que le gustará el *bridge*? ¿Tú qué opinas, Hubert?

Adeline miró al sillón de enfrente y escuchó la respuesta de su marido. Hacía tanto que Kitty no veía un fantasma que casi se sorprendió cuando vio aparecer ante sí a su abuelo. Era una imagen tenue y borrosa, pero no cabía duda de que era él.

—Ya no tardará —dijo, y Kitty miró asustada a su abuela.

—Me encantaría jugar una partida de *bridge* —dijo y, apoyando la cabeza en el regazo de Adeline, cerró los ojos para contener las lágrimas—. ¿Tienes cannabis, abuela? Me gustaría beber una infusión y reírme y cotillear como hacíamos antes en la biblioteca. Eran tiempos felices.

—Tengo cannabis a montones en el invernadero. ¿Por qué no vas a recoger un poco? Las Arbolillo bajarán en cualquier momento y seguro que les apetece tomarse una infusioncita. Es mano de santo para calmarles los nervios. El coronel Manley siente debilidad por Hazel, estoy segura de ello.

Kitty corrió al huerto, enjugándose los ojos y tratando de sofocar sus sollozos. Su abuela estaba perdiendo la cabeza. Allá arriba, sola en la torre todo el día, iba deslizándose poco a poco hacia la muerte. ¿Acaso no había dicho su abuelo que ya no tardaría mucho? No solo estaba perdiendo la cabeza, sino también el sentido de la discreción. ¿Qué era aquel asunto del duque de Rothmeade? ¿Era cierto que el embarazo de su madre había dado al traste con aquel idilio? ¿Era ese el motivo de que Maud le tuviera tanta inquina? Avanzó a trompicones entre los espesos hierbajos y llegó por fin a los invernaderos, cuyas ventanas de cristal estaban ahora cubiertas de musgo y líquenes. Abrió de un empujón la puerta atrancada por la humedad y entró. A pesar del abandono en que se hallaba todo, dentro hacía un calor agradable y olía como siempre. Kitty echó un vistazo a la frondosa vegetación buscando el cannabis. Aún recordaba cómo era. Las hojas eran muy características, tenían forma de estrella.

Por fin lo encontró: lustrosas hojas verdes que crecían desmedidamente. Adeline no podría beberse todo aquel cannabis en infusión ni aunque viviera mil años, pensó divertida, pero *ella* podía darle un traguito. A fin de cuentas, si a su abuela le servía para calmar los nervios, a ella también. Arrancó un buen puñado y salió de nuevo a la llovizna. Al echar a andar hacia el castillo vio con el rabillo del ojo el muro donde años atrás intercambiaba notas con Jack. Le dio un vuelco el corazón. Se detuvo y lo miró, acordándose de la última vez que había visto a Jack en el andén de la estación, cayendo al suelo derribado por un culatazo de fusil en el estómago. Si su plan hubiera salido bien, ahora estaría en América y quién sabía qué habría sido de sus vidas.

De pronto se descubrió caminando hacia el muro. La cara de Jack apareció nítidamente en su imaginación y sintió que se le aflojaban las piernas. Casi podía *sentir* su presencia. El recuerdo era tan intenso que notaba el olor de su piel y el sabor de sus besos. Aturdida por aquel asalto repentino del pasado, se agachó y pasó los dedos por la piedra que ocultaba el agujero donde guardaban sus mensajes secretos. La apartó lentamente. Al ver un papelito doblado dentro, le dio otro vuelco el corazón. Desconcertada, lo sacó y lo desdobló.

Mi querida Kitty:

Soy libre, pero tú no. Me han dicho que te has casado y solo puedo culparme a mí mismo por haberte dejado marchar. Recibí todas tus cartas pero nunca contesté a ninguna porque, cuando te dije que debías seguir adelante con tu vida, lo decía en serio. Pensaba que me pudriría en prisión, para siempre. Pero ahora estoy libre y confiaba en que todavía estuvieras esperándome; rezaba por ello, de hecho. Pero no es así. Mi queridísima Kitty, te quiero más de lo que sabrás nunca. Dejo aquí esta carta por si acaso alguna vez la encuentras. Grace me ha dicho que no arruine tu felicidad y no voy a hacerlo. Pero no podía callarme esto. Te quiero, querida amiga y compatriota. Te quiero con todo mi corazón y siempre te querré.

Jack

Kitty se dejó caer en la hierba mojada, apoyó la cabeza en las manos y se echó a llorar.

Impulsada por una rabia incontrolable, Kitty caminó entre la hierba alta hasta el árbol al que había atado a su yegua. Guardó el cannabis en el bolsillo junto con la nota de Jack y montó. El cielo se había oscurecido, cubierto por gruesos nubarrones cargados de lluvia. El viento tenía un filo cortante y arañaba su piel cuando cabalgó por las colinas camino de Ballinakelly.

Estaba furiosa con Grace por haberle dicho a Jack que no se pusiera en contacto con ella, y furiosa con Jack por haberle hecho caso. Bajó la cabeza y espoleó a la yegua. Si Jack estaba en Ballinakelly, lo encontraría, aunque ignoraba qué haría cuando lo encontrara.

El pueblo no había cambiado. Las casas parecían grises a la luz tenue del atardecer, la calle relucía mojada por la lluvia y el mar reflejaba el color lúgubre del cielo encapotado. Kitty trotó por el barro con la cabeza inclinada. No quería que ningún conocido la reconociera. Su corazón latía violentamente ante la posibilidad de toparse con Michael Doyle, a pesar de que sabía que ya no tenía motivos para temerlo.

Cuando llegó a la casa de los O'Leary, desmontó y llamó imperiosamente a la puerta. Un momento después, esta se entreabrió y la madre de Jack la miró con desconfianza por la abertura.

—¿Qué quiere? —preguntó al ver a Kitty.

—Estoy buscando a Jack. ¿Está aquí?

—Algo le pasa a su caballo, ¿eh? —dijo la señora O'Leary, y Kitty prefirió ignorar su tono de sarcasmo.

—Necesito verlo urgentemente. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ha tenido que ir a la granja de John Whiting, que está en las afueras de Bandon.

A Kitty se le encogió el corazón. No podía ir a caballo hasta Bandon.

—Dígale que he venido.

—Para que lo sepa, ya no vive aquí. Ahora tiene su propia casa, como es natural.

—Ah, no lo sabía.

—Bueno, adiós, señorita Deverill.

—Ahora soy la señora Trench —replicó Kitty altivamente.

Montó en la yegua y se alejó al trote, dejando a la señora O’Leary llena de interrogantes que su orgullo le impedía formular.

Se dirigió lentamente hacia el Anillo de las Hadas. Al llegar, se apoyó contra uno de los enormes monolitos y cerró los ojos. Deseaba poder dar marcha atrás al reloj, abrir los ojos y tener de nuevo dieciséis años, antes de involucrarse en la Guerra de Independencia, de acercarse demasiado a Michael Doyle, antes de que todo se torciera irreparablemente. Revivió los tiempos en que se reunía allí con Jack, en aquel lugar místico donde las piedras cobraban vida al ponerse el sol y los espíritus de la naturaleza retozaban en verano. Ansiaba volver a hacer suya aquella época de inocencia y optimismo, cuando creía que el amor era algo muy sencillo. Cuando creía que Jack y ella tenían futuro juntos.

Al contemplar el mar, tuvo la sensación de que ya no estaba sola. Volvió la cabeza y vio a Jack. Había dejado su caballo junto al de ella y permanecía fuera del círculo de piedras, observándola. Kitty se quedó sin respiración y toda la furia que había sentido hacia él afloró de pronto. Jack avanzó hacia ella. Pero Kitty no advirtió hasta qué punto le había pasado factura su estancia en prisión, ni el rictus de su boca, fruto del arrepentimiento y la amargura. Solo veía al hombre al que amaba y que había renunciado a ella.

—¿Por qué esperaste a que me casara para decirme que estabas libre? — exclamó, acercándose a él con decisión—. ¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué no viniste a buscarme? Te esperé, Jack. Sufría por ti. No me di por vencida ni siquiera cuando me dijiste que me olvidara de ti, porque solo te quería a ti, a nadie más. Te habría esperado hasta la vejez.

—Pero no lo hiciste —replicó él.

La rabia de Kitty se desbordó.

—¿Me estás acusando de no haberte esperado? ¡Santo Dios, Jack! ¿Qué quieres de mí? —Bajó las manos, derrotada—. Tengo un hijo.

—Lo sé —dijo él en voz baja—. Grace me lo dijo.

—Entonces debería haberte dicho también que tenía que darle un padre. Tuve que hacer a un lado mis deseos, por él. Me quitaste toda esperanza, por eso me casé con Robert Trench, que siempre fue bueno conmigo y es un padre maravilloso para Jack.

La mención del nombre del niño les hizo mirarse fijamente. Kitty ahogó un

grito, como si se hubiera escaldado.

—¿Jack? —repitió él.

Kitty asintió.

—Le puse tu nombre.

—¡Oh, Kitty! —Se acercó a ella y Kitty dio un respingo al ver la expresión dolida de sus ojos—. ¿Quieres a Robert Trench? —preguntó mirándola lleno de esperanza.

—No, no lo quiero.

Quiso decirle que le tenía cariño a Robert. Que lo respetaba y que le estaba agradecida, pero algo la detuvo.

—No te enfades, Kitty. Creía estar haciendo lo mejor para ti, pero hice lo peor para ambos. Lo lamentaré el resto de mi vida.

—¡Pero me dejaste esta nota!

Buscó precipitadamente en su bolsillo. Jack estaba tan cerca que sintió la necesidad de apartar los ojos de él. Él agarró su mano y la sacó de la chaqueta. Al sentir su piel cálida, la resolución de Kitty se debilitó. Miró sus ojos y su furia se disipó al instante.

—Dejé la nota porque necesitaba decirte que te quería.

—Sabías que volvería y que estaría casada.

—Pensaba de verdad que no la leerías nunca. Pensaba que los tiempos de las notas y los encuentros furtivos se habían acabado. Pensaba que habías dejado atrás Irlanda y todo lo que representaba.

Se le quebró la voz y le temblaron los labios, y a Kitty se le encogió el corazón al darse cuenta de que aquel hombre al que siempre había amado encarnaba todo cuanto adoraba de Irlanda.

—¡Oh, Jack! —gimió—. ¿Qué hemos hecho?

Cuando la atrajo hacia sí, Kitty se apoyó en él voluntariamente. Comenzó a llover y se levantó el viento en ráfagas turbulentas procedentes del mar, pero Kitty y Jack se abrazaron tan fuerte que nada pudo interponerse entre ellos. Su beso borró de un plumazo los años transcurridos. De pronto eran jóvenes otra vez, y ni la guerra, ni la brutalidad, ni el transcurso del tiempo habían hecho mella en ellos.

Cuando Kitty volvió por fin al castillo de Dunderry, Robert y Peter estaban celebrando el éxito de su reunión con lord Deverill en el pabellón de caza.

—¡Accede a que ocupemos la casa de Rupert como inquilinos! —exclamó Robert alegremente, sin advertir la palidez de las mejillas de su esposa.

—El hombre es como un león sin colmillos —comentó Peter—. Ha sido más fácil de lo que esperaba.

—Kitty es su hija, a pesar de sus diferencias, y el castillo de Deverill es su hogar. Tiene derecho a vivir aquí —dijo Robert.

—¡Santo cielo, estás hecha una sopa! —dijo Elspeth al entrar en la habitación—. Tienes que darte un baño inmediatamente o cogerás un resfriado de muerte. Voy a decirle a O'Malley que suba agua caliente. Agarró a Kitty de la mano y la llevó por el pasillo helado—. ¿Estás bien? —preguntó cuando subían por la escalera.

—He visto a la abuela —contestó Kitty, abatida—. Ha perdido la cabeza.

—Ya me lo temía yo. Verla así tiene que haber sido muy duro para ti. Sé lo unidas que estáis. ¿Qué es eso que tienes en el bolsillo? —preguntó, mirando las hojas verdes que asomaban del bolsillo.

Kitty sonrió cansinamente.

—Cannabis.

—¡Oh, Kitty! ¿No habrás...?

—Sí. La abuela me pidió que fuera a recoger un poco, pero al final no se lo llevé porque tenía que volver aquí. He pensado que me ayudaría a calmar los nervios.

—Lo que necesitas es un baño caliente y dormir a pierna suelta esta noche, así te sentirás mucho mejor.

Kitty la siguió por la escalera, consciente de que su hermana nunca entendería el torbellino que se agitaba en su corazón. ¿Cómo iba a entenderlo?

Esa noche, Kitty entró en el cuarto de Robert. La luz estaba apagada y él parecía estar durmiendo. Kitty se quitó la bata y la dejó caer sobre la alfombra. Robert oyó el crujido de la tarima cuando ella avanzó hacia la cama y se tumbó.

—Kitty, ¿eres tú? —preguntó.

—Sí —susurró ella—. Hace frío.

—Entonces ven, acurrúcate aquí —dijo él retirando las mantas.

Kitty se arropó y se dejó abrazar por él.

—Quiero ser tu mujer en cuerpo y alma —dijo pasando la mano por su

pecho.

Robert la apretó contra sí.

—¡Mi querida Kitty!

Buscó sus labios y la besó con ternura. Kitty cerró los ojos y se abrazó a su cuerpo. Lo necesitaba ahora más que nunca. Jack estaba libre y todavía la amaba. No podía fiarse de sí misma sabiendo eso, porque en lo más profundo de su corazón aún ardía un rescoldo de su amor por él. Tenía que entregarse a Robert. Tenía que sentir que le pertenecía. Tenía que comprometerse con su matrimonio con tal fuerza de voluntad que no hubiera peligro de que perdiera la cabeza y, por tanto, la estabilidad que había hallado para sí misma y para el pequeño Jack. Por eso se entregó a su marido y confió en que, mediante aquel acto tan ingrato para ella, concibiera un hijo que la atara irrevocablemente a Robert.

Al día siguiente, Peter los llevó a todos a la linda casa blanca de Rupert, construida sobre los acantilados que daban al mar. Robert había mandado recado a Londres para que el resto del servicio se reuniera con ellos y que trajeran su coche y el resto de sus pertenencias. Con ayuda de O'Malley, la doncella de Elspeth y Bridgeman, el ayuda de cámara de Robert, retiraron las sábanas que cubrían los muebles y abrieron las ventanas para que la casa se ventilara. Nadie había entrado en ella desde la muerte de Rupert en la guerra, y todo estaba tal y como él lo había dejado. Kitty agradeció tener aquella distracción y se puso manos a la obra con determinación, ansiosa por olvidarse de Ballinakelly y del Anillo de las Hadas, donde tal vez pudiera encontrarse de nuevo con Jack. Robert, inmensamente feliz tras haber consumado por fin su matrimonio, miraba a su esposa con renovada ternura, ajeno al tumulto que se agitaba bajo la máscara de su sonrisa.

Mientras una cuadrilla de albañiles de Ballinakelly reparaba las goteras del tejado y repintaba algunas de las habitaciones, Robert y Kitty siguieron alojados en Dunderry. El resto de su servidumbre llegó por fin. La cocinera se instaló en la cocina y comenzó a fregar las cazuelas y las sartenes y a surtir la despensa. Bridgeman deshizo las maletas. La doncella de Kitty limpió los armarios por dentro y por fuera y colgó la ropa de su señora. Airearon las camas y las hicieron con sábanas limpias. Compraron turba y encendieron las chimeneas para disipar la humedad del ambiente. Guardaron en cajas los papeles de Rupert y los subieron al desván. Su ropa se la repartieron entre los dos cuñados porque nadie más la quería.

Kitty sabía que no era sensato volver a ver a Jack. Había aceptado que, estando casada, era imposible que volvieran a verse a solas. Deseaba, sin embargo, ver a Grace. Aunque le hubiera dicho a Jack que se olvidara de ella, añoraba a la única amiga en la que podía confiar. Con el paso de los días, la ira que había sentido hacia su aliada y cómplice desapareció, diluida por la certeza de que, pese a todo, Grace había actuado por cariño hacia ella. No había duda de que Robert Trench era un marido mucho más conveniente para ella en todos los sentidos, aunque no lo amara como amaba a Jack.

Tan pronto como se enteró de que Grace había vuelto a Cork, Kitty fue en coche a verla. El coche de Robert era un peligro en aquellas carreteras, pero con empeño logró manejarlo sin atropellar a un pastor que conducía a su rebaño de un prado a otro. Grace se mostró encantada de que hubiera vuelto a Ballinakelly.

—Me alegro de que tu padre te haya alquilado la Casa Blanca. Tu tío Rupert era un hombre con mucho estilo y buen gusto. Seguro que está llena de tesoros —dijo.

—Mi abuela sigue encerrada en la torre. Está cada vez más trastornada. No pude soportarlo. Me rompió el corazón verla así.

—Vive en un mundo muy feliz —le aseguró Grace—. Puede que no sea nuestro mundo, pero a ella no la hace desgraciada.

—No creo que viva mucho más tiempo —repuso Kitty pensando en lo que había dicho su abuelo.

—Me temo que tu padre no se llevará un gran disgusto. Tu abuela se ha convertido en una carga para él. Casi no sale porque tiene que cuidar de ella.

—No está cuidando de ella, Grace. Mi abuela está en la torre, sola.

—Pero tu padre está ahí por si lo necesita. Ya casi nunca sale a cazar y no tiene muchos amigos. Antes era el hombre más popular de West Cork. No es ni la sombra de lo que fue.

—Me han dicho que bebe mucho.

Grace sacudió la cabeza, exasperada.

—He intentado muchísimas veces que beba menos, pero la bebida es un demonio que no lo suelta. Primero perdió el castillo y luego descubrió que tenía un hijo ilegítimo. Que tú te empeñaras en quedarte con el niño le hundió más aún en la bebida, me temo.

—¿Sigues viéndolo?

—Siempre que puedo. Necesita compañía o él también enloquecerá y empezará a hablar solo, como tu abuela.

Kittyapuró su copa de jerez.

—He visto a Jack —dijo. Miró fijamente a su amiga a los ojos—. Entiendo por qué le dijiste que no me dijera que estaba libre, pero hubiera preferido que no intervinieras. Sigo queriéndolo.

—Claro que lo entiendes —dijo Grace sin apartar la mirada—. Eres demasiado lista para no saber lo que te conviene. En la vida no siempre obtenemos lo que queremos. A menudo tenemos que anteponer los intereses de otras personas a los nuestros propios. Tú y yo sabemos lo que es sacrificarse, Kitty.

—Él todavía me quiere.

—Tendrá que superarlo y tú, mi querida Kitty, tendrás que aprender a vivir con ello. Ahora tienes un hijo en el que pensar. Eres madre. Tu hijo es un Deverill.

—Pero *tú* le fuiste infiel a sir Ronald.

—Solo después de darle hijos varones que llevaran su apellido. —Grace dejó su copa y fue a sentarse junto a Kitty en el sofá—. Yo quería mucho a tu padre. Pasamos muy buenos momentos juntos. Ronald lo entendía y no le importaba, siempre y cuando fuéramos discretos. Santo cielo, él tenía amantes de sobra para entretenerse. Pero no es una forma ideal de vivir, Kitty.

—¿Dejaste de querer a mi padre?

—No, puse fin a nuestra relación por ti.

—¿Por mí?

—Claro. Me salvaste la vida. No iba a pagártelo acostándome con tu padre a tus espaldas. Además, fue nuestra relación la que te puso contra mí, ¿verdad?

—Sí —respondió Kitty.

—¿Cómo te enteraste?

—Os vi en el baile de verano, en la habitación.

Grace se sonrojó, avergonzada.

—¿Nos *viste*?

—Sí. Estaba jugando con Celia. Vimos que había luz debajo de la puerta y la entorné. Os vi a ti y a mi padre...

—¡Ay, Kitty! —gimió Grace llevándose la mano a la boca—. Qué horror. Lo siento muchísimo.

—De eso hace ya mucho tiempo.

—Mucho sí, pero no en tu recuerdo. Espero que me hayas perdonado.

—No hay nada que perdonar. No era asunto mío. —Sonrió magnánimamente—. Después de todo lo que has hecho por mí, Grace, no tienes que pedirme perdón.

—Siempre querré a tu padre, a pesar de que el hombre del que me enamoré ya no existe y ahora a veces me cueste reconocerle. Tú siempre querrás a Jack y estoy segura de que él a ti también. Pero has hecho lo correcto al casarte con Robert. Es un hombre bueno y amable que cuidará de ti y del pequeño Jack. Te dará seguridad, y espero que hijos a los que querer. No te precipites ni pierdas la cabeza, Kitty, porque tienes un corazón muy fuerte, y bastante incontrolable.

Kitty sabía que su amiga estaba en lo cierto. Incluso ella, pese a estar decidida a hacer lo correcto, desconfiaba de su propio corazón.

El primer viernes de marzo, Kitty y Robert fueron en coche a Ballinakelly a comprar un caballo. Kitty había cogido los arreos que necesitaba de los establos del castillo de Deverill, pero no podía llevarse un caballo sin que su padre se diera cuenta.

Hacía fresco ese día. El sol brillaba con fuerza en un cielo azul claro. Había llegado gente de todos los lugares de alrededor a comprar y vender animales, y gitanos que circulaban entre el gentío vendiendo brezo y maldiciendo a quienes se negaban a comprarlo. Seguía sobornándose a los niños para que cuidaran de las vacas, como cuando Kitty era pequeña, y los niños seguían aburriéndose de la tarea y se iban a jugar con sus amigos dejando que las vacas vagaran a su antojo por el pueblo, metiéndose incluso en los zaguanes de los vecinos que dejaban abiertas las puertas de sus casa. Las tabernas estaban llenas. Kitty notaba el olor a cerveza negra que impregnaba el aire, junto con el tufo a sudor de caballo y estiércol. Las voces de la gente se mezclaban con los chillidos de las gaviotas posadas en los tejados, cuyos ojillos negros escudriñaban la plaza en busca de despojos que comer.

—¿Te acuerdas de la última vez que vinimos aquí juntos? —preguntó Robert, tomando a Kitty de la mano.

—Fue la vez que aquel hombre me tiró una patata —contestó ella.

—O puede que me la tirara a mí, como tú sugeriste sagazmente —añadió él con una sonrisa.

—Lo siento. Fue muy mezquino por mi parte.

—Era la verdad.

—No, me tiró la patata *a mí*. Yo representaba a los británicos, a pesar de que en mi fuero interno siempre me he considerado irlandesa.

—Lo que importa es lo que uno siente.

Kitty sintió un súbito arrebató de afecto por aquel hombre que había renunciado a su vida en Londres para que ella fuera feliz en Irlanda.

—Robert, si no te he dado las gracias como es debido por traerme aquí, es solo porque he estado muy distraída con tantos preparativos. Te lo agradezco muchísimo, de veras.

Él la cogió de las manos.

—Lo sé, cariño mío. No hace falta que me des las gracias. Verte contenta es suficiente para mí.

—¿Tú también eres feliz?

—Me has hecho el hombre más feliz de la tierra —contestó—. ¿Cómo voy a ser desgraciado ni un solo instante estando casado contigo? Todos los hombres de Londres me tienen envidia, y estoy seguro de que los de Ballinakelly también. —La condujo entre la muchedumbre—. Vamos a buscarte el mejor caballo que haya en este pueblo.

Los ojos de Kitty se deslizaron por las caras de los hombres tocados con gorras y de pronto fueron a posarse en el semblante de Michael Doyle. Ahogó un grito, como si se hubiera quemado, y clavó la mirada en el suelo, pero Michael ya la había visto. Kitty apretó la mano de Robert y apretó el paso, pero empezaron a sudarle las manos y se le humedeció la piel. De repente, su mano se soltó de la de Robert y se halló sola entre el gentío, tratando frenéticamente de mantener la cabeza en alto sin tropezarse de nuevo con la mirada del hombre que formaba parte de sus pesadillas desde aquella fatídica mañana, después del incendio.

Dio un respingo al sentir que la agarraban del brazo. Se volvió, asustada. Michael Doyle la miraba con desprecio, como había hecho en la granja antes de arrojarla sobre la mesa y violarla. Su semblante malévoló estaba tan cerca del suyo que Kitty notó el olor a alcohol de su aliento. Dio un paso atrás, horrorizada, y gritó. La gente se apartó cuando cayó al barro. Cuando abrió los ojos, Michael había desaparecido y Jack la miraba desconcertado, pero era Robert quien estaba a su lado, quien la ayudó a levantarse y, pasándole el brazo por los hombros, la alejó de allí.

Nueva York, Estados Unidos, 1924

A Bridie le impresionó la casa del señor Lockwood. Era un palacete de cinco plantas y piedra blanca, con ornamentados frontones, semejantes a cejas, en las ventanas y una fachada parcialmente curva que le daba un aspecto cálido y acogedor, como si el edificio mismo estuviera sonriendo.

—No es gran cosa, pero es mi hogar —bromeó el señor Lockwood cuando llegaron a la puerta de entrada.

La puerta se abrió de inmediato y un mayordomo ataviado con camisa blanca almidonada y levita negra se apartó haciendo una reverencia. El señor Lockwood ayudó a Bridie a quitarse el abrigo y se lo entregó al mayordomo, que tomó también el abrigo de pelo de camello de su señor, su sombrero de fieltro y su paraguas, cuyo mango de madera bruñida se colgó del brazo. El señor Lockwood vestía debajo del abrigo un traje de tres piezas exquisitamente cortado, con un reloj de oro de bolsillo cuya leontina colgaba sobre su estómago ligeramente redondeado. Bridie reparó en el gran sello de oro que llevaba en la mano izquierda y en los gemelos de diamantes que adornaban sus puños. El señor Deverill nunca había tenido un aspecto tan refinado como el señor Lockwood, ni siquiera cuando vestía sus mejores galas. A Bridie comenzó a acelerársele el corazón.

—Bien, permítame presentarle a mi hijo —dijo él cuando un joven apareció en el vestíbulo.

Si el señor Lockwood la había impresionado, su hijo fue una decepción. No porque fuera feo o porque no tuviera barbilla, como el odioso Paul Heskin, sino porque le faltaba el carisma de su padre. Al estrecharle la mano, la del joven le pareció blanda y un poco húmeda. Tenía unos ojos acuosos y melancólicos, los labios carnosos y rosados y una sonrisa muy bonita, sí, pero a Bridie le pareció infantil, demasiado inmaduro para su gusto. Parecía no tener experiencia alguna de la vida, como si todo le hubiera sido dado con excesiva facilidad. Parecía débil.

—Me he encontrado con la señorita Doyle en misa —explicó su padre—. Y he pensado que nos animaría la Navidad. ¿Quién necesita un árbol teniendo a una chica guapa como la señorita Doyle sentada a la mesa?

Subieron por la majestuosa escalera que conducía a un pasillo ancho, de altos techos y gruesas puertas de madera con grandes pomos de latón. Al trasponer una de ellas se hallaron en un salón dominado por una reluciente araña de cristal y un fuego alegre. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera llenas de libros encuadernados en cuero marrón oscuro con letras doradas, y suntuosas alfombras persas cubrían los suelos. Los muebles no eran muy distintos a los del castillo de Deverill, pero todo relucía como si fuera nuevo. Los sillones tapizados de seda púrpura estaban impecables, el marco dorado del espejo que colgaba sobre la chimenea de mármol centelleaba como el sol y las paredes mismas parecían refulgir, realzando el brillo de los cuadros. Lo que más sorprendió a Bridie fue la luz que entraba por los altos ventanales e impregnaba la habitación de alegría y de suave feminidad. Comprendió al instante que aquella sala la había decorado la difunta señora Lockwood y dedujo de ello que había sido una mujer de gusto exquisito.

Le ofrecieron una copa de champán que se bebió con rapidez, confiando en que las burbujas aliviaran su sentimiento de inseguridad.

—Tiene usted muchos libros, señor Lockwood —dijo, y se acercó a las estanterías para pasar la mano por ellos—. Me encantan los libros. Lo que más me gusta del mundo es leer —añadió premeditadamente.

Él pareció sorprendido.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! —exclamó ella.

—¿Qué libros le gusta leer? —preguntó el señor Lockwood deteniéndose a su lado.

Bridie enumeró todos los títulos que le había leído a la señora Grimsby.

—Yeats es mi poeta favorito. Claro que es irlandés, así que supongo que es por eso por lo que me gusta tanto. Me recuerda a mi hogar. —Miró a su anfitrión y sonrió dulcemente—. *ya no oirá los mugidos de los terneros en la tibia ladera ni la tetera sobre el hornillo cantar en paz dentro de su pecho, ni verá al pardo ratón subir y bajar y dar vueltas por el arcón de la avena...*

—Vaya, señorita Doyle, me sorprende usted. Sé que la señora Grimsby coleccionaba libros, pero si alguna vez le apetece que le preste alguno, lo haré encantado —dijo con una mirada rebotante de admiración.

—Me encantaría, gracias. ¿A usted también le gusta leer, señor Lockwood?
—preguntó a su hijo.

Ashley parecía avergonzado.

—Me temo que no me interesan mucho los libros. Mi padre me animó a leer de niño, pero yo prefiero entretenimientos más físicos.

—Ashley juega al tenis y al golf —explicó el señor Lockwood—. Cerró su último libro hará unos cinco años y no ha vuelto a coger uno desde entonces.

Bridie volvió a mirar al padre.

—¿Podría recomendarme algo que leer? —preguntó, acordándose de que la señora Grimsby había conquistado a su marido gracias a la literatura—. ¿Cuál es su novela preferida?

El señor Lockwood comenzó a recorrer su biblioteca con la mirada.

—Bueno, déjeme ver —dijo—. No estoy muy seguro de que vayan a convencerle mis gustos, señorita Doyle, teniendo en cuenta que es usted una mujer de sensibilidad femenina. Pero a mi esposa le encantaba leer, así que permítame ofrecerle uno de sus libros preferidos.

Buscó un momento en los estantes, sacó un libro y se lo entregó a Bridie.

—*La letra escarlata*. Creo que le gustará. Es un clásico americano, y muy popular, además.

—Muchísimas gracias —respondió ella, apretándose el libro contra el pecho como si fuera un tesoro—. Nada me parece más agradable que acurrucarse delante de la chimenea encendida y ponerse a leer una buena novela mientras fuera resopla un viento helado.

El señor Lockwood pareció complacido.

—Vamos a comer —dijo—. No sé usted, pero yo estoy hambriento.

Quedó claro desde el principio que a Bridie no le interesaba Ashley Lockwood. Él, al parecer, tampoco sentía mucho interés por ella, pero la cortejó obedientemente a instancias de su padre. Bridie leyó *La letra escarlata*, cuyas páginas estaban llenas de comentarios escritos en los márgenes por la señora Lockwood, lo que la ayudó a hacer comentarios inteligentes cuando hablaba del libro con el señor Lockwood. Procuraba que Ashley la invitara frecuentemente a su casa, lo que le permitía pedirle más libros prestados a su padre y comentarlos con él delante del fuego de aquel hermosísimo salón. Cuando hablaba con el señor Lockwood, Ashley se

escabullía, aliviado de poder dedicarse a sus asuntos, y a su padre no parecía importarle.

Bridie intuía que el maduro caballero estaba enamorado de ella. A veces se le ponía la misma mirada que al señor Deverill el día en que la sedujo en su habitación. La miraba embelesado, con una sonrisita en la comisura de los labios, y ella le devolvía la mirada con tanta dulzura como era capaz de reunir, y después bajaba los ojos recatadamente y entreabría los labios un poco para poner de manifiesto que tenía que hacer un esfuerzo por refrenar sus sentimientos y que lo conseguía a duras penas.

Una de esas veces, el señor Lockwood perdió la compostura. Estaban echando un vistazo a los libros de las estanterías cuando de repente la sujetó por los hombros y la besó en la boca. Bridie no esperaba que la abordara tan pronto, pero no se sorprendió. Estaba preparada. Cerró los ojos, dejó que sus rodillas se aflojaran ligeramente y abrió la boca un poquito, como si sintiera un deseo arrollador. Él la besó apasionadamente y Bridie descubrió que no tenía que fingir, porque le gustaba sentir su lengua húmeda jugueteando con la suya y su barba suave rozándole la cara. Tenía la sensación de que hacía años que no la abrazaba un hombre.

—Señor Lockwood... —susurró abriendo los ojos—. No deberíamos...

—¿Por qué? ¿Por Ashley?

Se rio y la besó de nuevo. Bridie no esperaba sentirse tan excitada. Pensó en el señor Deverill y deseó que el señor Lockwood le subiera la falda y la tocara como había hecho aquel.

—Señor Lockwood —repitió—, es usted un demonio por hacerme sentir cosas que no había sentido nunca. Estoy aturdida.

Él sonrió y acercó la cara a su cuello. Bridie sintió su miembro duro apretándose contra su pelvis y movió las caderas para frotarse contra él. Aquello pareció inflamar el deseo del señor Lockwood hasta volverlo febril.

—Qué bien huele, señor Lockwood —musitó ella y, en efecto, el olor viril de su colonia, a limón y especias, aumentaba su excitación.

Él acarició su pecho mientras la besaba en la boca con ardor creciente. Se le dilataron las fosas nasales y su respiración se agitó cuando le tocó las nalgas. Apretándola contra la estantería, empezó a subirle la falda.

—¡Señor Lockwood! —protestó ella, apartándolo—. No puede ser.

—¿Le preocupa mi hijo? —preguntó él—. Olvídese de mi hijo, señorita Doyle. La quiero para mí.

Comenzó a acercar la mano a la parte de arriba de las medias de Bridie, donde se detuvo un momento, acariciando su piel desnuda. Tan deliciosas eran las sensaciones que sus dedos provocaban en ella, que Bridie estuvo a punto de permitir que siguiera adelante. Pero se acordó de su objetivo. No quería que la tratara como la había tratado el señor Deverill, sino como a una dama de buena posición.

—Entonces cátese conmigo, señor Lockwood —dijo casi sin aliento—. Porque pienso llegar intacta a mi lecho nupcial.

Él sopesó su oferta. No tardó mucho en hacerlo.

—Me casaré con usted, señorita Doyle, y mis últimos años estarán llenos de placer.

—Entonces conviene que me llames Bridget —dijo ella con una sonrisa.

—Y que tú me llames Walter. —La besó de nuevo, pero posó la mano en su cintura—. Nos casaremos pronto. Antes de que me vuelva loco de deseo, o de que a mi familia ponga objeciones.

La familia de Walter Lockwood puso objeciones, en efecto, pero a Bridie no le importó. Se casaron menos de un mes después, cuando, al deshelarse la tierra, comenzaban a aflorar los primeros brotes de la primavera. Ashley se fue de casa, asqueado, y Bridie vendió las casas de la señora Grimsby sin ningún remordimiento. Se llevó a Rosetta a su nuevo hogar y despidió a la cocinera y al mayordomo, que solo habían trabajado para ella seis meses. Los periódicos se dieron prisa en comentar el enlace de la estrafalaria pareja, haciendo hincapié en que se llevaban casi cuarenta años y sumaban entre los dos una inmensa fortuna. La alta sociedad chismorreaba acerca del extraordinario ascenso de la nueva señora Lockwood con una mezcla de desprecio y admiración.

—Ni siquiera es guapa —se quejaban algunas mujeres.

—Él no necesita el dinero —decían otras.

—Pero ella es joven y los viejos no pueden resistirse al tacto de la carne joven —comentaban los observadores más chuscos.

Las señoras mayores chasqueaban la lengua y meneaban la cabeza.

—La pobre Heather Lockwood se estará revolviendo en su tumba —decían refiriéndose a la primera esposa de él.

Pero los recién casados no notaban nada de esto, envueltos como estaban en

la armadura de su felicidad, que los protegía de la censura y la desaprobación ajenas.

El señor Williams siguió ocupándose de los asuntos financieros de Bridie, pero el señor Lockwood supervisaba sus inversiones con la misma astucia y habilidad que le habían convertido en un hombre riquísimo. La bolsa era un juego en el que aquel zorro plateado disfrutaba inmensamente, y se enorgullecía de haber duplicado la fortuna de su esposa invirtiendo en oro. Bridie y Elaine se hicieron íntimas amigas mientras sus maridos se encargaban de los negocios de Bridie. De hecho, se hicieron inseparables. Cuando Bridie se compraba algo, también le compraba algo a Elaine. Cuando la invitaban a comer, Elaine la acompañaba. Cuando su marido estaba demasiado cansado para salir por la noche, Bridie salía con Elaine. Volvían a aquellos clubes nocturnos situados en los sótanos de los edificios, bebían champán en garitos clandestinos y bailaban hasta que el sol se alzaba en el cielo tiñendo de oro las aguas del Hudson.

Bridie nunca se había sentido tan segura. El señor Lockwood era un amante tierno y sensible y Bridie consiguió hacerse la ingenua sin ninguna dificultad. Él la mimaba, se lo consentía todo y la adoraba, y Bridie disfrutaba teniendo un marido distinguido y temerario que la ayudaba a trasponer todas las puertas de la Quinta Avenida que antes le estaban vedadas. Era la señora Lockwood, célebre ya por ser la advenediza más decidida de todo Nueva York.

Walter había ganado una esposa pero había perdido a sus hijos. Furiosos porque se hubiera casado con una joven que podía ser su hija, le retiraron la palabra. Sus hijas lloraron, se enfurecieron y desahogaron su rabia con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlas, y sus hijos insistieron en que rehiciera su testamento para que toda su fortuna pasara directamente a ellos y no a los hijos que pudiera tener con su nueva esposa. Con el oído pegado a la puerta del despacho de su marido, Bridie oyó las acusaciones que lanzaban a diestro y siniestro. Le dijeron a su padre que se había casado con una *ramera irlandesa*, con una *buscavidas* y una *sinvergüenza*, con una *oportunistista implacable que se aprovechaba de personas mayores*. Le dijeron que le dejaría exhausto con su insaciable sed de entretenimiento y que estaría muerto antes de que acabara el año. Le suplicaron que se divorciara de ella. Le rogaron que se acordara de su difunta madre, a la que había querido tiernamente. *Ella o nosotros*, le dijeron. Pero Walter la defendió con firmeza y los acusó de ser egoístas y de negarle la felicidad en el otoño de su vida. Los

jóvenes se marcharon y Walter los vio partir con el corazón endurecido. El dolor que pudiera sentir lo enterró tan profundamente que ni él mismo pudiera encontrarlo. Bridie salió sigilosamente de su escondite y lo abrazó.

—Al final me aceptarán—dijo besándole la barba.

Pero sabía que no sería así.

Bridie se aseguró de distraer a su marido lo suficiente para que no tuviera tiempo de acordarse de sus hijos. Salían casi todas las noches y recibían constantes invitaciones. Cuando Walter se quejaba de cansancio, ella se reía, besaba su barba blanca y tiraba de él hacia la pista de baile, alegando que era demasiado feliz para estarse quieta. Cuando se quedaban en casa, se deslizaba entre sus brazos como un gato negro exigiendo caricias.

Nunca había sido tan feliz. Tenía todo lo que creía que quería. No estaba enamorada de su marido, pero Walter le gustaba mucho. Le permitía llevar la vida que siempre había ambicionado. Aquellas estrellas que contemplaba desde la ventana de su cuartito en Ballinakelly habían hecho que sus deseos se hicieran realidad. Ahora era alguien y nadie podía mirarla por encima del hombro. Ni Kitty, ni Celia, ni Elspeth, ni la condesa Victoria de Elmrod. Nadie se atrevería a hacerlo.

Luego, una noche de finales de verano, mientras apretaba su cuerpo desnudo contra el de Walter, el corazón viejo y gastado de su marido se dio por vencido y dejó de latir. Con la misma rapidez con que había encontrado la felicidad, Bridie volvió a perderla. Los últimos siete meses de la vida de Walter habían estado, en efecto, llenos de placer. Pero la alegría de Bridie había llegado a su fin prematuramente.

Vio horrorizada cómo la cara de su marido se volvía blanca y sus labios adquirirían un tono azul oscuro. Su mano, que descansaba sobre su cintura, quedó inerte y cayó sobre el colchón. Exhaló su último suspiro dulcemente, sin ninguna resistencia, como si entregara su espíritu por propia voluntad. Bridie lo zarandeó. Le gritó. Lo intentó todo para despertarlo de la muerte, pero no lo consiguió. Había fallecido, dejándola viuda a los veinticinco años.

Sollozando histérica, llamó al mayordomo. Llamó y llamó y no dejó de llamar hasta que el hombre irrumpió en la alcoba, alarmado. Encontró a Bridie en bata, aferrándose al cuerpo sin vida de su señor. Ella estaba tan perturbada que no vio la mirada de reproche que le lanzaba el mayordomo cuando tomó la mano del señor Lockwood para buscarle el pulso. Negó con la cabeza, abatido, y salió del cuarto para llamar a una ambulancia. Bridie vio cómo

cubrían a su marido con una sábana, cómo lo tumbaban en una camilla y se lo llevaban para siempre. Con él se iba la seguridad, su estatus social y la dicha que creía que nunca podría serle arrebatada en virtud de su enorme riqueza.

Permaneció en su habitación, mirando por la ventana la calle vacía y preguntándose qué haría ahora. Sin Walter, aquella casa ya no era la suya. Los hijos de él la reclamarían de inmediato y tendría que mudarse a otra parte. Pero ¿adónde? Se le encogió el corazón al pensar que de nuevo tendría que pedir consejo al señor Williams y buscar otro sitio donde vivir. Los hijos de Walter se asegurarían de que todas las puertas que se le habían abierto en la Quinta Avenida volvieran a cerrársele, y se convertiría en una paria. La gente la miraría con sospecha. Al poco tiempo de llegar ella a casa de la señora Grimsby, la anciana había muerto. Y al poco tiempo de casarse con el señor Lockwood, este había fallecido. Rosetta fue a consolarla, pero Bridie le pidió que se fuera. No quería hablar con nadie. Justo cuando empezaba a sentir que había encontrado su lugar en el mundo, Dios había vuelto a dejarla a la deriva.

Al día siguiente llamó a Elaine para darle la noticia. Su amiga se quedó horrorizada.

—Voy enseguida —le dijo antes de colgar.

Al poco rato llegó para consolar a su amiga, acompañada por su marido, con el que Bridie necesitaba hablar acerca de su futuro. El señor Williams fue tan claro con ella como lo había sido Bridie al hablarle de su intención de encontrar marido.

—Le aconsejo encarecidamente que se marche de Nueva York —dijo—. La familia del señor Lockwood pondrá todo su empeño en hacerle la vida imposible. Y conocen a todo el mundo en esta ciudad.

—Así es, y querrán vengarse.

—Me temo que sí —repuso el señor Williams.

—¿Dónde puedo ir? —preguntó Bridie, retorciéndose las manos y mirando por la ventana—. ¡No tengo dónde ir!

—Este es un país muy grande, señora Lockwood. Con su fortuna, puede establecerse donde quiera.

—Pero no conozco a nadie. Elaine y usted son mis únicos amigos en el mundo.

—Beaumont tiene razón, Bridget —dijo Elaine sacudiendo la cabeza—. No es la primera vez que te mudas. Puedes hacerlo otra vez. ¿Qué te parece Texas? Es una tierra soleada.

—¿Texas? ¡Ni siquiera sé situarlo en el mapa! —exclamó Bridie, y ahogó un sollozo.

—Usted dígame dónde quiere ir y yo me encargaré de todos los preparativos —dijo el señor Williams al tiempo que se ponía en pie.

—Yo te ayudaré a decidir. Será divertido —dijo Elaine tratando de animarla, y lanzó una mirada nerviosa a su marido—. Puedes comprar una casa grande y empezar de cero donde nadie te conozca.

—Pero ese es precisamente el problema. No quiero ir donde nadie me conozca. No quiero empezar de nuevo. Necesito sentirme a gusto, Elaine.

Después de que se marcharan, Rosetta apareció en la puerta con un libro en las manos.

—¿Qué ocurre, Rosetta? —preguntó Bridie.

—He pensado que a lo mejor querías esto. —Le pasó el viejo libro de poemas de Yeats.

Bridie lo cogió y lo miró con tristeza.

—Gracias, Rosetta —dijo quedamente—. Tienes mucha razón. Lo *necesito*.

Se acurrucó en el sofá, junto al fuego, en la habitación más bonita de la casa, y abrió la primera página. Lentamente, comenzó a leer:

*Soy de Irlanda,
de la Tierra Santa de Irlanda,
y el tiempo sigue su curso, gritó ella.
Venid por caridad,
venid a bailar conmigo a Irlanda.*

Miró las palabras fijamente, hasta que se emborronaron formando una mancha oscura. Supo de pronto dónde tenía que ir. Lo que tenía que hacer. No serviría de nada trasladarse a otra zona del país porque su pasado la seguiría, encerrado bajo llave en las cámaras secretas de su corazón. La seguiría allá donde fuese, y en los momentos de quietud, cuando se atreviera a contemplar su alma, vería al niño al que había renunciado y que siempre formaría parte de ella. Ahora tenía dinero para darle un hogar mucho más hermoso de lo que nunca había soñado. Podía darle una educación magnífica y un porvenir en su propia tierra. Renegaba de Irlanda ostensiblemente, pero llevaba ese bello país en sus venas y lo añoraba con cada latido de su corazón, como a su verdadero hogar.

Asistió al funeral de su marido escondida tras un velo negro. No miró a los ojos a sus hijos, pero sintió que su odio se le clavaba en la piel como cuchillas, ferozmente. Los amigos de Walter que la habían acogido con entusiasmo cuando estaba casada con él la trataron con frialdad o la ignoraron. Se sintió más aislada y sola que nunca.

Después del entierro, abandonó para siempre la casa de la Quinta Avenida. Su equipaje ya iba camino del hotel Shelbourne de Dublín. Abrazó a Elaine con vehemencia y dio las gracias al señor Williams por sus consejos y su amistad. Luego, acompañada por Rosetta, embarcó en el buque con destino a Irlanda.

Había llegado a Estados Unidos siendo una muchacha ingenua y sin un penique. Ahora se marchaba convertida en una mujer sagaz y acaudalada. La idea de volver a ver su patria la llenaba de ilusión. Volvía por su hijo, por aquel niño que era suyo. Sin duda, Dios no le negaría *eso*.

Londres, Inglaterra, 1925

Cuando Celia supo que Kitty y Robert se habían trasladado a Irlanda, se llevó un disgusto. Enfadada porque su prima no la hubiera avisado, se quejó amargamente ante Harry y Boysie, que, a pesar de sus respectivos matrimonios, estaban más unidos que nunca.

—¿Tan poco respeto tiene por nuestra amistad que ha tomado esa decisión sin consultármelo? —refunfuñó mientras bebía una copa de vino—. Estas comidas no son lo mismo sin ella.

En efecto, su mesa para cuatro en Claridge's parecía penosamente incompleta sin Kitty.

—Imagino que no se lo dijo a nadie para que no hubiera ninguna posibilidad de que se enterara la única persona que Kitty no quería que lo supiera —dijo Boysie.

—O sea, mi madre —dijo Harry antes de dar una calada a su cigarrillo—. Mamá detesta Irlanda ahora que mi herencia se ha esfumado.

—No se ha esfumado —le recordó Celia—. Se ha convertido en un montón de cascotes, pero los cascotes pueden reconstruirse.

—¿Y quién tiene dinero para eso? —preguntó Harry.

—La tristona de tu esposa —repuso Boysie riendo, y le hizo un guiño a Celia.

Harry rio.

—La tuya es más tristona que la mía —replicó—. De hecho, creo que nos hemos casado con las dos chicas más sosas de todo Londres.

—Por lo menos la tuya tiene dinero. Seguro que su padre estaría encantado de reconstruir tu castillo —repuso Boysie.

Harry hizo una mueca.

—Ya sabes que no quiero vivir en Irlanda. Mi herencia era una carga. Allí nunca fui feliz —argumentó, olvidándose de Joseph—. Ahora, mi vida está en Inglaterra.

—¿Qué pasará con el castillo? Yo fui *muy* feliz allí —terció Celia antes de dar un sorbo a su vino, y de pronto le pareció percibir el olor de los tomates del invernadero del castillo de Deverill.

—Mi madre dice que va a convencer a mi padre de que lo venda.

Celia se quedó atónita.

—¡No puedes vender la casa de tu familia, aunque no quieras vivir en ella! Es tu herencia. Es la heredad de los Deverill. ¡Llevo presumiendo de nuestro castillo irlandés desde que era pequeña! ¿De qué voy a presumir si se lo vendéis a un desconocido?

—Cariño, se acabó. Se acabó Irlanda. Ahora pertenece a los irlandeses, y los angloirlandeses no tenemos nada que hacer allí. Lo comprará algún irlandés con más dinero que sentido común.

—Pero allí no hay gente con dinero, ¿no? —preguntó Celia.

—Lo que no hay es mucha gente con sentido común, eso seguro —repuso Boysie—. Según tengo entendido, siguen matándose entre sí.

Celia levantó las manos, consternada.

—¡No pueden venderlo! ¡Tu abuela se morirá!

—Se va a morir de todos modos. Mi madre dice que se ha vuelto loca de pena. En cuanto muera, mi madre irá a Irlanda a convencer a papá de que necesitan una casa como Dios manda en Inglaterra. No puede seguir viviendo con Victoria.

Boysie enarcó una ceja.

—Eso tiene todos los visos de acabar en desastre. No sé quién va a volverse loca antes, si Victoria o tu madre. Son las dos igual de insoportables.

Llamó con un gesto la atención del camarero y pidió otra botella de vino.

—¿Por qué no vamos a pasar un último verano allí, antes de que lo vendan? —propuso Celia emocionada—. ¡Ay, sí! Sería la bomba. Podemos rebuscar entre los escombros. Sabe Dios lo que encontraríamos. Y podemos alojarnos en casa de Kitty. ¿Tenéis que llevar a vuestras mujeres? ¿No podéis decir que es un asunto familiar y que se queden en casa? ¿No podéis daros prisa y dejarlas embarazadas? ¡No podría soportarlas todo el verano!

Harry miró a Boysie a través de un velo de humo.

—¿Qué dices, muchacho?

Boysie se encogió de hombros.

—Es posible, claro. —El camarero se acercó y les llenó las copas—. ¿Y tú? ¿Podrías dejarte a Archie en casa?

—Claro que sí —contestó Celia sin titubear—. Se marcha a Escocia a partir del doce de agosto, a cazar, pescar y vete tú a saber qué más. Ya sabéis lo que opino de Escocia. Él puede irse a hacer lo que le apetece, y yo también. Vamos, hagámoslo. Harry, tú puedes decirle a Charlotte que tienes que ir a casa a discutir asuntos familiares que no le conciernen. Y Boysie, tú dile a Deirdre lo que se te ocurra, con tal de que vengas solo. Eres muy ingenioso. Seguro que algo se te ocurre.

Levantaron los tres sus copas.

—¡Por nuestro último verano! —dijeron.

Celia se vio obligada a enviar una carta a Kitty, pues aún no se había instalado la línea telefónica en el castillo de Dunderry. Tras su visita al mercado de Ballinakelly, Kitty no había vuelto a salir de casa por miedo a encontrarse con Michael Doyle. Había mentido a Robert respecto a su «mareo», asegurándole que había sido un ataque repentino de claustrofobia. Él la había llevado a casa y había vuelto después con Peter, que sabía más que él de caballos, y entre los dos habían elegido una hermosa yegua gris que había encantado a Kitty, sobre todo porque de ese modo no tendría que volver a Ballinakelly.

Cuando recibió la carta de Celia, se llevó una alegría. Corrió al cuarto de los niños, donde Elspeth estaba jugando con los pequeños, y le anunció que Celia, Harry y Boysie vendrían a pasar el mes de agosto con ellos.

—¡Qué ilusión me hace! —exclamó, emocionada—. ¡Pensar que podemos volver a estar todos juntos! Como en los viejos tiempos.

—Solo que no hay castillo —dijo Elspeth apenada.

—Eso no importa. Estaremos todos juntos. —De pronto se acordó de Bridie y se le encogió el corazón—. Bueno, *casi* todos. Da igual, estarán Celia, y Harry, y Boysie, que es muy divertido. Podemos hacer pícnic en la playa, ir a remar, montar a caballo por las colinas y hacer todo lo que hacíamos antes. —Se sentó en el suelo y cogió en brazos al pequeño Jack, que estaba jugando con un coche de bomberos de juguete—. Tengo que enseñarle a Jack a buscar hadas. —Le dio un beso en el moflete—. Me pregunto si él también tiene el don.

Elspeth se quedó de una pieza.

—¡Tú y tu imaginación! —exclamó.

Pero Kitty pasó los dedos por la cabellera pelirroja del pequeño,

meditabunda.

A mediados de marzo, las reformas de Casa Blanca estuvieron concluidas por fin. Kitty se trasladó allí con Robert y el pequeño Jack y se afanó en convertirla en un hogar. Dejó sus vestidos guardados en el armario y pasó días y días en pantalones, con las perneras enrolladas, cavando en el jardín y plantando verduras y flores. Su tío Rupert había tenido jornaleros que se encargaban de cultivar y mantener los hermosos jardines y huertos que daban al mar, pero Robert no disponía de dinero para lujos innecesarios y Kitty se vio obligada a encargarse ella misma del jardín. Disfrutaba, no obstante, ensuciándose las manos y viendo al pequeño Jack revolviendo la tierra en busca de lombrices y caracoles. Pasaban muchas horas juntos, mirando a los pájaros que anidaban en los matorrales de espino blanco y a los conejos que mordisqueaban los brotecillos verdes en cuanto empezaban a asomar. A Jack le gustaban especialmente las flores, y Kitty se preguntaba si veía las lucecitas danzarinas que revoloteaban a su alrededor. No sabía si Jack percibía a esos espíritus felices o si eran las abejas y las mariposas las que captaban su atención.

Aunque estaba muy atareada creando un hogar que pudiera amar, Kitty tenía siempre en el pensamiento a Jack O'Leary, cuya cara se le aparecía constantemente, tanto en forma de recuerdos como de fantasías que no trataba de ahuyentar, sino que, por el contrario, alimentaba. Le era imposible estar en Irlanda sin que Jack formara parte de su mundo. Jack era Irlanda e Irlanda era Jack, y la una estaba incompleta sin el otro. Era absurdo tratar de refrenar sus sentimientos porque seguía queriéndolo del mismo modo que amaba la llovizna, las colinas escarpadas, la arena blanca y el mar tempestuoso: con todo su ser.

Ver a Michael Doyle había abierto una cámara de su memoria sellada hacía mucho tiempo, y ahora el rostro amenazador y la presencia ominosa de Michael afloraban también en cuanto perdía el control de sus pensamientos. Al verlo en el mercado la había impresionado el aura turbia que lo envolvía, como si fuera un espíritu maligno atrapado en el limbo, igual que Egerton Deverill. Percibía, no obstante, que Michael seguía vivo y coleando, y la idea de volver a verlo la llenaba de terror. Deseaba ser capaz de superar ese miedo. Había superado ya tantas cosas... Pero la crueldad de la señorita Grieve no era nada comparada con la violencia de aquella mañana en la granja de los Doyle. Michael seguía viviendo en Ballinakelly y eso empañaba la

felicidad de su regreso.

Sus temores no tardaron en empezar a materializarse. Al principio pensó que estaba viendo alucinaciones, sombras y efectos de la luz a lo lejos, entre los matorrales, que la hacían sentir que Michael estaba allí, vigilándola. En esas ocasiones entraba en casa y espiaba desde detrás de la cortina de su dormitorio. De noche, cuando estaba tumbada en la cama y oía el ruido que hacía el viento al sacudir el cristal, pensaba que era Michael que trepaba por la pared con intención de colarse por la ventana y violarla de nuevo. Adquirió la costumbre de dormir todas las noches con Robert, acurrucada a su lado, porque era el único lugar donde se sentía a salvo. Cuando trabajaba en el jardín, le pedía a Hetty que se quedara fuera con ella, y cuando la muchacha entraba a dar de comer al pequeño Jack, ella seguía cavando con la frente sudorosa, el corazón desbocado y los ojos fijos en el suelo, diciéndose que estaba siendo una idiota, que Michael no se atrevería a presentarse allí.

Pero *sí* se atrevió. Una mañana, llegó a la puerta y llamó al timbre. Kitty se escondió y le dijo a Bridgeman que le dijera que no estaba. Si tenía la audacia de presentarse en su casa, ¿qué sería lo siguiente? Presa del pánico, Kitty mandó al mozo de cuadras a Ballinakelly con una nota para Jack. Debía acudir enseguida a su casa con la excusa de atender a un caballo cojo. Necesitaba su ayuda inmediatamente.

Kitty esperó paseándose por el jardín con impaciencia y retorciéndose las manos. Por fin, el cochecito de Jack subió traqueteando por el camino. Kitty cruzó corriendo el césped para salir a su encuentro. Jack se apeó y se quitó la gorra.

—Buenos días, señora Trench —dijo lanzando una mirada furtiva a la casa para ver si alguien los observaba.

—Gracias a usted por venir, señor O’Leary. La yegua está en los establos. Permítame que lo acompañe. —Hundió las manos en los bolsillos para ocultar su temblor—. ¿Verdad que hace buen día? —preguntó absurdamente.

—Sí, precioso —contestó él.

Se acercaron a los establos, donde el mozo que había ido en bicicleta a Ballinakelly para llevar la carta estaba barriendo.

—Seamus, ¿harías el favor de vaciar mi carretilla? Está en el jardín, llena de hierbajos. Puedes echarlo todo a la hoguera del prado. Voy a enseñarle mi yegua al señor O’Leary.

El chico asintió en silencio, dejó el cepillo apoyado contra la pared y salió

apresuradamente.

Kitty abrió la puerta de la caballeriza y entraron. La yegua de Kitty estaba sobre un lecho de paja, en perfecto estado de salud. Jack acarició su cuello y miró a Kitty.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Se trata de Michael. Viene a por mí —dijo ella en voz baja, llevándose la mano al pecho para aquietar su corazón—. Tengo miedo, Jack.

—¿De Michael? ¿Por qué? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Fue él quien quemó el castillo, Jack.

Él asintió sin mostrar sorpresa alguna.

—Ya lo sospechaba.

—Quemó el castillo y te tendió una trampa para que los británicos te detuvieran.

Al oír esto, Jack dejó de acariciar a la yegua.

—¿Qué estás diciendo, Kitty?

—La verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él mismo.

—¿Cuándo?

—Cuando fui a su casa, la mañana después del incendio. Sabía que había sido él. Fui a encararme con él.

—¿Y te dijo que me había traicionado?

—Sí. Me dijo que había quemado el castillo y que te había traicionado.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso? Luchábamos en el mismo bando.

—Por *mí*. —Sus ojos centellearon en la penumbra del establo—. No quería que estuviéramos juntos.

La yegua resopló con impaciencia y empujó a Jack con el hocico, pidiéndole que le hiciera caso. Él posó distraídamente la mano sobre su morro.

—Te lo habría dicho, pero te detuvieron y luego, cuando por fin volvimos a vernos, no supe por dónde empezar —añadió Kitty.

—Bueno, puedes contármelo ahora —respondió él con dureza, mirándola fijamente—. Desde el principio.

Kitty respiró hondo.

—Bridie es la madre del pequeño Jack.

Jack se echó hacia atrás bruscamente.

—¡Dios santo!

Ella tragó saliva.

—Mi padre la sedujo —dijo—. Michael asegura que la violó. —Sacudió la cabeza vigorosamente—. Pero yo no puedo creerlo. *Me niego* a creerlo. No creo que mi padre sea capaz de esa clase de... violencia —dijo con esfuerzo, y se frotó el cuello—. Por eso Michael quemó el castillo, para vengarse.

—¡Dios santo! —repitió Jack—. ¿Cómo es que tienes tú al niño?

—Bridie debió de hacérmelo llegar de algún modo antes de marcharse a América. Por eso mi padre no me deja volver a casa, porque Jack es hijo suyo y le abochorna mirarlo. —Respiró hondo, acordándose de aquella mañana en la granja de los Doyle—. Michael me dijo que, mientras las tropas estaban atareadas intentando apagar el incendio, tú estabas robando armas y llevándolas a un escondite. Pero me dejó muy claro que no llegarías a tu destino.

Jack se acercó a ella y la estrechó apasionadamente en sus brazos.

—Michael no me traicionó porque yo estuviera enamorado de una británica, sino porque te quería para sí. ¡El muy canalla!

—Ha estado vigilándome, Jack. Tengo miedo de que me haga daño.

—No permitiré que te haga ningún daño, Kitty.

Ella cerró los ojos, conteniendo las lágrimas. ¡Cuánto deseaba decirle que ya se lo había hecho!

Jack esperó a Michael Doyle en una zanja. El cielo estaba iluminado por las estrellas, pero espesos nubarrones se habían congregado sobre el océano y avanzaban velozmente hacia el interior, empujados por un mal viento. Jack había bebido whisky para darse ánimos, y había embotado lo justo el filo de su ira para no comportarse como un loco. Su corazón era una piedra dentro de su pecho. Por culpa de Michael Doyle, los británicos lo habían encarcelado. Por culpa de Michael Doyle, su sueño de empezar una nueva vida en América con Kitty se había hecho pedazos. Por culpa de Michael Doyle, la chica a la que quería había tenido que abandonar su casa y trasladarse a Londres, donde él no pudiera encontrarla. La rabia bullía ahora quedamente en sus entrañas mientras esperaba a Michael Doyle.

El viento le llevó el lúgubre ulular de un búho desde el bosque lejano,

donde últimamente se dejaba oír a menudo el aullido estridente de la Banshee. El mar susurraba constantemente al embestir contra las rocas. Las vacas dormían a pesar del viento y mugían de vez en cuando. Jack oyó el rumor de un animalillo entre el brezo y, a continuación, el sonido de unos pasos en el camino. Michael volvía tranquilamente a casa desde la taberna.

El camino que llevaba de Ballinakelly a la granja de los Doyle era solitario. Serpenteaba entre las colinas pedregosas describiendo suaves meandros como un arroyo, benévolo a la luz de la luna. Los pasos fueron haciéndose más fuertes a medida que se acercaban pisando la tierra y las piedras. Por fin, la negra y robusta figura de un hombre apareció en el camino, recortándose contra el cielo gris oscuro. Jack se levantó y salió al centro del camino. Michael se sobresaltó. Había vivido demasiadas emboscadas como para no alarmarse.

—Jack O’Leary —dijo con una voz que evidenciaba su alivio y su borrachera—. ¡Creía que eras un guardia! ¿Qué haces aquí!

—He venido a verte.

Michael se meció como el mástil de un barco.

—¿A qué debo el placer? —farfulló con dificultad, como si le costara pronunciar las palabras.

Se miraron el uno al otro de frente: dos hombres que habían luchado codo con codo, como hermanos.

—¿Fuiste tú quien quemó el castillo de Deverill?

Los ojos de Jack relucieron como acero mientras el viento rasgaba fugazmente las nubes dejando que la luna proyectara su luz sobre la tierra como un faro.

—¿Y qué si fui yo? Ese castillo era una símbolo de la supremacía británica. Ya lo sabes. Tenía que desaparecer. —Soltó una risa salvaje—. ¿Para preguntarme eso has esperado toda la noche en una zanja, Jack O’Leary?

—No lo hiciste porque fuera británico. Lo hiciste para vengar a tu hermana. ¡No me mientas, Michael!

Michael hizo una mueca pero no dijo nada.

—Me tendiste una trampa, ¿verdad? —continuó Jack—. ¡Querías quitarme del medio!

—¿Quién diablos te ha dicho eso? ¡A ver si espabilas, O’Leary! ¿Por qué iba yo a querer perder a un buen hombre? —Pestañeó con fuerza, tratando de mantener la concentración.

—¡Porque tenía a la mujer a la que tú no podías tener!

—¿Crees que te mandarían a la muerte por una mujer? ¡Dios santo, tuviste demasiado tiempo para pensar allí dentro!

—¡No pensé lo suficiente! No sospeché que habías sido quien me había delatado.

—Has estado haciendo caso de chismes de mujeres —gruñó Michael.

Al ver su mueca de desprecio, Jack comprendió hasta qué punto había sido ingenuo.

—Diste el chivatazo a los británicos de que estaría en la estación, ¿verdad? —dijo, comprendiendo al fin la verdad con un flogonazo de lucidez—. ¡Por eso a ti te soltaron y a mí me mandaron a la cárcel! Había orden de detención contra los dos, pero *tú* saliste libre. ¡Canalla! Debería haberme dado cuenta, pero nunca creí que pudieras caer tan bajo.

—Has perdido la chaveta, Jack. ¡Vete a casa a dormir! —Michael echó a andar de nuevo, pero Jack le cortó el paso.

—¿Qué hacías husmeando por casa de Kitty Deverill? ¿Qué pintas tú allí? —preguntó ásperamente.

—¿Y a ti qué más te da?

—Te lo estoy preguntando, dímelo.

—Tiene a mi sobrino, ¿o eso no lo sabías?

—Dejaste solo al chico.

Michael sonrió. Sus dientes brillaron, blancos, en contraste con su cara ensombrecida.

—¿Te ha mandado ella a ahuyentarme, como un perro?

Jack hizo oír su voz por encima del viento:

—No te acerques a ella ni a su hijo, ¿me oyes? Déjalos en paz.

—¿Desde cuándo eres tan blando? La lucha no ha acabado. Pero tú te has vendido, ¿verdad que sí, Jack O’Leary? Antes querías una Irlanda libre e independiente, ardías de indignación. Ahora solo quieres arrellanarte frente a la chimenea con esa puta...

Jack le asestó un puñetazo antes de que pudiera terminar la frase. Michael retrocedió llevándose la mano a la cara. Notaba un sabor a sangre en la boca.

—¡Santo Dios! ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Jack estaba temblando. Levantó el puño.

—Vuelve a llamarla puta y acabaré contigo de una vez por todas.

Pero Michael Doyle disfrutaba provocándolo e, impulsado por la bebida,

era incapaz de parar.

—Ella se lo buscó, Jack. Vino a mi casa. Vino a mí voluntariamente. Yo no se lo pedí, pero le di lo que quería. —Entornó los ojos y sonrió malévolamente—. La tumbé encima de la mesa y me la follé, Jack. Me la follé por detrás como una puta. ¿Te ha contado *eso*?

Jack estaba anonadado. Vaciló con el brazo en el aire, tratando de asimilar las palabras de Michael. Tardó en reaccionar y Michael le lanzó un puñetazo al estómago antes de que pudiera impedirselo. Jack se dobló por la cintura y trató de recuperar la respiración.

—¿No eras lo bastante hombre para hacerlo tú, Jack? ¿Tenías que dejarme a mí que le enseñara de lo que es capaz de hacer un hombre *de verdad*? — Michael le dio un rodillazo en las costillas y Jack cayó al suelo con un gruñido—. No vuelvas a amenazarme, ¿me oyes? —gritó—. Ya no estamos en el mismo bando, Jack. Eras demasiado blando para seguir luchando. Michael Collins nos vendió y tú le seguiste sin rechistar, contento de mandarlo todo al diablo. Pero mira lo que le pasó. Muerto en la carretera de Béal na Bláth. La guerra no ha terminado, Jack. Y tú estás en el bando perdedor —añadió propinándole una patada en los riñones.

Jack había agarrado una piedra de buen tamaño. La furia amortiguó el dolor de su costado. Solo pensaba en su amada Kitty arrojada sobre la mesa y en Michael echándose encima de ella. Levantó la piedra y se la lanzó a Michael, confiando en hacerle algún daño. Confiando en ganar tiempo. Pero la piedra le dio en la sien y Michael cayó hacia atrás sobre la hierba como el gigante vencido de un cuento de hadas.

Jack se levantó con esfuerzo, con la mano en el estómago. Las nubes volvieron a abrirse y el ojo plateado de la luna miró a Michael Doyle, que se palpaba la cabeza herida.

—¡Santo cielo, Jack! —exclamó retorciéndose de dolor.

Jack estaba tan lleno de rabia que deseaba acabar con él. Matarlo a patadas. Pero Michael estaba borracho y, ahora, indefenso, tocándose la herida con mano temblorosa. Jack no tuvo valor para matarlo.

—No vuelvas a acercarte nunca a Kitty, ¿entendido? —gruñó—. O acabaré lo que he empezado y que el diablo se lleve tu alma.

A la mañana siguiente Kitty estaba en el comedor, desayunando, cuando

llamaron a la puerta. Un momento después, Bridgeman apareció en el umbral.

—Ha venido a verla el señor O’Leary, señora Trench —dijo.

Robert miró a Kitty con el ceño fruncido.

—¿No es el veterinario?

—Sí —contestó ella con calma.

—¿Lo has llamado tú?

—No.

—Ah. —Robert levantó las cejas—. Gente extraña, los irlandeses.

Kitty sonrió.

—Cariño, eso no es muy amable —dijo—. Voy a ver qué quiere.

Salió apresuradamente al recibidor. Al ver a Jack magullado, con un ojo morado y un corte en el labio, se le heló el corazón.

—Buenos días, señora Trench —dijo él quitándose la gorra.

Kitty lo miró horrorizada. De pronto vio a la señorita Grieve muerta sobre la grava. ¿No habían vivido ya ese momento?

—¿Qué has hecho? —musitó.

—Michael Doyle no volverá a molestarte —contestó él llanamente—. Le habría matado si no hubiera estado borracho como una cuba.

Kitty tomó aire bruscamente y apoyó la mano en el marco de la puerta para no caerse.

—Creo que debería echarle un vistazo, señor O’Leary —dijo en voz alta y, pasando junto a Jack, se dirigió a los establos.

No volvió a hablar hasta que estuvieron solos. La yegua volvió a ser el único testigo de su conversación.

—Por Dios, Jack, ¿qué ha pasado? —preguntó Kitty mientras miraba ansiosamente su cara maltrecha.

—¿Por qué no me lo dijiste, Kitty? —replicó él con voz ronca.

Ella comprendió por su mirada de angustia que sabía lo que le había hecho Michael.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él de nuevo.

—No podía —susurró ella.

—No podías llevar tú sola ese peso, Kitty. Es demasiado grande para una sola persona. —Posó la mano sobre su brazo—. Yo te habría ayudado a soportarlo.

—Me daba vergüenza.

—¿De qué? No tienes nada de lo que avergonzarte. Tú no lo pediste.

Kitty sintió que le ardía la cara.

—Pero fui allí, Jack. Fui allí por propia voluntad. Fui a encararme con él por haber quemado el castillo. No sé cómo se me pudo ocurrir.

Él tomó su cara acongojada entre las manos y le sostuvo la mirada.

—Eres un chica valiente, Kitty Deverill. Tu valentía no es un crimen y él no tenía derecho a tocarte. Ningún derecho, en absoluto. Que se queme en el infierno. —Enjugó las lágrimas de Kitty con los dedos, suavemente, y la besó en la frente—. Deja que yo lleve esa carga, cariño mío. Olvídate de ella.

Kitty sollozó contra su pecho.

—No puedo vivir sin ti, Jack —dijo, y se preguntó cómo podía haberlo creído posible—. No quiero vivir sin ti.

Kitty galopó con su yegua por las colinas. El cielo formaba una hermosa panoplia de índigo y oro mientras el sol avanzaba lentamente hacia el horizonte para asomarse al otro lado del mundo. El mar era un lecho de satén violeta festoneado de espuma y plisado por el oleaje, que subía y bajaba suavemente, agitado por la tierna caricia del viento. La casa de Jack se hallaba aislada, al final de un camino de tierra, rodeada por campos arbolados y por una lengua de tierra que se adentraba en el mar. Jack esperaba allí a Kitty, listo para llevar su caballo al establo, donde había agua y refugio. La estrechó en sus brazos y la besó. Esta vez, su rostro estaba lleno de felicidad. Las arrugas producidas por la angustia se habían alisado, sus ojos ya no reflejaban dolor y en su boca se dibujaba una sonrisa alegre, como antes de que Michael Doyle le arrebatara todo lo que amaba.

Tomándola de la mano, la condujo a la casa. El fuego del cuarto de estar estaba encendido. La estancia olía a humo de turba, a libros polvorientos y a pan recién horneado. Jack se volvió y sonrió, y en ese instante volvió a ser el muchacho al que ella había conocido tantos años atrás, con su halcón y su perro y su amor por todos los seres vivos, incluso por las arañas y las ratas de las que Bridie tenía tanto miedo. Se acercó a la escalera, cuya alfombra estaba raída por el paso del tiempo, y comenzó a subir. No dijeron nada mientras Kitty lo seguía arriba. Había algo mágico en aquel silencio que ninguno de los dos quería romper.

Jack la llevó a su dormitorio. No tenía gran cosa: una cama grande, una sencilla cómoda de madera, un armario, un espejo de pie y una librería. La ventana estaba abierta y las cortinas se agitaban con la brisa, cuyo aliento arrastraba el olor terroso de principios de la primavera. Kitty comprendió por su mirada que llevaba años esperando aquel momento. Sus ojos le dijeron que su amor no tenía límites, ni condiciones. Que curaría las heridas del pasado y reduciría a cenizas cualquier recuerdo de Michael Doyle.

Jack deslizó las manos por su cuello, acalorado aún por la galopada, y acarició sus mejillas con los pulgares. Contempló su rostro como si deseara

grabar en su memoria cada uno de sus rasgos. No se apresuraron. Tenían tiempo. Allí, en aquella casita aislada, formaban un mundo aparte. Jack inclinó la cabeza y concentró en su beso todos sus anhelos, todos sus sueños y fantasías de juventud. Kitty pasó las manos por su camisa, sintió debajo el calor de su cuerpo y cerró los ojos. No tenía miedo. En brazos de Jack se sentía a salvo. Su cálido abrazo borraría todo lo anterior.

Le sacó la camisa de los pantalones y se la desabrochó. Recorrió con las yemas de los dedos sus costillas, cubiertas por un hematoma de color ocre, y por su pecho. A diferencia de Robert, Jack tenía un torso musculoso y velludo, el torso de un hombre que no pagaba a otros para que trabajaran por él. A Kitty le pareció profundamente turbador, y acercó el oído a su pecho para oír el corazón que latía debajo y para aspirar su olor, que conocía tan bien.

Jack le sacó la blusa de la cinturilla de los pantalones y se la sacó por la cabeza. Kitty se quedó en camiseta interior. El cabello rojo le caía en espesas ondas sobre la piel pálida de los hombros. Incapaz de resistirse, él hundió la cara en su cuello y la besó. Al sentir la aspereza de su mejilla y sus labios, una oleada arrolladora inundó a Kitty. Apartándose de él, se sentó en la cama para que Jack la ayudara a quitarse las botas y los pantalones. Los dos sentían una urgencia repentina, un impulso cada vez mayor de entrelazar sus cuerpos tan fuertemente que nada pudiera separarlos. Las inhibiciones de Kitty no tenían cabida en aquella habitación, con Jack, que la conocía y la amaba desde que ambos podían recordar.

Él se detuvo al pie de la cama y se desabrochó los pantalones. Al inclinar la cabeza, el cabello castaño le cayó sobre la frente y Kitty se acordó de aquella vez que él la ayudó a coger ranas en el río. Seguía siendo el mismo, solo que más curtido. El tiempo y la experiencia habían ahondado las arrugas que rodeaban sus ojos y su boca y oscurecido su piel. Sintió que su corazón se llenaba de gratitud hacia Dios porque hubiera tenido a bien preservarlo, a pesar de todo lo que había sufrido.

Cuando al fin Jack se tumbó en la cama, a su lado, fue como si los años no hubieran transcurrido. Él pasó las manos por las suaves ondulaciones de su cuerpo como si fuera el primero y ella disfrutó de sus caricias como si su confianza en los hombres no se hubiera quebrado nunca. Mientras Jack le hacía el amor, descubrió que aquel acto que antes la había horrorizado no era algo repulsivo a fin de cuentas, sino la manifestación del amor profundo y duradero de dos personas.

La novela de Robert se publicó a principios de mayo. Kitty fue la primera en leerla. Se tumbó en una alfombra, en el césped, rodeada por las flores y los arbustos que ella misma había plantado y, mientras aspiraba el dulce aire primaveral, devoró la historia de amor que Robert había escrito a todas luces para *ella*. Era una narración muy hermosa y Kitty no pudo dejarla hasta el final. Robert escribía con un estilo fluido y lírico que arrastraba al lector sumergiéndolo en el argumento, y en ocasiones Kitty se rio a carcajadas, lo que era extraño porque su marido no era una persona particularmente divertida. Estaba muy orgullosa de él. Aunque le habían pagado muy poco por la novela, confiaba en que se vendieran suficientes ejemplares para animarlo a escribir otra. Habían vendido la casa de Londres y habían dado la espalda a Inglaterra definitivamente. Ella deseaba fervientemente pasar el resto de su vida en Irlanda. Allí estaba su lugar. Allí era feliz al fin, y allí podía estar cerca de Jack.

La primavera dio paso al verano y el pequeño Jack crecía tumultuosamente. Le encantaba explorar las playas, jugar con los perros que Robert le había comprado, de una camada que había tenido la perra de Peter, y divertirse con sus primos. Kitty no hacía ningún esfuerzo por ver a su padre. Visitaba a su abuela y a las Arbolillo, pasaba tiempo con su hermana y con Grace y se escapaba a ver a Jack cada vez que podía escabullirse sin levantar sospechas. Mientras su padre no deseara verla, prefería evitarle. Estaba demasiado ocupada pensando en Jack para preocuparse por eso.

En agosto llegaron Celia, Harry y Boysie, con su buen humor, sus risas y sus exigencias de entretenimiento constante. Kitty organizó pícnic, paseos a caballo por las colinas, excursiones a Cork y comidas y cenas con sus vecinos, en las que Boysie los entretenía a todos tocando el piano y Celia los arrastraba a bailar. Nadie, de hecho, parecía disfrutar tanto como Celia de su regreso a Ballinakelly.

—Me gusta tanto este sitio... —dijo un día en la torre de Adeline, arrellanada en un sofá raído con Boysie y Harry, mientras Kitty ocupaba el sillón de Hubert.

—Qué gentío. No cabe ni un alfiler —dijo Adeline antes de beber un sorbito de la infusión de cannabis que le había preparado Kitty—. Hubert está furioso, pero no ve por qué Barton tendría que marcharse. Dice que él estaba aquí

primero y que tiene derecho a quedarse. Y eso no se puede negar.

Celia soltó una risilla.

—¡Me parece que bebes demasiado infusión de cannabis, Adeline!

Pero Kitty sabía que no eran fantasías de su abuela, porque tanto Hubert como Barton estaban junto a la ventana con cara de enfado por haber visto invadida así su morada.

Adeline le pasó la tetera a Boysie.

—Por lo menos nunca estoy sola —dijo—. Además, tengo un fuego estupendo, hasta en pleno verano. Si no, aquí hay mucha humedad. Pero la verdad es que no querría estar en ninguna otra parte. No puedo dejar que Hubert se las componga solo con sus parientes, ¿verdad que no?

Boysie se sirvió infusión en una taza y le pasó la tetera a Harry.

—Deberíamos beber más de esto. Quiero habitar en el mundo de lady Deverill.

—Me temo que no es el cannabis —dijo Harry—. Mi abuela y Kitty ven a los muertos, las dos. Dicen que es un don. Yo digo que es un defecto de fabricación.

Kitty miró a los ojos a Adeline y sonrió.

—Antiguamente nos habrían quemados en la hoguera —dijo.

—Siempre he pensado que te lo inventabas —comentó Celia—. Esa historia sobre la maldición y Barton Deverill y sus herederos atrapados en el castillo hasta que un O'Leary vuelve a vivir aquí.

Cogió la tetera que le tendía Harry y volvió a llenar su taza vacía. Luego miró fijamente a Kitty, acordándose de su conversación en el jardín, cuando su prima le confesó que amaba al hombre con cuyo nombre había bautizado al pequeño Jack.

—¿Qué fue de Jack O'Leary? —preguntó.

—Es el veterinario del pueblo —contestó Kitty, esquivando su mirada—. Su padre resultó herido en la guerra y Jack tuvo que hacerse cargo de la consulta.

—Sí, es verdad. —Celia entornó los ojos—. Tenía muy buena mano con los animales. No le tenían ningún miedo. Ni siquiera los conejos silvestres y los ciervos. ¿Te acuerdas de que nos decía el nombre de todos los pájaros? Los conocía todos.

—Ni que fuera san Francisco de Asís —comentó Boysie con sorna.

—No creo que tuviera nada de santo. Que yo recuerde, era endiabladamente guapo —repuso Celia—. Dime, Kitty, ¿se ha casado?

—No, vive solo —respondió su prima.

Celia sonrió.

—Vaya, vaya. Qué peligro.

Le pasó la tetera a Kitty, que se sirvió lo que quedaba pensando en Jack, solo en la casita junto al mar. ¿Querría tener familia algún día? Bebió un trago y ahuyentó la sombra de mala conciencia que cubrió su corazón como una nube negra cubría un cielo despejado.

—Algún día, un O'Leary regresará para reclamar estas tierras —declaró Adeline solemnemente.

—¿Tú crees? —preguntó Celia—. Puede que el futuro hijo de Harry y Charlotte se case con la futura hija de Jack. Con eso bastaría para levantar la maldición, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contestó Adeline con firmeza—. Así, todos estos pobres espíritus podrán regresar a casa, adonde pertenecen.

Harry dio un codazo a Boysie y sonrió, porque no creía en cosas que no podían verse con los ojos.

—Si eso no pasa —añadió su abuela, clavándole una mirada severa—, tú también acabarás tus días aquí, Harry. Serás un alma en pena, furiosa y errante, incapaz de llegar a la luz. El Limbo es un mundo muy oscuro.

Harry dejó de sonreír.

—Me temo que no creo en fantasmas, abuela.

—Las ondas que circulan por el éter no se ven y eso no te impide escuchar la radio. Lo lamento, querido, pero tu escepticismo no altera tu destino, ni te protege de él. La maldición de Maggie O'Leary se mantiene en pie, y hasta que un O'Leary reclame estas tierras, nada podrá levantarla.

Celia se removió en el sofá.

—Uy, me encantan las historias de fantasmas —dijo—. Cuéntenos otra, Adeline.

—Estás condenado, muchacho —dijo Boysie—. Puede que acabes aquí, después de todo.

Harry puso cara de fastidio.

—Bueno, por lo menos no estaré solo.

Unos días después, el espíritu de Adeline abandonó su cuerpo viejo y cansado y flotó hacia la luz, como siempre había sabido que ocurriría. Bertie regresó al

pabellón de caza después de que oscureciera y descubrió que su madre no estaba allí. De mala gana, subió las escaleras del ala oeste del castillo y encontró su cadáver ya frío e iluminado fantasmalmente por las ascuas de la chimenea. La llevó en brazos abajo mientras su padre lo observaba desde la penumbra de su existencia entre dos mundos. Hubert la había visto partir y ella se había despedido de él con la promesa de volver en cuanto pudiera.

—El amor nos unirá siempre, para toda la eternidad —le dijo.

De modo que Hubert la esperaría. A fin de cuentas, no tenía nada mejor que hacer.

Bertie tendió a su madre en su lecho del pabellón de caza. Encendió velas y le puso una Biblia en las manos. Tenía una expresión serena, pensó, como si acabara de tomar un enorme trago de esa infusión de cannabis que le gustaba beber. Tenía los ojos cerrados, la piel traslúcida y una sonrisilla en los labios: la sonrisa de una persona convencida de que existía el paraíso y de que tenía reservado un lugar en él. Bertie se sentó en la cama y apoyó la cabeza en las manos. Sus padres habían muerto; su hermano Rupert, también. Solo le quedaban su hermana pequeña, que había emigrado hacía mucho tiempo a América, deshonrada, su esposa, de la que estaba separado, Harry, Victoria, Elspeth... y su hijo Jack. El niño al que se negaba a reconocer; la encarnación de su mayor vergüenza. ¿Qué había sido de su familia, antes tan unida y ahora tan dislocada?

Adeline recibió sepultura en la iglesia de Saint Patrick de Ballinakelly, junto a Hubert y otros miembros del linaje de los Deverill que se remontaban hasta el propio Barton, cuya lápida apenas era legible debido al musgo y los líquenes que la cubrían. Stoke y Augusta, Digby y Beatrice, Victoria y Eric, Maud y las gemelas, Vivien y Leona, viajaron al condado de Cork para el funeral. La familia volvió a reunirse para aquella triste ocasión, en medio de un clima de fatalidad. Reinaba, en efecto, la sensación de que una era había tocado a su fin. La presencia de Adeline los había mantenido unidos hasta entonces, aunque fuera de una manera muy tenue. Era como si la cuerda se hubiera roto y, como una bandada de pájaros, los Deverill estuvieran a punto de levantar el vuelo, cada uno en una dirección.

Las Arbolillo lloraban con el pañuelo en la mano mientras Maud permanecía sentada con expresión marmórea. Bertie había bebido tanto de la infusión de cannabis que le gustaba a su madre que le sonreía con indulgencia, como solía hacer antes de que la infelicidad de su esposa horudara su *joie de*

vivre, aparentemente inexpugnable. Kitty lloraba acordándose del refugio que había sido para ella la salita de estar de su abuela durante su niñez, cuando huía de la hostilidad de la señorita Grieve buscando el calor y el afecto incondicional de Adeline. Robert tomó su mano y se la apretó, y ella le agradeció el gesto. Victoria, sentada junto a su madre sin verter una lágrima, pensaba en todas las cosas que se estaba perdiendo en Londres, mientras Elspeth lloraba la muerte de su abuela, a la que nunca había conocido de veras. Harry y Boysie se sentaron juntos, Boysie intentando calcular cuándo podrían escabullirse, y Harry preguntándose si su abuela tendría razón en lo de la maldición de Maggie O’Leary y si sus intentos de abandonar Irlanda para siempre se verían frustrados al morir. La eternidad era muy larga para pasarla encerrado en el castillo. Celia se enjugaba los ojos y recordaba los buenos tiempos, que, alimentados por la pena, cobraban dimensiones desproporcionadas. Dudaba de que pudiera volver a ser tan feliz como lo había sido en el pasado, en el castillo de Deverill.

La familia se reunió en el pabellón de caza para almorzar. La presencia del párroco confirió cierto clima de formalidad a la ocasión, como en los tiempos en que Hubert y Adeline invitaban al reverendo Daunt a cenar con tediosa regularidad. Bertie presidió la mesa. Tenía la mirada velada, como si estuviera muy lejos de allí y actuara mecánicamente, con los labios flácidos y el rostro, antaño tan hermoso, abotargado, enrojecido y cubierto de sudor. Había saludado a Kitty con cariño, lo que los sorprendió a ambos, y le había preguntado si se encontraba a gusto en la Casa Blanca. A continuación, se había interesado por el pequeño Jack. Cuando Kitty le dijo que se estaba convirtiendo en un Deverill muy guapo, Bertie contrajo los labios hinchados y asintió con la cabeza.

—Bien, bien—dijo.

Luego, sin embargo, volvió a abstraerse, sumido en otros pensamientos.

Después del almuerzo, se levantó para dirigir unas palabras a la familia. Le costó sostenerse en pie. Se tambaleaba ligeramente, como si estuviera en un barco, capeando el oleaje.

—Amigos y familiares—comenzó, y Kitty miró a Harry y le hizo una mueca nerviosa.

No estaba segura de que su padre estuviera en condiciones de concluir su discurso. Harry bajó los ojos, avergonzado. Kitty lo miró con el ceño fruncido, pero él clavó la mirada en la mesa y se negó a levantarla.

—Me entristece que nos hallemos reunidos aquí hoy, en este día tristísimo, para despedir a mi querida madre, Adeline. Este es, de hecho, el final de una era. Pero cada final marca un nuevo comienzo y así habrá de ser para todos nosotros. Gracias a los que habéis venido desde Inglaterra. Mi abuelo solía decir que los Deverill ingleses, o los «Diablos Ingleses», como decía él, eran los únicos que tenían suerte.

Bertie se rio.

—En muchos aspectos tenía razón —prosiguió—. Pero todos luchamos en la guerra, unidos por un enemigo común, y todos sufrimos juntos por Inglaterra. Vosotros perdisteis a vuestro querido George y nosotros perdimos a Rupert. Las dos ramas de los Deverill padecieron enormemente. De nuevo nos unió nuestro dolor. Y, aunque la guerra terminó en Europa, nosotros tuvimos que soportar la lucha de los republicanos por la libertad. Debido a ella, perdimos nuestro hogar. Nuestro antaño magnífico castillo, uno de los mejores de Irlanda. En ese sentido, no somos afortunados. Pero yo no habría querido que fuera de otro modo. No habría querido vivir en otra parte. Para mí, no hay en el mundo un lugar más bello que la costa oeste del condado de Cork.

Hizo una pausa para tomar aliento. La estancia estaba en silencio. Los miembros de la familia se miraban unos a otros con nerviosismo, intuyendo de pronto que aquel discurso tenía un propósito definido.

—Así pues, es para mí un motivo de enorme pesar el anunciaros que hemos de hacer lo que ningún terrateniente en su sano juicio haría a menos que se hallara en gravísimos apuros. Tenemos que vender.

Todos ahogaron una exclamación de sorpresa. Kitty sintió que se quedaba sin respiración de golpe. Miró a su madre. En los finos labios de Maud se dibujaba una expresión adusta, pero Kitty sabía que era ella quien había persuadido a su padre para que se deshiciera del castillo. Era lo que pretendía desde hacía años. Antes del incendio, había valido la pena aferrarse a todo aquello, pero ahora que ya no había un castillo que pudiera asociar a su nombre, para Maud no tenía sentido seguir viviendo allí. Hacía mucho tiempo que había dado la espalda a Irlanda.

—Sé que para casi todos vosotros es una sorpresa desagradable —continuó Bertie—. He hablado de mis planes con Harry y él me apoya. Maud y yo nos trasladaremos definitivamente a Londres en cuanto encontremos un comprador para el castillo. Estoy seguro de que Barton Deverill, el primer lord Deverill, se revolverá en su tumba, pero no queda otro remedio.

Recorrió la sala con la mirada, observando la expresión asombrada de sus familiares. Maud le palmeó la mano como si fuera una mascota más bien desagradable. Bertie hizo una mueca. Miró los dedos blancos y fríos de su esposa y torció la boca.

—Y, justo cuando creíais que las cosas no podían empeorar, tengo algo más que anunciar —dijo, y Maud se llevó bruscamente la mano a la garganta—. Me gustaría reconocer pública y formalmente a mi hijo pequeño, Jack Deverill. Kitty lo está criando aquí, en Irlanda, donde le corresponde estar. Tuve un momento de flaqueza del que no me siento orgulloso. Estoy, en cambio, orgulloso de mi hijo.

Sonrió a Kitty, lleno de remordimientos.

—Los castillos, las propiedades, las tierras y las baratijas vienen y van, pero la familia es para siempre —concluyó.

Maud empujó su silla haciéndola chirriar, arrojó su servilleta sobre la mesa y salió enfurecida de la habitación. Nadie se movió. Miraron todos a Bertie tratando de comprender qué acababa de anunciar. El comedor estaba en silencio. Luego, una voz temblorosa se alzó desde el otro extremo de la mesa. Era Augusta, que, como siempre, estaba un poco desorientada.

—¿Puede alguien explicarme qué demonios ha dicho?

Tras el funeral de Adeline, Maud se marchó a Londres hecha una furia. Ahora todo el mundo sabría lo del hijo bastardo de Bertie y ese oprobio mancharía irremediablemente el buen nombre de su familia. Tendría que esconderse en el campo, en casa de Victoria, hasta que se desinflara el escándalo. Maldecía a su marido, y a sí misma por haberse casado con él. ¡Debería haberse escapado con el duque de Rothmeade cuando tuvo ocasión! Pero al menos había conseguido persuadir a Bertie de que vendiera el castillo. Ya podía empezar a buscar casa en Londres.

Kitty estaba muy disgustada. La alegría que sentía porque su padre hubiera decidido al fin reconocer a su hijo se vio eclipsada por completo por el anuncio inesperado de que iba a vender el castillo. Naturalmente, sabía a quién había que agradecerse. De no ser por su afición por el whisky, no creía que Bertie se hubiera dejado manipular de ese modo por su esposa, pero su padre se había convertido en un hombre pusilánime y desencantado de la vida, y el alcohol le había embotado el corazón. En cuanto a Harry, a él no le

importaba lo que fuera del castillo de Deverill. Mientras estuviera junto a Boysie, sería feliz. Kitty tenía la sensación de que solo le importaba a ella.

—Compraría el castillo si tuviera dinero —le dijo a Jack mientras yacían juntos en aquella cama que ya le era tan familiar—. Pero no lo tengo. Robert no lo tiene.

Jack sonrió.

—Quizá tenga una tía rica que se muera de repente.

Kitty se rio.

—Qué malo eres, Jack.

—Yo te lo compraría si pudiera —dijo él besándola en la frente—. Y lo reconstruiría piedra por piedra.

—Lo sé. —Kitty deslizó los dedos por su pecho—. Me encantaría vivir contigo en el castillo, Jack. Llevar una vida normal. Sin escondernos. Tú, yo y el pequeño Jack.

—Así liberaríamos a todos esos fantasmas.

—Sí. Serían todos libres. Habría mucho más sitio.

—Recuperaríamos los jardines. Compraríamos montones de caballos. Y tendríamos muchísimos hijos.

Kitty suspiró.

—Ah, Jack...

Él la empujó suavemente hacia la almohada y la miró a los ojos.

—Llenaríamos el castillo de niños.

—Ojalá...

Jack le pasó la mano por el vientre.

—Quiero algo más, Kitty, no solo esto. Algo más que citas furtivas contigo.

—Acercó los labios a la suave elevación de su vientre—. Te quiero en cuerpo y alma.

—Ya me tienes en cuerpo y alma.

Él levantó la cabeza y la miró con fijeza.

—Entonces quiero tu mano —dijo—. Quiero ser tu marido, y quiero caminar contigo del brazo por las calles de Ballinakelly y que todo el mundo nos vea. Ya no me basta con esto.

Cuando Bridie vio la costa de Irlanda desde la cubierta de primera clase del barco de vapor, la embargó un arrebató de emoción que inundó su pecho como una súbita marejada y fue a romper en sus mejillas en una oleada de lágrimas. Lloraba de alegría por lo que esperaba y de pena por todo lo que había pasado. Un amable caballero con sombrero de fieltro se metió la mano en el bolsillo de la pechera y sacó un pañuelo. Ella lo aceptó agradecida y se sonó la nariz.

—He vuelto a casa —dijo—. No puedo creer que por fin haya vuelto a casa.

—En efecto, y no hay lugar en el mundo como Irlanda.

—¿Usted llevaba fuera mucho tiempo?

—Mucho, sí —contestó él con un suspiro de placer—. Cincuenta años, nada menos.

Bridie dejó de llorar.

—Sí que es mucho tiempo —dijo, impresionada.

—El camino más corto de vuelta a casa es el que se hace más largo —repuso él y, sonriendo, la dejó en la cubierta para que reflexionara sobre su futuro.

Bridie llegó al hotel Shelbourne de Dublín, una mansión de ladrillo rojo de estilo Regencia con vistas a Saint Stephen's Green, el hermoso parque por el que había paseado a menudo durante los meses que había trabajado para lady Rowan-Hampton. Ignoraba entonces que abandonaría Irlanda siendo una criada deshonrada y que regresaría tres años después convertida en una señora acaudalada, con maletas llenas de ropa exquisita y una doncella propia.

Salió a recibirla el portero, que la acompañó al vestíbulo. Las alfombras púrpura, las ornamentadas molduras y la majestuosa escalera daban al famoso hotel una atmósfera de lujo y refinamiento. El personal le sonrió amablemente y le dio la bienvenida como si fuera una duquesa, mientras el portero chasqueaba los dedos para pedir ayuda con el lujoso equipaje que Bridie llevaba consigo. Ella, ataviada con un abrigo suntuoso, un sombrero cloché y un largo collar de perlas que le llegaba a la cintura, agradeció su hospitalidad

con una inclinación de cabeza y una tensa sonrisa, como había visto a hacer a Maud Deverill, la madre de Kitty, que en su opinión era la dama más refinada que había visto nunca. Firmó con la mano derecha, asegurándose de mantener la izquierda a la vista sobre el mostrador, para que su anillo de compromiso y su alianza de bodas destacaran claramente, y de ese modo demostrarles a todos que no solo era rica, sino *además* respetable. Contestó cortésmente a las preguntas del recepcionista.

—Sí, de Nueva York... Un viaje muy largo, pero la travesía ha sido sumamente cómoda... Sí, no me cabe duda de que aquí estaré cómoda, gracias... No, no sé cuánto tiempo voy a quedarme. Más de una semana, sin duda.

Tan pronto llegó a su *suite*, se dejó caer en la cama mientras Rosetta le preparaba el baño y esperaba la llegada del equipaje. Contempló el exquisito mobiliario, el jarrón de flores frescas de encima del escritorio, las cortinas de seda y la lujosa alfombra, y dejó escapar un suspiro de satisfacción. ¡Cuántas veces había fantaseado con lugares como aquel desde su camita en Ballinakelly! ¡Cuánto había deseado una nueva vida, tal vez en Londres, como doncella de Kitty, si tenía suerte! ¿Cómo hubiera podido imaginar que ahora, a sus veinticinco años escasos, estaría aquí, convertida en la señora Lockwood, heredera y viuda, en una mujer independiente y cosmopolita? Cerró los ojos y sonrió. Encontraría a su hijo, y así su vida estaría colmada.

Esa noche durmió mejor que nunca. Estaba en casa, en Irlanda, en el mismo país que su madre, su abuela y sus hermanos. Exhaló un suspiro de alivio y se dejó envolver por las plumosas alas de un sueño dulcísimo.

Por la mañana se sintió llena de energía tras la larga travesía del Atlántico. Rosetta ya estaba levantada y vestida y había sacado su ropa. Bridie dejó que su dama de compañía desayunara en la *suite* y bajó a desayunar al comedor. Quería sentirse partícipe de la vida dublinaesa. Quería ver gente. El hotel estaba convenientemente concurrido. Señoras elegantes y caballeros vestidos lujosamente ocupaban las mesas redondas, conversando en voz baja. El tintineo de las tazas de porcelana sobre los platillos y de la cubertería de plata confería a la sala una dignidad cargada de refinamiento mientras camareros de ambos sexos traían platos succulentos y se llevaban los ya vacíos. En cuanto entró Bridie, el jefe de camareros le dio los buenos días y la acompañó a una mesa junto a la ventana, por cuya cristalera entraba el sol. Fuera, la calle rebosaba actividad con el trasiego de coches, carros y caballos y el ir y venir

de gente que iba a sus quehaceres cotidianos caminando por las aceras o adentrándose en el parque. Nadie interrumpió su conversación para mirarla; mujeres y hombres le lanzaron alguna que otra mirada de admiración al reparar en su atuendo elegante, su moderno corte de pelo y en el hecho de que probablemente estaba sola. Bridie no creía que pareciera fuera de lugar allí. Encajaba a la perfección. Estaba entre iguales.

Sonrió al camarero y pidió una taza de té y un opíparo desayuno. Él le entregó el *Irish Times* tras tomar nota de su pedido. Bridie echó un vistazo al periódico. No le apetecía especialmente leerlo, pero, como estaba sola y no tenía con quién hablar, leyó por encima las noticias principales. Luego, al pasar unas páginas, un artículo llamó su atención. *Lord Deverill de Ballinakelly vende el trágico castillo de Deverill*. Leyó la noticia horrorizada, acercando tanto la cara al periódico que ni siquiera notó que el camarero le traía el té y llenaba su taza.

Leyó que el castillo había sido incendiado por los revolucionarios durante el levantamiento armado. Se enteró de que lord Deverill había perecido en el incendio y que lady Deverill había muerto hacía apenas quince días. Supo que el actual lord Deverill había decidido vender la propiedad, cuyo mantenimiento era demasiado oneroso, y trasladarse a Londres. Había una fotografía en blanco y negro de las ruinas del castillo y un retrato antiguo de lord y lady Deverill en el concurso hípico de Dublín. Contempló el rostro de su ex amante y sintió el cosquilleo de las lágrimas en los ojos. Bertie Deverill le había robado su inocencia, pero ella se lo había consentido. Había gozado de sus encuentros minuto a minuto. Se acordó entonces de la brutalidad con que la había despachado, como si fuera un estorbo, y su corazón se endureció. Había dado a luz a sus hijos. A una niña que había muerto al nacer y a un niño que vivía, y él la había mandado a América sin despedirse siquiera, obligándola a dejar abandonado a su hijo en un convento, y ocultando su secreto, tras sus discretos muros. Pero ella había vuelto, decidida a enmendar ese error. Ya no era joven e ingenua. Había vuelto para reclamar lo que era suyo. Lo que solo Dios tenía derecho a quitarle.

Dobló el periódico y bebió un sorbo de té. Si el castillo había quedado destruido, su madre habría perdido su empleo. ¿Se habría visto obligada a buscar colocación en otra parte? ¿O le habría bastado con el dinero que ella le mandaba? ¿Qué habría sido de Kitty? ¿Viviría aún en el pabellón de caza? Bridie acabó de desayunar presa de una ansiedad casi febril. ¿Qué habría sido

de todos ellos?

Después del desayuno, Rosetta y ella tomaron un taxi para ir al Convento de Nuestra Señora Reina de los Cielos, enclavado en un remoto rincón de Dublín. Al ver aquellos muros, a Bridie empezaron a sudarle las manos. Había ido allí a dar a luz y se había marchado sin sus bebés. Lo sucedido tras aquellas paredes marrones era inefable. Pidió a Rosetta que la esperara en el taxi mientras ella entraba a preguntar por su hijo. Rosetta la vio tocar la aldaba del portón y se preguntó por qué tenía que visitar un convento y por qué estaba tan nerviosa.

Abrió la puerta una monja de hábito azul oscuro. Bridie le explicó a qué había venido y pidió hablar con la madre superiora. La monja pareció un poco incómoda, pero aun así la invitó a pasar. Bridie la siguió por un corredor. El olor de aquel lugar, que aún recordaba —una mezcla de humedad, detergente y velas de cera—, le produjo un leve mareo. Se acordó de cómo la habían llevado allí tras romper aguas y por un momento experimentó la misma confusión que entonces, el mismo sentimiento de alienación, el mismo *temor*, y tuvo que concentrarse en controlar la respiración para sofocar las náuseas que se agitaban en su estómago. Le pidieron que se sentara en una sala de espera. Había un exiguo ramo de flores amarillas en un jarrón, sobre la mesa baja, y una chimenea vacía y desangelada. Bridie tomó asiento en el duro sofá y entrelazó los dedos. Se recordó una y otra vez que ahora era una mujer rica. Si no querían darle a su bebé, lo *compraría*.

Por fin apareció una monja de edad avanzada. Vestida también de azul oscuro, sonrió afablemente. Bridie se animó al ver su expresión bondadosa, intuyendo que aquella mujer estaría encantada de devolverle a su hijo.

—Señora Lockwood —dijo la madre superiora sentándose al borde de una silla—. Soy sor Agatha. Tengo entendido que viene usted a buscar a su hijo.

El corazón de Bridie latía tan fuerte que tuvo que esforzarse por entender las palabras de la madre superiora.

—Sí, así es —contestó.

—Era usted Bridie Doyle, ¿no es cierto?

—Sí.

—Me acuerdo de su hijo. Era un bebé muy hermoso.

—Sí.

—Y me acuerdo también de la niñita, que en gloria de Dios esté. —Sor Agatha suspiró—. Ojalá pudiera ayudarla, pero no puedo. Verá, su hijo no está

aquí.

Bridie sintió que a sus pies se abría de pronto un abismo. No había imaginado en ningún momento que su hijo no estuviera allí.

—¿Dónde está?

—En un hogar muy feliz. Siempre ponemos el mayor cuidado en entregar a nuestros niños a las mejores familias.

Bridie se llevó los dedos a la boca para sofocar un gemido. Miró a la monja sin saber qué decir. Sacudió la cabeza.

—No..., no... ¡No puede ser!

—Aunque supiera dónde está —prosiguió sor Agatha—, no podría decírselo. Esa familia adoptó a su hijo de buena fe. No estaría bien divulgar sus datos. Tiene que olvidarse usted de este asunto, señora Lockwood.

—Pero no puedo —gimió Bridie—. Es mi hijo.

Como en un fogonazo, vio una carita envuelta en mantas, como si la tuviera ante sí en esos momentos. Notó el olor a vainilla de su piel. Casi podía tocarlo.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Sor Agatha se levantó.

—Por favor, tómese su tiempo, señora Lockwood. Siento mucho verla tan disgustada.

Saltaba a la vista que había presenciado muchas veces escenas semejantes y que ya no la conmovían. Bridie se llevó la mano a la frente y lloró. Tembló de pies a cabeza al comprender que no volvería a ver a su bebé.

Un momento después, sor Agatha regresó con un vaso de agua.

—No tenga prisa en marcharse. Si quiere visitar la capilla, hágalo con toda libertad. Sor Margaret le mostrará dónde ir y la acompañará a la salida.

—¿Puedo al menos ver la tumba de mi hija? —preguntó Bridie.

Los labios de sor Agatha se adelgazaron hasta formar una línea recta.

—No hay tumba, señora Lockwood. Pero, naturalmente, puede usted rezar por su alma en la capilla.

Bridie permaneció sentada en el sofá hasta que sus sollozos remitieron. Notó entonces que sor Margaret estaba esperándola en la puerta.

—Me gustaría visitar la capilla —dijo poniéndose en pie.

Al menos podía rezar por el alma de su pequeña.

—Acompáñeme, por favor —dijo la monja.

Bridie la siguió por el edificio, hasta un patio en el que las monjas tenían

plantado un huerto. Era un lugar húmedo y miserable, y Bridie apretó el paso. No deseaba pasar más tiempo del necesario en aquel lúgubre lugar.

La capilla era acogedora, con altos techos abovedados y dos hermosas arcadas a cada lado. La velas encendidas le daban un resplandor cálido, y el aire olía agradablemente a incienso. Bridie avanzó por el pasillo central y se santiguó ante el altar antes de dirigirse a la mesa para encender una vela. Tragándose su pena, encendió dos, cerró los ojos y rezó en silencio.

«Por favor, ayúdame, Señor. Por favor, cuida de la pequeña que murió y ayúdame a encontrar al que vive. Pongo a Dios por testigo de que no descansaré hasta que encuentre a mi bebé. No me daré por vencida. Con la ayuda de los ángeles, traeré a mi niño a casa.»

Permaneció un momento contemplando las imágenes de María y los santos pintadas con vivos colores en las paredes. Luego, sus ojos se posaron en una cruz de oro sorprendentemente suntuosa, incrustada de piedras preciosas que centelleaban a la luz de las velas, que colgaba en glorioso esplendor detrás del altar. Era magnífica, fabulosamente lujosa incluso, y parecía fuera de lugar en aquella capilla. Se secó la cara húmeda con el dorso de la mano y se preguntó cómo habrían adquirido las monjas aquella cruz. Luego se acercó al banco delantero, se arrodilló sobre el cojín y rezó el Padrenuestro. Cuando acabó, pidió a sor Margaret que le mostrara la salida. Allí no había nada para ella, salvo recuerdos penosos y desilusión.

Sor Margaret la acompañó a la salida. Al abrir la puerta, lanzó una mirada furtiva por el corredor y posó la mano en el brazo de Bridie.

—Yo sé qué pasó con su hijo —susurró con nerviosismo.

Bridie la sujetó.

—¿Qué? ¿Qué pasó con él?

—Un hombre vino a llevárselo.

—¿Qué hombre? ¿Quién?

—Se llamaba Michael, es lo único que oí.

Bridie sintió que su corazón se llenaba de gratitud y esperanza.

—¿Michael? ¿Michael Doyle?

—No sabría decirle. Era grande, corpulento, con el pelo rizado y negro...

—Sí, era mi hermano. —Bridie sonrió entre lágrimas—. ¡Oh, gracias, sor Margaret! No olvidaré su bondad. Que el buen Dios le conceda mil bendiciones.

—No hay de qué, señora Lockwood. Me alegro de haber podido ayudarla.

Bridie volvió apresuradamente al taxi, donde Rosetta la esperaba, cada vez más preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó cuando Bridie se sentó a su lado.

—Estupendamente —contestó Bridie—. Volvemos al hotel. Tengo que ocuparme de un par de cosas. Cuando acabé, iremos a Ballinakelly.

—¿Ballinakelly?

—Sí, Rosetta. Vuelvo a casa.

Bridie regresó al hotel y recortó el artículo del *Irish Times* acerca de la puesta en venta del castillo. Tenía dinero suficiente para comprar diez castillos como aquel, se dijo. Podía reconstruirlo, devolverle su antiguo esplendor. *Así* les daría una lección a todos ellos. Les demostraría que nunca más permitiría que nadie la tratara como la había tratado lord Deverill. Que no consentiría que volvieran a tratarla como a una pordiosera. Sería la señora de un gran castillo, con una historia centenaria a sus espaldas, y serían *sus* descendientes los que vivirían en él y los que contarían anécdotas acerca del ilustre pasado de los Deverill. Y algún día, dentro de muchos años, sería del apellido de *su* familia del que hablaría la gente.

—Quisiera enviar un telegrama a Nueva York, al señor Beaumont Williams —le dijo al recepcionista.

Dejó su equipaje en la *suite* y tomó el tren a Cork acordándose de su primer viaje a Dublín, cuando viajaba en tercera clase con su maletita, su vientre abultado y el corazón lleno de zozobra. Ahora iba cómodamente en primera clase. Todo el mundo la trataba con educación y se esforzaba por complacerla. Era increíble cómo cambiaba el dinero la vida de una persona.

Desde Cork, tomó un taxi hasta Ballinakelly, a menos de una hora de trayecto. Mientras se aproximaba a su pueblo natal, su corazón comenzó a acelerarse. El paisaje le era cada vez más familiar. Aquellas carreteras llenas de baches, aquellas colinas rocosas, el brezo y la aulaga, los muros de piedra gris, los setos tupidos y los campos llenos de ovejas lanudas, todo ello le susurraba en voz baja, dándole la bienvenida al hogar.

Al fin vio la casa blanca de la granja, cobijada en el recodo de la colina, junto a los establos en los que Michael y Sean guardaban al caballo y los aperos de labranza. El campo estaba lleno de vacas que pastaban en la larga hierba. Detrás de las lomas, el cielo era de un azul pálido y acuoso, engalanado con nubes algodonosas. Todo estaba como siempre. A Bridie le dio un vuelco el corazón.

—Aquí es donde me crie —le dijo a Rosetta.

—Qué bonito —dijo la doncella—. Y qué verde.

Bridie se rio.

—Eso es porque llueve constantemente.

El coche avanzó por el camino pedregoso y se detuvo frente a la casa. Bridie pagó al conductor y llevó su maleta a la puerta. No se molestó en llamar; simplemente, abrió. Allí, sentada en su silla de siempre junto al hogar, estaba la vieja señora Nagle. Al ver a Bridie, su abuela la miró desconcertada.

—Soy yo, abuelita. Bridie.

Rosetta, que estaba tras ella, se preguntó por qué había dicho Bridie y no Bridget.

La vieja señora Nagle entornó los ojos.

—¿Bridie? —preguntó. Luego le tembló la voz—. ¿Bridie? ¿*Nuestra* Bridie?

—¡Ay, abuela! ¡Sí, soy yo, tu Bridie! He vuelto a casa.

Se arrodilló en el suelo junto a su abuela y la estrechó entre sus brazos. Le pareció pequeña y frágil como un ratoncito.

—¡Pero qué elegante estás! —dijo la anciana señora Nagle—. Te ha ido bien en América, gracias a Dios.

En ese momento, la señora Doyle entró apresuradamente en la habitación.

—¿Eres tú, Bridie? —exclamó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Mamá!

Bridie se olvidó de que era una señora acaudalada. Se olvidó de que era la señora Lockwood, con su ropa elegante y sus zapatos caros. Volvió a ser Bridie Doyle y corrió a abrazar a su madre.

—¡Vaya! ¡Pero mírate! —exclamó la señora Doyle con voz entrecortada. Tomó la cara de su hija entre las manos y la contempló, buscando en ella a su niña perdida.

—Soy rica, mamá. Puedo comprarte todo lo que quieras. ¡Todo!

—Que Dios nos guarde de la riqueza, Bridie Doyle. El dinero solo trae sinsabores. Solo el trabajo duro y el amor de Dios traen la verdadera felicidad. —Miró a Bridie, pero su hija estaba demasiado distraída para fijarse en el dolor que reflejaban sus ojos—. ¿Has vuelto a casa, Bridie?

—¿Dónde está Michael? —preguntó ella, ansiosa por ver a su hijo.

La anciana señora Nagle bajó la cabeza. La señora Doyle se tapó la boca

con la mano. Bridie miró a una y a otra.

—Michael está en Waterford, Bridie, en Mount Melleray —dijo su madre en voz baja.

Bridie se dejó caer en una silla.

—¿Dónde?

—El padre Quinn lo mandó a la abadía para que se curara de la bebida, que Dios nos ayude.

La anciana señora Nagle se santiguó.

—El Señor le tiene a su cuidado, Bridie. El diablo ya no puede tocarlo.

Bridie ansiaba preguntar por su hijo. Si Michael se lo había llevado del convento, ¿dónde podía haberlo llevado, sino allí?

—Leí que quemaron el castillo —dijo aturdida.

—Sí, lo quemaron. Fue una cosa horrible. Ahora, lord Deverill va a vender la finca.

—¿Cuéntale lo del niño, por Dios! —dijo la anciana señora Nagle.

—¿Qué niño? —dijo Bridie, aferrándose a un destello de esperanza.

—Lord Deverill tiene un hijo ilegítimo —dijo la señora Doyle, sacudiendo la cabeza con gesto de reproche—. No se habla de otra cosa.

—¿Quién es la madre?

—No lo ha dicho. Pero el niño lo está criando Kitty Deverill, que ahora es la señora Trench.

—¡Dios nos guarde! —exclamó la anciana señora Nagle, persignándose con fervor.

Bridie se reanimó.

—¿Kitty está casada con el señor Trench?

—Pues sí.

—¿Y viven en Irlanda?

—En la Casa Blanca. Ya sabes, donde vivía el señor Rupert Deverill.

—¡Pobre señor Rupert! —dijo la anciana—. Solía traerme un salmón, y además destripado. Un pez bien hermoso.

—¿Habéis visto al niño?

—No, pero tengo entendido que es un crío precioso, con el pelo rojo como su hermana y su abuela.

—¡Oh, Michael! —suspiró Bridie, dándole las gracias para sus adentros por haber traído a su hijo a casa—. ¿Cómo se llama?

—Jack —contestó su madre.

Bridie se sobresaltó.

—¿Jack?

—¿Verdad que es un nombre bonito?

Al comprender a quién hacía honor el nombre del pequeño, Bridie sintió una punzada de celos.

—Seguro que tienes hambre —dijo su madre, y se volvió hacia Rosetta, que seguía junto a la puerta—. ¿Quién es tu amiga?

—Es Rosetta, mi dama de compañía —contestó Bridie.

—¿Tienes una dama de compañía? ¡Santo cielo! —exclamó la señora Doyle con tono de censura—. Bueno, pues más vale que os pongáis cómodas. Bridie, tú puedes quedarte en tu antigua habitación y Rosetta tendrá que dormir contigo, o en el suelo. Aquí no tenemos habitaciones separadas para el servicio. Tú no te criaste precisamente entre doncellas y damas de compañía. —Sacudió la cabeza, disgustada—. Creo que América te ha echado a perder, Bridie. El mundo se ha vuelto loco de remate.

Bridie miró a Rosetta. Si su madre supiera la *mitad* de la verdad, la mandaría inmediatamente a ver al padre Quinn para que le confesara sus pecados y tendría que pasarse el resto de su vida rezando avemarías.

Sean regresó a casa por la tarde, a la hora de la cena. Al ver la cara bonita y morena de Rosetta, se animó de inmediato. Era la primera italiana que veían por Ballinakelly. Rosetta también se animó visiblemente y sus mejillas se tiñeron de un hermoso tono de rosa. Bridie se sentó en el cuarto de estar con lo que quedaba de su familia y dejó que los recuerdos se congregaran a su alrededor, pero le parecían lejanos, como si pertenecieran a otra vida muy remota. Probó la comida que le encantaba de niña, pero le supo insípida y se dejó la mitad en el plato, para consternación de su madre. Se arrodilló en el suelo para rezar, pero se hizo daño en las rodillas y no alcanzaba a concentrarse en las oraciones. Se imaginó a su padre y a Michael hablando sentados a la mesa, con las cabezas muy juntas, discutiendo enardecidamente sus ideas políticas, y trató de sentirse parte de aquella escena. Pero la niña pequeña que bebía suero de mantequilla al pie de la escalera no tenía nada que ver con su yo actual. Podía haber sido una extraña.

Esa noche, mientras escuchaba los ruidos de la noche, que tan familiares le resultaban, no halló ningún consuelo en ellos. Por el contrario, le hicieron

sentir una extrañeza turbadora. Ella ya no era Bridie Doyle. Había mudado de piel, como una polilla velluda al salir de su crisálida. Su hogar no estaba tampoco en aquella casa.

Al día siguiente, Bridie fue sola a la Casa Blanca en el calesín de Sean, dejando a Rosetta para que ayudara a su madre con las faenas domésticas mientras su hermano buscaba un pretexto para volver a entrar en casa. Era un tibio día de septiembre. La luz era suave y otoñal y el viento iba impregnado de olor a mar. Bridie quería disfrutar de los ecos del pasado que la asaltaban desde cada rincón del paisaje, pero solo acertaba a pensar en su hijo.

La sangre circulaba febrilmente por sus venas. Estaba tan nerviosa que tenía el estómago revuelto y sentía náuseas. No sabía qué iba a decirle a Kitty, ahora que esta sabía la verdad. Tampoco sabía, desde luego, qué iba a decirle a su hijo. Se lo imaginaba, a sus tres años y medio, corriendo a sus brazos, y se aferraba a aquella imagen para no desanimarse y dar media vuelta. Intentaba sentirse agradecida hacia Kitty por haber cuidado de él; a fin de cuentas, el pequeño podría haber acabado en manos de unos extraños, sin dejar rastro. Al menos, ahora Bridie sabía dónde estaba y que se hallaba en un buen hogar, pero no podía evitar sentir rencor. No deberían haberlo apartado de ella desde el principio.

Por fin distinguió la Casa Blanca entre los árboles. Estaba situada en lo alto de un camino, sobre una loma desde la que se veía el mar. Subió por la cuesta y ató el caballo al poste de la cancela. Mientras avanzaba a pie por el camino, se preguntó qué habría sido de Jack. Kitty se había casado con su tutor, con aquel hombre al que tachaba de soso y aburrido. ¿Por qué no se había escapado con Jack? Saber que no lo había hecho le producía cierta sensación de triunfo, una malévolamente satisfactoria. Ninguna de las dos había podido tener a Jack. Había cierta justicia en ello.

De pronto oyó voces. La risa de una mujer y los gritos de alborozo de un niño pequeño. Avanzó en aquella dirección. A medida que el sonido se hacía más fuerte, se dio cuenta de que no se atrevía a respirar. Estaba conteniendo el aliento, presa del miedo y la expectación. Entonces vio al pequeño y dejó escapar un profundo gemido. Un niño pequeño, vestido con pantalones de color marrón, camisa blanca y una gorra como la que solía llevar Jack,

correteaba junto a una mujer a la que agarraba de la mano, pero la mujer no era Kitty. Bridie se llevó la mano al pecho y se detuvo, contemplando a aquel pequeño desconocido por cuyas venas corría su sangre. Era guapo y su sonrisa volvió a romperle el corazón. Entonces, Kitty apareció en la puerta. Abrió los brazos y sonrió. El niño gritó «¡Kitty!» y corrió con paso inseguro hacia ella. Con un grito alborozado, Kitty lo levantó en volandas y lo apretó contra sí. Le quitó la gorra y se la puso en la cabeza. El niño rio e intentó agarrarla. Antes de que Bridie pudiera asimilar la escena, Kitty entró en la casa llevándose al niño con ella.

Bridie se quedó clavada en el sitio. Un dolor profundo ardía en su pecho. La mujer que había llevado de la mano a Jack se volvió y la vio. La figura de Bridie debía de resultar chocante allí parada, en el camino, sola y visiblemente angustiada. La mujer se hizo parasol con la mano para mirarla y se acercó a ella.

—Hola —dijo—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Bridie hizo un esfuerzo por articular palabra.

—Lo siento. Creo que me he equivocado de dirección —logró decir antes de volverse y echar a correr por el camino.

La mujer frunció el ceño mientras la veía desaparecer a toda prisa por la cancela, al final del camino.

Al salir, Bridie se dejó caer en la hierba, se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar. Sus esperanzas se habían evaporado. Se había imaginado a su hijo como un bebé, pero era ya un niño crecido, y a sus ojos Kitty era su madre, aunque la llamara por su nombre. ¿De veras había creído que Kitty se alegraría de verla y le devolvería a su hijo sin más? ¿Tan necia era que esperaba que no quisiera al niño como si fuera suyo? Ella podía ser su madre biológica, pero Kitty lo era en todos los demás sentidos, y al pensarlo su corazón se retorció de rabia y celos desesperados. Se llevó la mano al estómago y se dejó embargar por la desesperación.

Pasado un rato se levantó, temblorosa. Mientras desataba las riendas del caballo, oyó pasos a su espalda. Se volvió. Era Kitty, pálida y seria a la luz del sol.

—¿Bridie? —dijo, acercándose—. ¿Eres tú?

Bridie miró a la mujer que antaño había sido para ella como una hermana y reconoció el miedo en su mirada. Era un miedo salvaje e indisimulado, como el de un zorro —el animal con el que siempre la comparaban—, y abrió un

abismo entre ellas.

—Sí, soy yo, Kitty.

—Has vuelto —dijo Kitty con voz ronca.

—He vuelto por mi hijo —contestó Bridie con énfasis, levantando la barbilla, y Kitty advirtió cómo habían endurecido sus rasgos los años pasados en Estados Unidos, hasta hacerlos casi irreconocibles.

—Has estado fuera mucho tiempo —le recordó Kitty—. Ya es un hombrecito.

—Es *mi* hombrecito.

—Tú me lo diste *a mí*, Bridie. Lo dejaste en mi puerta y prometí criarlo y quererlo como si fuera mío. Lo sacrificué todo por él, por *ti*.

—Yo no te lo di —contestó Bridie, crispada—. Fue Michael.

—¿Michael? —Al oír el nombre de su hermano, Kitty se estremeció.

—Las monjas me lo quitaron. Me robaron a mi niño —añadió Bridie levantando la voz en tono angustiado—. Michael lo rescató y lo dejó a tu cargo para que algún día, cuando pudiera, yo volviera a buscarlo. Bien, pues aquí estoy. Es mi hijo, Kitty. ¿Dónde está tu compasión?

—Fue la compasión lo que me impulsó a renunciar al hombre al que amaba para cumplir con mi deber hacia tu hijo. Lo dejaron en mi puerta porque es un Deverill. Mi padre lo ha reconocido. Es mi hermano y me pertenece.

—Pero *yo* soy su madre —insistió Bridie.

—Tú le diste a luz, pero lo abandonaste.

—No tuve elección.

—Jack cree que no tiene madre, Bridie.

Sus palabras, aunque pronunciadas con suavidad, fueron un mazazo para Bridie. Se llevó la mano a la garganta y ahogó un gemido.

—¿Le has dicho que estoy muerta? —preguntó con voz estrangulada.

—¿Qué querías que hiciera? No podía decirle que su madre lo abandonó en un convento.

—Tenías que habérselo dicho de otro modo —replicó Bridie con aspereza.

—Él reza por ti —dijo Kitty en voz baja, sintiendo un alfilerazo de culpabilidad al ver el rostro acongojado de Bridie—. Reza todas las noches por su madre, que vela por él desde las estrellas.

—Santo cielo —sollozó Bridie.

—Solo estoy pensando en Jack.

Bridie se volvió hacia ella con furia.

—Solo piensas en ti misma, Kitty. ¡Me robaste a Jack O’Leary y ahora también me has robado a mi hijo! —gritó.

—No metas a Jack O’Leary en esto —replicó Kitty, cuya compasión se había evaporado de golpe—. Nunca te perteneció.

—Bien, pues ahora no es de ninguna de las dos —le espetó Bridie con amarga satisfacción—. No voy a olvidarme de este asunto, Kitty. ¿Me oyes? Esto no se ha terminado. —Subió al calesín y sacudió las riendas—. Los años que he pasado en América no solo me han hecho muy rica, sino también muy fuerte. Jack Deverill es mi hijo. Me pertenece. Tuve que renunciar a él una vez, pero no pienso volver a hacerlo.

Cuando se hubo marchado, y solo entonces, cedió Kitty a su pena. Cayó de rodillas, se abrazó el cuerpo y aulló de dolor.

Bertie colgó el teléfono y miró su vaso de whisky con un penoso sentimiento de impotencia. De modo que la venta del castillo ya estaba cerrada. Así, sin más. No había tardado mucho. Según le había dicho su abogado, el comprador insistía en que los trámites se resolvieran cuanto antes y con la mayor discreción. Había pagado el precio sin regatear. Ni siquiera lo había intentado. Bertie ignoraba por qué quería mantener la compra en secreto, pero no intentó averiguarlo. Estaba tan apenado que solo quería firmar cuanto antes para no tener que pensar más en ello.

—¿Ya se cerró la venta del castillo? —preguntó Maud por teléfono—. ¿Quién lo compró, Bertie?

Al colgar, entró en el cuarto de estar donde Victoria y Eric estaban tomando un jerez, vestidos de noche.

—¡No os lo vais a creer! ¡Ya se cerró la venta del castillo!

—Santo cielo —dijo Eric—, ¡qué rapidez!

—El comprador quiere tener el título de propiedad lo antes posible —les informó Maud. Se sentó y tomó su copita de jerez a medio beber—. Bien, a mí me da igual, con tal de que recibamos el dinero.

—¿Se sabe quién lo ha comprado? —preguntó Victoria.

—No, Bertie dice que es secreto.

—¡Qué bobada! ¿Por qué querría alguien mantener en secreto la compra de un castillo? —repuso Victoria con desdén.

—No lo sé, pero acabaremos por enterarnos —contestó Maud.

—Quizá piense que no se lo venderíais si supierais quién es —comentó Eric rascándose la barba.

—Tienes razón —convino su esposa—. ¿Quién no querríamos que lo comprara?

Maud meneó la cabeza. Su cabello rubio claro, cortado a media melena, no se movió.

—Creo que me da igual quién se lo quede.

—¿De veras? —preguntó Victoria—. Bueno, yo creo que te fastidiaría un poco si lo comprara un miembro de la familia. Digby, por ejemplo.

—Bueno, claro, no me gustaría que lo comprara Digby, porque si algún Deverill va a vivir allí tendría que ser Harry. Pero Digby no lo quiere. Y Beatrice tampoco, desde luego. Tienen Deverill Rising. ¿Para qué iban a querer un montón de piedras viejas?

—¿Kitty? —sugirió Victoria.

—Ellos no tienen tanto dinero —repuso Maud maliciosamente.

—¿Grace?

Maud miró a su hija y palideció.

—¿Grace Rowan-Hampton? ¿Es una broma?

Victoria se encogió de hombros.

—Es lo bastante rica para comprarlo.

—¿Y para qué lo querría *ella*?

—Porque es precioso —dijo Victoria—. Yo no lo querría porque no quiero vivir en Irlanda, pero, si te gusta Irlanda tanto como le gusta a Grace, el castillo de Deverill sería un sueño. Grace lo querría, claro está.

Grace amaba a Bertie, de modo que era lógico que quisiera reconstruir su castillo. Maud se llevó la mano a los labios y sofocó un gemido.

—¿Creéis...?

Era una posibilidad tan horrenda que no quería ni imaginarla.

Digby regresó al comedor, donde su mujer estaba cenando con Stoke y Augusta.

—Alguien acaba de comprar el castillo —anunció al sentarse y ponerse la servilleta sobre el regazo—. Pero Bertie dice que no sabe quién es el comprador.

—¡Qué alegría se habrá llevado Maud! —exclamó Beatrice—. Estará

encantada de que se haya vendido tan deprisa. Ya sabéis que ayer mismo estuvo viendo una casa en Chester Square.

—¿Qué va a hacer el pobre Bertie? —preguntó Stoke—. No soporta a esa mujer.

—Imagino que no podrán permitirse comprar dos casas —comentó Beatrice—. Van a tener que aprender a convivir.

—Maud es una persona muy avariciosa —dijo Augusta—. Eso podría habérselo dicho yo a Bertie antes de que se casara con ella y haberle ahorrado muchos problemas.

—Al principio eran felices —comentó Digby.

—Pero luego no —añadió Augusta con firmeza—. No sirve de nada ser felices al principio. La vida tiene un medio y un final. Yo ya estoy cerca del final, y puedo decir sin temor a equivocarme que, pese a todo lo que he padecido, Stoke y yo seguimos siendo felices.

—Tremendamente felices —dijo Stoke con pesar.

—Una tiene que procurar no poner sus miras en otra parte —prosiguió Augusta con estridencia—. Maud era demasiado bella para consagrarse a un solo hombre. ¿Acaso no se encaprichó de Eddie Rothmeade?

—¿Eddie Rothmeade? —repitió Digby—. Nunca había oído semejante tontería.

—Oh, sí, ya lo creo que se encaprichó de él. Adeline y yo hablamos del asunto largo y tendido. Hubo un momento en que pensé que se escaparían juntos y nunca volveríamos a verlos. Maud era ese tipo de mujer. Pero Eddie se cansó de ella. Y ahora Bertie también se ha cansado de ella. Las mujeres tan vanidosas suelen agotar la paciencia de un hombre. En un matrimonio, la mujer debe dar además de recibir, y Maud no sabe lo que es eso.

—Santo cielo, Augusta, eso no me lo habías contado —Se quejó Stoke.

—Porque Adeline me habría matado. Ahora que está muerta, no puede. —Augusta se limpió los labios con la servilleta—. Yo soy un pozo de información, querido Stoke, y muy profundo, por cierto. Pero sospecho que me llevaré mis otros secretos a la tumba. Es una lástima. Aunque confío en vivir lo suficiente para averiguar quién ha comprado el castillo. Tengo muchísima curiosidad.

Condado de Cork, Irlanda, 1925

Los niños se miraron con asombro. La señora acababa de decir con toda claridad que iba a reconstruir el castillo. Pero eso pondría fin a sus correrías. Aguzaron el oído.

—¡Y pensar que yo solía jugar en estas habitaciones! Veía a las señoras elegantes llegar al baile de verano con sus preciosos vestidos y sus joyas relucientes y me maravillaba con tanta belleza. Porque en aquel entonces esto era verdaderamente precioso. Creo que no había un lugar más bello en el mundo que el castillo de Deverill en esa época del año, esa noche, cuando se ponía el sol y lo teñía todo de oro. Es imposible imaginar lo hermoso que era. Pero yo me acuerdo. Siempre me he acordado. Por eso quería conservarlo. No soportaba que cayera en otras manos. —Suspiró y meneó la cabeza—. Y ahora es mío. Lo reconstruiré piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, y le devolveré su antiguo esplendor. Volveremos a levantarlo juntos, porque esto no habría sido posible sin ti. ¡Oh, Archie! ¡Eres maravilloso!

Celia tomó la mano de su marido.

—Y nuestros hijos jugarán con los de Kitty, igual que hacíamos nosotras —añadió—. La historia se repetirá. Una gran familia feliz.

Archie la rodeó con el brazo y sonrió.

—Una gran familia feliz —repitió ella complacida, olvidándose convenientemente de siglos de maldiciones familiares, brutalidad, avaricia y egoísmo—. Como debe ser. A fin de cuentas, el castillo de un Deverill es su reino.

Y así fue como el dinero de los Deverill describió un círculo completo, porque, al rescatar a Archie Mayberry de sus deudas a cambio de que volviera a aceptar a su esposa descarriada, Digby le procuró los medios materiales con los que, andando el tiempo, Archie pudo demostrarle su gratitud por haber salvado un matrimonio que, contra todo pronóstico, había resultado dichoso. En cierto modo, podía afirmarse que una jovencita con la cabeza hueca, sin

nada más que un par de guantes blancos de seda, había salvado el castillo de Deverill.

Epílogo

Connecticut, Estados Unidos, 1925

La niña, pecosa y de cabello oscuro, estaba tumbada boca abajo sobre el césped, mirando una flor amarilla en torno a la cual bailoteaba una minúscula esfera de luz trémula. La niña sonrió. Cada vez que pestañeaba, la esfera se movía, como si disfrutara del juego. La niña alargó la mano y trató de atraparla, pero la esfera se apartó de un brinco. La niña volvió a intentarlo; esta vez, creyó que lo había logrado. Pero cuando abrió la mano no había nada. La esfera seguía revoloteando alrededor de la flor.

—Lleva una eternidad mirando esa flor —comentó su madre desde la ventana de la casa—. ¿Eso es normal?

—Es solo que le encanta la naturaleza, Pam, cariño, yo que tú no me preocuparía.

—No estoy preocupada, mamá. Es solo que, ya sabes, cuando adoptas a un niño nunca sabes cómo va a salir.

—Le encantan las flores, nada más —repuso la mayor de las dos.

Pam frunció el entrecejo.

—Puede ser. Pero es como si viera algo más. Algo más que la flor. Mira cómo intenta atraparlo.

—Seguramente será un bichito.

Pam negó con la cabeza.

—No, no es eso. Ya la he visto otras veces. Tiene un amigo imaginario.

Su madre sonrió.

—Todos los niños tienen amigos imaginarios. Los niños son muy fantasiosos. Es de lo más normal que una hija única se invente un amiguito con el que jugar. Y a fin de cuentas es gemela, no lo olvides. Puede que eche en falta a su hermano.

—No sé... Tengo la extraña sensación de que ve cosas que los demás no vemos.

—Es feliz, ¿no? —preguntó su madre.

—Sí, claro —contestó Pam.

—Entonces no te preocupes, cariño. Mientras sea feliz, todo irá bien.

—Seguro que tienes razón —convino Pam con un suspiro. Sin embargo, siguió frunciendo el ceño mientras observaba a su hijita—. Me siento tan afortunada... Fue un milagro que hubiera una niña recién nacida disponible justo cuando llegamos a Dublín. Sor Agatha fue muy amable al dejar que nos quedáramos con ella. Ya sabes que nos dijo que estaba incumpliendo las normas. Pero Larry puede ser muy persuasivo.

—Le prometió adornar su espantosa capillita con la mayor cruz de oro que se hubiera visto en Irlanda. Esa monja os habría dado tantos bebés como hubierais querido —comentó su madre con sorna—. La verdad es que no creo que la suerte, ni Dios, tuvieran nada que ver con ello.

La niña dejó de intentar atrapar el espíritu silvestre. Levantó los ojos hacia la mujer de aspecto bondadoso y cabello rojizo.

—Hola, abuela —le dijo a Adeline Deverill, y sonrió.

Agradecimientos

¡Cuánto me ha gustado escribir este libro! Ha sido todo un reto, pero muy estimulante, y me produce una inmensa alegría saber que aún podré seguir a los mismos personajes en dos novelas más.

En primer lugar, tengo que dar gracias a los ángeles porque, en virtud de alguna magia prodigiosa, un hombre llamado Tim Kelly sintió el impulso de escribirme un correo electrónico acerca de una de mis novelas justo cuando estaba pensando en escribir esta. Tras intercambiar varias cartas extremadamente divertidas —porque Tim es graciosísimo—, resultó que había nacido y se había criado en el condado de Cork, el lugar donde yo pensaba ambientar mi novela. Tim es un pozo de conocimiento y sabiduría, tiene ojo para lo absurdo, una memoria casi fotográfica para el detalle y una comprensión muy aguda de la naturaleza humana. Pronto se convirtió en mi mentor, en mi consejero y, lo que es más importante, en mi amigo. Sinceramente, ni siquiera habría podido plantearme escribir este libro sin él. Por eso le he dedicado la novela, con cariño y gratitud. ¡Soy muy afortunada por haberlo conocido!

También quisiera dar las gracias a mis amigos irlandeses Emer Melody y Frank Lyons por invitarme a su casa de Bandon, en el condado de Cork, y por llevarme en coche por su agreste y hermosa campiña para que encontrara inspiración. Visitamos algunos castillos en ruinas verdaderamente hermosos, quemados por los rebeldes durante el levantamiento armado, y dimos largos paseos por las playas blancas e inmensas acompañados solo por las aves marinas y el viento. Regresé a Londres emocionada y deseando ponerme a escribir sobre un país que me había robado el corazón.

Quiero dar las gracias asimismo a mi amigo angloirlandés Bill Montgomery por su inapreciable ayuda y sus anécdotas fascinantes. Disfrutamos de una larga comida en el Sotheby's Café de Londres durante la cual tomé páginas y páginas de apuntes y anoté una larga lista de títulos que me ayudaron a documentarme sobre la historia de Irlanda. Les tengo un gran cariño a Bill y a Daphne, su simpatiquísima esposa, porque cuando yo era pequeña eran dos

adultos que siempre tenían tiempo para nosotros. Daphne tocaba el piano y nos animaba a cantar, y Bill nos hablaba como si fuéramos mayores. Eran muy divertidos y excéntricos, y sigo llevando conmigo el recuerdo de las mágicas vacaciones de verano que pasamos con ellos en su casa de Connemara. Son dos tesoros y les estoy muy agradecida a ambos.

Mis padres siempre están al otro lado del teléfono, dispuestos a contestar a preguntas sobre todo tipo de cosas, desde jardinería hasta agricultura y ganadería, para ayudarme a encontrar la palabra justa o, simplemente, para darme su opinión sincera sobre lo que he escrito. ¡Parecen tener respuesta para todo! Mi madre es la primera en leer el manuscrito y su lápiz es el primero en glosar sus páginas con correcciones y sugerencias. Es, desde luego, un trabajo de amor y le estoy tremendamente agradecida porque saque tiempo para hacerlo. Cuanto mayor me hago, más entiendo y aprecio el valor de su cariño. Ellos han hecho de mí lo que soy y, puesto que mi escritura es una prolongación de mí misma, se lo debo todo.

Mi suegra, April Sebag-Montefiore, fue en su juventud una escritora prolífica y afamada. Consigue leer de cabo a rabo los libros de mi marido Sebag, que son enormes, así que se merece un muchas gracias gigantesco por encontrar tiempo para leer también los míos. Su ánimo y su saber son inapreciables.

También quiero dar las gracias a Nora May Cremin y Noel Coakley por traducir al celta la maldición, a Stuart Squire por la traducción latina del lema de la familia, a Peter Nyhan por su apoyo y amistad, a Nicky de Monfort por su asesoramiento acerca de los angloirlandeses y a Mary Tomlinson por su minuciosa y sensible labor de corrección.

Escribir es uno de mis mayores placeres. El que además me gane la vida con ello tengo que agradecerse a mi agente y a mis editores. Así pues, quisiera hacer extensivo mi más sincero agradecimiento a Sheila Crowley de Curtis Brown—es absolutamente brillante y me siento muy afortunada por ser una de sus autoras— y al resto de la esforzada plantilla de Curtis Brown, que forma un equipo imbatible: Katie McGowan, Sophie Harris y Rebecca Ritchie. Gracias también a Ian Chapman y a mi editora, Suzanne Baboneau, de Simon & Schuster UK, por creer en mí. Junto con sus colegas Clare Hey, James Horobin, Dawn Burnett, Hannah Corbett, Sara-Jade Virtue, Melissa Four, Ally Grant, Nico Poilblanc, Gill Richardson, Rumana Haider y Dominic Brendon han convertido un pasatiempo en un éxito mucho mayor de lo que nunca soñé.

¡Gracias!

Por último, quiero rendir homenaje a tres personas cuyo cariño es para mí lo más preciado del mundo: Sebag, Lily y Sasha. Y dar las gracias muy especialmente a mi marido por sacar tiempo, cuando estaba tan atareado escribiendo *Los Romanov*, para trabajar en las diversas vueltas y revueltas que han hecho que este libro fuera tan entretenido de escribir. Somos grandes colaboradores.